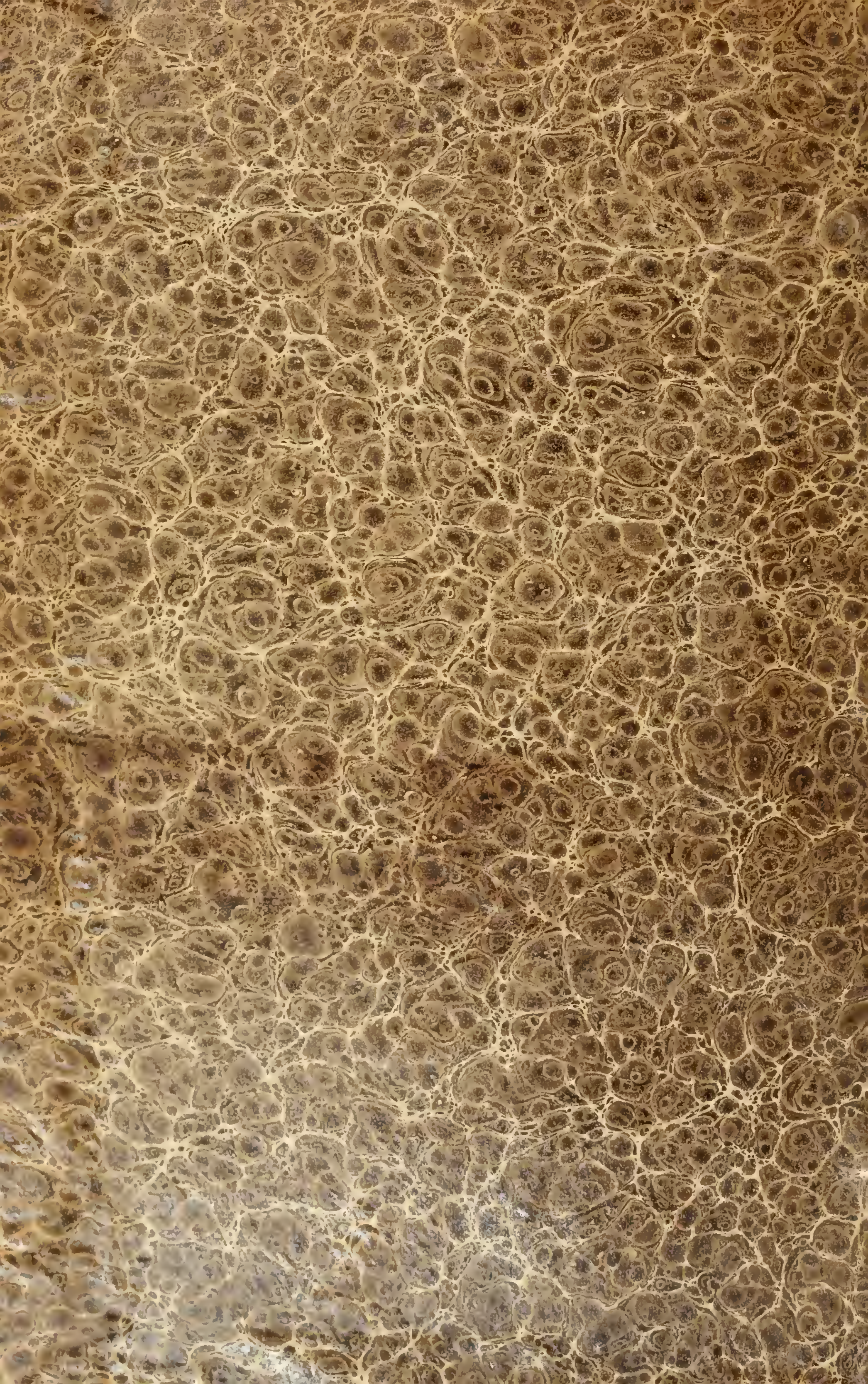
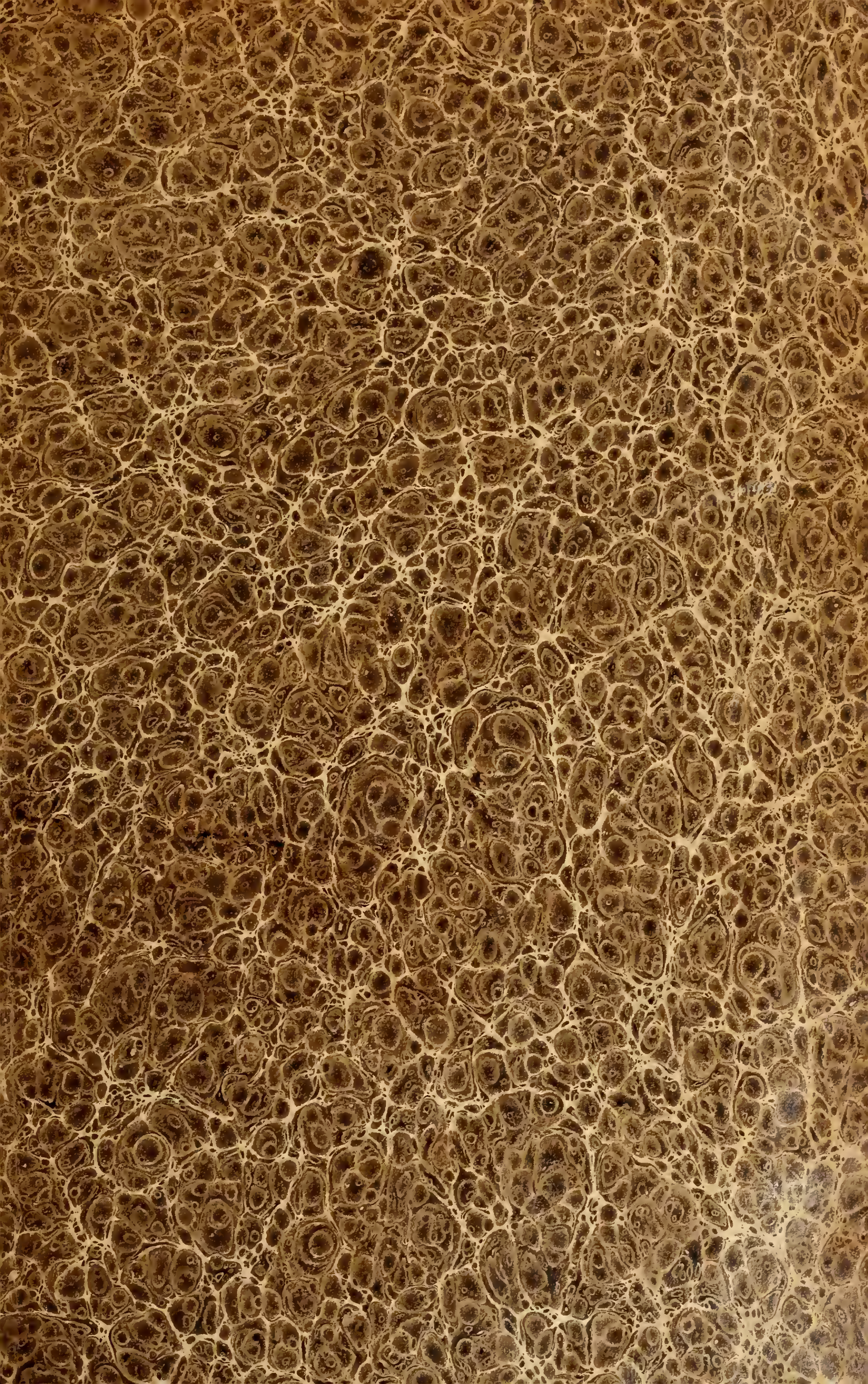

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646477 8



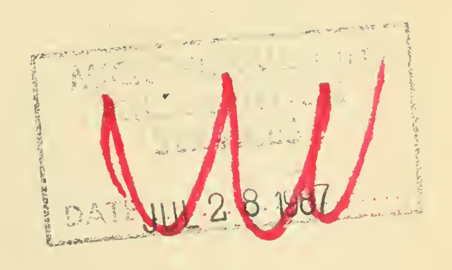


OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

III



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

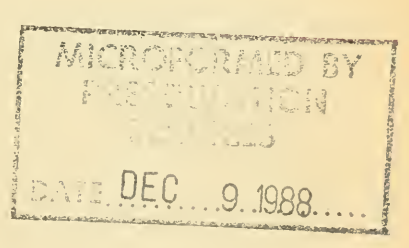
FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO III





MADRID

IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.

1907

PRÓLOGO

FORMA este volumen el *Memorial de la Vida Cristiana*, publicado por vez primera en Lisboa, en dos tomos, el año de 1565. Por desgracia no he hallado el tomo primero de la edición príncipe, pero sí el segundo, que reproduzco fielmente, salvas las correcciones anotadas al final en las *Variantes*. Para la impresión del tomo primero me he servido de la edición segunda de Alcalá, 1566. En esta edición de Alcalá se guarda una ortografía completamente distinta de la empleada por Fr. Luis de Granada, la cual he conservado por tratarse del texto más antiguo conocido, y para que se pudiese comparar con el texto del tomo segundo de la edición primera, y se viesen las alteraciones introducidas por los editores en tan corto espacio de tiempo. Fácil me hubiera sido rehacer la ortografía granadina en el tomo primero, pero no he querido, por las razones indicadas.

El *Memorial de la Vida Cristiana* es un tratado completo de ascética en elegantísima forma literaria. Jenofonte escribió la *Ciropedia*, donde presenta el modelo de un príncipe perfecto. Cicerón dejó á la posteridad el retrato de un orador consumado, en sus libros *De Oratore*. Fr. Luis de Granada quiso formar un cristiano digno de tal nombre, y escribió el *Memorial de la Vida Cristiana*, obra admirable, donde se dan la mano y rivalizan el celo, la ciencia, la elocuencia y el primoroso lenguaje de este autor incomparable.

Está dividido el *Memorial* en siete tratados, á saber, de la conversión del pecador, de la penitencia, de la comunión,

dos reglas de vida cristiana, de la oración vocal, de la oración mental y del amor de Dios. En ellos está elocuentemente consignado cuanto el cristiano necesita saber para vivir conforme á la altísima dignidad de hijo de Dios, redimido por la sangre divina de Nuestro Señor Jesucristo. Las oraciones para antes y después de la Confesión y de la Comunión, y las tiernisimas oraciones á Jesús y á María, dan la medida de aquel corazón grande, ardiente y amoroso, enamorado de la hermosura divina, la cual le arrancó esas plegarias soberanas, que serán siempre el asombro de las edades. Muchas de estas oraciones estaban diseminadas en otros libros menores (1), cuya desaparición era de temer, y Granada tuvo el buen acuerdo de reunirlas todas en este *Memorial*, precioso ramillete de piedad sólida y de devoción cristiana.

La materia del amor divino, cuando la trata directamente, es donde el autor manifiesta con más claridad el celo ardentísimo que abrasaba su corazón. El «conocimiento amoroso de Dios» era su divisa, y no pensaba en otra cosa, ni otra cosa buscaba sino que ese Dios grande, eterno, omnipotente, amabilísimo y hermoso, fuese conocido y amado de todos los hombres. Y levantando el velo detrás del cual mora la Majestad divina, descubre á los mortales las perfecciones de Dios con la seguridad del vidente y con el entusiasmo del que ha ya gustado las dulzuras inefables de la eterna bienaventuranza.

Difícil será no amar cuando levantando los ojos al cielo digamos con Fr. Luis de Granada (pág. 607): «Oh Dios mío y todas las cosas, ¿por qué no os amaré yo con todos los amores? Vos sois Dios mio verdadero, padre mío sancto, señor mío piadoso, rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía sancta, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, miseri-

(1) Están coleccionados en el tomo XI de esta edición.

cordia mía grande, redempción mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si vos, Dios mío, me sois todas estas cosas, ¿por qué no os amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? ¡Oh alegría y descanso mío! ¡Oh gozo y deleite mío! Ensanchad mi corazón en vuestro amor, por que sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de vuestro amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios. Hacedme, Señor, nadar en ese río, ponedme en medio desa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca más parezca y donde sea todo consumido y transformado en ese fuego de amor. Ésta sea, Señor, mi demanda, éste mi estudio perpetuo, en esto gaste los días, en esto piense las noches, ni vea cosa de los ojos que no sea despertador y estímulo de vuestro amor. Con este cuidado viva, y ésta sea la postrera palabra con que acabe la vida, pues son bienaventurados los que en vos mueren, y en vos muere quien á vos viviendo ama».

Esta obra fué siempre popularísima, y traducida á todas las lenguas, confortó y deleitó las almas buenas, enardeciéndolas en el amor de Dios, aspiración suprema del santo y elocuente Fr. Luis de Granada.

Fr. Justo Cuervo

MEMORIAL
DE LA VIDA CRISTIANA

EN EL CUAL SE ENSEÑA

TODO LO QUE UN CRISTIANO DEBE HACER

DESDE EL PRINCIPIO DE SU CONVERSIÓN

HASTA EL FIN DE LA PERFECIÓN

REPARTIDO EN SIETE TRATADOS

COMPUESTO POR

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

de la Orden de Santo Domingo

DIRIGIDO

A LA SERMA. INFANTA DE PORTUGAL DOÑA MARÍA

PRIMER VOLUMEN

DONDE SE PONE

LO QUE PERTENECE Á LA DOCTRINA DE BIEN VIVIR

CON LICENCIA

IMPRESO EN ALCALÁ DE HENARES

EN CASA DE PEDRO DE ROBLES Y JUAN DE VILLANUEVA

1566

Á COSTA DE LUIS GUTIÉRREZ

APROBACIÓN DE LA OBRA

Fué examinado este Memorial de Vida Cristiana por el Reverendo P. Maestro F. Manuel de Vega, examinador de libros por el Serenísimo Cardenal Infante Don Anrique, Inquisidor general en estos reinos y señoríos de Portugal.

Por mandado de los Señores del Consejo Real de su Majestad vi y examiné con diligencia este libro que se intitula: Memorial de la Vida Cristiana, el cual tenía antes visto en la impresión pasada que se hizo este año en Alcalá, y todo él es doctrina sana y católica y muy provechosa para todos los cristianos, y ansí se debe imprimir. En testimonio de lo cual lo firmé de mi nombre. Fecho en nuestro monesterio de S. Hierónimo de Madrid á 2 días de Diciembre de 1565 años.=*Fray Rodrigo de Yepes*.

Sigue la licencia del Rey, dada en Madrid á 4 de Diciembre de 1565.

FR. LUIS DE GRANADA
AL CRISTIANO LECTOR

ADVIERTA el lector, para que no se confunda, que hay otro Memorial de Vida Cristiana pequeñito: el cual se acrescentó y mudó en éste, por ir allí las materias tratadas con demasiada brevedad. En aquel pequeño no hay más que tres tratadillos, un Vita Christi, y una breve Regla de la Vida Cristiana, y unas oraciones para diversos propósitos y para pedir el amor de nuestro Señor. Mas en este grande hay dos volúmines de libros, en los cuales hay siete tratados, como paresce por la tabla que al fin de este libro se pone. Dase este aviso, porque no se tome lo uno por lo otro.

Esta advertencia no está en la edición de Alcalá, 1566; pero hállase, entre otras, en la edición de Salamanca, 1579.

LO CONTENIDO EN ESTE MEMORIAL

PRIMER VOLUMEN

De lo que pertenece á la doctrina.

Tratado primero, en el cual se contiene una exhortación á la virtud y mudanza de vida.

Tratado segundo: de la penitencia.

Tratado tercero: de la sagrada comunión.

Tratado cuarto, que contiene dos principales reglas de bien vivir.

SEGUNDO VOLUMEN

De lo que pertenece á los ejercicios de la devoción y amor de Dios.

Tratado quinto: de la oración vocal.

Tratado sexto: de la materia de la oración mental, donde se pone un Vita Christi.

Tratado séptimo: del amor de Dios, en el cual consiste la perfección de la vida cristiana.

Va todo subjecto á la corrección de la Santa Madre Iglesia de Roma.

Á LA SERENÍSIMA INFANTA
DOÑA MARÍA

Los días pasados, Serenísima Señora, ofrecí á V. A. este Memorial de la Vida Cristiana, entendiendo que para su cristianísima y católica vida ningún presente se le podía ofrecer mejor que el que destas materias tratase. Y con el favor de nuestro Señor y nombre de V. A. fué tan bien recebido, que casi en sola esta ciudad de Lisboa, donde por la misericordia de Dios tanto florece juntamente con la sinceridad de la fe la devoción y religión de los fieles, se gastó toda aquella impresión. Y como agora el impresor quisiese volver á imprimirlo, y me pidiese lo tornase á rever, de tal manera lo reví, que no me pude contener sin que le añadiese muchas otras cosas en diversos lugares, que para el propósito servían. Con lo cual el libro quedó tan acrecentado, que aunque le quede el mismo nombre, puede ya muy bien pasar por otro, mayormente que tuve cuidado de ayuntar aquí algunas cosas de otros pequeñuelos tratadillos míos que en esta ciudad se imprimieron, para que de todos ellos se hiciese un cuerpo de escritura ordenada para un solo fin, como luego declararé, y así se conservase en el todo lo que en las partes, por ser tan pequeñas, se pudiera mal conservar. Mas como quiera que este libro salga á luz, siempre es de V. A. y así saldrá con el amparo de su muy esclarecido nombre, para que con él tenga tan buen suceso como el pasado, y así sea de todos recebido. Cuya Serenísima persona y estado nuestro Señor prospere y acreciente con favores del cielo.

AL CRISTIANO LECTOR

Así como fueron diversos los gustos y los juicios de los autores que escribieron, cristiano lector, así fueron diversas las materias y argumentos que trataron. Porque unos hubo que aficionados á la hermosura de la elocuencia, procuraron criar un orador perfecto, tomándolo dende la cuna, y llevándolo por todos los pasos y escalones desta facultad hasta ponerlo en la cumbre della. Otros procuraron formar desta misma manera un príncipe acabado, otros un gran capitán, otros un cortesano, y así cada uno procuró esclarecer y levantar con su pluma aquello que en más precio tenía. Pues cierto es que entre todas las cosas humanas ninguna hay de más precio ni más divina que un perfecto cristiano, el cual así como se ordena para un fin sobrenatural, así también la vida que vive, es sobrenatural: por lo cual es llamado de los sanctos hombre celestial ó ángel terreno. Pues si las otras facultades, que son tanto menores que ésta cuanto su fin es menor, tuvieron autores que con tanta diligencia enseñaron todo lo que para cumplimiento dellas se requería dende el primer principio hasta el último fin, ¿cuánto más debida cosa será no faltar esto mismo en esta profesión celestial, que cuanto es más alta que las otras, tanto es más dificultosa de acertar, y tanto tiene más necesidad de ser enseñada?

Pues esto es, cristiano lector, lo que muchos años ha tengo deseado, ver algún particular libro que tratase de formar un perfecto cristiano, y que fuese una suma de todo lo que pertenece á la profesión desta vida celestial. Porque así como los buenos oficiales procuran tener todos los instrumentos que pertenecen á su oficio, y los que estudian algún arte ó sciencia, trabajan por tener algún libro en que esté recopilado todo lo que pertenezca á aquella sciencia (para tener en un solo lugar más recogida la memo-

ria) así también parece que convenía hacer esto mismo en ésta, que es arte de las artes y sciencia de las sciencias. Y habiendo este recaudo, hallarían fácilmente los que de veras desean servir á Dios, doctrina y luz para su vida, y los confesores y predicadores celosos del bien común tendrían adonde sin mucha costa pudiesen remitir á sus oyentes, para saber lo que cumple á su profesión.

Y bien veo yo que para esto no faltan hoy día libros de muy sana y católica doctrina: mas por la mayor parte todos ellos prosiguen un intento particular, y no quieren en poco espacio obligarse á tratar de todo. Y aunque los catecismos, que son suma de la doctrina cristiana, tratan de todo lo que á ella pertenece, pero éstos como tienen respecto á declarar la sustancia de las cosas y lo que toca á la inteligencia dellas, es la doctrina dellos más especulativa que prática: quiero decir, más inclinada á alumbrar el entendimiento que á mover la voluntad al ejercicio y uso de las virtudes.

Pues por esta causa me determiné, con el favor de nuestro Señor y con el ayuda de las escripturas de los sanctos, que en diversas partes trataron todos estos argumentos, recopilar de todos ellos este libro, donde se tocasen todas estas materias: en el cual pretendo formar un perfeto cristiano, llevándolo por todos los pasos y ejercicios desta vida, dende el principio de su conversión hasta el fin de la perfeción. Y para esto hago cuenta que lo tomo entre las manos así tosco y rudo, como quien lo corta de un monte con sus ramas y con su corteza, y comienzo á labrar en él poco á poco hasta llevarlo á su debida perfeción. Para lo cual en el primer tratado se le pone delante el paraíso, y el infierno, y los bienes grandes que acompañan la virtud, y las obligaciones que á ella tenemos, para inducirle á que se determine de dejar los vicios y volverse al servicio de su Criador y Señor. Y presupuesta ya esta determinación, porque la entrada deste camino es la penitencia, enséñasele luego en el segundo tratado cómo la haya de hacer: donde se le ponen muchas consideraciones y oraciones que sirven para moverle á dolor y aborrecimiento de las culpas de la vida pasada, y así también se le da doctrina para saber confesarse dellas, y satisfacer á nuestro Señor con debida satisfación. Después de la Confesión síguese la Comunión, y así se sigue luego el tercero tratado, donde se enseña de la manera que

se ha de aparejar para comulgar dignamente, y las cosas que para esto se requieren, con sus oraciones para antes y después de la Comunión. Recebidos estos sacramentos, síguese luego la emienda de la vida. Y para esto se añade el cuarto tratado, que desto habla. Y porque hay unos que se contentan con hacer solamente lo que es necesario para su salvación, y otros que quieren pasar más adelante, y caminar á la perfeción (los cuales no contentos con la carga de los mandamientos, ponen también los hombros á la sobrecarga de los consejos) por esto se ponen aquí dos reglas de bien vivir, una común para los unos, y otra más estrecha y más espiritual para los otros. Y porque nadie puede comenzar ni perseverar en la buena vida sin el socorro de la divina gracia (el cual se alcanza por la oración) por eso después de los documentos y reglas de bien vivir, se trata luego de la oración. Y porque hay dos maneras de oración, una vocal y otra mental, de la primera se trata en el quinto tratado, donde se ponen muchas oraciones vocales para diversos propósitos y usos de la vida cristiana, y se declaran las condiciones de la buena oración: mas de la segunda se escribe en el sexto tratado, donde solamente se trata de la materia desta oración, que es la consideración de los principales misterios de la vida de Cristo, y de los beneficios divinos. Porque lo demás que á este argumento pertenece, tratamos ya en el Libro de la Oración y Meditación. Después de todo esto no falta más que llegar á la perfeción (la cual consiste en el amor de Dios) y désta se escribe en el séptimo y último tratado, donde se declaran las cosas que sirven para alcanzar esta soberana virtud, y las que la impiden, y las consideraciones y oraciones en que el hombre se ha de ejercitar para alcanzarla.

Éste es pues, cristiano lector, el curso de toda la vida cristiana, repartido en estas siete jornadas: á las cuales se ordena y reduce todo lo que nos enseña esta filosofía celestial.

Y porque los cuatro primeros tratados pertenecen á la doctrina de lo que se debe hacer, y los otros tres siguientes sirven más para ejercicios de oración y de amor de Dios, que son cosas que han de andar siempre entre las manos, por eso pareció que se debía repartir todo este libro en dos volúmenes, para que el que quisiese, pudiese traer este segundo volumen en el seno sin mucho peso, por ser para todos los tiempos y lugares tan necesario.

Y porque todas estas materias se tratan aquí brevemente, por eso pareció que el libro tuviese nombre de Memorial, donde los hombres suelen escribir todo lo que han de hacer, pero con brevedad. Aunque no es tanta la deste libro, que no se ponga todo lo que parecía necesario para el argumento dél. Verdad es que la materia es muy copiosa y rica, donde hay muchas cosas que decir, y muy dignas de ser dichas: mas esto quedará para otros ingenios. Y si el Señor alargase un poco los plazos de la vida (que tan apresuradamente corre por la posta) podríanse tratar algunas partes desta doctrina más copiosamente, en especial la exhortación á bien vivir, y las reglas de bien vivir, y el tratado del amor de Dios, con el de la vida de Cristo.

§ I

Y dado caso que lo que aquí pretendemos, que es formar un perfecto cristiano, sea propiamente obra del Espíritu Sancto, mas todavía, así como la gracia no excluye nuestra industria (antes necesariamente ha de concurrir con ella) así tam poco la enseñanza interior de Dios excluye la exterior de los hombres, mas necesariamente la requiere. El cual oficio señaladamente pertenece á los sacerdotes y ministros de la Iglesia, á los cuales nos remite Dios para que nos enseñen y informen en su ley. Y por esto entre las vestiduras sacerdotales del Sumo Sacerdote estaba una pieza que se llamaba Racional, que se ponía en los pechos, donde estaban escriptas estas palabras, Doctrina y Verdad: las cuales dos cosas habían de estar en el pecho de Aarón, para que de allí como de una fuente caudalosa se derivasen en todos los otros. Y es éste un tan principal oficio, que solo él reservó Moisén para sí, por consejo de su suegro Jetro, el cual le dijo que cometiese todas las otras causas y negocios temporales á otros jueces, y que él tomase para sí las cosas que tocaban á la religión y culto divino, y el enseñar al pueblo las ceremonias de la ley, y la manera en que había de servir y honrar á Dios. Y porque algunos sacerdotes se descuidaron después en este oficio, les mandó Dios decir por un profeta: Porque tú desechaste la sciencia y conocimiento de mi ley, yo también te desecharé, para que no me sirvas más en el oficio sacerdotal. Y por

grandísimo castigo los amenaza el mesmo Dios por Esaías con esta manera de azote, diciendo que por amor de sus grandes pecados los castigará él con un castigo miraculoso y espantable, que sería perder los sabios la sabiduría y escurecerse el entendimiento de los prudentes del pueblo.

Pues así como se pone aquí por uno de los grandes y espantables castigos de Dios faltar esta sabiduría á los mayores, así también lo es faltar á los menores: porque quitada la luz del entendimiento (que guía toda esta danza, y que es como la primera rueda deste reloj, que rige y mueve toda la vida cristiana) ¿qué se puede esperar sino ceguedades y desatinos y otros grandes males? Y que ésta sea la causa dellos, claramente nos lo manifiestan todas las Escripturas divinas. Por Esaías dice Dios: No es este pueblo sabio, y por esto no habrá misericordia dél el que lo crió, ni le perdonará el que lo formó. Y en otro lugar: Por eso (dice él) fué llevado captivo mi pueblo, porque no tuvo sciencia, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed. Y esto mesmo confirma el profeta Baruc, diciendo que la causa del captiverio de los hijos de Israel, y de andar perdidos por tierras de enemigos, era por haber desamparado la fuente de la sabiduría: y á esta misma causa atribuye la condenación de los gigantes, diciendo que porque no tuvieron sabiduría, perecieron por su ignorancia. Para remedio de lo cual escribe el Apóstol á los Colosenses que la palabra y doctrina de Cristo copiosamente se predique entre ellos, y que unos á otros se enseñen y amonesten lo que deben hacer. Porque si ningún oficio hay, por bajo que sea, que no tenga necesidad de reglas y avisos para hacerse bien hecho, ¿cuánto más el mayor de los oficios, que es saber servir y agradar á Dios, y conquistar el reino del cielo, y prevalecer contra las fuerzas y engaños del enemigo? ¿Cómo sabrá un hombre rudo lo que le importa este negocio, si no le ponen delante las promesas y amenazas de Dios, y las obligaciones grandes que tiene para servirle? ¿Cómo se sabrá confesar perfectamente, si no le enseñan las partes que tiene el sacramento de la Confesión, y cómo se haya de haber en cada una dellas? ¿Cómo tendrá dolor y arrepentimiento de sus pecados, si no le ponéis delante las razones y motivos que hay para dolerse dellos? ¿Cómo comulgará digna y provechosamente, si no le enseñan las cosas que para esto se requieren? ¿Có-

mo sabrá ordenar su vida, alcanzar las virtudes y huir los vicios, si no sabe los medios por do ha de buscar lo uno, y resistir á lo otro, y entender las tentaciones y lazos del enemigo? ¿Cómo hará oración que sea fructuosa, y la acompañará con las condiciones y virtudes que se requieren, si no tiene doctrina para esto? ¿Cómo alcanzará el amor de Dios, si no sabe los medios por do se alcanza, y las cosas por do se impide, y los ejercicios en que para esto se ha de ejercitar? De toda esta luz tenemos necesidad para todas estas cosas, pues no la sacamos del vientre de nuestras madres, antes nacimos tales, que con mucha razón somos figurados por aquel hombre que nació del vientre de su madre ciego, en el Evangelio.

Y dado caso que el oficio de los predicadores sea curar esta ceguedad con la lumbre de la palabra de Dios, pero ni éstos hay en todas partes, ni todos tratan destas materias tan necesarias, ni aun pueden fácilmente (hablando en general) descender á las particularidades que requiere esta doctrina moral, que como se ejercita en obras particulares, así requiere doctrinas particulares, que en el púlpito no se suelen dar. Por las cuales causas es en gran manera provechosa la lición de los buenos libros, que son como predicadores mudos, que ni os empalagan por largos (porque los podéis luego dejar) ni os dejan con hambre por cortos, porque está en vuestra mano continuar la lición dellos, cuando os queréis aprovechar.

Pues los frutos de la palabra de Dios, ¿quién los explicará? Porque ella es lumbre que esclarece nuestro entendimiento, y fuego que inflama nuestra voluntad, y martillo que ablanda la dureza de nuestro corazón, y cuchillo que corta las demasías de nuestras pasiones, y candela que nos alumbra en todos los pasos de nuestra vida, y simiente que da frutos de vida eterna, y finalmente, pasto y mantenimiento que sustenta, deleita, engorda y esfuerza nuestras ánimas en Dios. De los cuales frutos goza quienquiera que lee libros de buena doctrina.

Finalmente, es tan grande la luz y el fructo de la lición, que por experiencia habemos visto muchas personas que mudaron las vidas por este medio. Porque siendo preguntadas por el principio y causa desta mudanza, claramente respondieron que leyendo tal ó tal libro, se determinaron de hacerla. Á lo menos aquel tesorero de la reina de Etiopía, leyendo iba en su carro por

Esaías cuando Dios le convertió por medio de San Filipe, tomando motivo de aquella lición. Y las obras otrosí tan señaladas y heroicas que el rey Josías hizo en todo su reino, ¿de dónde procedieron, sino de la lición de un libro sagrado, que le fué enviado por el sacerdote Helquías, como se escribe largo en los libros de los Reyes? Pues la conversión admirable del bienaventurado San Augustín ¿no tomó también principio de la lición de un libro santo? Escribe él en el octavo libro de sus Confesiones una cosa digna de memoria, que por ser tal me pareció referir aquí.

Dice él que un caballero de Africa llamado Poticiano, viniéndole á visitar un día, le dió nuevas de las maravillas que por el mundo se decían del bienaventurado San Antonio. Y añadió más, que una tarde estando el Emperador en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos que allí se hacían, él con otros tres cortesanos amigos suyos se salieron á pasear por el campo, y los dos dellos se apartaron á una celda de un monje, y hallando allí un libro en que estaba escrita la vida de San Antonio, comenzó el uno dellos á leer por ella, y súbitamente encendido su corazón con un amor santo, y movido con una religiosa vergüenza, enojado consigo mismo, dijo al amigo: Dime, ruégote, amigo, ¿qué es lo que pretendemos alcanzar con todos nuestros trabajos? ¿Qué buscamos? ¿En qué andamos tantos años ha, peleando en tantas guerras? ¿Por ventura podemos venir á mejor fortuna en palacio, que ser privados del Emperador? Pues en este estado, ¿qué cosa hay que no sea quebradiza y de gran peligro? Y á este tan gran peligro ¿por cuántos otros peligros caminamos? Mas si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser. Diciendo estas palabras, turbado con el parto de la nueva vida, volvía los ojos al libro, y leía, y mudábase de dentro, y despedíase de las cosas mundanas, según que luego pareció. Porque después que acabó de leer, y se levantaron muchas olas en su corazón, con un gran gemido dijo á su amigo: Ya yo estoy quieto y descansado, y he dado de mano á nuestras esperanzas, y tengo determinado de servir á Dios, y dende esta hora me quedo en este lugar. Tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme. Respondió el otro que él no podía apartarse dél, ni dejar de tenerle compañía, con la esperanza de tan grande paga. Y así comenzaron ambos á levantar el edificio espiritual con suficientes expensas, que era con dejar todas las cosas, y seguir á Cristo. Y (lo que no es menos de maravillar)

ambos tenían sus esposas, las cuales cuando esto supieron, se consagraron á Dios, y hicieron voto de virginidad. Esto cuenta San Augustín, y este ejemplo fué para él de tan grande eficacia, que dió luego voces á un amigo suyo con mucha turbación diciendo: ¿Qué hacemos? ¿Qué es esto que has oído? Levántanse los ignorantes, y róbannos el cielo: y nosotros con nuestras doctrinas andamos sumidos en la carne y en la sangre. Y con esta alteración y sentimiento, dice el Santo que se entró en un huerto que allí tenía, y se dejó caer debajo de una higuera, y aflojando las riendas á las lágrimas con grande angustia y turbación de su corazón, comenzó á decir: Y tú, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo estarás enojado? ¿No ha de tener fin tu ira? No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades antiguas. Y tornaba á repetir estas palabras: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo? ¿Mañana, mañana? ¿Por qué no agora? ¿Por qué no se dará hoy fin á mis torpezas? Y diciendo esto con un grande sentimiento, oyó una voz que le dijo: Toma, lee: toma, lee. Entonces dice que se levantó para tomar un libro sagrado que cerca de sí tenía, para leer por él. Porque había él oído del mismo Antonio que de una lición del Evangelio que acaso oyera (la cual decía: Ve, y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y ven, y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo) se había determinado de dejar todas las cosas, y seguir á Cristo. Pues movido él con este ejemplo, y más con la voz que había oído, dice que tomó el libro, y comenzó á leer por él: y allí le infundió Dios una tan grande luz, que dejadas las cosas del mundo, se entregó del todo á su servicio. Todo esto escribe San Augustín en el libro susodicho. Donde verás cuántas conversiones tan señaladas tomaron principio de la sagrada lición, conviene saber, la de los amigos de Poticiano, y la del bienaventurado San Augustín, y la del mismo San Antonio. A las cuales podría juntar otras muchas así pasadas como también presentes, que por este mismo principio se comenzaron: mas dejo esto por la brevedad, porque sin duda tales son y tan soberanos los misterios que la religión cristiana propone á los hombres, y tan poderosos para mover sus corazones, que no me espanto hacer esta tan gran mudanza en quienquiera que atentamente pusiere los ojos en ellos. Y no sólo para despertar á los dormidos (como aquí has visto) sino para conservar á los ya despiertos ayuda grandemente esta santa lición: porque por eso se llama la palabra de

Dios en todas las Escripturas pan ó mantenimiento, porque sustenta y conserva las ánimas en la vida espiritual, así como el pan material sustenta los cuerpos en la vida corporal.

Y aunque esto en todos los tiempos fué necesario (como lo es el pan para la vida) pero más agora en los presentes: porque antiguamente en la primitiva Iglesia los curas y sacerdotes eran tan fervientes y solícitos en el ministerio de la palabra de Dios, que esto pudiera bastar para conservar y adelantar los fieles en la virtud sin más lición. Mas agora no piensan los curas que les pertenece más que el ministerio de los Sacramentos y el decir una misa á sus tiempos, y con esto en la mayor parte de las villas y lugares (y aun de las ciudades insignes) se dan por contentos. Por lo cual, cuanto es mayor la falta que en esto hay, tanto es mayor la necesidad que tenemos de suplir la falta de los buenos ministros con los buenos libros.

Recibe pues, cristiano lector, este pequeño presente, el cual con poco espacio y á poca costa podrá en alguna manera suplir esta falta. Porque él te podrá servir de predicador que te exhorte á bien vivir, y de doctrina que te enseñe á bien vivir, y de confesional que te declare cómo te has de confesar, y de aparejo para cuando hayas de comulgar, y de devocionario en que puedes rezar, y de materia copiosa para meditar: en las cuales cosas se comprehende la suma de toda la filosofía cristiana. Y si alguna cosa merece esta doctrina, es por ser tan universal, que trata de todo lo que á todos los cristianos así principiantes como más aprovechados pertenece. Y si cuanto ha sido la diligencia y trabajo de recopilar todas estas materias, y ponerlas en estilo fácil y suave (para despertar el apetito aun de los enfermos, con quien á veces hablamos) tanto fuere el fruto que de aquí se sacare, todo él se tendrá por muy bien empleado, pues ningún trabajo corporal puede ser tan grande que iguale con el menor provecho espiritual.

FIN DEL PRÓLOGO

COMIENZA EL PRIMER TRATADO

DEL MEMORIAL

EN EL CUAL SE CONTIENE

UNA EXHORTACIÓN Á BIEN VIVIR.

DE LAS PENAS QUE NUESTRO SEÑOR TIENE AMENAZADAS Á LOS QUE VIVEN MAL

CAPÍTULO PRIMERO

Uno de los principales medios de que nuestro Señor ha usado muchas veces para enfrenar los corazones de los hombres y traerlos á la obediencia de sus mandamientos, ha sido ponerles delante los castigos y penas horribles que están aparejadas para los rebeldes y quebrantadores de su ley. Porque dado caso que también mueva mucho á esto la esperanza de los bienes que en la otra vida se prometen á los buenos, pero comúnmente más nos suelen mover las cosas tristes que las alegres, como vemos por experiencia que más nos escuece la injuria que nos deleita la honra, y más nos aflige la enfermedad que nos alegra la salud: por donde por el mal de la enfermedad conocemos el bien de la salud, como por cosa tanto más conocida cuanto más sentida. Pues por esta causa en los tiempos pasados usó nuestro Señor más deste medio que de otros, como parece claro por las Escripturas de los Profetas, que están por todas partes llenas de temores y amenazas, con las cuales pretendía el Señor espantar y enfrenar los corazones de los hombres, y subjetarlos á su ley. Y conforme á esto mandó al profeta Hieremías que tomase un libro en blanco, y escribiese en él todas las amenazas y calamidades que él le había revelado dende el primer día que había comenzado á hablar con él, hasta aquel presente, y que

leyese todo esto en presencia del pueblo, para ver si por ventura con esto se moverían á penitencia y mudarían la vida, para que él también mudase la determinación que tenía de ejecutar en ellos su ira. Y dice la Escriptura que como el profeta pusiese por obra lo que Dios le había mandado, y leyese todas aquellas amenazas en presencia del pueblo y de los príncipes dél, que cayó tan grande espanto sobre ellos, que quedaron como atónitos y pasmados, mirándose á las caras unos á otros, por el gran temor que de aquellas palabras habían concebido.

Éste, pues, era uno de los principales medios de que Dios usaba con los hombres en el tiempo de la ley de escriptura, y no menos en la ley de gracia, en la cual dice el Apóstol que así como se revela la justicia con que Dios hace justos á los hombres, así también se revela la indignación y ira con que castiga los injustos. Y de aquí es que con esta declaración y embajada fué enviado el glorioso Precursor de Cristo á predicar al mundo, diciendo que ya estaba el cuchillo puesto á la raíz del árbol, y que todo el árbol que no diese buen fruto, había de ser cortado y echado en el fuego. Y asimismo, que ya era venido otro más poderoso que él al mundo, el cual traía en la mano una pala para aventar y limpiar con ella su era, y que el trigo encerraría en su granero, mas que las pajas quemaría en un fuego que nunca se hubiese de apagar. Ésta fué la predicación y embajada que el santo Precursor trajo al mundo. Y fué tan grande el trueno destas palabras, y el espanto que causaron en los corazones de los hombres, que acudieron á él de todos los estados y suertes de gentes, hasta los fariseos y publicanos y gente de guerra (que suele ser más desalmada) y todos preguntaban al santo varón, cada uno por su parte, qué habían de hacer para salvarse y escapar de aquellas tan terribles amenazas que predicaba: tan grande era el temor que dellas habían concebido. Pues esto es agora, hermano mío, lo que también aquí de parte de Dios te denunciamos, aunque no con tanto espíritu y santidad de vida, pero (lo que hace más al caso) con la misma verdad y certidumbre, pues no es otra la fe ni el evangelio que Sant Juan entonces predicaba, que el que nosotros agora predicamos.

§ II

Pues si quieres saber en pocas palabras qué tan grande sea la pena que Dios tiene en sus Escrituras amenazada á los malos, lo que más propria y brevemente se puede para esto decir es que así como el galardón de los buenos es un bien universal, en quien se hallan todos los bienes, así el castigo de los malos es un mal universal, en quien se hallan en su manera todos los males. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los males desta vida son males particulares, y por esto no atormentan generalmente todos nuestros sentidos, sino uno solo ó algunos. Y poniendo agora ejemplo en las enfermedades corporales, vemos que hay un mal de ojos, otro de oídos, otro de corazón, otro de estómago, otro de la cabeza, y así otros desta cualidad. Ninguno destos males es universal de todos los miembros, sino particular de algunos dellos. Y con todo esto vemos la pena que da un solo mal déstos, y la mala noche que pasa un doliente con cualquiera dellos, aunque no sea más que un dolor de una muela. Pues pongamos agora caso que algún hombre estuviese padeciendo un mal tan universal, que no le dejase miembro, ni sentido, ni coyuntura sin su proprio tormento, sino que en un mismo tiempo estuviese padeciendo agudísimos dolores en la cabeza, y en los ojos, y en los oídos, y en los dientes, y en el estómago, y en el hígado, y en el corazón, y (por abreviar) en todos los otros miembros y coyunturas de su cuerpo, y que así estuviese tendido en una cama, cociéndose en estos dolores, y teniendo para cada uno de los miembros su proprio verdugo. El que desta manera estuviese penando, ¿qué tan gran trabajo te parece que pasaría? ó ¿qué cosa podría ser más miserable y más para haber piedad? A un perro de la calle que vieses desta manera penar, te pondría lástima y compasión. Pues esto es, hermano mío (si alguna comparación se puede hacer) lo que no por una noche, sino eternalmente se padece en aquel malaventurado lugar. Porque así como los malos con todos sus miembros y sentidos ofendieron á Dios, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que todos sean allí atormentados, cada uno con su proprio tormento. Allí, pues, los ojos deshonestos y carnales serán atormen-

tados con la visión horrible de los demonios, los oídos con la confusión de las voces y gemidos que allí sonarán, las narices con el hedor intolerable de aquel sucio lugar, el gusto con rabiosísima hambre y sed, el tacto y todos los miembros del cuerpo con frío y fuego incomportable. La imaginación padecerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la consideración de los bienes perdidos y de los males advenideros.

Esta muchedumbre de penas nos significa la Escriptura divina cuando dice que en el infierno habrá hambre, sed, y llanto, y crujir de dientes, y cuchillo dos veces agudo, y espíritus criados para venganza, y serpientes, y gusanos, y escorpiones, y martillos, y ajensios, y agua de hiel, y espíritu de tempestad, y otras cosas semejantes, por las cuales se nos figura la muchedumbre y terribileza espantosa de los tormentos de aquel lugar Allí también habrá aquellas tinieblas interiores y exteriores para cuerpos y ánimas, muy más escuras que las de Egipto, que se podían palpar con las manos. Allí habrá fuego, y no como el de acá, que atormenta poco y acaba presto, sino como conviene para aquel lugar, que atormente mucho y nunca acabe de atormentar. Pues si esto es verdad, ¿cómo se compadece que los que esto creen y confiesan, vivan con tan extraño descuido? ¿A qué trabajos no se pondría un hombre por excusar un solo día, y una hora que fuese, del menor destos tormentos? Pues ¿cómo por evitar una eternidad de males, y tan grandes males, no se ponen á un tan pequeño trabajo, como es el de la virtud? Cosa es ésta para sacar de juicio á quien profundamente la considerase.

Y si entre tanta muchedumbre de penas hobiese alguna esperanza de término ó de alivio, aún sería esto alguna manera de consuelo: mas no es así, sino que de todo en todo están allí cerradas las puertas á todo género de alivio y de esperanza. En todas cuantas maneras de trabajos hay en esta vida, siempre queda algún resquicio por donde pueda recebir el que padece, algún linaje de consuelo. Unas veces la razón, otras el tiempo, otras los amigos, otras la compañía del mal de muchos, otras á lo menos la esperanza del fin, consuelan al que padece. Mas en solo este mal están de tal manera cerrados todos los caminos, y tomados todos los puertos de consolación, que de ninguna parte pueden los miserables esperar remedio, ni del cielo, ni de la tierra, ni

de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo venidero, ni de otra alguna parte, sino de todas parece que les tiran saetas, y que todas las criaturas han conjurado contra ellos, y ellos mismos son crueles contra sí. Éste es aquel aprieto de que se quejan los malaventurados por el Profeta diciendo; Cercado me han dolores de muerte, y dolores de infierno me han cercado: porque á cualquiera parte que vuelvan y revuelvan los ojos, siempre ven causas de dolores, y ninguna de consolación. Entraron (dice el Evangelista) las vírgines que estaban apercebidas al palacio del esposo, y luego se cerró la puerta. ¡Oh cerradura perpetua! ¡Oh clausura inmortal! ¡Oh puerta de todos los bienes, que nunca te abrirás jamás! Como si más claramente dijera: Cerrada está la puerta del perdón, de la misericordia, del consuelo, de la intercesión, de la esperanza de la gracia, del merecimiento y de todos los bienes. Seis días no más se coge el manna, y al séptimo día (que es el sábado) no se halla: y por eso ayunará para siempre quien con tiempo no se proveyó. Por temor del frío (dice el Sabio) no quiso arar el perezoso, y por esto andará á mendigar en el verano, y no le darán. Y en otro lugar: El que allega en el verano, es hijo discreto, y el que entonces se echa á dormir, hijo de confusión. ¿Qué mayor confusión que la que padece aquel miserable rico avariento, el cual con las migajuelas de pan que se le caían de la mesa, pudiera comprar la hartura del cielo, y que por no haber querido dar esta poquedad, viniese á tal extremo de pobreza que pidiese y pida para siempre una sola gota de agua, y no se la den? ¿Á quién no mueve aquella petición del malaventurado, que dice: Padre Abraham, ten compasión de mí, y envía á Lázaro para que moje la punta del dedo en agua, y me toque en la lengua, porque me atormenta esta llama? ¿Qué más escasa petición se pudiera proponer que ésta? No se atrevió á pedir un solo jarro de agua, ni aun siquiera que mojase toda la mano en agua, y lo que más es de maravillar, ni aun todo el dedo, sino sola la punta del dedo para tocarle la lengua, y aun esto solo no se le concedió. Por donde verás cuán cerrada está la puerta de todo consuelo, y cuán universal es aquel entredicho y descomunión que está puesta á los malos, pues aun esto no se alcanza. De suerte, que á doquiera que volvieren los ojos, á doquiera que extendieren las manos, ningún consuelo hallarán, por pequeño que sea. Y así como el que se está ahogando en la mar, sumido ya debajo las aguas

(sin hallar sobre qué hacer pie) tiende muchas veces las manos á todas partes en vano (porque todo lo que aprieta es agua líquida y deleznable, que le burla y engaña) así acaecerá allí á los malaventurados, cuando estén ahogándose en aquel piélago de tantas miserias, agonizando y batallando siempre con la muerte, sin tener arrimo ni consuelo sobre que puedan estribar.

Ésta es, pues, una de las mayores penas que en aquel malaventurado lugar se padecen. Porque si estas penas hobieran de durar por algún tiempo limitado (aunque fuera mil años, ó cien mil millones de años) aun esto fuera algún linaje de consuelo, porque ninguna cosa es cumplidamente grande, si tiene fin. Mas no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miseria con la duración de la divina gloria. En cuanto Dios viviere, ellos morirán, y cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán ellos de ser lo que son. ¡Oh vida mortífera! ¡Oh muerte inmortal! No sé cómo te llame, si vida, si muerte. Si eres vida, ¿cómo matas? Si eres muerte, ¿cómo duras? Ni te llamaré lo uno ni lo otro, porque en lo uno y en lo otro hay algo de bien. En la vida hay descanso, y en la muerte término, que es grande alivio de los trabajos. Tú ni tienes descanso ni término. Pues ¿qué eres? Eres lo malo de la vida y lo malo de la muerte, porque de la muerte tienes el tormento sin el término, y de la vida la duración sin el descanso. Despojó Dios á la vida y á la muerte de lo bueno que tenían, y puso en ti lo que restaba, para castigo de los malos. ¡Oh amarga composición! ¡Oh purga desabrida del cáliz del Señor, del cual beberán todos los pecadores de la tierra!

Pues en esta duración y en esta eternidad querría yo, hermano mío, que hincases un poco los ojos de la consideración, y que (como animal limpio) rumiases agora este paso dentro de ti. Y para que mejor esto hagas, ponte á considerar el trabajo que pasa un enfermo en una mala noche, especialmente si le aqueja algún grande dolor ó alguna enfermedad aguda. Mira qué de vuelcos da en aquella cama, qué desasosiego tiene consigo, qué tan larga le parece aquella noche, que hace de contar las horas del reloj, y cuán grande le parece cada una, y todo se le va en desear la luz de la mañana, que tan poca parte ha de ser para curar su mal. Pues si éste se tiene por tan grande trabajo, ¿cuál será el de aquella noche eterna, que no tiene mañana, ni espera

el alba del día? ¡Oh escuridad profunda! ¡Oh noche perpetua! ¡Oh noche maldita por boca de Dios y de sus santos, que deseas la luz, y no la verás, ni el resplandor de la mañana que se levanta! Pues mira agora qué linaje de tormento será vivir para siempre en tal noche como ésta, acostado, no en una cama blanda (como lo está un doliente) sino en un horno de llamas tan terribles. ¿Qué espaldas bastarán para sufrir estos ardores? ¡Oh cosa para temblar! Si sólo poner la punta del dedo sobre un ascua por espacio de un Avemaría parece cosa intolerable, ¿qué será estar en cuerpo y en ánima ardiendo en medio de aquellos fuegos tan vivos, que los desta vida en comparación dellos son como pintados? ¿Hay juicio en la tierra? ¿Tienen seso los hombres? ¿Entienden lo que quieren decir estas palabras? ¿Creen que esto es fábula de poetas? ¿Piensan que esto les toca á ellos, ó que se dice por otros? Nada desto ha lugar que se diga, pues de todo esto nos desengaña la fe.

§ III

Deste mal se sigue otro no menor, que es estar siempre las penas en un mismo son y en un mismo punto, sin que haya en ellas ningún alivio ni declinación. Todas cuantas cosas hay debajo del cielo, ruedan con el mismo cielo, y nunca están en un mismo ser, sino siempre suben ó descienden. La mar y los ríos tienen sus crecientes y menguantes. Los tiempos, y las edades, y las fortunas de los hombres y de los reinos, siempre están en continuo movimiento. No hay calentura tan recia que no tenga su declinación, ni dolor tan agudo que después que ha crecido mucho, no esté muy cerca de descrecer. Finalmente, todas las tribulaciones y males poco á poco los desminuye el tiempo, y (como dice el proverbio) no hay cosa que más presto se enjugue que las lágrimas. Sola aquella pena está siempre verde, sola aquella calentura no tiene declinación, solo aquel resistidero de calor no sabe qué cosa es tarde ni mañana. Cuarenta días y cuarenta noches llovió Dios á un peso en el tiempo del diluvio sobre la tierra sin escampar, y esto bastó para anegar el mundo: mas aquí eternamente lloverá lanzas y rayos de furor sobre aquella malaventurada tierra, sin escapar un solo punto.

En tanta manera es esto verdad, que aun la pena que allí se dará por los pecados veniales, también será eterna, como la que se diere por los mortales. Porque aunque al pecado venial no se deba pena infinita, mas porque en aquel estado no se sufre suelta ni descargo de ninguna deuda (porque ya pasó el tiempo de pagar y satisfacer) por eso se estará aún aquella pena en un mismo ser y para siempre durará. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor tormento y hastío, que padecer siempre de una manera sin ningún linaje de mudanza? Por muy precioso que fuese un manjar, si se comiese toda la vida, daría en rostro. Porque no pudo ser manjar más precioso que aquel manna que envió Dios á los hijos de Israel en el desierto: y con todo esto, por comer siempre dél, vino á causarles hastío y vómito. El camino que es todo llano, dicen que cansa más que el que no lo es, porque siempre la variedad, aun en las penas, es linaje de consuelo. Pues dime, si aun las cosas sabrosas, cuando son siempre de una manera, son causa de hastío y de pena, ¿qué linaje de hastío será aquél que de tan horribles penas se causará, siendo siempre de una manera? ¿Qué sentirán los malaventurados cuando allí se vean tan aborrecidos y desechados de Dios, que ni aun con la suelta de un pecado venial quiera dar alivio á sus tormentos? Será tan grandísima la furia y rabia que contra él concebirán, que perpetuamente nunca cesarán de maldecir y blasfemar su santo nombre.

§ IV

Á todas estas penas se añade la de aquel perpetuo gastador, que es el gusano de la conciencia, de quien tantas veces hace mención la Escriptura, diciendo: El gusano de ellos no morirá, y el fuego de ellos nunca se apagará. Este gusano es un despecho rabioso y un arrepentimiento infrutuoso que los malos allí siempre tienen, acordándose del aparejo y tiempo que aquí tuvieron para escapar de aquellos tan graves tormentos, y cómo no quisieron aprovecharse dél. Pues cuando el miserable pecador se vea así por todas partes arrinconado y desahuciado, y se acuerde de cuántos días y años dejó pasar en vano, y de cuántas veces fué avisado deste peligro, y cómo de nada hizo caso, ¿qué sentirá? ¿Que olas y qué desmayos serán los de su corazón? ¿No

has leído en el Evangelio: Allí será llanto y crujir de dientes? Pues éstas y otras tales serán las causas deste tan extraño dolor.

Y para que mejor entiendas esto, en que tanto va, quiérote poner un ejemplo semejante. Traigamos á la memoria la historia de Josef, y aquella grande hambre de los siete años de Egipto, antes de la cual dice la Escritura que fué tan grande la abundancia de trigo que hubo en los otros primeros siete años que precedieron á éstos, que igualaba con las arenas de la mar, y sobrepujaba toda medida. Pero acabados estos siete años, sucedieron los otros siete de tanta esterilidad. que el primero dellos vino todo Egipto ante el rey Faraón dando voces y diciendo: Danos de comer. Y como el rey los enviase á Josef, pidióles Josef todo cuanto dinero tenían, y dióles aquel año trigo por él. Gastado ya esto, vuelven el año siguiente á Josef diciendo: Danos de comer. ¿Por qué consentirás que muramos de hambre en tu presencia, pues ya no tenemos dineros que dar? Á los cuales él respondió: Traedme todos vuestros ganados, y daros he por ellos trigo. pues os ha faltado ya el dinero. Y como ellos le ofreciesen todos sus ganados, acabada ya aquella provisión, vuelven otro año diciendo: Bien sabes, señor, que ya ni tenemos dineros ni ganado que dar, y que no nos queda otra cosa más que los cuerpos y las tierras. Pues ¿cómo sufrirás que perezcamos aquí de hambre delante ti? Nuestras personas y nuestras tierras (que solas han quedado de tantos bienes) tuyas son. Cómpranos por esclavos del Rey, y danos siquiera para poder sembrar, porque no venga la tierra á quedar yerma y solitaria, pereciendo los que la habían de poblar y labrar. Desta manera compró Josef toda la tierra de Egipto, porque todos vendieron sus posesiones por la grandeza de la hambre que padecían. Ésta es la historia. Tomemos de aquí agora lo que hace á nuestro caso. Ruégote que me digas: ¿qué sentirían estos hombres miserables, cuando se acordasen de aquellos primeros años de la fertilidad pasada, y viesen á cuán poca costa se pudieran proveer para adelante, y aun allegar tesoros para toda la vida? Con cuánta razón se congojarían y reprehenderían, diciendo: ¡Malaventurados de nosotros, que con tanta facilidad nos pudiéramos remediar y proveer para toda la vida, y no quesimos! Y si no fuéramos avisados desto, por ventura tuviera alguna defensa nuestro descuido: pero siendo dello avisados tanto antes, y conociendo que diría verdad en lo venidero quien así había acertado en lo pre-

sente, y viendo sobre todo esto la priesa que se daban los mayordomos del Rey á recoger y encerrar todo cuanto pan podían (lo cual nos debiera bastar para entender cuán de veras iba aquel negocio) y que con todo esto fuésemos tan descuidados y desproveídos, ¿qué desculpa podemos tener? ¡Oh cuánto nos valiera para este tiempo lo que entonces desperdiciamos, y qué riquezas pudiéramos agora juntar con lo que allí derramamos! ¿Dónde estaba nuestro juicio, dónde nuestro seso, pues no supimos aprovecharnos de tal oportunidad? Estas y otras aun más graves acusaciones dirían contra sí aquellos miserables, y todo aquel tiempo me parece que estarían como desesperados y despechados, pensando en tan extraño descuido.

Pues dime agora, hermano: ¿qué es todo esto en comparación de lo que aquí tratamos, sino una sombra comparada con la verdad? Aquélla fué hambre de siete años, mas la del infierno será eterna. Aquélla tuvo remedio, aunque dificultoso y caro: ésta para siempre nunca lo tendrá. Aquélla pudo redemirse con dineros y hacienda, ésta nunca jamás será redemida ni permutada por otra cosa. Irremisible es aquel castigo, irremisible aquel sambenito, irrevocable aquella sentencia. Finalmente, aquéllos (pasados los siete años) volvieron á levantar cabeza y salir de laceria: mas allí el que una vez entrare á padecer, nunca jamás volverá á saber qué cosa es descanso. Pues si aquéllos con todo esto estarían todo aquel tiempo tan afligidos y congojados ¿cuánto más lo estará el que allí se viere tan sin remedio? ¡Oh si supieses considerar cómo estará allí cada uno despedazándose y carcomiéndose entre sí mismo, y diciendo: ¡Oh miserable de mí, y qué tiempo y qué oportunidades dejé pasar en vano! Tiempo hubo que con un jarro de agua fría pudiera ganar una corona de gloria, y donde aun con las mismas obras necesarias para sustentar la vida, pudiera merecer la vida eterna. Pues ¿cómo no eché los ojos adelante? ¿Cómo me cegué con lo presente? ¿Cómo dejé pasar en vano aquellos años de tanta fertilidad y aparejo para enriquecer? Y si yo viviera entre gentiles, y no creyera que había más que nacer y morir, alguna manera de excusa tuviera con decir: No supe lo que me estaba guardado. Mas viviendo entre cristianos, y siendo yo uno dellos, y teniendo por fe que había de llegar esta hora, y avisándome cada día las voces de la Iglesia de este día, y viendo muchos que por este aviso se aperce-

bían con tiempo y se daban priesa á hacer provisión de buenas obras (cuya vida era aún mayor prueba de lo que se predicaba) y que á todas estas voces y ejemplos me hiciese sordo, y ni aun de balde quisiese recebir el cielo. ¿Qué merece quien tal hizo? Oh furias infernales, despedazad y comed mis entrañas, que yo lo tengo merecido. Merezco rabiar de hambre para siempre, pues con tiempo no me proveí. Merezco no coger, pues no sembré: y no tener, pues no guardé: y que no me den agora lo que pido, pues cuando me rogaban con ello, lo deseché. Merezco gemir y llorar en vano, mientras Dios fuere Dios, y merezco que este gusano me esté siempre carcomiendo las entrañas, y representándome lo poco que gocé, y lo mucho que perdí, y lo mucho más que pudiera ganar con lo poco que no quise perder. Éste es, pues, el gusano inmortal que allí ha de estar siempre carcomiendo las entrañas de los malos, que es una de las más terribles penas que allí habrá.

§ V

Espantado estarás por ventura, cristiano lector, de leer tantas maneras de penas como aquí están escritas, y parecerte ha que ya no hay más que añadir á lo dicho. Mas al brazo de Dios no faltan fuerzas para castigar más y más á sus enemigos. Porque todas estas penas que hasta aquí habemos contado, son penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende destas generales hay otras particulares que allí padece cada uno según la calidad de su delito. Y conforme á esto los soberbios serán allí abatidos y humillados y llenos de confusión, los avarientos padecerán miserable necesidad, los glotones rabiarán con perpetua hambre y sed, los lujuriosos arderán en las llamas que ellos mismos encendieron. Y los que toda la vida anduvieron á caza de placeres y deleites, vivirán en continuo llanto y dolor. Y porque los ejemplos son muy poderosos para mover los corazones, no dejaré de traer á este propósito uno solo, por el cual se entienda algo desto. Escríbese de un santo varón que vió en espíritu la pena de un hombre carnal y mundano en esta manera. Vió cómo los demonios, en acabando él de expirar, arrebataron su ánima, y con grande alegría la llevaron á presentar

al príncipe de las tinieblas: el cual estaba asentado en una gran silla de fuego esperando este presente. Y como se lo pusieron delante, levantóse él de la silla, y dijo al miserable huésped que le quería hacer gracia de aquella silla tan honrada, porque había sido hombre de honra y amigo della. Luego como él se asentase, y con grandes voces y clamores se quejase de aquella honra tan pesada, vinieron dos demonios muy feos, y presentáronle una taza de un brevaje amarguísimo y hediondo, y hiciéronselo beber por fuerza, diciendo: Razón será que pues fuiste amigo de vinos preciosos y de regalos, que pruebes también el vino que todos bebemos en esta tierra. Luego otros dos llegaron con dos trompetas de fuego, y puestas á sus orejas, comenzaron á soplarle llamas de fuego en ellas, diciendo: Este refrigerio te teníamos aquí guardado, porque sabíamos que eras amigo de canciones y músicas allá en el mundo. Luego vinieron otros cargados de víboras y serpientes, las cuales tendieron sobre los pechos y entrañas del miserable, diciendo que pues había sido amigo de los abrazos y regalos de las mujeres, que tomase agora aquel refrigerio en lugar de los deleites que había gozado en el mundo. Desta manera pues (como dice el Profeta) se da allí medida contra medida, cuando el malo sea castigado, para que en esta tan grande variedad y proporción de pena resplandezca el orden y sabiduría de la divina Justicia. Esto mostró Dios en espíritu á este santo varón para nuestro castigo y aviso, no porque en el infierno haya estas cosas materialmente, sino para que por ellas entendiésemos en alguna manera algo de la variedad y muchedumbre de penas que allí hay. De lo cual no sé cómo algunos gentiles tuvieron alguna noticia, pues hablando un poeta desta muchedumbre de penas, atinó á decir que aunque tuviera cien bocas, y otras tantas lenguas, y una voz de hierro, no fuera poderoso para recontar sólo los nombres dellas. Poeta era el que dijo esto, mas en ello no habló como poeta, sino como profeta y evangelista.

Pues si todo esto ha de pasar así, ¿cuál es el hombre que viéndolo dende ahora tan cierto con ojos de fe, no vuelve la hoja, y comienza á proveerse para este tiempo? ¿Dónde está aquí el juicio? ¿Dónde la razón? ¿Dónde siquiera el amor proprio, que siempre busca su provecho, y se teme de su daño? ¿Hase por ventura el hombre hecho bestia, pues no ve más de lo presente? ¿Ha perdido los ojos para mirar adelante? Sordos (dice Esaías) oíd, y ciegos, abrid

los ojos para ver. ¿Quién es el ciego sino mi siervo, y quién es el sordo sino aquél á quien envié mis mensajeros, y quién el ciego sino el que se dejó vender por esclavo? Tú que ves muchas cosas, ¿no verás ésta? Tú que tienes las orejas abiertas, ¿no entenderás este negocio? Si esto no crees, ¿cómo eres cristiano? Y si lo crees y no lo provees, ¿cómo eres hombre de razón? Dice Aristóteles que esta diferencia hay entre la opinión y la imaginación, que la imaginación sola no basta para causar temor, mas la opinión sí. Porque imaginar yo que una casa se quiere caer sobre mí, no basta para causarme temor, si no tuviese crédito ó opinión que ello es así, porque ya esto bastante causa era para hacerme temer. Y de aquí nace el temor con que andan siempre los homiciados, por la sospecha que tienen de las asechanzas de sus enemigos. Pues si la opinión y sospecha sola del peligro basta para hacer temer aun á los muy esforzados, ¿cómo la certidumbre y fe de tan grandes males (que es sobre toda opinión y sciencia) no te hace temer? Si tú ves que ha tantos años que vives mal, y que á lo menos (según la presente justicia) estás condenado á esta pena, y adelante no tengo más crédito que te emendarás, que lo has hecho hasta aquí á cabo de tantos años, ¿cómo, andando en este peligro, no te toma algún sobresalto viendo el estado en que vives, y las penas que te aguardan, y el tiempo que pierdes, y el arrepentimiento inmortal que desto has de tener? No hay seso que baste á sentir tan espantable ceguedad.

DE LA GLORIA DE LOS BIENAVENTURADOS

CAPÍTULO II

Para que ninguna cosa faltase á nuestro corazón, que le moviese á la virtud, después de la pena de los malos, con que Dios nos amenaza, propónenos también delante el galardón de los buenos (que es aquella gloria y vida inmortal de que gozan los bienaventurados) con que muy poderosamente nos convida al amor della. Pero qué tal sea este galardón y esta vida, no hay lenguas de ángeles ni de hombres que basten

para explicarlo. Mas para tener algún olor y noticia della, quiero referir aquí á la letra lo que San Augustín dice en una de sus meditaciones, hablando desta vida. ¡Oh vida (dice él) aparejada por Dios para sus amigos, vida bienaventurada, vida segura, vida sosegada, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida santa, vida no sabidora de muerte, vida sin tristeza, sin trabajo, sin dolor, sin congoja, sin corrupción, sin sobresalto, sin variedad ni mudanza! Vida llena de toda hermosura y dignidad, donde ni hay enemigo que ofenda, ni deleite que inficione: donde el amor es perfecto, y el temor ninguno: donde el día es eterno, y el espíritu de todos uno: donde Dios se ve cara á cara, y solo este manjar se come en ella sin hastío. Deléitame considerar tu claridad, y agradan tus bienes á mi deseoso corazón. Cuanto más te considero, más me hiere tu amor. Grandemente me deleita el deseo grande de ti, y no menos me es dulce tu memoria. ¡Oh vida felicísima! ¡Oh reino verdaderamente bienaventurado, que careces de muerte, que no tienes fin, á quien ningunos tiempos suceden, donde el día sin noche continuado no sabe qué cosa es mudanza, donde el caballero vencedor ayuntado á aquellos perpetuos coros de ángeles, y coronada la cabeza con guirnalda de gloria, canta á Dios un cantar de los cantares de Sión. Dichosa y muy dichosa sería mi ánima, si acabado el curso de mi peregrinación, mereciese yo ver tu gloria, tu bienaventuranza, tu hermosura, los muros y puertas de tu ciudad, tus plazas, tus aposentos, tus generosos ciudadanos y tu rey omnipotente en su hermosa majestad. Las piedras de tus muros son preciosas, las puertas están sembradas de perlas resplandecientes, tus plazas son de oro muy subido, en las cuales nunca faltan perpetuas alabanzas. Las casas son de sillería, los sillares son zafires, los maderamientos son racimos de oro, donde ninguno entra sino limpio, y ninguno mora que sea sucio. Hermosa y suave eres en tus deleites, madre nuestra Hierusalem. Ninguna cosa en ti se padece de las que aquí se padecen. Muy diferentes son tus cosas, de las que en esta vida miserable siempre vemos. En ti nunca se ven tinieblas, ni noche, ni mudanza de tiempos. La luz que te alumbra, ni es de lámparas, ni de luna, ni de lúcidas estrellas, sino Dios que procede de Dios, y luz que mana de luz, es el que te da claridad. El mesmo Rey de los reyes reside siempre en medio de ti, cercado de sus ministros. Allí los ángeles á coros le dan música muy suave. Allí se celebra

una perpetua solemnidad y fiesta con cada uno de los que entran desta peregrinación. Allí está la orden de los Profetas. Allí el señalado coro de los Apóstoles. Allí el ejército nunca vencido de los Mártires. Allí el reverendísimo convento de los Confesores. Allí los verdaderos y perfectos Religiosos. Allí las santas mujeres que juntamente vencieron los mundanos deleites con la flaqueza femenil. Allí los mancebos y doncellas, más ancianos en virtudes que en edad. Allí las ovejas y corderos que escaparon de los lobos y de los lazos engañosos desta vida, tienen perpetua fiesta, cada cual en su ventana, todos semejantes en el gozo, aunque en el grado diferentes. Allí reina la caridad en toda su perfección, porque Dios es en todos todas las cosas: á quien contemplan sin fin, en cuyo amor siempre arden, á quien siempre aman, y amando alaban, y alabando aman, y todo su ejercicio es alabanzas sin cansancio y sin trabajo. ¡Oh, dichoso yo, y verdaderamente dichoso, cuando suelto de las prisiones deste corpezuelo, mereciere oir aquellos cantares de la música celestial, entonados en alabanza del Rey eterno por todos los ciudadanos de aquella noble ciudad! Dichoso yo, y muy dichoso, cuando me hallare entre los capellanes de aquella capilla, y me cupiere la vez de entonar yo también mi aleluya, y asistir á mi Rey, á mi Dios, á mi Señor, y verle en su gloria, así como él me lo prometió, cuando dijo: Padre, ésta es mi última y determinada voluntad, que todos los que tú me diste se hallen comigo, y vean la claridad que tuve contigo antes que el mundo fuese criado. Hasta aquí son palabras de San Augustín.

Pues dime agora, ¿qué día será aquél que amanecerá por tu casa (si hobieres vivido en temor de Dios) cuando acabado el curso desta peregrinación, pases de la muerte á la inmortalidad, y en el paso que los otros comienzan á temer, comiences tú á levantar cabeza, porque se allega el día de tu redempción? Sal un poco (dice San Hierónimo á la virgen Eustoquio) de la cárcel dese cuerpo, y puesta á la puerta dese tabernáculo, pon delante tus ojos el galardón que esperas de los trabajos presentes. Dime, ¿qué día será aquél cuando la sagrada Virgen María, acompañada de coros de vírgines, te venga á recebir, y cuando el mesmo Señor y Esposo tuyo con todos los santos te salga al camino diciendo: Levántate y date priesa, querida mía, hermosa mía, paloma mía, que el invierno es ya pasado, y el torbellino de las

aguas ha cesado, y las flores han aparecido en nuestra tierra?

Pues ¿qué tan grande será el gozo que tu ánima recebirá, cuando en esta hora sea presentada ante el trono de aquella beatísima Trinidad por mano de los santos ángeles, y especialmente de aquél á quien fuiste como á fiel depositario encomendada, cuando éste con los demás prediquen tus buenas obras y las cruces y trabajos que padeciste por Dios? Escribe Sant Lucas que cuando murió aquella santa limosnera Tabita, todas las viudas y pobres cercaron al apóstol San Pedro, mostrándole las vestiduras que les hacía. Por las cuales cosas movido el Apóstol, rogó á Dios por aquella tan piadosa mujer, y por sus oraciones la resucitó. Pues ¿qué gozo sentirá tu ánima cuando aquellos bienaventurados espíritus te tomen en medio, y puestos ante el divino consistorio, prediquen tus buenas obras, y cuenten por su orden tus limosnas, tus oraciones, tus ayunos, la inocencia de tu vida, el sufrimiento en las injurias, la paciencia en los trabajos, la templanza en los regalos, con todas las otras virtudes y buenas obras que hiciste? ¡Oh cuánta alegría recibirás en aquella hora por todo el bien que hobieres hecho, y cómo conocerás allí el valor y excelencia de la virtud! Allí el varón obediente hablará vitorias, allí la virtud recibirá su premio, y el bueno será honrado según su merecimiento.

Demás desto, ¿qué gozo será aquél que recibirás, cuando viéndote en aquel puerto de tanta seguridad, vuelvas los ojos al curso de la navegación pasada, y veas la tormenta en que te viste, y los estrechos por do pasaste, y los peligros de ladrones y cosarios de que escapaste? Allí es donde se canta aquel cantar del Profeta, que dice: Si no fuera porque el Señor me ayudó, poco faltó para que mi ánima fuera á parar en los infiernos. Especialmente, cuando dende allí veas tantos pecados como cada hora se hacen en el mundo, tantas ánimas como cada día decienden al infierno, y cómo entre tanta muchedumbre de perdidos quiso Dios que tú fueses del número de los ganados y de aquéllos á quien hobiese de caber tan dichosa suerte.

¿Qué será sobre todo esto ver las fiestas y triunfos que cada día se celebran con los nuevos hermanos que vencido ya el mundo, y acabado el curso de su peregrinación, entran á ser coronados con ellos? ¡Oh qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas, y edificarse aquella ciudad, y repararse los muros

de aquella noble Hierusalén! ¡Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella corte del cielo, viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido! Allí entran con los varones triunfantes también las mujeres vencedoras, que juntamente con el siglo vencieron la flaqueza de su condición. Allí entrarán las vírgines inocentes, martirizadas por Cristo, con doblado triunfo de la carne y del mundo, con guirnaldas de azucenas y rosas en sus cabezas. Allí también muchos mozos y niños que sobrepujaron la ternura de sus años con discreción y virtudes, entran cada día á recebir el premio de su pureza virginal. Allí hallan á sus amigos, conocen á sus maestros, reconocen á sus padres, abrázanse y danse dulce paz, y reciben la norabuena de tal entrada y tal gloria. ¡Oh cuán dulcemente sabe entonces el fruto de la virtud, aunque un tiempo parecían amargas sus raíces! Dulce es la sombra después del resistidero del medio día, dulce la fuente al caminante cansado, dulce el sueño y reposo al siervo trabajador, pero muy más dulce es á los santos la paz después de la guerra, la seguridad después del peligro, y el descanso perdurable después de la fatiga de los trabajos pasados.

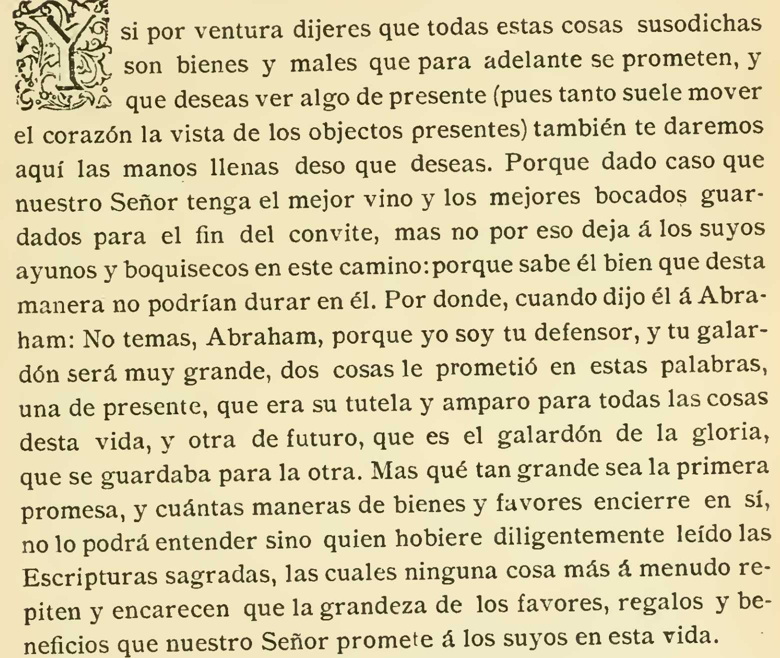
Ya son acabadas las guerras, ya no hay más por qué andar armados á la diestra y á la siniestra. Armados subieron los hijos de Israel á la tierra de promisión, mas después de conquistada la tierra arrimaron sus lanzas y dejaron las armas, y olvidados ya todos los temores y alborotos de guerra, cada uno á la sombra de su parra y de su higuera gozaban del ocio y de los frutos de la dulce paz. Ya pueden allí dormir los ojos cansados de las continuas vigilias, ya puede decender de su estancia el Profeta velador, que fijaba sus pies sobre el lugar de la guarnición. Ya puede reposar el bienaventurado Padre Sant Jerónimo, que juntaba las noches con los días hiriendo sus pechos en la oración, peleando animosamente contra las fuerzas importunas de la antigua serpiente. No suenan allí ya más las armas temerosas del enemigo sangriento, no tienen allí lugar las astucias de la culebra enroscada, no llega aquí la vista del ponzoñoso basilisco, ni se oirá allí el silbo de la antigua serpiente, sino el silbo del aire del Espíritu Santo, donde se vea la gloria de Dios. Ésta es la región de paz y seguridad puesta sobre todos los elementos, donde no llegan los nublados y torbellinos del aire tenebroso. ¡Oh cuán gloriosas cosas nos han dicho de ti, ciudad de Dios! Bienaventu-

rados (dice el santo Tobías) los que te aman y se gozan de tu paz. Anima mía, bendice al Señor, porque libró á Jerusalem su ciudad de todas sus tribulaciones. Bienaventurado seré yo, si llegaren las reliquias de mi generación á ver la claridad de Jerusalem. Las puertas de Jerusalem de zafires y esmeraldas serán labradas, y de piedras preciosas se edificará todo el cerco de sus muros. De piedras blancas y limpias serán soladas sus plazas, y por todos los barrios della se cantará aleluya. ¡Oh alegre patria! ¡Oh dulce gloria! ¡Oh compañía bienaventurada! ¿Quién serán aquéllos tan dichosos, que están escogidos para ti? Atrevimiento parece desearte, mas no puede nadie vivir sin tu deseo. Hijos de Adán, linaje de hombres miserablemente ciego y engañado, ovejas descarriadas y perdidas, si ésta es vuestra majada, ¿tras qué andáis? ¿Qué hacéis? ¿Cómo dejáis perder un tan grande bien por tan pequeño trabajo? Si para esto son menester trabajos, dende aquí os llamo á todos los trabajos del mundo, que vengáis á dar sobre mí. Lluevan sobre mí dolores, fatíguenme enfermedades, aflíjanme tribulaciones, persígame uno, inquiéteme otro, conjuren contra mí todas las criaturas, sea yo hecho oprobrio de los hombres y desecho del mundo, desfallezca en dolores mi vida, y mis años con gemidos, con tanto que después desto venga yo á descansar en el día de la tribulación, y merezca subir á aquel pueblo guarnecido y hermoseado con tanta gloria.

Anda pues ahora, loco amador del mundo, busca títulos y honras, edifica recámaras y palacios, ensancha términos y heredades, manda si quisieres á reinos y mundos, que nunca por eso serás tan grande como el menor de los siervos de Dios, que recibirá lo que el mundo no puede dar, y gozará de lo que para siempre ha de durar. Tú con tus pompas y riquezas serás con el rico glotón sepultado en el infierno, mas éste con el pobre Lázaro será por los ángeles llevado al seno de Abraham.

DE LOS BIENES
QUE DE PRESENTE PROMETE NUESTRO SEÑOR Á LOS BUENOS

CAPÍTULO III



Y si por ventura dijeres que todas estas cosas susodichas son bienes y males que para adelante se prometen, y que deseas ver algo de presente (pues tanto suele mover el corazón la vista de los objectos presentes) también te daremos aquí las manos llenas deso que deseas. Porque dado caso que nuestro Señor tenga el mejor vino y los mejores bocados guardados para el fin del convite, mas no por eso deja á los suyos ayunos y boquisecos en este camino: porque sabe él bien que desta manera no podrían durar en él. Por donde, cuando dijo él á Abraham: No temas, Abraham, porque yo soy tu defensor, y tu galardón será muy grande, dos cosas le prometió en estas palabras, una de presente, que era su tutela y amparo para todas las cosas desta vida, y otra de futuro, que es el galardón de la gloria, que se guardaba para la otra. Mas qué tan grande sea la primera promesa, y cuántas maneras de bienes y favores encierre en sí, no lo podrá entender sino quien hobiere diligentemente leído las Escripturas sagradas, las cuales ninguna cosa más á menudo repiten y encarecen que la grandeza de los favores, regalos y beneficios que nuestro Señor promete á los suyos en esta vida.

Oye lo que dice Salomón en sus Proverbios sobre este caso. Bienaventurado el varón que halló la sabiduría. Porque más vale la posesión della que todos los tesoros de plata y oro, por muy subido y precioso que sea. Más vale que todas las riquezas del mundo, y todo cuanto el corazón humano puede desear, no se puede comparar con ella. La longura de días está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Sus caminos son caminos hermosos, y todas sus sendas son pacíficas. Árbol de vida es para todos aquéllos que la han alcanzado, y el que perseverantemente la poseyere, será bienaventurado. Guarda pues, hijo mío, la ley de Dios y sus consejos, porque esto será vida para tu ánima, y

dulzura para tu garganta. Entonces andarás seguro en tus caminos, y tus pies no hallarán en qué tropezar. Si durmieres, no tendrás por qué temer, y si reposares, serte ha tu sueño reposado. Ésta es pues, hermano, la suavidad y descanso del camino de los buenos: mas del que los malos llevan, mira cuán diferentes nuevas nos da la Escritura. El camino de los malos (dice el Eclesiástico) está lleno de barrancos, y al cabo de la jornada les están aparejados infierno, tinieblas y pena. ¿Parécete, pues, que es buen trueque dejar el camino de Dios por el del mundo, habiendo tanta diferencia del uno al otro, no sólo en el fin del camino, sino también en todos los pasos dél? Pues ¿qué mayor desatino que querer más con un tormento ganar otro tormento, que con un descanso otro descanso?

Y para que aún más claro veas la grandeza deste descanso y la muchedumbre de bienes que de presente acompañan este bien, ruégote que oyas atentamente lo que el mismo Dios y Señor nuestro promete por Esaías á los guardadores de su ley, cuasi por estas palabras, según que las declaran diversos intérpretes. Cuando hicieres, dice él, tales y tales cosas que yo mando, luego te amanecerá el alba del día claro (que es el Sol de Justicia) que deshaga todas las tinieblas de tus errores y tristezas, y luego comenzarás á tener entera y verdadera salud, y la justicia de tus buenas obras irá como una candela delante de ti, y la gloria del Señor por todas partes te cercará. Entonces invocarás el nombre del Señor, y oirte ha: clamarás, y dirá: Vesme aquí presente para todo lo que te cumpliere. Entonces en medio de las tinieblas de las tribulaciones y angustias desta vida te resplandecerá la luz del favor divino que te consuele, y sus tinieblas serán como el medio día (porque las mismas calamidades y aun las caídas de los pecados pasados ordenará el Señor que te vengan á ser ocasión de mayor felicidad) y darte ha él siempre verdadera paz y descanso en el ánima, y en el tiempo de la hambre y esterilidad te dará hartura y abundancia, y tus huesos serán librados de la muerte y de los fuegos eternos. Y serás como un jardín de regadío y como una fuente de agua que nunca deje de correr, y edificarse ha en ti lo que de muchos años estaba desierto, para que permanezca con sólidos fundamentos de generación en generación. Y si trabajares por sanctificar mis fiestas, no gastándolas en malos pasos ni en hacer tu voluntad contra la mía, guardando muy delicada-

mente y con toda solicitud lo que yo mando en este día, entonces te deleitarás en el Señor (cuyos deleites sobrepujan á todos los deleites del mundo) y levantarte he sobre todas las alturas de la tierra (que es á un estado de vida felicísima, adonde no puede llegar toda la facultad de la fortuna ni de la naturaleza humana) y finalmente darte he después la hartura y abundancia de aquella preciosa heredad que prometí yo á Jacob tu padre, que es la bienaventuranza de la gloria: porque la boca del Señor ha hablado. Cuasi todas éstas son palabras de Dios por Esaías.

Éstos, pues, son los bienes que promete Dios á los suyos, de los cuales, aunque algunos sean de futuro, los más dellos son de presente, como es aquella nueva luz y resplandores del cielo, aquella hartura y abundancia de todos los verdaderos bienes, aquel arrimo y confianza en Dios, aquella asistencia divina á todas las oraciones y peticiones dellos, aquella paz y tranquilidad de la conciencia, aquella tutela y providencia divina, aquel jardín de regadío (que es el verdor y hermosura de la gracia) aquella fuente donde nunca faltan aguas, que es la provisión y suficiencia de todas las cosas, aquellos deleites divinos que sobrepujan á todos los humanos, y aquel levantamiento de espíritu, á donde no puede llegar toda la facultad de la naturaleza criada. Todos éstos son favores que Dios promete á los suyos, todas son obras de su misericordia, efectos de su gracia, testimonios de su amor, y regalos de la providencia paternal que tiene dellos. Sobre cada uno de los cuales había tanto que decir, que no sufre la brevedad deste volumen que de cada cosa destas se trate en particular. Pues de todos estos bienes gozan los buenos en esta vida y en la otra, y de todos ellos carecen los malos en una y en la otra, para que por aquí veas la distancia que hay de unos á otros, pues tan ricos están los unos, y tan pobres y necesitados los otros. Porque si miras atentamente todas estas palabras susodichas, y miras también la condición y estado de los buenos y de los malos, hallarás que los unos están en gracia de Dios, y los otros en desgracia: los unos son amigos, los otros enemigos: los unos están en luz, los otros en tiniebla: los unos gozan de consolaciones de ángeles, los otros de deleites de puercos: los unos son verdaderamente libres y señores de sí mismos, los otros esclavos de Satanás y de sus apetitos: á los unos alegra el testimonio de la buena consciencia, á los otros remuerde siempre el gusano de la suya: los unos en

la tribulación permanecen en su mesmo lugar, los otros como paja liviana son arrebatados del viento: los unos están amarrados y seguros con el áncora de la esperanza, los otros desamarrados y expuestos á los ímpetus de la fortuna: las oraciones de los unos son aceptas y agradables á Dios, las de los otros aborrecidas y execrables: la muerte de los unos es quieta, pacífica y preciosa en el acatamiento divino, la de los otros inquieta, congojosa y llena de mil temores: finalmente, los unos viven como hijos debajo de la tutela y amparo de Dios, y duermen dulcemente debajo la sombra de su providencia pastoral: los otros excluídos desta manera de providencia, andan como ovejas descarriadas sin pastor y sin dueño, expuestas á todos los peligros y encuentros del mundo.

Pues si todos estos bienes acompañan á la virtud, dime, ¿qué es lo que te detiene para que no abraces un tan grande bien? ¿Qué puedes alegar en descargo de tu negligencia? Decir que esto no es verdad, no ha lugar, pues lo ves todo fundado en palabras de Dios y testimonios de su Escriptura. Decir que éstos sean pequeños bienes, no ha lugar, pues exceden (como ya dijimos) todo lo que el corazón humano puede desear. Decir que eres enemigo de ti mesmo y que no codicias estos bienes, tampoco esto se puede decir, pues el hombre naturalmente es amigo de sí mesmo, y la voluntad humana tiene por objecto el bien, que es el blanco y paradero de su deseo. Decir que no entiendes ni gustas estos bienes, no basta para descargarte de culpa, pues tienes la fe dellos, aunque no tengas el gusto, porque el gusto piérdese por el pecado, mas no la fe, y la fe es testigo más cierto, más seguro y más abonado que todas las otras experiencias y testigos del mundo. Pues ¿por qué no desmentirás con este testigo á todos los otros? ¿Por qué no creerás más á la fe que á tu proprio parecer y juicio? ¡Oh, si quisieses acabar de determinarte, y arrojarte en los brazos de Dios, y fiarte dél, cómo verías luego en ti el cumplimiento destas profecías! Verías la grandeza destos divinos tesoros, verías cuán ciegos andan todos los amadores deste siglo, pues no buscan este bien, y verías finalmente con cuánta razón nos convida el Salvador á esta manera de vida, diciendo: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas, porque este mi yugo es muy suave, y mi carga liviana.

No es Dios engañador, ni falso prometedor, ni grande encarecedor de las cosas que promete. Pues ¿por qué huyes? ¿Por qué desechas la paz y la suavidad? ¿Por qué desprecias el halago y la dulce voz de tu pastor? ¿Cómo osas despedir de ti la virtud, teniendo tal sobrescrito como éste, firmado de la mano de Dios? Menores cosas oyó la reina Sabá de Salomón, y vino de los últimos fines de la tierra á probar lo que había oído. Pues ¿por qué oyendo tú tales y tan ciertas nuevas de la virtud, no te aventurarás á un poco de trabajo, siquiera por averiguar la verdad deste negocio? Fíate, hermano, de Dios y de su palabra, y arrójate confiadamente en sus brazos, y suelta de las manos esa nonada que te detiene, y verás cómo queda vencida la fama de la virtud con sus merecimientos, y cómo es nada todo lo que se dice, en comparación de lo que en ella hay.

QUE NO DEBE EL HOMBRE DILATAR PARA ADELANTE SU CONVERSIÓN, PUES TIENE TANTAS DEUDAS QUE DESCARGAR, POR RAZÓN DE LAS CULPAS DE LA VIDA PASADA.

CAPÍTULO IV

Pues si por una parte son tantas y tan grandes las cosas que nos obligan á mudar la vida, y por otra no tenemos excusa alguna suficiente para no hacer esta mudanza, ruégote que me digas: ¿para cuándo aguardas á hacerla? Vuelve ahora, hermano, un poco los ojos á la vida pasada, y mira (en cualquier edad que agora estés) que ya es tiempo, y pasa de tiempo, para comenzar á descargar algo de las deudas pasadas. Mira que siendo cristiano reengendrado con el agua del santo Baptismo, teniendo á Dios por padre y á la Iglesia por madre, y habiéndote criado con la leche del Evangelio (que es con la doctrina de los Apóstoles y Evangelistas) y lo que más es, con el mismo pan de los ángeles (que es el Sacramento del Altar) con todo esto has vivido con tanta licencia como si fueras un puro gentil, que ningún conocimiento tuviera de Dios. Si no, dime, ¿qué linaje de pe-

cado hay que no hayas cometido? ¿Qué árbol vedado hay en que no hayas puesto los ojos? ¿Qué prado verde hay, donde á lo menos con el deseo no hayas hecho fiesta á tu lujuria? ¿Qué se ha ofrecido á esos ojos que no lo hayas deseado? ¿Qué apetito dejaste de cumplir, acordándote que tenías Dios y que eras cristiano? ¿Qué más hicieras si no tuvieras fe, si no esperaras otra vida, si no temieras juicio? ¿Qué ha sido toda tu vida, sino una tela de pecados, un muladar de vicios, un camino de abrojos y una desobediencia de Dios? ¿Con quién has vivido hasta aquí, sino con tu apetito, y con tu carne, y con tu honra, y con el mundo? Ésos han sido tus dioses, ésos los ídolos á quien has servido, y cuyas leyes has guardado. Cuenta con Dios, y con su ley, y con su obediencia, por ventura no la has tenido más que si fuera un dios de palo. Porque es cierto que muchos cristianos hay que con la misma facilidad que pecarían si creyesen que no hay Dios, con esa misma pecan creyendo que lo hay, y ninguna cosa menos hacen creyendo lo uno, que harían creyendo lo otro. Pues ¿qué mayor injuria, qué mayor desprecio puede ser de tan alta majestad? Finalmente, creyendo todo lo que la religión cristiana cree, de tal manera has vivido como si creyeras ser la mayor fábula ó mentira del mundo.

Y si no te espanta la muchedumbre de los pecados pasados, y la facilidad con que los heciste, ¿cómo no te espanta siquiera la majestad y grandeza de Aquél contra quien pecaste? Alza los ojos, y mira la inmensidad y grandeza de aquel Señor, á quien adoran los poderes del cielo, ante cuyo acatamiento está postrada la redondez del mundo, en cuya presencia todo lo criado no es más que una paja que se lleva el viento, y mira cuán grande mal sea que un vilísimo gusanillo como tú se haya tantas veces atrevido á ofender y provocar á ira los ojos de tan grande majestad.

Mira la grandeza espantosa de su justicia, y los castigos tan horribles que hasta hoy tiene hechos en el mundo contra el pecado, no sólo en particulares personas, sino también en ciudades, gentes, reinos y provincias y en todo el universo mundo: y no sólo en la tierra, sino en el cielo: y no sólo en extraños y pecadores, sino en su mismo Hijo inocentísimo, porque se puso á pagar por ellos. Pues si esto se hace en el madero verde y por pecados ajenos, en el seco y cargado de pecados proprios, ¿qué se hará? Pues ¿qué cosa puede ser más desatinada que ponerse á burlar un tan

vil hombrecillo con un Señor que tiene la mano tan pesada, que si la carga sobre ti, de un golpe te arrojará en el profundo de los infiernos sin remedio?

Mira otrosí la paciencia deste Señor, el cual ha tanto tiempo que te aguarda cuanto ha que le ofendes, y que si después de tantas riquezas de longanimidad y paciencia con que te ha esperado, todavía perseveras en usar mal de su misericordia para provocar su ira, desarmará su arco, y sacudirá su aljaba, y lloverá sobre ti saetas de muerte.

Mira la profundidad de sus juicios tan altos, de los cuales leemos y vemos cada día tan grandes maravillas. Vemos un Salomón, después de aquella sabiduría tan grande y de aquellas tres mil parábolas y misterios profundísimos del libro de los Cantares, desamparado de Dios y derribado ante las estatuas de los ídolos. Vemos uno de aquellos siete primeros diáconos de la Iglesia, que estaban llenos del Espíritu Santo, hecho no sólo hereje, sino heresiarca y padre de herejías. Vemos cada día muchas estrellas caer del cielo en la tierra con miserables caídas, y venir á revolcarse en el cieno y comer manjar de puercos los que asentados á la mesa de Dios, se mantenían del pan de los ángeles. Pues si los justos por alguna secreta soberbia ó negligencia ó desagradecimiento que tuvieron, son así desamparados de Dios á cabo de tantos años de servicio, ¿qué esperas tú, que cuasi ninguna otra cosa has hecho en toda la vida sino multiplicar ofensas contra Dios?

Pues veamos: quien desta manera ha vivido, ¿no sería razón que cesase de añadir pecados á pecados y deudas á deudas, y que comenzase á aplacar á Dios y descargar su ánima? ¿No sería razón que bastase lo que hasta aquí se ha dado al mundo y á la carne y al demonio, y que se diese algo de lo que queda al que todo lo dió? ¿No sería razón temer (á cabo de tanto tiempo y de tantas injurias) la justicia divina, que cuanto sufre los malos con mayor paciencia, tanto los castiga después con mayor justicia? ¿No sería justo temer estar tanto tiempo en pecado y en desgracia de Dios, y tener contra sí un tan poderoso contrario como él, y de padre piadoso hacerlo juez y enemigo? ¿No sería razón temer la fuerza de la mala costumbre, no venga á convertirse en naturaleza, y hacer del vicio necesidad, ó poco menos? ¿Cómo no temes de venir poco á poco á dar contigo en aquel despeñadero del

sentido reprobado, al cual después que viene el hombre, ya no hace caso de nada?

Dijo el patriarca Jacob á su suegro Labán: Catorce años ha que te sirvo y que miro por tu hacienda: tiempo es ya que yo también mire por la mía y comience á entender en las cosas de mi casa. Pues si tú tantos años ha que te has empleado en servicio deste mundo y desta vida, ¿no será razón comenzar ya á ganar algo para tu ánima y para la vida advenidera? No hay cosa más breve ni más frágil que la vida del hombre: pues ¿por qué, proveyendo con tanto cuidado lo necesario para esta vida tan breve, no provees algo para aquella que durará para siempre?

CONCLUSIÓN DE TODO LO SUSODICHO

CAPÍTULO V

Pues si todo esto es así, ruégote agora, hermano, por la sangre de Cristo, que te acuerdes de ti mismo, y mires que eres cristiano, y que tienes por suma verdad todo lo que predica la fe. Pues esa fe te dice que tienes sobre ti un Juez, ante cuyos ojos están presentes todos los pasos y momentos de tu vida, y que es cierto que ha de venir día en que te pida cuenta hasta de una palabra ociosa. Esa fe te dice que no se acaba del todo el hombre cuando muere, sino que después desta vida temporal queda otra vida perdurable, y que no mueren las ánimas con los cuerpos, sino que quedándose el cuerpo en la sepultura, el ánima entrará en otra nueva región y nuevo mundo, donde tal tendrá la suerte y la compañía cuales tuvo aquí las costumbres y la vida. Esa fe te dice que así el galardón de la virtud como el castigo del vicio es una cosa tan grande, que aunque todo el mundo estuviese lleno de libros y todas las criaturas fuesen escriptores, antes se cansarían los escriptores y se agotaría todo el mundo, que se acabase de declarar lo que cada cosa déstas comprehende. Esa misma fe te dice que son tan grandes las deudas y beneficios que debemos á Dios, que aunque el hombre

tuviese más vidas que arenas hay en la mar, era poco emplearlas todas en su servicio.

Pues si tantas y tan grandes cosas nos convidan á la virtud, ¿cómo son tan pocos los amadores y seguidores della? Si los hombres se mueven por interese, ¿qué mayor interese que vida perdurable? Si por temor de castigo, ¿qué mayor castigo que pena para siempre? Si por obligaciones de deudas y beneficios, ¿qué mayores deudas que las que se deben á Dios, así por ser él quien es, como por lo que dél tenemos recebido? Si nos mueve el temor de los peligros, ¿qué mayor peligro que el de la muerte, cuya hora es tan incierta, y cuya cuenta es tan estrecha? Si la paz y la libertad, y el sosiego del espíritu, y la suavidad de la vida son cosas que todo el mundo desea, claro está que se hallará mejor todo esto en la vida que se rige por virtud y por razón, que en la que se rige por antojo y por pasión, pues el hombre es criatura racional y no bestial. Y si todo esto es poco para tener en algo este negocio, ¿no bastará ver que por él bajó Dios del cielo á la tierra, y se hizo hombre, y habiendo criado en seis días el mundo, gastó treinta y tres años en esta obra, y sobre ella perdió la vida? Dios muere porque el pecado muera, y con todo esto ¿queremos dar vida en nuestros corazones á quien Dios la quiso quitar con su muerte? ¿Qué más diré? Sobran ya razones, sobran, si por razón se hobiese de llevar este negocio. Porque no digo yo mirando á Dios en una cruz, mas á doquiera que volviéremos los ojos, hallaremos que todas las cosas nos dan voces, y nos llaman á este bien, pues no hay criatura en el mundo (si bien se mira) que no nos llame al amor y servicio del común Señor. De manera que cuantas son las criaturas del mundo, tantos son los predicadores, tantos los libros, y tantas las voces, y tantas las razones que nos llaman á Dios.

Pues ¿cómo es posible que tantas voces como éstas, y tantas promesas y amenazas, no sean parte para llevarnos á él? ¿Qué más había Dios de hacer de lo que hizo, ni prometer de lo que prometió, ni amenazar de lo que amenazó, para traernos á sí y apartarnos de pecado? Y con todo esto, ¡que sea tan grande, no digo yo el atrevimiento, sino el encantamiento de los hombres que tienen esto por fe, que no recelen estar todos los días de su vida en pecado, y acostarse en pecado, y levantarse en pecado, y derramarse por todo género de pecados, y esto tan sin temor, y

tan sin escrúpulo, y tan sin perder por eso el sueño ni la comida, como si todo lo que creen fuese sueño, y todo lo que dicen los Evangelios mentira! Di pues, traidor, di, tizón aparejado para arder en aquellas eternas y vengadoras llamas, ¿qué más harías de lo que haces, si tuvieras por mentira todo lo que crees? Porque veo que aunque por temor de la justicia del mundo refrenas algo de tus apetitos, mas por temor de Dios no veo que dejas de hacer lo que quieres, ni tomar venganza de quien quieres, ni cumplir todo lo que deseas, si puedes. Dime, ciego y desatinado, entre tanta seguridad y confianza, ¿qué hace el gusano de la conciencia? ¿Dónde está el seso, y el juicio, y la razón que tienes de hombre? ¿Cómo no temes tan grandes, tan ciertos y tan verdaderos peligros? Si te pusiesen un manjar delante, y algún hombre (aunque fuese mentiroso) te dijese que tenía ponzoña, ¿osarías por ventura tocar en él, por sabroso que fuese el manjar, y mentiroso el denunciador? Pues si los Profetas, si los Apóstoles, si los Evangelistas, si el mismo Dios te da voces y dice: La muerte está en esa olla, hombre miserable, la muerte está en esa golosina que el diablo te pone delante, ¿cómo osas tomar la muerte con tus manos, y beber tu perdición? ¿Qué hace ahí el seso, y el juicio, y la razón que tienes de hombre? ¿Dónde está su luz, dónde sus aceros y sus filos, pues ninguna cosa corta de tus vicios? ¡Oh miserable frenético, embaucado por el enemigo, sentenciado á perpetuas tinieblas interiores y exteriores, para que de las unas vayas á las otras, ciego para ver tu miseria, insensible para entender tu daño, y duro más que diamante para no sentir el martillo de las palabras divinas! ¡Oh mil veces miserable, digno de ser llorado, no con otras lágrimas que con aquéllas que lloraron tu perdición, diciendo: Si conocieses en este día la paz y el descanso y las riquezas que Dios te ofrece, las cuales están agora escondidas de tus ojos! ¡Oh, miserable el día de tu nacimiento, y mucho más el de tu muerte, porque será principio de tu condenación! ¡Cuánto mejor te fuera nunca haber nacido, si has de ser para siempre condenado! ¡Cuánto mejor te fuera no haber sido baptizado, ni recebido la fe, si por usar mal della, ha de ser mayor tu condenación! Porque si la lumbre sola de la razón bastó para hacer inexcusables á los filósofos, porque conociendo á Dios, no le glorificaron ni sirvieron (como dice el Apóstol) ¡cuánto menos excusa tendrá quien recibió lumbre de fe y agua de

baptismo, y cada año abre su boca para recebir á Dios, y cada día oye su doctrina, si ninguna cosa hace más que ellos!

Pues ¿qué podemos luego inferir de todo lo susodicho, sino concluir en breve que no hay otro seso, ni otra sabiduría, ni otro consejo en el mundo, sino que dejados aparte todos los embarazos y marañas desta vida, sigamos aquel único y verdadero camino por do se alcanza la verdadera paz y la vida perdurable? Á esto nos llama la razón, y la prudencia, y la ley, y el cielo, y la tierra, y el infierno, y la vida, y la muerte, y la justicia, y la misericordia de Dios. A esto señaladamente nos convida el Espíritu Sancto por boca del Eclesiástico diciendo así: Hijo, dende los primeros años de tu mocedad oye la doctrina, y en tus postrimerías gozarás del dulce fruto de la sabiduría. Así como el que ara y siembra, te llega á ella, y espera con paciencia los frutos que te dará. Poco será lo que trabajares, y presto gozarás de grandes bienes. Oye, hijo mío, mis palabras, y no tengas en poco este consejo que te daré. Pon de buena gana tus pies en los grillos della, y tu cuello en sus cadenas. Abaja los hombros, y llévala sobre ti, y no te entristezcas con las ataduras della. Allégate á ella con todo corazón, y con todas tus fuerzas sigue sus caminos. Búscala con toda diligencia, y descubrírsete ha: y después que la hobieres hallado, no la desampares, porque por ella vendrás á hallar descanso en tus postrimerías, y lo que antes te parecía trabajoso, después se te hará deleitable. Y serte han sus grillos defensión de fortaleza y fundamentos de virtud, y sus cadenas vestidura de gloria, porque en ella hay hermosura de vida, y sus vínculos son atadura de salud. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico: por las cuales en alguna manera entenderás qué tan grande sea la hermosura, los deleites, la libertad y la riqueza de la verdadera sabiduría, que es la misma virtud y conocimiento de Dios, de que hablamos.

Y si aun todo esto no bastare para vencer tu corazón, alza los ojos á lo alto, y no mires á las aguas del mundo, que desvanecen, sino mira á aquel Señor que está en la cruz muriendo y satisfaciendo por tus pecados. Allí está en aquella figura que ves, clavados los pies para esperarte, y abiertos los brazos para recebirte, y inclinada la cabeza para darte (como á otro hijo pródigo) nuevos besos de paz. Dende ahí te está llamando (si le sabes oir) con tantas voces y clamores, cuantas llagas tiene en todo su cuerpo. A estas

voces pues, hermano mío, inclina tus oídos, y mira bien que si no es oída la oración del que no oyó los clamores del pobre, ¿cuánto menos lo será la del que á tales clamores como éstos está sordo? Pues si determinado ya de oir esta voz, asentares de mudar la vida y hacer penitencia verdadera, cómo esto se haya de hacer, el tratado siguiente lo declara.

FIN DEL PRIMER TRATADO

TRATADO II

DE LA

PENITENCIA Y CONFESIÓN

PRÓLOGO

Entre todos los males que agora hay en el mundo, ninguno hay que más merezca ser llorado que el modo que tienen muchos cristianos de confesarse, cuando lo manda la Iglesia. Porque (sacados aquéllos que viven en temor de Dios y tienen cuenta con sus ánimas) vemos cuán mal se aparejan muchos otros para este Sacramento, y cuán sin arrepentimiento y sin examen de su conciencia se llegan á él. De donde nace que acabando de confesar y comulgar, luego se vuelven á lo pasado, y que apenas es acabada aquella semana de la penitencia, cuando luego tornan á aquel mismo cieno en que antes se revolcaban, y vuelven como perros á tragar lo que ya habían revesado. Éste es un gran desprecio de Dios, y de su Iglesia, y de sus ministros y sacramentos, y parece que es andar cada año jugando con Dios, pidiéndole perdón de las injurias hechas y protestando la emienda dellas, y á vuelta de cabeza tornando á hacer otras mayores.

El castigo que merecen éstos, es el que Dios les da (que es el mayor que se puede dar) que es dejarlos andar en este juego toda la vida hasta que llegue la muerte, donde les acaezca lo que suele acaecer á los que nunca hicieron penitencia verdadera hasta aquella hora, cuyo fin (regularmente hablando) como dice el Apóstol, será conforme á sus obras: de las cuales nunca hicieron penitencia verdadera sino falsa, como el mismo Señor se

queja por un profeta, diciendo: No se volvieron á mí con todo su corazón, sino con mentira. Y llama aquí mentira aquella penitencia falsa y aparente que hacen los tales, que parece penitencia, y no lo es: con la cual no engañan á Dios, mas engañan á sí mismos, pues les parece que han hecho penitencia verdadera, como quiera que todo lo hecho sea mentira.

Pues si alguno desea convertirse á Dios de verdad, y hacer penitencia de verdad, aquí le declararemos en pocas palabras lo que para esto debe hacer, poniéndole delante los más comunes avisos que los doctores para esto dan: los cuales aunque entre los teólogos sean muy claros, á los simples (para cuya edificación esta escriptura se ordena) son muy ocultos, y por esto conviene que sean advertidos dellos. Y porque este Sacramento tiene tres partes principales (que son, contrición, confesión y satisfación) en cada una déstas declararemos sumariamente lo que se debe hacer para que la penitencia sea perfecta.

DE LA PRIMERA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONTRICIÓN, Y DE LOS MEDIOS POR DO SE ALCANZA

CAPÍTULO I

Pues el que de veras y de todo corazón desea volver á Dios, el que entendida la vanidad del mundo y la obligación que tiene al servicio de su Criador y Redemptor, se quiere tornar á él, y á manera del hijo pródigo desea volver á la casa de su padre, sepa que la primera puerta por do ha de entrar, es la contrición. Porque éste es uno de los más preciosos sacrificios que podemos ofrecer á Dios, según aquello del psalmo que dice: Sacrificio es á Dios el espíritu quebrantado: el corazón contrito y humillado, Señor, no despreciarás.

Esta contrición tiene dos partes principales. La una es arrepentimiento de los pecados pasados, y la otra propósito de emendar los venideros. La razón desto es, porque la contrición (propriamente hablando) es una detestación y aborrecimiento del pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, en cuanto es ofen-

sivo de la Divina Majestad. Por donde el que este aborrecimiento tiene, así aborrece los pecados pasados como los venideros, porque así los unos como los otros son ofensivos desta Majestad. Mas los pasados (como ya no los puede excusar) pésale por haberlos cometido, y los venideros (que están en su mano) propone firmísimamente de evitarlos. Por donde se ve claro que (como dice San Augustín en el libro de la Medicina de la Penitencia) no basta al hombre para aplacar á Dios mudar la vida y apartarse de los pecados pasados, sino es menester también satisfacer por ellos con el dolor de la penitencia, y con el gemido de la humildad, y con el sacrificio del corazón contrito y humillado. y con obras de misericordia.

Pues conforme á esto, la primera cosa que debe procurar el verdadero penitente, es el dolor y arrepentimiento de sus pecados, haciendo lo que hacía aquel sancto penitente que decía: Revolveré, Señor, en mi memoria delante ti todos los años de mi vida con amargura de mi corazón. Y este dolor y amargura no ha de ser principalmente porque por sus pecados mereció el infierno y perdió el cielo con todos los otros bienes que por esto se pierden (aunque esto no sea malo) sino porque por ellos perdió á Dios y le ofendió. Y así como Dios merece ser amado y preciado sobre todas las cosas, así es razón que sintamos haberle perdido y ofendido sobre todas las cosas. Porque la mayor de las ofensas pide el mayor de los sentimientos, y la mayor de las pérdidas el mayor de los dolores. Verdad es que la piedad de nuestro Señor, y el deseo que tiene de nuestra salvación, es tan grande, que aunque el dolor no sea tan calificado como éste, juntándose con él la virtud del Sacramento (que da gracia á quien no pone algún impedimento para recebirla) bastará para dar salud. Y esto es lo que comúnmente suelen los teólogos decir, que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito. Porque así como una candela recién muerta y que aún está humeando, con un pequeño soplo se enciende y se hace de muerta viva, así el ánima que con la virtud de la atrición está como humeando (aunque no encendida) sobreviniendo el soplo y la virtud del Sacramento, viene á encenderse del todo y hacerse de muerta viva. Mas cuál sea la atrición que á este grado llegue, no es dado saber á los hombres, sino sólo á aquel Señor á quien ninguna cosa se esconde.

También es aquí de notar (para consuelo de los flacos) que este dolor que aquí pedimos, no es necesario que sea siempre como los otros dolores sensibles (que están en la parte sensitiva de nuestra ánima y que revientan en lágrimas) porque sin esto puede ser éste verdadero arrepentimiento y dolor, cuando nuestra voluntad aborrece el pecado sobre todo lo que se puede detestar y aborrecer, lo cual muchas veces se hace sin lágrimas y sin esta manera de dolor, Mas cómo y por qué medios se deba procurar esta manera de arrepentimiento y dolor, adelante se tratará en su proprio lugar.

La segunda parte (y también muy principal) que para esta contrición se requiere, es el firme propósito de nunca más ofender á Dios en cosa de pecado mortal. Y esto también (como el dolor) no ha de ser principalmente por cielo, ni por infierno, ni por algún otro interese proprio, sino por amor de Dios, como vemos que la buena mujer tiene asentado en su corazón de morir antes que quebrantar la fe que debe á su marido, no tanto por el temor ó interese que dél espera, cuanto por el amor que le tiene, puesto caso que temer ó desear las tales cosas no sea cosa reprobada, sino provechosa y loable, y aun don de Dios.

Y así como está obligado á tener propósito de evitar los pecados venideros, así también es necesario apartarse de los presentes en que está (si son mortales) porque de otra manera la confesión no sería confesión, sino sacrilegio é injuria del Sacramento: y por consiguiente, así el que se confesase como el que le absolviese, serían sacrílegos y deshonradores del Sacramento, y así la tal confesión no sería remisión de los pecados viejos, sino acrecentamiento de otros nuevos. Y por tanto, el que no quiere hacer de la medicina ponzoña, ni usar para su condenación de lo que Dios instituyó para su remedio, trabaje ante todas las cosas por apartarse de cualquier pecado mortal, si por ventura está en él. Y por tanto, el que tiene odio y enemistad formada contra su prójimo, debe salir desta mala voluntad, y reconciliarse con él, y restituirle la habla, si se la tiene quitada, en caso donde, de no hacerlo así, se siguiese algún escándalo notable, á juicio del prudente confesor, como es cuando el que contra vos erró, os pide perdón en el foro que llaman de la conciencia, y vos se lo negáis: porque con esto le escandalizáis y provocáis odio contra vos.

Asimismo, el que retiene lo ajeno contra voluntad de su due-

ño, es obligado á luego restituirlo. Y digo luego, porque si luego puede pagar, luego es obligado á ello. Y no basta que tenga propósito de restituir adelante, ó en el testamento, si luego lo puede hacer, aunque sea poniéndose en necesidad, mayormente cuando aquél á quien se debe, está puesto en otra tal. Y porque acerca desta obligación de luego pagar hay mucho que decir, y también mucho engaño en los malos pagadores, quien quisiere tener segura su conciencia, aconséjese con quien le sepa desengañar. Y tenga aviso que no sólo es obligado á restituir el que tomó ó hizo algún daño, sino también el que fué causa que se hiciese, ó acompañando, ó aconsejando, ó consintiendo, ó recibiendo en su casa al malhechor como á malhechor, ó comprando de persona sospechosa, o recibiéndola ó encubriéndola en su casa, ó también no atajando el mal que se hacía, si era persona que lo debía y podía hacer: porque todos éstos, y cada cual dellos, *in solidum* son obligados á restituir al agraviado: y restituyendo él, los otros quedan obligados á restituir á éste que pagó por todos.

Y como hay restitución de hacienda, así también hay restitución de fama, si yo eché en la plaza algún delicto grave y secreto de mi prójimo: y así también hay de honra, si le hice alguna injuria de palabra ó de obra: y en lo primero es obligado á restituirle su fama, volviendo á dorar con buenas palabras lo que antes desdoró (cuando desto se espera provecho) y en lo segundo, es necesario satisfacer á la persona ofendida, ó enviándole á pedir perdón, ó recompensando la injuria, ó con lo uno y otro juntamente, cuando el caso lo requiere, según el juicio del confesor. Así que tenemos aquí tres maneras de restitución: una de hacienda, otra de fama y otra de honra, en cada una de las cuales conviene mirarse mucho la obligación que el hombre tiene para descargo de su conciencia.

Asimismo, los que tienen alguna comunicación deshonesta, ó propósito y afición dañada, están obligados á despedir de sí esta pestilencia, si quieren gozar de la gracia deste Sacramento. Y no basta apartar el corazón del pecado, si no se aparta la ocasión dél: porque de otra manera mal se puede evitar este pecado. En lo cual se engañan muchos que justificado á su parecer el propósito y la intención, creen que está ya todo seguro, y no miran que la simiente del mal se les queda en casa, la cual al mejor tiempo tornará á brotar. Por lo cual dice San Bernardo: ¿Cada

día quieres conversar con una mujer, y ser tenido por continente? Ya que lo fueses, no puedes excusar á lo menos la mancilla de la mala sospecha. Si eso haces, dígote que me eres escándalo. Por eso, quita la materia y la causa dél, porque escrito está: ¡Ay de aquél por quien viene escándalo! Pero mucho más para temer es lo que el mismo Sancto dice en un sermón sobre los Cantares desta manera: ¿Por ventura no es mayor maravilla morar con una mujer y no perder la castidad, que resucitar un muerto? Luego si no puedes lo que es menos, ¿cómo quieres que te crea lo que es más?

Pues por esta causa conviene quitar de por medio todas las ocasiones de pecados, especialmente cuando ya una vez se rompió el velo de la vergüenza, y se abrió camino para el mal. Porque abierta esta puerta, imposible es (moralmente hablando) dejar de pasar el mal adelante. Y si dices que te es muy dificultoso apartar esa ocasión, porque para eso es menester echar fuera de casa tal y tal persona á quien tienes grande obligación, ó de que tienes grande necesidad, á eso no sé qué te responda, sino aquello del Salvador que dice: Si tu pie ó mano te fuere ocasión de mal, corta el pie y la mano que esta ocasión te da, porque más vale que cojo y manco vayas al cielo, que con dos pies y manos al infierno. Bien veo que es recia cura ésta. Mas así como hay algunas enfermedades corporales que no se pueden curar sino con hierro y fuego, cortando á veces un miembro por guardar todo el cuerpo, así te confieso que hay algunas enfermedades espirituales que no sufren más blandos remedios que éstos. Y desto no tiene culpa la ley de Dios (que es rectísima y suavísima) sino tú, que rompiste el velo de la vergüenza, y abriste camino para el mal, y te pusiste á provocar y ensañar una fiera estando dentro de su misma jaula, donde ni había pies para huir, ni guarida para te acoger. Y por esto no es mucho que pagues agora tu merecido, y cojas el fruto de lo que sembraste, y pases mucho trabajo en echar al enemigo de casa, pues tú le abriste la puerta.

Esto es lo que toca á las dos principales partes de la contrición: agora tratemos de los medios por donde esta virtud se alcanza, y especialmente la primera parte della, que es el dolor y arrepentimiento de lo pasado.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS POR DO SE ALCANZA LA CONTRICIÓN, Y ESPECIALMENTE EL DOLOR DE LOS PECADOS

CAPÍTULO II

Pues el que de veras y de todo corazón desea alcanzar esta piedra preciosísima de la contrición, sepa que el primer medio que para esto hay, es pedirla á Dios con toda la humildad y instancia posible. Porque arrepentirse el hombre de los pecados como debe, es una especialísima gracia y dádiva suya, y una obra que excede toda la virtud y facultad de la naturaleza humana. Porque esta naturaleza quedó por el pecado original fuera de la rectitud y orden natural en que Dios la crió. Porque él la crió derecha y levantada á Dios por amor, mas el pecado la torció y inclinó á sí misma, que es el amor de los bienes visibles, los cuales ama y precia más que á Dios. Por lo cual así como un hombre que nace torcido y corcovado del vientre de su madre, no hay medicina ni virtud natural que baste para restituirlo en su natural rectitud, así también naciendo nuestra voluntad con esta manera de corcova y torcimiento espiritual, nadie es poderoso para rectificarla y enderezarla á Dios (haciendo que le ame sobre todas las cosas) sino el mismo Señor que la crió. Pues así como no puede el hombre tener este amor sobre todas las cosas sin Dios, así tampoco puede dolerse del pecado sobre todas las cosas por él, sin especial ayuda del mismo Dios, porque de lo uno se sigue lo otro. Y por esto dice el Señor en su Evangelio: Nadie puede venir á mí, si mi Padre no le trajere. Porque venir á Cristo es amarle sobre todas las cosas y dolerse del pecado sobre todas ellas, y este tal amor y dolor nadie lo puede tener de sí (como conviene tenerse) si el mismo Dios no se lo da.

Pues hacer él esto con un pecador es la mayor gracia y el mayor bien que se le puede hacer: porque aunque sea mayor bien dar gloria que gracia, pero mayor cosa es sacar un hombre de pecado y ponerlo en gracia, que después de puesto en gracia,

darle la gloria, pues mayor distancia hay del pecado á la gracia que de la gracia á la gloria. Y aún dice Santo Tomás (tratando de las obras de Dios) que es mayor obra la justificación de un pecador, que la creación del mundo, porque todo el ser del mundo no es más que un bien limitado y finito (como lo son todas las cosas criadas) mas la justificación del hombre es una participación de la dignidad y gloria de Dios, que es bien infinito.

Pues si ésta es obra de Dios, y tan grande obra y misericordia suya, síguese que á él se ha de pedir con toda la humildad y instancia posible, perseverando en esta demanda con aquella piadosa Cananea, y diciendo: Ten misericordia de mí, Señor, hijo de David, porque mi hija (que es mi ánima) es malamente atormentada del enemigo. Y aunque el Señor al principio se nos muestre áspero y riguroso (como á ella se le mostró) no por eso aflojemos ni desmayemos en este requerimiento, porque por eso se mostró él tal á esta mujer, porque en ella aprendiésemos á no desconfiar cuando así le viésemos, sino antes perseverásemos como ella perseveró: porque sin duda alcanzaremos lo que ella alcanzó, pues (como dice el Apóstol) fiel es Dios, y no se puede negar á nadie. Y para ayudar á hacer esto más fácilmente, se ponen adelante algunas devotas oraciones y consideraciones, para que los que no saben por sí hablar con Dios y manifestarle sus necesidades, por aquí se las puedan mejor manifestar y pedirle esta misericordia,

El segundo medio que para esto hay, es recogerse el hombre dentro de sí mismo en tiempo y lugar conveniente, y considerar todas aquellas cosas que le pueden inclinar á tener este arrepentimiento y dolor: porque cuanto más considerare las causas que para esto tiene, tanto más claro verá cuánta razón tiene para llorar y sentir su mal. Porque no sin causa ordenó la naturaleza que el mismo sentido que sirve para ver, sirviese para llorar, pues de lo uno se sigue lo otro, porque el que bien ve, bien llora: esto es, el que sabe mirar los males como deben ser mirados, ése los sabe llorar como merecen ser llorados. Abra pues el hombre los ojos, y póngalos primeramente en la muchedumbre de sus pecados, y después en Dios, contra quien pecó: porque cada cosa déstas le dirá cuánta razón tiene para dolerse dellos.

DE LAS CONSIDERACIONES QUE NOS PUEDEN AYUDAR Á TENER DOLOR Y ABORRECIMIENTO DE LOS PECADOS, Y PRIMERO DE LA MUCHEDUMBRE DELLOS

CAPÍTULO III

PUES para provocar tu ánima á este dolor, debes primeramente poner ante los ojos todo el curso de tu vida pasada, que son todos los pecados que en ella cometiste, juntamente con el abuso de todos los beneficios y mercedes que recebiste de Dios. Y porque el pecado es un desvío del sumo bien y del fin para que el hombre fué criado, considere primero este fin, y verá más claro cuán desviado anduvo dél. El fin para que Dios en este mundo crió al hombre, no fué cierto para plantar viñas, ni edificar casas, ni amontonar riquezas, y vivir en deleites (como las obras de algunos dan á entender) sino para que conociese á Dios, y le amase, y guardase sus mandamientos, y por este medio alcanzase el sumo bien para que fué criado. Para esto le dió ley en que viviese, y gracia con que la guardase, y sacramentos que se la administrasen, y maestros que se la enseñasen, é inspiraciones que á esto le provocasen, y sobre todo esto se dió á sí mismo en precio y remedio de todos sus males. Para esto también le dió los bienes de naturaleza, que son la vida, la salud, las fuerzas, las potencias del ánima, los sentidos y miembros del cuerpo, para que todo esto emplease en servicio de quien se lo había dado. Y para esto mismo le proveyó también de los bienes que llaman de fortuna, para que con ellos conservase la vida, y ayudase la necesidad ajena, y dellos finalmente se ayudase también para merecer la gloria.

Éstos y otros tales son los bienes y ayudas que Dios te dió, para que por ellos le amases y conocieses, y con ellos le sirvieses. Mira pues agora tú cómo has usado de todos estos beneficios, y cómo has cumplido con todas estas leyes y obligaciones. Primeramente, si miras el fin para que Dios te crió, y consideras el que tú has llevado, verás claramente cuán descaminado has andado,

y cuánto te has desviado dél. Porque él te crió para sí, esto es, para que en él empleases todo tu entendimiento, tu memoria, tu voluntad, y en él tuvieses todo tu amor, tu fe, tu esperanza: y tú, olvidado de todo esto, empleástete todo en la bajeza de las criaturas, menospreciando al Criador, aplicando y atribuyendo á ellas lo que se debía sólo á él. A ellas amaste y adoraste, en ellas pusiste tu fe, tu esperanza, tu descanso y todo tu contentamiento, que fué dar á las criaturas lo que era proprio del Criador, y poner en las cosas de la tierra lo que hubieras de poner en los bienes del cielo.

Por aquí también verás cuán mal has cumplido con la primera de tus obligaciones. que es con el primero de los mandamientos de Dios, que á este fin pertenece. Si no, mira cuán olvidado has vivido de este Señor, pues casi toda la vida se te ha pasado sin acordarte dél: cuán ingrato has sido á sus beneficios, pues tan pocas gracias le has dado por ellos: cuán poco caso has hecho de sus mandamientos, pues tantas veces los has quebrantado: cuán poco amor tuviste á quien tanto merecía ser amado, teniéndolo tan grande á las poquedades y niñerías deste siglo: y finalmente, cuán poco temor has tenido á aquella tan grande Majestad, temiendo tanto á los viles gusanillos de la tierra.

Y demás desto, ¿cuántas veces juraste y perjuraste su nombre en vano, trayéndolo arrastrado en tu boca sucia para testigo de todas tus porfías y mentiras? ¿Cómo sanctificaste las fiestas ordenadas para glorificarle y alabarle, y para llorar los pecados pasados, pues estabas aguardando estos días para añadir pecados á pecados, y hacer fiesta á los demonios? ¿Qué honra cataste á tus padres naturales y espirituales (que son tus perlados y superiores) pues tan poco caso heciste de todas sus leyes y mandamientos? ¿Qué amor y hermandad tuviste para con el prójimo, pues tantas veces por tus pundonores y nonadas le hollaste, y despreciaste, y maltrataste, y deseaste la muerte? ¿Cómo guardaste tu cuerpo y ánima del vicio carnal, pues tantas veces por obras, por palabras, por pensamientos, por deseos y por deleites voluntarios te enlodaste en ese cieno, y profanaste el templo que Dios tenía para sí sanctificado? ¿Quién explicará aquí la soltura de tus ojos, la torpeza de tus pensamientos, la deshonestidad de tus palabras, tus galas, tus paseos, tus tratos, y conversaciones, é invenciones de maldades? Pues ¿qué diré de los

hurtos de tu avaricia, pues ninguna otra cosa más preciabas ni adorabas que el dinero, haciendo dél último fin, sirviéndolo, amándolo y haciendo por él lo que por solo Dios se debía hacer? Pues la soltura de tu lengua, tus murmuraciones, detracciones, infamias, injurias, lisonjas, maldiciones y mentiras, ¿quién las podrá explicar, pues casi todas tus pláticas y conversaciones se gastaban en esto?

Después de los divinos mandamientos discurre también por aquellos siete pecados que llaman capitales, y verás cuánta parte te cabe dellos, cuánta ha sido la ambición, la presunción, la vanagloria y soberbia de tu corazón, la jactancia de tus palabras y la vanidad de tus obras, cuántas han sido tus iras, tus envidias, tu glotonería y los regalos de tu cuerpo, tu pereza y pesadumbre para todo lo bueno, y la ligereza y promptitud para todo lo malo?

Mira también por las obras de misericordia, así corporales como espirituales, cuán poca cuenta tuviste con ellas, y cuán poco caso heciste de las necesidades y miserias ajenas, siendo tan piadoso para las tuyas.

Pues entrando por los beneficios divinos, dime, ruégote, ¿de qué manera has usado dellos? La vida que él te dió, ¿en qué la ocupaste? El ingenio, las fuerzas y habilidades naturales, ¿en qué las empleaste? La hacienda y los otros bienes temporales, ¿en qué los gastaste? Porque si quisieres decir verdad, todo esto gastaste en vanidades y ofensas suyas. De manera que de los bienes que recebiste dél, heciste armas contra él, y por donde estabas obligado á hacerle mayores servicios, heciste mayores pecados, tomando motivo para más ofenderle de donde lo habías de tomar para más amarle. Finalmente, de tal manera has vivido como si ninguna obligación tuvieras á Dios, como si nada hubieras recebido dél, ó como si tú mismo te hubieras criado, y no dependieras dél.

Pues quien tiene ojos para ver todas estas lástimas, y entender cuán perdidos y descarriados han sido sus caminos, y cuán mal ha cumplido con todas estas obligaciones y mandamientos, ¿no será razón que llore y se resuelva todo en lágrimas con la consideración de males tan grandes? ¿Qué siente quien esto no siente? ¿Qué llora quien esto no llora, sino quien no tiene ojos para ver tan grande estrago como él mismo ha hecho en todos los bienes de su ánima?

SEGUNDA CONSIDERACIÓN

De lo que se pierde por el pecado.

§ II

Considerada la muchedumbre de tus pecados, considera luego lo que se pierde por ellos, para que por aquí veas lo mucho que perdiste, y cuántas veces lo perdiste, para que esto siquiera te despierte á dolor y penitencia, pues en ninguna otra materia es más bien empleado el dolor que en ésta. Porque (como dice San Crisóstomo) ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, sino sola la del pecado: por lo cual en todas las otras materias es él mal empleado, si no es en sola ésta. Pues es el que quisiere alcanzar este tan saludable dolor, piense con toda humildad y atención lo que por un pecado mortal se pierde, y por aquí verá la razón que tiene para dolerse dél.

Porque primeramente, por el pecado se pierde la gracia del Espíritu Sancto, que es una de las mayores dádivas que Dios puede dar á una pura criatura en esta vida. Piérdese también la caridad y amor de Dios, que anda siempre en compañía de esa misma gracia. Y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más será perder la del Rey de cielos y tierra. Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto (aunque no se pierda la fe ni la esperanza) con los cuales el ánima estaba hermosa y ataviada en los ojos de Dios, y armada y fortalecida contra todo el poder y fuerzas del enemigo. Piérdese el derecho del reino de los cielos (que también procede de esa misma gracia) pues por la gracia se da la gloria, como dice el Apóstol. Piérdese también el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios, y así nos da espíritu y corazón de hijos para con él: y junto con este espíritu se pierde el tratamiento de hijo y la providencia paternal que Dios tiene de aquéllos que recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer. Piérdese también por aquí la paz y serenidad de la buena conciencia, y piérdense los regalos y consolaciones del Espíritu Sancto, y piérdese el fruto y mérito de todos cuantos bienes se

han hecho en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese también la participación de los bienes de toda la Iglesia, de los cuales no goza el hombre de la manera que gozaba cuando estaba en gracia. Todo esto se pierde por un pecado mortal. Y lo que por él se gana, es quedar el hombre condenado á las penas del infierno para siempre, quedar por entonces borrado del libro de la vida, quedar hecho en lugar de hijo de Dios, esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Sanctísima Trinidad, cueva de ladrones y nido de basiliscos.

Entre las cuales pérdidas, la mayor y más digna de ser llorada es haber perdido á Dios, porque ésta es la raíz y causa de todas las otras pérdidas. Porque perder á Dios es dejar de tener á Dios por especial padre suyo, por tutor, por pastor, por defensor y por todas las cosas, y de padre piadosísimo hacerle enemigo y severo juez. Pues quien tan grande bien como éste ha perdido, ¿no será razón que llore y que sienta tan grande mal? No te alegres, oh Israel (dice el profeta) no te goces como los otros pueblos, pues fornicaste contra tu Dios. Caminando una vez el ejército del tribu de Dan á conquistar una ciudad, entró en una casa que estaba en el camino, y hurtó un ídolo de plata que en ella había: y yendo en pos dél su dueño llorando, preguntáronle los ladrones por qué lloraba. Respondió: Pues ¿cómo? Habéisme llevado á mi Dios, y ¿preguntáisme por qué lloro? Pues si este malaventurado lloraba tanto por haberle quitado un dios de metal, que él mismo se había fabricado (teniendo por tan justas y debidas las lágrimas por esta pérdida) ¿qué será razón que sienta un cristiano, pues sabe cierto que todas cuantas veces pecó, perdió, no el falso Dios que él mismo hizo, sino al verdadero Dios, que hizo todas las cosas?

Pues este tan grande bien con todos los demás se pierden por el pecado, para que veas si tiene razón para gemir de corazón quien tantos bienes perdió, y quien de tan grandes riquezas y tanta gloria en tan grande piélago de miserias cayó. Pues ¿cómo no se llorará? ¿Cómo no se confundirá quien así se despeñó en tantos males? Abre, oh ánima miserable, los ojos (dice un sancto doctor) y mira lo que eras y lo que eres, dónde estabas y dónde estás. Eras esposa del muy alto, eras templo de Dios vivo, eras vaso de escogimiento, eras tálamo del Rey eterno, eras trono del verdadero Salomón, eras silla de la sabiduría, eras hermana

de los ángeles y heredera de los cielos. Todo esto eras, y cada vez que digo eras, eras, es necesario que gimas. Pues ¿qué mudanza ha sido ésta tan grande? ¿La esposa de Dios se ha hecho adúltera de Satanás? ¿El templo del Espíritu Santo se ha mudado en cueva de ladrones, el vaso de escogimiento en vaso de corrupción, el tálamo de Cristo en revolcadero de puercos, la silla de Dios en cátedra de pestilencia, la hermana de los ángeles en compañera de los demonios, y la que volaba como paloma por el cielo, rastrea agora como serpiente sobre la tierra? Llórate pues, oh ánima miserable, llórate, pues te lloran los cielos, pues te lloran los ángeles, pues te lloran todos los santos. A ti lloran las lágrimas de San Pablo, porque pecaste y no heciste penitencia de los males que heciste. A ti lloran las lágrimas de los profetas, porque ven ya venir sobre ti el furor de la divina justicia. A ti lloran (mucho más que á las almenas caídas de Jerusalén) las lágrimas de Hieremías, por ver derribada del cielo á la noble Israel, por ver á la hija de Sión perdida toda su hermosura.

TERCERA CONSIDERACIÓN

De la majestad y bondad de Dios contra quien pecamos.

§ III

Pues si pasas más adelante, y consideras la grandeza de la majestad y bondad de Dios contra quien pecaste, aquí aun hallarás mucho mayor materia de dolor. Porque cierto es que cuanto la persona ofendida es mayor, tanto la ofensa es mayor. De donde nace que si la persona ofendida es de infinita dignidad, también la ofensa hecha contra ella será de infinita gravedad, como realmente lo es. Por donde, cuanto el hombre penetrare más la inmensidad de la divina Majestad, tanto más penetrará la gravedad y malicia de su pecado. Levanta pues los ojos á lo alto, y mira (si puedes) cuán grande sea la nobleza, la riqueza, la dignidad, la sabiduría, la hermosura, la gloria, la bondad, la majestad, la benignidad y el poder deste Señor, y cuán grandes sean las obligaciones que todas las criaturas le tienen, y por aquí en

tenderás en alguna manera la gravedad de las culpas que cometiste contra él.

Mas entre todas las grandezas y perfecciones, la que más suele mover los corazones de los verdaderos penitentes, es la de la divina bondad, especialmente á quien tiene ya alguna experiencia y conocimiento della. La cual bondad, aunque se conozca por muchos otros medios, pero principalmente se conoce por el beneficio inestimable de la encarnación y pasión del Hijo de Dios, y por la institución del Sanctísimo Sacramento del altar, en que cada día se ofrece por nos, y se nos comunica y mora en nuestra compañía. Mas en particular se podrá conocer algo desto por la manera del tratamiento que este Señor hace á sus escogidos y amigos, á los cuales muchas veces visita con tantas y tan grandes consolaciones, con tan grandes favores, con tan grande luz y con tanta abundancia de paz y de alegría espiritual, que muchas veces no puede la flaqueza del sujeto humano sufrir el ímpetu de tan grandes consolaciones. Y así se escribe de uno de aquellos santos Padres del yermo que estando algunas veces en oración decía: Señor, detened un poco las ondas de vuestra consolación. Y aun otra vez decía: Señor, apartaos de mí, porque no puedo sufrir la grandeza de vuestra suavidad. Éste es pues Dios, y éstos los favores, los regalos y beneficios que los buenos suelen recebir de tal nobleza, de tal bondad, de tal suavidad y de tal misericordia. Porque no es mucho que les dé á beber del cáliz de sus deleites quien por ellos bebió el cáliz de la pasión.

Pues quien poniendo ante los ojos esta tal bondad, se acuerda cuántas veces la ofendió, ¿no será razón que llore, y aun que desee hacerse todo ojos para llorar tan grande mal? De uno de aquellos monjes antiguos escribe San Juan Clímaco que por razón de una culpa en que había caído, pidió licencia al Padre del monesterio para irse á la casa de los penitentes (que se llamaba cárcel) á hacer penitencia de aquel pecado. Y habida esta licencia (aunque contra la voluntad del Padre, porque su culpa era merecedora de misericordia) fué tan grande el dolor que allí su ánima recibió por haber ofendido á un tal Señor, que dentro de ocho días (traspasado su corazón con el cuchillo del dolor, que había aguzado la caridad) dió el ánima á Dios. Mira agora tú qué tan grande sería el dolor que en tan breve espacio bastó para acabar la vida. Desta manera pues sienten el pecado aquéllos

cuyos ojos abre Dios para ver la grandeza de la malicia que hay en él. Pues si este santo penitente tanto sintió un solo pecado que había cometido, ¿que será razón que sienta quien la mayor parte de la vida gastó en añadir pecados á pecados, y multiplicar siempre ofensas contra Dios?

CUARTA CONSIDERACIÓN

De la injuria que se hace á Dios en el pecado.

§ IV

Considera otrosí, demás de lo dicho, la injuria grande que se hace á Dios en el pecado, para que por aquí veas cuánto lo debas sentir. Porque todas las veces que pecamos, pasa este juicio práctico en nuestro corazón, aunque nosotros no le sintamos Ponésenos por una parte delante el provecho del pecado (que es el deleite ó interese por que pecamos) y por otra la ofensa que hacemos á Dios, cuya amistad perdemos por aquel pecado. De manera que en una balanza se pone Dios, y en otra el interese susodicho, y puesto el hombre en medio, determínase de perder la amistad de Dios, por no perder aquel interese.

Pues ¿qué cosa puede ser más horrible que ésta? ¿Qué cosa más indigna de aquella tan grande majestad, que anteponerle una cosa tan baja? ¿Qué cosa más semejante á aquella que hicieron los judíos, cuando puestos ante los ojos Cristo y Barrabás, para que escogiesen uno de los dos, dijeron que querían más á Barrabás que á Cristo? ¿Qué es esto sino (cuanto es de parte de nuestra mala obra) quitar á Dios la corona y gloria que se le debe como á último fin, y atribuirla al interese ó al deleite? Porque quien estima el deleite en más que á Dios, y lo antepone á Dios (cuanto es de su parte) ya quita la dignidad de último fin á Dios, y la da al deleite, que es como quitar la corona al Criador y ponerla á su criatura. Pues ¿qué cosa más horrible que ésta? A los mismos cielos manda Dios que se espanten de esto, diciendo por Hieremías: Espantaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se cayan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: á mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y fuéronse á

beber de unos aljibes rotos, que no pueden retener las aguas. Pues quien considera cuántos millares de veces ha hecho á Dios esta injuria, ¿cómo no temblará? ¿Cómo no deseará qne sus ojos se hagan fuentes de lágrimas, para llorar día y noche tan grande mal? Mira pues, oh miserable de ti, contra quién pecaste y por qué pecaste, qué dejaste y qué tomaste, qué perdiste y qué ganaste, y avergüénzate agora que es tiempo, porque no seas después confundido eternalmente en el divino juicio.

QUINTA CONSIDERACIÓN

Del odio que Dios tiene contra el pecado.

§ V

AYUDARTE ha también á alcanzar este santo dolor y odio del pecado considerar profundamente la grandeza del odio que Dios le tiene. El cual es tan grande, que no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Y aun es cierto que si de todos los entendimientos criados se hiciese un entendimiento, y de todas las lenguas una lengua, que todo esto no bastaría á declarar y entender la grandeza deste odio. Y está clara la razón. Porque cierto es que cuanto uno es más bueno, tanto más ama la bondad y aborrece la maldad. Por donde, como Dios sea bueno, y no como quiera bueno, sino infinitamente bueno, de aquí nace tener él infinito amor á la bondad, y infinito odio á la maldad, y así galardona lo uno con eterna gloria, y lo otro castiga con eterno tormento y con privación de bien infinito. Y allende desto, es cierto que Dios aborrece el pecado tanto cuanto él merece ser aborrecido, que es conforme á la malicia y deformidad que hay en él: y pues esta malicia es infinita por ser contra Dios (cuya majestad es infinita) síguese que es infinito el odio y aborrecimiento que tiene contra él.

Mas para entender la grandeza deste odio hará mucho al caso considerar profundamente algunos de los más espantosos castigos que Dios tiene hechos en este mundo contra el pecado: porque pues por las obras se conoce el corazón, por estos castigos de Dios conoceremos algo de la grandeza del odio que tiene

contra él. Pues dime agora, ¿qué tan grande fué el castigo de aquel hermosísimo ángel con todos sus secuaces, pues por un solo pecado, siendo tan alta criatura, fué hecha la más abominable del infierno, y siendo tan grande amigo de Dios, fué hecho el mayor de sus enemigos? ¿Qué castigo fué también el del primer hombre con toda su posteridad, y el de todo el universo mundo con las aguas del diluvio, y el de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo, y el de David por su adulterio, y el de Saúl por su desobediencia, y el de Helí por la negligencia en castigar sus hijos, y el de Ananías y Safira por su avaricia, y el de Nabucodonosor por su soberbia, y finalmente el de las penas del infierno (que durarán para siempre) que es el castigo proprio de pecados? Mas sobre todo esto, ¿qué tan grande fué el castigo y satisfación que Dios tomó en las espaldas de su Hijo por los pecados del mundo? Éste es aún muy más espantable que todos los pasados, por la dignidad infinita de la persona en quien fué ejecutado. Cada uno destos castigos (si atentamente se considerare con todas sus partes y circunstancias) nos aprovechará grandemente para entender el rigor espantable de la justicia divina, y el grande odio que tiene contra el pecado: con lo cual se despertará en nuestros corazones temor del mismo Dios, y dolor y aborrecimiento de los pecados, pues en hecho de verdad tanto merecen ellos ser aborrecidos cuanto él los aborrece. Mas ya que tú ni nadie les puede tener este tan grande aborrecimiento, á lo menos aborrécelos cuanto te sea posible, y pide siempre al Señor acreciente en ti este aborrecimiento, porque en él está muy gran parte de la verdadera penitencia y de la justicia cristiana.

SEXTA CONSIDERACIÓN

De la muerte y de lo que después della se sigue.

§ VI

También la memoria de las penas del infierno (que son tan horribles, y la de aquel juicio universal (que será tan riguroso) y la del particular de nuestra muerte (que á cada hora nos aguarda) es razón que nos mueva á dolor y temor de nuestros pecados,

pues cada cosa destas por su parte amenaza tan grandes males á quien fuere culpado, y tanto más de cerca, cuanto menos le puede quedar de vida. Porque cuando este plazo llegare (y cada uno debe pensar que lo tiene muy cerca) ¿qué hará? ¿Qué dirá? ¿Qué sentirá? Porque allí es donde cada uno de los malos podrá con verdad decir: Oh anima mía, ya es llegado el término de tu soberbia, y de tus vanidades, y de tus locuras, y de los deleites de tu carne, á los cuales amaste más que á Dios, y obedeciste más que á Dios, pues por ellos tantas veces le ofendiste. ¿Dónde estás pues agora, vanidad y soberbia mía? ¿A dónde os fuistes, deleites y regalos míos? ¿Qué me distes? ¿Qué me dejastes en las manos por tantos años de servicio que os serví? Por vosotros troqué la vida eterna, perdí el cielo, y gané el infierno: perdí bienes infinitos, y merecí ser compañero perpetuo de los demonios. Pues ¿qué es lo que me habéis dejado en recompensa de tanto mal? Pues si esto ha de pasar así, si todas estas espinas y remordimientos de conciencia han de remorder entonces tu corazón (y por ventura en vano) ¿cuánto mejor será que los padezcas y sientas agora con gran provecho, y entres en juicio contigo, para que no seas allí de Dios juzgado?

SÉPTIMA CONSIDERACIÓN

Que procede de los beneficios divinos.

§ VII

MAS sobre todas estas cosas acrecentará este aborrecimiento y dolor considerar la muchedumbre de los beneficios divinos, porque mientra más profundamente considerares cuán bueno ha sido Dios para ti, mayor confusión recebirás de ver cuán malo has sido tú para con él. Porque por aquí pretendían muchas veces los profetas inducir el pueblo de Dios á dolor de sus culpas, y por aquí comenzó Natán profeta á encarecer el pecado de David, cuando primero que le reprehendiese del adulterio en que había caído, le puso delante las mercedes y beneficios que de Dios había recebido.

Pues conforme á esto puedes traer á la memoria la muchedum-

bre destos beneficios divinos, especialmente el beneficio de la creación, de la conservación, de la redempción, del baptismo, del llamamiento, de las inspiraciones divinas, de las preservaciones de males, con otros innumerables beneficios que nuestro Señor te habrá hecho. Porque si sabes bien echar la cuenta, hallarás que cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra, son beneficios suyos, y que cuantos miembros y sentidos hay en tu cuerpo, son beneficios suyos, y que cuantos momentos vives de vida, son beneficios suyos, y finalmente el pan que comes, y la tierra que huellas, y el sol que te calienta, y el cielo que te alumbra, con todo lo demás, son beneficios suyos. Y para decirlo todo en una palabra, todos los bienes y males del mundo son beneficios suyos, porque todos esos bienes crió para ti, y de todos esos males te ha librado, ó de la mayor parte dellos, pues está claro que no hay mal que padezca un hombre, que no lo pueda padecer otro hombre. Pues ¿qué cosa más digna de sentirse que haber vivido con tan grande olvido y desconocimiento de un Señor, en cuyos brazos andabas, de cuyos pechos te mantenías, con cuyo espíritu vivías, cuyo sol te calentaba, cuya providencia te regía, y en quien finalmente te movías, y vivías, y eras? ¿Qué mayor maldad que haber perseverado tanto tiempo en ofender á quien siempre perseveraba en hacerte bien, y haber hecho tantos maleficios contra quien te hacía tantos beneficios?

Mas sobre todo esto, ¿qué mayor maldad que ofender á quien por ti anduvo tantos caminos, ayunó tantos ayunos, derramó tantas lágrimas, hizo tantas oraciones, sufrió tantas injurias, padeció tantos trabajos, tantas deshonras, tantas infamias, tantos y tan grandes dolores? Porque cierto es que todo esto padeció él por los pecados, así por satisfacer por ellos como para darnos á entender el odio que tiene contra ellos, pues tanto hizo por destruirlos. Pues mira tú agora cuánta razón tienes para deshacerte en lágrimas, viendo cuántas veces con tus pecados de nuevo abofeteaste, azotaste y crucificaste un tal Señor, que todo esto padeció por ti.

Pues considerando el hombre por una parte esta tan maravillosa piedad y largueza de Dios para consigo, y por otra esta tan grande ingratitud y rebeldía suya para con él, vuélvase á él con un corazón contrito y humillado, y diga así:

ORACIÓN PARA DESPERTAR
EN EL ÁNIMA COMPUNCIÓN Y DOLOR DE LOS PECADOS

CAPÍTULO IV

Oh unigénito Hijo de Dios, grandes y inefables son, Señor, los beneficios que de vos he recebido. Levantástesme del cieno y del polvo de la tierra, y criastes mi ánima de nada á vuestra imagen y semejanza, y hecístesla capaz de vuestra gloria. Dístesme entendimiento, memoria, voluntad, libre albedrío, con todos los otros miembros y sentidos, para que con ellos os conociese y amase. Guardástesme en la estrechura de las entrañas de mi madre, para que no muriese allí sin agua de baptismo. Sufrístesme tanto tiempo después de tantos pecados hasta la hora presente, habiendo otros muchos menos culpados que yo, que por no haberlos aguardado tanto tiempo, estarán agora por ventura penando en el infierno. Y sobre todo esto tuvistes por bien haceros hombre, y conversar entre los hombres por mí, y ser por mí angustiado, afligido, entristecido, cubierto de sudor de sangre, preso, atado, abofeteado, escupido, menospreciado, blasfemado, escarnecido y vestido por escarnio de vestiduras blancas y coloradas por mí. Por mí quesistes ser despedazado con azotes, coronado con espinas, herido con una caña, cubiertos los ojos con un velo, sentenciado á muerte, y llevado al lugar de la muerte con la cruz á cuestas, en la cual fuistes con duros clavos traspasado, y puesto entre ladrones, y reputado con los malos, y jaropado con hiel y vinagre, y finalmente muerto con cruelísima muerte. Desta manera, Señor, con tantos trabajos me redemistes, y yo vilísimo y perversísimo pecador, siendo á todos estos beneficios ingrato, tantas otras veces os abofeteé y crucifiqué con mis pecados: por donde merecía que todas las criaturas se levantasen contra mí, y tomasen venganza de vuestras injurias.

Pues ¿qué diré sobre todo esto del abuso de vuestros Sacramentos y de las medicinas que con esta preciosa sangre ordenastes para mí? Lavástesme y recebístesme por vuestro en el

santo baptismo. Allí fuí adoptado por hijo, y consagrado como templo vuestro, y ungido como sacerdote, como rey y como luchador que había siempre de luchar con el enemigo. Allí desposastes mi ánima con vos, y me distes todos los atavíos que para esta dignidad se requerían. Pues ¿qué hice de todas estas joyas que me distes? ¿Qué cobro puse en esta hacienda? Tomástesme por hijo, y híceme esclavo del pecado: consagrástesme por templo, y híceme morada del demonio: armástesme caballero, y paséme al bando de vuestro enemigo: hecístesme rey, y alcéme con el reino que me distes: desposastes mi ánima con vos en perpetua caridad, y yo amé más la vanidad que la verdad, y la criatura que el Criador. Razón fuera, Señor mío, que hubiera comenzado á llorar quien todo esto hizo. Esto es lo que ha tanto tiempo que esperáis de mí, cuanto ha que me dais vida. Para esto tantas veces me llamastes, y me sufristes, y me azotastes, y me halagastes, y por todas las vías me quesistes traer á vos. Esperástesme, y usé mal de vuestra paciencia: llamástesme, y híceme sordo á vuestro llamamiento: dístesme tiempo de penitencia, y yo aprovechéme dél para mi soberbia: herístesme, y no lo sentí: afligístesme, y no quise recebir disciplina. Sudastes y trabajastes por alimpiarme, y con todo eso no salió de mí el orín de mis vicios, ni con fuego. Endurecíme con los castigos, y endurecíme con los halagos, ingrato para lo uno, y rebelde para lo otro. Mas con todo esto, Señor, pues vos tantas cosas por mí pasastes, y mandastes que no desconfiase, vuélvome todo á vuestra misericordia, y suplícoos por la gracia de la emienda, para que de aquí adelante de tal manera os agrade y sirva, que nunca jamás me aparte de vos en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN PARA PEDIR PERDÓN DE LOS PECADOS

CAPÍTULO V

Soberano Hacedor de todas las cosas, pensando comigo mismo cuánto he ofendido con mis pecados á vuestra infinita majestad, espántome de mi locura. Considerando cuán benigno y magnífico padre he desamparado, maldigo mi desagradecimiento. Viendo de cuán noble libertad caí en tan miserable servidumbre, condeno mi desatino, y no sé qué pueda poner delante de mis ojos, sino infierno y juicio, porque vuestra justicia (de quien no puedo huir) espanta mi conciencia. Mas por el contrario, cuando considero aquella vuestra grande misericordia, que (según el testimonio de vuestro Profeta) va delante de todas vuestras obras, luego un frescor alegre de esperanza recrea y esfuerza mi ánima entristecida. Porque ¿cómo desesperaré yo de hallar perdón en aquél que por la Escriptura de sus profetas tantas veces convida los pecadores á penitencia, diciendo que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva? Y allende desto, vuestro unigénito Hijo nos manifestó por muchas comparaciones cuán aparejado está vuestro perdón á todos los arrepentidos. Esto nos significó por la joya perdida y hallada, por la oveja descarriada y traída sobre los hombros de su pastor, y mucho más por la comparación del hijo pródigo, cuya imagen en mí conozco. Porque yo soy el que injustísimamente desamparé á vos, mi amantísimo padre, y desperdicié malamente toda mi hacienda, y obedeciendo á los apetitos de mi carne, huí de la sujeción de vuestros mandamientos, y caí en el torpísimo captiverio de los pecados, y quedé puesto en extrema miseria, de la cual no sé otro que me pueda sacar, sino solo aquél que desamparé. Reciba pues, Señor, vuestra misericordia al humilde que os pide perdón, á quien hasta agora habéis esperado tan blandamente. No merezco levantar á vos los ojos, ó llamaros padre, mas vos que verdaderamente sois padre, tened por bien mirarme con tales ojos. Porque vuestra vista sola resucita los

muertos, y ella es la que hace volver en sí á los perdidos, pues aun hasta el mismo pesar que de mí tengo, no lo pudiera tener, si vos no me hobiérades mirado. Cuando andaba lejos de vos perdido, mirástesme dende el cielo, y abristes mis ojos para que yo me mirase y me hallase lleno de tantos males, y agora me salís á recebir, dándome el conocimiento y memoria de la inocencía perdida. No pido vuestros abrazos ni besos, no demando la vestidura rica que solía vestirme, ni el anillo de mi antigua dignidad, ni os suplico me recibáis á la honra de vuestros hijos: asaz me irá bien si me contáredes entre vuestros esclavos herrados con vuestra señal y atados con vuestras cadenas, para que no pueda ya más huir de vos. No me pesará ser en esta vida uno de los más desechados esclavos de vuestra casa, con tanto que para siempre no me vea yo apartado de vos. Oídme pues, padre piadoso, y dadme el favor de vuestro unigénito Hijo, y el remedio de su muerte. Dadme vuestro espíritu, que purifique mi corazón y le confirme en vuestra gracia, porque no torne á volver por mi ignorancia al destierro, de donde me revocó vuestra clemencia. Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

OTRA ORACIÓN PARA PEDIR PERDÓN DE LOS PECADOS

Esta oración, cristiano lector, debe rezar algunos días con todo el sosiego y devoción que pudiere, el que desea alcanzar contrición y perdón de sus pecados, porque en ella verá claramente lo mucho que debe á Dios, y cuánto se debe arrepentir por haber ofendido á tal Señor.

¿QUIÉN dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré día y noche mis pecados y el desagradecimiento mío contra Dios mi criador? Muchas cosas hay, Señor, muy poderosas para compungir los corazones de los hombres, y traerlos á conocimiento de su pecado: mas ninguna tanto como considerar la grandeza de vuestra bondad y la muchedumbre de vuestros beneficios, aun para con los mismos pecadores. Pues porque la miserable de mi ánima desta manera

se confunda, comenzaré, Señor, á contar algo de vuestros bienes y de mis males, para que por aquí se vea más claro quién sois vos y quién soy yo, y quién habéis sido vos para mí y quién he sido yo para vos.

Tiempo hubo, Señor mío, cuando yo no era: dístesme ser, y levantástesme del polvo de la tierra, y hecístesme á vuestra imagen y semejanza. Dende el vientre de mi madre vos sois mi Dios, porque dende el primer principio de mi ser hasta hoy vos habéis sido mi padre, mi salvador, mi defensor y todo mi bien. Vos allí formastes mi cuerpo con todos sus sentidos, y criastes mi ánima con todas sus potencias, y hasta agora habéis conservado mi vida con los beneficios y regalos de vuestra providencia. Todo esto era poco para vuestra grandeza, porque aunque ello en sí era mucho (porque era todo) mas como todo ello no os costaba nada, quisistes darme algo que os costase mucho, para tenerme más obligado. Decendistes del cielo á la tierra, para buscarme por todos los caminos por donde yo me había perdido. Ennoblecistes mi naturaleza con vuestra humanidad, librástesme de captiverio con vuestras prisiones, sacástesme del poder del demonio poniéndoos en manos de pecadores, y destruístes mi pecado tomando imagen de pecador. Quesistes obligarme con esta gracia, enamorarme con este beneficio, fortalecer mi esperanza con estos merecimientos y hacerme aborrecer al pecado, mostrándome lo que vos hecistes contra él. Echastes brasas de fuego sobre los carbones muertos de mi corazón, para que con tanta muchedumbre de beneficios como se encierran en este beneficio, amase yo á quien tanto hizo por mí, y tanto amor me descubrió.

Veisme aquí, Señor, redemido. ¿Qué me aprovechara ser redemido, si no fuera baptizado? Entre tanta muchedumbre de infieles como están derramados por todo el mundo, quisistes que yo fuese del número de los fieles y de aquéllos á quien cupo tan dichosa suerte, como es ser hijos vuestros, reengendrados por el agua del santo Baptismo. Allí fuí recebido por vuestro, y allí se celebró y asentó aquel maravilloso concierto, que vos fuésedes mi Dios y yo vuestro siervo, vos mi padre y yo vuestro hijo, y así contendiésemos á porfía, vos á hacerme obras de padre, y yo á haceros servicios de hijo. ¿Qué diré de los otros Sacramentos que ordenastes para mi remedio, haciendo medicina para mis llagas con la sangre de las vuestras?

Con todas estas maneras de socorros fué tan grande mi malicia, que perdí esta primera gracia de inocencia, y ha sido tan grande vuestra misericordia, que me habéis sufrido hasta agora. Oh esperanza mía y remedio mío, ¿cómo puedo yo sin lágrimas acordarme de cuántas veces me pudiera haber llevado la muerte en todos aquellos tiempos tan mal gastados, y no me llevó? ¡Cuántos millares de ánimas por ventura arden agora en el infierno por menores culpas que las que yo entonces cometí, y no ardo yo! ¡Qué fuera de mi, si me llevárades en aquel tiempo, como llevastes á otros! ¡Qué juicio se me aparejara tan recio, si me tomara la muerte con el hurto en las manos, si me hallara la justicia en el fragrante delito! Pues ¿quién ató las manos á vuestra justicia en aquella hora? ¿Quién os rogó por mí, cuando yo dormía? ¿Quién detuvo el castigo de vuestro furor al tiempo que yo con mis males lo provocaba? ¿Qué vistes en mí, porque quisistes que yo fuese de mejor condición que aquéllos á quien arrebató la muerte en medio de los fuegos y peligros de la mocedad? Mis pecados daban voces contra mí, y vos os hacíades sordo para ellos. Mi malicia se alargaba cada día contra vos, y alargábase el plazo de vuestra misericordia para comigo. Yo á pecar, y vos á esperarme: yo á huiros, y vos á buscarme: yo cansado de ofenderos, y vos no cansado de aguardarme. Y como si mis pecados fueran servicios y no ofensas, así aun en medio dellos recibía de vos muchas buenas inspiraciones y muchas piadosas sofrenadas que reprehendían y condenaban mis solturas. ¡Cuántas veces me llamastes y distes voces dentro de mí, diciendo: Tú has fornicado con cuantos amadores has querido, mas vuélvete á mí, que yo te recebiré! ¡Cuántas veces con estas y otras palabras amorosas me llamábades, y otras con temores y amenazas me espantábades, trayéndome á la memoria el peligro de la muerte y el rigor de vuestra justicia! ¡Cuántas maneras de predicadores y de confesores ordenastes, para que con sus palabras y consejos me avisasen y despertasen! ¡Cuántas veces, no ya con palabras, sino con obras me seguíades, convidándome con beneficios y castigándome con azotes, tomándome todos los caminos (como hacen los cazadores cuando siguen la caza) para que no pudiese huir de vos!

Pues ¿qué os podré yo, Señor mío, dar por todos estos beneficios? Porque me criastes, os debo todo lo que soy, pues todo lo hecistes. Porque me conserváis, os debo todo lo que soy y vivo,

pues todo lo sustentáis. Pues porque vos mismo os me distes en precio, ¿qué me queda para daros? Si todas las vidas de los ángeles y de los hombres fuesen mías, y todas os las ofreciese en sacrificio, ¿qué era todo esto para una de las gotas de sangre que derramastes por mí?

Pues ¿quién dará agora lágrimas á mis ojos, para que pueda yo llorar la mala paga de tantos beneficios? Ayudadme, Señor, en esta hora, y dadme gracia para que sepa yo confesar mis injusticias contra mí. Yo soy aquel malaventurado que (aunque no lo parezco) soy criatura vuestra, hecha á vuestra imagen y semejanza. Reconoced, Señor, esta figura, que vuestra es. Quitad delante lo que yo hice, y hallaréis lo que vos hecistes con vuestra mano piadosa. Yo empleé todas mis fuerzas en vuestras injurias, y con las mismas obras de vuestras manos os ofendí. Mis pies corrieron á la maldad, mis manos se extendieron á la avaricia, mis ojos se soltaron por toda la vanidad, y mis oídos estuvieron siempre atentos á la mentira. Aquella nobilísima parte de mi ánima, que tenía ojos para veros, quitólos de vuestra hermosura, y púsolos en la flor desta vida miserable. La que había de escudriñar vuestros mandamientos, escudriñaba noche y día cómo quebrantarlos á su salvo. Pues estando tal mi entendimiento, ¿qué tal había de estar la voluntad? Ofrecíadesle vos, Dios mío, los deleites del cielo, y ella trocó el cielo por la tierra, y abrió los brazos que vos habíades consagrado para vos, al amor de las criaturas. Ésta es, Señor, la paga de vuestros beneficios, y éste es el fruto que llevaron los sentidos que vos criastes. Pues ¿qué os podré yo responder cuando entréis en juicio comigo y me digáis: Yo te planté como á una viña escogida de muy buenas plantas, ¿cómo te me has pervertido y hecho tan extraña?

Y si á esta primera pregunta no podré responder, ¿qué responderé á la segunda, sobre el beneficio de la conservación? Conservábades vos, Señor, con vuestra providencia al que entendía en quebrantar vuestra ley, en perseguir vuestros siervos, en escandalizar vuestra Iglesia, y en fortalecer el reino del pecado contra vos. Movíades la lengua que os blasfemaba, regíades los miembros que os ofendían, y dábades de comer á quien servía á vuestros enemigos á costa vuestra. De manera que no sólo fuí ingrato á vuestros beneficios, sino aun destos mismos beneficios hice armas contra vos. Diputastes todas las

criaturas para mi servicio, y enamoréme de todas ellas, y con todas ellas adulteré, pues tantas veces por ellas os ofendí. Quise más á los dones que al dador, y de donde había de tomar ocasión para conocer vuestra hermosura, ceguéme con lo que vi, y no alcé los ojos á ver cuánto más hermoso sería el hacedor que su hechura. Todas las cosas me distes porque yo os me diese, y aprovechéme de todas ellas, y nunca os di, ni la gloria ni el tributo que os debía. Ellas os fueron obedientes en servirme siempre (porque vos se lo mandastes) y yo entendí en ofender siempre á Aquél por quien todo me servía. Vos me dábades la salud, y el demonio se llevaba el fruto della: vos me dábades las fuerzas, y yo las empleaba en servicio de vuestro enemigo. ¿Qué diré? ¿Cómo no bastaron tantas maneras de trabajos y miserias como vi en los otros hombres, para entender que todos aquellos males ajenos eran beneficios míos, pues de todos ellos me librábades? ¿A vos solo es lícito no agradecer el beneficio recebido? ¿Quién á quién no debe agradecimiento por el beneficio recebido? Si la fiereza de los leones y serpientes se doma con beneficios, ¿cómo no bastaron los vuestros para domarme, para que alguna vez siquiera dijese con el profeta: Temamos al Señor, que nos envía agua del cielo, la temprana y la tardía en sus tiempos, y nos da hartura de todos los bienes cada un año? Bastaba por cierto, Señor, para argumento de quién vos sois, haber sufrido lo que yo soy, sin que hobiera otras muestras y testimonios de vuestra bondad. Y si tan rigurosa ha de ser la cuenta que me habéis de pedir destas cosas que os costaron tan poco, ¿cuál será la que me pediréis de las que os costaron vuestra sangre? ¿Cómo pervertí todos vuestros consejos? ¿Cómo (cuanto fué de mi parte) deshice todo el misterio de vuestra encarnación? Hecístesos hombre para hacerme Dios, y yo (amigo de mi vileza) híceme bestia y hijo de Satanás. Bajastes á la tierra por llevarme al cielo, y yo indigno de tal llamamiento, como no lo merecía, no lo conocí, y quedéme sumido en el cieno de mis vilezas. Librástesme, y tornéme á mi captiverio: resucitástesme, y volví á abrazar la muerte: encorporástesme con vos, y torné otra vez á juntarme con el demonio. Ni bastaron tales beneficios para conoceros, ni tal muestra de amor para amaros, ni tales merecimientos para esperar en vos, ni tal justicia como en vos fué ejecutada, para teneros temor. Vos os humillastes hasta el polvo de la tierra, y yo me

quedé levantado en mi soberbia: vos estuvistes en la cruz desnudo, y á mi avaricia no basta el mundo: á vos os dieron de bofetadas siendo Dios, y á mí no han de tocar en la ropa siendo un vilísimo gusano.

¿Qué diré, Salvador mío, sino que fué tan grande la misericordia y amor que comigo usastes, que os pusistes á morir por matar mi pecado, y yo confiando en esa misma bondad y amor, me atreví á pecar contra vos. Pues ¿qué mayor blasfemia que ésta? Tomé ocasión de vuestra bondad para perseverar en mi maldad: tomé motivo para pecar, del mismo medio que vos tomastes para matar el pecado. Desta manera pervertí vuestros consejos y hice invenciones de mi malicia las invenciónes de vuestra misericordia. Por ser vos tan bueno, hallé yo que podía ser malo, y por haberme hecho tan grandes beneficios, concluí yo que podía haceros tan grandes ofensas. De manera que la misma medicina que vos ordenastes contra el pecado, hice yo incentivo de pecar, y la espada que vos me distes para hacerle la guerra, le puse yo en las manos para que me quitase la vida. Finalmente, vos tomastes por medio el morir para enseñorearos de vivos y muertos, para que (como dice el Apóstol) los que viven, ya no vivan para sí, sino para vos, que moristes por ellos: mas yo (como hijo de Jezabel) tomé por medio vuestra misma muerte para despojaros de vuestra hacienda, hurtándome de vuestro servicio y haciéndome esclavo del enemigo. Pues ¿qué merece quien tal hizo? Si los perros comieron las carnes de Jezabel por este pecado, ¿cómo están enteras las mías, pues hice lo mismo? Y si el Apóstol tanto encarece la malicia del corazón humano, por haber tomado ocasión de la misma ley para quebrantar la ley, ¿cuánto mayor malicia será tomar ocasión de la gracia para afrentar la misma gracia? ¡Oh pacientísimo Señor para sufrir bofetadas por los pecadores, y mucho más para sufrir pecadores!

Mas ¿por ventura durará mucho esta paciencia? Veo que decís por vuestro profeta: Callé, tuve siempre silencio, y sufrí mucho: mas agora hablaré como quien tiene dolores de parto. Veo que la tierra que después de llovida no da su fruto, es descomulgada y maldita, y que la viña que después de labrada y cultivada en lugar de uvas da agraces, es por vuestro mandamiento destruída y desamparada. Pues, oh sarmiento seco é infrutuoso, ¿cómo no temiste la hoz de aquel tan sabio podador, que corta de la vid

el sarmiento estéril y lo echa en el fuego? ¿Dónde tenía el juicio quien tales juicios no temía? ¡Qué tanto había ensordecido quien á tales voces no acudía! ¡Qué tan profundo sueño dormía quien no despertaba con el trueno de tan grandes amenazas! Contentábame esta morada terrena, tan indigna de mi ánima, y tenía por deleites estar entre las espinas. Quemábame el fuego de mis pasiones, pungíanme las espinas de mis codicias, despedazábame el distraimiento de mis cuidados, remordíame el gusano de mi conciencia, y todo esto soñaba yo que era libertad y descanso, y tales y tan grandes males llamaba paz. ¡Oh tan engañado para conocerme, cuan rebelde para serviros!

Pues ¿qué haré, Dios mío, qué haré? Conozco verdaderamente que no merezco parecer delante vos, ni alzar los ojos á miraros. Mas ¿á dónde iré? ¿A dónde me esconderé de vos? ¿Por ventura no sois vos mi padre, y padre de misericordias, las cuales no tienen tasa ni medida? Porque aunque yo he dejado de ser hijo, vos no habéis dejado hasta agora de ser padre, y aunque yo he hecho por donde me podáis condenar, vos no habéis perdido por donde me podáis salvar. Pues ¿qué otra cosa puedo hacer, sino echarme á vuestros pies, y pediros misericordia? ¿A quién llamaré? ¿Á quién me socorreré sino á vos? ¿Por ventura no sois vos mi criador, mi hacedor, mi gobernador, mi redemptor, mi librador, mi rey, mi pastor, mi sacerdote y mi sacrificio? Pues ¿á quién iré, ó á dónde huiré, sino á vos? Si vos me desecháis, ¿quién me recebirá? Si vos me desamparáis, ¿quién me amparará? Reconoced, Señor mío, esta oveja descarriada que se vuelve á vos. Si vengo llagado, vos me podéis sanar: si ciego, vos me podéis alumbrar: si muerto, vos me podéis resucitar: si sucio, vos me podéis alimpiar. Rociarme heis, Señor, con hisopo, y seré limpio: lavarme heis, y pararme he más blanco que la nieve. Mayor es vuestra misericordia que mi culpa, mayor vuestra piedad que mi maldad, y más podéis vos perdonar que yo pecar. Pues no me despreciéis, Señor, ni miréis á la muchedumbre de mis pecados, sino á la de vuestras misericordias. Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

DE LOS FRUTOS Y PROVECHOS GRANDES QUE SE SIGUEN DE LA VERDADERA CONTRICIÓN

CAPÍTULO VI

Estas son, cristiano lector, las oraciones y consideraciones que nos pueden ayudar para esta tan grande gracia de la contrición. Y heme detenido tanto en esta parte, por ser ésta la llave y el fundamento de todas las otras partes de la penitencia y de todo nuestro bien. Por tanto éstas debe el hombre leer con la mayor devoción, recogimiento y aparejo que le sea posible, en tiempo convenible y en lugar apartado; porque muchas veces acaecerá que así como entrando uno en la oración sin devoción, después la viene á hallar, así comenzando á leer alguna oración ó consideración déstas sin contrición, que en medio de la oración se la den. Porque así como leemos que el Señor se transfiguró (como escribe San Marcos) estando en oración, así muchas veces en la oración se hacen grandes mudanzas en las ánimas, dando al fin de la oración lo que al principio no había. Por lo cual se dice que es mejor el fin de la oración que el principio.

Pues como el penitente por estos ó por otros cualesquier medios llega á tener espíritu de verdadera contrición, luego en ese punto le es restituída la gracia del Espíritu Sancto, y el mismo Espíritu le es dado por huésped, y por ayo, y por gobernador de su vida, para que como un muy sabio y fiel piloto le guíe seguramente por medio de las ondas del mar tempestuoso desta vida. En esta misma hora es luego perfectamente uñido con Cristo como miembro vivo con su cabeza, para que estando encorporado con él, se haga participante de las influencias de su gracia, y de los méritos y trabajos de su muerte y de su vida santísima. Luego también es recebido y adoptado por hijo de Dios, y nombrado por heredero de su reino, y tratado como hijo, tomando Dios dél aquel cuidado y providencia que suele tener de los que así recibe por hijos. Aquí el padre piadoso acoge en su casa al hijo desperdi-

ciado, y le manda vestir la primera vestidura de la gracia, y darle el anillo de los secretos de la divina sabiduría, que es el nuevo conocimiento que se le da de las cosas de Dios, encubiertas á los ojos mundanos.

En esta hora se alegran los cielos, y cantan los ángeles alabanzas á Dios, y se hace fiesta en aquella corte soberana por la vuelta del nuevo hermano, y todas las criaturas que se entristecieron por la ofensa del Criador y por la pérdida de su criatura, agora se alegran y cantan dulcemente aleluya por su nueva reparación. Y entre todas ellas el buen Pastor (que con tanto trabajo buscó su oveja perdida, y la trajo sobre sus hombros á la manada) agora junta todos sus amigos y vecinos, y les dice: Gozaos todos comigo, porque ya hallé la oveja que había perdido.

Y es aquí de notar que cuanto es mayor la contrición y humildad del penitente, tanto es disposición para más alta gracia, y tanto suele ser víspera de mayor misericordia. Porque así como en los edificios (cuando se hacen muy hondos los cimientos) entendemos que la obra ha de ser muy alta, y el árbol que echa más hondas las raíces, suele crescer más que los otros, así también cuando aquel soberano Señor previene al hombre con mayor humildad y arrepentimiento de su mala vida, es señal que lo dispone para más alta gracia.

El juicio y la justicia dice el Profeta que son aparejo para la silla de Dios. Al juicio pertenece examinar la causa, y á la justicia ejecutar la sentencia. Pues el ánima que hace lo uno y lo otro, que entrando en juicio consigo misma, reconoce luego húmilmente lo que hizo (que fué menospreciar al Criador por el deleite de la criatura) y conforme á esto ejecuta la sentencia (la cual es, que quien así deshonró á Dios, se humille y deshonre á sí mismo, y se abaje hasta el polvo de la tierra, y el que se deleitó desordenadamente en la criatura, se duela y castigue ásperamente por este deleite) este tal se apareja para ser silla de Dios y casa de aquella divina sabiduría, que quiere hacer en ella su morada.

Dos pies dice San Bernardo que tiene Dios, el uno de temor, y el otro de amor: y cuando él quiere entrar en un ánima, primero suele poner el pie del temor, y después el del amor: y cuanto es mayor el temor que precede, tanto suele ser mayor el amor que después se sigue. El Señor (dice el Profeta) mortifica y da

vida, sepulta en los infiernos y saca dellos. Porque ésta es la condición y estilo común deste Señor, que después que los hombres han llegado á tener tan grande temor y dolor de sus pecados que les parece estar ya en los infiernos por ellos, los saca misericordiosamente de ahí y los resucita, y les envía tan grandes consolaciones cuan grande fué la muchedumbre de los dolores en que se vieron.

Por tanto, hermano mío, cuando así te vieres turbado con estas desconfianzas, no por eso desmayes, sino entonces reconoce que te dan una recia purga para que con ella quedes más sano, y que te lavan con una agua fuerte para que quedes más limpio, y que te meten en una fragua muy encendida para que despidas de ti todo el orín de los vicios que se te había pegado. Entonces debes llamar á Dios con el Profeta, diciendo: Comoviste, Señor, la tierra, y conturbástela: sana sus quebrantamientos, pues así fué comovida. Y luego verás en ti lo que el mismo profeta dijo: La tierra tembló, y sosegóse, cuando Dios se levantaba á juicio. Porque cuando tú mismo (movido por Dios) comenzares á hacer en ti aquel juicio que arriba dijimos, entonces temblará la tierra de tu ánima con el temor y espanto de la justicia divina: pero sosegarse ha después con la paz y confianza que el Señor te enviará de su misericordia. El cual lava las mancillas de las hijas de Sión, y quita la sangre de en medio dellas con espíritu de juicio y con espíritu de ardor: esto es, atemorizando primero el ánima con espíritu de juicio y con el temor de la divina justicia, y consolándola después con espíritu de amor y con la confianza de su divina misericordia. Primero sintió Elías el estruendo y el temblor de la tierra y el torbellino que trastornaba los montes, y después desta tempestad siguióse aquel aire delgado en que venía Dios.

Ésta es la orden que comúnmente suele haber en la conversión de las ánimas, que es la misma que nuestro Señor guardó en la santificación del mundo, el cual primero recibió la ley, y después el Evangelio: conforme á lo cual, primero ha de sentir en sí el ánima la obra y rigor de la ley, y después la paz y consolación del Evangelio. La obra de la ley es atemorizar y espantar, como se significó en los temores con que ella se dió en el monte Sinaí: mas la obra del Evangelio es consolar y esforzar, como se hizo cuando ella se dió el día de Pentecostés en el monte Sión. Pues quien quisiere llegar á este monte, ha de pasar por

el otro monte: quiero decir que el que quisiere recebir el espíritu del amor, primero ha de sentir el del temor, y quien quisiere sentir en su ánima la obra y consolación del Evangelio, primero ha de pasar por la obra y temor de la ley. Y al ánima que así está dispuesta, se prometen y ofrecen todas las gracias y tesoros del Evangelio, como lo significó el Profeta cuando hablando en persona del Salvador, dijo: El espíritu del Señor está en mí, porque él me ungió con su gracia, y envió á predicar á los mansos, para que curase á los que tenían quebrantado el corazón, y denunciase á los captivos redempción, y á los encarcelados libertad, para que consolase á los tristes, y diese fortaleza á los que lloran á Sión, y les diese corona por ceniza, y olio de alegría por llanto, y palio de alabanza por el espíritu de su tristeza. Mira aquí por cuántas maneras de metáforas se significan por una parte las obras de la ley y de la penitencia, y por otra las del Evangelio y de la gracia, y cómo las unas se prometen por las otras. Y por tanto, quien quisiere entrar en el palacio de Cristo y en la celda de los vinos preciosos del verdadero Salomón, sepa que la puerta es la amargura de la penitencia y la aflición de los trabajos, y que si por otra quisiere entrar, será salteador y ladrón. Sube pues, hermano, primero con la esposa al monte de la mirra, que es á la amargura del dolor y mortificación, y oirás aquellas palabras que se siguen luego: Toda eres hermosa, querida mía, y no hay mácula en ti.

Verdad es que algunas veces acaece mudar el Señor esta orden, y prevenir primero á los que quiere traer á sí, con bendiciones de dulcedumbre, porque no se retiren afuera, y resurtan con los golpes de la desconfianza y con los temores de la penitencia. Mas después de confirmados y esforzados ya con estas prendas de su misericordia, luego les envía un espíritu de gran dolor y temor, tras del cual se sigue la gracia de la paz y consolación, de que arriba tratamos. Esto significó el mismo Señor hablando con el ánima del verdadero penitente por el profeta Oseas, diciendo así: Yo le daré leche á mis pechos, y la llevaré á la soledad, y hablaré á su corazón, y darle he el valle de Acor (que quiere decir conturbación) para abrirle los caminos de la esperanza, y allí cantará de la manera que cantaba en los días de su mocedad. De manera que primero se da aquí la leche de la dulcedumbre espiritual, y después el valle de Acor, que es la turbación y amargura de la

contrición: y esto hecho, luego se siguen los cantares de la mocedad, que son las alegrías y alabanzas del ánima que recibe en sí las prendas del nuevo amor y gracia que nuestro Señor le envía como arras de casamiento y primicias de su gloria.

Y es mucho de notar que esta misma orden que aquí habemos declarado que comúnmente se guarda para hacer mudanza de la vida y subir del pecado á la gracia, esa misma generalmente se guarda para subir de una gracia menor á otra mayor. Porque cuando nuestro Señor quiere levantar un ánima á cosas mayores, primero la dispone con gemidos, y deseos, y temores, y dolores, y con afliciones de espíritu y trabajos de cuerpo, para darle sus dones, queriendo que siempre preceda este invierno llovioso y tempestuoso al verano florido y frutuoso de sus dones y gracias: y cuanto mayores han de ser las gracias, tanto suelen ser mayores las afliciones y deseos que para esto han de preceder. Por tanto, nadie desmaye ni se desconsuele, cuando así se viere, antes esto tome por señal y prenda de las mercedes nuevas que nuestro Señor le quiere hacer.

DE LA SEGUNDA PARTE DE LA PENITENCIA QUE ES LA CONFESIÓN

DE SIETE COSAS QUE SE DEBEN GUARDAR EN LA CONFESIÓN

CAPÍTULO I

Dicho ya de la primera parte de la penitencia, que es la contrición, digamos agora de la segunda, que es la confesión. Pues el que quisiere acertar á confesarse como debe (cosa que muy pocos saben hacer) después que hobiere proveído lo que está dicho acerca de la contrición, debe guardar las cosas siguientes.

Lo primero, que tome tiempo antes que se confiese, para examinar su conciencia y traer á la memoria todos los pecados pa-

sados, mayormente si ha días que no se confesó: en lo cual (como dice un doctor) debe entender con aquel cuidado y diligencia que entendería en un negocio grave y de mucha importancia, pues á la verdad éste es el más grave y más importante de los negocios. Y es esta diligencia tan necesaria, que faltando ella, la confesión sería ninguna, como lo sería aquélla donde á sabiendas se dejase de confesar algún pecado: porque (como dicen los doctores) todo viene á ser una misma cuenta, ó callar de propósito algún pecado en la confesión, ó confesarse tan negligentemente y tan sin aparejo, que por fuerza se haya de quedar alguno. Ésta es una cosa que se había de predicar á voces por las plazas, por estar tantas personas en esto tan engañadas, que sin ninguna manera de examen ni aparejo se van á los pies del confesor. Las cuales (demás del sacrilegio que cometen) son obligadas otra vez á confesarse como si de propósito callaran algún pecado, por la razón susodicha. Porque el olvido en esta parte no excusa, sino acusa, pues no viene por defecto de naturaleza, sino por negligencia notable de la misma persona.

Pues para no incurrir en estos inconvenientes, debe el hombre (como ya dijimos) aparejarse primero y examinar su conciencia. Y la manera y el orden del examen puede ser procediendo por los mandamientos y pecados mortales, mirando en cada uno cuántas veces pecó en él por pensamiento, por palabra ó por obra, con todas las circunstancias que en el pecado entrevinieron, cuando son tales que de necesidad se deban confesar. De lo cual todo trataremos adelante.

SEGUNDO AVISO

De confesar el número de los pecados.

§ II

Lo segundo, tenga aviso, cuando se confesare, de declarar el número de los pecados, conviene saber, cuántas veces cometió tal ó tal pecado. Porque si este número no se declarase, no sería la confesión entera. Y si no se acordare distintamente deste número, á lo menos declárelo en la manera que le sea posi-

ble, poco más ó menos, según que se acordare. Y si aun desto no puede tener memoria (y es pecado que va á la larga, como una enemistad, ó un pecado de carne) declare cuánto tiempo perseveró en él, porque por ahí se puede conjeturar poco más ó menos el número de los pecados que pudo hacer en tanto tiempo. Mas si es pecado que no tiene esta continuación, sino que se repite muchas veces (como es perjurar, decir mal de los prójimos, ó echar maldiciones, y cosas tales) y no se puede acordar de las veces que en esto pecó, á lo menos diga si tenía por costumbre caer en este género de culpas cada vez que se le ofrecía ocasión para ello, ó si algunas veces volvía sobre sí y resistía. Porque ya siquiera por esta vía entienda el médico la disposición del enfermo, para que le sepa curar.

TERCERO AVISO

De la confesión de las circunstancias.

§ III

Y no basta confesar la especie y número de los pecados, sino es también necesario confesar las circunstancias dellos, cuando son tales que tienen especial repugnancia contra algún mandamiento de Dios ó de su Iglesia, ó cuando muy notablemente agravan el pecado, aunque no muden la especie dél. Porque aunque la obra del pecado mortal sea una, puede ir acompañada con algunas fealdades de tal cualidad, que de necesidad se hayan de confesar: como si uno hurtase armas para matar á fulano, por tomarle su mujer, bien se ve que aunque ésta sea una sola obra (que es hurtar) y por consiguiente un solo pecado (porque no es más que una obra) pero esa obra tiene otras dos fealdades anejas, que son, querer matar y adulterar, las cuales contradicen á aquellos dos mandamientos, no matarás y no codiciarás la mujer ajena. Y por tanto esta manera de circunstancias que así agravan el pecado, es necesario que se confiesen.

Mas otra manera de circunstancias que no son desta cualidad (como es murmurar en la iglesia, ó hacer tal pecado en día de

ayuno ó de fiesta) no es necesario que se confiesen, aunque de consejo es muy bien confesarlas, como se confiesan los pecados veniales. Y porque saber hacer diferencia de las unas circunstancias á las otras es algo dificultoso, por esto pondré aquí las circunstancias que más comúnmente somos obligados á declarar en la confesión.

Primeramente, en los pecados carnales es necesario declarar las circunstancias de la persona con quien pecaste, porque según son diversas las cualidades de las personas, así son diversos los pecados. Porque pecar con soltera es simple fornicación: con casada, adulterio: con doncella virgen, estupro: con parienta, incesto: y con persona religiosa y dedicada á Dios, sacrilegio ó adulterio espiritual. Y por esto siempre se ha de declarar la tal circunstancia en este pecado, no sólo cuando se comete por obra, sino también por solo pensamiento y deseo, pues para con Dios todo es una manera de pecado.

También en este mismo género de pecados, y en cualquier otro, se ha de declarar la circunstancia del escándalo. Y por escándalo entendemos aquí haber dado ocasión con alguna mala obra ó palabra á que otro pecase, como el que solicita á una mujer para que peque, ó á un hombre para que juegue, ó á otro para que se vengue de su contrario, etc. Y por esto en todos los pecados carnales (demás de lo dicho) se ha también de declarar si trabajó él por inducir la parte á que pecase, ó si la misma parte voluntariamente se ofreció al pecado: porque en lo primero hay escándalo (que es un pecado grave) y en lo segundo no. Asimismo se debe mirar si cuando cometió el pecado, lo cometió en tal lugar y delante de tales personas que con el mal ejemplo que dió, les fuese ocasión eficaz de hacer otro tanto, como si una persona de autoridad se pusiese á comer carne sin necesidad en día vedado, ó hacer otro pecado delante de personas que de aquí podían tomar licencia para hacer otro tanto. Porque en este caso necesario sería confesar esta circunstancia del escándalo y mal ejemplo que dió. Y esto debrían mirar mucho los señores que tienen tableros y juegos en sus casas, y los padres y madres (cuyas obras y palabras son leyes de sus hijos) porque basta hacer los mayores una cosa, para que por el mismo caso los menores la tengan por lícita y honrosa. Matóse el rey Saúl con su espada, y como esto vió el paje de la lanza que le seguía, desenvainó él

también la suya, y hizo otro tanto, pareciéndole que no hacía mal en hacer lo que hacía su rey, aunque fuese matarse.

La circunstancia también del lugar sagrado algunas veces es necesario declararse, y señaladamente en tres casos, que son, hurto del lugar sagrado, derramamiento de simiente humana, ó de sangre humana, cuando lo uno ó lo otro se hace con pecado. Porque cada cosa déstas por razón del lugar muda la especie del pecado, y lo hace sacrilegio, que es pecado más grave.

También si alguno tuviese hecho voto ó juramento de hacer ó no hacer alguna cosa (á la cual por otra parte es obligado por especial mandamiento de Dios) como es de no jurar, ó matar, ó fornicar, etc. Si después hiciese lo contrario desto, sería obligado á declarar la circunstancia del juramento ó voto que precedió, porque ésta hace que lo que era pecado por una razón, lo sea también por otra.

CUARTO AVISO

De cómo no se ha de confesar más que la especie del pecado.

§ IV

El cuarto aviso es, que cumplido lo que está dicho acerca del número y circunstancias de los pecados, en lo que resta no se ha de confesar más que la especie sola del pecado, que es el nombre que tiene, de hurto, odio, adulterio, ó cosa semejante. De lo cual se infiere primeramente que no hay necesidad para declarar un pecado, de contar toda una historia, sino basta decir el nombre del pecado y cuántas veces lo cometió, sin contar la historia de cómo pasó. Lo cual si entendiesen bien los penitentes, podrían muy limpia y brevemente confesarse de infinitos pecados, reduciéndolos todos á sus especies y diciendo: Mil veces hurté, ó maté, ó adulteré, etc. Y para saber hacer esto, mire el hombre, cuando quiere contar una historia déstas, la causa ó causas por qué la cuenta, que es para acusarse de algunas cosas malas que entrevinieron en ella, y entresaque éstas de todo el cuerpo de la historia, y acúsese dellas, y así acertará á acusarse como conviene. Mas si todo no supiere hacer, acúsese como pudiere,

porque Dios no pide á nadie más de aquello que sabe y puede hacer. De aquí también se infiere que no es necesario explicar por menudo los modos y maneras en que se cometió el pecado, mayormente cuando es carnal, sino basta declarar (como dijimos) la especie sola dél. Y aunque esta materia sea torpe, todavía para tratar del remedio de nuestras torpezas será necesario meternos un poco en este cieno, y ofender algún tanto las orejas limpias, declarando esto más en particular. Para cuyo entendimiento es de saber que un pecado deshonesto se puede cometer, ó por pensamiento, ó por palabra, ó por tocamiento, ó por obra consumada. Si fué por obra consumada, basta decir el nombre de la obra, como es: Cometí adulterio, ó incesto, ó simple fornicación tantas veces, sin declarar aquellas particularidades que se entienden, entendida la especie de la obra. Si fué por tocamiento, basta decir: Toqué deshonestamente tantas veces á tal manera de persona, sin decir en qué lugar, ni cómo y en qué manera, si del tocamiento no se siguió alguna cosa que mudase la especie deste pecado. Si fué por palabra, basta decir: Dije palabras torpes para provocar á mal, ó para deleitarme en ellas, sin decir: Dije tales y tales palabras. Si fué por pensamiento, basta decir: Tuve un pensamiento deshonesto, y consentí, ó deleitéme, ó detúveme en él, sin decir: Pensé tal y tal cosa, como algunos hacen con grande vergüenza suya y sin necesidad del Sacramento. Todas éstas son cosas tan claras y manifiestas, que sería demasiado tratar dellas, si no viésemos que se hacía lo contrario. Mas hay algunos hombres tan rudos, que en medio del día claro han menester candela para ver. Ni los escrupulosos deben querer explicar de otra manera sus pecados, porque basta explicarlos de la manera que los doctores dicen que basta, y con esto se deben contentar, pues no son obligados á más.

QUINTO AVISO

De la manera del confesar los pecados del pensamiento.

§ V

Y porque hay especial dificultad en confesar los pecados del pensamiento, declararé también sumariamente cómo esto se haya de hacer. Para cuyo entendimiento es de saber que con un mal pensamiento se puede el hombre haber en una de cuatro maneras: conviene saber, ó desechándolo de sí con presteza, ó deteniéndose algún tanto en él, ó determinando ponerlo por obra, ó á lo menos queriendo de propósito estarse deleitando en él.

En lo primero claro está que no hay culpa, sino merecimiento y corona, y por eso no hay qué confesar. Y aunque el combate del pensamiento durase todo el día, si todavía el hombre resiste fuertemente, no hay aquí pecado, sino corona y merecimiento.

En lo segundo hay pecado venial, más ó menos grave, según fué mayor ó menor el detenimiento. Y la manera de confesar este pecado es diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, ó de ira, ó de odio, etc., y no lo deseché de mí tan presto como debiera, sino antes me detuve algún tanto en él.

En el tercero (que es cuando tuvo consentimiento y determinación de poner el mal pensamiento por obra, aunque no lo pusiese) claro está que hay pecado mortal, y de la misma especie que sería la obra. Porque (como dicen los teólogos) la obra exterior ninguna cosa esencial añade á la interior.

En el cuarto caso, que es cuando uno se quiere estar, ó se deja estar pensando y deleitando en un mal pensamiento (como de una venganza ó de una deshonestidad, aunque no tenga intención de ponerla por obra) también hay pecado mortal: el cual llaman los doctores delectación morosa, que es (como suelen decir) si no bebo en la taberna, huélgome en ella: que es un linaje de pecado en que por la mayor parte suelen caer personas viciosas y desalmadas y amigas de deleites sensuales. Porque aunque esto no sea consentir en la obra del pecado, es consentir en el deleite della, y ponerse en manifiesto peligro de consentir en ella. Esto

se entiende cuando el hombre ve lo que piensa, y no lo despide de sí. Porque si cuando esto advierte, trabaja por sacudir de sí esta llama, ya esto no será pecado mortal, porque no advirtió lo que pensaba: mas será venial, porque debiera de estar más sobre aviso para advertirlo. Y esta manera de pecado puede acaecer en todo género de pecados mortales, aunque más ordinariamente acaece en pecados de carne y de odio y deseos de venganza, que comúnmente son más encendidos y pegajosos que los otros.

En este pecado suelen comúnmente caer las personas viciosas y deshonestas, las cuales cuando no tienen aparejo para cumplir sus malos deseos, hacen eso que pueden, que es revolcarse con el pensamiento en el cieno de la delectación, mayormente cuando, ó por su honra, ó por su encerramiento tienen tomadas las puertas para obrar mal.

Asimismo están muy á peligro de caer en este pecado las personas tocadas de la afición deshonesta de otra persona, por la gran fuerza que tiene esta afición para tiranizar el corazón, y llevarlo tras sí, y tenerlo fijo en la cosa que ama. Y por esto no hay cosa más peligrosa que dar entrada á una afición déstas, porque es meter en casa un crudelísimo tirano, un destruidor de la inocencia y un despertador y causador de infinitos pecados. También están á peligro de caer en este vicio los que andan muy encendidos en tratos de casamientos: porque aunque los deleites de los casados sean lícitos, cuando son casados, mas no antes que lo sean, porque el deleite está presente, y el casamiento por venir, el cual por muchas vías se puede impedir: y por esto no es lícito el deleite en aquel tiempo que se recibe.

Pues entendidas estas cuatro diferencias de pensamientos, fácil cosa será saber acusarse dellos, declarando el penitente si se detuvo, ó si consintió, ó si se deleitó morosamente en el mal pensamiento.

SEXTO AVISO

De guardar la fama del prójimo.

§ VI

El sexto aviso sea, que el penitente trabaje por guardar la fama del prójimo, confesando de tal manera sus pecados, que no descubra los ajenos, ni nombre á nadie por su nombre, sino diga: pequé con cierta persona casada, ó soltera, etc. Y si la circunstancia de la persona fuese tal, que por ella entenderá el confesor quién era, debe entonces buscar otro confesor que esto no entienda, por excusar esto. Lo cual si no le fuere posible, entonces (siendo el confesor persona tal) bien puede decir esta circunstancia, porque esto no es propiamente infamar, sino declarar el pecado.

Asimismo tenga aviso que ni excuse sus pecados, ni ponga más en ellos de lo que hay, ni lo dudoso diga por cierto ni lo cierto por dudoso, sino cada cosa ponga en su lugar, sin desviarse de lo que es.

El último aviso sea, que para mayor cumplimento de todo lo dicho trabaje por haber tan buen médico para su ánima como lo buscaría para su cuerpo, si estuviese enfermo, pues en esto va tanto más. Porque buscar confesor ignorante es buscar una guía cierta para el infierno, pues (como dice el Salvador) si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en el hoyo Y los que esto no hacen, no carecen de grandísimo peligro, porque (como dice San Crisóstomo) no se pueden excusar por ignorancia los que tuvieron aparejo para hallar, si tuvieran gana de buscar: porque si la verdad es salud y vida de los que la conocen, no es razón que ella busque á nadie, sino que ella sea buscada de todos.

DE LOS CASOS
EN QUE LA CONFESIÓN ES NINGUNA, Y SE DEBE ITERAR

CAPÍTULO II

Y para que más claramente se vea lo que importa cada cosa de las susodichas, será bien contar sumariamente los casos más comunes en que la confesión es ninguna, y así es necesario confesarse otra vez. Entre los cuales el primero es, cuando el penitente mintiese en la confesión en materia de pecado mortal. El segundo, si de propósito callase algún pecado mortal. Esto se entiende cuando la persona tenía lo que así calló por pecado mortal, porque si no lo tenía por tal, y después entiende que lo es, basta que se acuse desto, sin que vuelva á repetir la confesión. Y aunque la ignorancia fuese tal, que no excusase de pecado cuando aquello se hizo, todavía basta para excusar desta nueva obligación. El tercero caso es, si habiendo días que no se confesó, no examinó su conciencia para haberse de confesar. Porque en este caso el olvido no excusa, sino acusa más al penitente, como arriba se declaró. El cuarto es, cuando el penitente no tiene propósito de salir del pecado en que está, como es de la enemistad, ó deshonestidad, ó otro cualquier pecado en que vive, ó cuando no quiere restituir lo que debe. El quinto es, cuando está descomulgado y no procura primero la absolución de la excomunión. El sexto es, cuando el confesor es ignorante, no siendo letrado el penitente y habiendo cosas graves que deslindar en la confesión. Porque en este caso no puede dejar de haber yerros que tengan necesidad de otra cura mejor, como arriba se dijo.

Y es de notar que en cualquiera destos casos en que es necesario reiterar la confesión, si esto se hiciere con el mismo confesor, no es necesario volver á decir todos los pecados que ya dijimos, si él tiene memoria dellos, sino basta decir: Acúsome de todos aquellos pecados que tal vez os confesé, y allende desto, de tal ó tal culpa, por donde agora soy obligado á reiterar esta con-

fesión. Y porque muchos podrán con razón temer si por ventura habrá habido algún defeto de los sobredichos en sus confesiones pasadas, por esto me parece muy sano consejo que una vez en la vida haga el hombre una confesión general muy bien hecha, para barrer con ella todas estas negligencias, y de ahí adelante mirar por sí con mayor cuidado.

Agora será bien, para socorro de la memoria, que pongamos aquí un breve memorial de los pecados, para que por él más fácilmente pueda el penitente examinar su conciencia, y aparejarse para este Sacramento, que es el primero de los avisos que arriba señalamos. Pero esto será, no desenterrando infinitas maneras de pecados exquisitos (como algunos hacen) sino discurriendo por los más comunes y ordinarios que suelen acaecer.

MEMORIAL DE LOS PECADOS

Acusaciones para el principio de la confesión.

PRIMERAMENTE acúsese de no venir tan aparejado á este sacramento de la penitencia como debiera, que es, no traer aquel dolor y arrepentimiento de sus pecados, ni aquel propósito tan firme de apartarse dellos como debiera traer.

De no traer tan examinada su conciencia y tan pensados sus pecados como debiera.

De no haber tenido el día de la comunión aquel recogimiento que debiera, así antes como después della.

De no haber cumplido tan presto y con tanta devoción la penitencia que le dieron.

De no haber cumplido tan enteramente lo que el confesor le mandó. Y aquí será bien explicar si en particular le mandó restituir algo, ó cumplir algún voto, ó apartarse de algún pecado ó de alguna peligrosa ocasión dél, que no cumpliese. Esto se debe decir, porque el confesor sepa mejor cómo se deba haber en esta parte con el penitente. Después desto comience á acusarse de los pecados por la orden siguiente.

PRIMERO MANDAMIENTO

Honrarás á Dios sobre todas las cosas.

Por cuanto (como dice Sant Augustín) Dios es honrado con las tres virtudes teologales, que son, fe, esperanza y caridad, aquí conviene tratar de las obras que contra estas tres virtudes hubiéremos hecho. Y conforme á esto se acuse el penitente, primero acerca de la fe, si dudó en algún artículo de la fe, porque el que duda en la fe, es infiel.

Y ya que no dudase, á lo menos si vaciló ó titubeó algún tanto en las cosas della. Esto es venial.

Si se puso á querer escudriñar con curiosidad las cosas de la fe. Si cree en sueños, agüeros, suertes ó hechecerías, ó usó de alguna cosa déstas. Si da crédito, ó trae consigo nóminas supersticiosas, con figuras y nombres escuros y no conocidos. Si hizo algunas devociones para algún mal fin, ó vano, como para que alguien muriese, etc.

Acerca de la blasfemia, que toca á la fe, acúsese si blasfemó de Dios ó de sus sanctos. Si se indignó contra Dios, ó murmuró ó se quejó dél por los trabajos que le da, como si no fuese justo, ó misericordioso, etc. Si con esta indignación se deseó la muerte, y la pidió ó dijo á Dios que no le agradecía la vida que le daba, etc.

Acerca de la esperanza, mire si en los trabajos y adversidades que le vienen tiene aquella confianza en Dios nuestro Señor que debe tener, acompañada con aquel esfuerzo y consolación que la confianza viva ordinariamente trae consigo. Si por el contrario puso toda su confianza en las criaturas y en los favores y valías del mundo. Si desconfió de alcanzar perdón de sus pecados ó emienda de su vida. Si por el contrario, con la confianza del perdón dellos perseveró en mala vida, ó dilató la penitencia para la vejez ó para la hora de la muerte.

Acerca de la caridad, acúsese si no amó á Dios sobre todas las cosas con todo su corazón y ánima, como es obligado. Si todas las buenas obras que hace, las hace por algunos intereses ó por algunos respetos humanos, más que por amor de Dios. Si tiene cuidado cada día de encomendarse á Dios. Si le da gracias por

los beneficios que dél ha recebido, y principalmente por le haber criado, redemido y hecho cristiano, no moro ni hereje, etc.

Si sabe las oraciones de cristiano y doctrina cristiana. Si persigue á los siervos de Dios y á los que se confiesan, ó comulgan, ó rezan, y si escarnece ó murmura dellos.

Si se puso en peligro de ofender á Dios, haciendo cosa que dudaba si era pecado mortal.

SEGUNDO: *No jurarás el nombre de Dios en vano.*

Si juró mentira, sabiendo que lo era, ó dudando si lo era, ó no mirando bien si era verdad lo que juraba.

Si juró prometiendo alguna cosa lícita, la cual ó no cumplió, ó no tenía intención de cumplir, cuando la juró.

Si juró amenazando á sus criados sin intención de hacer lo que juraba, también esto es mortal. Pero si después le pareciese que era mejor perdonar y usar de misericordia más que de rigor, no será obligado á lo cumplir.

Si juró amenazando á los que no eran sus criados, de hacer cosa que fuese pecado mortal, es mortal.

Si juró de no hacer algún bien, como emprestar, fiar, ó visitar, ó predicar, etc. El cual juramento no obliga, como el siguiente. Si por el contrario juró de hacer algún mal.

Aquí también se acuse de los juramentos de maldiciones (que son muy comunes, así como tal ó tal cosa me venga ó me acontezca) si por ventura ha caído en ellos.

Si fué causa de algún jurar falso, ó de no cumplir el juramento lícito que juró.

Si tiene por costumbre jurar á menudo: lo cual es cosa muy peligrosa, por el peligro en que vive, de jurar algunas veces mentira.

Si deja de reprehender sus hijos ó criados, cuando les ve jurar muchas veces.

Acerca de los votos, si quebrantó algún voto, ó si dilató mucho el cumplimiento dél.

Si hizo voto de hacer algún mal, ó de no hacer algún bien, ninguno de los cuales votos obliga.

Y mire bien, si le conmutaren algún voto, que sea en cosa por

lo menos igual ó mayor de lo que él tenía votado. Porque de otra manera, no se hace bien la conmutación, cuando hay lugar que así se haga.

TERCERO: *Santificarás las fiestas.*

Si quebrantó las fiestas, haciendo ó mandando hacer obras serviles en ellas, si no fuese poca cosa.

Si dejó de oir misa entera en los tales días sin causa legítima.

Si está en la misa y en los oficios y lugares sagrados con aquella devoción y reverencia que debe, ó si está allí mirando, ó hablando, ó riendo, ó murmurando, como no debe.

Si no procuró que sus esclavos, criados y hijos la oyesen.

Si gastó todo el día de la fiesta en juegos y vanidades.

Si fué negligente en oir los sermones.

Si estando descomulgado asistió á los oficios divinos, ó recibió algún sacramento.

CUARTO: *Honrarás padre y madre.*

En este mandamiento se trata lo primero del cuidado que tienen los hijos de sus padres, y los padres de sus hijos. Lo segundo, del que tienen los siervos de sus señores, y los señores de sus siervos. Lo tercero, del que tienen los perlados de sus súbditos, y los súbditos de sus perlados. Lo cuarto, del que tiene la mujer de su marido, y el marido de su mujer. Lo quinto, del que tienen los yernos para con sus suegros, y los suegros para con sus yernos. Porque todo esto va cuasi por una misma regla. Y aquí también conviene examinar cómo se ha habido el hombre con los más ancianos y con los bienhechores.

Pues conforme á esto, examine primeramente el hijo si despreció, ó desacató, ó maldijo á sus padres.

Si los desobedeció en cosas justas.

Si no les socorrió en sus necesidades.

Si se deshonró ó afrentó de sus parientes por ser bajos ó pobres.

Si no cumplió los testamentos de sus padres.

Si les deseó la muerte por heredarlos.

También miren los padres si tienen cuidado de sus hijos, conviene saber, de les enseñar las oraciones y doctrina cristiana.

Item, de los reprehender y castigar cuando hacen lo que no deben, ó andan en malas compañías.

Item, de los ocupar en alguna cosa, porque no anden ociosos y vagabundos.

Si los tratan con sobrado regalo, y los crían en sus voluntades, dejándolos cumplir todos sus apetitos.

Lo mismo han de mirar los señores para con sus criados y esclavos por la misma orden.

Y allende desto miren si los proveen competentemente de lo necesário.

Item, si tienen cuidado de los curar y sacramentar en sus enfermedades.

Item, si los dejan estar amancebados, ó en otro pecado mortal, pudiéndolos remediar.

Entre suegros y yernos ó nueras se mire si hay pasiones, ó malas palabras, ó desearse las muertes por herencias, etc.

Entre casados, mire el marido si trata mal á su mujer de palabra ó de obra, ó no la provee de lo que le es necesario.

Item, si la mujer trata mal á su marido, desobedeciéndole, ó injuriándole, ó dándole motivo para perder la paciencia y poner la boca en Dios.

Item, si es celosa, sin haber causa para serlo.

El súbdito mire si desobedeció á sus mayores, ó á las leyes y mandamientos puestos por ellos.

Si los despreció en su corazón.

Si murmuró y se quejó dellos. Si juzgó temerariamente sus cosas á mal fin, diciendo que las hacen por pasión, ó por interese, ó por otros respectos humanos. Si desacató por palabra ó obra las personas constituídas en dignidad.

Si despreció ó no honró los viejos, ó si escarneció ó hizo burla dellos. Si fué ingrato á sus bienhechores, olvidándose de sus beneficios, ó (lo que peor es) dándoles mal por bien.

QUINTO: *No matarás.*

Cuanto al alma, mire primeramente si mató espiritualmente á su prójimo, incitándole ó dándole consejo ó ocasión para pecar mortalmente, que es pecado de escándalo. Si le acompañó ó dió favor ó ayuda para algún maleficio.

Cuanto al cuerpo, si mató, ó procuró, ó deseó la muerte á su prójimo, ó se la pidió á Dios. Si tuvo odio formado contra alguno, deseando tomar dél venganza, y cuánto duraría en este odio. Si tiene quitada la habla á alguno con escándalo de los prójimos.

Si anda en bandos, ó los favorece.

Si amenazó á otro (que no fuese su criado) con malas palabras. Si no quiso perdonar (á lo menos en el fuero de la conciencia) á quien húmilmente le pidió perdón. Si habiendo ofendido á otro por palabra ó por obra, no le quiso pedir perdón por sí ó por tercera persona, ó no satisfizo bastantemente por la ofensa hecha.

SEXTO: *No fornicarás.*

Dado que en todos los pecados se pueda pecar por pensamiento, por palabra ó por obra, pero en éste más expresamente suele acaecer esto que en cualquiera otro. Y de cualquiera manera destas tres que se peque, se ha de declarar la cualidad y circunstancia de la persona con quien pecamos, como arriba se declaró.

Pues según esta orden, acerca de los pensamientos acúsese si fué negligente en resistir con presteza á los pensamientos deshonestos.

Si consintió en ellos deseando ponerlos por obra, si pudiera.

Si se deleitó morosamente en ellos, viendo lo que hacía.

Acerca de las palabras, si habló palabras torpes y deshonestas, deleitándose en las tales pláticas.

Si por palabra, ó por escrito, ó por tercera persona solicitó otra á pecar.

Acerca de las obras, si pecó en este pecado por obra consumada.

Si pecó por obras no consumadas, como son tocamientos deshonestos consigo, ó con segunda persona.

Si cayó, ó procuró alguna polución voluntariamente, ó si cayó en ella entre sueños. De lo cual se ha de juzgar según la causa precedente y según el pesar ó placer siguiente.

Si hizo cosas para provocar á otros á este pecado, como es afeitarse, vestirse, ponerse en lugares ó ventanas para ser vista, ó cosa semejante.

Si por dádivas ó promesas falsas ó verdaderas, ó por otros algunos medios, procuró violar la castidad ajena.

Si no se quiso apartar de las ocasiones deste pecado, como son compañías, ó conversaciones peligrosas, ó cohabitación de las puertas adentro, que es la mayor de todas las ocasiones.

Si lee por libros deshonestos, que le pueden provocar á mal.

Si no se armó con ayunos, ó oraciones, ó sacramentos, ó otros remedios espirituales, cuando se vió muy tentado deste vicio.

Casados.

Entre los casados, si pagan uno á otro el débito de la justicia matrimonial. Si por alguna vía procuran impedir el fruto de la generación. Si guardan la orden y vaso natural. Si hay alguna polución fuera dél. Si conoció parienta de su mujer dentro de los grados prohibidos, es impedimento que dirime el matrimonio, si esto aconteciese antes: pero si fué después, no puede pedir la deuda del matrimonio sin dispensación del perlado.

SÉPTIMO: *No hurtarás.*

Si tomó alguna cosa ajena por engaño, rapiña, usura, ó simonía, etc. Si retiene alguna cosa ajena contra voluntad de su dueño, y no se la restituye. Y no basta tener propósito de restituir adelante, si con efeto no restituye luego, aunque sea cortando por las cosas que pertenecen á la decencia de su estado. Si retiene la paga de sus criados, ó trabajadores, ó mercaderes contra voluntad dellos. Si no restituye alguna cosa que hallase ó viniese á sus manos sin saber cúya era.

Si comprando ó vendiendo hizo algún engaño, ó en la mercadería, ó en el precio, ó en el peso ó medida. Si compró de quien no podía vender, como son esclavos, ó menores, etc. Asimesmo, si tomó dellos alguna cosa que no podían dar. Si por sola razón de vender fiado, vendió la cosa por más del justo precio, no habiendo otra causa legítima para ello á juicio del prudente confesor. Si trata en compañía de otro á pérdida ó ganancia, pero salvo siempre el principal. Si en el juego hizo engaños, y ganó con ellos. Si jugó cantidad excesiva á su estado. Si jugó con menores lo que ellos no podían jugar. Si en el juego juró, ó peleó, ó dijo malas palabras, etc.

Si no hizo bien y fielmente el oficio de que tenía salario, ora sea trabajador, ó depositario, ó mayordomo, ó guarda, ó oficial de algún señor: porque este tal será obligado á los daños que nacieron de su descuido.

Si el que ha de destribuir oficios públicos, ó beneficios, ó algunas otras cosas, es aceptador de personas, dándolas por respetos humanos y no conforme á las leyes de la justicia distributiva.

Si por su voto se dió algún oficio ó beneficio á personas indignas.

Si no pagó los diezmos á la Iglesia.

OCTAVO: *No levantarás falso testimonio.*

Este mandamiento tiene dos grandes ramos. En uno están los pecados que se hacen en los juicios por parte del juez, y de los procuradores, y de los testigos, y del actor y el reo. En el otro ramo entran las infamias, detracciones, murmuraciones, escarnios, juicios temerarios, sospechas, mentiras y lisonjas.

Cuanto á la primera parte, considere el penitente si es juez, ó procurador, ó testigo, etc., y conforme á esto se acuse de lo que toca á su oficio.

Cuanto al segundo ramo, primeramente mire si levantó algún falso testimonio. Si la mujer con celos ó con ira pone boca en otra, diciendo que es mala mujer, ó inducidora para obras deshonestas, ó hechicera, ó ladrona, cuando le falta alguna cosa de su casa. Porque esto también es falso testimonio, cuando se dice

con poco fundamento. Si dijo mal de alguno con mala voluntad y con intención de le hacer mal, que se llama detracción.

Si dijo de alguno delito grave y secreto con que la persona quedase infamada, aunque no lo diga con intención de le hacer mal. Y dado caso que sea verdad lo que dice, todavía está obligado á restituir la fama que quitó. Si oyó de buena gana al que detraía de su prójimo, ó le ayudó á eso. Si dijo el mal que de otro había oído con liviandad. Si no defendió la fama del prójimo, cuando le infamaban, sabiendo que era inocente.

Si murmuró de vidas ajenas. Si escarneció ó mofó de los defetos naturales ó morales de su prójimo. Si juzgó temerariamente los dichos ó hechos de los prójimos, echando á mala parte lo que se podía hacer á buena. Y si (lo que peor es) dijo á otros por cosa cierta lo que él juzgó en su corazón. Si es sospechoso, tomando ocasión de cualquier cosa liviana para sospechar mal. Si sembró discordias entre los prójimos, revolviendo unos con otros, diciendo las culpas de unos contra los otros, de donde se suelen seguir grandes odios. Si dijo alguna mentira en perjuicio ó en provecho del prójimo, ó de otra alguna manera. Si con información falsa alcanzó lo que por derecho no podía. Si descubrió el secreto que le fué encomendado. Si abrió cartas ajenas.

Nono y décimo mandamiento quedan preguntados en el sexto y séptimo mandamiento arriba tratados.

DE LOS SIETE PECADOS CAPITALES

De la soberbia.

SOBERBIA es apetito desordenado de la propria excelencia. Es pecado de que muchos otros proceden, entre los cuales son los principales, vanagloria, ambición, presunción, jactancia y hipocresía. Pues conforme á esto se podrá acusar de cada una destas especies por la forma siguiente.

Acerca de la vanagloria, mire si se glorió en cosas malas, como en se haber vengado, ó apaleado á otro, ó deshonrádolo, etc. Si se glorió en cosas vanas y indignas de gloria, como la hermosura del rostro, gentileza de cuerpo, atavíos de la persona, acompañamientos de criados, riquezas, linaje, ó otras cosas semejan-

tes, que son de poca sustancia. Si se glorió vanamente en cosas buenas y dignas de gloria, como son, virtud, sabiduría, prudencia, habiendo de dar la gloria destas cosas á Dios. Si se glorió en lisonjas, ó loores humanos, tomando en ellos contentamiento demasiado, y no dando á Dios la gloria de todo.

Acerca de la ambición, si es ambicioso y deseoso de honra y gloria demasiadamente, y hace lo que no debe por ella. Si es tan temeroso de ignominia ó infamia, ó de ser mal quisto, que por huir destos inconvenientes, hace lo que no debe, ó deja de hacer lo que debe. Si por miedo de lo que podrían decir, deja de hacer algunas cosas buenas, como es confesar, comulgar, ir á misa, tratar con buenos, etc.

Acerca de la presunción, si presume vanamente de lo que no es, teniéndose por más virtuoso, letrado, prudente y noble de lo que es. Si presume mucho de lo que es, no dando dello la gloria á Dios. Si confía mucho en su proprio parecer, y saber, y virtud. Si por esta causa no recibe consejo, ó correción, ó castigo de otro. Si por la misma causa defiende sus culpas manifiestas, buscando excusas en los pecados. Si por no quedar vencido, porfía contra lo que entiende ser verdad y razón. Si ha despreciado á otros y tenídolos en poco, diciendo algunas palabras en desprecio dellos. Si con esta presunción rió y escarneció de las ignorancias ó faltas ajenas.

Acerca de la hipocresía, si procuró de parecer lo que no es, ó más santo de lo que es, para ganar vanamente honra de bueno entre los hombres.

Acerca de la jactancia, si se jactó, ó alabó á sí ó á sus cosas vanamente. Si se loó de algún pecado que hiciese, como es, haber deshonrado alguna mujer, ó de haber injuriado y maltratado á otro. Si se alabó de lo que no hizo, mayormente siendo pecado, por parecer hombre de valor, ó ser tenido en más.

SEGUNDO: *Avaricia.*

Si es avaro y escaso, ó atesoró sin causa razonable. Si por el contrario, es pródigo y desperdiciador. Si gasta más de lo que tiene, por lo cual viene á ponerse en necesidad, y faltar en las obligaciones de su casa, y no proveer á sus criados y hijas, ó á

meterlas monjas por fuerza. Si tiene grande y desordenada afición al dinero, por donde se olvida de Dios y de las cosas de su ánima, por servir desordenadamente á las cosas de la hacienda. Si deseó la muerte á alguno por alguna herencia ó provecho que dél esperaba.

TERCERO: *Lujuria.*

Desto se dijo ya en el sexto mandamiento.

CUARTO: *Ira.*

ACERCA de la ira, mire primeramente si consigo mismo tuvo ira, deseándose ó pidiéndose la muerte. Si con ira y rabia puso las manos en sí mismo. Si se ofreció al demonio, ó echó maldiciones ó plagas sobre sí.

Para con su prójimo, si tuvo ira ó indignación contra su prójimo sin causa. Si le dijo palabras de ira y desentonadas. Si le dijo palabras injuriosas, como ladrón, borracho, necio, etc. No siendo su criado ó esclavo, es mortal. Si le dijo con ira las faltas ó culpas en que había caído por le afrentar. Si con la misma ira dijo las mismas palabras, ó descubrió las mismas culpas en ausencia de la persona. Si echó maldiciones, ó ofreció á los demonios las criaturas de Dios, ó pidió peticiones contra ellas, ora sean sus criados, ora no, aunque sea diferente la una culpa de la otra. Si es porfiado y colérico, rencilloso, desentonado en sus palabras y porfías. Si puso por obra la ira del corazón, poniendo las manos en otro.

QUINTO: *Gula.*

SI quebró los ayunos de la Iglesia. Si comió carne en días vedados, sin causa suficiente. Si comió tan excesivamente, ó tales manjares, que hiciese daño á la salud. Si come ó bebe mucho, ó muchas veces, ó con mucha golosina y apetito. Si es muy amigo de manjares preciosos y curiosamente aparejados, y gasta en esto largo.

SEXTO: *Envidia.*

Si deliberadamente tuvo pesar del bien ajeno, ó de que otro le llevase la ventaja: como si es cortesano, de que otro prive más que él, ó sea primero ó mejor despachado que él, etc. Si se alegró del mal de su prójimo, ó de le ver caído de su honra. Si dijo mal dél, por deshacer en su persona y fama, y hacer la suya propria á costa ajena. Si descubrió alguna falta encubierta dél, para que publicados sus defetos, no sea tan estimado. Si por esta causa le pesó cuando oyó decir bien dél.

SÉPTIMO: *Accidia.*

Si por pereza dejó de hacer buenas obras, como es oir misa, rezar, mayormente cuando eran cosas de obligación. Si hace las obras de Dios fríamente y con tibieza y negligencia. Si es inconstante en desistir de los buenos propósitos que propone, y dejar sus devociones y santos ejercicios por cualquier ocasión. Si los anda dilatando de día en día. Si duerme más de lo necesario. Si gasta mal su tiempo en pensamientos derramados, palabras ociosas y obras infructuosas. Si con las adversidades y trabajos se entristece demasiadamente. Si por el contrario se levanta y ensoberbece demasiadamente con las prosperidades, favores y buenos sucesos, no dando por eso la gloria á Dios.

DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA

Acerca déstas se acuse primeramente si fué negligente en las obras de misericordia espirituales, especialmente en dejar de aconsejar, ó avisar, ó reprehender á las personas que pudiera aprovechar con algo desto, mayormente á las que él tenía obligación. Si cuando esto hizo, lo hizo con tanta ira y tan poca moderación, que hiciese más daño que provecho. Si se compadece de tantas calamidades y herejías y males como hay hoy en el mundo, y si ruega á Dios por ellos.

Acerca de las obras de misericordia corporales, mire si ayuda á sus prójimos en sus trabajos y necesidades, y si hace limosna á los pobres conforme á su posibilidad. Si se enhada con ellos, ó murmura dellos, ó les da malas respuestas, como importunado dellos, ó hace burla dellos.

De otras acusaciones particulares.

Después destas acusaciones, que son comunes á todo género de personas, hay otras especiales, que pertenecen á tales ó á tales maneras de estados ó personas, como son, obispos, curas de almas, clérigos, religiosos, mercaderes, médicos, procuradores, jueces, testigos, señores de vasallos, padres de familias, y otras semejantes, las cuales se deben acusar después destas acusaciones generales, de lo que toca á las obligaciones de sus estados y oficios. Y así los perlados y curas de almas se deben acusar de la falta de residencia y cuidado que tienen de apacentar sus ovejas con doctrina, ejemplo y oración. Los clérigos, de su rezar y celebrar. Los religiosos, de sus votos y de las obligaciones de su Orden. Los jueces, si por respetos humanos ó sobornos torcieron la justicia, ó la dilataron, etc. Los procuradores, si defendieron causas injustas, ó procuraron dilatarlas, ó no pusieron diligencia en estudiarlas. Los reos ó actores, si traen demandas injustas, ó procuran dilatarlas contra justicia, ó esconden, ó rompen escripturas que la declaran, ó pervierten los oficiales con sobornos, favores ó adherencias. Los testigos, si juran llanamente la verdad y sin cautelas y calumnias, etc.

Los mercaderes se acusen de los tratos ilícitos en que tratan, y de las compras y ventas injustas, etc. Y así todos los demás, cada uno en su estado.

AVISOS GENERALES PARA CONOCER CUÁL SEA PECADO MORTAL, Y CUÁL VENIAL

En todas estas maneras de pecados que aquí se han apuntado, convenía declarar lo que era pecado mortal, y lo que venial, pues nos consta que el pecado mortal somos obligados á confesar de necesidad, mas no el venial, sino por voluntad. Mas porque esto no se puede bien declarar en pocas palabras, bastará por agora dar algún aviso general para esto, remitiendo lo demás al juicio del prudente confesor.

Pues para conocer cuál sea pecado mortal y cuál venial, se suelen poner las dos reglas siguientes. La primera y muy general es que todo aquello que es contra caridad, es pecado mortal: y por caridad entendemos amor de Dios y del prójimo. Pues según esto, todo lo que fuere contra la honra de Dios ó bien del prójimo en materia grave, será pecado mortal, como es, hacerle daño en su honra, ó en su hacienda, ó en cosa semejante. Porque esto apaga la caridad, en la cual consiste la vida espiritual del ánima. Y por eso con razón se llama pecado mortal, porque quita la vida espiritual. Mas lo que no es contra caridad, sino fuera della, es pecado venial, como son palabras ociosas que á nadie hacen daño, ó alguna vanagloria, ó ira, ó pereza, ó gula (que es comer más de lo necesario) ó cosa semejante.

La segunda regla más especial es, que todo lo que es contra alguno de los preceptos de Dios ó de su Iglesia, es pecado mortal. Como lo que se hace contra el precepto que dice: No hurtarás, ó no fornicarás, etc., ó contra el mandamiento de la Iglesia que manda pagar diezmos, ó confesarse una vez en el año, y comulgar por Pascua, etc.

Mas aquí es mucho de notar que lo que de su naturaleza es pecado mortal, puede ser venial por una de dos vías: conviene saber, ó por ser la cosa poca (como quien hurtase un racimo de uvas, ó cosa semejante) ó por ser la obra imperfeta, por faltarle entero consentimiento y deliberación, como puede acontecer en

los malos pensamientos no consentidos, pero mal resistidos, donde lo que de suyo era pecado mortal, por la imperfeción de la obra no es más que venial.

También aquí se debe considerar que hay tres maneras de preceptos: unos son negativos (como, no matarás, etc.) los cuales obligan siempre y por siempre, que es por todo tiempo. Otros hay afirmativos (como dar limosnas, tener contrición de los pecados, amar á Dios) y éstos obligan siempre, mas no por siempre, sino en tiempo de necesidad, porque entonces corre su obligación. Otros son compuestos de entrambos: conviene saber, afirmativos y negativos, como es el restituir lo ajeno. Porque éste manda restituir, y manda no tener lo ajeno: y estos tales mandamientos obligan de ambas maneras, siempre y por siempre. Y por esto no basta que el que debe, tenga propósito de restituir adelante, sino es necesario que luego restituya, porque no tenga lo ajeno contra la voluntad de su dueño: lo cual es mandamiento negativo que obliga (como dijimos) siempre y por siempre. Y el que desta manera tiene lo ajeno, mire por sí y restitúyalo, como está ya declarado.

DE LA TERCERA PARTE DE LA PENITENCIA QUE ES LA SATISFACIÓN

CAPÍTULO I

Después de la contrición y confesión, síguese la satisfación, que es la tercera parte de la penitencia á la cual pertenece satisfacer á la honra de nuestro Señor por las ofensas hechas contra él, tomando justa venganza de quien así le ofendió. La razón desto tratamos en otra parte, hablando del ayuno, la cual repetiremos aquí, pues éste es también su proprio lugar Para cuyo entendimiento es de saber que así como el que quebranta las leyes de la república está obligado á las penas puestas contra los quebrantadores dellas, así también el que quebranta las leyes de Dios está obligado á cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la justicia

de Dios. Estas penas forzadamente se han de pagar en esta vida ó en la otra: esto es, ó en el infierno, ó en el purgatorio, ó en este mundo. En el infierno páganse con pena eterna: en el purgatorio no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa, que (como dice San Augustín) ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella, aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fueron los mayores del mundo. Pues desta tan grande y tan temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparación menores, porque como Dios en estas cosas no mira tanto á la grandeza del trabajo cuanto á la voluntad del sacrificio (porque lo que en este mundo se padece, es voluntario, y lo otro necesario) de aquí es que una pena voluntaria desta vida sin comparación vale más y satisface más que muchas necesarias de la otra.

Mas diréis: Padre, ¿pues el sacramento de la Penitencia no vale para eso, como vale el Baptismo, que lo quita todo, absolviendo al hombre de culpa y de pena? Á esto se responde que hay grande diferencia entre el un sacramento y el otro: porque el sacramento del Baptismo es una espiritual regeneración y nacimiento del hombre interior. Por donde así como una cosa que nace de nuevo, deja luego de ser lo que era, y recibe otro nuevo ser, sin quedar allí nada de lo que antes era (como cuando de una simiente nace un árbol, la simiente deja de ser, y el árbol recibe nuevo ser) así cuando un hombre espiritualmente nace, luego deja de ser todo aquel hombre viejo que antes era (que era hijo de perdición y de ira) y comienza á ser otro hombre nuevo, que es hijo de gracia, y así libre de culpa y de pena. Mas el sacramento de la Penitencia no libra de los pecados pasados como regeneración sino como medicina, la cual unas veces sana perfetamente, y otras no, sino dejando algunas reliquias de la enfermedad pasada, que después á la larga con buen regimiento se han de gastar. Desta manera la penitencia unas veces sana perfetamente, librando al hombre de culpa y de pena, cuando en ella entreviniere alguna perfetísima contrición (como fué la de la Magdalena y otras tales) mas otras veces (cuando la contrición no es tan perfeta) aunque quita toda la culpa, no quita toda la pena: y ésta que queda, se ha de purgar, ó en esta vida, ó en la otra. Desto tenemos ejemplo aun en las cosas humanas. Porque

si un caballero comete un delito contra el Rey, por el cual merecía pena de muerte, puede él hacerle después tan grandes servicios, que merezca la gracia del Rey y perdón general de toda esta pena: y puédelos también hacer tales, que no merezca tanto, sino algo menos, conviene saber, la gracia del Rey y comutación de la pena de muerte en algún destierro temporal. Así leemos que lo hizo el rey David con su hijo Absalón. Porque habiendo éste muerto á su hermano Amón, y estando tan justamente el padre indignado contra él, después de tres años de ausencia le perdonó la culpa pasada, mas con tal condición que no entrase en su Palacio Real ni pareciese delante dél. Pues desta manera, cuando la contrición del penitente no es tan consumada y perfeta, perdona Dios al hombre por virtud del Sacramento la culpa y también la pena eterna que por ella merecía, y parte de la temporal: pero no quiere que luego éntre este tal en su Palacio celestial, y vea su cara, hasta que esté purgado en esta vida ó en la otra. Desta manera se hubo el mismo Dios con el mismo David, á quien (por razón de su confesión y arrepentimiento) perdonó la culpa del adulterio en que había caído, y restituyó en su amistad y gracia, la cual había perdido: mas después desto le envió grandes azotes y calamidades por el pecado perdonado.

Mas ¿qué pecado hubo en el mundo más perdonado que el de Moisén y Aarón en las aguas de la contradición? Y con todo esto, perdonado el pecado, quedó siempre viva la pena que la divina justicia sentenció contra él, que fué privar á aquellos dos tan santos varones de la entrada en la tierra de promisión.

Pues así acaece por la mayor parte en este Sacramento, donde por virtud de la pasión de Cristo (que en él óbra) se perdona la culpa, y se alcanza la divina gracia: pero queda el hombre obligado por la imperfección de su contrición á ciertos grados de pena, según las tasas de la divina justicia.

Y como haya muchas maneras de obras virtuosas que ayuden al descargo desta pena, señaladamente sirven para esto las que son más penosas y trabajosas á nuestra carne. Porque (como dice San Gregorio) pues la carne con sus apetitos y deleites nos trajo á la culpa, ella misma afligida y azotada es razón que nos descargue della. Y pues por dar contentamiento á ella, descontentamos á Dios, la razón pide que descontentemos y aflijamos á ella para aplacar á Dios.

DEL ORIGEN Y CAUSA DE LA SATISFACIÓN

CAPÍTULO II

Vista ya la necesidad que tenemos de la satisfación, veamos agora el origen y principio della, para que por aquí entendamos mejor cuál deba ella de ser. Pues para esto debemos acordarnos de lo que al principio deste tratado dijimos: conviene saber, que la verdadera penitencia y la gracia de la conversión del pecador era la mayor gracia y misericordia que se podía hacer en esta vida. Porque aunque sea mayor cosa la gloria que la gracia (pues la una es gracia comenzada, y la otra gracia consumada) pero mayor gracia es sacar Dios á un hombre de pecado y ponerlo en estado de gracia, que después de puesto en gracia, darle la gloria.

Y demás desto, así como el Baptismo (que es la puerta de los Sacramentos y principio de la regeneración del hombre) trae consigo (cuanto es de su parte) todas las virtudes y dones del Espíritu Santo juntamente con la gracia, de quien todos estos bienes proceden, así también la verdadera penitencia (que es el principio de nuestra resurreción) trae también consigo todos estos dones y tesoros, y señaladamente trae una nueva luz y conocimiento de las cosas espirituales y divinas, para las cuales estaba el hombre antes cuasi ciego (como quien estaba en la región de las tinieblas y sombra de muerte) y trae una nueva caridad y amor de Dios, que es la forma de la verdadera penitencia y de todas las virtudes, y la que causa en nuestra ánima admirables afectos y sentimientos pertenecientes á esta virtud. Porque como el amor natural es principio de todos los otros afectos y pasiones naturales, así el amor sobrenatural de Dios lo es de todos los afectos y sentimientos espirituales: y tanto más, cuanto él fuere mayor. Y así como son diferentes las gracias de las conversiones, en unos mayores (como fué la de San Augustín y San Pablo, y otras muchas) y en otros menores, como suelen ser por la mayor parte las ordinarias y cuotidianas, así también son mayores ó

menores los afectos y movimientos interiores que causa esta virtud.

Pues esta virtud causa en el ánima un tan grande arrepentimiento y descontentamiento por haber ofendido á Dios, que quisiera el hombre haber antes padecido mil maneras de tormentos, que haber ofendido á tal Señor. Causa también un grandísimo temor de la Divina Majestad, á la cual ve que desacató y provocó á ira con tantas ofensas, por las cuales conoce haber incurrido en la indignación de su furor. Causa también una grandísima vergüenza de parecer ante su divina presencia, como la que tendría una mujer que hubiese errado á su marido, cuando después de perdonada, la recibiese en su casa, cual era la que tenía aquel Publicano del Evangelio, que no osaba levantar los ojos al cielo de pura vergüenza y confusión. Causa también un grandísimo deseo de satisfacer á Dios con debida penitencia por la ofensa que le hizo, y grandísimo deseo de tomar venganza de quien le fué ocasión desta ofensa, que fué su propria carne. Porque cuando considera que ésta fué la que con sus apetitos y halagos le hizo extender los brazos al desordenado amor de las criaturas, y apartarse del amor y obediencia de su legítimo esposo y señor, embravécese en tanta manera contra ella, que la querría despedazar y martirizar como á causadora de todo su mal.

Y para mejor entenderse todo esto, imagina lo que haría una doncella castísima, si después de desposada en ausencia con un hombre noble y principal, alguna mala hembra la engañase haciéndole creer que otro que aquél era su esposo, y así ella creyendo todo esto, se entregase á él y lo tratase como á tal. Dime pues, la que este engaño hubiese padecido, y viese que aquella mala hembra fué la que así la engañó y deshonró, ¿qué haría, qué diría, y qué coraje tomaría contra ella? Sin duda le parecería poco beber la sangre de quien así la hubiese deshonrado. Pues el ánima á quien Dios ha abierto los ojos, y dado una particular y nueva luz, con la cual tan claramente ve que él era su verdadero y legítimo esposo, y el último fin para quien había sido criada, y por otra parte ve que por engaño desta tan mala hembra (que es su propria carne) vino á extender los brazos de su amor á las criaturas, abrazándolas con aquel amor que á solo él se debe, cuando ve que la causa deste adulterio fué su carne, ¿cómo ha de tener paciencia con ella? ¿Cómo no la ha de afligir y maltratar

y tomar venganza de quien tanto mal le hizo? Pues de aquí nacen los excesos que suelen hacer algunos penitentes al principio de su conversión, á los cuales no podéis quitar de las manos la disciplina, ni el cilicio, ni el ayuno, ni otras semejantes asperezas, con que muchas veces vienen á hacer grandes excesos, y estragar la salud, si no procuran tener en esto mucho tiento y discreción.

Tal era el espíritu de penitencia que declara el santo Job en aquellas palabras que dice: Pequé. ¿Qué quieres que te haga, oh guardador de los hombres? Como si más claramente dijera, según expone San Augustín: Yo confieso, Señor, mi pecado, y es tan grande la pena que por esto tengo, que ninguna pena rehusaré de padecer por él. Mira tú, Señor, qué quieres que haga, que aparejado estoy para todo lo que quisieres hacer de mí. No tengo otra cosa que ofrecer, sino un corazón dispuesto para todo lo que tú mandares hacer. Si mandares que arda en vivas llamas, ó que este mi cuerpo sea despedazado, ó que padezca otro cualquier tormento (por grande que sea) corazón tengo aparejado para ello. Aquí me ofrezco atado de pies y manos, y derribado á tus pies. No huyo, no apelo de tu sentencia, no declino juridición, no pongo excusas, ni suplico que me descargues de las penas, sino que me sentencies á tu voluntad. Sey tú el cuchillo, yo seré la carne: corta, Señor mío, por donde quisieres, con tal que me perdones las culpas que cometí.

Desta manera también se afligía el santo rey David, cuando en un psalmo de su penitencia decía: Afligido estoy, y humillado, y doy bramidos de lo íntimo de mi corazón. Señor, delante de vos está mi deseo, y mi gemido no es á vos escondido. Mi corazón se ha turbado, y mis fuerzas han desfallecido, y ya me falta la lumbre de los ojos. Desta manera se afligía este santo penitente, y así se habían también de afligir, humillar y castigar los que á tal Señor ofendieron. Porque (como dice un doctor) el ánima que contra la voluntad de Dios, desamparado el Criador, se deleitó desordenadamente en la criatura, justo es que purgue y pague con trabajos voluntarios el deleite voluntario con que se cegó. Y pues á la culpa naturalmente se debe pena (con la cual se corrige y ordena la culpa) justo es que abrace y procure las penas quien osó cometer tantas culpas. Y pues el hombre pecando desamparó el sumo bien, y lo trocó por una vilísima criatura

(que es grandísima injuria y menosprecio de aquella soberana majestad) justo es que se humille y desprecie y abaje voluntariamente hasta el polvo de la tierra quien así menospreció tan gran Señor.

Desta manera, pues, trabajan por satisfacer á Dios aquéllos á quien él abrió los ojos con esta lumbre del cielo, con la cual conociendo la inmensidad y grandeza de la divina bondad, en ella conocen la grandeza de su maldad, y conforme á esto le desean satisfacer. Para cuya confirmación, y juntamente para ejemplo y confusión de la tibieza de nuestros tiempos, me pareció poner aquí un pedazo de historia del rigor y aspereza admirable de unos santos penitentes que San Juan Clímaco vió en un monesterio, la cual refiere este santo varón, como testigo de vista, cuasi por estas palabras.

Como yo viniese á este monesterio, vi en él cosas que ni el ojo del perezoso vió, ni la oreja del negligente oyó, ni en el corazón del tibio y descuidado pudieron caber. Vi palabras y obras poderosas para hacer fuerza (si decirse puede) al Omnipotente, y inclinarlo á misericordia. Vi muchos de aquellos santos penitentes que se estaban toda la noche al sereno velando, sin moverse de un lugar: y cuando ya el sueño los vencía, peleaban consigo mismos, y deshonrándose con palabras injuriosas, quitaban el sueño de los ojos á fuerza de brazos, por no dar á sus cuerpos aquel poco de reposo. Otros vi los ojos puestos en el cielo, pidiendo siempre con lágrimas y sospiros perdón y misericordia: y otros por el contrario decían con el Publicano que no eran dignos de levantar los ojos al cielo ni hablar con Dios, y así tenían sus rostros inclinados á la tierra, ofreciéndole sus ánimas calladas y enmudecidas, llenas de temor y de confusión. Otros estaban vestidos de sacos y de cilicios, derribados los rostros sobre sus rodillas, hiriendo muchas veces la frente en la tierra con amargura de corazón. Entre éstos había algunos que tenían el suelo bañado con muchas lágrimas, y otros que porque les faltaban estas lágrimas, dolorosamente se quejaban. Muchos dellos (como se suele hacer sobre los muertos) hacían llanto sobre sus ánimas, llorando y lamentando la caída y la muerte dellas. Otros á manera de leones bramaban y gritaban en lo íntimo de sus corazones, reprimiendo dentro de sí los gemidos, y á veces (cuando ya no se podían contener) prorrumpían súbitamente en grandes voces y alaridos

Vi algunos dellos en el parecer y en las obras y pensamientos tan enajenados de sí mismos, como si fueran unas estatuas de piedra, porque la grandeza de la tristeza los había hecho casi insensibles á todas las cosas. Los cuales tenían sus ánimas como sumidas en el abismo de la humildad, y con el continuo fuego de la tristeza habían secado ya las fuentes de las lágrimas.

Y un poco más abajo prosigue el santo varón, y dice así: Allí viérades aquellos santos penitentes andar entristecidos y inclinados hacia la tierra, los cuales menospreciando ya el cuidado de su carne, mezclaban el pan que comían, con ceniza, y la bebida con lágrimas No se oían entre ellos otras palabras sino éstas: ¡Miserable de mí! ¡Miserable de mí! Justamente, justamente. Perdona, Señor, perdona, Señor. Muchos dellos tenían las lenguas sacadas afuera á manera de perros sedientos, traspasados y desequidos con la grandeza de la sed. Otros se estaban quemando al resistidero del sol en medio del estío, y otros por el contrario se dejaban estar helando en medio del invierno al frío y al sereno. Algunos tomaban una poquita de agua para refrescar la lengua, sin beber todo lo que les era necesario: y otros asimismo comían un poquito de pan, y lo demás arrojaban de sí, diciendo que no eran merecedores de comer manjar de hombres, pues habían hecho obras de bestias. Entre tales ejercicios ¿qué lugar tendría allí la risa, ó las palabras ociosas, ó la ira, ó el furor? ¿Dónde estaban allí las fiestas, dónde el cuidado y servicio del cuerpo, dónde siquiera algún pequeño humo de vanagloria, dónde los regalos y deleites de la gula? Todo su cuidado era dar voces al Señor día y noche, y sola se oía entre ellos la voz de la oración. Unos había que hiriendo reciamente sus pechos (como si estuvieran llamando á las puertas del cielo) daban voces y decían: Ábrenos, piadoso juez, la puerta que nosotros con nuestras maldades cerramos. Otro decía: Muestra, Señor, tu cara sobre nosotros, y seremos salvos. Otro decía: Aparece, Señor, á estos pobres y miserables, que están asentados en tinieblas y sombra de muerte. Otro decía: Presto, Señor, seamos prevenidos con vuestras misericordias, porque en gran manera somos empobrecidos. Otros decían: ¿Por ventura el Señor terná por bien algún día de alegrarse sobre nosotros? ¿Por ventura oiremos algún día aquella dulce voz que diga á los presos: Salid, y á los que están en tinieblas: Recebid la luz?

Tenían siempre la muerte ante los ojos, y hablándose los unos

á los otros, decían: ¿Cómo pensáis que nos acaecerá en esta hora, y qué tal será nuestro fin? ¿Por ventura será ya revocada la sentencia de nuestra condenación? ¿Por ventura habrá ya llegado nuestra oración al Señor? Y si ha llegado, ¿cómo habrá sido recebida? ¿Cuánto nos habrá aprovechado? ¿Qué tanto le habrá aplacado? Porque saliendo ella de tan sucios labios, poca gracia habría de hallar delante dél. ¿Quién sabrá si por ventura los santos ángeles (á quien fuimos encomendados) se habrán ya acercado á nosotros, ó si están todavía apartados de nos por el gran hedor de nuestras culpas? Algunos dellos á estas y otras preguntas respondían: ¿Quién sabe, hermanos (como dijeron los Ninivitas) si el Señor nos perdonará y se volverá á nosotros, y no pereceremos? Por tanto, perseveremos agora llamando hasta el fin de nuestra vida, porque misericordioso es el Señor, y con nuestra perseverancia se aplacará. Corramos, hermanos, corramos, porque carrera es menester (y muy ligera) para volver al lugar de do caímos. Corramos siempre para él, y no perdonemos á esta sucia carne, sino tomemos siempre venganza della, y crucifiquémosla, pues ella primero nos crucificó.

Pues ¿qué cosa era ver sobre todo esto la figura y maltratamiento de sus cuerpos? Los rostros tenían como de difuntos, y los ojos sumidos de flaqueza. Las mejillas tenían quemadas y embermejecidas, y los pelos de las cejas caídos con el continuo llorar. En las rodillas tenían hechos callos á la manera de camellos con el continuo uso de la oración. Los pechos tenían tan quebrantados de dar golpes en ellos, que muchos dellos escupían la saliva mezclada con sangre.

Rogaban estos bienaventurados al Padre del monesterio (que era un verdadero ángel entre hombres) que les echase cadenas al cuello y á las manos, y los metiese de pies en un brete, y no los sacase de allí hasta que los llevasen á la sepultura: y aun de la misma sepultura se tenían por indignos.

Mas cuando ya se llegaba la hora de expirar, entonces era de ver otra cosa de gran temor. Poníanse alderredor de la cama del que moría, y con muy encendidos deseos, con rostros y palabras dolorosas preguntábanle diciendo: ¿Cómo te va, hermano? ¿Cómo se hace contigo? ¿Qué nos dices? ¿Qué esperanza tienes? ¿Qué piensas que será de ti? ¿Has por ventura alcanzado lo que buscabas? ¿Has llegado á puerto de salud? ¿Hante dado alguna prenda

de seguridad? ¿Has sentido dentro de tu corazón alguna nueva luz? ¿Has oído allá dentro alguna voz que te dijese: Tus pecados son perdonados, ó, tu fe te hizo salvo? Ó ¿por ventura has oído otra voz que te diga: Deciendan los pecadores al infierno, y todas las gentes que se olvidan de Dios, ó, atado de pies y manos echadlos en las tinieblas exteriores, ó, sea quitado el malo, para que no vea la gloria de Dios? ¿Qué nos respondes, hermano? Dinos algo (rogámoste) para que de ti sepamos lo que nos está guardado. Porque tu pleito está ya para concluirse, y lo que agora recibieres, nunca para siempre lo mudarás: mas nuestra causa está pendiente y queda por sentenciar. Á estas preguntas algunos dellos respondían: Bendito sea el Señor, que no permitió que fuésemos llevados en los dientes de los enemigos. Otros más tristemente respondían diciendo: ¡Ay de aquella ánima que no guardó su profisión enteramente, porque agora entenderá bien lo que le está guardado!

Pues como yo hubiese visto y oído las cosas susodichas, quedé tan atónito y espantado, que poco faltó para no caer en un abismo de tristeza, considerando la negligencia de mi vida y la tibieza de mi penitencia, comparándola con la destos santos.

Pues ¿qué diré sobre todo esto del aposento y de la casa en que moraban? Era tan disforme y tan escura y hedionda, y estaba tan llena de horror, que verdaderamente, como se llamaba, así lo era, cárcel, y sola la vista y la figura della bastaba para maestra de penitencia.

Todo esto por ventura parecerá increíble ó imposible á los negligentes: mas á los verdaderos penitentes y á aquéllos que saben sentir el bien que por el pecado perdieron, otra cosa parecerá. Porque el ánima que (perdida aquella primera paz y amistad que tenía con Dios) quebrantó aquellos asientos y contratos que con él tenía capitulados, y perdió el tesoro inestimable de la gracia y las consolaciones del Espíritu Santo, y apagó el fuego de la caridad (de donde las dulces lágrimas procedían) cuando de todo esto se acuerda, es tan fuertemente traspasada de dolor, que no sólo lleva todos estos trabajos con paciencia, mas aun se querría despedazar y crucificar, si le fuese permitido. Pues desta manera, acordándose estos bienaventurados Padres de la felicidad del estado en que habían vivido, y de aquellos tan santos y tan dulces ejercicios en que se habían criado, decían con el santo Job:

¡Quién me hiciese tan dichoso, que estuviese yo agora como en aquellos primeros días, en los cuales me guardaba Dios, como estuve en los días de mi mocedad, cuando secretamente estaba Dios en mi morada, cuando resplandecía su candela sobre mi cabeza, y con su lumbre andaba yo en las tinieblas, cuando lavaba yo mis pies con leche, y la piedra me manaba ríos de aceite! Desta manera, pues, acordándose en particular de cada uno de sus ejercicios pasados y de los favores y consolaciones que de Dios habían recebido, lloraban amargamente y decían entre sí: ¿Dónde está aquella antigua pureza de nuestra oración? ¿Dónde aquella tan grande confianza con que orábamos? ¿Dónde las dulces lágrimas en medio de nuestras amarguras? ¿Dónde la gloria de aquella purísima castidad? ¿Dónde aquella fe y lealtad para con nuestro perlado? ¿Dónde aquella virtud y eficacia de nuestras oraciones? Perecieron todas estas cosas, y así como humo desaparecieron. Y diciendo estas palabras, era tan grande el dolor que destas pérdidas tenían, junto con el aborrecimiento de sí mismos, que pedían á Dios les diese todo género de tormentos en esta vida, para tomar venganza de sus cuerpos, porque les fueron ocasión de tanto mal. Unos le pedían que les diese aquí alguna gravísima enfermedad: otros, que perdiesen los ojos y la vista, y que quedasen hechos un espectáculo de miserias al mundo: otros, que los hiciese contrechos y lisiados de pies y manos, para que con estos males presentes mereciesen escapar de los advenideros. Mas yo, hermanos míos, no sé cómo pude tanto tiempo perseverar entre tantas lágrimas, porque treinta días estuve con ellos, los cuales acabados, volvíme á aquel santo Padre que presidía en el monesterio. Y como él me viese tan espantado y demudado, entendiendo la causa de mi turbación, ¿qué es eso (dijo) Padre Juan? ¿Viste las batallas de los que pelean? Vi (dije) Padre, vi, y estoy maravillado, y tengo por más dichosos á los que después de la caída lloran desta manera, que á otros que nunca cayeron, ni se lloran como éstos. Porque á los tales me parece que su caída (obrándolo así la divina gracia) les fué ocasión de tan maravilloso levantamiento. Cuasi todas éstas son palabras de San Juan Clímaco, que da testimonio de todas estas cosas, y de otras aun más admirables y espantosas, como persona que las vió con sus propios ojos. Quise escrebir éstas aquí para muchos efectos. Lo primero, para que nos confundamos y humillemos, vista la tibie-

za de las penitencias de nuestros tiempos, comparándolas con el fervor y rigor de aquellos Padres pasados. Lo segundo, para que veamos hasta dónde llega la virtud de la caridad y de la lumbre del Espíritu Santo, la cual está siempre aparejada para todos los fieles, así para los que entonces fueron, como para los que agora son y serán, si se esforzaren á trabajar como aquéllos. Lo tercero, para que con esta esperanza y ejemplo nos despertásemos á hacer algo más de lo que hacemos, visto lo mucho que estos Santos hacían, pues ni tenían otros cuerpos que nosotros, ni menos otro Señor ó ayudador de sus trabajos. Porque por eso se ponen los ejemplos de cosas mayores, para que no extrañemos siquiera las menores.

Verdad es que no por eso debe luego nadie desmayar, si no hiciere lo que estos santos hicieron: porque así como en el cuerpo humano hay muchos miembros, unos más nobles y otros menos nobles, y en el cielo muchas sillas, unas más altas y otras más bajas, así también en la Iglesia hay diversos grados de merecimientos, diversas vidas y diversas penitencias, que disponen para ellas, y lo que es necesario para una vida, no es necesario para otra.

Ni tampoco debemos luego querer hacer todo lo que los santos hicieron: porque muchas cosas suyas se nos proponen más para admiración que para imitación, porque lo que viene bien para un gigante, no viene para un enano, y lo que se compadece con un espíritu muy alto, no conviene para el bajo.

DE LAS TRES PRINCIPALES OBRAS CON QUE SATISFACEMOS Á DIOS

CAPÍTULO III

Pues como sea más proprio de las obras penales y trabajosas ser satisfatorias, de aquí es que (según la doctrina de los santos y de la Iglesia) ponemos tres maneras de obras satisfatorias, que son, ayunos, limosnas y oraciones. Porque todas estas obras, demás de ser santas y virtuosas, son

también penosas á nuestra carne, y así con el dolor de la pena satisfacen por el deleite de la culpa. Y demás desto, como en el hombre haya tres cosas principales, con las cuales muchas veces ofendemos á Dios, que son, hacienda, cuerpo y ánima, justo es que con todas ellas le satisfagamos, y que de todas ellas le hagamos sacrificio, el cual se hace con estas tres virtudes. Porque con la limosna le sacrificamos la hacienda, y con el ayuno el cuerpo, y el ánima con la oración. Y demás desto, como todos los pecados sean contra Dios, ó contra nos, ó contra nuestros prójimos, á todas estas maneras de personas tienen respeto estas tres virtudes. Porque el ayuno sirve para nosotros, la hacienda para nuestros prójimos, y la oración para Dios.

De la primera obra satisfatoria, que es el ayuno.

§ I

Por tanto, el que desea satisfacer á Dios de veras y de todo corazón, en estas tres virtudes principalmente se debe ejercitar: y primero comience por el ayuno, el cual (como dijimos) con el dolor de la pena paga por el deleite de la culpa, y castiga la carne, que por la mayor parte fué la causa de todos nuestros pecados. Y demás desto (como dice San Bernardo) absteniéndonos (por medio del ayuno) de las cosas lícitas, alcanzamos perdón de las ilícitas: y desta manera con un breve ayuno redemimos el tormento de los eternos ayunos. Porque por el pecado merecimos el infierno, donde ningún manjar hay, ninguna consolación y ningún término: donde el rico avariento pide una sola gota de agua, y no la recibe tantos años ha. Dichoso pues el ayuno, con el cual se rediment tales ayunos, y se excusan tales tormentos. Y (como dice el mismo santo) no sólo es el ayuno lavatorio de pecados, sino también extirpación de vicios: no sólo alcanza perdón de la culpa, sino también merece gracia: no sólo quita los pecados pasados que cometimos, sino preserva también de los venideros que podríamos cometer. Porque el ayuno (como dice Pedro de Ravena) es alcázar de Dios, real de Cristo, muro del Espíritu Santo, bandera de la fe, señal de castidad y estandarte de santidad. El ayuno (dice San Augustín) purga el ánima, levanta los senti-

dos, sujeta la carne al espíritu, cría corazón contrito y humillado, deshace las nieblas de la concupiscencia, apaga los ardores de la lujuria y enciende la lumbre de la castidad. El ayuno es freno de nuestros apetitos, mortificación de las pasiones, disciplina de la vida y templanza de la codicia. El ayuno es hermano de la pobreza, hijo de la penitencia, madre de la castidad, compañero de la oración, cuchillo del amor proprio, guarda de nuestra salud, y medio eficacísimo para aplacar á Dios y alcanzar mercedes dél. Con éste le aplacaron los Ninivitas, con éste se humillaban y socorrían siempre los hijos de Israel en sus trabajos, con éste se ampararon y defendieron aquellos tres mozos del furor del rey de Babilonia, con éste fué arrebatado Elías en el carro de fuego, con éste recibió Moisén la ley de Dios, y con éste se apercibió el Hijo de Dios para la predicación del Evangelio, no por necesidad suya, sino por ejemplo nuestro.

Por tanto, el que de veras desea satisfacer á Dios, y tomar venganza de sus enemigos, y gozar de todos estos privilegios, ármese con un fuerte y santo odio contra sí mismo, esto es, contra su propria carne, haciendo justicia della y castigándola con ayunos, vigilias, diciplinas, cilicios, vestiduras ásperas y dura cama, y con todas las más asperezas que pudiere, porque con esto no sólo satisfará á Dios, mas también triunfará del más poderoso de sus enemigos, y hará su cuerpo y espíritu templo vivo del Espíritu Santo. Mas todo esto se ha de hacer con discreción y moderación, porque de tal manera castiguemos el enemigo, que no matemos al hombre y destruyamos el sujeto, de que tenemos necesidad para el servicio de Dios. Porque por esto mandaba Dios en la ley que en todos los sacrificios se ofreciese sal, para significar la discreción y templanza que debemos tener en todos estos espirituales sacrificios. Y por falta desto muchas personas espirituales vinieron á estragar y destruir la complexión, y á faltar á medio camino, donde después para recobrar la salud, fué necesario aflojar en todos los espirituales ejercicios, y (lo que peor es) en la misma virtud, que depende dellos.

De la segunda obra satisfatoria, que es la limosna.

§ II

Mas para que este ayuno sea más provechoso, es necesario acompañarlo con obras de misericordia. Porque (como dice S. Augustín) tal es el ayuno sin caridad y sin limosna, cual es la lámpara sin el olio. Y en otro lugar dice el mismo sancto: Vosotros, hermanos, dad limosna, para que vuestras oraciones sean oídas, y para que Cristo os ayude á emendar la vida, y os perdone los pecados pasados, y os libre de los males advenideros, y os dé los bienes perdurables. Á este propósito también dice Pedro de Ravena que aunque el ayuno quita las enfermedades de los vicios, y las pasiones de la carne, y las causas de los pecados, mas no da perfecta salud sin el ungüento de la misericordia, y sin el río de la piedad, y sin el socorro de la limosna. El ayuno (dice él) sana las heridas de los pecados, mas no quita las señales dellos sin el bálsamo de la misericordia. Ésta (dice el santo Tobías) libra del pecado y de la muerte, y no deja el ánima ir á las tinieblas. Y el Eclesiástico dice que así como el agua mata al fuego, así la limosna mata el pecado. Sobre lo cual dice San Ambrosio: Grande es por cierto la fuerza de la limosna, que con la fuente de su benivolencia apaga las llamas de los pecados, y con el río de su largueza mata el encendimiento de los vicios: de tal manera, que aunque esté Dios ofendido y provocado á ira, perdona por virtud de las limosnas al que determinaba castigar por sus culpas. Y S. Augustín dice: Así como se apaga el fuego del infierno con el lavatorio del agua saludable del Baptismo, así también se apaga la llama de los pecados con las limosnas y obras de justicia. De suerte que el perdón de los pecados, que una vez se dió en el Baptismo, nos lo da cada día el ejercicio de las limosnas, como otro segundo Baptismo. Bien es verdad que no es en todo la comparación semejante: mas grande alabanza y gloria es de la limosna ser comparada con este lavatorio celestial, que es fuente y puerta de la vida. Por donde el profeta Daniel no halló otro medio para librar al rey Nabucodonosor de aquella tan rigurosa sentencia del cielo que contra él estaba fulminada, sino aconsejarle que se acogiese á esta sagrada áncora

de la limosna, y así le dijo: Toma, rey, mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con obras de misericordia hechas á pobres. Porque sabía muy bien este profeta cuán gran parte era para hallar misericordia delante de Dios, usar de misericordia con los hombres, pues es cierto que por la medida que midiéremos, habemos de ser medidos: y por esto el día del juicio se ha de hacer tan grande fiesta de las obras de misericordia, pues ellas han de ser allí el arancel por donde se han de juzgar nuestras vidas. Sobre lo cual dice San Augustín: Escripto está: Redime tus pecados con limosnas. Por esta razón principalmente hace caso el Señor de las limosnas, porque por ellas finalmente viene á galardonar los suyos. Como si más claramente dijese: Dificultosa cosa es haber de examinar diligentemente vuestras vidas, y usar con vosotros de misericordia. Mas con todo esto, id al reino eterno, porque tuve hambre, y dístesme de comer, etc. De manera que no vais al reino porque no pecastes, sino porque redemistes vuestros pecados con limosnas. Mas á los malos por el contrario dirá: Id al fuego eterno, no sólo porque pecastes, sino porque no redemistes vuestros pecados con limosnas, porque si éstas hubiérades hecho, ellas os libraran agora deste castigo. Hasta aquí son palabras de San Augustín. Pero más que esto añade aún Pedro de Ravena, diciendo: Maravillosa cosa es ver cuán sabroso es á Dios el mantenimiento del pobre, pues en el reino del cielo y en presencia de los ángeles y en aquella tan grande congregación de los resucitados no se hace mención, ni de la muerte que padeció Abel, ni del mundo que salvó Noé, ni de la fe que tuvo Abraham, ni de la ley que dió Moisén, ni de la cruz en que subió San Pedro, sino del pan que se dió al pobre. Por donde maravillado San Crisóstomo de la eficacia y hermosura desta virtud, dice así en un sermón: La limosna es amiga de Dios, y siempre se halla cerca dél. Ella alcanza gracia para quien quiere, suelta las ataduras de los pecados, hace huir las tinieblas y apaga las llamas de nuestras pasiones. Á ella están abiertas las puertas del cielo, y así como á reina ninguno de los porteros le osa preguntar quién sois, ni qué queréis, antes le salen todos á recebir benignamente. Virgen es, y alas tiene de oro, y los vestidos de hermosura: su rostro es blanco y manso, y con las alas y ligereza que tiene, siempre asiste ante la presencia de Dios.

Pues como sea tan grande la eficacia desta virtud, el que desea satisfacer á Dios y alcanzar la misericordia que desea, vaya vestido desta vestidura, ejercitándose en obras de misericordia, compadeciéndose de las miserias de los pobres, y ayudándolas, si pudiere, con su hacienda, y si no pudiere, con su consejo, con su industria, con su oración y con su intercesión, y (cuando más no pudiere) á lo menos con la compasión de sus trabajos, pues (como dice San Gregorio) no menos da el que de corazón se compadece, que el que da de lo que tiene, porque el uno da su hacienda, mas el otro da su ánima.

Pero es aquí mucho de notar lo que San Augustín escribe á este propósito, diciendo que como haya muchas maneras de misericordia (con las cuales alcanzamos perdón de los pecados) ninguna es mayor que perdonar de corazón á quien contra nosotros pecó. Conforme á lo cual dice Pedro de Ravena: Oh hombre, mira que no puedes estar sin pecado, y quieres que siempre te perdonen tus pecados. Pues para esto perdona siempre cuanto quieres que perdonen á ti. Y si así lo hicieres, entiende que perdonando á otro, tú mismo diste perdón á ti. Cuasi lo mismo dice también Cesario por estas palabras: El que no tiene con qué redemir captivos ni vestir desnudos, trabaje por no tener en su corazón odio contra sus prójimos, y de no dar mal por mal á sus enemigos, mas antes los ame y haga oración por ellos, y esté muy confiado en la misericordia y promesas de su Señor, diciéndole: Dame, Señor, porque di, y perdóname porque perdoné.

De la tercera obra satisfactoria, que es la oración.

§ III

Sobre todo esto ayuda la oración, no sólo á la tercera parte de la penitencia (que es la satisfacción) sino también á la primera (que es la contrición) pues por ella infunde muchas veces el Señor este espíritu en las ánimas de los pecadores, y por ella también alcanzan el perdón de sus pecados, pues con ésta lo alcanzó aquel Publicano del Evangelio, y con esta misma lo alcanzó también el hijo pródigo. Por lo cual nos aconseja el Profeta que nos volvamos á Dios por este medio diciendo: Llevad con

vosotros palabras, y volveos al Señor, y decidle: Quita de nos, Señor, toda maldad, y recibe nuestros buenos corazones, y ofrecerte hemos los becerros de nuestros labrios. Pues con esta manera de palabras negocia con Dios la oración, y amansa aquel divino pecho, más que de diamante para los soberbios, y más que de cera blanda para los penitentes y humildes. Si no, dime, ¿quién hasta hoy llamó al Señor con este corazón, que no sintiese luego en su ánima los indicios y mensajeros de su clemencia? Así lo tiene él prometido por el Profeta, diciendo: Quienquiera que desta manera invocare el nombre del Señor, será salvo.

Mas para que esta oración pueda mejor subir á lo alto, es necesario ponerle las dos alas de que ya tratamos, que son ayuno y limosna. Porque con éstas vuela ella muy ligeramente, y no pára hasta llegar á Dios. La razón desta combinación y hermandad es, porque la misericordia hace que la oración no parezca ante Dios vacía, ni se pueda llamar ruegos secos. Y asimismo, haciendo misericordia con el prójimo, provoca á Dios á hacerla consigo, como lo dice San Juan Clímaco por estas palabras: Si eres amigo de la oración, serásIo también de la misericordia, porque ésta hará que seas misericordiosamente oído de Dios, pues también oíste al prójimo por su amor. Mas el ayuno ayuda á la oración, disponiendo al hombre para ella: porque descargando el cuerpo del peso de los manjares, lo hace más ligero para volar á lo alto. Por donde la oración del que ayuna, demás de ser más satisfactoria, es también más espiritual y más pura. Por lo cual dice el mismo Santo: El ánima del que ayuna, ora con sobriedad y atención: mas la del comedor y destemplado es llena de imaginaciones y torpes pensamientos.

Y así como ayuda el ayuno á la oración, así también la oración al ayuno. Porque (como dice San Bernardo) la oración alcanza virtud para ayunar, y el ayuno merece la gracia del orar. De manera que la fortaleza que ha menester el hombre para castigar la carne, el gusto y espíritu de la oración la da, pues cada cual destas virtudes toma á su cargo la parte que le cabe en la santificación del hombre: porque (como dice San Hierónimo) con el ayuno se curan los vicios del cuerpo, y con la oración las dolencias del ánima.

Hallamos pues, según esto, que la oración, demás de ser obra satisfactoria (que es lo que hace al presente tratado) es también

obra meritoria, impetratoria y causadora de devoción. Por la parte que es satisfactoria, descargamos con ella las deudas de nuestros pecados: por la que es meritoria, merecemos por ella aumento de gracia y de gloria: por la que es impetratoria, alcanzamos por ella lo que húmilmente pedimos: y por la que es criadora y causadora de devoción, alcanzamos por ella nueva luz, gusto de Dios, renovación de buenos propósitos y deseos, paz y quietud del ánima, aliento y promptitud para bien obrar, que es lo que propriamente se llama devoción. Estos cuatro frutos tan principales trae consigo la virtud de la oración, y por esto en ella conviene que nos ejercitemos con toda la perseverancia y atención que sea posible. Mas porque desta virtud se trata adelante más copiosamente, al presente no haré más que remitir al cristiano lector á las oraciones y consideraciones que arriba pusimos, tratando de la contrición, ejercitándose en ellas algunos días antes y después de la confesión, para despertar con ellas dolor y arrepentimiento de sus pecados, y satisfacer por ellos á Dios, que es lo que aquí pretendemos. Y porque una de las cosas que más para esto sirven, es la consideración de los beneficios divinos y la de nuestros pecados, en ésta principalmente se debe ejercitar, como allí está declarado. Y después de gastados en esto algunos días, podrá pasar á las otras maneras de oraciones y consideraciones que adelante se ponen en el libro de la oración, para que con la variedad de los ejercicios reciba más luz, más gusto y menos hastío en las cosas de Dios.

SÍGUESE UNA BREVE MANERA DE CONFESAR, PARA LAS PERSONAS QUE SE CONFIESAN A MENUDO

CAPITULO V

DESPUÉS de haber tratado de la confesión para las personas que se confiesan de tarde en tarde, síguese que digamos de la manera en que se deben aparejar y examinar para esto las que se confiesan á menudo. Muchas de las cuales padecen gran trabajo y escrúpulo porque examinando su

conciencia, no hallan á veces de qué echar mano para haberse de confesar. Porque como por una parte creen y saben cierto que no carecen de pecados, y por otra al tiempo del confesar no los hallan, congójanse por esto demasiadamente, y creen de sí que nunca jamás se confiesan á derechas.

Desto podríamos señalar dos causas. La una, que en hecho de verdad es dificultoso negocio conocer el hombre á sí mismo, y entender muy bien todos los rincones de su conciencia: porque no en balde dijo el Profeta: Los delitos ¿quién los entiende? De mis pecados ocultos líbrame, Señor. La otra causa es, porque los pecados de los justos (los cuales dice el Sabio que caen siete veces al día) más son pecados de omisión que de comisión, los cuales son muy dificultosos de conocer. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vías: conviene saber, ó por vía de comisión (que es haciendo algunas obras malas, como es hurtar, matar, deshonrar, etc.) ó por vía de omisión, que es dejando de hacer algunas buenas, como es, dejando de amar á Dios, de ayunar, de rezar, etc. Pues entre estas dos maneras de pecados, los primeros (como consisten en hacer) son muy sensibles y muy fáciles de conocer: mas los segundos (como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer) son más dificultosos, porque lo que no es, no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales (mayormente cuando son simples) no hallen á veces pecados de que acusarse: porque como las tales personas no caen tantas veces en aquellos pecados de comisión (que dijimos) y los otros que son por vía de omisión, no los entienden, de aquí nace no hallar de qué confesarse, y afligirse por esto.

Pues para remedio desto me pareció ordenar este Memorial para las tales personas, en el cual principalmente se trata deste género de pecados. Y porque los tales pecados pueden ser, ó contra Dios, ó contra nos, ó contra nuestros prójimos, por eso va el Memorial repartido en tres partes, que destas tres maneras de negligencias tratan. Muchas de las cuales á veces no serán ni aun pecados veniales, mas todavía son imperfeciones y desfallecimientos, y muchas veces podrían ser pecados veniales: por donde los que caminan á la perfeción no del todo deben dejar la acusación dellas, aunque esto no conviene que se haga siempre, sino algunas veces, especialmente en las fiestas señaladas, por-

que no se cansen los confesores con nuestra demasiada prolijidad. Mas las otras veces ordinarias podrá cada uno tomar de aquí lo que le pareciere que más hace para descargo de su conciencia.

SÍGUESE EL MEMORIAL

Dicha la confesión general, antes que éntre en la acusación particular de sus culpas, acúsese destas cuatro cosas siguientes.

Primeramente, de no venir tan aparejado á este Sacramento, ni haber puesto tanta diligencia en examinar su conciencia, como debiera.

Lo segundo, de no traer tanto dolor y arrepentimiento de sus culpas, ni tan firme y verdadero propósito de apartarse dellas, cuanto debiera.

Lo tercero, de no haberse llegado al santo sacramento de la Comunión con aquella pureza de conciencia y con aquella reverencia y devoción que convenía: y después de haber comulgado, de no haber tenido aquel recogimiento que para tan alto huésped se requería.

Lo cuarto, de no haber puesto tanta diligencia en la emienda de su vida, y procurado de aprovechar cada día más en el servicio de nuestro Señor, sino antes permanecido en una misma tibieza y negligencia, y aun vuelto atrás. Dicho esto, comience á acusarse por la orden siguiente.

Para con Dios.

Para con Dios somos obligados á tener aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Y de cada una destas se puede el hombre acusar en la forma siguiente. De la caridad se acuse de no haber amado á Dios con todo su corazón y ánima, como era obligado, sino antes puesto su amor desordenadamente en las criaturas y vanidades deste siglo, olvidándose de su Criador.

De la fe se acuse si no ha tenido tan firme fe como debiera, y

si no ha desechado de sí tan presto las fantasías y pensamientos que el demonio acerca desto le ha traído.

De la esperanza se acuse si en los trabajos y necesidades que se le han ofrecido, no ha recurrido á nuestro Señor con aquella seguridad y confianza que debiera, y si ha desmayado y congojádose demasiadamente con ellos: porque esto nace de flaqueza de confianza.

De la pureza de intención acúsese que las obras del servicio de nuestro Señor no las hace con aquella pureza de intención, por solo Dios, como debría, sino algunas veces por cumplimiento, otras por sola costumbre, otras porque son conforme á su gusto y apetitos, y otras por otros semejantes intereses.

Acúsese también de haber sido muy flojo y negligente en responder á las inspiraciones de nuestro Señor y á sus llamamientos, resistiendo en esto muchas veces al Espíritu Sancto, por no hacerse fuerza y ponerse á un poco de trabajo. Ésta es una culpa muy espiritual, y muy secreta, y muy digna de hacer siempre conciencia della.

Asimismo, de no haber sido tan agradecido á los beneficios divinos como debiera, ni dado tantas gracias por ellos, ni aprovechádose dellos para amar y servir más al dador de todo.

También se acuse del olvido de nuestro Señor, trayéndolo muchas veces como desterrado de su corazón, habiendo de andar en su presencia y traerlo ante los ojos.

De la paciencia en las adversidades se acuse si por ventura no ha tenido aquel sufrimiento en los trabajos que Dios le envía, ni conocido que son enviados de su mano para su bien, ni dádole aquellas gracias que debe por ellos. Esto se puede especificar más, si particularmente nos remuerde la conciencia de algo.

Acúsese también de no haber asistido en la misa y en los oficios divinos y en los lugares sagrados en presencia del Santísimo Sacramento con aquella devoción y reverencia que debiera.

Para consigo mismo.

El hombre tiene en sí muchas partes: porque tiene cuerpo con todos sus sentidos, y ánima con todos sus apetitos, y espíritu con todas sus potencias, que son, entendimiento, memo-

ria y voluntad, y así puede haber pecado contra la rectitud y orden que había de haber en cada cosa déstas.

Acúsese pues primeramente de no tratar su cuerpo con aquel rigor y aspereza que debría, así en el comer y beber y vestir y dormir, como en todas las otras cosas, antes ser muy blando y piadoso para con él, y amigo de sí mismo.

De no traer así la imaginación como los otros sentidos exteriores tan recogidos y guardados como debría, sino muy placeros y derramados, oyendo, viendo, hablando, imaginando muchas cosas ociosas y excusadas, que después impiden el recogimiento del corazón y la atención de la oración.

De no haber mortificado sus apetitos, y quebrado su propria voluntad como debía, antes seguídola y cumplídola cuasi en todas las cosas.

De no ser tan humilde de corazón y obra como debría, ni conocerse por tan vil y tan miserable como es, ni tratádose como á tal.

De haber sido tibio y perezoso en la oración, y cortado muchas veces el hilo della por livianas causas, y no haber estado en ella con tanto recogimiento y atención como debría.

Para con el prójimo.

Acúsese de no haber amado á sus prójimos con aquel amor que él querría ser amado, como Dios lo manda.

De no les haber acudido en sus necesidades con el favor y socorro que debiera y pudiera.

De no haber compadecídose tanto de sus miserias, y rogado tanto á Dios por ellas como era obligado.

De las calamidades públicas de la Iglesia (como son guerras, herejías, etc.), de no haber tenido aquel sentimiento que era razón, ni encomendádolas tanto á Dios como pudiera y debiera hacer.

Los que tienen superiores, se acusen de no haberles obedecido y reverenciado como debieran. Y los que tienen súbditos, hijos y criados, de no haberlos enseñado, castigado, proveído de lo necesario, y tenido dellos aquel cuidado que era razón.

De los pecados de comisión.

Después que así se hubiere acusado de los pecados de omisión, puede luego acusarse de los que llaman de comisión, discurriendo por los diez mandamientos y siete pecados capitales, y acusándose de lo que la conciencia le remordiere en cada uno dellos. Y si más brevemente quiere, puede discurrir por los pensamientos, palabras y obras en que puede haber pecado, y acusarse dellas.

Y después de todo esto se debe acusar de todas las culpas anejas al estado ó oficio que tiene, declarando lo que ha hecho contra las leyes y obligaciones de su estado: como si es religioso, de los tres votos y de las cosas de su regla: si es juez, ó médico, ó mercader, ó abogado, etc. de las cosas de su oficio: si príncipe, del suyo.

Acabadas todas estas acusaciones, concluya diciendo: De todas estas culpas y de todas las demás en que he caído por pensamiento, por palabra y por obra, me acuso gravemente, y digo á Dios mi culpa, mi culpa, mi muy grande culpa, y pido á vos, Padre, la absolución y penitencia dellas.

FIN DEL SEGUNDO TRATADO DE LA PENITENCIA

TRATADO III

DE CÓMO NOS HABEMOS DE APAREJAR

PARA

LA SAGRADA COMUNIÓN

DEL APAREJO
QUE SE REQUIERE PARA LA SAGRADA COMUNIÓN

CAPITULO PRIMERO

Dicho ya del sacramento de la Confesión, será razón que tratemos agora de la sagrada Comunión que después dél se suele seguir. Donde lo primero que se debiera tratar, era de las virtudes y efectos admirables deste santísimo Sacramento. Mas porque desta materia hay mucho que decir, y no sufre la brevedad deste Memorial proseguir materias tan largas, solamente trataré aquí del aparejo que se requiere para llegarnos á este misterio, pues va tanto en esto, que cual fuere el aparejo del que lo recibe, tal será la gracia que se le dará. Porque este Sacramento es de infinita virtud (así porque contiene en sí á Cristo, que es fuente de gracia, como porque por él se nos comunica la virtud de su pasión, que es de infinito valor) y por esto cuanto mayor fuere el aparejo con que nos llegáremos á él, tanto mayor será la gracia que se nos dará. Vemos que el que va á coger agua de la mar, tanta agua coge cuan grande vaso lleva, porque por parte de la mar no puede faltar el agua, si no faltare por la estrechura del vaso. Pues lo mismo acaece á los que se llegan á este divino Sacramento, que es mar de todas las gracias. Y así viene á cumplirse aquí aquello del psalmo, que dice: Ensancha

la boca de tu corazón, porque yo henchiré todo el lugar que me dieres en él.

Regla es también de filosofía, que todas las causas obran conforme á la disposición que hallan en los sujetos: y por esto arde el fuego en la leña seca, y no en la verde, por estar la una dispuesta para esto, y la otra no. Pues como en este Sacramento esté Cristo, que es la causa general de todas las gracias, claro está que conforme á la disposición que hallare en el ánima que lo recibe, así obrará en ella y le comunicará su gracia. Esto ven por experiencia los que á menudo celebran y comulgan, los cuales cada día experimentan que tal devoción y fruto sacan deste Sacramento, cual es el aparejo con que se llegan á él.

Y no sólo la esperanza deste fruto, mas también el temor de nuestro daño nos debe hacer diligentes en este aparejo. Porque general cosa es en todos los sacramentos de la ley de gracia, que así como son de grandísimo provecho al que dignamente los recibe, así pueden ser ocasión de grandísimo daño al que los recibe indignamente. Conforme á lo cual dice un doctor que así como el sol y el agua y el aire ayudan á crecer y fructificar las plantas, cuando están vivas y arraigadas en la tierra, mas si por el contrario no lo están, esas mismas causas y influencias las secan y pudren más presto, así también este santísimo Sacramento (que es causa de todas las gracias) hace crecer y medrar las ánimas que están vivas y arraigadas en caridad: mas por el contrario, las que no lo están, mientras más á menudo lo reciben, más se ciegan y endurecen y empeoran, no por causa del Sacramento, sino por su mal aparejo.

Lo cual es aún muy conforme á la naturaleza deste Sacramento (que realmente es manjar espiritual de las ánimas) porque así como el manjar corporal sustenta y hace crecer los cuerpos de los sanos, mas hace gran daño á los mismos cuerpos cuando están enfermos y llenos de malos humores (por cuya causa los médicos en este tiempo mandan ayunar y tener dieta á los dolientes) así también lo hace este divino manjar, el cual por esta causa es vida verdadera de unos, y ocasionalmente muerte de otros, según la diversidad de sus buenos ó malos aparejos.

Mas cuál haya de ser el aparejo que para este tan alto misterio se requiere, la misma filosofía y orden natural nos lo dice. Porque vemos que las formas naturales, cuanto son más excelen-

tes, tanto requieren más noble disposición. Como se ve claro en el mismo manjar corporal (de que hablamos) el cual se cuece y apareja en el estómago para ir al hígado, y ahí se dispone con otra forma más noble de sangre para ir al corazón, y ahí últimamente se dispone con otra más noble para ir al celebro, donde recibe su última perfeción. De manera que en cada uno destos lugares se refina y perfeciona más para alcanzar otra más noble forma: y esto con tal orden, que la perfeción de la forma que precede, es disposición para la que se sigue, y lo que es término de la una, es disposición para la otra. Pues así también habemos de presuponer que esta misma orden y proporción se requiere para las cosas espirituales, y señaladamente para los sacramentos, los cuales, cuanto son más excelentes, tanto piden mayor aparejo y pureza para haberlos de recebir. Porque algunos sacramentos hay, que para recebirse dignamente basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesaria la confesión: mas este sacramento de que hablamos es de tanta pureza y excelencia (por estar en él encerrado el mismo Dios) que demás de lo dicho, pide otro sacramento por aparejo, que es el de la confesión (cuando precedió algún pecado mortal) y aun demás desto, sobre la confesión pide actual devoción y reverencia para recebirse más dignamente: la cual devoción no puede estar sin actual atención y consideración de las cosas de Dios. Y para esto conviene despedir por entonces de nuestra ánima todas las imágenes y cuidados de las cosas del mundo, para que así pueda ella libremente y sin impedimento fijar el corazón en Dios. Por do parece que en este tiempo no se debe contentar el hombre con ir limpio de todos los pecados, sino debe trabajar por ir también limpio de todos los pensamientos y cuidados que le puedan impedir esta atención y devoción. Lo cual nos representa muy á la clara aquella soledad con que Moisén subió al monte á hablar con Dios: á quien fué mandado que solo él subiese á lo alto, y que por todo el monte no pareciese hombre, ni bestia, ni ganado, sino solo él. Y aun á esta soledad añadió el Señor una grande niebla y escuridad, en la cual entrando Moisén, había de hablar con él, para que así la niebla como la soledad le quitasen la vista de todo lo que no era Dios, cuando había de tratar con Dios. Porque desta manera se ha de llegar á este Señor el que dignamente se quiere llegar á él, conviene saber, con un corazón tan

solitario, tan recogido y tan olvidado de todas las cosas terrenas, y tan absorto en Dios, que por entonces le parezca que no hay en el mundo más que él y Dios. Y esto mismo también nos significa aquel descalzarse los zapatos el mismo profeta, para poner los pies en la tierra donde se mostraba Dios: porque de todas las cosas mortales y terrenas ha de ir descalzo y desnudo el que quisiere llegar á él.

Y aunque esto parezca imposible á la naturaleza humana, no lo es á la caridad ni á la gracia divina. Porque (como dice la Esposa en los Cantares) fuerte es el amor como la muerte: porque así como la muerte corporal hace el cuerpo insensible á todas las cosas del mundo, así la perfeta caridad de tal manera ocupa el corazón del hombre y lo traslada en Dios, que lo hace olvidar de todo lo que no es él.

Bien veo que esta muerte no es de todos, sino de sola esta esposa celestial (que es del ánima que esta dignidad y nombre merece) pero pídese y propónese á todos, por la dignidad deste Sacramento, el cual así como es pan de ángeles, así pide pureza de ángeles para haberse de recebir. Mas con todo esto conténtase el Señor con que tengamos algo della, que es, con hacer lo que es de nuestra parte, para tener por entonces este olvido de todas las cosas y esta actual devoción y atención á él.

Y decendiendo á tratar deste aparejo más en particular, digo que el que quisiere llegarse á este santísimo Sacramento como conviene, debe trabajar por llevar consigo las cosas siguientes.

DE LA PRIMERA COSA QUE SE REQUIERE PARA COMULGAR, QUE ES PUREZA DE CONCIENCIA

CAPÍTULO II

Pues la primera cosa que para comulgar dignamente se requiere, es reconocer el hombre con grande humildad que ninguna diligencia de hombres ni de ángeles es bastante para este aparejo si no entreviene la mano de Dios, que para ello especialmente nos ayude. Porque así como nadie se puede disponer para el aumento de la gracia sin gracia, así nadie se puede disponer para recebir dignamente á Dios sin el mismo

Dios. Y por esto él ha de ser invocado y llamado con humildes y ardientes deseos, para que él por su mano alimpie y aderece la casa en que ha de ser aposentado. Vemos que cuando un rey va de camino á posar á una aldea, no espera que los aldeanos le aderecen el aposento como él merece (porque no son ellos parte para esto) sino envía él delante su recámara y sus aposentadores, que es el aderezo conveniente para su persona real. Y pues esto así pasa, buen título tenemos para suplicar á este Señor que pues él por la grandeza de su bondad y misericordia quiere venir á posar á nuestra aldea, sea servido por esta gracia hacernos otra gracia, que es enviar el Espíritu Santo con la recámara de todas sus virtudes y dones celestiales, para que desta manera, con la gracia y virtud omnipotente de Dios, se apareje la casa en que ha de morar Dios.

Pues para que esto se haga como conviene, la primera cosa que se requiere es limpieza de conciencia, esto es, que vamos limpios de todo pecado mortal. Porque por esto dijo el Profeta: Lavaré mis manos entre los inocentes, y cercaré, Señor, tu altar. Donde primero dice que lavará sus manos (que son las culpas de sus obras) y después que se acercará al altar, que es la mesa deste Señor. Y por esto mismo nos amenazó tan espantosamente el Apóstol, cuando dijo: Quienquiera que comiere el pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo contra el cuerpo y sangre del Señor. En las cuales palabras da á entender que los que se llegan en pecado mortal á este misterio, cometen una culpa semejante á la que cometieron aquéllos que crucificaron á Cristo, pues los unos y los otros pecan contra el mismo cuerpo y sangre de Cristo, aunque sea en diferente manera.

Y demás desto, ¿qué se puede seguir de juntarse en uno dos cosas tan contrarias, como son Cristo y el pecador, sino corrupción de la una á la otra? Porque las cosas semejantes fácilmente se juntan unas con otras, como un hierro con otro hierro, y una agua con otra agua; mas las contrarias (como son el agua y el fuego) en ninguna manera se pueden juntar sin corromper la una á la otra. Pues como por medio deste Sanctísimo Sacramento se junte el hombre con Cristo, ¿qué se puede esperar desta junta, sino corrupción de la parte más flaca? ¿Cómo se juntará en uno el bueno con el malo, el limpio con el sucio, el humilde con el soberbio, el manso con el airado, y el misericordioso con el crudo?

Pues por esto conviene que haya alguna manera de semejanza entre el cristiano y entre Cristo, para ayuntarse dignamente á él. Lo cual todo destruye el pecado, cuando no se ha purgado por penitencia.

Y comoquiera que todos los pecados mortales hagan esto, señalamente lo hacen dos, que más particularmente repugnan á la condición deste Sacramento, que son, odio y deshonestidad. Porque cuanto á lo primero, este Sacramento es sacramento de amor y de unión, porque en él participan los fieles un mismo mantenimiento y un mismo espíritu, el cual hace á todos los fieles una misma cosa por amor. Y para significar esto, dice San Augustín que nuestro Señor instituyó este Sacramento en tal género de cosas, que de muchas vienen á hacerse una, como son el vino y el pan (porque de muchos granos de trigo se hace el pan, y de muchos granos de uva el vino) para dar á entender que el Sacramento que en estas dos especies se administraba, obraba este mismo efecto en los que lo recibían, que es hacer de muchos corazones un corazón, comunicando á todos ellos un mismo espíritu cuando lo reciben. Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser más contra razón que llegarse á recebir un sacramento de unión con corazón dividido? ¿Qué es esto, sino pedir al zurujano que os cierre la herida, y trabajar vos por otra parte por tenerla siempre abierta? Pues no es menos contra razón llegarnos á recebir esta medicina espiritual, que tiene virtud de cerrar las llagas de los odios y malas voluntades, y juntar en uno los corazones divididos, queriendo por otra parte resistir de propósito á este beneficio, y romper con particulares odios y disensiones la unión de la paz, que esta medicina causa.

Pues el que quisiere evitar este inconveniente, no se atreva á llegar á esta mesa sin determinarse de poner por obra aquello que el Salvador nos encomendó diciendo: Si ofrecieres tu ofrenda ante el altar, y ahí se te acordare que tu hermano tiene alguna querella contra ti, deja la ofrenda á los pies del altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermano, y esto hecho, podrás volver á ofrecer tu don. Pues con esta manera de satisfación, ó con a determinación firme della (según el juicio del prudente confesor) debe el hombre llegarse á esta mesa celestial. Porque de otra manera está claro que le dirá el Señor del convite: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener ropa de bodas? Que es la virtud de

la caridad, la cual (como dice el Apóstol) cubre la muchedumbre de los pecados. Y debe con mucha razón temer que (como no tenga qué responder á esto) mande el Señor lo que se sigue, que es atarlo de pies y manos, y echarlo en el fuego.

El otro pecado contrario á este Sacramento es cualquiera torpeza y deshonestidad, porque este Sacramento (que en sí encierra aquella carne virginal amasada de las purísimas entrañas de Nuestra Señora) pide una tan grande limpieza de cuerpo y de ánima, que aun haber pasado por entre sueños una sombra de deleite tienen los Santos por impedimento para llegarse á este divino Sacramento, si no fuese cuando ó la obediencia, ó alguna fiesta señalada á esto nos obligase. Y no sólo de comulgar, mas aún de ayudar á misa nos aconseja San Bernardo que nos abstengamos, habiendo esto precedido: tan grande es la pureza que se requiere para este misterio. Porque si para sólo vacar á la oración quiere el Apóstol que se abstengan los casados de la vida conyugal, ¿cuánto más para llegarse á este Sacramento, donde corporalmente se recibe Dios? Y si en la ley vieja un solo sueño deshonesto desterraba al hombre por todo aquel día de las tiendas y compañía del pueblo de Dios, ¿cuánto más de la comunión y participación del mismo Dios?

Y no sólo de los pecados mortales, mas también de los veniales conviene que vamos limpios, para allegarnos á este Sacramento: porque este género de pecados, aunque no apaga el fuego de la caridad, pero amortigua el fervor de la devoción, que es el más proprio aparejo que para este divino Sacramento se requiere. Y para alcanzar limpieza deste género de pecados, conviene que preceda la Confesión antes de la Comunión, ó á lo menos el arrepentimiento y dolor dellos, ó algunos otros santos ejercicios de amor y devoción, para que con ellos se restituya el fervor y devoción actual, que con los tales pecados se perdió. Y quien dejase de hacer algo desto, no se excusaría á lo menos de pecado venial grave por esta negligencia, y perdería mucho de la suavidad y refección deste Sacramento, que es el proprio efecto que él óbra en las ánimas que con este aparejo se allegan á él. Mas el que hubiese caído en pecado mortal (demás del arrepentimiento susodicho) es necesario confesarse sacramentalmente, so pena de pecado mortal, como expresamente está mandado en el Santo Concilio Tridentino.

DE LA SEGUNDA COSA QUE SE REQUIERE PARA COMULGAR, QUE ES PUREZA DE INTENCIÓN

CAPÍTULO III

Lo segundo que para comulgar dignamente se requiere, es rectitud y pureza de intención, que es hacer esto por el fin que se debe hacer. Porque como la intención sea la principal circunstancia de todas nuestras obras, ésta es la que principalmente se debe mirar en todas ellas, y mucho más en ésta, porque no pervirtamos las cosas de Dios usando para un fin de lo que él instituyó para otro. Y porque mejor se entienda esto, será bien poner aquí los fines de los que mal y bien comulgan, para que así se vea más claro lo que nos conviene seguir.

Porque algunos sacerdotes hay, á los cuales principalmente mueve á celebrar el provecho temporal que esperan por el sacrificio. Éstos parece que son como aquellos dos hijos de Aarón, que ofrecieron á Dios sacrificio con fuego ajeno, pues los mueve á celebrar, no el fuego del amor divino, sino el ardor y codicia del dinero. Por donde así como salió fuego del santuario, y quemó aquéllos en un momento, así debrían temer éstos no les acaeciese otro tanto.

Otros hay, que comulgan á más no poder, por pura fuerza, ó por temor de la pena (como lo hacen algunos malos cristianos en la comunión de la Pascua) los cuales van por los cabellos y como quien va á la cruz, á la mesa del Señor. Éstos debrían considerar que ni con ropa de sayal entraba nadie dentro en el palacio del rey Asuero, ni con esta manera de ánimo y corazón servil debe nadie entrar en este sacro palacio y recebir este Sacramento. Con amor se ha de recebir lo que por amor se instituyó, porque no es razón que se reciba con ánimo puramente de siervo lo que se ordenó con amor de padre. Por dónde con mucha razón debe temer el que así entra, no le digan también á él aquellas palabras del Evangelio, que arriba alegamos: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener ropa de bodas?

Otros hay también que van á comulgar tras el hilo de la gente, por hacer lo que los otros hacen, sin tener aquella hambre, ni procurar aquel aparejo ni aquella emienda de vida que para esto se requiere. Y no son muy diferentes déstos los que comulgan por sola costumbre, como hacen algunos que por tener por costumbre comulgar de tantos á tantos días, sin tener ni procurar aquella devoción que debrían, se llegan á este misterio. Los cuales debrían mirar que aunque esta costumbre sea buena, no es negocio éste que se ha de hacer por sola costumbre, sino por el fruto que de aquí se espera, y con el aparejo que para gozar deste fruto se requiere.

Otros también se llegan con una golosina espiritual, que es, con un apetito y deseo de sentir alguna suavidad y devoción sensible en este Sacramento, teniendo esto como por último fin deste negocio, y no enderezando esta manera de devoción al fin que se debe enderezar, que es abrazar la mortificación y la cruz de Cristo, y servir al Señor con mayor promptitud y voluntad.

Todos estos fines son aviesos y unas como puertas falsas para entrar á hurtar como ladrón, y no á recebir como fiel siervo las mercedes del Señor. Entremos pues por las puertas que entraron los sanctos, procurando de llevar la intención que ellos llevaron, la cual no es siempre de una manera, sino de muchas y diversas, como lo declara San Buenaventura por estas palabras.

Muchos son los afectos y intenciones de los que se llegan á celebrar ó comulgar. A algunos mueve el amor de Dios, para que por medio deste Sacramento traigan más veces al amado á la casa de su ánima, y allí dentro le abracen dulcemente y le tengan consigo, y con esta sagrada unión se enciendan más en su amor. A otros mueve el conocimiento de su propria enfermedad y flaqueza, para que con el favor y socorro deste médico celestial sean curados y librados de sus enfermedades. A otros lleva el conocimiento de sus deudas y pecados, para que mediante esta divina hostia y sacrificio de salud, sean purgados y perdonados. A otros lleva la priesa de alguna tribulación ó tentación, para que por virtud de aquél que todo lo puede, sean librados de sus adversidades y amparados del enemigo. Á otros inclina más el deseo de alguna gracia particular, para que por medio de aquél á quien el Padre no puede negar nada, alcancen lo que desean. A otros mueve el agradecimiento de los beneficios recebidos,

considerando que no podemos de nuestra parte ofrecer al Padre cosa más agradable por lo que nos ha dado, que recebir el cáliz de la salud que él nos comunicó. A otros mueve el deseo de alabar á Dios y á sus sanctos, pues no podemos honrarlos con otra mayor honra que con ofrecer de nuestra parte en memoria dellos este sacrificio de alabanza. A otros mueve el deseo de la salud de los prójimos, y la compasión de sus trabajos, sabiendo que por la salud de vivos y muertos ninguna cosa aboga con mayor eficacia ante los ojos del Padre que la sangre preciosa de su Hijo, que por los unos y por los otros se derramó. Hasta aquí son palabras de S. Buenaventura.

Pues el que desea acertar en la pura y recta intención que para aquí se requiere, escoja cuál destos fines le agrada más, y á ése enderece su intención. Y mucho mejor será considerar primero todos estos fines, que son los frutos admirables deste sacramento, y ponerlos todos ante los ojos, y pretender por este divino medio conseguirlos todos. Pero el fin más principal y más proprio es procurar por medio deste sacramento (en el cual está Cristo) recibir en nuestras ánimas el espíritu de Cristo, mediante el cual seamos transformados en él, y vivamos como vivió él, que es con aquella caridad, y humildad, y paciencia, y obediencia, y pobreza de espíritu, y mortificación de cuerpo, y menosprecio del mundo, que él vivió: porque esto es espiritualmente comer y beber á Cristo, transformándose en él y haciéndose una cosa con él por imitación de su vida, como había hecho aquél que decía: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Y por tanto éste ha de ser nuestro fin principal, y juntamente con esto hacer lo que él nos encomendó, que es, renovar en este sacramento la memoria de su pasión, y darle gracias por el beneficio inestimable de nuestra redempción.

DE LA TERCERA COSA QUE SE REQUIERE
PARA RECEBIR ESTE SACRAMENTO, QUE ES ACTUAL DEVOCIÓN

CAPÍTULO IV

Lo tercero que para este Sacramento se requiere, es actual devoción. Para lo cual es de saber que este venerable Sacramento (así como todos los otros) tiene un efecto común y otro proprio. El común es dar gracia, que es también efecto de todos los otros sacramentos de la ley de gracia: mas el proprio es lo que los teólogos llaman refección espiritual, que es un nuevo esfuerzo y aliento para bien obrar, y un gusto y suavidad de las cosas de Dios, que aquí se da. Porque así como el manjar corporal, no sólo sustenta la vida del que lo come, sino también le da esfuerzo y gusto con la comida, así este divino manjar, no sólo conserva la vida espiritual con la gracia que da, sino también esfuerza el espíritu, y deleita el gusto con su propria virtud. Y este deleite dice Santo Tomás que es tan grande (á lo menos en aquéllos que tienen purgado el paladar de su ánima) que con ningunas palabras se puede explicar, por gustarse aquí la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo nuestro salvador, fuente de toda suavidad.

Pues para gozar deste tan grande beneficio decimos que señaladamente se requiere actual devoción: porque como entre la forma y el aparejo para ella haya de haber alguna semejanza, no puede haber más conveniente aparejo para recebir acrecentamiento de devoción, que ir con actual devoción, como vemos por experiencia, que el mejor aparejo que puede llevar un leño para hacerse fuego, es estar él caliente y seco, que son propriedades del mismo fuego.

Y si me preguntares qué cosa sea esta actual devoción, no sé cómo podértelo mejor explicar que con decirte que es una como agua de ángeles, la cual así como se destila de diversas yerbas olorosas, así tiene diversos y muy suaves olores. Porque esta devoción es un afecto espiritual, compuesto de otros espirituales

y santos afectos y deseos, de los cuales ha de ir llena el ánima, cuando se llega á este venerable Sacramento. Porque (como dice San Ambrosio) ¡con cuánta contrición y arrepentimiento, con qué fuentes de lágrimas, con qué temor y reverencia, con qué castidad de cuerpo y con qué pureza de espíritu se ha de celebrar, Dios mío, este divino misterio: donde tu carne verdaderamente se come, y tu sangre verdaderamente se bebe: donde las cosas altas se juntan con las bajas, y las divinas con las humanas, y donde está la presencia de los santos ángeles, y donde tú mismo eres el sacerdote y el sacrificio por una manera inestimable! ¿Quién, pues, podría dignamente tratar este misterio, si tú, Señor, no le hicieres digno?

Y decendiendo más en particular á tratar desta devoción que aquí pedimos, digo que para corresponder de nuestra parte á lo que pide la condición y nobleza deste Sacramento, conviene que nos lleguemos á él, por un cabo con grandísima humildad y reverencia, y por otro con grandísimo amor y confianza, y por otro con grandísima hambre y deseo deste pan celestial. Todas estas maneras de afectos piden las excelencias deste Sacramento, y cada uno destos afectos tiene sus consideraciones con que se despierte.

§ I

Porque primeramente, para despertar el temor y reverencia, debe el hombre levantar los ojos á considerar la inmensidad y grandeza del Señor que en este Sacramento se encierra: porque realmente debajo de aquel sagrado velo y de aquellas especies de pan está encerrada aquella divina Majestad, criadora, conservadora y gobernadora del mundo, ante cuya presencia tiemblan las colunas del cielo, ante cuyo acatamiento está prostrada toda la naturaleza criada, á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyos ojos no están limpios los espíritus celestiales, en cuya comparación esta tan maravillosa fábrica del mundo no es más (como dice el Sabio) que una gota del rocío de la mañana ó un grano de peso que se carga sobre la balanza. Pues ¿cómo no temerá el que con ojos de fe tan cierto ve que se llega á recebir dentro de sí un Señor de tan grande majestad?

No trato yo agora aquí de la grandeza de sus juicios y de su justicia, y del aborrecimiento que tiene con el malo y con su maldad, sino solamente de lo que pide la grandeza de tan alta majestad, para que no sólo el pecador, sino también el justo vea cuánta razón tiene (cuando aquí se llega) para temer. Ni nadie debe asegurarse con la virtud deste Sacramento, que es vida de las ánimas, pues (como ya dijimos) puede también ocasionalmente ser castigo de las que estuvieren mal aparejadas. Enviaron los hijos de Israel por el Arca del Testamento, para dar una batalla á los filisteos con el favor de la presencia della, pareciéndoles que con esto ternían segura la victoria. La cual no solamente no alcanzaron, mas antes fueron en ella desbaratados y muertos, y presa la misma Arca sagrada, de tal manera, que muy mayor fué el daño que recibieron después de venida el Arca, que el que habían recebido antes de su venida. Y así, lo que imaginaron que sería para su remedio (considerada la virtud del Arca) fué para su destruición, por culpa de su mala vida. Así también acaeció á aquel gran privado del rey Asuero, que se decía Amán, el cual siendo convidado á un banquete real por la reina Ester, y tomando él esto por gran favor, se le volvió el sueño al revés, porque en el convite se le trató la muerte, y de aquella real mesa fué luego por mandado del rey llevado á la horca. Pues por esto clama el Apóstol diciendo: Examine su conciencia el hombre, y desta manera coma de aquel sagrado pan y beba de aquel cáliz, porque el que lo come y bebe indignamente, juicio come y bebe para su ánima, pues no trata como debe el cuerpo del Señor. Porque si aquel Arca del Testamento (que no era más que figura deste Sacramento) tanta reverencia pedía, ¿qué se deberá al mismo Sacramento? Vemos que por haber mirado con curiosidad esta Arca los Betsamitas, mató Dios cincuenta mil hombres dellos. Pues ¿qué será recebir desacatadamente el que por esta misma era figurado? Cuando esta misma Arca abría camino á los hijos de Israel por las aguas del río Jordán, les mandó Josué que mirasen mucho no se acercasen á ella, sino que hubiese siempre por lo menos dos mil codos de espacio entre ellos y ella, porque no los matase Dios. Pues si tan grande reverencia se debía á aquel Arca (que no era más que sombra deste misterio) ¿qué será menester para recebir dentro de sí al mismo Señor que por aquella Arca era figurado, especialmente quien vuelve los ojos hacia dentro, y

mira á sí mismo, y se acuerda que por parte de la naturaleza fué nada, y por parte de la culpa es menos aún que nada, pues el pecado es menos que nada? Pues ¿cuánto será razón que tema quien tantas veces se ha hecho nada, quien tantas culpas tiene cometidas, tantas fealdades, tantas torpezas y tantas abominaciones contra Dios? ¿Cómo no temerá recebir un tan gran Señor en un corazón que tantas veces ha sido cueva de dragones, y nido de serpientes y basiliscos?

Pues con estas consideraciones humille el hombre su corazón cuanto pudiere, y venga como el hijo pródigo á la casa de su piadoso padre, dando voces y diciendo: Padre, pequé contra el cielo y contra vos, ya no merezco llamarme vuestro hijo: hacedme siquiera como uno de vuestros criados. Venga con el corazón de aquel Publicano del Evangelio, que ni osaba acercarse al altar, ni alzar los ojos al cielo, sino hería sus pechos diciendo: Señor Dios, apiádate de mí pecador. Venga con el corazón con que vendría una mujer que hubiese errado á su marido, cuando él la perdonase y volviese á recebir en su casa, que (si tuviese vergüenza) no osaría levantar los ojos á mirarle, acordándose por una parte de la deslealtad en que cayó, y por otra de la nobleza del marido que después de tal caída la recibe. Porque realmente otro tanto, y mucho más, hace aquel Esposo celestial, cuando en este Sacramento recibe á su mesa y á su casa y á sus brazos al ánima que por el pecado le erró y adulteró (haciendo la voluntad del demonio) y después se vuelve á él. Pues con estas y otras semejantes consideraciones se despierta en nuestras ánimas la humildad y reverencia que para este divino Sacramento se requiere.

§ II

Mas el amor y confianza se atizará considerando por otra parte que este Señor, cuan grande es en la majestad y en la justicia y en el aborrecimiento del pecado, tan grande es en la bondad y en la misericordia y en la piedad para con los pecadores. Porque ésta le hizo bajar del cielo á la tierra, y vestirse de nuestra carne, y andar por caminos y carreras en busca dellos, y comer en compañía dellos, y decir que el remedio dellos era su comida y

sus deleites. Por éstos ayunó, caminó, sudó, trabajó, veló, madrugó y sufrió infinitas persecuciones y contradiciones del mundo: por éstos caminaba y predicaba de día, y por éstos velaba y oraba de noche: para éstos tenía siempre abiertas las puertas de sus entrañas, de tal manera que á ninguno desechó ni despidió de sí, cuanto quier que fuese miserable y desechado de todos. Y finalmente tanto deseó la salud y remedio déstos, que por verlos remediados, no paró hasta ponerse en una cruz entre dos ladrones, y derramar toda cuanta sangre tenía por ellos. Y no contento con esto (porque acabado el curso desta vida mortal, no faltase otro tal recebidor como él) dejó ordenado este divino Sacramento, en que se queda él mismo, para que todo este linaje de hombres necesitados de remedio tuviesen siempre la misma puerta y la misma botica abierta para su remedio. De manera que la misma causa que le obligó á morir, ésa le hizo instituir este Sacramento: porque así como amor fué el que le trajo del cielo á la tierra, y le hizo poner en manos de pecadores, así el amor es el que agora le hace por esta vía venir otra vez al mundo, y el que le pone en las mismas manos. En lo cual parece que de su parte no fué otra la causa desta tan grande obra sino su inmensa caridad, y de la nuestra, no otra más que nuestra grande necesidad: de la suya, sola misericordia, y de la nuestra, sola miseria. De donde nace que este divino Sacramento es común remedio de justos y pecadores, porque no sólo es manjar de sanos, sino también medicina de enfermos: no sólo es vida de vivos, sino también resurreción de muertos, porque (como dice San Augustín) este pan no sólo sustenta á los que halla vivos, sino también á veces resucita los muertos.

Pues ¿por qué título me podrá nadie defender la participación deste misterio? Éste es un hospital real, instituído por la divina misericordia y dotado con la sangre de Cristo para remedio universal de todos los enfermos y necesitados. Pues ¿por qué, por ser enfermo, me tendré yo por excluído dél? Antes por el mismo caso que soy enfermo (si deseo sanar) tengo más obligación de llegarme á él. Porque si estoy enfermo, aquí me curarán: si flaco, aquí me esforzarán: si ciego, aquí me alumbrarán: si pobre, aquí me enriquecerán: si hambriento, aquí me hartarán: y si desnudo, aquí me vestirán y cubrirán mi desnudez.

Esto es lo que no acaban, ó no quieren entender los que con

semejantes excusas se apartan y apartan á otros del uso deste Sacramento, no mirando que este divino misterio fué instituído, no sólo para manjar de sanos, sino también para medicina de enfermos: no sólo para regalo y fortaleza de justos, sino también para remedio y esfuerzo de penitentes Del cual aquél tiene mayor necesidad, que se siente más flaco: y por este título mucho menos puede vivir sin él el flaco que el fuerte, porque el fuerte puede por más tiempo perseverar sin este socorro, mas el que trae el ánima en la boca, y está tan flaco y tan sin fuerzas que en desviando un poco los ojos de Dios, luego comienza á desfallecer, este tal ¿en qué parará, si no se aprovecha deste socorro? Y por esto señaladamente se compadecía el Salvador deste linaje de hombres, cuando hablando en figura deste misterio, decía: Si los dejare caminar ayunos, desfallecerán en el camino, porque algunos dellos vinieron de lejos. Porque sin duda, así como entonces padecían mayor peligro los que habían venido de lejos que los que vinieron de cerca (porque tenían más larga la jornada) así también aquí lo padecen los que son más flacos y los que tienen más camino que andar hasta llegar á la perfeción del amor de Dios. Y pues para remedio déstos se ordenó este pan celestial, no es atrevimiento sino consejo muy saludable que el deseoso de su remedio se llegue á su remediador, y se aproveche de la medicina que él para esto no con menor amor que costa de su sangre le ordenó.

Antes una de las grandes culpas de los hombres, y de que mayor cargo se les ha de hacer el día de la cuenta, ha de ser de la sangre de Cristo, conviene saber, de no haber querido aprovecharse de los remedios que por medio de aquella preciosa sangre nos fueron instituídos, el mayor de los cuales es éste. Si un rey hubiese hecho un famoso hospital y proveídolo muy copiosamente de todas las cosas necesarias para la cura de los enfermos, si después de acabada la obra con mucho gasto y diligencia suya, no hubiese enfermos que se quisiesen curar en él, ¿no tendría esto por mala dicha, viendo que le salían en blanco todos sus intentos y trabajos? Pues no menos se ofende aquel Rey del cielo si después de habernos aparejado con su misma sangre un tan grande y tan costoso remedio como éste, no queremos aprovecharnos dél, pues por el mismo caso (cuanto es de nuestra parte) hacemos infructuosos todos sus intentos y trabajos Y ésta es aquella mane-

ra de ofensa que el mismo Señor significó en la parábola de la cena, cuando aparejado ya todo lo necesario para el convite, envió á llamar los convidados y ellos no quisieron venir. Contra los cuales fulminó él aquella tan terrible sentencia de excomunión diciendo: Dígoos de verdad que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará jamás desta cena.

Pues siendo esto así, ¿qué razón tendrás tú para excusarte deste convite? Si dices que eres pecador, ya no es pecador el que desea ser justo, y le pesa por haber sido pecador: porque (como dice San Hierónimo) los pecados pasados no te dañan, si no te agradan. Si dices que estás caído y derribado, ya no se puede llamar caído el que le pesa porque cayó, y extiende la mano para que lo levanten. Si dices que eres indigno de llegarte á tan alto misterio, harto loco eres, si piensas que hay en el mundo quien sea perfectamente digno de llegarse á él: porque por eso se quiso el Señor comunicar á los pequeñuelos, porque por ahí se declarase más la gloria de su bondad, que quiso comunicarse á los tales. Así que, todo esto bien considerado, claramente verás que no solamente no ofendes al Señor en llegarte á él, sino antes le ofenderías mucho más en no querer aprovecharte del remedio que él instituyó para los tales como tú. Pues con estas y otras semejantes consideraciones se despierta el deseo con que debemos llegar á este misterio.

§ III

Mas la tercera cosa, que es la hambre y deseo de este pan celestial, se despierta considerando las influencias y virtudes deste nobilísimo Sacramento, y los efectos que óbra en las ánimas que devotamente le reciben. Y para conocimiento desto has de saber que así como contra aquel primer hombre (que fué el origen y principio de todos nuestros males) proveyó Dios de otro segundo hombre (que fué Cristo Jesú, principio de todos nuestros bienes) así también contra la fruta ponzoñosa de aquel árbol (que fué la raíz de todo nuestro daño) proveyó el manjar deste Santísimo Sacramento, que es la fuente de todo nuestro remedio. Por donde, así como todos los males que nos vinieron por la desobediencia de aquel primer hombre, se remediaron por la obediencia del se-

gundo, así todos los que nos vinieron por aquel manjar ponzoñoso, se remedian por este Santísimo Sacramento. Porque él es como una espiritual triaca, ordenada por consejo de aquel sapientísimo Médico del mundo para remedio de la naturaleza humana, inficionada con el veneno y silbo de aquella antigua serpiente. Pues según esto, quien quisiere saber cuántos sean los bienes que se nos comunican por este manjar, póngase á contar cuántos sean los males que por el otro nos vinieron: porque todos los bienes contrarios á aquellos males, nos vienen por él. Por donde, así como de aquel manjar se dijo: En cualquier día que comieres dél, morirás, así por el contrario se dice déste: El que comiere deste pan, vivirá para siempre. ¿Ves, pues, cuán derechamente se contrapone este manjar á aquel manjar, como medicina ordenada contra aquella dolencia?

Éste es un medio por donde se conoce algo de los efectos deste Santísimo Sacramento. Otro medio es, considerar lo que en él se contiene. Porque en él realmente está la misma carne de Cristo, la cual por estar unida con el Verbo Divino, participa las virtudes y influencias dél, así como el hierro inflamado y unido con el fuego participa las mismas propriedades dél. Por lo cual dice San Juan Damasceno que aquel Verbo de Dios Eterno, que da vida á todas las cosas, juntándose con la carne humana, la hizo dadora de vida. De donde se sigue que este Sacramento tiene todas las virtudes y efectos de Cristo, pues en él se recibe la carne de Cristo, que unida con el Verbo Divino, participa todas las virtudes dél.

Pues por aquí puedes fácilmente conocer qué es lo que óbra en ti este Señor, cuando viene á ti. Porque viene á honrarte con su presencia, á ungirte con su gracia, á curarte con su misericordia, á lavarte con su sangre, á resucitarte con su muerte, á alumbrarte con su luz, á inflamarte con su amor, á regalarte con su infinita suavidad, á unirse y desposarse con tu ánima, y hacerte participante de su espíritu y de todo cuanto para ti ganó en la cruz con esa misma carne que te da. Y así este divino Sacramento perdona los pecados pasados, esfuerza contra los venideros, enflaquece las pasiones, diminuye las tentaciones, despierta la devoción, alumbra la fe, enciende la caridad, confirma la esperanza, fortalece nuestra flaqueza, repara nuestra virtud, alegra la conciencia, hace al hombre participante de los merecimientos

de Cristo, y dale prendas de la vida perdurable. Éste es aquel pan que confirma el corazón del hombre, que sustenta los caminantes, levanta los caídos, esfuerza los flacos, arma los fuertes, alegra los tristes, consuela los atribulados, alumbra los ignorantes, enciende los tibios, despierta los perezosos, cura los enfermos, y es común socorro de todos los necesitados. Pues si tales y tan maravillosos son los efectos deste Sacramento, y tal la bondad y amor del que nos lo da, ¿quién no será codicioso de tales riquezas? ¿Quién no tendrá hambre de tan excelente manjar?

Y puesto caso que este Sacramento sea de tanta dignidad, no por eso debe el hombre apartarse dél, considerando su indignidad y pobreza: porque (como arriba dijimos) para pobres se proveyó este tesoro, y para enfermos se ordenó esta medicina, y para necesitados se dió este socorro, y para hambrientos se aderezó este manjar. Verdad es que él es pan de ángeles, mas también es pan de penitentes. Verdad es que es manjar de sanos, mas también es medicina de enfermos. Verdad es que es convite de reyes, mas también es pan de trabajadores. Verdad es que es manjar de robustos, mas también es leche de niños. Así que para todos es todas las cosas, y ninguno por imperfecto que sea, se debe abstener desta medicina, si de todo corazón desea sanar. No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos, y pues para éstos señaladamente vino Cristo al mundo, para éstos señaladamente viene agora en este Sacramento. Pues ¿con qué hambre, con qué deseo, con qué alegría será razón que sea esperado y deseado el que te viene á hacer tales mercedes? Mira el deseo que tenían aquellos padres antiguos de la venida deste Señor, cuando rompían el cielo con clamores, pidiéndole que viniese, por la cual causa le llamaban el Deseado de las gentes. Pues si este mismo Señor es el que ha de venir á tu ánima á hacer en ella lo que hizo en el mundo, porque (como dice Santo Tomás) así como cuando vino al mundo, dió al mundo vida de gracia, así cuando viene al ánima, le da la misma vida, ¿cómo no será esperado y deseado con el mismo deseo?

Mira también el deseo que los Apóstoles tenían de la venida del Espíritu Santo, y las oraciones y clamores con que pedían y sospiraban por ella, y por aquí verás cuánto debes tú desear esta venida, pues en ella esperas recebir el mismo Espíritu, aunque sea por otra diferente manera.

Mira otrosí el deseo con que una mujer casada y cargada de hijos y necesidades desea la venida del marido que está en las Indias, con la cual espera recebir todo consuelo, amparo, compañía, honra y remedio de todos sus males. Pues ¿cómo no desearás tú con más ardientes deseos la venida de aquel esposo dulcísimo de las ánimas que viene de las Indias celestiales lleno de todos los bienes, para darte mucho más que todo el mundo te pueda dar?

Estas y otras tales consideraciones sirven para despertar en el ánima la devoción actual que para este divino Sacramento dijimos que se requería.

QUE SE DEBE TOMAR TIEMPO PARA ENTENDER EN ESTE APAREJO SUSODICHO

CAPÍTULO V

Pues para aparejarse el hombre desta manera, conviene tomar espacio de algunos días antes de la sagrada Comunión, para que en este tiempo se ocupe así en estas santas consideraciones como en la purificación y limpieza de su conciencia, mediante el examen y arrepentimiento de sus culpas y la confesión sacramental dellas. En lo cual es mucho de reprehender el atrevimiento de algunos sacerdotes que sin haber precedido nada desto, donde les toma la voz, de allí se levantan y se van á celebrar, ora estén parlando y riendo, ora estén ocupados en otros negocios temporales, y distraídos. De manera que con el mismo corazón y descuido que se llegarían á comer un pedazo de pan material, con ese mismo van á asentarse á la mesa del Señor, y comer el pan de los ángeles, que es un desacato muy grande. Y ésta es una de las causas por donde á cabo de tantos años que usan esta medicina, se hallan tan poco aprovechados con el uso della. Porque de otra manera, si cada vez que dicen misa recibiesen acrecentamiento notable de gracia, claro está que á cabo de veinte años que celebran, habían de tener recogido ya un gran tesoro de gracia: lo cual no parece que vemos, pues siempre se son de una manera, es á saber, tan sensuales y tan in-

devotos como siempre lo fueron, y muchas veces peores. Pues ¿qué cosa más para temer, que llegarse cada día á la fuente de la gracia y á la mesa de los ángeles y á la botica de todas las medicinas, y á cabo de tantos años estarse tan seco y tan ayuno y tan lleno de enfermedades y flaquezas como siempre?

Y no son menos dignos de reprehender algunos malos cristianos, que después de haber vivido en todo género de vicios, cuando al cabo del año vienen á confesarse, apenas han acabado de vomitar mil maneras de abominaciones y pecados, cuando luego en levantándose de los pies del confesor, se van á asentar á la mesa del Señor y comer el pan de los ángeles, para el cual era menester (si nos fuera posible) pureza de ángeles. Pues ¿no sería razón gastar primero algún día en aplacar á Dios, y lavar y regar con lágrimas la casa en que ha de ser aposentado? ¿No sería razón celebrar la vigilia antes de la fiesta, y aparejarse primero para tan grande solenidad? Porque si para recebir el pueblo de Israel la ley de Dios, les mandó Moisén que se aparejasen tres días antes, y que lavasen sus vestiduras, y no llegasen á sus mujeres, ¿cuánto más que esto se debía hacer para recebir al mismo Dios, dador no sólo de la ley, sino de la gracia, que es más que la ley? Sino que estando aún tan reciente la memoria de los pecados pasados, y estando aún tan fresco el hedor de tantas torpezas, ¡quiera el hombre llegarse á un misterio de tanta pureza, y recebir un Señor de tan grande majestad!

Éste es un grande abuso de muchas personas: el cual quien quisiere estimar en lo que es, no pesando las cosas con el peso de Canaán (que es peso falso) sino con el peso del sanctuario (que es con el juicio de Dios y de sus santos) lea el sermón de Cipriano de Lapsis, y allí verá cuán reprehendida es esta manera de atrevimiento. Donde hablando de los cristianos que poco tiempo después de haber sacrificado á los ídolos se llegaban á comulgar, dice así: Volviéndose de los mismos altares del diablo, y teniendo las manos inficionadas y sucias con el tocamiento de los profanos sacrificios, se llegan á este Sacramento. Y estando aún regoldando los manjares mortíferos de los ídolos, y aun las gargantas hediendo á aquellas sucias y pestilenciales comidas, se atreven á arrebatar el cuerpo del Señor, comoquiera que esté escrito: Todo hombre que estuviere limpio, comerá deste manjar, y el que no lo estuviere, morirá por ello. Sin hacer caso de nada desto, se llegan

á hacer fuerza al cuerpo y sangre del Señor. Mayor es el pecado que agora con las manos y con la boca hacen, que el que antes hicieron, cuando le negaron. Hasta aquí son palabras de Cipriano. Mira si se pudiera decir cosa más para temer que ésta. Bien veo que en parte es éste encarecimiento: pero todavía por aquí se entenderá lo que este Santo sintiera deste nuestro atrevimiento tan ordinario y tan cuotidiano.

Y si me dices que estás ya reconciliado con Dios por medio de la confesión precedente, aunque esto sea así, no es razón que luego en esa misma hora que acabaste de revesar tantos pecados, le recibas sin que des un poco de espacio á las lágrimas, y al dolor, y á la purificación de la conciencia, para que así te llegues á él con mayor pureza. Siete días estuvo María, hermana de Moisén, sin entrar en los reales de Dios, aunque estaba ya arrepentida y perdonada de su pecado. Y tres años estuvo Absalón sin entrar en el palacio del rey David su padre, aunque estaba ya perdonado, por la muerte de su hermano Amón. Y pues á éste (después de ya perdonado) se dilató la vista del padre ofendido por tres años, no es mucho dilatarse á ti siquiera por tres días, pues tanto más gravemente ofendiste al Padre celestial, habiéndole tantas veces crucificado su Hijo con tus pecados.

Y si por otra parte dices que en este tiempo no te podrás contener de pecar, y que por eso es mejor llegarte luego á comulgar, antes que los nuevos pecados te vuelvan á hacer indigno dese misterio, á esto respondo que si los pecados son veniales, no es ése inconveniente (porque siete veces al día cae el justo, y fácil es el remedio dese mal) mas si temes ó crees que serán mortales, ¿qué mayor peligro, ni qué más mal aparejo puede ser que llegarte á comulgar con una conciencia tan resbaladiza y de tan poca firmeza, que no esperes pasar siquiera tres días sin pecado mortal? ¿Dónde está aquí el firme y verdadero propósito de nunca jamás ofender á Dios, aunque se pierda la vida? ¿Dónde está el amor de Dios sobre todas las cosas, que teme el pecado sobre todas ellas? No son tan flacas las fuerzas de la gracia, ni es tan fácil de hacer un pecado mortal, que si el hombre pusiese de su parte una mediana diligencia, no pudiese por muchos días y años, y aun por toda la vida, vivir libre deste género de pecados, ayudado con la gracia divina, que nunca falta á quien la busca.

Mas obligar á esto á los hombres carnales y sensuales, aunque

sea por tan pequeño espacio, es como quien quisiese sacar un gran río de madre, que como tiene tantos años ha abierta y ahondada la canal por donde corre, es dificultosísima cosa sacarlo de allí: y si con todo eso con fuerza y arte lo sacáis, luego en viendo la suya, corre y rompe por do puede, y se vuelve á su primera canal. Y así éstos, como ha tantos años que están acostumbrados á vivir con aquella miserable libertad de hacer y decir cuanto se les antoja, y dejar ir su corazón tras de la corriente de sus apetitos, querer sacarlos deste hilo, y obligarlos á resistir á estos movimientos apasionados, esles un tormento tan grande, que no ven la hora de salir de aquella obligación, y volverse á la corriente de su antigua libertad. Y por eso se dan tanta priesa por salir de aquel cargo, por poder luego tornar á vivir con la soltura que solían. De manera que averiguado bien el negocio, la causa desta aceleración es el tormento grande que padecen en obligarlos á ser buenos por espacio de tres días, según están habituados al mal. ¡Malaventurados de vosotros! ¿Cómo presumís por otra parte de salvaros y ser compañeros de aquéllos que fielmente pelean, haciéndoseos tan pesada cosa traer acuestas siquiera por tres días el escudo de la virtud y las armas desta espiritual caballería, pues (como dice el Apóstol) no será coronado sino el que legítimamente peleare?

Y no piense nadie que contradice esto á lo que arriba dijimos de la confianza con que habemos de llegar á este misterio: porque aquello se dijo para esforzar los pusilánimes y flacos, que con demasiados y indiscretos temores se abstienen deste Sacramento, mas esto se dice para enfrenar los atrevidos, no para que se aparten deste remedio, sino para que con más pureza y aparejo se lleguen á él.

Mas cuál haya de ser este aparejo, demás de lo susodicho, el capítulo siguiente lo declara más en particular.

LO QUE SE HA DE HACER ANTES DE LA COMUNIÓN

CAPÍTULO VI

Pues el que desea hacer en esta parte lo que debe, tome algún tiempo (como dijimos) para este aparejo. Y hablando agora más familiarmente con los que más á menudo frecuentan este misterio, será bien que así como Moisén mandó á los hijos de Israel (como arriba dijimos) que se aparejasen tres días antes para salir á recebir á Dios, cuando les venía á dar la ley, así nosotros tomemos este mismo espacio para disponernos á recebir al mismo Señor, que nos viene á dar ley, no de muerte sino de vida, no de letra sino de espíritu, no de temor sino de amor. Cosa es por cierto de grande confusión ver lo que la Escriptura divina cuenta que hacían las mujeres del rey Asuero para presentarse una sola vez en el año delante dél. Porque los seis meses primeros, dice que gastaban en curar el rostro con un cierto olio, y los otros seis con no sé qué otros ungüentos y confeciones. Pues si tanto se hacía por caer en gracia de los ojos de un hombre terreno, ¿qué se debría hacer por caer en gracia en los ojos de Dios? ¿No fué ésta una de las principales alabanzas que el Ángel dijo á la sacratísima Virgen: Hallaste gracia en los ojos de Dios? Pues ¿qué mucho sería hacer tanto por esta dignidad, cuanto se hacía por aquella vanidad? ¿Qué mucho sería que toda nuestra vida fuese un continuo aparejo para caer en gracia en los ojos de Dios, pues toda la de aquellas miserables mujeres lo era para caer en gracia de los de un hombre?

Mas ya que esto no se hace así, á lo menos en estos días susodichos será razón que comencemos á disponernos para este tan grande misterio, haciendo de nuestra parte todo lo que buenamente pudiéremos. Y si preguntares qué sea esto, digo que lo primero sea mirar en este tiempo más atentamente por ti y por tus obras y por tu manera de conversación, para no desmandarte en cosa que pueda ofender los ojos deste Señor, no sólo mortalmente, mas ni aun venialmente, en cuanto sea posible. Y no sólo nos debemos guardar de los pecados, mas también de todas las ocasiones dellos, como son risas, pláticas y vanas conversaciones, y

todas aquellas cosas que pocas veces pasan sin pecado. De manera que así como una mujer ataviada y limpia, cuando se viste de fiesta para salir de casa, se guarda cuanto puede de poner las manos en cosa que la pueda ensuciar, así debríamos andar más solícitos en este tiempo que en otro, donde nos solemos vestir de fiesta para ir á recebir al Señor de los ángeles, y asentarnos á comer con él á su mesa.

Especialmente conviene guardar en este tiempo la boca, y mirar con todo cuidado no nos desmandemos en palabras vanas ó dañosas, para que así esté más limpia la puerta por donde ha de entrar en nuestra ánima aquella hostia celestial. Y aun mucho más conviene guardar el corazón de todo pensamiento sucio, vano ó inquieto, porque pues éste es el tálamo donde Dios ha de ser aposentado, no conviene que haya en él cosa de que se puedan ofender sus ojos divinos. Y porque la cosa más propria del lugar en que este Señor mora, es la paz (como el Psalmista dice) será razón dar de mano en este tiempo á todos los negocios desasosegados y congojosos, porque pues el lecho deste Esposo celestial es florido (como la Esposa dice en los Cantares) no lo tengamos por otra parte lleno de los abrojos y espinas de semejantes pensamientos. Y si la necesidad nos obligare á tratar estos negocios, sea con tal tiento y discreción, que no se nos trabe el corazón dellos, y así nos impidan la paz y sosiego del ánima.

Y en estos mismos días conviene que se dé más tiempo á todos los espirituales ejercicios de meditaciones y oraciones: porque éste es el encienso con que ha de estar perfumada la casa en que se ha de aposentar este huésped celestial. Y particularmente convendrá ocupar nuestro pensamiento estos tres días en aquellas tres maneras de consideraciones que arriba pusimos, para despertar en nuestras ánimas temor, amor y hambre deste pan celestial. Y en estos mismos días podemos también hacer oración á la Santísima Trinidad, cada un día á una de las tres Personas Divinas, para que nos den aquella pureza y gracia que para esta santísima Comunión se requiere. Y particularmente podemos recorrer á la sacratísima Virgen nuestra Señora, suplicándole que por aquella devoción con que ella concibió en sus entrañas virginales al Hijo de Dios, y lo recibió en sus brazos después que nació, nos alcance gracia para que dignamente le recibamos nosotros en nuestras ánimas. Y supliquémosle también que por

aquella devoción con que ella después de la subida de su Hijo al cielo comulgaba y recibía su sacratísimo Cuerpo, nos alcance amor y gracia con que nosotros también así le recibamos. Donde (pidiendo esto) será bien que consideremos la fe, la devoción, el amor, las lágrimas y el alegría con que esta sacratísima Virgen comulgaría y recibiría el cuerpo de un hijo tan amado y tan deseado, cubierto con el velo de aquellas especies sacramentales, entretanto que se dilataba la vista clara de su hermosura. Porque quien considerare la alteza de la fe y amor desta Virgen, esto es, con cuán grande firmeza y certidumbre creía que en aquel pan consagrado estaba el preciosísimo cuerpo de su Hijo, y cuán grande era el amor que le tenía, y el deseo de verlo y abrazarlo en sus entrañas, no podrá dejar de entender algo del alegría y de las grandes maravillas y sentimientos que en aquel santísimo corazón habría al tiempo que comulgaba. Pues desta devoción le pidamos una centella, porque ésta bastará para llegarnos como debemos á este convite.

La noche antes de la Comunión será bien excusar la cena, si fuere posible, ó á lo menos procurar que sea muy templada y sin conversaciones de sobre mesa, porque así sea el sueño más quieto y más puro, y también para que haya más aparejo para gastar un pedazo de aquella noche en estos y otros semejantes ejercicios, con que el ánima se apareje para la fiesta del día siguiente.

Y cuando se fuere á acostar, sea con el mismo cuidado y pensamiento, suplicando al Señor le guarde aquella noche de las figuras y asechanzas del enemigo, para que con mayor pureza de cuerpo y ánima se llegue á él. Y cuantas veces despertare, sea con este mismo pensamiento y oración con que se acostó. Y á la mañana, apenas ha de haber abierto los ojos, cuando ya esté abrazado con la cruz de Cristo y con la memoria de su pasión, en la cual señaladamente nos habemos de ocupar en este día, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz, y puso sus espaldas á recebir los azotes que nuestros hurtos merecían, y también la caridad con que en esta mesa se ofrece á todos para remedio común de nuestros males. Porque pues este Sacramento fué instituído en memoria de la pasión de Cristo, éste es el principal pensamiento que debe haber de nuestra parte, para que así cumplamos en esto con la intención del testador.

DE LO QUE SE DEBE HACER AL TIEMPO DE LA COMUNIÓN Y DESPUÉS DELLA

CAPÍTULO VII

Declarado pues ya lo que se debe hacer antes de la Comunión, digamos agora en breve lo que se debe hacer al tiempo del comulgar y después de haber comulgado.

Pues al tiempo del comulgar, cuando ya te quieres llegar al altar, haz cuenta que suena en tus oídos aquella voz del Evangelio que dice: Ya viene el esposo, salid á recebirlo. Porque verdaderamente en ningún otro sacramento se muestra Dios tan á la clara ser esposo de nuestra ánima, como en éste, pues el efecto dél es unir la tal ánima consigo, y hacer de ambos una misma cosa, que es un matrimonio espiritual. Pues para salir á recebir á este Esposo, es necesario mirar atentamente de la manera que él viene, para que conforme á ésa le salgas tú á recebir. Él, pues, viene á ti lleno de caridad, de suavidad, de bondad y de misericordia, diciendo que con deseo ha deseado celebrar contigo esta pascua, en la cual se come el cordero pascual. Tú pues, por el contrario, estás obligado á salirle á recebir con toda la devoción, amor, temor y alegría que te fuere posible, pues vas á recebir al verdadero esposo de tu ánima, á tu Dios, tu Criador, y tu Señor, y todo tu bien. Para lo cual debes considerar la grandeza de la devoción y alegría con que aquel santo Simeón recibió al niño Jesús en sus brazos cuando la Virgen se lo ofreció (para cuya vista solamente deseaba la vida) porque esa misma es razón que tenga el que se llega á recebir por medio deste Sacramento al mismo Señor. Mira también la devoción y alegría con que la madre del santo Baptista recibió á la deste Señor en su casa, cuando dijo aquellas palabras de tanta devoción: ¿De dónde á mí tan grande bien, que la madre de mi Señor venga á mi casa? porque con esa misma es razón que recibas tú á este Señor, diciendo con esa santa mujer: ¿De dónde á mí tan grande bien, que vos, Señor de los ángeles y gloria del cielo, queráis venir á mí? ¡Oh

Padre, oh Pastor, oh Señor, oh Dios mío, oh todas las cosas, que no contento con haberme criado á vuestra semejanza, y redemido con vuestra sangre, sobre todo esto queráis agora venir á mí, y morar en mí, y transformarme en vos, y hacerme una cosa con vos, como si vos dependiésedes de mí, y no yo de vos! ¿De dónde esto, Señor, á mí? ¿Por ventura por mis merecimientos, ó porque ganáis vos algo comigo? No por cierto, Señor, sino por vuestra sola bondad y misericordia, por la cual holgáis vos más de estar comigo que yo con vos. Porque yo deseo á vos como miserable, mas vos á mí como misericordioso: yo á vos, para tener quien me dé, y vos á mí, para tener á quien dar. Y porque más deseáis vos dar que yo recebir (porque sois vos más bueno que yo necesitado) de aquí es que más holgáis vos de venir á mí, que yo á vos, y por eso dijistes que vuestros deleites eran estar con los hijos de los hombres, porque así como el deleite natural del ave es volar y del pece nadar, así el deleite natural del sumo bien es hacer bien y comunicarse á todos.

En estos y otros tales pensamientos debe de ocupar el hombre su corazón antes que reciba, y después de haber recebido este huésped celestial, para cebar con ellos la devoción que para esto se requiere. Mas porque este esposo es de grande dignidad y muy amigo de que su esposa sea vergonzosa, por tanto conviene que esta devoción y alegría vaya mezclada con grande reverencia y humildad, considerando la dignidad del que se recibe, y la indignidad de quien lo recibe. Porque esto es cumplir lo que dice el Psalmo: Servid al Señor con temor, y alegraos delante dél con temblor. Para lo cual será bien acordarnos de aquellas tan grandes amenazas con que Dios mandó prevenir á su pueblo al tiempo que daba la ley, sobre que nadie fuese osado llegar al monte donde Dios hablaba, ni hombre, ni bestia, ni ganado, so pena de que por ello fuese luego apedreado. Al mismo Aarón (con ser sumo sacerdote escogido por Dios) y otros hombres de los más principales, á quien dió licencia que subiesen al monte, mandó que adorasen de lejos y que no se acercasen á él, sino solo Moisén. Pues considerando esto, encójase el hombre dentro de sí mismo, y abájese en su corazón hasta el polvo de la tierra y hasta los abismos, cuando llega á recebir dentro de su cuerpo y ánima un Señor de tan gran majestad.

§ II

Después que hubiere recebido esta sagrada hostia, deténgala un poquito en la boca, hasta que se humedezca, porque así la pueda más fácilmente pasar: porque si esto no se hace, muchas veces acaece pegarse al paladar, y poner tanto cuidado en despegarla, que por atender á esto, deja el hombre de pensar en lo que aquel tiempo requiere.

Y procure de no escupir luego después de haber comulgado, si no hubiere especial necesidad: y esto sea en lugar honesto y limpio, donde no se pueda hollar.

Ni debe comer luego acabada la comunión, porque aunque esto no sea pecado, no deja de ser irreverencia, estando aún las especies sacramentales enteras en el pecho, cargarlas luego de otros manjares, mayormente que aquel tiempo que se sigue después de la comunión, es el mejor que hay para negociar con Dios y para abrazarle dentro de su corazón. Y así debe el hombre estar este tiempo en la iglesia, ó donde comulgó, dando gracias al Señor por este beneficio, y ocupando su corazón en santos pensamientos y oraciones, que para esto se ponen adelante en el quinto tratado.

Y en ninguna manera haga lo que hacen muchos, que es, acabando de comulgar, ir luego á parlar y reir con otros. Esto tengo por un grande desacato, y digno de muy grave reprehensión: porque, ¿qué más mala crianza puede ser, que acabando de recebir un tal huésped en vuestra casa, le volváis luego las espaldas, y le dejéis con la palabra en la boca, y os vais á parlar con otros?

Y demás desto dice el cardenal Cayetano que este Sacramento comunica su virtud al ánima que lo recibe, no sólo cuando actualmente lo recibe, sino por todo aquel tiempo que las especies sacramentales están enteras en el pecho del hombre, para que aquí se pueda también decir aquello que el Señor dijo: Mientra estoy en el mundo, lumbre soy del mundo. Y si esto es así (como este doctor presupone) hay mucha razón para que por todo este espacio esté el hombre muy recogido y devoto para que así se le comunique con mayor abundancia esta gracia celestial, pues (como arriba dijimos) este Sacramento óbra conforme á la disposición que en las ánimas halla. Y porque las principales puertas por

donde muchas veces se nos entran las influencias del Espíritu Santo, son el entendimiento y la voluntad, dando al entendimiento mayor luz, y á la voluntad mayor sentimiento de las cosas de Dios, no es razón que estas dos tan principales puertas estén cerradas en este tiempo, lo cual hace quien de propósito se divierte entonces á otras cosas. Y pues éste es uno de los principales frutos de la sagrada Comunión, y uno de los mejores bocados desta mesa, muy fuera de razón es que estando ya hecha la costa, y recebido este divino manjar, se despida el hombre al tiempo que había de estar abriendo los senos de su ánima, y recibiendo el fruto de su aparejo y del Sacramento.

Y si me preguntas en qué podrás mejor ocupar este tiempo, digo que en alabanzas y ejercicios de amor de Dios. Porque (como dice San Bernardo) aquí son los abrazos, aquí los besos de paz más dulces que todos los panales de miel, y aquí finalmente es la dulce unión del ánima con el Esposo celestial. Por tanto, aquí principalmente ha lugar el ejercicio de aquellas santas aspiraciones que no son otra cosa que actos de caridad y deseos entrañables de aquel sumo bien, cuales eran los del Profeta cuando decía: *Diligam te, Domine, fortitudo mea*, etc. Y cuando decía: *Sicut cervus desiderat ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus*, etc.

Aquí también conviene dar gracias al Señor por todos sus beneficios, y señaladamente por éste, en el cual se nos da el mismo dador y Señor de todos los bienes. Y porque mejor entiendas la obligación que á esto tienes, acuérdate de aquel mandamiento que mandó Dios á Moisén, cuando después de haber enviado el manna á los hijos de Israel, le dijo que tomase un vaso de oro, y lo hinchese de manna, y lo pusiese dentro del Arca del Testamento, y que estuviese allí guardado perpetuamente, para que supiesen todas las generaciones advenideras con qué linaje de manjar había él sustentado á sus padres cuarenta años en el desierto. Pues dime agora, ¿qué comparación hay entre aquel manna (que era manjar corruptible) y este santísimo Sacramento, que es manjar de vida perdurable? Pues si tal agradecimiento y memoria pedía Dios por aquel manjar corruptible, ¿qué pedirá por éste, que es manjar de vida, y vida eterna? No se puede esto explicar con ningún género de palabras.

En este mismo día también debe tener el hombre sobre sí la

guarda que pide una tan solene hospedería como es haber recebido dentro de sí á Dios. Y si el profeta David decía que tenía reverencia al lugar en que habían estado los pies de Dios, razón será que este día tenga el hombre una manera de reverencia á sus pechos, en los cuales recibió al mismo Dios. Mas esta reverencia se ha de enderezar á que por aquel día no éntre en ellos cosa que no sea de Dios, en cuanto nos sea posible. Y en este mismo día señaladamente conviene tapar la boca del horno, porque no se nos salga fuera el calor de la devoción que el fuego del amor de Dios hubiere dejado en él, pues sabemos cuán delicado es el espíritu de la devoción, el cual ligeramente se va, y no vuelve sino con mucha dificultad. Desta manera este santo Sacramento nos será causa de andar todos estos días recogidos, así antes como después de la Comunión. Por donde así como el sol alumbra y esclarece el mundo, no sólo cuando sale, sino también una hora antes que salga, y otra después de puesto, así el Sol de justicia (que en este Sacramento se encierra) no sólo esclarecerá nuestras ánimas cuando le recibiéremos, sino también antes y después de haberle recebido, lo uno con la esperanza del recebimiento, y lo otro con la memoria del beneficio recebido.

Para ayudar á todo esto se ponen algunas oraciones y meditaciones en el tratado quinto deste Memorial, las cuales podrán ayudar mucho, si el hombre las leyere con toda la devoción y recogimiento que le sea posible, sintiendo lo que dice, y deteniéndose en lo que mejor le supiere.

DEL USO DE LOS SACRAMENTOS
Y DEL PROVECHO QUE SE RECIBE CON LA FRECUENCIA DELLOS

CAPÍTULO VIII

Dicho ya de la manera en que nos habemos de aparejar para este santísimo Sacramento, digamos agora brevemente del fruto que del uso de los sacramentos se nos puede seguir, si dignamente los frecuentamos.

Pues para esto es de saber que no son otra cosa los sacramentos de la ley de gracia sino unas canales del cielo, por don-

de corren las gracias del Espíritu Santo, las cuales originalmente nacen de la fuente del costado de Cristo.

Y por tanto, el que se llega á comulgar (como dice San Crisóstomo) ha de hacer cuenta que pone la boca en la llaga deste precioso costado, y que de allí bebe agua de vida. Medicinas son, y remedio de nuestra flaqueza, la cual conocía muy bien aquél que fué enviado al mundo para remedio della, y así supo muy bien ordenar lo que para esto le convenía. Porque no era razón que habiendo tantas maneras de medicinas para curar nuestros cuerpos, no hubiese también medicinas para curar las ánimas, pues ni están menos sujetas á enfermedades que ellos, ni va menos en la cura dellas, sino tanto más cuanto son de mayor precio que ellos. Porque de otra manera, hiciéramos á Dios (como dicen) allegador de la ceniza y derramador de la harina, si habiendo proveído de tantas maneras de remedios para los males del cuerpo, no proveyera de otros tantos para los males del ánima. Pues para este fin fueron instituídos los sacramentos de la ley de gracia, que como ley perfecta, era razón que proveyese enteramente de todo lo que era necesario para nuestra salud. Y por esta causa son muchos los sacramentos, porque son también muchas y diversas las dolencias de nuestras ánimas.

Y no sólo ayudan para esto los sacramentos por su parte, sino también lo que nosotros hacemos por la nuestra para dignamente recebirlos. Porque el que se va á confesar, primeramente se acusa de lo pasado, y se arrepiente de lo hecho, y se humilla ante los pies del vicario de Cristo, y pide perdón de sus yerros, y propone la emienda dellos, y allí finalmente es recebido de Dios, y por mano de la Iglesia reconciliado con él. Lo cual todo nos ayuda grandemente á traer la vida concertada. Porque trae el hombre cuenta con su conciencia, habiendo tan á menudo de darla, como quien camina por entre dos vallados (que no puede desviarse á una banda ni á otra) andando con cuidado de sí mismo por razón de la confesión pasada y también de la venidera, no se osa tan fácilmente desmandar en cosas malas.

Para esto, pues, ayuda mucho el sacramento de la Confesión, cuya necesidad verían claramente los hombres, si estimasen siquiera en tanto las cosas espirituales como estiman las corporales. Si no, dime, ¿por qué es menester escardar continuamente la huerta, y barrer la casa cada día, y lavar la camisa cada sema-

na, sino porque cada cosa déstas ordinariamente se ensucia? Pues si viviendo en este mundo tan malo, es tantas veces amancillada la pureza de nuestra ánima, ¿por qué no procuraremos que haya para esto ordinario remedio, pues es tan ordinario el peligro? ¿Por qué no se lavará cada semana el ánima, como se lava la camisa, pues va tanto más en la limpieza de lo uno que de lo otro, cuanto vale más nuestra ánima que nuestra vestidura?

Vemos otrosí cuán ordinario es el cuidado que tienen los que navegan, de acudir á la bomba del navío á vaciar el agua que siempre coge, mayormente en tiempo de lluvia, porque á no hacer esto así, tomaría el navío tanta agua, que se fuese á hondo y se perdiese. Pues si son tan ordinarios los pecados veniales que cada día hacemos (los cuales son como gotas de agua que caen en el navío de nuestra ánima) y éstos disponen para los mortales, con los cuales se hunde este navío, ¿no será razón acudir siempre al remedio destos pecados menores para no caer en los mayores, con que todo se pierda?

Vemos otrosí cómo muchas veces provee la naturaleza en los cuerpos llenos de malos humores, de alguna fuente ó de algún otro desaguadero por do se purguen, con lo cual suelen vivir sanos los que de otra manera apenas pudieran vivir. Y por esto los médicos no quieren cerrar estas fuentes (aunque puedan) por no quitarles este remedio. Pues lo que en este caso inventó la naturaleza para remedio de los cuerpos, inventó la divina gracia para el de las ánimas, para que pues dentro dellas se crían tantos malos humores de pecados, hubiese este remedio para purgarlos, que es la fuente de la confesión, por do purgan las ánimas todo cuanto mal se cría en ellas.

De los efectos del sacramento de la Comunión.

§ I

DESTA manera pues se purgan y cobran salud las ánimas por el sacramento de la Confesión: mas esta salud y vida conserva el de la sagrada Comunión, el cual por eso fué instituído en especie de mantenimiento, porque así como es proprio del

mantenimiento sustentar la vida corporal, así lo es deste Sacramento sustentar la espiritual, que consiste en caridad, para que no desfallezca esta virtud con las grandes contradiciones que en este mundo padece. Por lo cual dijo el Señor que su carne era verdadero manjar, y su sangre verdadero beber. Sobre las cuales palabras dicen comúnmente los doctores que todos los efectos que óbra el mantenimiento corporal en los cuerpos, óbra espiritualmente este divino manjar en las ánimas. Porque él nos sustenta en la vida espiritual, deleita el gusto interior, rehace las fuerzas sobrenaturales, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo, y hácele crecer cada día hasta su debida perfeción, si por su culpa no queda.

Y si preguntares, ¿cómo es posible que una sustancia y comida corporal obre un efecto tan espiritual como es conservar y acrecentar la caridad, y sustentar al hombre en vida espiritual? A esto se responde que la causa desto es la virtud sobrenatural de los sacramentos, los cuales Dios instituyó para remedio de nuestra flaqueza, y quiso que debajo de señales y formas corporales y visibles obrasen efectos invisibles, como se ve claro en el agua del santo Baptismo, la cual lavando exteriormente el cuerpo, lava interiormente el ánima y la pone en estado de gracia. Pues lo mismo hace este divino Sacramento en su manera, por la parte que es sacramento, y el mayor de los sacramentos. Mas sobre todo esto tiene aún dos ventajas muy grandes sobre todos ellos, por donde más altamente óbra esto. La una es, que en él juntamente con la carne de Cristo está el mismo Cristo, que es el Verbo eterno de Dios vivo, y vida de todas las cosas, el cual por medio deste Sacramento entra en el ánima del que comulga, y en ella óbra este efecto tan admirable como es darle vida espiritual. Por donde así como el médico que quiere curar el enfermo con algunos polvos medicinales, los junta con un poco de agua destilada, y se la da á beber, para que el agua, que es líquida, lleve la medicina por todas las venas del cuerpo (donde ha de hacer su operación) así también ordenó aquel médico celestial de juntar el Verbo divino con esta carne humana, para que entrando él por este medio en los hombres, que son de carne, obrase en ellos esta manera de salud y de vida.

Y demás desto, no sólo el Verbo divino por sí, mas también la misma carne que él ayuntó á sí, participa esta misma virtud, y

así ella también (por medio dél como instrumento suyo) es causadora de vida, según que arriba declaramos.

Y por esta causa el Salvador, acabando de resucitar la hija de aquel príncipe de la sinagoga, le mandó dar de comer, para que la vida que él le había dado con su virtud, se conservase con el mantenimiento, dándonos en esto á entender que así también conviene que á las ánimas que han resucitado ya por virtud de Dios (que óbra en el sacramento de la Confesión) se administre este divino manjar, para que la vida que se recibe por el un sacramento, se conserve por el otro. En lo cual se ve cuán necesarios sean estos dos sacramentos para la vida espiritual, el uno para que la dé, y el otro para que la conserve. Por lo cual debe el que desea alcanzar esta vida, muchas veces confesar, y el que conservarla, comulgar.

Y por ser tan pocos el día de hoy los que esto hacen, son tantos los que espiritualmente mueren: y por esto mismo está tan apagada la llama de la caridad (en que esta vida consiste) por ser tantos los que no se aprovechan destos defensivos y remedios que Dios para esto nos ordenó. Porque (como dijo muy bien el cardenal Cayetano) la caridad en este mundo está fuera de su lugar natural (que es el cielo) donde teniendo el sumo bien presente, arde sin cesar en el amor dél. Mas en este mundo está como extranjera y peregrina y como fuera de su lugar natural (donde tiene mil cosas que le son contrarias) por lo cual tiene necesidad de grandes reparos y defensivos para haberse de conservar. Vemos que una gota de agua echada en la mar dúra para siempre, porque está en su elemento, donde se conservará con toda la otra agua, que es como ella: mas derramada en la tierra, fácilmente se seca, por la sequedad natural del elemento en que está, que le es contraria. La ciudad otrosí asentada en el corazón y medio de un reino, segura está de los enemigos, y no tiene necesidad de gente de armas ni de guarnición para conservarse: mas la que está en frontera dellos, si no estuviere muy pertrechada y guardada y velada, á la hora se perderá. Pues en este mismo peligro está la caridad en esta vida, donde está fuera de su lugar natural, y donde tiene muchos enemigos, contra los cuales proveyó aquel soberano Emperador (que tan bien entendía esto) del reparo deste santísimo Sacramento: del cual se pueden muy bien entender aquellas palabras del Psalmista, que dicen: Aparejaste,

Señor, delante de mí una mesa, la cual me da virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen. Pues si todos estamos sujetos á los combates destos enemigos, ¿qué haremos sin el socorro desta mesa que Dios para esto nos aparejó? ¡Ay de aquéllos (dice San Bernardo) que son llamados para obras de fuertes, y no comen manjar de fuertes! Pues ¿quién son los llamados para obras de fuertes, sino los que el día que fueron baptizados se declararon por caballeros de Cristo y por enemigos de Satanás y de todas sus pompas? ¿Y cuál es el manjar que da fortaleza contra estos enemigos, sino este santísimo Sacramento, de quien dice San Crisóstomo que hace leones (que echan fuego por la boca) á los que se llegan á él? De aquí es que donde (según nuestra trasladación) dice David, pan de los ángeles comió el hombre, traslada San Hierónimo, pan de los fuertes comió el hombre: porque tal es por cierto el Sacramento que por este manjar es figurado.

Pues siendo esto así, con mucha razón llora este Santo á los que siendo llamados para esta cuotidiana batalla, y no teniendo otras mejores armas que éstas para ella, no quieren aprovecharse dellas. De lo cual ¿qué se puede seguir sino la caída y muerte de tantas ánimas como vemos? Porque en los tiempos pasados con la virtud deste Sacramento (que tan continuadamente se administraba) prevalecían los cristianos contra todas las furias y rabias de los tiranos, y daban de buena gana la vida por la justicia: mas agora es tan grande nuestra flaqueza, que apenas damos un paso por ella. Pues el que en medio de tantas muertes y peligros desea remedio, lléguese á esta mesa celestial, susténtese con este pan de fuertes, y trabaje por seguir, no los errores de los presentes, sino los ejemplos de los pasados, si quiere pelear legítimamente, y ser coronado con ellos.

Responde á las objecciones de algunos negligentes.

§ II

Los hombres carnales y amigos de vivir á su voluntad dicen que para qué es tanta confesión y comunión, que basta confesar una vez en el año, como lo manda la Iglesia. Éstos no tienen conocida ni la dolencia de la naturaleza humana, ni la virtud desta

celestial medicina, ni la necesidad que della tenemos. Si el hombre una sola vez en el año enfermase, una sola vez bastaba usar destos remedios. Mas si todas la vida del hombre es una tela perpetua de enfermedades, si tantas veces nos fatiga el ardor y fuego de la codicia, y la hinchazón de la soberbia, y las postemas de la envidia, y la lepra de la lujuria, y las llagas encrudecidas de nuestros odios, y el hastío de las cosas espirituales, y la hambre canina de las carnales, ¿cómo queremos acudir al cabo del año á males tan cuotidianos, y con remedios tan tardíos? Muy flacas suelen ser las medicinas cuando caen sobre llagas afistoladas. Porque aunque el sacramento de la Confesión cure del todo los pecados, mas no quita del todo las raíces dellos, que son los malos hábitos en que estamos envejecidos y acostumbrados, que son dificultosísimos de curar.

¿Cuál es otrosí el hombre que cuando la casa arde, ó los enemigos baten el muro, espera por el fin del año para proveer de remedio? Pues si la carne arde con tantas llamas de codicias cuantos apetitos tiene desordenados, y si los demonios (que son nuestros capitales enemigos) baten continuamente los muros de nuestro corazón, contra los cuales no hay otro más poderoso remedio que el de los sacramentos, ¿cómo aguardamos á usar deste remedio al cabo del año, siendo el peligro tan cuotidiano? Sin duda quien esto hace, ni sabe estimar la dignidad de su ánima, ni entiende la malicia y perversidad de su carne, ni conoce la virtud y eficacia de los sacramentos, ni el fin para que fueron instituídos, pues es cierto que no menos fué instituído el sacramento de la Confesión para curar las ánimas y el de la Comunión para sustentarlas, que la medicina para curar los cuerpos enfermos, y el pan para mantenerlos.

Y si dices que al cabo del año lo perdona Dios todo, ¿qué me dices de la tiranía de la mala costumbre que se queda arraigada en tu ánima? ¿Qué me dices de las ofensas de Dios, que pudieras haber excusado, que pesan más que la pérdida de mil mundos? ¿Qué me dices de los otros pecados que se seguirán dese pecado, pues dice San Gregorio que el pecado que no se cura con la penitencia, luego acarrea otro con su misma carga? Pues ¿cuánto mejor consejo fuera prevenir las llagas, que curarlas después de hechas? ¿Cuánto sería mejor á la mujer casada no cometer adulterio, que perdonarla su marido después de cometido?

Y dado caso que la Iglesia no nos obligue á comulgar más que una sola vez en el año, pero esto hizo como piadosa madre, que no quiso dar ocasión de comulgar indignamente á los flacos, ó de quebrantar su mandamiento dejando del todo de comulgar, como hacen algunos, y por esto no quiso hacer ley más que desta sola vez, por amor destos flacos, dejando por otra parte la puerta abierta y la mesa puesta todo el año para los devotos.

Otros hay que entienden esto, y conocen por experiencia la virtud de los sacramentos, mas dejan de recebirlos á menudo por vergüenza del mundo. Éstos parece que son como aquellos fariseos de quien dice San Juan que conocieron á Cristo, mas no lo osaron confesar por miedo del mundo: de los cuales dice él que amaron más la gloria de los hombres que la de Dios. Decidme pues, si vos confesáis que este santo Sacramento fué ordenado y encomendado por Cristo, ¿que otra cosa es tener vergüenza de recebirlo, sino tener vergüenza de parecer buen cristiano y dicípulo de Cristo? Ese mismo temor padeció San Pedro cuando negó á Cristo (porque tuvo temor y vergüenza de parecer dicípulo suyo) y por eso se dice que le negó. Pues agora ya reina en el cielo, y es adorado del mundo, y con todo eso se afrentan los hombres de hacer cosas con que parezcan dicípulos suyos. ¿Cuál es (dice Salviano) la honra que tiene Cristo entre los cristianos, cuando parecer uno muy suyo es caso de menos valer? ¿A dónde pueden más llegar los males del mundo, que á tenerse la religión y la virtud por deshonra, siendo ella sola merecedora de honra, y para quien todas las leyes divinas y humanas diputaron la honra?

¿Dícesme que te retraen deste misterio las voces y clamores del mundo? Pues ¿cómo? Si tú confiesas que entre los tres enemigos y perseguidores que nuestra ánima tiene, uno de los principales es el mundo, el cual persiguió á Cristo, y persiguió á los apóstoles, y á los profetas, y á todos los santos, ¿qué caso debes tú hacer de quien esto hizo, y de quien así está pregonado y declarado por enemigo tuyo? ¿Quién jamás tuvo por seguro el consejo de su enemigo, y enemigo que siempre le hace guerra mortal?

Pues si este enemigo por una parte te retrae destos misterios, y por otra te llama Cristo á ellos diciendo: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré de comer, siendo esto así, ¿á cuál destas voces será más razón de acudir? Si llamándonos Cristo y el mundo, acudimos al mundo y dejamos á

Cristo, ¿cómo nos podemos llamar siervos de Cristo? Porque de aquél es el hombre siervo, cuya voluntad hace, y á quien desea contentar. Y así dice el Apóstol: Si á los hombres desease agradar, no sería siervo de Cristo. Y si nos llamara el mundo para descanso, y Cristo para trabajo, alguna manera de excusa pudiéramos tener. Mas no es así, sino de la manera que lo representa San Augustín por estas palabras: El mundo clama, Yo desfallezco: Cristo dice, Yo esfuerzo: y con todo eso la miserable de mi ánima más quiere seguir al que desfallece, que al que nos esfuerza.

Dime otrosí, ¿qué te hacen esas voces del mundo? ¿Qué te dan? ¿Qué te quitan? Muchas veces somos como bestias espantadizas, que tememos las sombras y cosas de aire. El amor proprio es el artífice destos temores, que quiere tener tan seguros sus provechos, que no solamente recela los peligros verdaderos, sino también los imaginados. Mas ya que hubiese que temer, y las persecuciones de los hombres bastasen para sacarnos sangre, ¿por qué no pasaríamos este poco de trabajo por gozar de tan grande bien? ¿Caro te parece este bocado por este precio? El oso que va abrazado con la colmena, no se le da nada que por todas partes le piquen las abejas, por gozar de la miel que lleva. Pues llevando tú contigo una colmena llena de tantos bienes como es esa hostia consagrada, y un panal de miel tan suave como es la consolación deste divino manjar, ¿por qué no sufrirás esas picaduras de las lenguas maldicientes, por gozar de tal bocado?

Otros hay aún no menos culpados que éstos, los cuales por pereza de aparejarse para este Sacramento dejan de recebirlo, y de recebir á Cristo en él, que es todo nuestro bien. Pues ¿cómo tan pequeño te parece este tesoro, que se te hace caro pasar ese poco de trabajo por él? Mira, ruégote, en cuán diferente estima lo tenía el bienaventurado mártir Ignacio, el cual en una carta suya dice así: Fuegos, cruces, bestias, despedazamientos de miembros, y todas las penas del mundo, y las que puedan inventar los demonios, carguen sobre mí, con tanto que merezca yo gozar de Cristo. Pues si este Santo se ponía á todos los martirios de los demonios por gozar de Cristo, que es el que se te da en este Sacramento, ¿por qué no te pondrás tú á tan poco trabajo como es confesarte y encomendarte á Dios, para gozar deste mismo tesoro? ¿Qué mayor locura que dejarse el hombre morir de hambre, por no extender la mano á tomar el manjar que tiene

delante? Esconde (dice el Sabio) el perezoso la mano en el seno, y parécele gran trabajo llevarla á la boca. Pues ¿qué cosa puede ser más reprehensible, ni aun abominable, que ésta? ¿Qué excusa tendrá ante Dios en la hora de la cuenta quien así despreció el remedio que se le ofrecía tan de gracia, por tan pequeña carga?

Ni tampoco se deben excusar las personas so color de reverencia, diciendo que por eso quieren comulgar de tarde en tarde, por comulgar con mayor reverencia. Para lo cual debes saber que una de las maravillas deste Sacramento (entre otras muchas) es que comoquiera que entre los hombres la mucha conversación sea causa de menosprecio, aquí no es así, cuando este Sacramento dignamente se recibe. Porque como en él se da gracia, mientra más á menudo se recibe, más gracia se da, y cuanto más crece la gracia, más crece el amor, y el temor, y la devoción, y la reverencia, y todas las otras virtudes que della proceden, que son los principales aparejos que para este Sacramento se requieren. De lo cual todo carece el que menos veces le recibe, y así le recibirá con menor devoción.

Esto mismo también se prueba por la diferencia que San Gregorio pone entre el gusto de los deleites espirituales (cual es el deste manjar celestial) y el de los mundanales ó sensuales: la cual es, que los gustos y deleites sensuales, cuando no se tienen, causan deseo, mas después de alcanzados, hastío (como se ve claro en el hombre hambriento y en el harto) mas por el contrario los espirituales, cuando no se tienen, no se desean, porque no se conocen: mas después de alcanzados y gustados, cuanto más se poseen, más se desean y más hambre causan, según aquello que la Divina Sabiduría protestó, diciendo: Los que comen de mí, tendrán más hambre, y los que beben de mí, tendrán más sed. Pues si el deseo y la hambre deste pan celestial es uno de los principales aparejos que se requieren para él, y este deseo crece con el gusto y experiencia dél, claro está que mientra más á menudo se recibiere, más se deseará, y así más dignamente se recibirá. De lo cual se infiere claramente que tanto más dignamente comulgará el hombre, cuanto más á menudo comulgare. Mas los que dilatan esto mucho tiempo, como por una parte carecen deste socorro, y por otra cargan de pecados por falta dél, de aquí nace que mientra más tardan en recebirlo, menos dignamente le reciben.

Y si alegas que eres pecador y flaco, y por eso indigno desta comida, á esto digo que (no estando en pecado mortal) por esa misma razón te debrías llegar por la cual te desvías. Porque este Sacramento es perdón de pecados, y mantenimiento de flacos, y medicina de enfermos, y tesoro de pobres, y remedio común de todos los necesitados. Y así fué él instituído por Cristo, no sólo para que fuese manjar de vivos y fortaleza de sanos, sino también para que fuese medicina de enfermos y resurreción de muertos. Por lo cual dicen los santos que muchas veces por virtud dél se hace el que lo recibe, de atrito contrito, que es como si dijésemos, de muerto vivo.

Acuérdate también que comía Cristo con publicanos y pecadores, y que á los que deste convite murmuraban, respondió diciendo: No tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos: y, no vine yo á llamar los justos, sino á los pecadores.

Bueno es retraerse deste Sacramento por temor, y bueno es llegarse por amor: porque lo uno y lo otro es honrar á Dios. Mas (como Santo Tomás determina) mejor es llegarse por amor que retirarse por temor, porque absolutamente hablando, mejores son las obras del amor que las del temor. Conforme á lo cual leemos que David, como vió muerto á Oza, por la irreverencia que cometió contra el Arca del Testamento, no osó hospedarla en su casa, sino mandóla depositar en casa de Obededón. Mas después que supo cómo el Señor había prosperado la casa de su huésped con abundancia de bienes, esforzado más con este buen suceso que atemorizado por aquel castigo, determinó de llevarla á su casa, y no le engañó su esperanza.

CUÁL SEA LA CAUSA DEL POCO GUSTO Y DEVOCIÓN QUE ALGUNOS TIENEN CUANDO CELEBRAN Ó COMULGAN

CAPÍTULO IX

ACERCA de lo dicho se podrán preguntar algunas cosas, á las cuales será necesario responder. Entre las cuales la primera es, cuál sea la causa por donde muchas personas que celebran y comulgan á menudo, no sienten en sus áni-

mas aquel gusto y consolación que debrían, comiendo este pan celestial, y otras, que no solamente no sienten esto, mas ni aun parece que aprovechan en la virtud con el uso deste Sacramento, sino que se están siempre casi de una misma manera.

Pues á lo primero digo que unas veces falta esto por culpa de la persona, porque ó no se aparejó para comulgar como debía, ó no vive como es razón, y por eso no es mucho que no sienta lo que sienten los que viven mejor y van más aparejados, y así tienen más puro y sano el paladar de sus ánimas, con lo cual gustan más de las cosas de Dios.

Mas otras veces falta esta manera de consolación, no por culpa de la persona, sino por sola dispensación divina, porque así cumple á la misma persona Porque así como muchas veces no hallan los justos en la oración aquel gusto y consolación que otras veces suelen hallar, sin haber hecho por dónde lo perdiesen (porque con esto los purga Dios, y los prueba, y los ejercita, y los humilla) así también acaece lo mismo en la sagrada Comunión sin culpa dellos, mas para mayor provecho dellos.

Otras veces acaece esto por no saber los hombres buscar la devoción con la discreción que se debe buscar, como San Buenaventura lo declara por estas palabras. Acaece (dice él) algunas veces á personas espirituales que cuanto más procuran la gracia de la devoción (que llaman sensible) menos la hallan, y cuanto más priesa se dan por ella, tanto más se les aleja, como acaece en las principales fiestas del año (donde más se procura la devoción) y señaladamente cuando se aparejan para comulgar. Y muchos por esta causa se entristecen grandemente, y con una pusilanimidad de corazón juzgan que por ventura Dios no quiere que estando así lleguen á él, ó que los desecha de sí como á indignos deste Sacramento: donde viene á ser que á veces por esta causa se apartan de la medicina y remedio de su salud, que es este Sacramento.

De lo cual puede haber muchas causas, unas por culpa y otras también sin culpa del hombre, por especial dispensación de Dios. Pero cuanto toca al presente negocio, una de las más comunes es buscarse en los tales días la devoción con demasiada fuerza y vehemencia. Porque con esto parece que se quita al ánima su libertad, y se ahoga la virtud de naturaleza, cuando el hombre trabaja demasiadamente por sacar como estrujado y exprimido el jugo

de la devoción. Y si no la puede luego alcanzar como desea, entristécese y congójase por esto, y así queda más endurecido y inhabilitado para ella. De donde nace que cuanto más ahincadamente trabaja por alcanzarla, menos la alcanza y más se seca, según aquello que está escripto: El que aprieta mucho los pechos para exprimir leche, sacará sangre. Vemos que no sale tan puro el zumo de una naranja ó de otras cosas tales cuando se estrujan y aprietan con mucha fuerza, como cuando las aprietan moderadamente para que den lo que buenamente pueden dar. Pues esto mismo acaece á los que procuran la devoción. De donde nace que cuanto el corazón está más libre, tanto es más dulce y más copioso el afecto de la devoción. Y por esta causa en otros tiempos acaece hallarse el hombre más devoto que en las fiestas señaladas, porque en éstas parece que ahogamos más el espíritu con la solicitud y vehemencia deste deseo. Mas en otros tiempos, así como el deseo es más moderado, así el espíritu procede en este ejercicio con más libertad y pureza, con lo cual está más dispuesto para alcanzar la devoción que desea.

A la otra pregunta, que es, por qué algunos de los que á menudo celebran ó comulgan, no vemos tan aprovechados, no sólo en la devoción, mas ni aun en las otras virtudes, antes parece que perseveran siempre cuasi en una misma tibieza y negligencia: á esto responde un doctor que (regularmente hablando) esto suele acaecer por una de dos causas. La una, por culpa de su mal aparejo, como también dijimos de la falta de devoción. Esto es, porque no se llegan á este Sacramento con aquel fervor de caridad y hambre deste pan celestial, sino por una manera de costumbre, ó cerimonia, ó cumplimiento, ó necesidad: y después de haberlo recebido, luego abren la puerta, y sueltan la lengua y el corazón á todos sus apetitos sin razón y sin freno. De manera que ni antes que lo reciban se aparejan con tanta devoción, ni después de haberle recebido se recogen y miran por sí con tanto cuidado. Por lo cual no es mucho que así como se llegan ayunos á esta mesa, así también se despidan della, ó á lo menos con muy poco fruto, por haber sido tan flaco su aparejo. Lo cual se confirma por lo que al principio deste tratado fundamos, conviene saber, que todas las causas obran conforme á la disposición que hallan en los sujetos: y así este soberano Sacramento (que es fuente de todas las gracias) óbra también según la disposición que halla

en las ánimas, y así óbra menos en las que están menos bien aparejadas.

La otra causa es por razón de algunos defectos y pasiones ocultas y mal mortificadas que los hombres tienen en sus ánimas, las cuales los arrebatan y llevan en pos de sus apetitos, y así les son grandes estorbos é impedimentos de su aprovechamiento, como son, la demasía del amor proprio y de la propria voluntad, y el regalo de sus cuerpos y sentidos, el cual les hace andar buscando aquí y allí diversos gustos y contentamientos, con que se derraman por las criaturas, y vierten con esto la devoción, y aun muchas veces del todo la pierden, como hace un vaso de barro mal cocido, que no retiene fielmente el licor que le encomiendan, antes lo trasvina por muchas partes, hasta que del todo lo pierde. Y particularmente acaece esto á los que se dan á pláticas y risas y conversaciones vanas, y se derraman en salidas y negocios excusados: porque todas estas cosas hacen muy mal la cama á este Esposo celestial. Noble cosa es, y muy delicada, el amistad de Dios, y no admite competidores, sino sola quiere poseer el corazón.

SI ES BUENO COMULGAR MUY Á MENUDO

CAPÍTULO X

Porque en el capítulo pasado exhortamos á la frecuencia de los Sacramentos, y señaladamente al de la sagrada Comunión, preguntará por ventura alguno cuán á menudo se deba este Sacramento recibir. La respuesta desta pregunta por una parte es muy fácil, y por otra muy dificultosa. Porque si solamente miramos á la virtud y eficacia del Sacramento, como en él esté Cristo, que es fuente de todas las gracias, y por él se nos aplique la virtud de su pasión, que es de infinito valor, claro está que si pudiésemos recebirlo infinitas veces, tantas lo debíamos recebir, pues tanto mayor gracia y mayores mercedes recibiríamos por él. Mas por otra parte, considerando la disposición y aparejo que pide este Sacramento (según la cual

comunica su virtud, como arriba se declaró, mayormente que no es éste sacramento de muertos, sino de vivos, pues el comer presupone vivir) según esta consideración, no es bien comulgar muy á menudo, sino según el aparejo que cada uno tuviere, para el cual conviene mirar muchas cosas.

Porque primeramente para esto se debe tener respecto al estado de cada uno. Que las personas que están dedicadas á Dios (como son los sacerdotes y religiosos y religiosas) más aparejo tienen (cuanto es de parte del estado) para llegarse á este Sacramento, como personas más desembarazadas de los tratos y negocios del mundo. Esto digo cuanto es de parte del estado, sin embargo de que muchas veces suple nuestro Señor la falta del estado con abundancia de gracia, la cual da él á quien quiere y como quiere, en cualquier estado que esté, como lo vemos en David, Abraham, Job y otros santos reyes y patriarcas que fueron de grande perfeción, aunque el estado no les ayudaba tanto á eso: pero ayudábalos la divina gracia, que puede más que todas las ayudas de los estados, por muy perfectos que sean.

También se debe tener respecto á que primero cumpla cada uno con las ocupaciones y cargas del estado que tiene, para que de tal manera se dé á los ejercicios espirituales, que no deje de cumplir con estas obligaciones. Porque la mujer que tiene marido y hijos á quien servir, y hijas que guardar, y casa que mantener, de tal manera se ha de dar á las cosas de devoción, que no deje las de obligación, pues las unas son de voluntad y las otras de necesidad, las unas de consejo y las otras de precepto. Y uno de los principales fundamentos de la buena vida ha de ser nunca dejar las obras de justicia por las de gracia, pues (como dijo aquel santo Profeta) más vale la obediencia que el sacrificio: y obediencia llamó todo lo que era de obligación, y sacrificio lo que de voluntad y devoción. Contra lo cual ordinariamente están inclinados los hombres: porque comúnmente más gusto tienen en las cosas que hacen por su voluntad propria, que las que hacen por la ajena. Y lo que digo de la obligación de las mujeres para con sus hijos y maridos, eso mismo digo de la de los hijos y hijas para con sus padres, mayormente cuando son pobres y viejos ó enfermos: porque servir á éstos en sus trabajos pertenece al primer mandamiento de la segunda tabla, que es la primera obligación que tenemos á los hombres después de Dios. La cual nos es

aún encomendada con el ejemplo tan antiguo y tan celebrado de las cigüeñas, que con grande piedad y cuidado sirven á los padres que las criaron, en la postrera edad. Mire pues el hombre que de tal manera se dé al uso de los Sacramentos, que no deje de cumplir con estas tan importantes obligaciones, porque de otra manera no aceptará Dios su devoción.

Lo tercero debe el hombre también mirar la costumbre en que se pone acerca del comulgar á menudo, la cual debe ser tal, que pueda en ella perseverar, y tenga aparejo para eso. Porque así como los árboles de regadío, cuando les falta el riego acostumbrado, padecen notable daño por faltarles este tan grande y tan usado beneficio (y aun á veces vienen por esto á secarse) así las ánimas acostumbradas á este pasto celestial suelen padecer notable detrimento cuando les falta este beneficio, por ser tan grande el beneficio: tanto, que algunos por esto vienen á aflojar en la vida espiritual, y aun á veces á desistir del propósito comenzado. Porque general cosa es los cuerpos flacos acostumbrados á una provechosa medicina hallarse muy mal cuando la dejan: y lo mismo acaece á las ánimas flacas cuando dejan de continuar esta tan saludable medicina por culpa suya. Por lo cual debe la persona en este caso tener también respecto á la comodidad y aparejo que tiene para la frecuencia deste Sacramento, para que se ponga en estilo que pueda siempre continuar, porque no venga á faltar en todo, cuando le faltare este beneficio.

También es razón mirar que con más libertad y menos nota pueden salir los hombres de casa que las mujeres, y correr por do quisieren á buscar los Sacramentos y los ministros dellos, y entre las mujeres, las de más edad y más ancianas que las de menos. Porque en la edad tierna y sospechosa siempre la clausura y encerramiento fué muy alabado y encomendado por todos los santos. Por donde, aun en la ley vieja, mandando Dios que todos los varones se presentasen tres veces en el año en el templo, nunca obligó á esto las mujeres, ni una vez en la vida. Porque sabía él bien el peligro destas salidas: el cual experimentó Dina, hija de Jacob, pues con una salida que salió, destruyó á sí y á toda la tierra. Por lo cual no sin causa alaba San Ambrosio á la sacratísima Virgen nuestra Señora, que estando tan de espacio en su casa, caminaba á muy gran priesa fuera della, cuando iba á visitar á Santa Isabel su parienta.

No digo esto para poner perpetua clausura á las doncellas, sino para que se habitúen todo lo posible á tratar con Dios de sus puertas adentro, y buscarle dentro de los rincones de su casa, y salir lo menos que les sea posible fuera, si no es los días que lo manda la Iglesia, ó cuando lo pide el uso deste Sacramento, recibiéndolo con esta moderación.

Esto digo generalmente hablando, porque personas hay de poca edad, en quien concurren tales circunstancias, que cesen todos estos inconvenientes, y así salgan desta regla general.

Consideradas pues todas estas cosas, debe cada uno mirar cómo le va con la frecuencia deste Sacramento. Porque si con esto se halla más devoto, más recogido, más circunspecto en sus palabras, más diligente en las buenas obras, y más solícito en la guarda de sí mismo, y más señor de la ira y de los otros apetitos y pasiones desordenadas (aunque esto no sea con grande ventaja y eminencia) argumento es que aprovecha con este Sacramento, y así debe frecuentarlo tanto más, cuanto más esto sintiere. De suerte que si mientras más lo frecuenta, mejor le va, debe en este caso húmilmente continuar lo que siente que le hace provecho. Mas si nada desto reconoce en sí, indicio es del poco fruto que saca del Sacramento, y del flaco aparejo con que se llega á él, y así parece que ó debe acrecentar el aparejo, ó diminuir la frecuencia del Sacramento.

Verdad es que algunas veces óbra este Sacramento tan secretamente, que apenas lo puede el hombre barruntar: porque la gracia comúnmente óbra (como la naturaleza) poco á poco, según parece en una planta, que no viendo cuándo crece, vemos después que ha crecido. Por lo cual no se debe el hombre en este caso fiar de sí, sino poner su causa en manos del prudente y virtuoso confesor, para que él la determine.

Mas aquí es mucho de notar que no solamente se cuenta por aprovechamiento el pasar adelante, sino también el no volver atrás, puesto caso que (como dice San Bernardo) en el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás. Pero con todo esto, más claro ve el hombre cuando vuelve atrás que cuando pasa adelante, así como más claro se vería una piedra que viene rodando con ímpetu por una cuesta abajo, que la que sube hacia arriba: porque (comúnmente hablando) el crecer es difícil, y el descrecer fácil (así como se suele decir que es más fácil derribar que edifi-

car) y así es más claro de ver. Por lo cual digo que aunque le parezca al hombre que no pasa adelante con la frecuencia deste Sacramento, mas si por otra parte ve que dejándolo de continuar vuelve atrás, cayendo en muchos defectos, y hallándose más flaco para resistir á la tentación, más tibio para la oración, más tardío para la obediencia, más perezoso para las obras de misericordia, más fácil para las risas y palabras ociosas, más prompto para la ira, más impaciente en los trabajos, y finalmente más descuidado en la guarda de sí mismo: cuando en todas estas cosas, ó en alguna dellas se halla más falto apartándose del Sacramento, y no tanto cuando lo frecuenta, argumento es que todavía aprovecha con el uso dél, porque parte es de provecho incurrir en menos daño, y no es menos necesaria la medicina que nos preserva de enfermedades, que la que nos acrecienta la salud. Lo cual es cosa de gran consolación para todas aquellas personas que no ven tan palpablemente en sí el fruto deste Sacramento.

Y dado caso que se vea muchas veces desvarar en algunos pecados veniales, no por eso se debe apartar deste Sacramento (precediendo el arrepentimiento dellos) porque como dice San Hilario, si los pecados no son mortales, no se debe el hombre apartar de la medicina del cuerpo del Señor. Mas antes esta razón nos obliga más á llegar á él, pues uno de los efectos y virtudes deste Sacramento es el remedio deste género de pecados, sin los cuales no se pasa esta vida.

Pues conforme á estos presupuestos, fácilmente podrá cada uno determinar las veces que debe llegarse á este convite celestial. Porque á unos bastará llegarse por las fiestas principales del año, á otros cada mes, á otros cada quince días, y á otros también cada semana (como San Augustín aconseja) con lo cual se debrían contentar todas las personas, por virtuosas que fuesen, si no hubiese algunas particulares causas ó circunstancias por donde esto se debiese hacer más veces: porque así como no hay regla sin excepción, así no puede establecerse cosa perpetua, que no tenga su limitación. Y deste parecer es San Buenaventura en un tratado que escribió de la Perfeción á una hermana suya, en el cual dice en sustancia cuasi todo lo que aquí habemos dicho, por estas palabras.

Si alguno desea saber cuál sea mejor, comulgar muchas veces ó pocas, paréceme que no se puede señalar en esto una regla ge-

neral para todos. Porque como sean diversos los méritos de los hombres, y diversos sus propósitos y ejercicios, y diversas también las obras del Espíritu Santo, y los estados también de cada uno, no se puede cortar una ropa que pueda venir á tantos. Y por esto, así como á los enfermos no se da siempre una misma medicina, ni en una mesma cantidad, sino según la cualidad de las personas y de las enfermedades y complexiones y tiempos y lugares así se aplica y mide la cuantidad de la medicina, así también conviene hacerse en la medicina espiritual deste santísimo Sacramento, Porque los que andan envueltos en cuidados y negocios del mundo, menos veces pueden desembarazarse para recibirlo, que aquéllos que libres de todos estos negocios, tienen dedicada su vida á los espirituales ejercicios. Y entre éstos unos hay más cuidadosos en la guarda de sí mismos y en la pureza de la conciencia que otros. Algunos también hay que son grandemente inflamados con el ardor y deseo deste santísimo misterio. Otros por el contrario padecen grandes miedos y temores cuando han de comulgar, y si no los apretase la conciencia, ó la costumbre de la religión, ó el temor de alejarse más de Dios dejando de comulgar, pocas veces comulgarían. Mas á mí parece que pocas veces se hallarán personas (sacados los sacerdotes, cuyo oficio es celebrar) á quien no baste comulgar una vez en la semana, si no hubiese alguna especial causa ó razón para esto, como es alguna enfermedad que sobreviniese, ó alguna principal solenidad, ó algún nuevo y no acostumbrado deseo de recebir aquél que solo puede templar y refrigerar el ardor del ánima que lo ama. Y porque el ímpetu de tal ardor piadosamente se puede conjeturar que es del Espíritu Santo (cuando las otras cosas concurren con él) parece que no se debe resistir al tal deseo. Lo cual se ha visto por experiencia en algunas personas, cuya vida era Cristo, de tal manera que si muchas veces no gozaban de la refeción deste pan de vida, parecía que desfallecía en ellos la misma vida corporal, como lo daban á entender claramente indicios manifiestos desta flaqueza.

Y por tanto, cosa es muy saludable que el hombre se apareje muchas veces para recibir la medicina deste Sacramento con la mayor devoción que pudiere, y después de haberlo recebido, mire por sí con todo cuidado. Lo cual señaladamente pertenece á los religiosos, que están dedicados á Dios, porque así alcan-

cen la innocencia y pureza que por este Sacramento se alcanza.

Y aunque algunas veces no se halle el hombre tan devoto, todavía (confiando en la misericordia de Dios) se debe llegar húmilmente á este pan de vida. Y si le pareciere que no es merecedor desto, debe pensar que cuanto más flaco y enfermo se hallare, tanto más le conviene buscar el médico de su salud, pues (como él mismo dijo) no tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. Ni debes pensar que te llegas tú á Cristo para santificar á él con tu santidad, sino para que él santifique á ti con la suya.

Ni tampoco se debe el hombre acobardar cuando no siente en sí aquella especial gracia de devoción que querría (cuando él hace lo que es de su parte) ó cuando en la misma Comunión ó después della no se halla tan devoto, porque muchas veces suele esto acaecer por especial dispensación de Dios, por las causas que él suele á tiempos privar á los suyos desta consolación. Todo lo susodicho es de San Buenaventura, cuyo testimonio debe ser de mucha autoridad para con todos, por ser este glorioso doctor tan señalado así en letras como en santidad y espíritu (que lo tuvo muy alto) y así escribió y supo mucho en esta materia.

Pues así por esto como por todo lo demás que hasta aquí se ha dicho, se entenderá la poca razón que tienen los que con demasiado celo, so color de reverencia, condenan y aun predican muchas veces contra las personas que frecuentan los Sacramentos: porque ya que en esto hubiese alguna demasía, hay tantos otros males en el mundo mayores que reprehender, que no debrían gastar tanto almacén en solo éste. Mayormente que mirado muy bien el negocio, mucho mayor mal es el que padece el mundo por andar tan alejado del uso de los Sacramentos, que por llegarse demasiadamente á ellos. Para cuyo entendimiento es mucho de notar que (según dice Santo Tomás) todas las virtudes morales (como consisten en el medio) necesariamente han de tener dos vicios contrarios, uno por exceso, y otro por defecto, aunque no todas veces tienen nombres conocidos. Pues así también decimos que en el uso de los Sacramentos, y generalmente en todos los ejercicios espirituales, puede haber demasía, y puede haber falta. Pues siendo esto así, si ponemos los ojos en el mayor destos extremos, hallaremos que mucho mayor mal padece el mundo por apartarse tanto de los Sacramentos, que por llegarse dema-

siadamente á ellos. Porque el yerro en esta parte, aunque sea yerro, ¿quién no ve cuánto mayor es andar los hombres arredrados de los Sacramentos, en los cuales puso Dios la medicina de nuestras llagas y el remedio de nuestras ánimas? ¿Qué es lo que hace á los hombres andar tan perdidos y tan rotos en la conciencia, sino andar tan apartados deste pan de vida? Si no, mira la diferencia que hay deste siglo en que agora vivimos (donde los hombres comulgan de año en año) á aquél en que comulgaban cada día, hasta los tiempos de Anacleto papa (que hizo ordenación desto) y por ahí verás la diferencia que hay de comulgar á menudo, ó comulgar de año en año. Pues el que tiene celo de Dios y de su Iglesia, esto clame y esto llore, ver andar á los hombres tan arredrados de Dios y de todos los espirituales ejercicios, pues ésta es la principal causa y fuente de todos nuestros males.

Pues por esta causa, así como los que tienen cargo de la república, dado caso que entiendan muy bien que así la demasía como la falta de las vituallas y cosas temporales puede ser dañosa á la república, pero todo su estudio emplean en que no haya falta, y nunca les pesa con la abundancia (porque de aquella parte se puede seguir mucho mayor daño que désta) así los que tienen cargo de la Iglesia, mucho más deben acudir á remediar la falta destas espirituales vituallas y medicinas, que á la demasía dellas, pues sin comparación es mayor mal el que causa la falta que la demasía. Mayormente que désta nadie puede ser buen juez por lo que ve por defuera, si no ve lo de dentro: y muy temerario es el hombre que sin haber visto el proceso, da sentencia sobre la causa.

Esto baste al presente para esta materia. Las oraciones que para antes y después de la Comunión se han de rezar, hallará el cristiano lector al fin del quinto tratado deste Memorial.

FIN DEL TERCERO TRATADO

TRATADO IV

EL CUAL CONTIENE

DOS REGLAS PRINCIPALES

DE VIDA CRISTIANA

PRÓLOGO

Después que el hombre de todo su corazón se hubiere vuelto á Dios, y procurado la purificación de su ánima con estos dos Sacramentos de que habemos tratado, resta luego emplear todo su cuidado y diligencia en la emienda y orden de su vida, de lo cual trataremos agora en las reglas siguientes. Y porque así como la naturaleza en sus obras procede siempre de menos á más (esto es, de menos perfecto á más perfecto) así también procede comúnmente la gracia, por esta causa procederemos también así aquí en esta doctrina, poniendo dos reglas y maneras de vivir, una para los que de nuevo comienzan á servir á Dios y desean salvarse, y otra para los que demás desto desean crecer y aprovechar cada día más en el camino de las virtudes.

Para cuyo entendimiento es de saber que toda esta doctrina de bien vivir repartió muy bien el profeta David en dos partes principales, la una en no hacer mal, y la otra en hacer bien, esto es, la una en desterrar del ánima todos los vicios, y la otra en poblarla y adornarla con todas las virtudes. Ésta es la más clara y más perfecta división que en esta materia se pudiera dar. Porque con la guarda destas dos cosas viene el hombre á hacerse nuevo hombre y nueva criatura, destruyendo con lo primero la imagen del Adán viejo y terreno, y reformando con lo segundo la del nuevo, que es nuestro Salvador Jesucristo. Con esto tam-

bién viene á hacerse hombre sobrenatural y divino, para que pues fué criado para un fin sobrenatural y divino (cual es ver á Dios en su misma gloria y hermosura) así la vida que lo dispone para este fin, sea también sobrenatural y divina, pues (según reglas de filosofía) el fin y los medios han de ser de una misma orden y proporción.

Y dado caso que en el ejercicio y plática de la vida, y aun de la doctrina, estas dos cosas anden siempre juntas (porque no se pueden vencer los vicios sin el ayuda de las virtudes) pero todavía para mayor luz y distinción de la doctrina apartaremos lo uno de lo otro en cuanto sea posible.

También conviene aquí avisar que entre las cosas que así en esta regla como en todas las otras semejantes escripturas se ponen, unas son de obligación, y otras de voluntad ó de perfeción, esto es, unas de precepto (como son los mandamientos de Dios y de su Iglesia) y otras de consejo (como son todas las demás que en las Escripturas divinas se aconsejan) las cuales sirven para guardar mejor las que se nos mandan, y para alcanzar mayor perfeción. Esto es muy necesario que se presuponga, para que el hombre sepa lo que es de necesidad y lo que de voluntad, y entienda el grado en que está obligado á cada cosa déstas, porque más diligencia ponga en lo que fuere obligatorio, que en lo que fuere voluntario, y para que nunca por lo uno deje lo otro (como vemos que lo hacen algunos) que es un grande abuso y perversión. Y por esta causa se declara luego al principio desta regla lo que es de obligación (que en muy pocas palabras se comprehende) y después se añaden otras muchas cosas que sirven para la guarda déstas y para alcanzar mayor perfeción. Porque dado caso que baste para la salvación del hombre lo que es de precepto, mas porque en el camino de Dios nunca el hombre debe contentarse con lo que hace, ni decir basta, por esto se añaden aquí otras muchas cosas allende de las esenciales, para los que de veras desean aprovechar y crecer siempre en toda virtud.

COMIENZA LA PRIMERA REGLA DE VIDA CRISTIANA, EN LA CUAL SE TRATA DE LA VICTORIA DEL PECADO Y DE LOS REMEDIOS GENERALES QUE HAY CONTRA ÉL

CAPÍTULO I

El que de veras y de todo corazón desea servir á Dios y salvar su ánima, entienda que la suma de todo este tan gran negocio (en cuya comparación son nada todos los otros negocios, aunque sean de los imperios del mundo) consiste esencialmente en un solo punto, que es, en tener en su ánima un muy firme y determinado propósito de nunca jamás cometer pecado mortal por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida, ó cosa semejante. De manera que así como la buena mujer y el buen capitán están determinados de morir antes que hacer traición, la una á su marido, y el otro á su rey, así el buen cristiano ha de estar determinado de nunca hacer este linaje de traición á Dios, la cual se comete por un pecado mortal.

La razón de lo dicho es, porque (como dice San Pablo) la suma de toda la religión cristiana consiste en la caridad (que es en el amor de Dios y del prójimo) á la cual no hay cosa que derechamente contradiga sino solo el pecado mortal, y por tanto, el que éste no cometiere, esencialmente cumple con la ley de la caridad.

Asimismo cónstanos también por la respuesta que nuestro Salvador dió á un mancebo, que el camino y medio que hay para alcanzar la vida eterna, es la guarda de los mandamientos: y cónstanos también que éstos guarda quienquiera que no comete pecado mortal, pues no es otra cosa este pecado sino quebrantamiento de los tales mandamientos. De lo cual todo se infiere que en solo este punto consiste (como dijimos) esencialmente la guarda de la ley de Dios y la salvación del hombre, que es, en estar firmísimamente determinado de nunca cometer esta manera de pecado: el cual se comete quebrantando alguno de los diez mandamientos de Dios, ó de los que manda la Iglesia, que está en su lugar, los cuales comúnmente son cinco.

Y digo esto así porque entienda el cristiano que aquellos siete que comúnmente se llaman pecados mortales, no siempre son mortales, sino cuando llegan á quebrantar alguno destos susodichos mandamientos, como cuando la gula es tanta, que llega á quebrantar los ayunos de la Iglesia en quien está obligado á los guardar: y la pereza tanta, que por dormir demasiado, deja la misa de obligación: y la ira tanta, que llega á decir palabras injuriosas y afrentosas á su prójimo: y así todos los demás.

Ésta es pues la suma de todo lo que el buen cristiano debe hacer (comprehendida en pocas palabras) y esto basta para su salvación.

Mas porque cumplir con esta obligación enteramente es cosa que tiene grandes dificultades, por los grandes lazos y peligros que hay en el mundo, y por la mala inclinación de nuestra carne, y por los combates continuos del enemigo, por esto debe el hombre ayudarse de otras muchas virtudes y diligencias que para esto le pueden grandemente ayudar: en lo cual está la llave de todo este negocio. Y déstas pretendemos agora aquí tratar, apuntando brevemente las cosas que nos puedan para esto servir.

§ I

Entre las cuales la primera es considerar profundamente qué tan grande mal sea un pecado mortal. Para lo cual (entre otras muchas cosas) señaladamente le ayudará considerar atentamente la deformidad y malicia que el pecado tiene, por ser hecho contra un Señor de quien tantos y tan inestimables beneficios tenemos recebidos, y á quien por tantos y tan grandes títulos estamos obligados, pues él es rey y señor de todo lo criado, principio y fin de todas las cosas, dador universal de todos los bienes, piélago de todas las perfeciones, criador, conservador, redemptor, santificador y glorificador del linaje humano. Por los cuales títulos, con otros infinitos, le tenemos todas las obligaciones posibles: contra las cuales todas hace quienquiera que mortalmente le ofende. Por donde concluye Guillermo Parisiense que en un solo pecado mortal se hallan espiritualmente á su modo las deformidades de todos los pecados del mundo. Y así dice él que el pecado mortal es un linaje de traición espiritual, porque por él se rebela el hombre

contra su rey y emperador, y entrega las llaves del homenaje (que es su ánima) al enemigo, y se hace su vasallo. Es también en su manera sacrilegio, pues pecando se ensucia y profana el templo vivo de nuestro corazón, que á Dios estaba consagrado. Es también á su modo crimen de apostasía, pues se pasa el hombre al bando del enemigo de Dios (que es Satanás) á cuyas pompas en el santo Baptismo había ya renunciado. Es otrosí adulterio espiritual, pues el ánima que había sido aquí desposada con Dios, quebranta la fe y lealtad que le debía, y se entrega á todas aquellas criaturas que desordenadamente amó. Es otrosí hurto, pues siendo el hombre hacienda de Dios por tantos títulos (como está dicho) se exime de su servicio, y le quita lo que por tantos derechos le pertenece. Finalmente, pues en solo Dios caben todos los respectos y títulos de honra que se hallan en todas las criaturas, de cualquier condición que sean (y esto con infinita ventaja) síguese también que ofender á solo él, comprehende las fealdades de todas estas ofensas del mundo con la misma ventaja Por donde con mucha razón exclama un sancto doctor contra el pecado, diciendo así: ¡Oh mal no conocido! ¡Oh desacato de Dios, menosprecio de su majestad, vituperio de su grandeza, muerte de las virtudes, cuchillo de la gracia, privación del sumo bien, perdimiento de la felicidad eterna, escuridad del entendimiento, prevaricación de la voluntad, veneno del demonio, vínculo del infierno, destruición del mundo, camino de la perdición, muerte del que peca, simiente del diablo, puerta de los abismos, locura de los hombres, red de los tentados, pestilencia de las ánimas, imitación de los malos espíritus, escuridad horrible, hedor intolerable, suma torpeza, extrema vileza, bestia ferocísima, daño gravísimo, y finalmente causa universal de todos los males!

Ésta es una de las principales consideraciones que nos pueden mover á tener un entrañable odio y aborrecimiento del pecado: para lo cual también nos servirán todas las otras consideraciones que arriba pusimos en el segundo tratado de la Penitencia (como son, considerar lo mucho que por el pecado se pierde, y lo mucho que Dios lo aborrece, y la injuria grandísima que con él á Dios se hace) con todo lo demás que allí se dijo para mover á dolor y detestación del pecado, lo cual no menos sirve á este lugar que á aquél: mas no se repite aquí, por estar allí ya tratado.

§ II

Lo segundo, ayuda también para esto huir prudentemente las ocasiones de los pecados, como son, juegos, malas compañías, peligrosas conversaciones y mucho hablar, y señaladamente vista de ojos y familiaridad de hombres y mujeres, aunque sean buenas. Porque si el hombre quedó tan flaco por el pecado, que él mismo de su proprio estado se cae y peca sin que nadie le provoque de fuera, ¿qué hará si la ocasión le tira por la halda, convidándole con la presencia del objecto y con la oportunidad del pecado, pues es verdad lo que comúnmente se dice, que en el arca abierta el justo peca? Pues todas estas maneras de ocasiones trabaje siempre por evitar el verdadero siervo de Dios, teniendo por cierto que (regularmente hablando) no somos más buenos de cuanto huímos las ocasiones de ser malos. Acuérdese que David era santísimo, y que la vista de una mujer, y la oportunidad que tuvo para pecar, bastó para derribarle en tan grande despeñadero, en que tuvo tanto que llorar y que lastar toda la vida. Acuérdese también de su hijo Salomón (que fué el más sabio de los hombres y tan amado de Dios, que le fué puesto por nombre el amado del Señor) el cual también por esta misma causa se perdió. Porque habiendo el Señor mandado á los judíos que no casasen con mujeres extranjeras, porque no los pervirtiesen y hiciesen adorar sus ídolos, él con todo esto (pareciéndole que estaba muy lejos deste peligro) casó con muchas dellas: por cuyas persuasiones vino á adorar los ídolos y á edificarles templos (cosa tan temerosa de decir) por el cual pecado él se perdió, y su reino también con él. Pues si tanto pudo la ocasión con estos dos hombres, el uno tan santo y el otro tan sabio, ¿quién se osará prometer seguridad, si no huye de las ocasiones?

Huye pues, hermano, las ocasiones de los pecados así como los mismos pecados. Y si el apetito y golosina de la ocasión tirare por ti, responde tú á ti mismo diciendo que si no puedes agora vencer el apetito desa ocasión, ¿cómo podrás vencer el peligro que de allí resultará, después de armado y fortificado con la misma ocasión? Y demás desto, mira también que es tentar á Dios ponerse á peligro sin necesidad, y que no merece el ayuda divina el que no hace lo que es de su parte para merecerla.

Mas entre estas ocasiones, una de las más ordinarias es la compañía de los malos, porque el mundo está tal, que apenas podemos dar paso sin ellos. Pues déstos procure apartarse el que desea no pecar, porque ésta es una de las mayores pestilencias que hay. Porque no daña tanto un perro rabioso ni una víbora ponzoñosa, cuanto una mala compañía, pues es cierto (como dice el Apóstol) que las malas palabras corrompen las buenas costumbres. Escriba pues el siervo de Dios en su corazón aquello del Sabio, que dice: El que anda con sabios, será sabio, y el amigo de los locos, será uno dellos. Item aquello del mismo: El que toca la pez, ensuciarse ha con ella, y el que tratare con soberbios, no carecerá de soberbia. Esta virtud han de celar mucho los padres y madres para con sus hijos y hijas, y los ayos y maestros para con sus dicípulos, si no quieren que se pierda en muy pocas horas el trabajo y crianza de muchos años.

§ III

Lo tercero, ayuda también para esto resistir al principio de la tentación con grandísima ligereza, y sacudir de sí la centella del mal pensamiento antes que prenda en el corazón. Porque desta manera resiste el hombre con grande facilidad y con grande merecimiento, y si se tarda un poco, acreciéntase después el trabajo de la resistencia, y piérdese el merecimiento de la vitoria, y cométese en esto nueva culpa, que por lo menos será venial, y á veces será mortal. Acuérdese que la llama del fuego se apaga fácilmente cuando comienza, y que la planta se arranca ligeramente, si es recién plantada: mas después de crecida la llama y arraigada ya la planta, con mucho trabajo se apaga la una y se arranca la otra. Muy bien se defiende la ciudad antes de ser entrada de los enemigos: mas después de ya entrados y apoderados della, mal se pueden echar fuera. Y (como dice un filósofo) cuando una piedra grande está en la cumbre de un monte, con pequeño trabajo se puede allí refirmar para que no caiga: mas después que comenzó ya á rodar por la ladera abajo, dificultosísima cosa es resistir al ímpetu y furia deste movimiento. Lo cual todo nos declara con cuánta mayor facilidad se vence el mal pensamiento, resistiéndole luego á los principios con suma presteza y ligereza, que dejándole echar raíces y apoderándose de nuestro corazón.

Y la manera en que esto se ha de hacer, es, poniendo luego encontinente ante los ojos del ánima la figura de Cristo crucificado, con todo aquel horror y lástima que tenía en la cruz, vertiendo ríos de sangre por todo su cuerpo, y con tantas llagas y heridas como allí tenía, y acordándose que todo esto padece por destruir el pecado, y diciéndole de todo corazón: ¡Señor, que os pusiésedes vos ahí porque yo no pecase, y que con todo eso os haya yo de ofender! No plega á vuestra infinita misericordia y á la sangre que derramastes por mí. Ayudadme, Dios mío, y no me desamparéis, pues no tengo á quién me acoger sino á vos.

Y á veces aprovechará (cuando el hombre estuviere solo) hacer muy de presto la señal de la cruz encima del corazón, para sacudir más ligeramente de sí el pensamiento interior con este movimiento y estremecimiento exterior.

San Bernardo escribe de una monja de su tiempo que hacía esto muchas veces, y después de enterrada, á cabo de algunos años abriendo su sepultura, hallaron que aquel dedo con que hacía la señal de la cruz sobre el corazón, estaba entero, siendo ya todo lo demás del cuerpo gastado. Otro doctor escribe que en la ciudad de Argentina murió un Prior de un monesterio de la Orden de Santo Domingo, que tenía esta misma devoción: y abriendo su sepultura después de algunos años, hallaron que encima de los huesos del pecho que caen sobre el corazón, estaba como esculpida la señal de la cruz, de tal manera que el pie desta estaba puntiagudo, y los tres brazos más altos se remataban en tres flores de azucenas, para dar el Señor á entender por esta figura que la pureza y castidad de aquella ánima santa se había conservado en ella con la virtud de la memoria y de la señal de la cruz que él hacía muchas veces en su pecho, para sacudir de sí las tentaciones del enemigo. Y esta maravilla dice el mismo doctor que esto escribe, que la vió él con sus propios ojos, y que caminó cuarenta y tantas millas por sólo verla. Y pues el Señor con estas dos tan grandes maravillas quiso dar á entender cuánto honraba á los que honran sus deshonras, todos debíamos tomar de aquí ejemplo para hacer otro tanto, para alcanzar por este medio el favor deste mismo Señor.

§ IV

Lo cuarto, ayuda también á esto examinar cada día, antes que el hombre se acueste, su conciencia, y mirar en lo que ha pecado aquel día, ó por obra, ó por palabra, ó por pensamiento, ó por otra cualquier manera. Y señaladamente mire en qué género de palabras se ha desmandado: si ha dicho alguna mentira, si ha ofrecido al diablo las criaturas de Dios, si ha echado maldiciones, ó hablado alguna palabra injuriosa, ó desentonada, ó deshonesta, ó cosa semejante. Y cuanto al pensamiento, mire la presteza con que resistió á los malos pensamientos, ó si se detuvo en ellos, no sacudiéndolos de sí tan de priesa como una centella del infierno. Mire también cómo cumplió con las obligaciones de su estado y de su casa y familia, y así todo lo demás.

Este consejo nos es muchas veces encomendado por muchos santos, y así lo encomienda Eusebio Emiseno en una homilía suya por estas palabras: Ponga cada uno (dice él) su consciencia ante los ojos de su corazón cada día, y hable consigo diciendo así: Veamos si pasé este día sin algún pecado, sin invidia, sin contienda y sin murmuración. Veamos si en él he hecho alguna obra que sea para aprovechamiento mío ó edificación de los otros. Pienso que hoy mentí, ó juré, ó me dejé vencer de la ira, ó de algún apetito desordenado, sin haber hoy hecho ningún bien, ni dado algún gemido por el temor de las penas eternas. ¿Quién me tornará á volver este día, que así gasté en cosas vanas y en pensamientos ociosos y dañosos? Desta manera, hermanos, nos arrepintamos y acusemos y condenemos ante Dios en lo secreto de nuestras casas y de nuestros corazones. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Mas no se debe aún contentar el hombre con esto, sino que añada á esta diligencia alguna especial penitencia por este linaje de culpas, para que así quede más hostigado y temeroso de volver á cometerlas. Conocí yo una persona que cuando al examen de la noche hallaba que había excedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza en la lengua en penitencia desto: y otra, que tomaba una disciplina así por éste como por otro cualquier defecto en que cayese: y con esto, demás de la satisfa-

ción de la culpa, quedaba el ánima más castigada y medrosa para no osar otra vez cometerla.

Aprovechará también á semanas tomar á pechos la victoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algún despertador consigo, que le traiga á la memoria esta empresa, como es ceñir á las carnes alguna cosa que le dé pena, &c. para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando á que ande sobre aviso en aquel negocio, y no se duerma.

Y no desmaye por muchas veces que caya (antes si mil veces al día cayere, mil veces se levante, confiado en la superabundantísima bondad de Dios) ni se turbe por ver que de todo punto no puede vencer algunas pasiones: porque muchas veces se vence á cabo de algunos años lo que en mucho tiempo no se venció, para que por aquí vea el hombre más claro cúya sea esta victoria. Y á veces también quiere el Señor que se guarde algún jebuseo (quiero decir, alguna pasión ó tentación) en la tierra de nuestra ánima, así para ejercicio de la virtud como para guarda de la humildad.

Y allende desto, á la mañana, cuando se levantare, debe armarse y apercebirse con nueva oración y determinación contra aquel pecado ó pecados á que se siente más inclinado, y poner allí mayor recaudo donde siente mayor peligro.

§ V

Lo quinto, ayuda también para esto evitar cuanto sea posible los pecados veniales, porque éstos disponen para los mortales. Por donde, así como los que temen mucho la muerte, trabajan todo lo posible por conservar la salud y huir la enfermedad, que para ella dispone, así también los que desean evitar los pecados mortales (que son muerte del ánima) deben cuanto sea posible evitar también los veniales, que son enfermedades que abren camino para ella. Yo para mí tengo por cierto que (regularmente hablando) nunca un justo que mucho tiempo vivió bien y perseveró en gracia, vino á desvarar en algún pecado mortal, sino por haberse descuidado en la guarda de sí mismo, y caído en muchos pecados veniales, con los cuales enflaqueció la virtud de su ánima, y mereció que Dios levantase un poco su mano dél, y así

pudo fácilmente ser vencido, cuando fué tentado. Porque (comúnmente hablando) nadie de repente, ni sube á lo alto, ni cae en el abismo, sino poco á poco van creciendo los males y los bienes. Y por esto se escribe en Job que antes de la presencia del enemigo viene la pobreza: porque primero se empobrece y enflaquece el ánima con la muchedumbre de las negligencias y culpas veniales, que venga á caer en las mortales.

Cónstanos también (como el Señor dice) que el que es solícito y fiel en lo poco, de creer es que lo será también en lo mucho, y que quien anda con cuidado de evitar los males menores, más seguro estará de los mayores. Y por pecados veniales entendemos aquí palabras ociosas, risas desordenadas, comer, beber, dormir más de lo necesario, y otras cosas tales, las cuales, si no es grande el mal que nos hacen, es muy grande el bien que nos impiden, pues nos impiden la devoción y este fervor de la caridad que hace andar al hombre solícito y diligente en el servicio de Dios.

§ VI

Lo sexto, ayuda también para esto la aspereza y mal tratamiento de la carne así en el comer y beber como en el dormir y vestir, y en todo lo demás: la cual (como sea un manantial y incentivo de pasiones y apetitos desordenados) cuanto más flaca y debilitada estuviere, tanto más débiles y flacas serán las pasiones que della procederán. Porque así como en las tierras secas y flacas nacen las plantas también flacas y desmedradas y de poca sustancia, mas por el contrario, en las tierras fértiles y gruesas (mayormente si están muy bien regadas y estercoladas) nacen muy grandes y verdes y poderosas, así también son las pasiones y apetitos que nacen de los cuerpos flacos y gastados con la abstinencia, y las que proceden de cuerpos gruesos y regalados y hartos de comer y beber. Por lo cual, el que quisiere enflaquecer estos malos afectos, conviene que trabaje mucho por enflaquecer las causas dellos.

Cónstanos también que el mayor enemigo y contradictor que tiene la virtud, es esta carne: la cual con la fuerza de sus apetitos y con el deseo de su buen tratamiento y regalo nos impide todos los buenos ejercicios, así de oración, lición, silencio, reco-

gimiento, ayunos y vigilias, como todos los demás. Por donde, si nos ponemos en costumbre de rendirnos y obedecer á sus apetitos, del todo nos quedará cerrada la puerta á todos los buenos ejercicios. Y por el contrario, si nos habituamos á resistirla, y contradecirla, y pelear contra todas sus viciosas inclinaciones (alcanzada esta victoria, y hecho ya hábito desto con el uso del pelear) ninguna resistencia hallaremos en la virtud, porque ella por sí no es áspera ni dificultosa, sino por la corrupción de nuestra carne. Pues la sal y remedio que tenemos contra ella, para que no hieda y críe gusanos de apetitos desordenados, es la virtud de la abstinencia, que la cura y deseca y hace servir al espíritu. Porque (como dice un doctor) la abstinencia castiga la carne, levanta el espíritu, doma las pasiones, satisface por los pecados, y (lo que más es de maravillar) corta la raíz de todos los males, que es la codicia, pues el hombre que se contenta con poco, no tiene para que haya de desear lo mucho. Y no sólo libra esta virtud de los otros males, sino también de todos los discursos, cuidados y desasosiegos á que están obligados los que quieren regalarse y tratarse bien, y así queda el hombre libre y desocupado para darse todo á Dios. Por la cual causa fueron aquellos santos Padres de Egipto tan dados á esta virtud: y no fué otro el espíritu de San Francisco, que tanto encomendó la pobreza de cuerpo y de espíritu, porque al fin todo viene á parar en una misma cuenta, la aspereza de los unos y la pobreza y desnudez del otro.

Pues por esto el verdadero amador de Dios no debe cesar ni dar descanso á sus ojos hasta que llegue á este grado de virtud, que venga á tratar su cuerpo ó como á un grande enemigo y tirano (pues en hecho de verdad lo es) ó como á un esclavo ladrón y de malas mañas, que le han de dar (como dicen) del pan y del palo, ó á lo menos, como á hijo que un padre virtuoso y discreto cría sin ningún regalo, antes con todo rigor y aspereza, nunca mostrándole el rostro alegre, haciendo en esto fuerza á su natural afición por el bien del mismo mozo. Pues desta manera debe el siervo de Dios tratar su cuerpo, y hasta que aquí haya llegado, no se tenga por muy aprovechado en la carrera de la virtud. Bienaventurado el que aquí llegó, el que así trata su cuerpo, el que así lo trae arrastrado, fatigado y maltratado, alcanzado de sueño y de mantenimiento, el que así lo hace por fuerza servir al espíritu, y el que así ha vencido la misma natu-

raleza. Porque el que esto hace, no vive ya según carne y sangre, sino según el espíritu de Cristo, ni milita ya debajo de las leyes y tributos de la naturaleza corrupta, porque está hecho señor della, ni se puede llamar puramente hombre, porque con esto ha venido á ser más que hombre. Y si esto es así, por aquí podrás ver la perdición del mundo, pues en ninguna otra cosa entiende sino en procurar por todas las vías posibles todo género de regalo y buen tratamiento del cuerpo, siendo ésta una cosa tan repugnante al espíritu de Cristo y á la perfeción de la vida cristiana.

§ VII

Lo séptimo, ayuda también mucho para esto traer muy grande cuenta con la lengua, porque ésta es la parte de nuestro cuerpo con que más veces ofendemos á Dios: porque la lengua es un miembro muy deleznable, que facilísimamente desvara en mil maneras de palabras feas, airadas, jactanciosas, vanas, y así también en mentiras, juramentos, maldiciones, murmuraciones, lisonjas y otras cosas tales. Por dónde dijo el Sabio que en el mucho hablar no podía faltar pecado, y que la muerte y la vida estaban en las manos de la lengua. Por lo cual es muy buen consejo que todas cuantas veces hubieres de hablar en materias y con personas donde puedes recelar algún peligro, ó de murmuración, ó de jactancia, ó de mentira, ó de vanagloria, &c. que primero levantes los ojos á Dios, y te encomiendes á él, y le digas con el Profeta: *Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis.* Y junto con esto, mientra hablares, lleva grande tiento en las palabras (como lo lleva el que pasa un río por encima de algunas piedras deleznables que están en él atravesadas) para que no desvares en alguno destos peligros. Mas esta materia, porque es más copiosa, se tratará adelante en su propio lugar.

§ VIII

Lo octavo, ayuda el no dejar pegar el corazón con demasiado amor á las cosas visibles, sean honras, ó haciendas, ó hijos, ó deudos, ó amigos, &c. Porque este tal amor es un gran motivo

cuasi dé cuantos pecados, cuidados, enojos, pasiones, tentaciones y desasosiegos hay en el mundo. Y puedes tener por cierto que (como dice muy bien San Gregorio) así como uno de los principales avisos de los cazadores es saber á qué linaje de cebo son más aficionadas las aves que quieren cazar, y con ése les arman, así el principal cuidado de nuestros adversarios es saber á qué género de cosas estamos aficionados, porque saben que (como dijo el Poeta) á cada uno lleva tras sí su afición y su deleite, y que allí nos podrán armar los lazos, donde tenemos los corazones. Bien veo que los hombres tienen razón con que regirse: mas (generalmente hablando) todos por la mayor parte siguen sus aficiones, las cuales por eso se llaman pies del ánima, porque la llevan á donde quieren. Y en este sentido dijo San Augustín que el peso del ánima era el amor, y que á donde tiraba este peso, ahí tiraba también el ánima: si era amor del cielo, al cielo, y si de la tierra, á la tierra. Finalmente, lo que son las pesas en el reloj, eso son las aficiones en nuestro corazón, que así lo mueven como ellas son. Y por esto, así como el que quiere traer el reloj concertado, le ha de poner las pesas muy proporcionadas, de manera que ni sean muy pesadas ni muy livianas, sino según pide el espacio de las horas que ha de dar, así el que quiere traer su vida compasada y ordenada, trabaje por traer compasadas y medidas todas sus aficiones, estimando cada cosa en lo que es, y amándola conforme á esto: y cuando aquí hubiere llegado, sepa que ha llegado á lo alto de las virtudes, pues nos consta que muy gran parte dellas se emplea en pesar y moderar estos afectos con esta manera de proporción.

Y para mejor acertar en esto, procure el hombre de andar siempre con un especial cuidado y atención de no dejar pegar el corazón demasiadamente al amor de las cosas visibles: antes debe siempre tirarle del freno, cuando viere que se va de boca, y no querer las cosas más de como ellas merecen ser queridas, que es como bienes pequeños, frágiles, inciertos y momentáneos, desviando el corazón dellos, y traspasándole á aquel sumo, único y verdadero bien. El que desta manera amare las cosas temporales, no se desperecerá por ellas cuando le faltaren, ni se ahogará cuando se las quitaren, ni cometerá muchas maneras de pecados que se cometen, ó por alcanzarlas, ó por acrecentarlas, ó por defenderlas. Aquí está la llave deste negocio: porque sin duda el

que este amor ha renunciado, muy apercebido está contra todos los lazos del enemigo. Mas el que no lo ha renunciado, no ha comenzado aun á ser verdadero imitador de Cristo. Y esto es lo que muy alta y profundamente nos enseña él por Sant Lucas, diciendo: ¿Qué hombre hay que comience á edificar una torre, que primero no eche la cuenta para ver si tiene caudal para acabarla, porque después no le den en rostro diciendo, este hombre comenzó á edificar, y no acabó? Ó ¿qué rey va á pelear con otro rey, que no examine primero si podrá pelear con diez mil hombres contra el que trae consigo un ejército de veinte mil? Porque si esto no puede hacer, procurará luego de enviarle sus embajadores á tratar con él asientos de paz. Pues desta manera (dice el Señor) el que no renunciare todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo. ¿Á qué propósito viene esta aplicación con esta comparación? Porque mirando esto á prima faz, mal parece que conciertan entre sí juntar riquezas y ejércitos con renunciar lo que poseemos, pues lo uno es allegar, y lo otro derramar. Mas con todo eso viene muy á propósito la comparación. Porque sabía muy bien este Maestro celestial que lo que es para pelear la grandeza del ejército y para edificar la muchedumbre del dinero, eso es para el edificio y milicia espiritual la pobreza y desnudez de todas las cosas del mundo. Porque así como el rey mientra mayor ejército tiene, más seguro está de su enemigo, así cuanto el hombre estuviere más pobre y más desnudo de las cosas del mundo, menos tiene por do le pueda acometer el enemigo del linaje humano. Por lo cual el bienaventurado San Francisco y otros muchos santos vivieron en este mundo tan pobres y tan desnudos, porque no queriendo nada del mundo, ni ellos tuviesen que ver con el mundo, ni él con ellos. Mas por el contrario, si el hombre está con demasiado amor aficionado á algo del mundo, luego el demonio le arma mil lazos. Porque si esto que así ama, es honra, ó hacienda, ó cosa semejante, luego le representa mil medios y caminos por do pueda alcanzar aquello que ama, y otros tantos después de alcanzado para acrecentarlo. Los cuales medios y caminos unos serán lícitos, y otros no: mas la vehemencia del amor, cegándose con su misma pasión, todos los tiene por lícitos, y por todos rompe con su furor apasionado. Y si por ventura en la prosecución destos medios (como siempre acaece) se atraviesan impedimentos y encuentros de otros que pretenden

lo que vos pretendéis, ó os van á la mano en lo que deseáis, ahí es luego la ira, y la invidia, y el coraje, y la indignación, y los odios, y los pleitos, y las injurias y peleas, y finalmente las ondas de todos los desasosiegos y cuidados que de ahí se levantan. De suerte que en lo primero se mueve la parte de nuestra ánima que llaman concupiscible, con toda la cuadrilla de sus afectos, y en lo segundo la irascible con todos los suyos, que es (como los filósofos dicen) vengadora de los agravios que recibe la parte concupiscible, y con estos vientos impetuosos levántanse tan grandes tempestades y tormentas en nuestras ánimas, que dan con ellas en mil bajos y peligros. Por lo cual dijo el Apóstol que la codicia era raíz de todos los males. Lo cual no sólo tiene verdad en la codicia del dinero, mas también en cualquiera otra codicia, cuando es demasiada, porque de todos estos males y de muchos otros es causa.

Esto mismo nos significa aquella parábola del Evangelio que trata del convite de las bodas del hijo del rey, del cual se excusaron los convidados por acudir uno á su hacienda, y otro á sus negocios, para dar á entender que el amor desordenado de las cosas del mundo tira por nuestro corazón de tal manera, que le hace despreciar las cosas del cielo. Por dónde se ve con cuánta razón dijo el Salvador que no era su verdadero discípulo el que no había renunciado el amor de las cosas del mundo. Ame pues el hombre todas estas cosas moderadamente, y (como dice el Profeta) si le soplare la fortuna y si se le entraren los bienes por casa, trabaje por que no se le éntre el corazón en ellos. Ponga todas sus esperanzas en Dios, y dél, como de verdadero padre, espere el remedio de todas sus cosas, y contento con lo que él le diere, y con el estado en que le puso, no quiera ser más de lo que él quiere que sea. Mas los que (siguiendo su apetito) salen desta regla, tengan por cierto que ni saldrán con lo que desean, ni lo lograrán, si lo alcanzaren: y demás desto caerán en muchos pecados, y así perderán no sólo los bienes desta vida, sino también los de la otra. Por lo cual dijo Salomón: No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar, porque tomarán alas y volarán hasta el cielo.

§ IX

Lo nono, ayuda mucho para esto mismo la lición de los buenos libros (así como daña mucho la de los malos) porque la palabra de Dios es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento y nuestra guía. Ella es la que hinche nuestra voluntad de buenos deseos, y con esto nos ayuda á recoger el corazón, cuando está más distraído, y á despertar la devoción, cuando está más apagada y más dormida. Y demás desto, con ella se excusa la ociosidad, que es madre de todos los vicios, como adelante se dirá. Finalmente, así como para la conservación de la vida natural es menester el mantenimiento corporal, así también lo es la palabra de Dios para la vida espiritual. Por lo cual dice San Jerónimo que el pasto del ánima es meditar en la ley del Señor noche y día. Porque con este ejercicio se apacienta el entendimiento con el conocimiento de la verdad, y también la voluntad con el amor y gusto della. Y como estas dos sean las principales ruedas deste reloj (que es la vida concertada) andando éstas bien ordenadas y reformadas, anda reformado todo lo demás que dellas depende. Y allende desto, con la lición santa ve el hombre sus defectos, cura sus escrúpulos, halla remedio para sus tentaciones, recibe muchos avisos, alcanza muchos misterios, esfuérzase con los ejemplos de la virtud, leyendo los frutos della. Por lo cual nos la encomienda tanto Salomón en sus Proverbios diciendo: Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre: tráela siempre atada en tu corazón, y colgada como un joyel de tu cuello. Cuando caminares, camine ella también contigo, y cuando durmieres, sea ella tu guarda, y cuando despertares, habla con ella. Porque el mandamiento de Dios es candela, y la ley luz, y el camino para la vida es el castigo de la doctrina.

Mas aquí es de notar que esta lición, para que sea provechosa, no ha de ser corrida, ni seca, ni apresurada, y mucho menos con sola curiosidad tomada, sino por el contrario, con humildad y deseo de ser aprovechados con ella. Porque esta manera de lición es muy semejante á la meditación, sino que ésta se detiene algo más en las cosas, rumiándolas y digiriéndolas más de espacio, lo cual también puede y debe hacer el que lee, y así poco menos

fruto sacará de lo uno que de lo otro. Porque la lumbre del entendimiento que aquí se recibe, luego desciende á la voluntad y á todas las otras potencias del ánima, así como la virtud y movimiento del primer cielo á todos los otros orbes celestiales. Ame pues la lición de libros sagrados, pero anteponga la oración á la lición. No lea en una hora muchas cosas, porque no canse el espíritu con la prolija lición en lugar de recrearle. Siempre reciba la palabra de Dios con hambre espiritual de la lengua de cualquier que la dijere, aunque baja y groseramente la pronuncie. Y cuando sintiere que la oye sin gusto, humíllese, y acuse antes su paladar que la rudeza del que la dice, creyendo que por su culpa no mereció oirla de manera que le agradase.

§ X

Lo décimo, ayuda también mucho para esto andar siempre en la presencia de Dios, que es traerlo ante los ojos presente como á testigo de nuestras obras, juez de nuestra vida y ayudador de nuestra flaqueza, pidiéndole siempre como á tal con devotas y breves oraciones el socorro de su gracia, para no desmandarnos en cosa alguna. Así nos muestra el profeta David que lo hacía, cuando dice: Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis pies de los lazos. Y en otro lugar: Ponía yo (dice él) siempre al Señor delante de mis ojos, porque él anda á mi lado porque no pueda yo ser movido. Verdad es que esta tan continuada atención no sólo ha de ser á Dios, sino también al regimiento y gobierno de nuestra vida, de tal manera que el un ojo traigamos siempre puesto en él, para reverenciarlo y pedirle su gracia, y el otro en lo que hubiéremos de hacer, para que en ninguna cosa salgamos de su obediencia. Y esta manera de atención y vigilancia es uno de los principales gobernalles y frenos de nuestra vida.

Mas aquí es de notar que desta manera de atención señaladamente nos conviene usar cada vez que queremos entrar en algún negocio peligroso y aparejado para poder desvarar en algo, como cuando uno sale de estar consigo solo, y va á hablar ó á negociar con personas rencillosas, y también cuando va á comer ó á cumplir con la obligación de la misa ó del oficio divino, donde

corre peligro de no hacer esto con la atención y cuidado que conviene: porque en cada cosa destas importa mucho ir con ánimo aparejado y dispuesto para los peligros que pueden sobrevenir. Por dónde, así como los que van camino, cuando llegan á algún mal paso, se aparejan para él, y ponen haldas en cinta, y se proveen de otro nuevo cuidado y atención del que ordinariamente suelen llevar en el camino llano, así también conviene proveernos de otra manera de atención y oración, cuando se nos ofrecen estas ocasiones, que cuando andamos fuera dellas. Y por experiencia también se ve que más templado y compuesto estará en la mesa el que se apercibe antes contra los incentivos de la gula, que el que va sin esta manera de aparejo. Éste es un aviso que diligentemente guardado nos podrá excusar de muchos pecados, el cual nos enseña el Eclesiástico cuando dice que antes de la enfermedad aparejemos la medicina, que es apercebirnos contra el peligro antes que venga el peligro.

§ XI

El XI remedio es huir la ociosidad, madre de todos los vicios. Lo cual es en tanta manera verdad, que entre cuatro causas que señala el profeta Ezequiel, por donde Sodoma llegó al extremo de todos los males, ésta dice que fué una dellas. Doctrina es también de aquellos Padres del yermo que el monje ocupado no tenía más que una sola tentación, mas que el ocioso tenía muchas, porque para todas hallaba el demonio entrada en él por la puerta de la ociosidad. De suerte que (bien mirado) la ociosidad tiene dos cosas, por las cuales debe ser de todos los buenos grandemente aborrecida. La una, que (como está dicho) abre la puerta á todos los males, y la otra, que la cierra á todos los bienes. Porque como ningún bien haya en el mundo que no se alcance con trabajo, sea virtud, sea sciencia, sea honra, ó hacienda, por el mismo caso que un hombre es enemigo del trabajo, carece del instrumento general con que se alcanzan todos los bienes. Pues ¿quién no aborrecerá un vicio que trae consigo dos tan grandes males como éstos? ¿Qué mayor mal podría tener una ciudad, que tener dos puertas, una por donde le entrasen todos los bienes, y otra por donde le entrasen todos los males, y que la primera estuviese siempre cerra-

da, y la segunda siempre abierta? ¿Qué cosa más semejante al estado de los que están en el infierno condenados? Pues tal está el ánima del hombre ocioso, la cual para todos los males tiene abierta la puerta, y para todos los bienes cerrada: que ningún bien quiso la naturaleza que se alcanzase sin trabajo, de que el ocioso es enemigo.

Pues por esta causa procure el hombre ordenar de tal manera su vida y trazar los tiempos del día, que nunca tenga rato desocupado. Las personas pobres ó de bajo estado ocúpense en sus oficios y en las obras de manos: mas aquéllas á quien no es dado esto, ninguna ocupación pueden tener más dulce, ni más provechosa, ni más durable (después de la comunicación con Dios y gobierno de sus casas) que es darse á leer en buenos libros. Casiano escribe de aquellos Padres del yermo que tenían por tan importante cosa ésta para perseverar en la observancia de la virtud y religión, que cuando algún monje vivía tan apartado de la compañía de los hombres, que no le podía prestar para nada su trabajo, no por eso dejaba de trabajar, y al cabo del año pegaba fuego á sus trabajos, para desembarazar la celda, y comenzaba de nuevo á trabajar. Y aun dice más, que aquel trabajo de manos no les impedía el uso de la oración interior, porque con las manos hacían la obra, y con el corazón vacaban á Dios.

§ XII

El XII remedio es la soledad, que es guarda de la inocencia, pues corta de un golpe las ocasiones de todos los pecados, pues quita delante de nuestros ojos y sentidos los incentivos y objectos dellos. Éste es un linaje de remedio que fué enviado del cielo al bienaventurado Arsenio, el cual oyó de lo alto una voz que le dijo: Arsenio, huye, calla y reposa. Por esto debe el siervo de Dios trabajar por morar consigo solo, y procurar poco á poco de despedir de sí (en cuanto le sea posible) todas las visitaciones, conversaciones y cumplimientos del mundo, porque ordinariamente nunca en éstas faltan murmuraciones, mentiras, lisonjas y otras cosas que aunque no sean pecados como éstas, todavía dejan al ánima vacía de devoción, y llena de imágenes y figuras de lo que oyó y de lo que vió, que al tiempo de la oración se le ponen

delante y le impiden la pureza della. Y si por falta destos cumplimientos algunos se quejaren, ó le notaren, traguen esto por amor de Dios, porque menos inconveniente es tener á los hombres quejosos que á él. Y pues los mártires y todos los otros santos tantas cosas hicieron y padecieron por el reino del cielo, no es mucho pasar nosotros este poco de trabajo por esta misma causa, mayormente que si bien examinamos el negocio, hallaremos que el trabajo es muy pequeño, y el daño que por otra parte podríamos recebir, muy grande. Porque tal está el día de hoy el mundo, y tales los hombres y las pláticas que hablan, que apenas podéis tratar con ellos sin peligro.

§ XIII

Y para mayor confirmación deste remedio añado otro, que es, determinarse el buen cristiano de romper con el mundo, pues nadie puede ser juntamente amigo de Dios y dél, ni agradar á Dios y á él, pues tan contrarios son los caminos, los estilos, las obras y los intentos de la una parte y de la otra. Estrecha es la cama (dice el Profeta) y no pueden caber dos en ella, y el palio es angosto y no basta para cubrir á dos, que son mundo y Dios. Por esto pues conviene que el siervo de Dios se determine de romper con el mundo, y despedirse dél, no haciendo caso del qué dirán (no habiendo escándalo activo) porque todos estos miedos y respectos, examinados bien y pesados en una balanza, al cabo son viento y espantajos de niños, que de nada se asombran. Y finalmente, el que tuviere mucha cuenta con el mundo, no puede ser verdadero siervo de Dios. Porque por esto dijo el Apóstol: Si pretendiese agradar á los hombres, no sería siervo de Cristo, pues de aquéllos es el hombre siervo, á quien desea agradar, y cuya voluntad desea cumplir.

§ XIV

Tras destos remedios generales, que son muy eficaces, hay otros tres no menores que ellos, los cuales son, el uso de los Sacramentos, la oración y la limosna. Porque el principal remedio

que contra el pecado hay, es la gracia (como el Apóstol dice) y estas tres maneras de obras son eficacísimos medios para alcanzar esta gracia, aunque en diferente manera. Porque ordinariamente los Sacramentos la dan, y la oración la pide, y la limosna la merece, y esto de tal manera que solos los Sacramentos la dan, y sola la oración la pide, mas no es sola la limosna la que la merece, sino otras muchas obras también con ella, aunque á ésta particularmente atribuímos esto, porque premio es que responde á la misericordia con el prójimo, hallar misericordia en los ojos de Dios. Y así la limosna no sólo sirve para satisfacer por los pecados hechos, sino también para no hacer otros nuevos. Por lo cual dijo el Eclesiástico: La limosna del hombre es como una bolsa de dinero que lleva consigo, la cual conservará la gracia del hombre como á la lumbre de los ojos, y peleará contra sus enemigos más que la lanza y que el escudo del poderoso.

Pues ya los Sacramentos, ¿quién no ve que ellos son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devoción, socorro de nuestra miseria, y tesoros de la divina gracia?

De cada una destas tres cosas había mucho que decir: mas porque de los Sacramentos tratamos ya en el segundo y tercero libro deste Memorial, y de la oración trataremos en el quinto, y de la limosna tratamos entre las tres partes de la satisfación (como de una dellas) al presente no diremos más sino remitir al cristiano lector á estos lugares y advertirle que para este propósito una de las más principales peticiones que debe siempre pedir á nuestro Señor en su oración, ha de ser que antes lo lleve de su mano y haga dél todo lo que quisiere y le pareciere, que le deje caer en cosa de pecado mortal. Y para mayor confirmación desto pídale en todas sus oraciones tres amores y tres odios, conviene saber, amor de Dios, y amor de los trabajos por él, y amor de la virtud. Y asimismo pídale odio contra el pecado, y odio contra su propia voluntad, y odio contra su misma carne, en cuanto estas dos cosas son causas del pecado, cuando desordenadamente se aman. Y para mortificar este mal amor, debe instantemente pedir este santo odio, y procurar que las obras y el maltratamiento de sí mismo digan con la petición: porque aquí está la llave de todo. Mas desto se tratará más copiosamente al fin deste libro.

§ XV

Tienes pues aquí agora, cristiano lector, diez y seis maneras de remedios generales contra todo pecado mortal, que es una muy grande parte de la filosofía cristiana, que á esto señaladamente se ordena. Otros remedios hay particulares contra particulares vicios, de que al presente por la brevedad no es necesario tratar. Mas para conclusión y guarda de todo lo dicho, debes traer siempre ante los ojos cuidado de cuatro cosas, conviene saber, de castigar el cuerpo, guardar la lengua, mortificar los apetitos, y traer siempre el espíritu recogido y puesto en Dios. Porque con estas cuatro cosas se reforman las cuatro principales partes del hombre, que son, la carne, la lengua, el corazón y el entendimiento: las cuales reformadas y puestas en orden, todo el hombre queda reformado, y así cesan las ofensas de Dios, que es el fin que pretendemos en este tratado.

DE LAS MÁS COMUNES TENTACIONES DE LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR A DIOS, MAYORMENTE EN LAS RELIGIONES

CAPÍTULO II

El Eclesiástico nos aconseja que antes de la enfermedad aparejemos la medicina: y toda la doctrina de los filósofos hace mucho caso de estar el hombre reparado y prevenido, para que no le salteen los peligros, y le tomen desapercebido. Por esto será bien al fin desta regla apuntar brevemente algunas maneras de encuentros y tentaciones que suelen padecer los que comienzan á servir á Dios, á lo menos para que entiendan ser tentaciones: porque esto es una muy gran parte para vencerlas. Porque así como el cazador, cuando arma un lazo, procura siempre que el lazo no parezca lazo, sino cebo, así el demonio, cuando nos tienta, trabaja todo lo posible porque su tentación no parezca tentación, sino razón: por lo cual dije que muy gran parte de la victoria de la tentación era conocer ser tentación.

Pues quienquiera que entra en esta nueva caballería, presuponga primeramente que ha de padecer grandes encuentros y muchas tentaciones del enemigo, porque no en balde nos amonestó el Sabio diciendo: Hijo, cuando te allegares á servir á Dios, vive con temor y apareja tu ánima para la tentación. Entre estas tentaciones, la primera es de la fe: porque como hasta entonces estaba el hombre como dormido para la consideración de las cosas de la fe, cuando de nuevo comienza á abrir los ojos y á ver los misterios della, luego (como peregrino en extraña región) comienza como á vacilar en las cosas que se le ponen delante, por la poca luz y conocimiento que tiene dellas. Y así le acaece como á un nuevo aprendiz que entra en una insigne oficina de algún oficial, donde hay muchas maneras de instrumentos y herramienta, y como él no sabe para lo que son, maravíllase luego de lo que ve, y comienza á preguntar para qué es esto, para qué lo otro, hasta que después con el uso, viendo el propósito de cada cosa, sosiega su corazón y viene á parecerle cosa muy conveniente lo que antes extrañaba.

Otra tentación es la de la blasfemia, la cual le representa cosas torpes y abominables, cuando se pone á meditar las cosas celestiales. Porque como saca la imaginación del mundo llena de las imágenes y figuras dél, no puede luego despegar de sí lo que de mucho tiempo estaba impreso en ella, y así á vueltas de las especies y figuras espirituales se le representan las carnales, que dan gran tormento á quien esto padece. Y el mejor modo que hay para vencer estas tentaciones, es no hacer caso dellas, pues á la verdad más son una manera de asombro y espanto del enemigo, que verdadero peligro.

Otra tentación es de escrúpulos, los cuales nacen de la ignorancia que los nuevos tienen de las cosas espirituales: y por eso andan como el que camina de noche, que á cada paso piensa caer. Y especialmente acaece esto por no saber hacer diferencia del pensamiento al consentimiento, y por eso en cada cosa piensan que consienten.

Otra tentación es escandalizarse fácilmente de cualquier cosa que vean contrariar á lo que ellos tienen dentro de sí concebido. Porque como ellos comienzan á abrir los ojos, y entender cuán grande cosa sea servir á Dios, como de nuevo conozcan esto, así se maravillan de quien hace lo contrario, y se turban é indig-

nan por ello. Los cuales aun ni han conocido la grandeza de la flaqueza humana, ni la alteza de los juicios divinos, ni llegado á entender lo que dice Sant Gregorio, que la verdadera santidad tiene compasión, y la falsa ó imperfecta, indignación.

Otra tentación es escandalizarse también de las leyes y ordenaciones de su profesión, y quererse hacer jueces y censores de lo que manda la regla, si es bien ó mal ordenado: que regularmente es tentación de entendimientos soberbios y presumptuosos, y que confían más de sí que de la experiencia de los Padres que las instituyeron. La cual tentación es muy semejante á aquélla de la antigua serpiente, que preguntaba: ¿A qué propósito os mandó Dios que no comiésedes de ese árbol? Por donde aconseja el Sabio que no nos desagraden las parábolas (que son doctrinas altas y al parecer escuras) de los sabios, porque no las dicen sin misterio, aunque nosotros no lo alcancemos. El niño, cuando comienza á leer, cree lo que le dicen, sin preguntar por qué esto ni por qué lo otro, porque esto es cosa que adelante se sabe. Déjese el hombre regir por el parecer ajeno, y totalmente resigne el suyo, y viva más por fe y obediencia que por razón, diciendo con el Profeta: *Ut jumentum factus sum apud te*, &c. Quien esto no hiciere, nunca perseverará en la Religión, ni tendrá paz en su corazón.

Otra tentación es desear demasiadamente las consolaciones espirituales, y entristecerse y desconsolarse demasiadamente cuando les faltan, y estimarse más que los otros cuando las tienen, midiendo la perfección por la consolación, comoquiera que no sea ésta la medida cierta, sino la caridad, y después la mortificación de las pasiones y el aprovechamiento en las virtudes, porque éstos son indicios de estar más crecida la caridad. Y otros hay también que cuando les faltan las consolaciones espirituales, buscan las sensuales, que es otro inconveniente no menor.

Otra tentación es tener poco secreto en las visitaciones y mercedes que de Dios reciben, y publicar y manifestar á otros lo que debían callar, y querer hacerse predicadores y bachilleres antes de tiempo, y comenzar á ser maestros antes que discípulos, y todo esto so color de bien y con una sombra de virtud, no mirando que el árbol frutuoso ha de dar á su tiempo fruto, y que el oficio propio del que comienza, es poner el dedo en la boca, y guardar su ánima.

Otra tentación, y muy común, es inquietarse con deseos de mudanzas de lugares, pareciéndoles que en otra parte estarán más quietos, ó más devotos, ó más aprovechados y recogidos. Y no miran que en la mudanza de lugares se mudan los aires y no los corazones, y que doquiera que el hombre vaya, lleva á sí consigo, esto es, un corazón estragado con el pecado (que es un perpetuo manantial de miserias y desasosiegos) y que éste no se cura con mudanza de los lugares, sino con el cauterio de la mortificación y con el ungüento de la devoción. La cual de tal manera muda el corazón del hombre, que por el tiempo que dura la suavidad deste olor, no se siente el hedor que sale deste muladar de nuestra carne. Por dónde el mejor medio que hay para huir de sí, es llegar á Dios y comunicar con él, porque estando en él por actual amor y devoción, luego está el hombre ausente de sí.

Otra tentación es entregarse demasiadamente con el nuevo gusto y fervor del espíritu á indiscretas vigilias, oraciones, soledad y abstinencias, con que vienen á estragar la vista, la cabeza y el estómago, y quedar cuasi para toda la vida inhábiles para los espirituales ejercicios (como ya yo he visto á muchos) y otros con esto vienen á enfermar gravemente, y parte con el regalo de la enfermedad, parte con la falta de los buenos ejercicios que se dejan por ella, vienen á crecer las tentaciones de tal manera, que fácilmente pueden derribar la virtud, desamparada del favor y fuerzas de la devoción. Otros, habituados al regalo de la enfermedad, quédanse con las malas mañas que en ella cobraron: y otros (como dice San Buenaventura) vienen por esta ocasión á amarse demasiadamente y á vivir no sólo más delicadamente, sino más disolutamente, haciendo cabeza de lobo de la enfermedad, para dar licencia larga á todos sus apetitos y regalos.

Otros por el contrario pecan por demasiada discreción, rehusando cualquier honesto trabajo por temor del peligro, y diciendo que basta para su salvación guardarse de pecado mortal, aunque no se guarden los otros rigores y cosas más menudas. Déstos dice San Bernardo: El nuevo que siendo aun animal, es discreto, y siendo novicio, es sabio, y siendo aun principiante, es ya prudente, no es posible que pueda perseverar mucho tiempo en la Religión.

Pero la más común tentación de los nuevos es dejar el camino

comenzado, y volverse otra vez al mundo. Para lo cual usa el demonio de mil maneras. Otras veces con fortísimas tentaciones de carne les representa como un puerto seguro y vida quieta la de los casados (siendo á la verdad un golfo de continuas tribulaciones y tormentas) alegándoles para todo esto el ejemplo de muchos Patriarcas que siendo casados fueron santos, haciéndole creer que podrá para esto hallar compañía conveniente, que sea de un mesmo propósito y corazón con él, y que así criará sus hijos en temor de Dios. Y aquí le representa las limosnas que puede hacer en este estado, las cuales no puede en la Religión, diciéndole que ésta es una gran parte para tener seguro el cielo en el día del juicio. Otras veces por el contrario pretende engañarle con más altos pensamientos, poniéndole delante otras Religiones más apretadas, especialmente de la Cartuja. Lo cual hace él por sacarle una vez de la Religión por este cabestro, y después que lo tenga fuera de la talanquera en medio del coso, embestir en él y llevárselo en los cuernos. Otras veces enamora demasiadamente los corazones de la soledad y de aquellos ejemplos y vida de los Padres del desierto, para que llevándolos sin compañía por este camino solitario, y teniéndolos solos sin la sombra y consejos de sus espirituales padres, fácilmente prevalezca contra ellos.

Mas entre todas estas maneras de tentaciones, las más peligrosas son las que vienen so color de bien y con imagen de virtud. Porque las cosas que abiertamente son malas, ellas traen consigo su fealdad y su sobreescrito, con el cual se conocen y se hacen aborrecer. Mas las que tienen aparencia de bien, éstas son las más peligrosas, porque nos engañan más fácilmente con esta sombra y figura de virtud. Por lo cual suele nuestro común adversario aprovecharse más déstas para tentar á los siervos de Dios. Porque como sabe que están ya determinados de aborrecer el mal y abrazar el bien, procura él (si puede) darles á beber el veneno del pecado, mezclándolo con esta falsa miel. En lo cual parece semejante á aquellos grandes enemigos de Daniel, que deseando revolverle con el rey Darío, para darle la muerte, y tentados para esto muchos medios en vano, finalmente se resolvieron en decir que no le podrían armar ningún lazo, sino por medio de algún mandamiento de la ley: y así lo hicieron, aunque tampoco esto les aprovechó, porque Dios miró por su siervo. Pues

desta manera tienta el demonio ordinariamente los buenos, y por aquí les arma los lazos, y por esto conviene andar avisados, aun en la afición de las cosas que nos parecen buenas, porque ya que no haya culpa en la afición de la cosa, no la haya en la demasía dellas. Por lo cual toda afición demasiada nos ha de ser sospechosa, porque la demasía en cualquier materia siempre debe ser temida.

Éstas son las más comunes tentaciones de los que comienzan á servir á Dios. Cuyo remedio es la humildad, y la sujeción, y la oración, y la confesión, y la prudencia del buen confesor, que es como el buen piloto que ha de guiar este navío con mucho tiento por medio de las ondas del mar tempestuoso deste mundo, donde soplan los vientos de los espíritus malignos, que levantan grandes tempestades y tormentas. Mas sobre todo esto es Dios, que conoce nuestra flaqueza, y nos acude con su gracia, y nos aparta de la tierra de los Filisteos, porque no nos hagan tan crueles guerras á la salida de Egipto, y que finalmente (como dice el Apóstol) no permite que seamos tentados sobre lo que podemos, antes acrecienta la gracia cuando nos ve puestos en la batalla. Finalmente, los remedios de todas estas tentaciones son los mesmos que arriba pusimos contra el pecado, porque no puede haber otras armas contra la tentación del pecado, que las que valen contra el mesmo pecado. Esto baste cuanto á la primera regla de los que comienzan á servir á Dios.

SÍGUESE

OTRA REGLA DE BIEN VIVIR

PARA PERSONAS ALGO MÁS APROVECHADAS EN LA VIDA CRISTIANA

DEL FIN DESTA DOCTRINA, QUE ES LA IMITACIÓN DE CRISTO

CAPÍTULO I

PORQUE hay algunas personas que no contentas con hacer todo aquello que entienden ser necesario para su salvación, quieren pasar más adelante y aprovechar en el camino de las virtudes, para éstas también es necesario dar doctrina. Para la cual podrá servir la Regla siguiente, demás de lo que al fin deste libro se dirá, en el séptimo tratado.

Y porque el fin de las cosas es la regla por donde se han de guiar, por tanto, así como en la regla pasada pusimos un fin (que fué evitar todo pecado mortal) así en la presente pondremos otro más alto, que es la imitación de Cristo, á la cual toda la vida cristiana se ordena. Y aunque en esta segunda regla se repiten algunas cosas de la pasada, no por eso se pierde tiempo, porque allí se pusieron en cuanto medios que servían para evitar el pecado (que era el fin principal que allí se pretendía) y conforme á esto se declararon: mas aquí se repiten para otros fines, y conforme á esto se tratan más en particular.

§ I

Pues conforme á esto, el primero y más general documento y fin desta doctrina sean aquellas palabras del Salvador, que dicen: Ejemplo os he dado, para que así como yo hice, así vosotros ha-

gáis. Porque así como á los que aprenden á escribir suelen los maestros poner delante una materia de letra muy escogida, para que de allí tomen la forma de la letra que quieren aprender, así á los que desean cristianamente vivir, conviene que se les ponga delante otra materia perfectísima que les sea como un dechado y regla de su vida, la cual no puede ser otra más perfecta ni más conveniente que la vida de Cristo, que nos fué dado en el mundo por maestro y ejemplo de virtudes, pues todo lo que él hizo y dijo en su vida, fué ejemplo y remedio de la nuestra. Porque sabida cosa es que así como toda la perfeción de los efectos es imitar á sus causas y ser semejantes á ellas (como vemos que la perfeción del discípulo es imitar á su maestro) así toda la perfección de la criatura racional es imitar á su criador (en cuanto le sea posible) y parecerse con él. A esta imitación nos convida el mesmo Señor en todas las Escripturas divinas. En una parte dice: Sed santos, así como yo lo soy. En otra dice: Sed misericordiosos, así como vuestro Padre lo es: y en otra dice: Sed vosotros también perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial.

Pues como toda la perfeción de la criatura consista en la imitación de su criador, y para imitar una cosa, sea necesario primero verla, y á Dios nadie podrá ver en su mesma naturaleza y gloria, por esta causa (entre otras muchas) el Hijo de Dios se vistió de nuestra naturaleza, para que así pudiésemos ver á quién habíamos de imitar: esto es, para que viésemos de la manera que andando por este mundo, conversaba con los hombres, qué palabras hablaba, en qué obras entendía, cómo se había en las adversidades, cómo en las prosperidades, cómo en la soledad, cómo en la compañía, cómo con los enemigos, cómo con los amigos, cómo con los grandes y cómo con los pequeños, y finalmente, para que viésemos la excelencia de sus virtudes, su caridad, su humildad, su paciencia, su obediencia, su mansedumbre, su pobreza, sus ayunos, sus oraciones, sus lágrimas, sus vigilias, sus predicaciones, sus trabajos, el celo de las ánimas, el amor de los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, y la blandura y piedad para con los otros. Ésta pues fué una de las causas de su venida al mundo, porque por esto vino Dios á hacerse hombre, para que el hombre se hiciese Dios, para que no solamente por oídas sino también por vista, no sólo por palabras de Dios sino también por ejemplos de Dios, aprendiese el hombre á vivir como Dios. Esto

es lo que significó el Profeta, cuando dijo: Tus ojos verán á tu maestro, y tus oídos oirán la voz del que á tus espaldas te irá diciendo: Éste es el camino, caminad por él, y no os desviéis á la diestra ni á la siniestra, porque por este misterio no sólo nuestros oídos oyeron la doctrina de Dios, sino también nuestros ojos vieron su persona: esto es, vieron el Verbo en la carne y á Dios en el hombre, para que dél aprendiese el hombre cómo había de imitar á Dios, y no desconfiase que podría el hombre hacerse Dios, pues veía á Dios hecho hombre.

Pues según esta cuenta, el que fuere más semejante á Cristo en todas estas virtudes, ése será más perfecto. Y esto es lo que principalmente pretende hacer aquel Espíritu divino, que mora en las ánimas de los justos, tanto que (como dice un doctor) ningún pintor trabaja tanto por sacar su retrato tan semejante al natural, cuanto él procura hacer á todos sus escogidos semejantes á Cristo crucificado, como el que tan bien sabe que ésta es la mayor perfeción y gloria que en esta vida se puede alcanzar.

Mas por ventura dirás: Ya que eso sea así, ¿cómo seré yo poderoso para imitar las virtudes del Hijo de Dios? Yo soy hombre, y él es Dios: yo un abismo de flaqueza, y él un abismo de virtud: pues ¿cómo podré yo levantarme á la imitación de tan gran pureza? La respuesta es, hermano mío, que en hecho de verdad no puede el hombre por sí solo levantarse á esta tan alta semejanza, sino por virtud del mesmo Espíritu de Dios, que ha de morar en él. Porque por esto fué dado este Espíritu á los hombres, para que mediante la virtud del Espíritu divino pudiesen vivir vida divina, y hacer obras, no ya de hombres sino de Dios, pues tenían espíritu de Dios. No sería imposible hablar un hombre como Tulio, si tuviese el mesmo espíritu de Tulio, ni disputar como Aristótiles, si tuviese el mesmo espíritu de Aristótiles: y así tampoco lo es imitar el hombre en su manera las virtudes y la vida de Dios, recibiendo espíritu de Dios. No es nueva cosa participar unas cosas la naturaleza de otras, cuando se juntan con ellas. Así vemos que el manjar desabrido, con la sal se hace sabroso, y con la miel dulce, y con las especias oloroso: y desta manera, no es mucho hacerse el hombre divino, participando el Espíritu divino. Lo uno y lo otro brevísimamente significó el Salvador, cuando dijo: Lo que nace de carne, carne es: mas lo que nace de espíritu, espíritu es. En las cuales palabras abiertamente nos de-

claró que ni era posible la carne por sí sola ser más que carne, ni imposible hacerse espíritu, siendo ayudada con la virtud y presencia del divino Espíritu.

Pues de la participación deste Espíritu (como de una simiente celestial) nacieron todos los hijos de Dios, y por eso no es mucho que como hijos se parezcan á su padre, y vivan vida divina, pues recibieron el Espíritu divino, como lo testificó uno dellos diciendo: Nosotros, quitado el velo de la cara, recibiendo en nuestras ánimas (como en un espejo limpio) la claridad de Dios, somos transformados en la mesma imagen de Dios, obrándolo así en nosotros el Espíritu suyo. Ni tampoco es de maravillar que los llamen en su manera dioses (como los llamó el Psalmista cuando dijo: Yo dije, dioses sois vosotros, y hijos del muy alto) porque no es mucho que participen el nombre de Dios los que participan el espíritu y semejanza de Dios.

Y esta tan grande dignidad nos vino á dar el mesmo Hijo de Dios, y ésta fué la principal causa de su venida. Porque por eso se abajó él á hacerse verdadero hombre, porque el que era verdadero hombre, viniese á hacerse Dios, no por naturaleza, sino por gracia. Y así él es por una parte la causa, que llaman ejemplar, de toda nuestra perfeción, pues él nos debujó en su vida santísima la imagen de la vida perfecta, y él es también la causa meritoria della, pues él es el que con el misterio de su encarnación y con el sacrificio de su pasión nos alcanzó esta tan grande dignidad.

Éste sea pues el primer documento de nuestra vida, y éste el fin de toda ella, al cual nos convida el apóstol Sant Pedro diciendo: Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo que sigamos sus pisadas, el cual no hizo pecado, ni en su boca se halló engaño, el cual maldiciéndole, no maldecía, y padeciendo, no amenazaba. Esto mesmo nos pide también el evangelista Sant Juan por estas palabras: El que dice que está en Cristo, debe trabajar por vivir de la manera que él vivió. Sobre las cuales palabras dice Próspero: ¿Qué cosa es vivir como Cristo vivió, sino despreciar todas las cosas prósperas, que él despreció, y no temer las adversas, que él sufrió, enseñar lo que él enseñó, esperar lo que prometió, hacer bien á los ingratos, no dar mal por mal á los maldicientes, rogar por los enemigos, haber misericordia de los perversos, traer á sí á los contrarios, sufrir igualmente á los

soberbios, y finalmente (como dice el Apóstol) morir á la carne y vivir á solo Dios?

Estas cosas y otras muchas tales comprehende la imitación de Cristo. Mas porque este documento es muy general, decenderemos ahora á tratar en particular del uso y prática de las virtudes, como al principio prometimos.

DEL EJERCICIO Y USO DE DIVERSAS VIRTUDES

CAPÍTULO II

Pues entre estas virtudes, la primera (que es como árbol de vida en medio del paraíso) es la caridad, á la cual pertenece amar á Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, con toda nuestra ánima y con todas nuestras fuerzas. Éste es el primero y mayor de todos los mandamientos, ésta es la reina de todas las virtudes, éste es el principio y fin de toda la vida cristiana, ésta es el ánima y vida de todas nuestras obras, sin la cual, ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni todas las otras virtudes valen nada.

Para alcanzar esta divina virtud, entre otras muchas cosas se requieren señaladamente tres. La primera es purgar el ánima de todos los apetitos y pasiones desordenadas y de todos los pecados que dellas proceden, porque (como está escripto) en la mala conciencia no entrará la divina sabiduría, ni morará en el corazón sujeto á pecados. Y por esto los que desean amar á Dios, trabajen por apartarse de todos los pecados, no sólo mortales, sino también veniales, en cuanto les sea posible. Porque así como cuanto un espejo estuviere más limpio, tanto con mayor claridad recibe los rayos del sol, así cuanto un ánima estuviere más pura, tanto más participa la claridad y rayos del divino amor.

La segunda cosa que para esto se requiere, es recogerse el hombre las más veces que pudiere dentro de sí mesmo, y ponerse á pensar todas aquellas cosas que pueden mover su corazón á amar á Dios: porque si esto hiciere, hallará que todas las razones de amor que se hallan en todas las criaturas, se hallan en solo Dios, y todas en sumo grado de perfeción.

Y porque los filósofos dicen que el bien naturalmente es amable, y que cada uno ama su proprio bien, de aquí nace que dos cosas señaladamente nos mueven á este divino amor, conviene saber, la grandeza de las perfeciones de Dios y la grandeza de sus beneficios: de las cuales dos cosas trataremos adelante en su proprio lugar. Con esto se junta considerar también el amor grande que Dios nos tiene, y la razón que nosotros tenemos con él, por ser él nuestro padre, nuestro hermano, nuestro rey, nuestro señor, nuestro Dios y nuestro último fin: por lo cual es llamado esposo de nuestras ánimas, y por lo cual merece ser amado con infinito amor, porque tal es el amor del último fin. Pues la consideración destas cosas, cuanto es más larga y más profunda, tanto nos hará este objecto más amable. Y por esto, quien quisiere aprovechar mucho en este amor, gaste mucho tiempo en esta consideración.

Otro medio hay sin éste más breve y compendioso, que es cuando el ánima herida y prevenida con la dulcedumbre deste Señor y enamorada de tan grande hermosura, pide instantísima y continuamente á Aquél que sólo puede dar este tesoro, se lo quiera otorgar, pareciéndole que más corto camino es para alcanzarlo, pedirlo, que expremirlo gota á gota á fuerza de consideraciones. Por lo cual tiene por mejor el orar que el meditar, y así ora y pide continuamente con ardentísimos y encendidísimos deseos esta joya tan preciosa. Para lo cual conviene tener á la mano algunas palabras dulces y amorosas con que el ánima religiosa represente á Dios este su deseo. De las cuales, y de todo lo que toca á esta virtud, se tratará adelante en su proprio tratado del amor de Dios. Y ten por cierto que ninguna destas palabras y gemidos será ociosa: porque como el Señor sea tan largo y tan dadivoso, siempre por ellas te dará nueva devoción, ó nueva luz, ó nuevo amor, ó te acrecentará la gracia, ó traerá á sí tu corazón más eficazmente, ó te recreará más dulcemente, ó te esforzará más en el bien comenzado. No quieras pues, hermano, por un poco de negligencia perder tantos bienes, que en cada momento puedes alcanzar.

A esta mesma caridad pertenece también purificar el ojo de la intención en todas nuestras obras, pretendiendo en ellas no nuestro interese ni nuestra honra y contentamiento, sino el beneplácito y contentamiento de Dios. De manera que todo lo que hicié-

remos (ó por nuestra voluntad, ó por la ajena) hagamos, no por cumplimiento, no por pura cerimonia, ni por necesidad, ni por fuerza, no por agradar á los ojos de los hombres, no por otro algún interese de la tierra, sino puramente por amor de Dios, como sirve la buena mujer á su marido, no por el interese que dél espera, sino por el amor con que le ama. En lo cual conviene que el ánima sea tan fiel y tan casta, que así como la buena mujer se atavía y compone por sólo agradar á los ojos de su marido y no á otros, así ella procure el ornamento y atavío de las virtudes por sólo agradar á los ojos de Dios. No digo esto porque sea malo hacer buenas obras por el premio de la vida perdurable (antes es cosa santa y loable) sino porque cuanto más el hombre desviare los ojos de todo género de interese, y más puramente pretendiere agradar á Dios, tanto más perfectamente obrará, y tanto más merecerá. Porque (como dice Sant Bernardo) el perfecto amor no cobra fuerzas con la esperanza, ni desmaya con la desconfianza, porque ni trabaja por lo que espera que le darán, ni dejará de trabajar, aunque no espere que le den, porque no le mueve al trabajo el interese, sino el amor.

Y no sólo al principio ó fin de las obras debe tener esta intención, sino también, al tiempo que las hace, de tal manera las debe hacer, que las esté ofreciendo á Dios y que en ellas esté actualmente amando á Dios. De suerte que cuando estuviere obrando, no menos parezca que está amando y orando, que obrando: y desta manera no se distraerá en las obras que hiciere, porque así obraban los Santos, y por esto no se distraían cuando obraban. Así se dice por figura de la Esposa en los Cantares que sus vestiduras olían á encienso. Porque por las vestiduras del ánima entendemos las virtudes con que ella se atavía, y por el encienso que echado en el fuego sube á lo alto con suave olor, entendemos la oración que hecha en la tierra, obra en el cielo. Pues decir ahora que las vestiduras de la Esposa huelen á encienso, es decir que de tal manera obraba las obras de las virtudes, que su obrar no menos parecía orar que obrar, por la grande devoción con que hacía sus obras. Vemos que cuando una madre está lavando los pies á su hijo ó á su marido que viene de camino, juntamente le está sirviendo y le está amando, gozándose y tomando particular gusto y contentamiento en aquel servicio que le hace. Pues desta manera se ha de haber nuestro corazón cuando entiende en hacer

algún servicio á su Criador, y desta manera también olerán sus vestiduras á este encienso espiritual.

Lo que desta manera se hace, es de grande merecimiento. Porque el mérito de nuestras obras principalmente pende de la pureza de la intención, y del amor y devoción con que se hacen. En lo cual parece que así como en la moneda no hacemos tanto caso del número como del metal (porque poco oro vale más que mucho cobre) así en las buenas obras no se ha de estimar tanto la muchedumbre dellas como el amor y devoción con que se hacen, como nos lo mostró el cornadillo de aquella viuda del Evangelio, que valió más que las ofrendas gruesas de muchos ricos Y así también acaecerá hacerse una buena obra con tanta voluntad y caridad y devoción, que valga más en los ojos de Dios que muchas otras que no se hacen así. De manera que así como una oración fervorosa alcanza más de Dios que muchas tibias, así una obra hecha con mucho fervor y devoción merecerá más que otras muchas que no se hacen así: lo cual deben mucho de notar los que viven en estados que los obligan á hacer siempre buenas obras, para que miren mucho de la manera que las hacen, y para que no se ensoberbezcan mucho por lo mucho que hacen, si no lo hacen con mucho amor y devoción.

Á esta mesma caridad pertenece también no sólo amar á Dios, sino también al prójimo por amor de Dios. Porque como á la caridad pertenezca amar á Dios y á todas sus cosas, y entre las cosas de Dios una de las principales sea la criatura racional, hecha á imagen de Dios y redemida por su sangre, de aquí es que de la mesma raíz y hábito de donde nace amar á Dios, nace el amar al prójimo por Dios, como solemos decir que quien ama á Beltrán, bien ama á su can. Y así dicen los doctores que la caridad es un solo hábito, pero que tiene estos dos actos, uno de amar á Dios, y otro de amar al prójimo por Dios. Ésta es la causa final por que habemos de amar á los prójimos: y aun éste es el mayor motivo que tenemos para amarlos, por indignos que sean de nuestro amor, porque ni habemos de mirar á ellos, ni amar á ellos por ellos, sino por amor de aquel Señor que los crió y los redimió, y nos manda que los amemos por él: porque dado caso que en ellos no haya razón para ser amados, pero en Dios hay infinitas razones por las cuales merece que amemos no sólo á ellos, mas aun á todos los trabajos y tormentos del mundo por él. De manera que si faltan

razones en el prójimo para amarlo, en Dios sobran para esto y para mucho más.

Este amor nos pide no hacer mal á nadie, no decir mal de nadie, no juzgar á nadie, tener en gran secreto la fama del prójimo y dar siete ñudos á la boca antes que tocar en su fama.

Y no basta no hacer mal á nadie, sino es menester también hacer bien á todos, socorrer á todos, aconsejar á todos, perdonar á quien te ofendió, y pedir perdón á quien ofendiste, y sobre todo, sufrir las cargas, injurias, simplezas y condiciones de todos, según aquello del Apóstol, que dice: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Esto es lo que pide la caridad, en la cual está la ley y los profetas, sin la cual el que quisiere fundar religión, no hará más que el que quisiese formar un cuerpo vivo sin ánima, lo cual implica contradición.

§ I

Otra virtud, hermana de la caridad, es la esperanza (aunque esta virtud no pudo haber en Cristo, como ni la fe, porque tenía otra cosa mayor) á la cual pertenece mirar á Dios como á padre, teniendo para con él corazón de hijo, pues que realmente, así como no hay bueno en la tierra que merezca llamarse bueno, comparado con él, así no hay padre en ella que tenga tales entrañas de padre para con aquéllos que ha tomado por hijos, como él. Y así, todas cuantas cosas en este mundo le sucedieren, prósperas ó adversas, todas tenga por cierto que le vienen para su bien, pues ni un pájaro cae en el lazo sin su providencia: y en todas ellas acuda luego á él con toda confianza, manifestando todas sus tribulaciones delante dél, confiando en la inmensidad de su largueza, y en la fidelidad de sus promesas, y en las prendas de los beneficios recibidos, y sobre todo en los merecimientos de su Hijo, esperando fielmente que aunque él sea pecador y miserable, habrá misericordia dél, y por donde él menos piensa, encaminará todas las cosas para su bien. Y para esto tenga siempre en la memoria aquel verso de David : *Ego autem mendicus sum & pauper, Dominus sollicitus est mei.* Y si mirare atentamente la escriptura de los Psalmos, de los Profetas y de los Evangelios, toda la hallará llena desta manera de providencia divina y es-

peranza nuestra, con la cual cada día cobrará más ánimo para esperar en Dios en todas las necesidades y trabajos que le vinieren. Y tenga por cierto que nunca tendrá verdadera paz y reposo de corazón, hasta que tenga esta manera de seguridad y confianza: porque sin ella todas las cosas le turbarán, inquietarán y desmayarán, y con ella no tiene por qué turbarse, pues tiene á Dios por valedor.

§ II

Otra virtud es la humildad así interior como exterior, que es raíz y fundamento de todas las virtudes, la cual de tal manera resplandeció en la persona y vida de nuestro Salvador, que della señaladamente pidió él ser imitado cuando dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Sobre las cuales palabras dice muy bien el cardenal Cayetano que en estas dos virtudes consiste la principal parte de la filosofía cristiana, porque la humildad dispone nuestra ánima á recebir los dones de Dios, y la mansedumbre nos dispone á tratar dulcemente con los hombres.

Á esta humildad pertenece que el hombre se tenga por una de las más viles y pobres criaturas del mundo, y más indigna del pan que come, y de la tierra que huella, y del aire con que respira, y no sienta más de sí que de un cuerpo hediondo y abominable, y lleno de gusanos, cuyo hedor él mesmo no puede comportar, y que todos cierran los ojos y tapan las narices por no olerlo ni verlo. Así nos conviene (dice el bienaventurado San Vicente) hermano muy amado, á mí y á ti que lo sintamos, pero más á mí que á ti, porque toda mi vida es hedionda y sucia, y yo todo soy sucio, y mi cuerpo y mi ánima y todas cuantas cosas hay dentro de mí, están feas y abominables con la corrupción de mis pecados, y (lo que peor es) que cada día siento que este mesmo hedor y horror se renueva en mí. Y debe el ánima fiel sentir este hedor en sí con grande vergüenza, como la que se ve en presencia de aquellos divinos ojos que tan claramente lo ven todo, y como si ya se hallase presente en aquel estrecho juicio, dolerse cuanto pudiere de la ofensa de Dios y de haber perdido aquella gracia que tenía cuando fué lavada con el agua del santo Baptismo. Y así como cree y siente que hiede ante Dios, así también imagine que hiede

ante los hombres y ángeles, y así ande como corrido y confundido en presencia dellos. Y si pensare lo que aquella divina Majestad merece, y cuánto estaba obligado quien tantas misericordias había recebido, y cuán mal ha respondido á lo uno y á lo otro, y cómo en lugar de servicios tan debidos le ha hecho tantos deservicios, verá que merecía que todas las criaturas se levantasen contra él, y tomasen venganza dél, y lo despedazasen y comiesen á bocados, pues él tan gravemente injurió y ofendió al Señor de todo. Y por esta causa desee ser escupido y menospreciado de todos, y reciba con toda alegría y paciencia todos los vituperios, vergüenzas, infamias, injurias y adversidades que le vinieren, y en ellas tome tan grande contentamiento cuanto suele recebir un enemigo cuando toma venganza de otro: porque así es razón que la tome él de sí, por haber ofendido á Dios. Y á esta mesma humildad pertenece que desconfíe de sí mesmo y de todas sus habilidades y fuerzas, y se convierta de todo en todo, y recline sobre los brazos de Cristo pobrísimo, y deshonrado, y despreciado, y muerto por amor dél, hasta que él también llegue á estar como muerto para todos los agravios é injurias que padeciere por él.

Y pues tal es razón que sea la figura del hombre exterior cual es la del interior, así como el interior está en su pensamiento en el más bajo lugar del mundo, así el exterior procure de abajarse á imitación de Cristo á lavar los pies (si menester fuere) de todos los otros hombres, y á procurar que el vestir, el andar, el hablar, el servicio, la casa, la mesa y todo lo demás (guardadas las leyes de la discreción) sea conforme á la humildad interior, porque no sea el hombre diferente de sí mesmo y doblado, y haga contra aquel mandamiento del Señor que dice: No tomes figura contra tu figura.

§ III

Con la humildad está muy segura la castidad, que es propriamente virtud de ángeles, como el Salvador dice. Y digo que está segura con la humildad, porque en faltando esta virtud, luego estotra corre peligro. Y así dice divinamente Sant Anselmo que cuando la soberbia no basta para destruir la humildad, destrúyela la lujuria: y cuando la lujuria no puede destruir la castidad,

destrúyela la soberbia. La cual, aunque es polilla de todas las virtudes, mas particularmente lo es désta: y por eso el verdaderamente casto acompañe su castidad con humildad, porque así la tenga más segura.

Pues á esta virtud pertenece tener un cuerpo y corazón de ángel (si fuese posible) y huir cielo y tierra de todas las pláticas, vistas y conversaciones ó amistades que á esto le puedan perjudicar, aunque sea á veces de personas espirituales, porque (como singularmente dijo Santo Tomás) muchas veces el amor espiritual viene á mudarse en carnal, por la semejanza que hay entre uno y otro amor. Á esta virtud pertenece que cuando el mal pensamiento llegare al corazón del hombre, en ese mesmo punto con grandísima ligereza lo sacuda de sí como una brasa encendida, según que arriba declaramos. Y trabaje en esta parte por ser tan casto y tan fiel á Dios, que tenga los ojos quebrados (si fuese posible) para no ver cosa con que se pueda ofender el dador dellos. Y cuando algo se le ofreciere que mirar, diga dulcemente en su corazón: Señor mío, no tenga yo ojos para ver cosa con que pueda ofender á los vuestros. No plega á vuestra bondad que de los ojos que me distes, y que ahora estáis alumbrando con vuestra luz para que yo viese vuestras obras, haga yo armas para contra vos. El que esta honestidad y guarda tuviere en sus ojos, tenga por cierto que Dios le guardará, y que con esto ahorrará de muchas batallas y peligros, y vivirá en grande paz.

También es parte de castidad trabajar por que nuestro corazón esté tan entregado y sujeto á Dios, que á ninguna criatura vana ni perecedera se pegue con demasiada afición. Téngase por verdaderamente muerto al mundo, y como si fuese sordo y ciego, así ninguna cosa quiera oir ni ver, sino lo necesario ó provechoso. Y no sólo ha de ser el cuerpo y el corazón casto, mas también ha de procurar que los ojos sean castos, y las palabras castas, y la compañía casta, y la vestidura casta, y la cama, y la mesa, y la comida, como luego diremos: porque la verdadera y perfecta castidad todas las cosas quiere que sean castas, y una sola que falte, á las veces lo destruye todo.

§ IV

Á esta virtud ayuda (entre otras cosas) la templanza en el comer y beber, porque (como dice Sant Juan Clímaco) el que quiere ser casto y regala su cuerpo, es como el que quiere despedir de sí un perro, y le arroja un pedazo de pan, el cual por eso le seguirá más. Pues para alcanzar esta virtud, tenga el hombre cuidado que dando al cuerpo su mantenimiento, no cargue su estómago y espíritu con demasiado comer y beber, sino lo uno y lo otro reciba templadamente, no buscando en esto regalo ni deleite, sino sólo satisfacer á la necesidad. Y puesto que naturalmente lleve gusto en lo que come, pero no lo procure él de su parte, ni se saboree en él. Cada bocado que comiere, espiritualmente lo moje en la preciosísima salsa de la sangre del Redemptor, y de las dulcísimas fuentes de sus llagas reciba lo que hubiere de beber. Quiera más las groseras y viles viandas que las costosas y curiosas, acordándose que nuestro Señor Jesucristo gustó por él hiel y vinagre en la cruz. Pero advierta que quien come manjares viles y despreciados (si con demasiada codicia y golosina los come) pierde el valor de la verdadera abstinencia: la cual no consiste tanto en la cualidad de los manjares, cuanto en la manera de comerlos. Porque (como dice San Augustín) posible cosa es que un sabio use templadamente de un precioso manjar, y que el no sabio venga á destemplarse en la comida de uno muy vil. Porque no hace gula la cualidad del manjar, sino la desorden del deleite. Así que el verdadero amador de la vida espiritual ha de traer guerra perpetua con su sensualidad, negándole prudentemente lo que ella con desorden apetece. Pero de tal manera castigue la carne, que no destruya la naturaleza ni estrague la complexión con indiscreto rigor de abstinencia, siguiendo en esto sólo su juicio, mas en todo guarde la medida y santa discreción, dejándose guiar por el consejo de los sabios y virtuosos. Y conforme á esta regla debe menospreciar la vanidad y curiosidad en el vestido, servicio y aposento, y en todas las otras piezas y alhajas de que se sirve.

§ V

Tras desta virtud se sigue como hermana suya el silencio, madre de la inocencia, llave de la discreción, compañero de la castidad, guarda de la devoción, y ornamento de la nueva edad. Pues para alcanzar tan excelente virtud, procure el siervo de Dios que nunca de su boca salgan palabras perjudiciales ni deshonestas, ni dé oídos á los que las hablaren, mas antes procure interrumpir con toda discreción las tales pláticas por la mejor manera que le sea posible. Aborrezca mucho toda mentira y toda palabra de lisonja ó de vanagloria. No sea áspero en sus hablas, sino dulce y amigable, y no sean sus palabras artificiosas y compuestas, sino sencillas y llanas. Guárdese lo mejor que pueda, de palabras ociosas, por el tiempo que en ellas se pierde, y mucho más de burlas y donaires, porque se derrama con ellas la devoción. Pero las dos principales rocas de que se debe desviar con todo cuidado, son hablar bien de sí y mal de otro. Y para estar más seguro destos peligros, pudiendo callar sin detrimento de la caridad ó de la obediencia, calle de buena gana: pero no sea pesada y enojosamente callado, porque su silencio no sea para otros molesto. Y cuando le conviniere hablar, abrevie cuanto pudiere sus razones, y hable con cautela y discreción, y antes que abra la boca, asiente consigo de no pronunciar más palabras de las que fueren menester.

No contradiga á otro ligeramente, ni porfíe con nadie, mas después que hubiere afirmado una ó dos veces lo que tiene por verdad, si no es creído, deje á los otros sentir lo que quisieren, y calle como si más no supiese, en caso que su silencio no fuese notoriamente perjudicial á la gloria de Dios. No sea cabezudo en sus pareceres, ni porfiado en sus razones, ni afirme con demasiada aseveración lo que sabe, sino con modestia y templanza, diciendo: Pienso que es así, ó si no me engaño, así es.

Mas para no errar en esta parte (que es tan principal) ni cometer ningún barbarismo (como dicen los gramáticos) en este lenguaje espiritual, debe mirar atentamente estos siete puntos ó circunstancias, cuando quisiere hablar. La primera, la materia de que habla: porque ésta conviene que sea de cosas buenas,

provechosas ó necesarias, y no malas, inútiles ó dañosas. La segunda, el fin para que habla: que no sea por hipocresía, ostentación, vanidad ó jactancia, sino con simplicidad y llaneza, y por fin honesto y necesario. La tercera, el modo con que habla; que no sea con soltura y desentonamiento, ni tampoco con blandura mujeril y afectada, sino con reposo, mansedumbre y gravedad, aunque ésta no ha de ser pesada, sino mezclada con suavidad, como dicen que era la de Sant Basilio. Y especialmente la habla de la mujer ha de ser más llana y más sencilla, porque dicen que ha de ser como el agua, que ningún sabor ha de tener para que sea buena. También se reprehende con razón el hablar afeitadamente con intento de parecer el hombre muy discreto y bien hablado, lo cual en el hombre es gran vicio, mas en la mujer es gran peligro. La cuarta circunstancia es de la persona que habla, porque á los mancebos no se da tanta licencia para hablar, antes es muy grande ornamento en ellos el silencio, compañero de la vergüenza, y no menos lo es en las doncellas y vírgines, á las cuales dice Sant Ambrosio: Mira por ti, doncella, y por las palabras que hablas, porque muchas veces hablar palabras buenas es crimen en la doncella. La quinta es mirar la persona ante quien habla; porque delante de los más sabios y ancianos no es lícito hablar á todos, sino cuando la necesidad lo requiere, y no se puede excusar. La sexta es mirar el lugar adonde hablamos: porque lugares hay para hablar, y lugares para callar, como es la iglesia y otros tales. La séptima es mirar también el tiempo en que se ha de hablar: porque (como dice Salomón) tiempo hay de callar, y tiempo de hablar: y una de las principales partes de la prudencia es ésta, especialmente cuando queremos amonestar, ó aconsejar, ó reprender: porque en todas las cosas conviene buscar tiempo y oportunidad, pero mucho más en ésta, sin la cual totalmente se pierde el fruto de la amonestación. Y del que esta circunstancia guarda, dice el Sabio: Manzanas de oro sobre colunas de plata es hablar lo que conviene á su tiempo.

Todas estas circunstancias conviene que mire el que quisiere hablar sin errar, porque en cualquiera dellas que falte, peca y hace contra las reglas del bien hablar. Y porque es gran maravilla no caer en algún defecto déstos, por esto es muy buen remedio acogerse el hombre al puerto del silencio, donde ninguno destos bajos hay.

§ VI

Mortificada y ordenada desta manera la lengua, queda por mortificar la propria voluntad, que es otra llave de la buena vida: para lo cual una de las cosas que más aprovechan, es la obediencia. Por tanto, uno de los ejercicios que en más se debe estimar, es el desta virtud, sabiendo que es aceptísimo sacrificio á Dios la perfecta muerte de la propria voluntad. Cualquiera cosa hecha simplemente por obediencia (dado que por sí sea de poco valor) Dios la engrandece y como excelente la galardona: y ninguna obra (por grande que sea) puede agradarle, si es acompañada con desobediencia de Dios ó de los prelados. Obedezca pues el siervo de Dios con alegre y devoto corazón á sus mayores, y hónrelos por respecto de Dios, porque la honra que no merecen por sus personas, por el oficio la merecen. Obedezca también á los iguales, y aun á los inferiores, en las cosas que fueren lícitas y honestas.

Huelgue de ser reprehendido y enseñado por otro cualquiera, y contra los que le reprehenden con enojo, no se defienda con soberbia, mas imitando á su Señor, quiera más sufrir y callar, salvo si de su silencio se siguiese algún escándalo notable. Sujétese húmilmente á toda criatura por amor de Dios, y puesto que reciba dél grandes mercedes y consolaciones, no por eso se ensoberbezca ni tenga por mejor por esta causa, pues á la verdad todo lo bueno es de Dios, y solo el pecado puede tener por suyo.

§ VII

Aprenda también á sufrir sin quejas ni murmuraciones cualesquier injurias, escarnios, acusaciones, afliciones y daños que permitiere Dios que le vengan, creyendo fuera de toda duda que Dios por su justa y piadosa ordenación se los envía. Por lo cual no se indigne ni quiera mal á los hombres por cuya mano le vienen, antes conformándose con su Señor, se muestre para con ellos manso y benigno.

No juzgue los hombres ni los mida por la miserable y corrup-

tible aparencia del cuerpo, sino por la dignidad incomprehensible del ánima, que es hecha á imagen de Dios. Á nadie haga mal rostro, ni se muestre airado, ni desabrido, ni triste, sino así en su conversación como en sus palabras y respuestas sea afable y benigno á todos con una mansa gravedad. Las faltas ajenas sufra mansamente, pero las que contrariaren á la honra de Dios, procure con diligencia emendarlas amigablemente por sí ó por otro, cuando espera que aprovechará. Aborrezca el pecado en el hombre, no al hombre por el pecado, porque el hombre es hechura de Dios, y el pecado hechura del hombre. Esté aparejado, cuando convenga, para hacer bien á todos, y no menos á los que mal le quieren, y compadézcase así de los que mal hacen como de los que mal padecen. Pero señaladamente se mueva á compasión de las ánimas de los fieles defuntos que en el purgatorio son atormentadas, y ruegue por ellas al Señor. Y para que más fácilmente se duela de los males ajenos, ponga á sí mesmo en lugar de los que padecen, y así sentirá los males ajenos como sentiría los suyos proprios. De ninguno tenga envidia, de ninguno murmure, de todos sienta bien, y si algunas siniestras sospechas se levantaren en su corazón, prestamente las deseche de sí. Á ninguno desprecie, y de ningún pecador desespere, porque quien en esta hora es malo, puede por la gracia de Dios mañana estar mudado. Asiente consigo un firme propósito de nunca juzgar á nadie, y procure de interpretar los dichos y hechos ajenos siempre á la mejor parte, oyendo y mirando todas las cosas con sencillo y benigno corazón.

No se turbe por los males y desastres que en el mundo acaecen, mas en todas las cosas se fíe de la divina Providencia, sin la cual no cae un pájaro en el lazo. Y á la mesma Providencia divina encomiende á sí y á todas sus cosas seguramente, estribando con humilde confianza en cualquier trabajo en la misericordia de tan buen Señor, socorriéndose á él con oración fervorosa, según amonesta el Profeta diciendo: Arroja tus cuidados en el Señor, que él te proveerá. Por dónde, puesto que algunas veces le desampare la consolación interior (y sobre esto sea gravísimamente afligido) no deje por eso su santo propósito, mas persevere ante el Señor con humildad y confianza, sin buscar vanos consuelos con que se recree, porque él lo consolará.

Si el espíritu maligno pusiere en su corazón perversos y abo-

minables pensamientos, no haga caso dellos, sino cierre con presteza los ojos del ánima, porque mucho mejor vencerá los tales combates despreciándolos y escupiéndolos, que mirándolos ó altercando con ellos. Ni se tenga por llagado con las saetas á que del todo resiste y prestamente desecha de sí, porque no comete en tal caso culpa que sea necesario confesarla: porque los pecados somos obligados á confesar, no las tentaciones de los pecados á que no consentimos. Las torpezas pensadas no ensucian, si no agradan: porque una cosa es sentir el mal, otra consentirle, y sabemos que muchos Santos sintieron algunas veces en su carne grandes incentivos de vicios, pero con la razón y voluntad los desterraron.

§ VIII

No piense que la santidad de la vida consiste en sentir en el ánima grande consolación y dulzura, ni tenga por cierta y segura devoción el sentimiento tierno del espíritu, con que algunos fácilmente hacen sus ojos fuentes de lágrimas: porque muchas veces se hallan en herejes y paganos semejantes blanduras. La verdadera devoción es la prompta voluntad, con la cual está determinado el hombre á todo lo que conviene á la honra y servicio de Dios. Ésta persevera siempre con su fruto, puesto que el ánima esté seca y el corazón estéril. Por tanto, no desee el varón espiritual desordenadamente la suavidad interior, mas igualmente esté aparejado para recebirla y para carecer della, cuando el Señor quisiere. Si Él tuviere por bien consolarle, reciba con humildad y agradecimiento la merced, y guárdese no use del don para solo su contentamiento, ni goce de la dádiva olvidándose del dador. Y tan puro y sencillo, tan humilde y tan sosegado permanezca cuando es de Dios visitado, como cuando no lo es. Ni debe tanto asegurarse y descansar en los dones de Dios, cuanto en el dador dellos, que es nuestro último fin. Por pequeña gracia que reciba, se juzgue por indigno della: antes crea siempre que es merecedor de pena y no de regalos. Si cantando ó rezando no pudiere estar tan atento como desea, no por eso desmaye ni desconfíe, porque aun las oraciones hechas con corazón distraído son fructuosas y gratas á Dios, cuando el que ora, padece contra su voluntad tal

distración, y de buena gana hace lo que es en sí, ofreciendo á Dios la buena voluntad, é insistiendo en la oración con cuidado y diligencia. Por tanto, no sea impaciente ni desasosegado, ni se congoje demasiadamente, mas poniéndose en las manos de Dios, se esfuerce, porque es Dios tan bueno y tan piadoso, que con benignidad sufre á los que hablando con él en la oración, revuelven en su pensamiento cosas indignas de su presencia. Y así le diga: Señor, vos sabéis que mi corazón vuela por muchas partes: habed misericordia de mí, vilísimo pecador. Buen Jesú, responded por mí y suplid todas mis faltas. Yo por mi flaqueza resbalo: tenedme vos, y no caeré. Mas ¿qué diré, que así débil, y enfermo, y dando mil caídas, me aguardáis?

Dispóngase y desee recebir la sagrada Comunión á menudo para loor de Dios. Y si no la puede recibir sacramentalmente cuantas veces desea, no se turbe ni inquiete, mas conformándose con la voluntad del Señor, aparéjese para recibirla espiritualmente, porque nadie le podrá impedir que no se llegue al Señor y le reciba espiritualmente, si quiere, mil veces cada día.

§ IX

Recójase de noche, y tómese estrecha cuenta de cómo ha gastado el día (según que arriba dijimos) y hecho esto, componga su corpecillo honestamente para dormir, y hállele el sueño (si pudiere ser) pensando en Dios dulcemente, y entretenga sus amorosos deseos para volvérselos cuando despertare. Y á la mañana en despertando, madrugue luego á la hora su corazón á Dios, y enderece sus primeros pensamientos y palabras á él, diciendo con el Profeta: Dios, Dios mío, á vos velo yo por la mañana. Y más abajo torna á decir: En la mañana pensaré en vos, porque fuistes mi ayudador. Desta manera se apareja el hombre para recebir y continuar la gracia de la devoción, que nunca se debría interrumpir. Pero si por la confusión y derramamiento de su espíritu no puede libremente convertirse á Dios, ó si durmiendo padeciere algunos feos y torpes sueños, no por esto desmaye ni se entristezca demasiadamente, mas luego que despedido el sueño, volviere al uso de su razón, aborrezca la torpedad que soñó, y sufra con paciencia y humildad la molestia que padeció.

Huya no solamente los graves pecados, mas las pequeñas negligencias con todo cuidado y solicitud: porque si no quisiere guardarse de todo lo que á Dios desplace, y de todo lo que impide ó menoscaba su amor, no alcanzará la perfecta pureza y paz del corazón. Y aunque estas negligencias sean livianas, todavía por tenerse en poco pueden hacerse grandes, porque no hay enemigo tan pequeño que despreciado, no sea muy perjudicial. Por lo cual dice Sant Gregorio: Algunas veces acaece ser mayor el peligro de las culpas pequeñas que el de las mayores: porque las mayores, cuanto más claro se conocen, tanto más fácilmente se emiendan, mas las pequeñas, cuanto menos se conocen, menos se evitan, y así podrían mucho dañar.

Mas por esto no debe el hombre desconfiar, cuando algún pecado déstos cometiere, ni huya luego de la presencia de Dios, mas conviértase á él humilde y confiadamente, y trate con él del mal que hizo, y de su ingratitud, llorando tiernamente porque ofendió á tan buen Señor. Y no sólo ponga los ojos en su profunda miseria, mas juntamente considere la inmensidad de la misericordia divina, la cual no puede faltar á aquéllos que de todo corazón se vuelven á él. Y para entera satisfación y emienda de sus pecados ofrezca al Eterno Padre la santísima vida y amarguísima muerte de su unigénito Hijo, y pida amorosamente al mesmo Hijo que con aquella preciosa sangre que por él derramó, lave las máculas de sus pecados. Y esto hecho, tenga confianza y prosiga su vida con el mesmo aliento y corazón que tenía antes que pecara.

Y no desmaye ni se haga pusilánime por algunos defectos y pasiones que por ninguna vía puede acabar de vencer en sí: mas encomendándolos á la divina misericordia, y poniéndose en sus manos, persevere con humildad y paciencia, y nunca pierda la esperanza. Y si cien veces al día cayere, cien veces se levante con esperanza de perdón. Y cada hora proponga fuertemente de ser más vigilante y más atento á lo que debe hacer, con tanto que no confíe en su propósito ni esfuerzo, sino en sola la bondad y misericordia de Dios y en el favor de su gracia, la cual nunca falta á quien hace lo que es de su parte.

Los afectos de su ánima debe tener de tal manera ordenados y enderezados á Dios, que él le sea todo en todas las cosas, y á él solo vea en todas ellas, y á todas ellas en él. No ponga los ojos en

ellas, ni quiera gozar dellas por lo que son, sino todas las mire en Dios, considerando lo principal que hay en ellas, que es haber manado dél y representarnos algo dél. Desta manera será el gozo de la criatura no sólo más puro, sino también más suave y mayor. Todas sus obras y ejercicios encomiende á la divina Sabiduría, para que él las enderece y perficione, y al mesmo Salvador y á su Eterno Padre las ofrezca en alabanza eterna para la salud de toda la Iglesia, encorporadas y unidas con las santísimas obras y ejercicios de Cristo. Porque desta manera nuestras obras y ejercicios se hacen nobilísimos y muy agradables á Dios: porque de las obras heroicas de Cristo (á cuya sombra se arriman y por las cuales se nos da gracia) reciben inestimable valor. Por lo cual nos aconseja el apóstol Sant Pedro que ofrezcamos á Dios sacrificios de buenas obras, que le sean agradables por Cristo. Y así cuantas cosas padeciere, grandes ó pequeñas, interiores ó exteriores, todas las ofrezca á Dios, para que del valor y dignidad de su sacratísima pasión reciban ellas valor.

§ X

No sea arrebatado y apresurado en las cosas que entiende hacer, ni se aficione á ellas con demasiada afición, haciéndose captivo y esclavo dellas, sino siempre trabaje por conservar su corazón en verdadera libertad. No siga los movimientos impetuosos de su ánimo, aunque sea en cosas de virtud, mas con miramiento y razón prudentemente sea señor de sus afectos y obras. Ni se fíe de que sus afectos y movimientos sean buenos, porque ninguna virtud sin discreción es virtud, y hasta el mesmo amor de Dios sin discreción sería dañoso.

Desvíe de sí con toda discreción cualquiera cosa que le pueda ser ocasión de perder ó impedir la serenidad y paz de su corazón, y con principal diligencia destierre de sí las desenfrenadas pasiones de ira, de codicia, de deleite, de temor, de gozo, de tristeza, de amor, de odio, con las demás, porque éstas son las que principalmente destierran la paz del ánima.

Y no menos le conviene echar de sí los vanos é indiscretos escrúpulos, y finalmente cualesquier cuidados superfluos que puedan turbar la paz de su espíritu. Nunca sea muy solícito por las cosas que temporalmente le acaecen, pues en cabo todo lo tempo-

ral es perecedero, y así todas las pérdidas temporales no son más que pagas adelantadas y mercedes de Dios para adelante. Finalmente, apartando así su entendimiento como su afición, de las cosas perecederas y mundanas, recoja todas las fuerzas y potencias dentro de sí mesmo, y ahí á solas comunique siempre con Dios.

En todo tiempo y lugar considere reverentemente la presencia de Dios, porque él á ninguna hora ni parte está ausente, mas todo está en todo lugar: y como amigo que tiene junto consigo, le hable amorosamente, mostrándole sus fieles deseos y encendidos afectos. Aprenda á tratar con él á solas, porque esta familiaridad con Dios en gran manera le será provechosa. Ni desmaye ó pierda la esperanza, viendo tan variable su corazón y hallando gran dificultad en tener el pensamiento fijo en Dios, mas persevere constantemente, y déle tantas sobrefrenadas hasta que le vuelva á la carrera: porque después que con alguna fatiga se acostumbrare á esto, de ahí adelante no sólo le será fácil y suave pensar en Dios y en sus cosas, mas antes no se hallará á estar una hora sin él. Y cuando alguna vez hallare su ánima derramada, vuélvala á su primer ejercicio diciendo: ¿Dónde has andado, ánima mía? ¿Qué provecho traes de haberte apartado de tu Señor, sino perdimiento de tiempo y derramamiento de corazón? Mira no seas callejera y vagabunda, pues ninguna cosa menos conviene á esposa de tan gran Señor.

Ponga otrosí delante sus ojos la imagen de Cristo, Dios y hombre, enclavado en la cruz, y cuanto pudiere, la imprima en el centro de su corazón, saludando y haciendo reverencia con devoción entrañable á aquellas sus santísimas heridas, dignas de perpetua recordación, y con una amorosa y humilde osadía se esconda dentro dellas. Y ocupado todo su sentido en esta sagrada imagen de la vida y muerte del Redemptor, no habrá lugar para otras figuras ni imaginaciones extrañas, mas echará fuera todas las fantasías y pensamientos desaprovechados, como un clavo con otro clavo. Así que, cuanto le fuere posible, siempre more consigo, y trate dentro de sí, desembarazando su corazón y despidiendo dél todas las cosas transitorias, mirando de hito en hito á su Dios, que siempre le está mirando, trabando siempre con él dulces y amorosas palabras. Y tenga por grande pérdida alejarse, aunque sea por muy breve espacio, deste sumo bien, en quien están todos los bienes.

DE LO QUE DEBE EL HOMBRE HACER PARA CON DIOS Y PARA CON SUS PRÓJIMOS

CAPÍTULO III

Dicho de las virtudes en general, añadiremos otro capítulo para tratar dellas más en particular, aplicando lo que hasta aquí se ha dicho, á las tres principales obligaciones que tiene el cristiano, que son, hacer lo que debe para con Dios, y para consigo, y para con su prójimo, que son aquellas tres partes de justicia en que el profeta Miqueas puso la suma de todas las virtudes, cuando dijo: Declararte he, oh hombre, en qué está el bien, y qué es lo que el Señor pide de ti. Pues esto es hacer juicio, y amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios. De las cuales cosas la primera (que es hacer juicio) es para consigo, y la segunda (que es amar la misericordia) es para con el prójimo, y la tercera (que es andar solícito con Dios) pertenece al culto y reverencia del mesmo Dios.

§ I

Pues comenzando por la mayor destas obligaciones, es mucho de notar que así como entre las piedras preciosas hay unas que de su mesma especie son muy aventajadas á todas las otras (como son los rubíes, diamantes y esmeraldas) así entre las virtudes hay algunas que de su mesma especie y naturaleza son incomparablemente mayores que las otras: y éstas son las que miran á Dios, y por esto se llaman teologales, á las cuales podemos ayuntar el temor y reverencia de Dios, y la religión, que tiene por oficio la veneración de Dios, con todo lo que toca al culto divino. Éstas son principalísimas entre todas las virtudes, y no sólo principalísimas, sino también despertadoras y movedoras dellas: por dónde se comparan con ellas como los cielos con todas las otras criaturas inferiores, que dependen del movimiento dellos. Por

dónde, el que desea llegar á la fineza y perfeción de la vida cristiana, aunque deba trabajar universalmente en todas las virtudes (porque así como todas las cuerdas de la vihuela conviene que estén templadas para tañer, así también se requiere el cumplimiento de todas las virtudes para la consonancia de la buena vida) pero señaladamente debe trabajar por crecer y aprovechar en éstas: porque cuanto más en ellas aprovechare, tanto será más perfecto. Y por esto creo que fueron tan señalados en virtud muchos de aquellos santos Patriarcas (como fueron David, Abraham, Isaac y Jacob, y otros tales) porque aunque eran casados y ricos, y tenían muchas cargas y obligaciones de hacienda con que cumplir, pero con todo eso eran santísimos, porque tenían estas altísimas virtudes, como parece en la fe y obediencia de Abraham, en el amor y sujeción y devoción y confianza que tenía David en Dios, que así acudía á él en todas sus necesidades, y así se fiaba dél como un hijo de su padre, y mucho más, pues que decía: Mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor tuvo cuidado de mí.

Pues para alcanzar estas tan nobles virtudes no hay otro medio más proporcionado que persuadirnos y asentar en nuestro corazón con toda la firmeza posible que Dios es nuestro verdadero padre, y más que padre, pues ni en corazón de padre, ni en providencia de padre, ni en amor de padre nadie se puede igualar con él, pues nadie nos crió ni nos quiere para mayor bien que él. Y asentado esto en nuestro corazón, trabajemos siempre por mirarle con estos ojos y con este corazón de hijo á padre, conviene saber, con un corazón amoroso, con un corazón tierno, con un corazón humilde y acatado, con un corazón sujeto y obediente á su santa voluntad, y con un corazón confiado en todos los trabajos y puesto debajo de las alas de su providencia paternal. Con estos ojos y corazón debe el hombre mirar á Dios todas cuantas veces se acordare dél: lo cual debe hacer cuantas veces entre día y noche pudiere, para que así vaya poco á poco con el favor divino criando en su ánima este corazón, como lo hacía aquel santo Profeta que decía: Tu nombre, Señor, y la memoria dél, es todo el deseo de mi ánima. Mi ánima te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas por la mañana velaré á ti.

Este linaje de afecto y corazón para con Dios, ni se puede explicar con palabras, ni se puede alcanzar con solas nuestras fuer-

zas: y por esto solo aquél lo conoce, que lo ha probado, y solo aquél lo posee, que lo ha recebido. Y por tanto debe el hombre continuamente pedir al Señor este corazón para con él, y esperar que lo alcanzará, confiando en la palabra real de aquel Señor que dijo: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno á quien se lo pidiere? Y este espíritu es aquél de quien dice el Apóstol: No recibistes otra vez espíritu de temor (como siervos) sino espíritu de adopción de hijos de Dios, el cual espíritu nos hace clamar á Dios de todo corazón, y llamarle de entrañas y á boca llena padre, que es tener para con él este perfectísimo corazón de hijos á padre, amándole, y reverenciándole, y obedeciéndole, y acudiendo á él en todas nuestras necesidades, y confiando en él como en verdadero padre. Este corazón nos promete el Señor por Ezequiel, diciendo: Daros he un corazón nuevo y un espíritu nuevo, y quitaros he el corazón que teníades de piedra, y daros he corazón de carne, y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y haré que guardéis mis mandamientos y juicios, y los pongáis por obra. Y no solo este Profeta, mas todos los otros Profetas á una voz ninguna cosa más á menudo prometen que este espíritu de hijos que se nos habia de dar por los méritos de aquel único Hijo de Dios, el cual señaladamente se nos dió el día de Pentecostés.

Y decendiendo más en particular, dice el bienaventurado San Vicente que debe el hombre tener siete maneras de afectos y virtudes en su corazón para con Dios: conviene saber, amor ardentísimo, temor sumo, reverencia grande, celo constantísimo, hacimiento de gracias, voz de alabanza, promptitud de obediencia, y gusto de la divina suavidad. Y para alcanzar estas virtudes debe hacer siempre oración á Dios, diciendo: Oh buen Jesú, haz que con todas mis entrañas y corazón y con todas mis fuerzas ardentísimamente te ame, y sumamente te tema y reverencie, y de tal manera procure y cele la gloria de tu santo nombre, que cualquiera injuria tuya abrase y despedace mi corazón. Dame también que reconozca yo húmilmente todos tus beneficios, y con sumo agradecimiento te dé siempre gracias por ellos. Y asimesmo, que de día y de noche siempre te alabe, diciendo de todo mi corazón con el Profeta: Bendeciré yo al Señor en todo tiempo, y en mi boca estarán siempre sus alabanzas. Dame también gra-

cia para que obedeciéndote en todas las cosas perfectamente, goce de tu inefable suavidad, para que con ella crezca más en tu amor y en la guarda de tus santos mandamientos.

§ II

Debe también (dice el mesmo Santo) para consigo mesmo tener otros siete afectos y virtudes, entre los cuales el primero sea que se confunda y avergüence por los pecados cometidos. El segundo, que los llore y sienta de todo corazón, por haber sido tan ofensivos de Dios y tan dañosos á su ánima. El tercero, que por esta causa desee ser menospreciado y olvidado y desechado de todos, como indignísimo de toda honra y favor humano. El cuarto, que trabaje por macerar su cuerpo severísimamente y con todo rigor, como á un incentivo de todos estos pecados y como un muladar sucísimo y abominable El quinto, que tenga una ira implacable contra todos sus vicios y contra todas las inclinaciones y raíces dellos, trabajando siempre por cortar no sólo las ramas, mas también las raíces dellos. El sexto, que ande siempre con una grandísima vigilancia y atención para regir y enderezar todas sus obras y palabras y todos los sentidos y pasiones de su ánima, para que ninguna cosa desdiga de la justicia y de la ley de Dios. El séptimo, debe tener una perfectísima modestia y discreción para guardar la templanza y la medida que conviene en todas las cosas, especialmente entre lo mucho y lo poco, y entre lo menos y lo más, para que ninguna cosa haya en él demasiada ni defectuosa, y para que ni exceda en lo superfluo ni falte en lo necesario.

§ III

Debe otrosí tener (como dice luego el mesmo Santo) para con su prójimo otros siete afectos y virtudes señaladas. Porque primeramente debe tener una compasión entrañable de los males ajenos, para que así los sienta como los suyos proprios. Lo segundo, una alegría caritativa, con la cual se goce con las prosperidades y bienes de los otros como se gozaría de los suyos. Lo terce-

ro, debe tener un sufrimiento sosegado para soportar todas las molestias é injurias que le fueren hechas, y perdonarlas de todo corazón. Lo cuarto, debe tener una benignidad y afabilidad para con todos, tratándolos y conversándolos benignamente, y deseándoles todo bien, y mostrándolo así en todas sus palabras y obras. Lo quinto, debe tener una humilde reverencia para con todos, teniéndolos por mayores y mejores que á sí, y sujetándose de corazón á todos, como si fuesen sus verdaderos señores. Lo sexto, tenga con todos una perfecta unanimidad y concordia, para que (cuanto es de su parte, y cuanto según Dios sea posible) sienta y diga una mesma cosa con todos, y así crea que todos son él, y él es todos, y así tenga por suyo el beneplácito y querer de todos. Lo séptimo, á imitación de Cristo debe tener un ánimo para ofrecerse por todos, esto es, que esté aparejado á poner su vida por la salud de todos, y día y noche rogar á Dios por ellos, y trabajar porque todos sean una cosa en Cristo, y Cristo en ellos. Mas no por esto piense que le obligamos aquí á no huir la compañía de los malos, antes debe saber que cuando hay algunos cuya compañía le fuese ocasión de pecar, ó impedimento de aprovechar, ó de diminuir el fervor de la caridad, debe apartarse de los tales como de serpientes, porque no hay carbón tan encendido que echándolo en el agua no se apague, ni mucho menos tan apagado, que echándolo entre otros muchos encendidos, no se abrase. Mas quitada esta ocasión á parte, debe el siervo de Dios conversar simplemente con los prójimos, y ó no ver sus defectos, ó si los viere, sufrirlos con paciencia, ó avisarlos con caridad, donde esperare que aprovechará.

Mas porque la raíz y fundamento de todas estas virtudes es la caridad y misericordia para con los prójimos, ésta es la que más ha de estimar el que desea agradar á Dios, pues ella es la que más encarecidamente nos encomienda él en todas las Escripturas sagradas. En el capítulo VIII del profeta Zacarías preguntando los judíos á Dios si habían de ayunar tales y tales días para agradarle y cumplir su ley, respóndeles el mesmo Señor, y declárales con qué género de obras le habían de agradar, diciendo: Mirad que guardéis justicia, y juzguéis justamente las causas de vuestros prójimos, y que uséis de misericordia y de obras de piedad con vuestros hermanos, y no queráis buscar asillas para calumniar á la viuda, y al huérfano, y al extranjero, y al pobre, y na-

die trate en su corazón de hacer mal á nadie: y desta manera me agradaréis y cumpliréis mi ley. Harto encarecido está aquí este negocio, pero mucho más lo encareció el mesmo Señor por Esaías, cuando dijo: Éste es mi descanso, que refrigeréis y consoléis á los cansados: porque esto parece que era lo último que se podía encarecer este negocio, cuando el Señor se ponía en lugar del pobre, y tomaba por su proprio descanso el que por él se daba á los cansados.

Mas sobre todo esto me pone grande admiración lo que leo en el capítulo XVI de Ezequiel, donde contando el mesmo Dios los pecados por donde aquella infame ciudad de Sodoma vino á dar consigo en el extremo de tan grandes males, los resumió en cinco pecados diciendo: Ésta fué la maldad de tu hermana Sodoma, soberbia, hartura, abundancia y ociosidad, y no haber querido extender las manos para socorrer al pobre y al necesitado. Pues ¿qué más mal quieres tú oir deste vicio, que haberlo puesto Dios por el postrero de los escalones por donde subieron aquellos malaventurados al extremo de tan grande mal? ¿Dónde están los que atesoran ducados sobre ducados, y con todo esto se tienen por seguros, teniendo por compañeros en esta culpa á los moradores de Sodoma? Estas y otras cosas semejantes dicen los Profetas. Pues el Evangelio, que es ley de amor, ¿qué dirá? ¿Qué más se puede decir en favor desta virtud, que poner el Señor toda la razón y fundamento de la sentencia del juicio final en haber usado ó no usado de obras de misericordia? ¿Qué más se puede decir que lo que se sigue después desto en el mesmo contexto: Lo que á uno destos más pequeñuelos hecistes, á mí lo hecistes? ¿Qué más se puede decir que poner en solos estos dos mandamientos de amor de Dios y del prójimo la suma de la Ley y de los Profetas? Pues en aquel postrer sermón de la Cena, ¿qué otra cosa más encomienda el Salvador que la caridad y bienquerencia para con los prójimos? Éste (dice él) es mi mandamiento, que os améis unos á otros, así como yo os amé. Y más abajo: En esto (dice él) conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáredes unos á otros. Y no contento con encomendarles esto tan encarecidamente, hace luego oración al Padre por el cumplimiento desta ley diciendo: Ruégote, Padre, que ellos sean entre sí una mesma cosa, así como tú y yo lo somos, para que conozca el mundo que tú me enviaste: dando á entender que la caridad y

amor entre los cristianos había de ser tan grande y tan fuera de todo lo que se puede esperar de carne y de sangre, que había de ser argumento para convencer los entendimientos de los hombres, y hacerles creer que no era posible que no fuesen hombres del cielo los que tal caridad entre sí tenían. Todo esto nos declara qué tan grande haya de ser la caridad y misericordia que debemos tener con nuestros prójimos, y cómo los habemos de sufrir y socorrer en sus trabajos, según que arriba se declaró, cuando tratamos de la caridad.

Para guardar todas estas cosas susodichas es necesario traer siempre el hombre su corazón atento y solícito con un perpetuo temor y vigilancia, para no desviarse un punto de todo lo apuntado: el cual temor ha de ser tan vivo, tan profundo y tan continuo que nunca deje al hombre descuidarse de lo que debe hacer antes le ha de ser un perpetuo estímulo y despertador de toda virtud. Este solícito y continuo cuidado debe traer siempre consigo en medio de todos sus negocios, que es aquella tercera parte que el Profeta nos encomendaba, cuando nos pedía el andar solícitos con Dios.

Éstas pues son, hermano mío, las principales virtudes desta vida celestial, éstas las flores deste paraíso, éstas las estrellas deste cielo, y éstas la imagen que decíamos, reformada y renovada á semejanza de Cristo. Porque tal ha de ser la vida del cristiano, que sea un dechado de santidad, y un predicador callado, una lumbrera del mundo, un argumento y testimonio de la fe, y un espejo en quien resplandezca la gloria de Dios mucho más que en las otras criaturas, como lo significó el Profeta Esaías, cuando dijo: Llamarse han los fuertes y justos plantas que Dios plantó para ser en ellas glorificado.

DE DOCE COSAS
MUY PRINCIPALES QUE EL SIERVO DE DIOS DEBE HACER

CAPÍTULO IV

PORQUE algunas personas desean traer siempre ante los ojos los principales puntos de la vida espiritual, por tanto recopilaré sumariamente en estos dos postreros capítulos las principales cosas que el siervo de Dios debe hacer, y de las que principalmente se debe apartar, para que en este breve sumario como en un dechado vea lo que le conviene hacer.

Pues cuanto á la primera parte de lo que debe hacer, la primera cosa es que trabaje por andar siempre en la presencia del Señor, pues nos consta de la doctrina de los santos que nunca el hombre se mueve á hacer cosa agradable á Dios sin que preceda para esto un especial tocamiento y movimiento del mesmo Dios. Y si esto no pudiere hacer á la continua, á lo menos levante muchas veces entre día y noche su corazón á él con breves, amorosas y humildes oraciones y aspiraciones, pidiéndole siempre su ayuda y amor, como persona que nada puede sin él.

La segunda, que de todo lo que oyere, viere ó leyere, trabaje siempre como el abeja entre las flores por sacar alguna miel que lleve á su colmena, que es alguna devota y amorosa consideración, con que pueda criar y sustentar dentro de sí el panal dulce del divino amor. De manera que así como un grande fuego convierte en fuego todo cuanto se echa en él (sea agua, sea hierro, sea lo que fuere) así también su corazón debe estar tan encendido en el fuego deste divino amor, que todas cuantas cosas hay en este mundo, le sean materia é incentivos de amor, de cualquier cualidad que sean.

La tercera, que cuando alguna vez desvarare en algunos defectos y derramamientos de corazón, no luego desmaye ni se deje caer con la carga, sino vuélvase al Señor con una humilde y amorosa conversión, reconociendo su gran miseria y la grandeza de su misericordia, y haciendo lo que es de su parte por volver al estado en que estaba, y llevar adelante lo comenzado.

La cuarta, que en todas las cosas procure la pureza de la in-

tención en lo que hiciere: para lo cual conviene que atentamente escudriñe todas sus palabras y obras y pensamientos, y mire la intención que en ellas tiene, y procure siempre de rectificarla y enderezarla, ofreciendo todo lo que así hiciere á gloria de Dios, no solamente una vez al día, mas todas las veces que de nuevo comenzare á poner las manos en alguna obra.

La quinta, que trabaje por andar (aunque sea en tiempo de paz) armado y apercebido para recebir con humildad y mansedumbre todas las cosas que de súbito se levantaren contra él. Porque la ira, aunque algunas veces sirva para algo, mas por maravilla acierta á salir bien, y siempre deja la conciencia escrupulosa y temerosa si excedió ó no excedió, &c. De manera que ella es una de las pasiones de que con menor perjuicio podría carecer el siervo de Dios: y el que esta pasión venciere, está claro que vivirá en grande paz.

La sexta, que no siendo prelado ni señor de familia, siempre desvíe sus ojos de los defectos ajenos, y tráyalos siempre puestos en los suyos: porque lo primero trae consigo indignación, y soberbia, y juicios temerarios, y desasosiegos de conciencia, y celos indiscretos, y otras cosas que perturban el corazón: mas lo segundo trae confusión de la propria conciencia, y temor de Dios, y humildad, y recogimiento de corazón.

La séptima, que no sólo con el ánima sino también con el cuerpo se aparte de todas las cosas transitorias, y se llegue á Dios de todo corazón: porque cuanto más esto hiciere, tanto tendrá menos de hombre, y participará más de Dios. Porque el que ama las cosas perecederas y transitorias, él también pasa y se altera con ellas: mas el que ama á solo Dios, participa en su manera la estabilidad y firmeza de Dios. Apártese también de la muchedumbre de los negocios, aunque no sean malos, si son demasiados: porque éstos también distraen el corazón, y no lo dejan perfectamente quietar en Dios.

La octava, que ponga siempre sus ojos en la vida de Cristo y en su sacratísima pasión y conversación y doctrina, y trabaje (cuanto le sea posible) por imitar aquellos tan ilustres ejemplos de virtudes suyas, aquella humildad, y caridad, y misericordia, y obediencia, y pobreza, y aspereza de vida, y menosprecio de mundo, y amor de nuestra salud que tuvo, según que al principio deste tratado se declaró.

La nona, que trabaje siempre cuanto pudiere por negar su propria voluntad, resignándola del todo (como hacen los que resignan beneficios) en las manos de Dios, de tal manera que del todo muera en él su propria voluntad, y viva sola la de Dios (que esto es reinar él en nosotros, y no nosotros) lo cual se debe hacer en todo género de cosas, adversas ó prósperas, tristes ó alegres, dulces ó amargas, &c.

La décima, que en todas sus tribulaciones y cuidados y negocios se acorra á Dios humilde y confiadamente con espíritu y corazón de hijo que tiene tan piadoso y poderoso padre, remitiendo todas las cosas á su providencia, y tomándolas como de su mano, desechando y sacudiendo de sí todo cuidado congojoso, y arrojándolo en los brazos de Dios.

La undécima, que sea agradecido á Dios por todos sus beneficios, y por todos ellos, así mayores como menores, le dé siempre gracias, no mirando tanto á la dádiva cuanto á la indignidad de quien la recibe, y á la dignidad de quien la da, y al amor con que la da, pues no da con menor amor las cosas pequeñas que las grandes.

La duodécima, que corte y despida de sí con grande y generoso corazón todas las cosas que sintiere serle alguna ocasión de menos aprovechar, ora sean corporales ó espirituales, como es el demasiado amor de personas, estudios; libros, conversaciones, ejercicios y familiaridades, aunque sean espirituales, cuando sintiere que le inquietan el corazón y lo retraen de su aprovechamiento.

DE DOCE MANERAS DE DEFECTOS QUE SE DEBEN MUCHO EVITAR EN LA VIDA ESPIRITUAL

CAPÍTULO V

Muchos defectos hay por donde se impide el aprovechamiento en la vida espiritual, y por donde muchos á cabo de muchos años se son los mesmos que siempre se fueron. De los cuales señalaremos aquí doce de los más principales, en los cuales (como en un espejo) se debe el hombre mirar, para

que entienda sus faltas, y conozca por qué causa se impide su aprovechamiento, y así procure el remedio.

El primero dellos es ser el hombre demasiadamente dado á los ejercicios y negocios exteriores: y por esto muchas veces carece de las visitaciones y consolaciones interiores, porque no halla nadie fuera de sí lo que dentro de sí ha de buscar.

El segundo es querer ser demasiadamente amigable y afable con todos: de dónde nace que no se sabe sacudir de los negocios y personas cuando es menester, y así pierde tiempo, y falta muchas veces en sus ejercicios, por no faltar á los hombres: de dónde viene á ser que tanto menos agrade á Dios cuanto más procura agradar á los hombres.

El tercero, que algunas veces es para con Dios menos humilde y más atrevido de lo que debría, y así viene á perder aquella vergüenza espiritual que para con él se requiere, que es hija de la humildad y madre del aprovechamiento.

El cuarto, que algunas veces se va de boca, y se arroja á los negocios inconsideradamente, más con ímpetu de ánimo que con juicio de razón: de dónde viene á perder la paz y tranquilidad de corazón con el demasiado fervor, y errar también los mesmos negocios, por la priesa que da en ellos, porque escripto está: El que tiene los pies ligeros, es cierto que ha de caer. Por dónde en todas las cosas conviene siempre tener juicio reposado, que es amigo y compañero fiel de la prudencia.

El quinto, que por ventura algunas veces se tiene en algo, y presume de sí y de sus virtudes, aunque él no lo entiende, y así con el fariseo secretamente desprecia los otros, y se tiene en más: de dónde viene á carecer del fundamento de todas las virtudes, que es la humildad.

El sexto, que es inclinado á juzgar los otros, y agraviar y condenar sus hechos: de dónde viene á resfriarse en la caridad: porque mientra más encarece los males ajenos, más aguza el cuchillo con que hace guerra á la caridad, que en parte nace de la buena opinión que de los prójimos tenemos.

El séptimo, que aún tiene mucha parte de su amor puesto en las cosas transitorias, y por esto con razón le es quitado mucho del divino amor.

El octavo, que es muy tibio y flojo en los ejercicios de la oración, comenzándolos con pereza, y prosiguiéndolos con flojedad,

y acabándolos sin fruto: de dónde viene muchas veces á ser privado de las visitaciones del Señor y del esfuerzo de la devoción.

El nono, que es muy flojo y negligente en el negocio de la mortificación y en la victoria de sí mesmo: de dónde nace que no pueda vivir á Dios quien vive á sí, ni ser transformado en Dios el que no está aún mortificado en sí.

El décimo, que no anda recogido dentro de sí mesmo, sino muy derramado y fuera de sí: de dónde nace que no sepa tanto de sí cuanto era menester, y así ni sepa despreciarse ni guardarse como conviene.

El undécimo, que todavía se quiere mucho, y es grande amador de sí mesmo, y de su propria voluntad, y de su regalo: de dónde nace que ni puede negar á sí, ni abrazar la cruz de Cristo, ni mortificar la naturaleza, y así no puede llegar á la perfeción de la vida evangélica.

El duodécimo, que es inconstante y liviano en los buenos propósitos que propone, quebrantándolos con facilidad por cualquier ocasión que se le ofrece: de dónde nace que faltándole la perseverancia, que es la que sola lleva las cosas al cabo, todo se le vaya en comienzos, y así no crezca ni aproveche en la vida espiritual. De dónde nace que algunos hay que son como las parras que dicen de siete veces, que todo el año llevan fruto, y nunca jamás lo llegan á madurar.

FIN

IMPRESO EN ALCALÁ

EN CASA DE PEDRO DE ROBLES Y JUAN DE VILLANUEVA

AÑO DE 1566

SEGUNDO VOLUMEN DEL

MEMORIAL

DE LA VIDA CRISTIANA

EN EL CUAL SE CONTIENEN

LOS TRES TRATADOS POSTREROS

QUE PERTENECEN

Á LOS EJERCICIOS DE LA DEVOCIÓN

Y DEL AMOR DE DIOS

COMPUESTO POR

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

de la Orden de Santo Domingo.

VÉNDESE EN LISBOA

EN CASA DE FRANCISCO CORREA

IMPRESOR DEL CARDENAL EN VALVERDE

AÑO DE 1565

LO CONTENIDO EN ESTE SEGUNDO VOLUMEN

Tratado quinto: de la oración vocal, en el cual se ponen muchas maneras de oraciones para diversos propósitos.

Tratado sexto: de la materia de la oración mental, donde se pone toda la vida de Cristo nuestro Señor.

Tratado séptimo: del amor de Dios, con sus oraciones y consideraciones para pedir y despertar este sancto amor.

APROBACIÓN DE LA OBRA

Fueron examinados estos tres tratados sobredichos por el R. P. Maestro fray Manuel de Vega, examinador de libros por el Serenísimo Cardenal Infante Don Anrique, inquisidor general en estos reinos y señoríos de Portugal.

PRÓLOGO

Sentencia es muy celebrada de S. Augustín, cristiano lector, que la ley de Dios fué dada para que se buscase la gracia, y la gracia fué dada para que se cumpliese la ley, la cual sin la gracia no se puede cumplir, no por defecto de la ley, sino de la naturaleza corrupta: el cual defecto la ley había de descubrir, y la gracia había de sanar. Palabras son éstas dignas de tal autor, en las cuales brevemente se comprehende cuasi la suma de toda la filosofía cristiana, pues en ellas se nos declara la naturaleza y condición de la ley de Dios, y la virtud y necesidad de la gracia y de los medios por donde se ha de buscar: entre los cuales no es el menos principal la oración. Por tanto, ya que en el libro precedente se dieron reglas y documentos para bien vivir (que es lo que pertenece á la ley) síguese que tratemos agora de la oración, con que se alcanza la gracia: á la cual pertenece darnos nuevas fuerzas para bien vivir, según que más largamente se declarará en el siguiente capítulo. Y dado caso que á los sacramentos señaladamente pertenezca dar esta gracia, pero porque déstos tratamos ya en el segundo y tercero libro deste Memorial, por eso al presente no tenemos aquí qué decir. Y como haya dos maneras de oración, una que se hace con solo el corazón (que llaman mental) y otra que á la voz interior del corazón añade la exterior de la palabra, désta trataremos en el libro presente, y de la otra en el que se sigue, para que sepa el hombre cómo en la una y en la otra se haya de haber.

DE LA DIFICULTAD QUE HAY EN GUARDAR LA LEY DE DIOS, Y DE CÓMO EL REMEDIO DESTA DIFICULTAD ES LA GRACIA, Y CÓMO ÉSTA SE ALCANZA POR LA ORACIÓN

CAPÍTULO I

Dos cosas son necesarias, cristiano lector, para bien vivir: la una es saber, y la otra poder, esto es, saber lo que debemos hacer para bien vivir, y tener fuerzas para ponerlo por obra. Lo uno pertenece (como dijimos) á la ley, y lo otro á la gracia del Evangelio: porque la ley nos da luz y conoscimiento del bien y del mal, mas el Evangelio nos da gracia para hacer el bien y huir el mal. De manera que la ley nos da el saber, y la gracia el poder: la ley alumbra el entendimiento, mas la gracia mueve la voluntad: la ley nos enseña el camino del cielo, mas la gracia nos da fuerzas para andarlo: aquélla es como cuerpo, ésta como espíritu que da vida al cuerpo: aquélla nos dió Dios por mano de Moisén, mas ésta nos dió por su unigénito Hijo, como dice S. Juan: La ley fué dada por Moisén, mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo.

§ I

Entre estas dos partes que para bien vivir son necesarias, la segunda es tanto más necesaria y excelente que la primera, cuanto lo es más el espíritu que el cuerpo, y el Evangelio que la ley. Y la razón es, porque no pecan tanto los hombres por no saber el bien y el mal (porque basta en alguna manera la lumbre natural para esto) cuanto por la corrupción de nuestro apetito, que huye lo bueno y sigue lo malo, abrazando lo que reprueba y huyendo lo que alaba. Donde se cumple aquello que el Apóstol dice: No hago aquello que quiero y que juzgo por bueno, sino aquello que no querría y que condeno por malo. Y la causa desto es la miel que parece á los hombres que hay en el vicio, y el acíbar que ha-

llan en la virtud: por lo cual, engolosinados con lo uno y ofendidos con lo otro, siguen lo que tienen por dulce y dejan lo que tienen por agro, aunque esto sea lo saludable y lo provechoso. Por lo cual con mucha razón decimos que tienen mayor necesidad los hombres para la virtud de poder que de saber, pues todos saben y conocen lo bueno, mas no todos arrostran á ello, por la dificultad que hay en ello.

En lo cual parece que está el hombre en la misma disposición que estaría un doliente que tuviese tan estragado el paladar, que no arrostrase á vianda que le pudiese aprovechar, sino á solas aquéllas que le hubiesen de dañar. Porque este tal, cuando le pusiesen el manjar delante y le rogasen que comiese, diciéndole que le iba en ello la vida, bien entendería que ello era así y que le decían verdad, mas con todo eso respondería que no ha de comer, no porque no entienda lo que le va en ello, sino porque no lo puede acabar consigo, por el hastío grande que tiene. Pues tal quedó el hombre miserable por el pecado, el cual sabe muy bien que su vida y su salvación consiste en guardar los mandamientos de Dios: mas dice que no puede arrostrar á este manjar. Bien ve que la vida de su ánima está en la caridad, y en la castidad, y en la humildad, y en la paciencia, y en la templanza, y en las otras virtudes: mas él aborresce todas estas virtudes, y ama lo contrario dellas, que son la deshonestidad, y la vanidad, y la soltura, y la gula con todos los otros vicios y deleites sensuales.

Mas contra esto podrá alguno preguntar: ¿Por qué razón ha de ser al hombre dificultosa la virtud, pues le es tan natural? Porque el hombre es criatura racional, y la virtud es conforme á razón: pues ¿por qué ha de ser dificultoso á la criatura racional lo que es conforme á razón? No es dificultoso al caballo correr, ni al ave volar, ni al pesce nadar, sino muy deleitable, por ser estas cosas conformes á la naturaleza destas criaturas. Pues si tan conforme es á la naturaleza de la criatura racional vivir por razón (que es vivir según virtud) ¿por qué le ha de ser dificultoso vivir según virtud? Pues á esto se responde que si la naturaleza humana estuviera en aquella buena disposición y entereza que Dios la crió, no le fuera dificultoso sino muy suave el ejercicio de la virtud. Mas como ella por el pecado salió de aquel estado felicísimo, y cayó enferma, no es maravilla que no pueda enferma lo que podía estando sana. Vemos que un hombre sano corre, y salta, y sube, y

abaja, y hace de sí todo cuanto quiere sin trabajo, comoquiera que nada desto puede hacer estando enfermo, sino con grande dificultad. Pues por esto no es maravilla que le sea dificultosa y desabrida al hombre en este estado la virtud, la cual en el otro le fuera muy fácil y muy sabrosa, como cosa tan conforme á su naturaleza: porque (como dice S. Augustín) al paladar estragado es desabrido el manjar, que al sano es suave, y á los ojos enfermos es penosa la luz, que á los limpios es amable.

En lo cual se ve claro que todas aquellas maldiciones que Dios echó á los primeros padres cuando pecaron, no menos les comprehendieron espiritualmente que corporalmente. Porque á la mujer dijo que pariría de ahí adelante los hijos con dolor, la que antes no sabía qué cosa era dolor. Lo cual no menos ha lugar en el parto espiritual de las buenas obras que de los hijos materiales, porque si no hubiera pecado, hiciera el hombre todas las buenas obras sin ningún trabajo, antes con grandísimo deleite, lo que agora no hace, porque el pecado, estragando la naturaleza, hizo dificultosas todas las obras de las virtudes. Al hombre otrosí dijo Dios: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan. Lo cual también se verifica espiritualmente como lo demás, pues vemos con cuánto sudor y trabajo se han de obrar las virtudes (que son el verdadero pasto de nuestras ánimas) comoquiera que antes del pecado se obraran con tan grande suavidad. Y no menos pertenece también á nuestra carne la maldición de la tierra, de la cual dijo Dios que produciría abrojos y espinas. Porque ¿quién no ve cuánto conviene esto á la miserable de nuestra carne? ¿Qué tierra hay que lleve tantas espinas como ella? Y si quieres saber cuáles sean estas espinas, oye lo que dice S. Pablo: Manifiestas son las obras de la carne, las cuales son, fornicación, deshonestidad, lujuria, servidumbre de ídolos, hechicerías, odios, peleas, emulaciones, iras, rencillas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, comidas desordenadas y otras cosas semejantes, las cuales el Apóstol llama obras de carne, porque la raíz de todas ellas está en nuestra carne corrompida por el pecado. Éstas pues son las verdaderas espinas que de aquí proceden, y ésta la mayor maldición que le vino por el pecado. Éste es el fructo que nuestra carne lleva de su cosecha: y si otro ha de llevar, ha de ser á fuerza de brazos y con trabajo y sudor de nuestro rostro.

De suerte que así como esta tierra material que hollamos, sin labor ni ayuda de nadie lleva zarzas y espinas y otras yerbas infructuosas, mas si ha de producir plantas fructuosas y provechosas, ha de ser con trabajo y diligencia del labrador, que ha de romper la tierra y sembrarla y tener perpetuo cuidado della, así esta tierra de nuestra carne, de sí misma, sin ayuda de nadie, lleva estas espinas de vicios y apetitos desordenados: mas si ha de producir flores y fructos de virtudes, para esto es menester trabajo, y industria, y diligencia, y ayuda del cielo y de la tierra. Ésta es, pues, la causa de la dificultad que hay en la virtud, demás de la fuerza de la mala costumbre que en algunos hay, con que se confirma y fortalece aún mucho más la naturaleza depravada.

De cómo la gracia nos da fuerzas para guardar la ley de Dios.

§ II

PREGUNTARÁS pues: si esto es así, ¿qué remedio para vencer esta tan grande dificultad? Esta pregunta hace el Apóstol, y él mismo responde á ella: el cual después de haber declarado muy por extenso en el capítulo VIII de la Epístola á los Romanos la malicia y rebeldía de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo: ¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará deste cuerpo de muerte, que es, desta carne subjecta á la muerte del pecado? Responde él mismo: La gracia de Dios, la cual se nos da por Jesucristo. Porque para eso vino este Señor al mundo, para reformar la naturaleza, para sanar nuestras llagas, y para ser nuestro reparador, nuestro salvador, nuestro remediador y nuestro ayudador, para que lo que perdimos por culpa del Adam primero, lo cobrásemos por la gracia del segundo: porque así como aquél con su soberbia y desobediencia destruyó la naturaleza, así éste con su humildad y obediencia la remedió. Lo cual se hace mediante la gracia que se da á los hombres por el mérito de su pasión. Porque esta gracia es la que reforma la naturaleza, la que restituye la imagen de nuestra ánima, la que la viste, atavía y hace graciosa en los ojos de Dios, la que con las virtudes y hábitos que de sí produce, cura nuestros males, sana nuestras heridas, alumbra

nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, esfuerza nuestra flaqueza, adormece nuestras pasiones, cura nuestras malas inclinaciones, enfrena nuestros apetitos, restituye el gusto de las cosas espirituales, pónenos hastío de las carnales, y así nos hace suave el yugo de la ley de Dios. Porque así como de la esencia de nuestra ánima proceden las potencias con que ella óbra, así de la esencia de la gracia (que es como ánima de la vida espiritual) proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, los cuales repartidos y recibidos en todas las potencias de nuestra ánima, las reforman y habilitan para todas las obras virtuosas de tal manera que las que antes estaban como atadas y inhábiles para bien obrar, con esto se hacen hábiles y ligeras para todo bien. Por dónde con mucha razón comparan los teólogos estas virtudes y hábitos celestiales á la unción con que se untan los ejes donde van las ruedas de un carro: porque así como éstas se mueven muy ligeramente cuando el eje va untado y bañado en aceite, así las potencias de nuestra ánima se mueven muy suavemente á todas las obras virtuosas cuando están desta manera ungidas con la unción y olio del Espíritu Sancto. Verdad es que esto en unos es más, y en otros menos, según los grados en que á cada uno se comunica esta gracia celestial.

Desta manera, pues, con la virtud de la gracia se vence la dificultad que hay en llevar la carga de la ley de Dios, según que el profeta Isaías lo significó en pocas palabras, cuando dijo que el yugo se pudriría por virtud del olio, dando á entender que el peso de la ley divina se aliviaría con la virtud de la gracia, que por este sancto olio es significada. Y en otro lugar dice el mismo: Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza, correrán y no trabajarán, andarán y no se cansarán. ¿Ves, pues, cómo la virtud de la gracia fortalece y hace á los hombres ligeros para esta carrera? Y en lo que dice que mudarán la fortaleza, claramente da á entender que los que tenían antes fuerzas de hombres, recibiendo el espíritu y favor de Dios, vendrán á tener otras fuerzas dadas por Dios, con las cuales de tal manera se mudarán, que los que antes eran fuertes para el mal y flacos para el bien, vendrán por el contrario á ser flacos para el mal y muy fuertes y poderosos para el bien.

Lo mismo nos promete Dios por Hieremías, cuando dice que vendrá tiempo cuando él dará al mundo otra manera de ley muy

diferente de la pasada, la cual escribirá, no en tablas de piedra, sino en las mismas entrañas y corazones de los hombres mediante la virtud del Espíritu Sancto, el cual de tal manera los enseñará y alumbrará en la ley de Dios, que los enamorará della, y los inclinará y moverá con ardentísimos y entrañables deseos á la guarda della. Pues ¿con qué palabras más claras se podía explicar la condición de la gracia, y el socorro que por ella se nos da para bien obrar, mediante las virtudes y dones que della proceden?

Entre los cuales señaladamente nos ayudan para esto tres co sas, conviene saber, la caridad, y la devoción, y el alegría espiritual. Porque entre otras muchas y muy grandes excelencias que tiene la caridad, una es hacer el yugo de Dios suave, y su carga liviana, como lo significó Sant Augustín por estas palabras: No son trabajosos los trabajos de los que aman, antes suelen ser deleitables, como de los que pescan, montean y cazan. Y S. Bernardo dice: En aquello que se ama, ó no hay trabajo, ó el mismo trabajo se ama. Y en otro lugar, hablando el mismo Sancto con Dios, dice: El servicio que te hago, oh buen Jesú, apenas es de una hora: y si más dúra, el amor me hace que no lo sienta. Lo cual es en tanta manera verdad, que (como dice S. Basilio en una Epístola suya) más deleitable es el trabajo con amor, que cualquier cosa que de suyo sea deleitable, con desgusto. Por esta causa compara muy bien S. Bernardo el amor de Dios con las ruedas de un carro: el cual estando sin ruedas, apenas lo podéis mover, pero poniéndoselas, con añadirle nueva carga, se le añade nueva ligereza con la nueva carga. Pues tal es el amor de Dios, que con ser la mayor de las obligaciones y cargas que tenemos, de tal manera es carga, que es alivio para llevar las cargas, como las plumas del ave, que con tener también su peso y su carga, hacen al ave más ligera para volar.

La segunda cosa que muy particularmente nos ayuda para esto, es la devoción, aunque esto es más dificultoso de entender que lo pasado, á quien no tiene experiencia dello. Porque aunque uno no sepa por experiencia qué cosa es amor de Dios, mas todavía por la condición de los otros amores podrá en alguna manera entender la déste. Mas la devoción (como sea una virtud sobrenatural y un afecto y movimiento interior del Espíritu Sancto) ¿cómo podrá saber lo que es (por mucho que le digan) el

que nunca la probó ni experimentó? Pero todavía diremos della lo que se puede por palabras explicar.

Has pues de saber que devoción es una promptitud y ligereza sobrenatural que el Espíritu Sancto inmediatamente cría en el ánima del varón devoto, mediante la cual le hace prompto y ligero para todas las cosas que pertenecen al servicio de Dios, de tal manera que el que estando sin devoción estaba pesado y desganado y perezoso para ellas, la devoción (por virtud del Espíritu Sancto) le da un nuevo esfuerzo y aliento para hacer esas obras, no con pesadumbre sino con ligereza, no con hastío sino con gusto, no con tristeza sino con alegría, no con desgana sino con promptitud y buena voluntad. En lo cual parece que la devoción es contraria al vicio de la pereza ó tristeza espiritual: por dónde, así como la pereza y accidia hacen al hombre perezoso y desganado para las obras de Dios, así por el contrario la devoción le hace prompto y alegre para ellas. De suerte que así como la fe es una virtud sobrenatural que inclina nuestro entendimiento á creer firmísimamente las cosas de la fe (aunque sean sobre toda razón) y la caridad es otra virtud que inclina nuestra voluntad á amar á Dios sobre todas las cosas, y ordenar á nos y á todas ellas para él, así la devoción es un afecto y movimiento sobrenatural que inclina esta misma voluntad á hacer con promptitud y alegría todo lo que pertenece al servicio de Dios. Ejemplo tenemos en un caminante muerto de hambre, que apenas puede dar un paso ni menearse: el cual, si llegando á la venta come y descansa un rato, parece que se le vuelve el alma al cuerpo, y siente en sí un tan grande aliento y esfuerzo para el trabajo, que se levanta esforzado y alegre, y poniendo haldas en cinta, dice á los compañeros: Caminemos. Pues esta mudanza que hace en el cuerpo del caminante desmayado la refección corporal, hace la devoción (que es como otra refección espiritual) en el ánima del que la tiene.

Mira también la promptitud con que está una madre que tiene un hijo muy querido en la cama doliente, para todas las cosas que conviene hacer para su salud, por dificultosas que sean, y la que tiene un hombre muy cobdicioso para entender en todas las cosas de que se le sigue alguna notable ganancia: y por los ejemplos destas cosas tan cuotidianas y familiares podrás entender la condición deste afecto sobrenatural que el Espíritu Sancto óbra en las ánimas de los verdaderos devotos. Los cuales, cuan-

do están tocados deste afecto, se hallan tan promptos y ligeros para todo lo que entienden ser agradable á Dios, que no contentos con las cargas ordinarias de los mandamientos, añaden otras sobrecargas de trabajos voluntarios: y aun pareciendo todo esto poco á su deseo, vienen muchas veces á desear derramar la sangre y dar la vida por amor de Dios.

Esto es pues, hermano mío, devoción, en la manera que se puede explicar, que es una refección del hombre interior, un aliento y esfuerzo espiritual, un rocío del cielo, un soplo del Espíritu Sancto, un resplandor de la fe, una llamarada de la caridad, y un rayo de la divina luz, de la cual nasce este buen afecto de la voluntad. Conforme á lo cual dice un religioso doctor: ¿Qué cosa es devoción sino una fuente de agua viva que riega todos nuestros espirituales ejercicios, un vino celestial que alegra el corazón del hombre, un bálsamo suavísimo que sana las llagas de nuestras pasiones, un manjar del ánima con que ella se sustenta y dúra en el bien, una lengua espiritual con que hablamos con Dios, un manna del cielo que en sí contiene toda suavidad, y finalmente un panal de miel, el cual no hacen los animales groseros y sucics, sino las espirituales abejas que andan volando por las flores de la vida de Cristo?

En lo cual parece cuán proporcionada unción y medicina es ésta para la común dolencia de la naturaleza humana. Porque el estado en que el hombre quedó por el pecado, es de la manera que lo figuramos en un doliente que tuviese el apetito de comer muy perdido y estragado. Pues así como el remedio déste sería sanarle y rectificarle el apetito de tal manera que tomase gusto en lo bueno y desgusto en lo malo, así el remedio de nuestras ánimas consiste en la reformación del apetito de las cosas espirituales: lo cual hace la devoción, pues ella tiene tan grande fuerza para darnos gusto y aliento en todo lo bueno y tan grande desgusto de todo lo malo, porque de la misma raíz que nasce lo uno, nasce lo otro.

Y no menos ayuda á esto mismo el gozo y alegría espiritual, el cual (como dice Sancto Tomás) es efecto de la misma devoción y uno de los principales fructos del Espíritu Sancto, como dice S. Pablo. Ésta es, pués, la que nos hace correr alegremente por el camino de los mandamientos de Dios, según aquello del Profeta que dice: Por el camino de tus mandamientos, Señor,

corrí, cuando dilataste mi corazón: la cual dilatación se causa del alegría, así como el apretamiento se causa de la tristeza. Mas ¿qué digo yo los mandamientos de Dios, pues no sólo éstos, sino todas las cargas y tormentos del mundo hizo padescer alegremente á los mártires esta alegría y dulzura espiritual? Así lo dice S. Augustín en el capítulo 22 de sus Soliloquios por estas palabras: Tu dulzura, Señor, hizo á S. Esteban que las piedras furiosas se le hiciesen dulces. Tu dulzura hizo á S. Lorenzo las parrillas suaves. Por tu dulcedumbre iban los Apóstoles gozosos delante del concilio, por haber sido dignos de padescer injurias por tu amor. Esta dulcedumbre había gustado aquella sancta Virgen, de quien leemos que con grande ufanía y contentamiento iba á la cárcel como si la llevaran á un convite. Y ésta misma había gustado el Profeta, cuando decía: ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida á los que te temen! y á cuya experiencia nos convidaba en otro Psalmo diciendo: Gustad y ved cuán suave es el Señor.

Esta misma dulcedumbre hace despreciar todas las otras dulcedumbres y vanos deleites del mundo; pues (como dice S. Bernardo) en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne (que es todo deleite sensual) pierde su sabor, y como tal es despreciado. En nasciendo Isaac, dijo luego Sara á Abraham: Vaya fuera de casa la esclava y el hijo della, porque no ha de ser éste heredero con mi hijo Isaac. Y aunque Abraham tomó esto ásperamente, todavía aprobó Dios la petición de la mujer, y así mandó que se cumpliese. ¿Qué es pues esto, que antes que nazca Isaac, es tan deseado y tan preciado Ismael, y en nasciendo Isaac, es luego tan aborrecido y despreciado? ¿Qué es pues esto, sino que por Isaac (que es hijo de la señora, y quiere decir risa) es figurada el alegría espiritual, y por Ismael hijo de la esclava (que es nuestra carne) es figurada el alegría carnal y sensual? Pues antes que conozcan los hombres por experiencia la grandeza de los deleites espirituales, figurados por Isaac, tienen en mucho los carnales, porque no conocen otra cosa mejor. Mas después que les abre Dios un poco los ojos, y purgado ya el paladar de su ánima, gustan este manna celestial, luego les hieden todos los deleites del mundo, y luego dan de mano á todos los placeres sensuales, y echan fuera de casa al hijo de la esclava (que es el gozo de la carne) y queda solo Isaac hijo de la libre, que es el gozo y alegría del es-

píritu. En lo cual se ve claro cuánta parte sea este gozo así para el menosprecio de los deleites del mundo como para correr ligeramente por el camino de los mandamientos de Dios.

Éstas pues son, hermano mío, las cuatro principales ruedas que mueven este carro de la virtud, éstos los principales medios que la divina Providencia (después de los sacramentos) ordenó para cura de la naturaleza, y para reformación de nuestro apetito, y para facilitarnos el camino del cielo y hacernos suave el yugo de la ley de Dios.

De cómo la oración es medio para alcanzar la gracia, la caridad y la devoción.

§ III

Mas por ventura preguntarás: ¿Á qué propósito viene todo lo dicho, habiendo de tratar aquí de la oración? La respuesta es: porque no hallé otro medio más conveniente que éste para explicar la eficacia desta virtud y la necesidad que della tenemos. Porque si tan dificultosa es la materia de la virtud (como arriba declaramos) y para vencer esta dificultad hace tanto al caso la gracia, y la caridad, y la devoción, y el alegría espiritual (como está dicho) ¿qué tan grande será la virtud y eficacia de la oración, pues ella es medio convenientísimo para alcanzar todo esto?

Porque primeramente, para alcanzar la gracia, uno de los principales medios que hay, es pedirla instantísimamente á Aquél que solo puede darla, pues (como dice el Apóstol) es tan rico el Señor para todos los que le llaman. Pues ¿á qué otra virtud pertenece esto sino á la oración? Porque la oración, demás de ser obra meritoria (como lo son todas las otras obras virtuosas hechas en caridad) es también impetratoria, porque así como tiene por oficio proprio pedir, así le corresponde por galardón proprio el impetrar, como claramente nos lo prometió el Salvador diciendo: Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y abriros han. Porque todo aquél que pide, recibirá, y el que busca, hallará, y al que llama, abrirle han Pues ¿qué cosa se pudiera decir más clara ni más liberal y de mayor consolación para el hombre que ésta? Porque (como dice S. Crisóstomo) no negará Dios el socorro al que lo pidiere, pues él mismo nos instiga á que le pidamos.

Porque argumento claro es que nos quiere dar, el que tantas veces nos manda pedir. Por lo cual dice David: Bendito sea el Señor, que no apartó mi oración y su misericordia de mí. Sobre las cuales palabras dice S. Augustín: Ten por cierto que si Dios no aparta tu oración de ti, tampoco apartará su misericordia de ti: porque quien te da espíritu para que pidas, también te dará lo que con ese espíritu le pidieres. Y el mismo Señor en otro lugar, exhortándonos aún con mayor instancia á esto mismo, dice así: ¿Quién de vosotros pedirá á su padre pan, que reciba dél en lugar de pan una piedra? Y si le pidiere un pesce, ¿por ventura darle ha en lugar de pesce una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre (que está en los cielos) dará su espíritu bueno á quienquiera que se lo pidiere? ¿Ves, pues, cómo el medio que hay para recibir el espíritu bueno (que es el Espíritu Sancto, que se da por gracia) es pedirla? Finalmente, es tan proporcionado este medio para este fin, que dice S. Augustín en el libro de los Dogmas de la Iglesia estas palabras: Ninguno creemos que viene á la salud, si Dios no lo llama: y ninguno, después de llamado, óbra lo que conviene para esta salud, si Dios no le ayuda: y ninguno recibe esta ayuda, si no la pide por oración. Lo cual dijo este Sancto, no porque no sabía él muy bien que hay otros medios para alcanzar la divina gracia, sino para dar á entender cuán proprio y cuán proporcionado medio era éste entre los otros para ello. Porque como la gracia sea dádiva de Dios, el camino derecho que hay para alcanzarla, es pedirla levantando los ojos á lo alto y diciendo con el Profeta: Levanté mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro.

Y no menos ayuda la oración para alcanzar la caridad que la gracia, supuesto que oración es petición de lo que nos es necesario, y también levantamiento de nuestro corazón á Dios. Porque dos medios señalamos arriba para alcanzar el amor de Dios: el uno, considerar la grandeza de sus perfeciones y beneficios (porque esto es lo que señaladamente nos le hace muy amable) y el otro es pedirle instantísimamente con entrañables deseos y oraciones esta virtud. Pues lo uno y lo otro, así el pensar como el pedir, pertenece á la oración: por do parece que pues su oficio es levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes, ella es un convenientísimo y muy proporcionado medio para alcanzar esta vir-

tud. Item, si la comunicación entre las personas suele ser un grande incentivo de amor, y no es otra cosa oración sino comunicación con Dios, ¿qué cosa más á propósito para alcanzar el amor de Dios, que comunicar, ó siempre, ó muy á menudo, con él? Item, si el mismo Dios esencialmente es fuego de amor, y no es otra cosa orar sino llegarse á Dios, síguese que quien más cerca se llegare deste divino fuego, más se inflamará y más parte recibirá de su calor. Porque si este fuego material (por ser tan noble elemento) no sabe negarse á quien á él se llega, ¿que hará aquel Señor que es infinitamente más noble, más bueno y más comunicativo de sí mismo? Por lo cual dice S. Augustín: Para ser el hombre algo, conviene que se llegue á aquél de quien recibió que fuese algo. De dónde nasce que desviándose dél, se escurece, y llegándose á él, se esclarece: desviándose dél se enfría, y llegándose á él se inflama.

Item, como este amor sea un sancto afecto y movimiento de la voluntad, y la voluntad sea una potencia ciega, que no se mueve sin que precedan actos del entendimiento, necesariamente han de preceder tales consideraciones en el entendimiento, que enciendan este afecto en la voluntad: lo cual pertenece á la oración por la parte que es levantamiento de nuestro corazón á Dios, como está dicho. ¿Ves pues cuánto nos ayuda esta virtud para alcanzar el amor de Dios?

Pues aún muy más propriamente ayuda á alcanzar la devoción, que es la tercera cosa que nos allana este camino. Porque ¿de qué otras fuentes nasce la vena de la devoción, sino de la oración y consideración de las cosas divinas? Así lo dice Sancto Tomás en la 2. 2, en la cuestión 82, en la cual tratando de las causas de la devoción, dice que son dos, una, que está fuera del hombre (y ésta dice que es el Espíritu Sancto, que es el autor y inspirador deste afecto celestial) y otra, que está dentro del hombre, y ésta dice que es la meditación y consideración de las cosas divinas. Porque como la devoción sea un sancto afecto y movimiento de la voluntad, y la voluntad sea (como acabamos de decir) una potencia ciega, que regularmente no se mueve sin que preceda alguna luz y consideración del entendimiento, necesario es que preceda esta consideración para producirse este afecto de devoción. Aunque esto solo no basta, y por eso se añade otra causa de fuera, que es el Espíritu Sancto (como dijimos) el cual nunca falta á quien

hace lo que es de su parte, y así concurre con aquéllos que se aplican húmilmente á la consideración de las cosas divinas. para despertar en ellos este afecto celestial.

Y si preguntares: ¿Por qué causa el sancto Doctor atribuye este efecto al Espíritu Sancto más que los otros, pues es cierto que todos los hábitos y actos de las virtudes infusas también proceden deste mismo Espíritu? Á esto se responde que aunque esto sea verdad, pero que la devoción (que es el primer acto de la virtud que llaman religión) es una cosa tan universal y tan noble, que por esto hay especial razón para dar por autor della al Espíritu Sancto. Porque la devoción no se contenta con inclinarnos á una particular obra de virtud (como hacen las otras virtudes) sino generalmente nos inclina con una voluntad muy prompta á todas las obras virtuosas, que es á todo aquello que pertenece al servicio de Dios: y este tan grande afecto y tan grande salto no se puede dar sin especial favor del Espíritu Sancto. Esto se puede en alguna manera entender por este ejemplo. Dicen muy bien algunos doctores que no puede un hombre con solas fuerzas naturales amar á Dios sobre todas las cosas, pudiendo hacer con solas ellas otras obras moralmente buenas, aunque no meritorias, como es ayunar, sufrir, perdonar, dar limosma, y otras tales, que son obras particulares. Mas amar á Dios sobre todas las cosas es como una red barredera que todo lo lleva tras sí, porque nadie le puede amar desta manera, sino ordenando á sí y á todas sus obras á Dios, y posponiéndolo todo por él: la cual determinación es tan universal y tan noble, que nadie la puede tener de verdad, si no es para esto ayudado de Dios. Pues lo mismo decimos de la devoción: la cual como tenga de su naturaleza hacer la voluntad del hombre ligera y prompta, no para esta ó para aquella obra buena, sino para todas las obras del servicio de Dios (que son todas las obras de las virtudes) por eso tiene necesidad de una especial asistencia y movimiento del Espíritu Sancto, para producir un acto tan universal y tan generoso. En lo cual se ve claro cómo la devoción, siendo acto de una sola virtud (que es la religión) es estímulo de todas las virtudes y despertadora de todas ellas.

Y esto suele obrar aquel Espíritu divino en la oración (cuando se hace como se debe hacer) dónde muchas veces por una manera maravillosa se transforman los corazones de los que oran, de tal modo que entrando en la oración flojos, tibios, flacos y pe-

sados para todo lo bueno, á cabo de una hora que perseveran allí, llamando húmilmente á las puertas de la divina misericordia, salen tan esforzados, tan alegres y tan promptos para todo lo bueno, y finalmente tan trocados y tan otros, que ellos mismos no se conoscen: tanto, que una de las cosas que hay entre las obras de gracia (entre otras algunas) que parescen milagro, es esta tan súbita y tan grande mudanza en un mismo corazón. Mas con todo eso no lo es (aunque sea obra sobrenatural, como lo son los milagros) porque el modo con que se hace, no es miraculoso, sino el ordinario y natural con que Dios comúnmente lo suele hacer.

Pues la cuarta ayuda, que es el alegría espiritual, ¿de dónde nasce sino de donde nasce la devoción, que es de la misma oración? Así lo significó el mismo Dios por Isaías, cuando dijo que llevaría sus siervos á su sancto monte, y los alegraría en la casa de su oración. Porque (como dice Sant Bernardo) en la oración se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazón del hombre, que es el vino del Espíritu Sancto, el cual embriaga nuestro corazón, y lo hace olvidar de todos los otros sensuales deleites. Verdad es que no cualquier manera de oración basta para esto. Porque (como dice Sancto Tomás) aunque pueda la oración ser meritoria y también impetratoria, faltándole la atención actual (cuando no no falta por culpa del que ora) mas ésta es necesaria para la otra propriedad principal de la oración, que es ser causadora de devoción y desta alegría espiritual, que es (como dice Sancto Tomás) una refección del ánima y una suavidad celestial: para lo cual (como digo) es necesario que haya actual atención.

Conclusión de todo lo dicho con ejemplos de Sanctos.

§ IV

VES pues cuánto nos ayuda la oración para alcanzar estas cuatro cosas tan principales, que tanto nos esfuerzan á llevar ligeramente la carga de la ley de Dios? Pues por aquí se ve claro cuánta necesidad tenga el hombre de la continuación y ejercicios desta virtud, si quiere tener fuerzas con que pueda guardar la ley de Dios. Y por aquí verás cuán convenientemente, después de haber dado muchos avisos y reglas de bien vivir en el

tratado precedente, tratamos agora de la oración en el presente, pues la dificultad que hay en lo uno, nos está pidiendo la facilidad que se alcanza con lo otro. En lo cual se ve claro cómo el deseo de guardar la ley nos está pidiendo el uso de la oración, para que con el ayuda de lo uno podamos guardar lo otro. Por lo cual dice el Eclesiástico: El que guarda la ley, multiplica la oración: porque como entiende la necesidad que tiene del socorro de la oración para vencer la dificultad de la ley, así como es cuidadoso en lo uno, así también lo es en lo otro. Y al mismo propósito pertenece lo que dice en otro lugar por estas palabras: No haya cosa que te aparte de siempre orar, ni tampoco de bien obrar, hasta el fin de la vida, pues el galardón de Dios permanece para siempre. Donde también ayuntó en uno el siempre orar y siempre bien obrar, por la necesidad grande que hay de lo uno para lo otro. En lo cual parece que si la oración fuese estéril y no acompañada con buenas obras, ya no sería perfecta oración, sino por ventura engaño del enemigo. Porque como una de las mayores alabanzas que la oración tiene, es ser tan grande ayudadora de la virtud y de todas las buenas obras, si éstas faltan, ¿qué será la oración sino ilusión y engaño del enemigo? Por tanto (como dice el Apóstol) apártese de toda maldad quienquiera que invoca el nombre del Señor. Y no se contente con no hacer mal, sino procure hacer todo el bien que pudiere, y entonces habrá alcanzado la perfecta oración. Conforme á lo cual dice S. Augustín en un sermón: ¿Con qué cara osas pedir lo que Dios te prometió, si no haces lo que te mandó? Oye pues primero sus palabras, y después pide sus promesas. Y Sant Crisóstomo dice: Quien ora y peca, no hace oración á Dios, sino desacata á Dios.

Todo esto que hasta aquí habemos dicho, comprehende perfectísimamente S. Augustín en tres palabras que dicen así: La ley manda, la gracia cumple, y la oración, mediante la fe, impetra. Quiere decir: La ley por sí sola no hace más que mandar y declararnos lo que debemos hacer, mas no da fuerzas para cumplirlo. Pero éstas nos da la gracia del Espíritu Sancto, mediante los hábitos de las virtudes que della proceden. Y esta gracia alcanza la oración, pidiéndola con fe y confianza, como se debe pedir. Y esta tercera partícula declaró aún más distinctamente el mismo Sancto, diciendo: El espíritu de la gracia hace que tengamos fe, y la fe orando alcanza gracia para que cumplamos la ley.

Éstas son las principales virtudes y propriedades de la oración, que hacen á nuestro caso: otras tiene también sin éstas, de que tratamos en otro lugar, y por esto al presente no diré della más de lo que brevemente dice Simón de Casia por estas palabras: Oración es obra espiritual en cuerpo terreno, vista del ánima que mira á Dios con ojos de fe, orden de nuestra ánima para con Dios, á quien se subjecta, voz que hiere las orejas divinas, suave clamor en el sentido del corazón, silencio de todas las otras obras corporales cuando ésta se hace, recogimiento de los sentidos, olvido de sí y de todas las criaturas, puerto del espíritu vagabundo, representación de sí ante el Juez eterno, condenación de sí mismo, juicio ante el divino juicio, verdadero espejo del ánima, lámpara de la consciencia, luz invisible para las obras invisibles, sombra que templa los ardores de nuestra carne, resignación en las manos de Dios, no queriendo más de lo que él quiere. Todas estas cosas competen, cada cual en su manera, á la perfecta oración: la cual (como dice uno de aquellos sanctos Padres del yermo) entonces es perfecta, cuando el mismo que ora, no sabe de sí que ora, porque de sí y de todo lo que no es Dios, muchas veces se olvida.

Pues por estas y por otras grandes utilidades que tiene la oración, fueron todos los Sanctos tan dados á ella, como leemos en sus historias. Si no, dime, ¿qué otra cosa más comúnmente hacían aquellos sanctos Padres del desierto, aun cuando entendían en tejer sus canastillas de mimbres, sino vacar á la oración? ¿Qué hizo el primero de todos ellos (que fué Sant Pablo) por todos aquellos setenta años que estuvo en el desierto sin vista de hombre mortal, sino ocuparse día y noche en oración y contemplación? ¿Para qué el bienaventurado Hilarión sobre diez veces mudó la celda que tenía, por esconderse de la gente que lo buscaba, sino para ocuparse (como escribe Sant Hierónimo) perpetuamente en ayunos y psalmos y oraciones? ¿Qué otra cosa hacían todos los otros que llamaban anacoritas (que quiere decir solitarios) sino entender siempre en oficio de ángeles, que es vacar á la contemplación de las cosas divinas? ¿Qué otra cosa leemos en los libros de Judit, y de Ester, y de Tobías, y de los Reyes, y de aquellos nobles Macabeos, sino maravillas y grandezas alcanzadas por oración? ¿Quién esforzó el ánimo de aquella sancta Judit para emprender una tan gran hazaña como fué cortar la cabe-

za de Holofernes, sino la virtud de la oración? Puesta su ciudad en muy grande estrecho por el ejército de los asirios, los sacerdotes oraban, la gente del pueblo oraba, los niños también oraban, la sancta Judit en su retraimiento oraba, y al tiempo que se partió para el campo de los enemigos, mandó que ninguna otra cosa se hiciese por ella sino oración: y estando entre ellos, cada noche salía fuera de su estancia á hacer oración: y al tiempo que desenvainó el espada para herir la cerviz del tirano, esforzó el brazo feminil con la virtud de la oración: y así cortada la cabeza del enemigo, dió fin á aquella tan memorable hazaña.

Y si por ventura dijeres que todos estos Padres antiguos (mayormente los que moraban en los desiertos) tenían más aparejo para este ejercicio porque carescían de todo negocio, para eso te quiero poner agora delante uno de los más ocupados hombres del mundo, que fué nuestro glorioso Padre Sancto Domingo, el cual no por eso dejó de llegar á la cumbre de la perfecta oración y contemplación. De suerte que estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad de los prójimos requería, no por eso carescía de la oración y contemplación que los monjes en el desierto tenían. Por dónde con mucha razón le compete aquella alabanza del Sabio, que dice: Fué así como la oliva que comienza á brotar, y como el aciprés que sube á lo alto. Extraña cosa parece caber en una persona propriedades de dos cosas tan distantes como son el aciprés alto y estéril, y la oliva baja y fecunda. Mas sin dubda lo uno y lo otro conviene á este bienaventurado Padre, pues como oliva fructuosa daba olio de misericordia para socorro de los prójimos, ocupándose en la vida activa, y como aciprés, que todo se va á lo alto, subía con movimientos de amor á los ejercicios de la vida contemplativa. Y así abrazaba en uno ambas hermosuras de oliva y de aciprés, tomando de la una la fecundidad, dejada la bajeza, y del otro la alteza, dejada la esterilidad.

Pues qué tan continuas hayan sido las oraciones deste Sancto, y de cuántas maneras de orar haya usado, es bien que lo oigan agora todos, y mucho más los que se glorían del nombre de sus hijos, á quien es más dulce y más eficaz la memoria de los ejemplos del padre. Pues de la continua oración deste Sancto, y de las maneras que tenía de orar, escribe Sancto Antonino en la tercera parte de sus historias así.

Aunque toda la vida deste Sancto era una continua oración, todavía (demás de las siete horas canónicas) usaba de otros muchos modos de orar, para despertar más con algunos actos exteriores la devoción interior. De los cuales el primero era, inclinándose profundamente ante el altar, presuponiendo que el altar era figura de Cristo, acordándose que está escrito: La oración del que se humilla, penetra los cielos. Y así aconsejaba él á sus frailes que se humillasen profundamente cuando pasasen ante la imagen del Crucifijo por nosotros humillado.

El segundo era, prostrándose todo en tierra de largo á largo, de la manera que Cristo oró en el huerto, y así compungido en su corazón, y como hombre confundido dentro de sí, decía: Señor Dios, apiádate de mí pecador. Y aquello del Psalmo: Humillada está, Señor, en el polvo nuestra ánima, y nuestro vientre está pegado con la tierra. Y exhortando sus frailes á esta manera de orar, les alegaba el ejemplo de aquellos sanctos Magos, que prostrados en tierra adoraron al niño Jesús, añadiendo que aunque ellos no tuviesen pecados por qué orar (aunque no hay hombre que no los tenga, como Salomón dijo en su oración) pero que debían orar por la conversión de sus prójimos.

El tércero era, estando en pie y disciplinándose con una cadena de hierro, diciendo aquel verso del Profeta: Tu disciplina, Señor, me corrigió hasta la fin, y tu disciplina me enseñará.

El cuarto era, hincándose muchas veces de rodillas, á imitación de aquel leproso del Evangelio, que arrodillado ante la presencia del Salvador, decía: Señor, si quieres, puédesme alimpiar: y á imitación del bienaventurado Sancto Esteban, que puesto de rodillas, hizo oración por sus enemigos, como Sant Lucas escribe en los Actos de los Apóstoles. Y en esta manera de orar, muchas veces era oído levantar la voz en alto y decir: Á ti, Señor, clamaré, Dios mío, no calles tú á mí. Otras veces hablaba con solo el corazón en gran silencio: donde le acontecía estar algunas veces como suspenso y espantado por un grande espacio, y allí paresce que pasaba de vuelo, y penetraba los cielos con el entendimiento, y después volvía en sí con mucha alegría, y limpiaba las lágrimas que de los ojos le corrían, y tornaba con toda composición y presteza á levantarse en pie y después á hincarse de rodillas como antes.

El quinto era, estando en pie delante del altar, las manos le-

vantadas y un poco extendidas á manera de un libro abierto: y así estaba como delante de Dios, leyendo con grande devoción y reverencia, y meditando las palabras divinas, y platicándolas dulcemente consigo.

El sexto era, poniéndose en cruz, como oró el Salvador cuando estando crucificado hizo oración por nosotros con grande clamor y lágrimas, y fué oído por su reverencia.

El séptimo era, algunas veces estando en pie, y las manos extendidas y derechas al cielo, como saeta que sube á lo alto de un arco flechado: y créese que con esta manera de orar (demás de acrescentársele la gracia) alcanzaba lo que pedía al Señor para su Orden. Y algunas veces orando desta manera, le oían los frailes decir aquellas palabras del Psalmo: Oye, Señor, mi voz, cuando clamo á ti, y cuando levanto mis manos á tu sancto templo.

El octavo era, después de las horas canónicas, ó de las gracias que se dan después de comer. Porque en estos tiempos el sancto varón lleno de espíritu de devoción con las palabras de los psalmos que había cantado, ó que había oído en la lición de la mesa, luego se recogía en la celda ó en algún lugar solitario, y hecha la señal de la cruz abría un libro, y comenzaba á leer por él con grande suavidad, paresciéndole que le hablaba Dios en aquel libro, y que él oía sus palabras atentamente, diciendo con el Profeta: Oiré lo que habla en mí el Señor Dios. Y era cosa maravillosa ver de la manera que se había en este ejercicio: porque algunas veces parescía que disputaba con otra persona y que le hablaba con atención, y otras veces que le oía con gran silencio: unas veces se sonreía, otras lloraba; unas hincaba los ojos en un lugar, otras los abajaba. Y así en este ejercicio como en todos los demás tenía él por costumbre levantarse siempre de la lición á la meditación, y de la meditación á la contemplación. Y era tanta la reverencia que tenía á las palabras de Dios y á los libros de los Sanctos, que cuando estaba solo, inclinaba la cabeza al libro, y lo tomaba en las manos, y lo besaba, especialmente si era de los Evangelios.

El nono era otra muy loable costumbre que el sancto varón tenía, cuando andaba camino, que siempre iba dentro de sí orando y meditando: y para mejor hacer esto, decía á los compañeros que se fuesen delante ó se quedasen atrás, por quedarse él

solo, alegándoles para esto dulcemente aquellas palabras del Profeta que dice; Llevarla he á la soledad, y allí le hablaré al corazón. Y tenía por costumbre en esta manera de oración mover algunas veces las manos (como si quisiese ojear algunas moscas de delante de sí) y signarse muchas veces con la señal de la cruz. Y creían los Religiosos que por esta manera de ejercicio había alcanzado entendimiento de las Escripturas sagradas. Hasta aquí son palabras de Sancto Antonino.

Éstos pues son los modos de orar, éstos los ejercicios y los ejemplos deste glorioso Padre. No sé aquí por cierto qué primero diga, ni de qué primero me maraville. Maravíllome cuando considero qué tan grande sería la suavidad y gusto que este bienaventurado Padre recibía, cuando así perseveraba en estos ejercicios, pues ni de día ni de noche, ni andando ni parado, ni comiendo ni después de haber comido se cansaba ni hartaba de estar siempre ocupado en estos divinos coloquios. Maravíllome de ver tantas maneras de potajes y ensaladas como halló en una cosa tan simple como es la oración, para nunca empalagarse, comiendo siempre de un mismo manjar, y para despertar más el apetito de las cosas espirituales con esta variedad. Sobre todo esto me maravillo de la destreza deste tan valeroso capitán, que no menos peleaba con la mano siniestra que con la diestra, pues tan continuo era en el socorro de los prójimos y tan continuo en el trato con Dios, sin impedirse el un ejercicio al otro. De ángeles es entender de tal manera los negocios de los hombres, que no por eso dejen la vista y contemplación de Dios: y este ángel de la tierra y hombre del cielo de tal manera tenía sus ojos puestos en Dios, que ni la gobernación de toda su Orden, ni el estudio de las letras, ni las ocupaciones del predicar, y confesar, y disputar con herejes, y andar caminos, y acudir á tantas maneras de negocios como estaban á su cargo, impedían aquella unión de su beatísimo espíritu con Dios. Y si algunas veces por algún breve momento le impedían, es de creer que luego (á semejanza de aquellos misteriosos animales que vió el profeta Ezequiel) iba y volvía al secreto de su recogimiento como un relámpago resplandeciente. Porque como varón perfecto había llegado á aquel estado perfectísimo y felicísimo, donde aquellas dos maneras de vida activa y contemplativa hacen una compuesta de ambas, sin que la una perjudique á la otra, sino que antes se ayuden una

á otra. Porque el ejercicio de las buenas obras hacía su oración más eficaz, y la devoción que sacaba de la oración, le hacía más prompto en el bien obrar. Y demás desto con la oración guiaba mejor los negocios de la gobernación, porque los trataba primero con Dios, y con ella también guiaba los de la predicación, porque por ella salían sus palabras teñidas del espíritu de la devoción y encendidas como hachas en la fragua del divino amor.

Pues el que desea imitar los ejemplos de los Sanctos y aprovechar en los ejercicios de las virtudes, aprovéchese deste ejercicio, porque éste le será estímulo y ayudador para todos los otros, pues por él se alcanza la gracia, la caridad, la devoción y el alegría espiritual, que hacen al hombre prompto y hábil para toda virtud.

DE SEIS CONDICIONES QUE HA DE TENER LA BUENA ORACIÓN

CAPÍTULO II

Sentencia es común de todos los doctores que el valor y mérito de nuestras obras no procede tanto de la substancia dellas, cuanto del modo con que se hacen. Por dónde agudamente dijo uno dellos que Dios no galardonaba tanto los verbos como los adverbios: que es decir que no tiene tanta cuenta con lo que hacemos cuanto con el modo con que lo hacemos, que es, con la caridad y devoción con que lo hacemos. Lo cual, aunque en todas las obras tenga verdad, pero señaladamente se ve en la oración: la cual, si no se hace con el modo y circunstancias que se debe hacer, será de poco fructo, ó de ninguno. Por lo cual dice Santiago: Pedís, y no recebís, porque no pedís como habéis de pedir. Y por esto también el profeta David, exhortándonos á cantar alabanzas á Dios, dice: Cantad á nuestro Dios, cantad, mas cantad sabiamente. Por falta de la cual sabiduría respondió el Señor á la oración de los hijos del Zebedeo que no sabían lo que pedían. Por esto dice S. Bernardo en un sermón que aunque en todas las buenas obras que hacemos, sea menester mucha atención y vigilancia, pero que señaladamente pide esto la oración.

La razón es, porque así como hay algunos manjares que aunque por sí sean buenos, todavía tienen necesidad de ciertas maneras de adobos y especias con que se guisen, para que sean sabrosos, así la oración (que por sí es una virtud muy loable) todavía tiene necesidad del ayuda de otras virtudes para alcanzar por ellas su última perfección. Porque de la caridad tiene necesidad para ser obra meritoria, y de la confianza, para ser impetratoria, y de alguna manera de atención, para ser oración, y de actual atención, para que por ella se alcance el alegría espiritual y la devoción, como luego se declarará en el capítulo siguiente. Todas estas virtudes son como formas de la oración, cada una de las cuales le da su propria perfección, y por esto de todas ellas ha de ser ayudada, para que sea perfecta. Por lo cual dice Sant Bernardo en un sermón: La oración que es falta de confianza, no penetra los cielos, porque el temor demasiado la detiene y hace que no sólo no suba á lo alto, mas que ni pase adelante. La oración tibia en la misma subida desfallece, porque no tiene calor ni vigor para subir. La oración temeraria y atrevida sube á lo alto, mas luego resurte para abajo, porque halla quien le resista, y no sólo no alcanza gracia, mas antes incurre en ofensa. Mas la oración fiel, humilde y ferviente sin duda penetra los cielos, de los cuales nunca volverá vacía. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo, por las cuales se ve claro cómo la oración tiene necesidad del ayuda de otras virtudes, como al principio propusimos. Lo mismo podemos también entender por lo que dice Hilario desta virtud. Menosprecia Dios (dice él) las oraciones leves, desconfiadas, inútiles, congojadas con los cuidados del siglo, y llenas de vanos pensamientos y figuras terrenas, y estériles, y desacompañadas de buenas obras. Pues si todas estas maneras de defectos pueden caber en la oración, necesaria es luego la asistencia y compañía de las otras virtudes para despedirlos, para que así sea pura y perfecta la oración.

§ I

Presupuesto pues este fundamento, será bien declarar aquí más en particular las principales condiciones que ha de tener la oración para que sea perfecta. Entre las cuales la primera es que se haga con espíritu y atención. Esta condición nos pidió el

Salvador, cuando dijo que para haber de orar entrásemos en nuestro retraimiento, y que ahí en escondido hiciésemos oración al Padre que está en los cielos. En lo cual se nos encomienda que al tiempo de la oración despidamos de nuestra ánima todos los pensamientos y cuidados terrenos, para que recogida toda nuestra atención y espíritu, solos en silencio y quietud, pudiésemos vacar á Dios. Porque como no sea otra cosa orar, sino hablar con Dios y negociar con él los mayores negocios que pueden ser (que son los de nuestra salvación) bien se ve con cuánta atención y reverencia esto se deba hacer. Porque si hablando con un rey de la tierra y sobre negocios de tierra, hablamos con tanta reverencia y atención, ¿cuánto más convendrá esto, hablando con el Rey del cielo y sobre negocios del cielo? En figura de lo cual leemos que aquellos dos querubines que Salomón puso á los lados del Arca del Testamento, estaban empinados y levantados sobre las puntas de los pies, y extendidas sus alas, para significar cuán levantado ha de estar el corazón del hombre de todas las cosas de la tierra, cuando quiere llegarse á Dios y entender en negocios del cielo.

Y aun no se debe contentar con sola esta atención, sino debe también trabajar por añadir espíritu á la atención, que es una entrañable afección y deseo de alcanzar lo que pedimos, cuando es cosa que pertenece al servicio de Dios. Á lo cual nos convida el Apóstol, cuando dice que hagamos oración en todo tiempo en espíritu. Y dícese esto orar en espíritu, porque orar desta manera es un especial movimiento y don del Espíritu Sancto, de quien dice el mismo Apóstol que hace orar á los sanctos con gemidos que no se pueden explicar. La cual oración ordinariamente nunca vuelve vacía, por la dignidad del Espíritu Sancto, que la inflama y despierta. Por lo cual dice el Profeta: El deseo de los pobres oyó Dios. Y en otro lugar: Clamé con todo corazón, óyeme, Señor. Lo cual dijo él así, porque sabía muy bien cuánta parte era este clamor del corazón para ser oída la oración: porque ésta es la pólvora que la hace llegar á Dios. Conforme á lo cual dice S. Gregorio: Tanto uno menos clama cuanto menos desea, y tanto con mayor voz penetra los oídos de Dios cuanto más extiende para con él sus deseos.

Esta primera condición se requiere para la misma substancia de la oración: porque la oración que careciese de todo género de atención, más se podría llamar distracción que oración. Lo cual

dice Casiano por estas palabras: Poco ora el que no ora más de cuanto está hincado de rodillas, y ninguna cosa ora el que aunque esté de rodillas orando, está voluntariamente distraído. Contra los que así oran dice S. Crisóstomo: Tú no oyes tu oración, y ¿quieres que la oya Dios? Dices que estás puesto de rodillas en la iglesia. Es verdad, mas tu corazón anda distraído fuera della: tu cuerpo está en el lugar sagrado, mas tu espíritu corre por todo el mundo: la boca habla con Dios, mas tu corazón por ventura piensa en usuras. Así que esta tal oración no es eficaz para alcanzar mercedes de Dios, antes muchas veces será pecado, cuando el hombre se pone á orar sin alguna manera de reverencia ni atención. Porque (como dice el cardenal Cayetano) dado caso que no en todo tiempo sea el hombre obligado á orar, mas ya que ora (pues no es otra cosa orar sino hablar con Dios) ha de hablar con reverencia y atención. Y si de propósito no lo hace así, no se excusa de pecado, á lo menos venial. Conforme á lo cual dice S. Basilio (á quien á este propósito alega Sancto Tomás que el favor divino se ha de pedir, no flojamente ni con corazón distraído, porque el que así lo pide, no solamente no lo alcanzará, mas antes indignará á Dios. Por lo cual con mucha razón es notada la manera de rezar de muchas personas, las cuales rezan sus horas ó sus devociones tan sin atención y reverencia, que más parece que están tomando de coro versos de Virgilio, que hablando con Dios y pidiéndole mercedes. Los cuales, si hiciesen reflexión sobre sí, y mirasen con quién hablan, y sobre qué hablan, por ventura tomarían otro tono y otro modo de hablar.

Verdad es que cuando este derramamiento de corazón no viene por culpa de la persona (que hace lo que es en sí) sino por vicio de la naturaleza (que no está del todo subjecta á la razón) no solamente no es pecado, mas antes hay su parte de fructo y de merecimiento. Ca la oración (como dicen los doctores) tiene tres provechos señalados, porque es obra meritoria, impetratoria y causadora de devoción. De los cuales fructos solo el postrero pide de necesidad actual atención (porque la devoción procede de la actual consideración y inteligencia de las cosas divinas) mas para los dos primeros fructos, que son merecer y impetrar, basta la buena voluntad y intención con que el hombre comenzó á orar, aunque después se le derrame el corazón, cuando es sin culpa

suya. La cual doctrina sirve para consolación de las personas humildes y devotas, que suelen demasiadamente afligirse cuando ven que se les distrae el corazón en este tiempo, comoquiera que esto sea natural á todo hombre, por la corrupción de la naturaleza. Conforme á lo cual dice S. Juan Clímaco: No desmayes, si cuando estando en oración, el enemigo sutilmente se entremete y secretamente te hurta la atención, antes te debes consolar, si siempre trabajas por tener quieto el pensamiento, que de sí es tan deleznable, porque á solos los ángeles es dado estar libres de semejantes hurtos.

Mas aunque esto sea verdad, todavía debe trabajar el varón devoto no sólo por ojear estas moscas importunas de los vanos pensamientos al tiempo que ora, sino también procurar de ordenar su vida de tal manera que no sea muy molestado dellas, cuando ora. Y el medio que para esto hay, dice el Venerable Beda que es apartarse todo lo posible de hacer malas obras y de hablar y oir vanas palabras, porque todas las imágenes y figuras de las cosas que oímos, vemos y hablamos, vienen después á asentarse en nuestro corazón como en el lugar proprio de donde manaron. Y así como los puercos (dice él) naturalmente suelen acudir á los cenagales y lugares sucios, y por el contrario las palomas á las corrientes de las aguas claras, así los pensamientos sucios acuden al ánima sucia y deshonesta, y los limpios al ánima pura y casta.

§ II

La segunda condición de la oración es la humildad, de la cual dice el Eclesiástico: La oración del que se humilla, penetrará los cielos, y no descansará hasta llegar á Dios, y no se apartará hasta que el Altísimo la mire. Á esta virtud pertenece que el que ora, conozca la extrema desnudez y pobreza, ó (por mejor decir) el abismo profundísimo de las miserias en que el hombre quedó por el pecado, junto con las que él después acá por su propria ruindad y malicia ha añadido. Porque por el pecado quedó el hombre miserable como aquel caminante que bajando de Hierusalem á Hiericó, cayó en manos de ladrones, los cuales le robaron cuanto llevaba, y le dieron tantas heridas, que le dejaron medio muerto

en el camino. Pues tal quedó el hombre por el pecado, despojado de todos los bienes de gracia, y herido en todos los bienes de naturaleza: el entendimiento escuro, la voluntad enferma, el libre albedrío flaco, la memoria derramada, la imaginación inquieta, el apetito rebelde, los sentidos curiosos, y sobre todo la carne sucia y mal inclinada. Y con esto quedó habilísimo para todo lo malo y inhabilísimo para todo lo bueno, muy aparejado para perderse y muy inhábil para salvarse. Si no, dime, ¿qué se podría esperar de un mozo de poca edad, puesto encima de un caballo furioso, y con unas riendas flacas en la mano, y en un camino lleno de despeñaderos y barrancos? Pues en esta misma disposición está un hombre sin gracia, pues su apetito es como un caballo furioso y desbocado, y la razón que lo ha de gobernar está tan escura y tan flaca, y el libre albedrío con que lo ha de enfrenar, tan debilitado, y este mundo tan lleno de despeñaderos y barrancos, cuantos lazos hay en él armados, que son más que llovidos. Pues ¿qué mayor peligro, qué mayor pobreza, qué mayor miseria que ésta?

Finalmente, tal está el hombre miserable, que ni una sola palabra, ni un solo buen propósito ni deseo ni pensamiento que agrade á Dios, puede por sí solo tener, si no es para ello con especial socorro ayudado de Dios. De suerte que si cae en pecado, no se puede levantar dél, si Dios no le levanta: y después de levantado, no puede obrar por sí el bien, si no es mediante la gracia y las virtudes que della proceden: y aun sobre esto es menester que Dios le despierte y mueva con especial ayuda á bien obrar. Y aun todo esto no basta para llevar al cabo lo comenzado, sino es necesario otro nuevo favor para perseverar hasta la fin. Mira pues por aquí cuán herida y maltratada está la naturaleza, pues tantos emplastos son necesarios para curarla. Por dónde (así como una casa vieja que por todas partes amenaza la caída) ha menester todas estas maneras de puntales y remedios para estar en pie y no caer.

Pues el que por tantas partes se ve tan debilitado y flaco, ¿no te parece que tiene necesidad de clamar á Dios con el Profeta: Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta mi ánima, y yo estoy sumido en lo más bajo del cieno, y no hallo sobre qué estribar? Y si con esto se juntan los males que cada uno por su parte tiene hechos, y el estrago que su ánima ha recibido con

ellos, y la mala compañía del mundo (que está todo armado sobre vicios y malos ejemplos) ¿no te parece que juntando esto con lo otro, podrás decir con el mismo Profeta: Sálvame, Señor, porque han faltado ya los Sanctos en el mundo, y se han deminuído las verdades entre los hijos de los hombres?

Pues este tan profundo conoscimiento de las proprias miserias hace al hombre orar con espíritu de humildad. Porque ¿qué ha de hacer el pobre sino pedir limosna, y el flaco fortaleza, y el desnudo abrigo, y el culpado perdón, y el cativo libertad, y el enfermo medicina? De manera que cuanto más claro conosce su desnudez y pobreza, tanto más se mueve á clamar á Dios y pedirle misericordia. Y así como un pobre mendigo dende la mañana hasta la noche nunca cesa de pedir (antes ninguna otra vida tiene sino ésta) así cuanto un hombre es más humilde, y más claro conosce la grandeza de su necesidad y pobreza, tanto más continuamente hace oración á Dios, y le pide humildemente limosna y misericordia. Mas en este conocimiento conviene que esté el hombre tan fundado y tan resoluto, así por lo que acerca desto lee como por la experiencia cuotidiana de sus flaquezas, que cuasi vea con los ojos y palpe con las manos esta tan grande pobreza y miseria suya.

Mas no sólo la grandeza de nuestra miseria, sino también la grandeza de la majestad de Dios nos debe sumir debajo de los abismos, cuando vamos á hablar con él, como lo significó Sant Bernardo diciendo: Si es verdad (como lo es) que millares de millares de ángeles sirven á Dios, y diez veces cien mil millares asisten delante dél, ¡con cuánto temor y reverencia y con cuánta humildad ha de salir de su laguna la pobre ranilla á presentarse ante tan grande Majestad! Con este espíritu oró aquel Publicano del Evangelio, el cual no osaba ni aun levantar los ojos al cielo, y por eso fué tan bien despachado. Y con este mismo se humilló ante Dios Acab, rey idólatra y malvado, y alcanzó por humildad lo que no se le debía por justicia. Mas ¿qué diré, que con este mismo espíritu oró el Hijo de Dios, cuando prostrado en el huerto hizo oración al Padre, protestando con aquella figura exterior la humildad y abatimiento del hombre interior? Pues si desta manera se anonadó aquella tan grande inocencia y tan soberana grandeza, cuando hacía oración á Dios, ¿dónde se pondrá, ó cómo se humillará el muladar de todas las bajezas y vicios del mundo?

§ III

Tras de la humildad convenientísimamente se sigue luego la fe y confianza (que es la tercera condición de la oración) porque la humildad nos declara que no debemos confiar en nosotros, mas la fe nos dice que debemos confiar en Dios. La humildad nos da un desengaño, avisándonos dónde no está el remedio: mas la fe nos da otro desengaño, diciéndonos dónde está. Esta condición nos pide el apóstol Santiago, cuando dice que pidamos con fe y sin dudar, porque de otra manera no alcanzaremos lo que pedimos. Y cuánto nos importe esta fe para ello, el mismo Señor nos lo declaró por S. Mateo, diciendo: Cualquier cosa que pidiéredes en la oración, creed que os lo darán, y dárseos ha. ¿Ves pues cuánta necesidad tiene la oración de confianza, para haber de impetrar? Por dónde entenderás lo que arriba tocamos, que la oración tiene de la caridad el merecer, mas de la fe y confianza el impetrar. Por dónde, así como según la medida de la caridad será la del merecer, así conforme á la medida del confiar será la del impetrar. Y así dice Cipriano en la epístola á Donato que cuan grande fuere el vaso de la fe que con nosotros llevamos, tanta será el agua que de la fuente de la divina misericordia cogeremos. De lo cual tenemos tres ejemplos (entre otros muchos) en el sancto Evangelio. Aquel príncipe de la sinagoga tuvo fe que si el Señor iba á su casa y ponía la mano sobre su hija, la sanaría: y así lo hizo el Señor, y así la sanó. Mas la mujer que padescía flujo de sangre, pasó más adelante, y tuvo fe que con sólo tocar ella la fimbria de la ropa del Salvador, sanaría: y así como ella lo creyó, así se hizo. El Centurión pasó aún más adelante, y creyó que sin nada desto bastaba sola la voz y mandamiento del Salvador para sanar á su criado: así lo creyó, y así se hizo. En lo cual se ve que cuanto mayor fuere la fe del que ora, tanto su oración será más poderosa para alcanzar lo que demanda.

Mas por ventura dirás: ¿Cómo podré yo tener esa manera de fe y confianza, habiendo hecho á Dios tan pequeños servicios? Á esto se responde que no son los principales estribos desta confianza los servicios solos del hombre, sino mucho más los servicios y méritos de Cristo y la grandeza de la bondad y misericordia de Dios. Y si preguntares qué tan grande sea esta bondad y miseri-

cordia, conocerlo has por la inmensidad de la divina Substancia: porque (como dice el Sabio) cual es la grandeza de Dios, tal es su misericordia. Porque como es infinitamente grande, así es infinitamente misericordioso, y como tiene infinitas riquezas que repartir, así tiene infinita largueza para repartirlas. Ca de otra manera, grande imperfección y disonancia fuera en aquella divina Substancia, si teniendo infinitos bienes que dar, no tuviera infinito ánimo y corazón para darlos.

Y aunque todas las perfecciones divinas sean en él una misma cosa, y así todas sean iguales, no se puede negar sino que en las obras de misericordia es más extremado y más copioso. Porque aunque haya hecho muchas y muy grandes obras para mostrar las otras virtudes y perfecciones suyas, mucho mayores las ha hecho para mostrar su bondad y misericordia. Porque para mostrar la grandeza de su poder y sabiduría crió el mundo, y para mostrar la grandeza de su rigor y justicia lo destruyó con las aguas del diluvio: mas para mostrar la grandeza de su misericordia, murió por él, y derramó toda su sangre por él. Pues ¿cuánto mayor obra es morir Dios que morir los hombres, y padescer Dios por el mundo que criar el mundo? Por dónde en aquella maravillosa visión en que Moisén vió la gloria de Dios en el monte, entre las grandes perfecciones y maravillas que allí le fueron descubiertas, ésta fué la que más gritó y proclamó á grandes voces, diciendo: Misericordioso, piadoso, sufridor, Señor de grande misericordia, que quitas los pecados y maldades de los hombres, y no hay quien delante ti por sí sea inocente.

Por esto canta la Iglesia: Señor Dios, á quien es proprio haber misericordia y perdonar. Y esto dice, no porque no le sean también proprias todas las otras virtudes y perfecciones suyas, sino porque ésta es obra de bondad y misericordia, que es la cosa de que él más se precia, y de que más quiere ser alabado, y la que más declara la grandeza de su poder y de su gloria, pues á solo aquél pertenece la perfecta misericordia, que está libre de toda miseria.

Pues por esto, hermano mío, cuando fueres á pedir á este Señor perdón y misericordia, no te acobardes ni desmayes, pensando que le vas á importunar ó á obligar á que haga cosa contraria á su honra ó á su naturaleza: antes cree que le vas á dar materia de alabanza, y ocasión de hacer una cosa muy honrosa, y muy

gloriosa, y muy conforme á quien él es. Porque así como es natural al sol alumbrar, y al fuego quemar, y á la nieve enfriar, así, y mucho más, es natural á aquella infinita Bondad hacer bien á todas sus criaturas.

Ni tampoco pienses que se enfada él, como hacen los hombres cuando son importunados: porque los hombres importúnanse de que les pidan, porque pierden lo que dan: mas como Dios no pierde lo que tiene, dándolo, por eso no se puede importunar pidiéndoselo. Por lo cual dice S. Augustín: No te engañes pensando que así como tú recibiendo ganas, así Dios dando pierde: porque por muy hambriento que traigas el vientre, y muy seca la garganta, la fuente vence toda esa sed.

El segundo fundamento desta confianza dijimos que eran los merescimientos de Cristo, que es nuestro salvador, nuestro redemptor, nuestro abogado, nuestro medianero, nuestro rey, nuestro sacerdote y nuestro sacrificio: y no hay otro nombre debajo del cielo, so cuyo título y amparo podamos ser salvos, sino éste. Porque así como no quiso Dios que hubiese en el mundo más que un sol, que solo tuviese lumbre de sí, y de quien todas las estrellas la recibiesen, así no quiso que hubiese más que un solo sanctificador en el mundo, por quien fuesen sanctos todos lo que de verdad lo fuesen. Pues éste es el Nombre por quien él tantas veces nos manda pedir mercedes al Padre en el Evangelio, certificándonos que todo lo que por él pidiéremos (que es por sus merecimientos y servicios) nos será concedido. Y no contento con esto, el mismo Señor nos dió palabras conocidas, para que con ellas pidiésemos por él estas mercedes, cuando nos enseñó la oración del *Pater noster*. La cual podemos presentar al Padre soberano, diciendo que venimos á él enviados por su Hijo, y que por más señas, él nos dió las palabras con que le habíamos de pedir misericordia: las cuales puede él muy bien reconocer que suyas son. Así lo hizo Tamar, cuando su suegro la mandaba quemar por mala mujer: y ella envióle las señas de quién había concebido, y con esto quedó en comparación de su suegro justificada y libre de la sentencia. Pues desta manera supliquemos al Eterno Padre quiera reconocer las palabras que le decimos, cúyas son, y quién nos envía á él, para que por él sea revocada la sentencia de nuestra condenación, y por él alcancemos lo que por nosotros no merecemos,

Éste es pues el templo vivo del verdadero Salomón, y el altar donde todas las peticiones que se ofrecen á Dios, le son agradables, como él mismo lo testificó por su Profeta diciendo: Los holocaustos y sacrificios dellos me serán agradables, ofreciéndolos en mi altar: el cual no es otro por cierto que la sacratísima humanidad de Cristo. Porque por eso eran tan grandes los celos que Dios tenía sobre que no hubiese más que un solo altar en toda la tierra de Israel, y por consiguiente en todo el mundo, para dar á entender que no había más que un solo sumo sacrificio y un solo sumo altar y sacerdote, en quien y por quien todos nuestros sacrificios y oraciones le fuesen aceptas, que es Cristo.

Y porque mejor entiendas, hermano, cuán grande sea este tesoro, y sepas preciarte dél, y dar gracias á Dios por él, ponerte he un ejemplo delante, que bastará para darte alguna manera de luz y conocimiento deste tesoro. Pocos días ha que un hombre de bien, queriendo pedir mercedes á un príncipe, escribió una petición, en la cual refería por su orden todos los servicios y jornadas que por su mandado había hecho un padre suyo en diversos tiempos y lugares: y después de referidos y amplificados estos méritos uno por uno, pedía con tan grande rigor la satisfación y premio de todos aquellos servicios, como si él mismo los hubiera hecho. Pues esta misma es la causa que tenemos agora con Dios, y ésta es la manera que habemos de tener para negociar con él, pues en hecho de verdad todos los que están en gracia, son hijos adoptivos de Cristo, y él es nuestro padre (como lo llama Isaías) y nuestro segundo Adán (como lo llama S. Pablo) y por consiguiente, nosotros somos sus legítimos herederos, y no *ab intestato*, sino por el testamento que él mismo el Jueves de la Cena ordenó y confirmó, no con sangre de cabritos, sino con su misma sangre, la cual dijo que derramaba por nosotros, y así nos hacía herederos della. Por esto tenemos derecho para pedir con toda seguridad y confianza el galardón de sus trabajos, pues todo lo que él en este mundo lastó y padeció, y todos los pasos que dió, no los dió para sí, sino para nosotros. Por nosotros encarnó, nasció, trabajó, ayunó, caminó, sudó, padesció, murió, etc. y de todo esto nos dejó por herederos en su testamento; porque de nada desto tenía él necesidad para pagar lo que debía (porque era inocente) ni para alcanzar la gracia y gloria que

tenía, porque era Dios. Pues si el patriarca Jacob alcanzó la bendición que no se le debía, porque iba vestido de las vestiduras del primogénito, á quien se debía, ¿cómo no alcanzaremos nosotros la bendición de la gracia, aunque no se nos deba, llevando con nosotros el derecho del unigénito Hijo de Dios, á quien se debe?

Pues éstos son, hermano mío, los principales estribos y fundamentos de la esperanza del cristiano, demás de la verdad de la palabra de Dios, con la cual tiene prometido su fiel socorro y amparo á todos los que se acogieren á él, como toda la Escritura divina testifica.

Pues á esta confianza pertenece que cerrados los ojos pongamos todas nuestras cosas en las manos del Señor, y cuando hubiéremos tentado los medios lícitos que su misericordia nos concede y nos da por instrumentos de su providencia, poner en nosotros, con cualquiera cosa que suceda, una seguridad y contentamiento con que estemos ciertos que pues nos remitimos á la bondad de Dios, pues parecimos delante dél y hecimos nuestra suplicación, ello va bien encaminado, y que no nos quede más que confiar lo que no entendemos, de su infinito saber, pues tenemos por cierto que nunca su misericordia sabe faltar, ni su palabra.

§ IV

Mas no basta orar con esta manera de fe, sino es menester acompañar esta fe con obras y con buena vida. Porque dado caso que alguna vez se extienda la misericordia inefable de Dios á oir un pecador, que está fuera de su gracia, concediéndole por misericordia lo que no se le debía por justicia, pero regularmente hablando, es verdadera la sentencia de aquel buen ciego del Evangelio, que dice: Sabemos que no oye Dios á los pecadores, mas si alguno fuere honrador y servidor suyo, á ése oye. Ésta es ley general de Dios, promulgada en todas las Escripturas divinas. S. Juan en su Canónica dice: Hermanos, si nuestra consciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos que alcanzaremos del Señor las mercedes que le pidiéremos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos su voluntad. S. Pablo dice:

Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando las manos puras y limpias sin ira y sin contiendas. S. Pedro en su Canónica manda á los maridos que traten benignamente á sus mujeres, como á vasos frágiles y quebradizos, porque no se impidan sus oraciones, si tratándolas de otra manera, estuvieren los corazones inquietos y llenos de pasiones, y por consiguiente inhábiles para tratar con Dios. David en un psalmo dice: Si yo puse mi corazón en alguna maldad, no oirá Dios mi oración. Pero muy más claro y con más sangre dice esto mismo el Señor en Isaías por estas palabras: Cuando levantáredes las manos para orar, apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multiplicáredes vuestras oraciones, no os oiré, porque vuestras manos están llenas de sangre. Por tanto, lavaos, y estad limpios, y quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos, dejad de hacer mal, y haced bien, socorred al necesitado, haced justicia al huérfano, defended la viuda, y entonces venid y argüidme. Quiere decir: hecho esto, quejaos de mí, si no oyere vuestras oraciones. ¿Ves pues la pureza de vida que pide la oración, y la compañía de las buenas obras? Y para significar esto aún más claramente, mandó Dios que cuando el Sumo Sacerdote entraba en el Sanctuario á hacer oración, llevase una plancha de oro en la frente, donde estuviesen escritas estas palabras: La Sanctidad al Señor, esto es, la sanctidad pertenece ó se debe al Señor: y un pectoral en el pecho, en que estuviesen escritas éstas: Doctrina y Verdad, para que por aquí se entendiese que el fundamento y aparejo principal de la oración sacerdotal había de ser sanctidad, doctrina y verdad, porque sin este fundamento muy desnuda y sola va la oración. En figura de lo cual también leemos que mandando el profeta Eliseo al rey Joás que tirase una saeta con un arco (para significarle la victoria que le había Dios de dar contra el rey de Siria) puso sus manos sobre las manos del Rey, y desta manera le hizo tirar la saeta: para que por aquí entiendas que ambas manos han de concurrir en todas nuestras obras, así las de Dios como las nuestras: las nuestras obrando, y las de Dios ayudando: y aquél alcanzará orando esta ayuda, que obrando metiere juntamente con Dios las manos en la masa.

Y como todas las buenas obras sean legítimas ayudadoras de la oración, mas particularmente se señalan dos, que son, ayuno y limosna: las cuales son como dos alas con que ella sube á lo alto.

Porque como sea ley de Dios que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos, por el mismo caso que usamos de misericordia con los prójimos, nos hacemos dignos de la misericordia de Dios. Mas el ayuno ayuda á la oración por otra vía. Lo uno, porque templa el cuerpo con la templanza del mantenimiento, y así lo hace más ligero para volar al cielo. Y lo segundo, porque castigando la carne para que no rebele contra el espíritu, ya comienza el hombre ayudado de Dios á hacer lo que es de su parte, y así merece que Dios haga lo que es de la suya. Y demás desto, el que de tal manera busca á Dios que para esto maltrata su cuerpo, prevaleciendo contra el amor proprio, ya parece que le busca de veras. Y el que desta manera le busca, sin dubda le hallará. Mas porque destas tres virtudes, ayuno, limosna y oración (que son las tres partes de la satisfación) tratamos ya en su proprio lugar, escribiendo de la penitencia, al presente no será necesario decir más.

§ V

La quinta condición pertenece á la materia de la oración, que es, á lo que en ella se debe pedir. Y si el hombre mirare con atención la grandeza del Señor á quien va á pedir mercedes, luego verá que á un tan gran Señor y que tanto desea nuestro bien, se han de pedir grandes bienes, cuales son todos los espirituales y eternos: porque todo lo demás que para esta vida se puede pedir, es nada, pues la misma vida es nada. Verdad es que aunque estas cosas por sí sean nada, pero cuando sirven á lo espiritual, pueden ya llamarse algo: y por esta razón se pueden pedir con esta limitación, poniéndolo todo en las manos de Dios, el cual sabe mejor lo que nos cumple, que nosotros mismos. Porque muchas veces lo que según nuestro juicio parece provechoso, según el de Dios (que todo lo ve) puede ser dañoso: y en este caso misericordiosamente nos niega lo que rigurosamente nos concedería. Y así dice Sant Augustín: Gran misericordia es que no reciba el hombre aquello de que ha de usar para su daño. Y por esto, si pide cosas tales, más razón hay para temer no le dé Dios, estando airado, lo que provechosamente le negara estando propicio. Y á este mismo propósito dice en otro lugar: El que fielmente hace

oración á Dios por las necesidades desta vida, misericordiosamente es oído, y misericordiosamente no es oído, porque lo que conviene al enfermo, mejor lo sabe el médico que el enfermo.

Pidamos, pues, todas estas cosas temporales con condición, remitiéndolas á la benignidad y providencia paternal de nuestro Señor, mas las otras pidamos sin condición: entre las cuales la primera sea el perdón de nuestros pecados, y la segunda, firmeza para nunca cometer cosa que sea pecado mortal, y la tercera, pedirle en particular las virtudes más principales que más habemos menester, como son, la caridad, la humildad, la castidad, la paciencia, la obediencia, la victoria de sí mismo, y así todas las otras cosas semejantes.

Entre las cuales también le pidamos la gracia del pedir (que es la virtud de la oración) la cual es dádiva de Dios, como Sant Gregorio dice por estas palabras: Los sanctos varones, cuanto más ardientemente se llegan á Dios, tanto más reciben dél espíritu para pedirle lo que entienden que más le agrada, y así dél mismo reciben el agua, y dél también reciben la sed. Lo cuarto, pida luego socorro para todos los estados de la Iglesia y para sus padres, parientes, amigos, encomendados y bienhechores, y para todos los pobres, enfermos, encarcelados y necesitados, y para todos los infieles y herejes y malos cristianos, y para todos los hombres, así vivos como defunctos: porque ésta es una oración muy agradable á Dios, el cual como sea tan grande amador de los hombres (como quien los crió y redimió) siempre quiere ser rogado por ellos. Por lo cual dice S. Gregorio en los Morales: El que procura rogar á Dios por los otros, á sí mismo hace provecho con esto, y tanto más presto merece ser oído, cuando ruega por sí, cuanto más devotamente ruega por los otros. Y S. Crisóstomo sobre S. Mateo dice: La necesidad nos obliga á rogar por nosotros, mas por los otros la caridad. Pero entre estas dos oraciones más dulce es ante Dios la que procede de la caridad, que la que nasce de la necesidad.

§ VI

La última condición sea la paciencia y perseverancia que debemos tener en la oración, para no desmayar ni desistir de nuestra demanda, por mucho que nuestro Señor dilate el cumpli-

miento della. Antes conviene ser tan pertinaces (si decirse puede) en esta parte, que digamos con el santo Job: Aunque me mate, esperaré en él. Esta condición nos encomienda el Salvador en el Evangelio, el cual para esto trae la comparación de un amigo que á la media noche va á pedir á otro su amigo tres panes prestados para un huésped que le vino de fuera: y como él se excusase, porque estaba ya acostado con sus hijos y con su gente, todavía por la importunidad del que llamaba, se hubo de levantar y darle todo lo necesario. Dónde concluye el Señor que si perseveráremos llamando á las puertas de la divina misericordia, lo que no alcanzáremos por amistad, alcanzaremos por importunidad: tanto puede la perseverancia con él.

Esta virtud nos es para la oración muy necesaria, porque muchas veces el Señor dilata las mercedes que le pedimos, ó para probar nuestra fe (para ver si por tardarse aquello, acometemos buscar el remedio por ilícitos y malos caminos) ó para que más conozcamos nuestra necesidad, ó para encender en nosotros mayor fervor de oración con esta dilación, ó porque así cumple para nuestro provecho, ó por otras causas que él entiende. Pues por esto es muy necesaria esta virtud en la oración, para que conserve el fructo della, y la tentación no nos quite tanto bien de entre las manos. Porque hay muchos que por un poco de tiempo se disponen á orar, y ponen grande eficacia en esto, y sufriendo en otras cosas mucho trabajo, no saben sufrir la dilación de su deseo: y esto los hace desmayar y no ir adelante con su demanda.

Y por esto conviene mucho que el hombre esté advertido de la condición y estilo de nuestro Señor, el cual muchas veces aguarda á enviar el remedio en el postrer peligro, cuando ya del todo estaba perdida la esperanza de todo socorro humano, como le acaesció á Sancta Susana, y á David, cuando le tenía Saúl en un monte cercado, y á la ciudad de Betulia, cuando estaba el ejército de los asirios sobre ella. Otras veces le parece al hombre que está Dios olvidado dél, que se le hace sordo y como dormido, según que se figuró en el sueño del Salvador, cuando navegando con los discípulos en la navecica, se levantó aquella brava tormenta: no porque en Dios (en cuanto Dios) pueda caber sueño, sino para significarnos esta manera de desamparo y olvido. Y aun otras veces pasa el negocio más adelante: porque no sólo parece al hombre que está dormido, sino que está contra él airado, y que

le tiene ya desamparado, como claramente se nos figura en la petición de la Cananea, á la cual parece que desechaba el Salvador de sí con las duras palabras que le respondía, y como aún más claro lo representa David en todo aquel Psalmo que comienza: *Domine Deus salutis meæ*, donde el sancto Profeta nos propone grandes miedos y temores y desamparos de Dios, y con todo esto, no sólo no desistía de su oración, mas antes entonces la redoblaba, porque antes clamaba de día, mas en este tiempo juntaba la noche con el día diciendo: Señor Dios de mi salud, de día estoy clamando, y de noche delante de vos. Lo cual ningún hombre mortal podría hacer, si no fuese porque el mismo Señor que espanta, llama, y el que desecha, convida, y el que parece que os hace huir, os hace pedir, atemorizándoos por una parte, y poniéndoos esperanza por otra.

Con esto también se junta que como las virtudes y dones que muchas veces pedimos á Dios, sean de grandísimo y inestimable valor, quiere él con mucha razón que sean primero muy pedidos y muy deseados, para que así los sepa después el hombre estimar, y guardar, y reconocer, y agradecer, dando dignas gracias y alabanzas al dador de tales bienes.

Pues como por todas estas vías dilate muchas veces el Señor el cumplimiento de las peticiones de los suyos, de aquí nasce que pareciéndoles que los tiene como olvidados, le dan voces diciendo: Levántate, Señor, ¿por qué duermes? Levántate, no nos desampares perpetuamente. Y el profeta Habacuc comenzó su profecía con esta querella, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré y no me oirás, daré voces á ti, viéndome perseguido, y no me responderás? Sobre las cuales palabras dice S. Hierónimo: Así como el enfermo que arde con una calentura, pide al médico que le dé agua, dando voces y diciendo que arde y que muere y que perece de sed, mas el piadoso y prudente médico le puede muy bien responder: Yo sé muy bien el tiempo en que te tengo de dar lo que pides, y por eso no uso agora desa misericordia contigo, porque esa misericordia es crueldad, y tu voluntad pide contra ti. Pues desta manera aquel Señor que conosce muy bien el peso y la medida de sus misericordias, á veces no oye al que le llama, para mejor probarle y provocarle más á que le llame, y desta manera pasándole por esta fragua de trabajos, le hace más justo y más puro. Y por esta causa el profeta Hieremías decía que llamaba á

las tribulaciones y miserias. Porque así como otros llaman á Dios para que los libre dellas, así este esforzado y nunca vencido caballero desafiaba y llamaba los trabajos y las miserias para que por ellas quedase más probado y más purificado. Pues lo que este sancto varón deseaba para su provecho, eso mismo ordena la divina Providencia en la dilación de nuestras peticiones para lo mismo.

El remedio pues de todo esto es la perseverancia, y junto con ella la confianza en la bondad y misericordia de aquel Señor que (como dice el Apóstol) encamina todas las cosas para bien de sus escogidos, y como sabe lo que nos ha de dar, así también sabe el tiempo en que lo ha de dar. Conforme á lo cual dice S. Gregorio en los Morales: El Señor todo poderoso, entendiendo lo que nos cumple, hace que no oye las voces del que ora, por hacer lo que más le conviene, para que la vida se purgue con la penitencia, y para que la quietud de la paz, que en esta vida no se halla, se busque en la otra. Y en otro lugar del mismo libro dice así: Muchas veces nuestra oración mientra más se dilata, más se cumple, y cuando parece que nuestras voces se desprecian, entonces nuestros deseos en la raíz de nuestro corazón más se fortifican, como acontece á las sementeras, las cuales cuanto más se tardan en crescer con las heladas, tanto después acuden con mayor esquilmo.

Ésta es una manera de perseverancia en la oración, la cual pide continuación de muchos días: otra hay que también es necesaria para durar por largo espacio la oración, como la que tuvo nuestro Salvador en el huerto, donde puesto en aquella tan grande agonía, hacía más larga su oración. Esta manera de perseverancia nos conviene mucho tener para durar en este ejercicio, y gozar de mayor fructo, y vencer el hastío de la prolijidad y trabajo del orar. Porque así como los que cavan algún pozo, mientra más ahondan en la tierra, más jugo hallan en ella, así los que se ponen en oración, mientra más entran en este ejercicio, suelen hallar más jugo y más provecho: por lo cual dijo el Sabio que era mejor el fin de la oración que el principio. Porque en la oración (como en todas las otras cosas) hay principio, y medio, y fin: en el principio comúnmente hay sequedad y guerra de pensamientos: en el medio, calor y devoción: mas en el fin suele haber una grande quietud y suavidad. De suerte que así como el fuego que se comienza á encender en leña verde, no luego levanta la llama, sino poco á poco

va labrando (de manera que cuanto más va, más se enciende, hasta que á cabo de una hora está ya del todo encendido) así puedes tener por cierto que se va encendiendo poco á poco el fuego de la devoción, de tal manera que la que al principio estaba apagada, al medio está ya más viva, y al fin del todo encendida. Y como el demonio sabe esto, trabaja cuanto puede por impedirnos este bien. Para lo cual (como dice S. Basilio) finge mil maneras de causas y necesidades, para sacarnos con ellas de la oración, tirando por nosotros con cuerdas de aparente razón Mas nosotros (como gente avisada deste peligro) debemos estar apercebidos contra él, y perseverar en este ejercicio, llamando á las puertas de la divina misericordia, no se ofreciendo por entonces alguna obligación de justicia. Sant Hierónimo escribe de sí en una epístola á Eustoquio estas palabras: Acuérdome que una vez junté el día con la noche clamando en oración, y no cesé de herirme los pechos, hasta que el Señor envió tranquilidad á mi ánima. Pues quien desta manera perseverare llamando, ¿qué no alcanzará de Aquél que es un piélago de infinita bondad y misericordia?

Esto baste para entender las condiciones con que ha de ir acompañada la buena oración. Y si te pareciere que es mucho lo que aquí te pedimos, pon los ojos en lo que prometemos: porque sin dubda el fructo desta virtud es tan grande, que ninguno lo podrá creer, si no lo hubiere probado. Porque (dejados aparte otros argumentos) á muchas personas de mucha virtud y autoridad he oído que (acordándose del tiempo en que no sabían qué cosa era oración, y del tiempo en que comenzaron á darse á ella, y viendo la disposición que su corazón tenía entonces, y la que agora tiene) no acababan de alabar á Dios y espantarse de ver las pasiones y tormentos que entonces padescían por cada nonada, y ver por otra parte la paz y quietud que agora tienen aun en las grandes pérdidas de sus casas, teniéndolo todo en nada. Y así por esto como por otras tales mudanzas que en sí veían, reconocían la virtud, la omnipotencia y la bondad de Dios, con la cual por una manera maravillosa se confirmaban más en la fe, y se inflamaban en la caridad, y se fortalecían más en la esperanza. De dónde viene á ser que cresciendo en estas virtudes (que son fuentes de todas las otras) crezcan más en todas ellas, y así lleguen á estado de tan grande perfección.

DEL TIEMPO QUE HA DE DURAR LA ORACIÓN

CAPÍTULO III

Después de las condiciones de la oración, síguese que digamos también del tiempo en que se ha de hacer. Esto pregunta S. Basilio, y él mismo responde á esta pregunta diciendo que el tiempo de la oración ha de ser la misma vida. De manera que no le señala ciertos tiempos, porque quiere que comprehenda todos los tiempos, conformándose con la sentencia del Salvador que dice: Conviene siempre orar, y no desfallecer: aunque esto no sea mandamiento, sino consejo que el Salvador nos da. Lo cual cómo se haya de entender, ya en otra parte se declaró. Porque no se entiende esto como lo entendería un matemático, sino como las cosas morales se deben entender, que es, con la mayor continuación que nos sea posible, según que nos lo permitieren las necesidades y ocupaciones desta vida. Entre las cuales no del todo falta tiempo ni aparejo para levantar el corazón á Dios y andar siempre en su presencia, pues realmente él está en todo lugar presente, y ya dijimos que oración es levantar nuestro corazón á Dios, lo cual en toda parte se puede hacer.

Esto nos declara y encomienda aquella embajada que trajo Moisén á los hijos de Israel de parte de Dios, bajando del monte Sinaí, en la cual en nombre del mismo Dios les dijo así: Vosotros habéis visto las grandezas y maravillas que por vosotros hice en Egipto, y cómo os he traído hasta aquí sobre alas de águila. Pues si quisiéredes guardar mis mandamientos, seréis mi heredad y mi pueblo entre todos los pueblos de la tierra (porque mía es toda ella) y serme heis un reino sacerdotal y gente sancta. Ésta fué la embajada del Profeta. Pues ¿qué es, veamos, esto que Dios aquí promete y que pide, cuando dice que será reino sacerdotal y gente sancta? Ya sabemos que el oficio de los sacerdotes es orar, y aplacar á Dios, y ofrecerle sacrificios. Pues éste quería Dios que fuese uno de los principales oficios y ocupaciones de aquel pueblo, que él para sí quería. De manera que todos quería

que fuesen sacerdotes, no en el grado ó en la dignidad y ministerio sacerdotal, sino en la imitación deste tan principal oficio sacerdotal, que es orar y honrar á Dios. Y en esto quería que se diferenciase este pueblo de todos los otros pueblos: porque los otros, como no tenían tal valedor y defensor como él, gastaban la vida en las guarniciones y provisiones de su república, como gente que vivía por su brazo: mas éste, como no vivía principalmente por su brazo sino por el de Dios, su principal intento había de ser orar, servir y aplacar á Dios: porque haciendo ellos esto, él tomaría á su cargo la defensión de los que en estos ejercicios se ocupasen. Por dó parece que las principales armas y municiones del pueblo cristiano son religión y oración. Así lo confesó Joás, rey de Israel, aunque idólatra (de quien arriba hecimos mención) el cual lastimado porque se le moría Eliseo (en quien tenía todas las esperanzas de sus victorias) dijo estas palabras: Padre mío, padre mío, carro de Israel y gobernador dél: ó (como dice otra letra) carro de Israel y caballero dél. Como si dijera (según declara una glosa) tú eres nuestra defensión y nuestro reparo, porque con tu oración eres más parte para defender este reino, que todos los carros y caballos que hay en él. Éste es pues el oficio que entonces Dios pedía, y éste el galardón que prometía. Y si tales quería que fuesen los fieles de aquel tiempo, mucho más ha de querer que lo sean los déste, pues viven en estado de mayor perfección. Por lo cual no te debes maravillar que alargue tanto S. Basilio los plazos de la oración, señalándole por tiempo toda la vida, pues toda se ha de gobernar y proveer por ella.

Y comenzando á poner en plática el sancto varón esta doctrina, dice así: En amaneciendo el día, comencemos á hacer oración, alabando con cantares y himnos espirituales al común Criador de todas las cosas, y cuando el sol ya se extendiere por la tierra, comencemos á poner las manos en las obras que están á nuestro cargo; mas esto sea acompañándolas con himnos y oraciones, las cuales así como sal han de salar todos nuestros negocios y trabajos, para que así nos sean más suaves.

Y en otro lugar, platicando esto más en particular, dice así: En asentándote á la mesa, ora, y poniéndote el pan delante, da gracias al que te lo da, y socorriendo á la flaqueza del cuerpo con el uso del vino, acuérdate del don de Dios, que lo crió para

alegría del corazón y remedio de la flaqueza humana. Pasó la hora de la comida: no pase luego la memoria del que te dió de comer. Vistiéndote á la mañana, enciende tu corazón en amor de Dios, y cubriéndote con el manto, da gracias á Aquél que para remedio del calor y del frío nos proveyó del vestido necesario, con el cual conserva nuestra vida y cubre nuestra desnudez. Acábase el día: da gracias á Aquél que nos dió el sol para ministro y ayudador de las obras del día, y junto con él nos dió el fuego, y la luna, y las estrellas para la noche, con otras muchas ayudas que sirven á las necesidades de la vida. Mas la noche que sucede, te dará otros nuevos motivos para hacer oración. Porque cuando levantares los ojos al cielo, y contemplares la hermosura de aquellas lumbreras que en él resplandecen, es razón que des gracias al Criador de todas las cosas visibles, y que adores aquel Artífice soberano que con tan gran sabiduría crió todas las cosas. Y cuando en este tiempo contemplares el silencio de la noche quieta, y el sueño reposado de todos los animales, torna otra vez á adorar aquel Señor que con el sueño nos repara de los trabajos del día, y después de reparados en breve, nos habilita para tornar de nuevo á trabajar. No pienses pues que la noche toda está diputada para sólo dormir, ni es razón que tú consientas que la mitad de la vida te lleve el sueño inútil y desaprovechado, sino toma un pedazo para el sueño y otro para la oración. Hasta aquí son palabras de S. Basilio, en las cuales puedes muy bien ver la grande devoción deste sancto monje y prelado. Á cuyos ejercicios añade Sant Hierónimo diciendo: Cuando saliéremos de casa, armémonos para los peligros de la oración, y volviendo á la casa, sea primero el orar que el descansar, de manera que no descanse primero el cuerpo, que el ánima reciba su mantenimiento.

Este ejercicio dice S. Juan Clímaco que era muy platicado entre aquellos sanctos monjes de su tiempo, los cuales trabajaban mucho porque en todo lugar y tiempo nunca desviasen el corazón de Dios. Y para no faltar en esto (porque el corazón humano con su proprio peso se inclina á las cosas de la tierra) dice él que muchos de los que moraban en los monesterios, tenían concertado entre sí de avisarse y despertarse unos á otros á esto con ciertas señales, cuando estuviesen en la mesa, ó se encontrasen por casa, ó se ayuntasen en comunidad ó en otros lugares semejantes.

Pues ¿qué cosa más dulce ni más devota que ésta? Entiende por aquí las diligencias y invenciones que buscan los que sirven á Dios con fervor de espíritu, para nunca olvidarse dél.

§ I

Pues tornando al propósito, éste es el tiempo que S. Basilio diputó para la oración, y esto debe pretender el que de veras y de todo corazón se ha entregado al servicio de nuestro Señor: porque dado que no llegue á esta continuación, todavía menos alejado andará della, mientra más trabajare por ella. Á lo menos todo buen cristiano debía procurar de tomar cada día tanto tiempo para darse á la oración, cuanto bastase para traer su corazón devoto, y recogido, y esforzado para todo lo que hubiese de hacer. De manera que así como los hijos de Israel cogían tanto de aquel manna que Dios les enviaba en el desierto, cuanto bastaba para mantenimiento de aquel día que lo cogían, así nosotros habíamos de procurar cada día tanta devoción, cuanta bastase para conservar la vida espiritual en aquel día, sin desfallecer en los trabajos, ni desvarar en los pecados: porque lo que era el manna para la sustentación de aquella vida, eso es la devoción y oración para el reparo y conservación désta, pues así como allí había calor natural que tenía necesidad del reparo de aquel mantenimiento, así acá hay otro calor pestilencial así de la naturaleza corrupta como de la misma vida humana, que no menos tiene necesidad deste reparo continuo. Lo cual declara y encomienda el bienaventurado S. Gregorio en el Pastoral por estas palabras: Porque nuestro corazón se derrama y enfría continuamente con el uso del hablar, y la conversación y comunicación cuotidiana con los hombres hace aflojar la solicitud y circunspección que debíamos tener para las cosas de Dios, conviene mucho reparar continuamente esta falta con la meditación de las palabras de la Escriptura divina. Y porque la compañía de los hombres del mundo nos lleva siempre á las costumbres de la vida vieja, conviene que el ejercicio de la compunción nos renueve siempre el amor de la patria celestial. Y pues vemos que el desasosiego de las ocupaciones exteriores derriba cada día nuestro corazón, convie-

ne siempre trabajar por levantarlo con el estudio de la meditación y oración. Hasta aquí son palabras de S. Gregorio.

Pues conforme á esta doctrina debe el siervo de Dios entrar en cuenta consigo, y según el estado de la vida que tiene, mirar el gasto ordinario de su consciencia, y conforme á esto proveer el recibo de tal manera, que todo lo que por una parte gasta la mala inclinación de nuestra carne, restaure la devoción del espíritu, y lo que perdemos con la conversación de los hombres, cobremos con la comunicación de Dios.

§ II

Pues para esto hace mucho al caso tener entre noche y día algunas horas señaladas para que sin negocios podamos más libre y enteramente vacar á Dios. Porque del espíritu y devoción que aquí se concibe, queda muchas veces tan tomado el corazón, y tan preso de la devoción, que siempre huelga de perseverar en lo mismo, y abre de mala gana la puerta á lo que esto le puede impedir. De suerte que así como el cuerpo anda con fuerzas y vigor con la virtud del mantenimiento que recibe una ó dos veces al día, así lo anda también el hombre interior con la virtud deste pasto celestial.

Para lo cual señaladamente son muy encomendados dos tiempos, el de la mañana y el de la noche, como ya en otro lugar tratamos. Y así lo muestra con su ejemplo el profeta Isaías, cuando dice: Mi ánima, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas por la mañana velaré á ti. Y el sancto rey David: Madrugaron (dice él) Señor, mis ojos por la mañana para meditar las palabras y misterios de vuestra ley. Y es cosa cierto mucho para notar ver cómo un tan gran Rey, sobre quien cargaban tan grandes negocios así de paz como de guerra, y que con tantas mujeres estaba casado, que tuviese el corazón tan libre y tan desapegado de todas las cosas, que el primero y el mayor de todos sus cuidados fuese madrugar por la mañana, no sólo á orar (que es cosa que se puede hacer brevemente) sino á meditar en las palabras y obras de Dios, que requiere más largo espacio y sosiego de corazón. Y con ser tan graves los negocios de los reyes, y que tanto tiempo demandan, no por eso se excusaba el sancto

Rey de tomar tanta parte del mejor tiempo del día para vacar á Dios y quitarla á los negocios, porque allí disponía y encaminaba mejor los mismos negocios, tratándolos primero con Dios.

Mas para que la oración de la mañana sea más perfecta, hace mucho al caso la oración de la noche, porque ésta dispone para la de la mañana, porque como deja el corazón ocupado con sanctos pensamientos, queda como hecha la cama para estotra oración, y así suele ser ella más pura y más devota. Para lo cual importa mucho acostarse el hombre con este cuidado, y cuando despertare de noche, despertar con él, y mucho más á la mañana, donde es menester que el primer pensamiento sea de Dios, y que éste ocupe la posada, y tome la posesión della, y cierre con presteza la puerta á todo otro pensamiento: porque en aquel tiempo está el ánima tan dispuesta y tan viva, que la primera cosa que se imprime en ella de tal manera la prende, que es después muy mala de echar de casa. Por lo cual dice S. Augustín: Ni de día ni de noche apartes tu corazón de Dios, y en despidiendo el sueño de los ojos, luego tu sentido vele en la oración. Y el fructo deste trabajo es tan grande, que ordinariamente trae el hombre la vida concertada todo el día, cuando perfectamente cumplió con la oración de la mañana. Y así escribe S. Juan Clímaco que uno de aquellos sanctos Padres del yermo le había dicho que en la oración de la mañana veía todo el curso del día: porque según le iba en aquella oración, así le solía suceder todo lo demás en el mismo día.

DE DOS MANERAS DE ORACIÓN, VOCAL Y MENTAL

CAPÍTULO IV

Resta agora decir que hay dos maneras de oración, una que se hace con solo el corazón (por eso se llama mental) y es cuando pensamos atentamente en las cosas de Dios, y representamos nuestras necesidades á aquel Señor á quien no es menos claro lenguaje el del corazón que el de la lengua: de cuya materia hablaremos en el tratado siguiente, porque

de lo demás ya en otro libro se trató. Otra manera de oración hay, que á la voz del corazón añade las palabras de la boca, que es la que llaman vocal. La cual es en gran manera provechosa para todo género de personas, y mucho más para los que comienzan, si se hace con aquella atención y devoción que se debe hacer. Porque la devoción tiene aquí grandes despertadores en las palabras de Dios, que suelen ser unas espirituales saetas que hieren el corazón (como dice S. Augustín) y unas espirituales brasas que lo encienden en su amor, como dice Hieremías. Y así los que por falta de saber no tienen materia de meditación, ó por falta de devoción no tienen lengua para hablar con Dios, vanse en pos destas sentencias y palabras divinas, y por aquí guían y levantan su espíritu, como hacen los niños, que cuando no saben por sí andar, se arriman á unas carretillas hechas artificiosamente para esto, y así se mueven al movimiento dellas los que por sí solos no se pudieran mover. Pues desta manera los que no saben aún hablar con Dios con palabras proprias, háblanle con las ajenas, con las cuales también provocan y despiertan su devoción. Y cuando los negocios y cuidados desta vida mortal como pesas de plomo tiran por nuestro corazón y lo abajan á la tierra, entonces las palabras sanctas y devotas lo levantan al cielo: porque la lición dellas prende el entendimiento, y así no le deja por entonces distraer ni derramarse en otras cosas extrañas.

Y no sólo para los principiantes, sino también para los aprovechados y perfectos ayuda muchas veces esta manera de oración, cuando por distraimiento de negocios, ó trabajo de caminos, ó fatiga de enfermedades, no pueden tan fácilmente levantar el espíritu á Dios: porque entonces es gran remedio ir poco á poco despertando y encendiendo la devoción con palabras sanctas y devotas. Conforme á lo cual leemos del bienaventurado S. Augustín que diez días antes que muriese, mandó que le escribiesen los siete Psalmos Penitenciales, y los pusiesen en una pared enfrente dél, y allí los estaba leyendo, derramando muchas lágrimas cuando los leía. Y con este mismo intento la Sancta Madre Iglesia llena del Espíritu Sancto ordenó los cantares de los Psalmos y de los otros Oficios divinos, para despertar con aquellas celestiales voces la devoción de los que oran. Dónde no sólo la virtud y sentido de las palabras, sino también la suavidad y melodía de las voces penetra el corazón y despierta la devoción, como leemos del mismo S. Augustín

el cual derramaba muchas lágrimas y sentía grande dulzura oyendo los cantares y himnos de las voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban. Porque (como dice un filósofo) naturalmente es tan deleitable la música á nuestra ánima, que hasta los niños en la cuna se adormecen y callan con la suavidad de las voces de las madres, que les están dulcemente cantando.

Mas así como las palabras sanctas y devotas ayudan á despertar la devoción cuando está dormida, así después que está ya despierta y encendida, muchas veces la podrían impedir. Porque cuando el ánima se levanta y suspende en algún grande afecto y sentimiento de amor ó temor de Dios, ó de la admiración de sus obras, entonces querría ella estarse queda, y no salir de allí (donde el Espíritu Sancto le da aquel sentimiento) y pensar ó hablar en otra cosa le es grande trabajo. Y cuanto más aquí se juntan las fuerzas del ánima á gozar desta fiesta que Dios le hace, tanto queda más envarada la lengua y todos los otros miembros y sentidos para menos poder usar de sus oficios ni acudir á otra cosa.

Pues cuando algunas veces el hombre se viere en esta disposición, y sintiere que la pronunciación de las palabras le es algún impedimento de su devoción, debe dejar luego las palabras (como dice Sancto Tomás en la 2. 2., en la c. 83) porque no es razón que lo que se ordenó para la devoción, milite contra esa misma devoción, para la cual se ordenó. Por dó parece que no aciertan algunas personas devotas que rezando algunas oraciones por sus libros ó por sus cuentas, y dándoles nuestro Señor alguna señalada devoción y sentimiento en ellas, y viendo que entonces el proceder y pasar adelante les impide el gusto y sentimiento de aquello que se les dió, todavía prosiguen su intento, no mirando que esto es huir de lo que buscan, y desechar lo que ya tenían, pues nos consta que todo esto se ordena á la devoción, y que las palabras devotas tanto tienen de más ó menos provecho, cuanto más ó menos sirven para este propósito. Verdad es que esto no se entiende en las oraciones públicas, que se ordenaron para edificación del pueblo, ni en aquéllas á que el hombre está obligado por razón de algún voto, ó de otro vínculo semejante, sino en las que él toma por su voluntad para despertar con ellas su devoción.

Y porque regularmente hablando, al principio de la oración está el hombre frío, y al medio y fin más encendido (como arriba

declaramos) por tanto es muy buen consejo (cuando así se hallare, que es siempre ó cuasi siempre) que comience por la oración vocal y acabe en la mental, rezando primero por el libro, ó de coro, las oraciones que para esto tuviere señaladas, y después cuando ya la devoción se comenzare á encender, proceda á la otra manera de orar, ó pensando en algún paso de la vida de Cristo, ó en algunos de sus beneficios, &c. ó hablando con él, ó dándole gracias por los beneficios, ó pidiéndole nuevas mercedes, según que adelante se declarará. Este aviso es muy importante para los que no tienen tan fáciles las entradas á la devoción.

Esto baste para preámbulo deste tratado: en el cual se ponen diversas oraciones para diversos tiempos y propósitos y para pedir al Señor diversas virtudes, como por ellas se verá. Y señaladamente se ponen catorce oraciones, entre las cuales las siete contienen sumariamente los principales pasos y misterios de la vida de Cristo: las otras siete son ejercicios y obras de algunas altísimas virtudes, que tienen por oficio amar, temer, y esperar en Dios, y darle gracias por sus beneficios, y alabar sus perfecciones. Las cuales oraciones puede el que tuviere tiempo, repartir por los días de la semana, para que se despierte más la devoción, y se sienta menos el hastío de repetir cada día una misma cosa.

Al cabo de todos estos preámbulos torno á repetir que trabaje el que ora, por acompañar su oración con aquellas condiciones que arriba señalamos, si quiere gozar de los fructos tan señalados que desta virtud se predican. Porque los que así no lo hacen, muy poco fructo ó ninguno sacarán de su oración. Por la cual causa vemos el día de hoy muchos grandes rezadores, los cuales están tan llenos de sus pasiones, y cobdicias, y vanidades, y pundonores, como los que nunca supieron en su vida qué cosa era rezar, por no acompañar su oración con estas partes susodichas, de lo cual no tiene culpa la oración, sino la negligencia de los que no usan bien della: lo cual se debe mucho de mirar.

SÍGUENSE
UNAS SIETE MUY DEVOTAS ORACIONES

en las cuales brevemente se comprehenden todos los principales misterios de la sacratísima humanidad de Cristo nuestro salvador, que son todos los pasos de su vida y de su muerte sanctísima: los cuales podrá cada uno repartir por los días de la semana, rezando cada un día la suya, y procurando sentir y considerar atenta y sosegadamente lo que cada uno destos misterios representa.

ORACIÓN PRIMERA

DE LA VIDA DE CRISTO

Gracias te doy, dulce Jesú, que por mí tuviste por bien descender de tu Casa Real y del altísimo seno del Padre á este valle de miserias, y tomar carne humana en el castísimo vientre de la sacratísima Virgen tu madre. Ruégote, Señor, quieras aparejar mi corazón para tu morada, y para esto le atavíes y adornes de virtudes, para que tú solo perpetuamente mores en él. ¡Oh si él fuese tal, que mereciese yo convidarte á él húmilmente, y recibirte en él amorosamente, y tenerte en él perseverantemente! ¡Oh si con tan fuertes brazos de amor te abrazase, que nunca jamás ni con el afición ni con el pensamiento me desviase de ti!

Gracias te doy, dulce Jesú, que quisiste que la Sanctísima Virgen, habiéndote concebido, fuese á visitar á Elisabet su parienta, para que la saludase y sirviese en su preñez. En cuyas limpísimas entrañas no te desdeñaste estar escondido por espacio de nueve meses. Dame gracia de verdadera humildad, y imprímela en lo más íntimo de mi corazón, para que con ella me halles siempre aparejado para las cosas de tu servicio. Haz, Señor, que mi corazón tenga siempre hastío de las cosas mundanas, y esté siempre hambriento y cobdicioso de tenerte dentro de sí por morador y poseedor.

Gracias te doy, dulcísimo Jesú, á quien la Virgen sacratísima parió sin dolor y sin menoscabo de su virginal pureza, y poniéndote como á pobre y pasible en un pesebre, humildemente te adoró y reverenció. Plega á tu misericordia que continuamente nazcas dentro de mí por nuevo fervor de caridad, y plégate, Señor, ser de mi corazón único deseo, única suavidad y única esperanza. ¡Oh si á ti solo buscase, en ti solo siempre pensase, y á ti solo amase con ardentísimo amor!

Gracias te doy, dulce Jesú, que no rehusaste, nasciendo en el rigor del frío, ser envuelto en pobres pañales, y mamar leche á los pechos de tu madre como niño de teta. Dame, Señor, que sea yo siempre delante de ti verdadero niño y humilde y verdadero pobre de espíritu. Dame que por tu nombre sufra de buena gana cualesquier cosas ásperas y trabajosas, y que ninguna cosa en este mundo ame sino en ti, y ninguna quiera poseer fuera de ti.

Gracias te doy, dulce Jesú, que siendo recién nascido, fuiste con alegres cantares alabado de los ángeles: á quien los pastores devotamente buscaron y adoraron con grande admiración y alegría. Concédeme, Señor, que en tus loores persevere yo alegremente, y te busque con los pastores diligentemente, y buscándote, te halle y posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesú, que en el día octavo quisiste (según la general costumbre de los otros niños) ser circuncidado, y siendo aún ternecico, derramar sangre, y para nuestro maravilloso consuelo llamarte Jesús. Plégate, Señor, tenerme señalado y contado en el número de los tuyos, y circuncidar de mi ánima todos los excesos y demasías, esto es, todas las malas palabras, obras y pensamientos desvariados. Tú, Señor, te llamas Jesús, que quiere decir Salvador, porque á ti solo conviene dar salud. Pídote pues, Señor, que la memoria deste suavísimo nombre despida de mí toda desordenada pusilanimidad y flaqueza, y me dé firme confianza de tu misericordia, y me defienda de todas las persecuciones y asechanzas del enemigo,

Gracias te doy, dulce Jesú, á quien los Magos (buscándote con entrañable devoción y fe) hallaron por la guía de una resplandesciente estrella, y derribados ante ti, te ofrecieron oro, encienso y mirra. Concédeme que con estos dichosos varones te busque yo siempre en el pesebre de mi corazón, y dentro dél te adore en espíritu y en verdad, y con ellos te presente oro de res-

plandeciente caridad, encienso de devoción, y mirra de perfecta mortificación, y finalmente que todas las fuerzas de mi ánima emplee y ocupe en hacer tu sancta voluntad.

Gracias te doy, Cristo Jesú, que por darnos ejemplo de obediencia y humildad, quesiste por nosotros subjectarte á la ley, y ser llevado al templo en los brazos de tu sanctísima madre, y que por ti se ofreciese ofrenda de pobres. Dónde el justo Simeón y la profetisa Ana, alegrándose con tu presencia, dieron magníficos testimonios de tu gloria. ¡Oh si nunca tocase en mi corazón ni un solo punto de vanidad! ¡Oh si de mí se desterrase muy lejos toda manera de presunción, y muriese en mí todo apetito de favor, y todo el amor desordenado de mí mismo! Concédeme, Señor, que huya yo todo loor humano, y que á todos los hombres por ti me subjecte, y á todos obedezca de buena voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesú, niño chiquito, que con tu tierna madre luego fuiste perseguido, y no te desdeñaste de huir y ser desterrado en Egipto. Concédeme que en todas las tempestades de mis persecuciones y en todas mis tribulaciones y tentaciones á ti solo me acoja, á ti solo busque, á ti solo llame, y cuanto de tu mano me viniere, alegremente lo reciba, y con manso corazón lo sufra, dándote siempre gracias por todo lo que de mí quisieres hacer.

Gracias te doy, dulce Jesú, á quien tu piadosa madre (cuando te quedaste en el templo) con grande tristeza anduvo buscando tres días, y después dellos con suma alegría te halló en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos muy sabiamente. ¡Oh si de tal manera te me dieses, así te me comunicases, que nunca más de ti me desviases ni desamparases! Sacude, Señor, de mi corazón toda pereza, destierra dél toda tibieza, que á ti es muy desagradable, y dame perfecta devoción y ardiente sed de tu justicia: la cual de tal manera posea mi corazón y todo cuanto está dentro de mí, que nunca jamás me harte ni me canse de servirte. Pater noster. Ave María.

SEGUNDA ORACIÓN Á JESÚ

Gracias te doy, dulce Jesú, que entrando en el río Jordán, quisiste ser baptizado por la mano de tu siervo S. Juan. Ten por bien, Señor, de purificarme en esta vida por tus merecimientos, y limpiarme de mis vicios, y embriagarme con tu amor y con el deseo de la patria celestial. Ten por bien, antes que mi ánima salga desta carne, hacerme tal cual tú quieres que sea, para que partiendo desta peregrinación y destierro, luego me junte contigo donde te vea y goce en aquella bienaventurada eternidad que para siempre permanece.

Gracias te doy, dulce Jesú, que morando en el desierto antes de la predicación del Evangelio entre los animales fieros, y perseverando cuarenta días y cuarenta noches en ayunos, y velando á la continua en gemidos y oraciones, permitiste ser tentado de Satanás, y después de la victoria fuiste festejado y servido de los ángeles. Dame que con tu gracia castigue yo y subjecte todas mis aficiones viciosas, y con perseverancia me ocupe en ayunos, vigilias, oraciones y en todos los otros espirituales ejercicios, y especialmente me concede que con el socorro de tu gracia sea yo librado del vicio de la gula y de todos los otros lazos y celadas del enemigo. Ninguna tentación me ensucie, ninguna me aparte de ti, mas antes todas ellas me sean ocasión de acudir siempre á ti, y de juntarme y abrazarme contigo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que por mí fuiste afligido en este mundo con muchas penas y necesidades, con frío y con calor, con sed y con hambre, con cansancios y con sudores, con caminos y con vigilias, con persecuciones y contradiciones de muchas maneras. Dame, Señor, que todas las adversidades reciba yo alegremente como dadas de tu mano, y con paciente corazón las sufra por tu amor, y en cualquier placer ó pesar, y en cualquier desastre ó acaescimiento persevere yo en ti sin moverme, procurando siempre que se haga tu voluntad, y no la mía.

Gracias te doy, dulce Jesú, que sufriste muchos trabajos, buscando (como verdadero pastor y salvador del mundo) la conversión de las ánimas, desvelándote en oraciones, fatigándote en caminos, publicando la doctrina celestial, discurriendo de tierra

en tierra. de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de castillo en castillo. Dame, Señor, gracia para que nunca jamás emperece en las cosas de tu servicio, mas antes esté siempre presto y ligero para todo lo bueno. Dame que con ardentísima sed cobdicie la salud de todos, y (cuanto en mí fuere) la procure, y siempre y en todo lugar tenga celo de tu honra, y en ella me emplee todo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que conversando con los hombres, quisiste benignísimamente consolarlos, y con muchos milagros curar misericordiosamente sus enfermedades. Dame corazón lleno de afición piadosa con todos, y de sancta compasión, para que me compadezca de las afliciones de todos, y sienta las miseias ajenas como las mías proprias, y sufra con igual corazón las imperfecciones de todos, y socorra alegremente cuanto pudiere á sus necesidades. Limpia, Señor, y sana mi ánima perfectamente de todas las viciosas pasiones y malos deseos de que está enferma, para que curada de todos estos males, y suelta ya de estos impedimentos, se levante libremente á lo alto, y no descanse hasta que por amor purísimo merezca llegar á tus divinos abrazos.

Gracias te doy, dulce Jesú, que por mí padeciste muchas injurias, blasfemias, denuestos, calumnias y persecuciones de aquéllos mismos á quien hacías tan grandes bienes. Dame corazón verdaderamente inocente y simple, para que puramente ame á mis enemigos, y me duela dellos en mis entrañas, y dentro de mí los excuse, para que dando bien por mal, sea imitador de tu perfecta caridad y paciencia.

Gracias te doy, dulce Jesú, que viniendo á Hierusalén manso y humilde, sentado sobre una asna, y cantando los que solemnemente te recibieron gloriosos loores, tú derramaste dolorosas lágrimas, sintiendo la destrución de aquella ciudad y la perdición de tantas ánimas. Concédeme, Señor, entrañable conocimiento de mí mismo, para que vea claramente mi indignidad, y así profundísimamente me humille y desprecie en mis proprios ojos. ¡Oh si nunca me deleitasen los favores y alabanzas de los hombres, mas entendiese siempre en llorar mis pecados! ¡Oh si los daños ajenos tuviese por míos, y por los pecados ajenos llorase como por los míos proprios! Pater noster. Ave María.

TERCERA ORACIÓN Á JESÚ

Gracias te doy, dulce Jesú, que para dar fin á la ley, comiste el cordero pascual en Hierusalén con tus discípulos, y dándoles ejemplo de inefable humildad y amor, lavaste sus pies hincado de rodillas, y los limpiaste con la toalla que tenías ceñida. Plégate, Señor, que este ejemplo penetre mi corazón, y derribe cualquiera presunción y soberbia que haya en él. Dame, Señor, humildad profundísima, con la cual sin alguna alteración huelgue yo de subjetarme á todos. Dame perfecta obediencia, con que guarde enteramente tus mandamientos y los de aquéllos que nos gobiernan y mandan en tu nombre. Dame caridad ferventísima, con la cual puramente ame á ti y á todos los hombres por amor de ti.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con altísima caridad instituíste el Sacramento de tu cuerpo y sangre, y con liberalidad espantosa te nos diste por manjar, y quedaste desta manera corporalmente con nosotros hasta la fin del mundo. Despierta, yo te suplico, Señor, dentro de mí deseos vivos y una encendida hambre deste venerable Sacramento. Dame que con casto amor, con profunda humildad, con pureza de corazón me allegue á recibirte en esta mesa de vida, y tanta sed tenga de ti mi ánima, y tanto esté llagada de tu amor, que después en tu reino merezca gozar de tus eternos deleites para honra y gloria de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, que quiriendo partir deste mundo, amonestaste y consolaste á tus discípulos con palabras llenas de inefable amor, y con oración no menos encendida los encomendaste al Padre, declarando manifiestamente con cuán tiernas entrañas amabas á ellos y á todos los que por su doctrina habíamos de creer en ti. Haz que mi corazón tome sabor en tus palabras, y siempre las halle dulces más que la miel y el panal. Infunde, Señor, en mi pecho el espíritu de aquella tu abrasada amonestación, para que todo yo sea transformado con ellas en tu amor. Enderézame, Dios mío, en todas las cosas, para que en mí y por mí se haga siempre tu sancta voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesú, que cuando se acercó tu pasión,

comenzaste á espantarte y congojarte y tener tristeza, significando en ti la flaqueza natural de tus espirituales miembros, para consolarlos y esforzarlos con esta ternura, cuando ellos temiesen ó esperasen la muerte. Defiéndeme, Señor, por este trabajo tuyo, así de la viciosa tristeza como de la vana alegría. Dame que todas las penas y tristezas que hasta agora he tenido, y adelante tendré, se enderecen á gloria de tu sancto nombre y al perdón de mis pecados. Aparta de mí toda desconfianza y toda desordenada pusilanimidad y tristeza, y sustenta siempre mi espíritu contigo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que derribado en tierra heciste oración al Padre, y te ofreciste todo á su disposición diciendo que en todo se cumpliese su voluntad y no la tuya. Dame que en todas mis necesidades á ti me socorra por oración, y todo me entregue á tu providencia, sin elección de mi propria voluntad ni de algún interese proprio. Nunca huya las adversidades, ni por ellas vuelva atrás del bien comenzado, mas todas las cosas reciba con ánimo sosegado, como dadas de tu mano piadosa, y todas las sufra por tu amor con corazón manso y humilde.

Gracias te doy, dulce Jesú, que consentiste ser llevado con gente armada, atado como ladrón y malhechor, á casa de Anás, y parecer en juicio delante dél. ¡Oh maravillosa mansedumbre de mi Redemptor! Siendo preso, siendo maltratado, siendo atado, no te aquejas, no murmuras, no resistes, mas callando sigues los pasos de los que te llevan, obedeces á los que te mandan, y sufres con suma paciencia á los que te atormentan. Haz, Señor mío, que los ejemplos de tantas y tan excelentes virtudes resplandezcan en mí para gloria y honra de tu sanctísimo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, rey del cielo y de la tierra, que estando ante el soberbio Pontífice como un hombrecillo vil y despreciado, sufriste con mansedumbre la cruel bofetada que uno de sus ministros te dió en la cara. Refrena, Señor, en mí todos los ímpetus de ira y braveza, mortifica todas las repuntas de indignación y rancor, y apaga todas las centellas de cobdicia y de venganza, para que siendo yo injuriado, no por eso me turbe ni altere, mas sufriéndolo todo mansamente, haga bien á todos los que mal me hicieren por ti. Pater noster. Ave María.

CUARTA ORACIÓN Á JESÚ

GRACIAS te doy, dulce Jesú, porque en aquella noche fuiste por mí escarnecido, y acosado de tus enemigos, y herido con bofetadas y puñadas, y con diversas maneras de injurias y baldones deshonrado. Bien sabes, Señor mío, cuán duro me es sufrir aun cosas muy pequeñas. Bien sabes que ninguna virtud tengo, que mi voluntad es perezosa, y fríos todos mis buenos deseos. Ayuda, Señor, misericordiosamente mi flaqueza, y dame gracia para que ningún ímpeto de adversidad me espante ni me derribe. Dame que no desmaye con los males que me sobrevinieren, ni me altere por las injurias que me hicieren, mas dando gracias en todas las cosas, todo lo refiera á gloria y honra de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, que estando en la audiencia de Pilato callabas á todas las falsas acusaciones y deshonras que te hacían, como manso cordero que no abre su boca ni resiste á los que le tresquilan. Concédeme, Señor, que no me turben las murmuraciones y infamias que de mí se dijeren, mas callando venza á todos los que me hacen injurias. Dame gracia de perfecta humildad, por la cual ni cobdicie ser loado, ni tema ser infamado por tu amor.

Gracias te doy, dulce Jesú; que con grande abatimiento y con grande ruido de pueblo fuiste llevado por medio de la ciudad á Herodes del juzgado de Pilato. Concédeme fortaleza para que no me quebranten las persecuciones de mis enemigos, ni me embravezcan sus injurias, ni me afrenten sus desprecios, mas todo lo sufra con mansedumbre, y callando pase por todo, para que conforme á la ley de tus sanctos mandamientos en mi paciencia posea mi ánima.

Gracias te doy, dulce Jesú, que preguntado por Herodes con muchas palabras, y acusado por los pontífices y sacerdotes de muchas maneras, á ninguna cosa respondiste, sino todo lo venciste callando. Dame, Señor, gracia para refrenar mi lengua, y no me consientas hablar palabras viciosas, ni perder tiempo en fábulas ociosas, mas concédeme que siempre hable lo que es jus-

to, y honesto, y provechoso, según tu voluntad. Dame que aborrezca el vicio de maldecir, y dame hablar y sentir bien de todos.

Gracias te doy, dulce Jesú, que siendo comparado con el famoso ladrón Barrabás, fuiste juzgado por más malo y menos digno de la vida, y así fué perdonado el homicida, y tú, autor de la vida, condenado á muerte. Oh Rey de gloria, ¿á dónde, Señor mío, pudiste inclinar más la alteza de tu majestad? Bien parece, Señor, que tú eres aquella piedra viva que reprobaron los hombres, y escogió Dios para sí. ¡Oh si ninguna cosa yo antepusiese á ti, y por ninguna te trocase, mas todas las cosas tuviese por basura en comparación de ti! Concédeme, Señor, que el veneno de la envidia nunca inficione mi ánima, sino que en ti solo repose, y en ti solo halle toda mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesú, que consentiste desnudar tu sacratísima y virginal carne, y atarla á una columna, y allí ser azotada con terribles azotes, para que con tus heridas sanases las nuestras. Desnuda, Señor, mi corazón de todo pensamiento feo, despójame del hombre viejo con todas sus obras, y vísteme del nuevo, que á semejanza tuya es criado en justicia y verdadera sanctidad, y concédeme que sufra yo con toda humildad y paciencia los azotes de tu paternal corrección.

Gracias te doy, dulce Jesú, á quien después de tantos azotes recibidos, y tanta sangre derramada, injuriaron con diversas maneras de baldones y vituperios. Porque para mayor deshonra te vistieron una ropa colorada, y apretaron á tu divina cabeza una corona de espinas, y pusieron en tu mano una caña en lugar de sceptro, y hincando fingidamente las rodillas delante de ti, te saludaban diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. Enclava, Señor, en mi corazón la continua memoria deste paso doloroso, y hiérelo con las saetas agudas de tu ardentísima caridad. Dame que á ti solo ame, en ti solo piense, y en ti solo seguramente repose, y ninguna tribulación, ninguna angustia, ninguna persecución y ningún tormento me aparte de ti, ni tenga yo por mengua ser amenguado y despreciado contigo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que demás de los otros denuestos y injurias que por mí sufriste, quisiste llevar la cruz hasta el monte Calvario con mucho trabajo y fatiga de tu cuerpo y de tus hombros muy quebrantados. Dame, Señor, que con esforzado y devoto corazón abrace yo tu cruz, negando á mí

mismo, y imitando con ferviente caridad los ejemplos de tus virtudes merezca húmilmente seguirte hasta la muerte.

Gracias te doy, dulce Jesú, que en aquel tristísimo camino (cuando ibas á ser crucificado) benignamente amonestaste á las mujeres que te lloraban, que por sí mismas y por sus hijos, y no por ti llorasen. Dame, Señor, lágrimas de piadosa compasión y de sancto amor, que derritan la dureza de mi corazón, y le hagan gracioso delante de ti. Concédeme también que encendido con tu ardentísimo amor, todas las cosas por ti me den en rostro, á ti solo ame, y en ti solo descanse en los siglos de los siglos. Amén. Pater noster. Ave María.

QUINTA ORACIÓN Á JESÚ

Gracias te doy, dulce Jesú, que fatigados los hombros con el peso de la cruz, llegaste cansado al lugar del sacrificio, donde estando sediento y afligido, te dieron á beber vinagre mezclado con hiel. ¡Oh si con esto matases en mí el regalo de la gula y los deleites de la carne, y hicieses que en ningún tiempo consintiese á ninguna fea delectación! Dame pues, Señor, aquella honestísima y muy necesaria virtud de la templanza en comer y beber, para que refrenados todos los desordenados apetitos de la gula, de ti solo tenga hambre y sed, y en ti solo sean todos mis deleites.

Gracias te doy, dulce Jesú, que en los ojos de todo el pueblo consentiste que te desnudasen: donde al quitar de las vestiduras al redropelo, se renovaron tus llagas, y tornó á manar sangre dellas, y á renovarse tus dolores. Concédeme, Dios mío, verdadero amor de la pobreza, y dame gracia para que nunca me entristezca por cosa que me falte. Dame paciente sufrimiento de las necesidades y desastres desta vida: desnuda mi corazón de todas imaginaciones y aficiones terrenas, y renueva cada día en mí deseos vivos de tu sancto amor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que no rehusaste ser estirado cruelmente en el madero, y ser descoyuntadas las junturas de tus sacratísimos miembros, y ser traspasados con agudos clavos, y afijados en la misma cruz. Concédeme, Señor, que con ánima fiel y agradecida tenga yo siempre memoria desta tu ardentísima

caridad, con la cual tan benignamente extendiste tus brazos, y abriste tus manos para que fuesen enclavadas, y entregaste tus pies para que fuesen barrenados. Ea pues, Señor, ensancha mi corazón con perfecta caridad, traspasa y enclava con el mismo clavo de tu amor todos mis sentidos, y encierra dentro de ti solo todos mis pensamientos y deseos.

Gracias te doy, dulce Jesú, que tres horas estuviste colgado y padesciendo en el afrentoso madero de la cruz, y derramando copiosamente tu sangre, sentiste gravísimo dolor en todos tus miembros. Cuelga, Señor, dese mismo madero esta miserable ánima que yace en la tierra, y límpiala de la suciedad de sus pecados y apetitos con los arroyos desa sangre. ¡Oh Sangre dadora de salud y dadora de vida! Ten por bien, Señor, ten por bien lavarme con esa sangre, y purificarme y sanctificarme con ella. Ten por bien, Señor, ofrecerla á tu Padre para perfecta satisfación y remedio de todos mis males. Suplícote que con aficionadísimo amor merezca yo beber con mi corazón y lamer con la lengua de mi ánima las preciosísimas gotas desa sangre divina, y aquí guste yo cuán suave es tu espíritu, y cuán dulce este precioso licor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que por mí quisiste ser puesto en medio de dos ladrones, y tenido por uno dellos, para que con tu increíble humildad y paciencia curases nuestra impaciencia y soberbia, y del todo la destruyeses. Levanta, Señor, mi espíritu á lo alto, para que dende allí desprecie todas las cosas que en este mundo se ven, y en ti solo ponga mis ojos. Á ti solo ame, y en ti solo piense, por ti solo suspire, de ti hable, á ti sueñe, á ti sepa, y en ti me deleite, y fuera de ti no quiera tener contentamiento alguno.

Gracias te doy, dulce Jesú, que tan bueno fuiste aun para con los muy malos, que por los mismos que te crucificaron heciste oración diciendo: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Dame, Señor, gracia de verdadera paciencia y mansedumbre, con la cual (conforme á tu ejemplo y mandamiento) ame yo á mis enemigos, y haga bien á los que me hicieren mal, y húmilmente te suplique por ellos, y los perdone de corazón.

Gracias de doy, dulce Jesú, á quien escarnecieron tus perversos enemigos con grandes blasfemias, cuando tú sufrías intolerables dolores y angustias en la cruz. Dame, Señor, que acor-

dándome de la inefable humildad y paciencia con que sufriste tantos dolores y vituperios, pacientemente sufra cosas semejantes, y contigo persevere en la cruz de la paciencia hasta la muerte. Ningún ímpeto de tentaciones, ninguna tempestad de tribulaciones, ningún torbellino de injurias me desvíe del buen propósito comenzado, ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni alguna otra criatura me aparte de ti.

Gracias te doy, dulce Jesú, que sufriste á uno de los dos ladrones que te escarneciese, y al otro que confesó su injusticia y con piadosa fe predicó tu inocencia, prometiste la gloria del paraíso. ¡Oh quién fuese tan dichoso que mereciese ser mirado con aquellos misericordiosos ojos que miraste este dichoso ladrón, para que ayudándome tu gracia, viviese vida tan inocente que en el término de la vida mereciese oir de ti esa tan dulce palabra: Hoy serás comigo en el paraíso. Pater noster. Ave María.

SEXTA ORACIÓN Á JESÚ

Gracias te doy, dulce Jesú, que viendo dende la cruz á tu dulcísima madre llena de dolor y de lágrimas, compadesciéndose tu corazón de su angustia, la encomendaste á tu discípulo S. Juan, y luego á ella encomendaste al mismo discípulo, y en él á todos nosotros. Pues concédeme que yo ame y honre á esta Señora con ardentísimo amor, para que teniéndola yo por madre, merezca que ella me tenga por hijo, y me trate como á tal. Dámela, Señor, por ayudadora en todas mis necesidades, mayormente en la hora de mi fallecimiento. Amén.

Gracias te doy, dulcísimo Jesú, que aun teniendo tus llagas abiertas, y la cabeza rodeada de espinas, y colgado miserablemente de los brazos de la cruz, dijiste: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Dame que en todas mis adversidades y tentaciones y desamparos me socorra á ti, padre piadoso, y desconfiando de mí, en ti solo confíe, y todo me ponga en tus manos. Llaga, Señor, lo interior de mi ánima con la memoria de tus llagas: imprímelas en lo íntimo de mi corazón, y embriágame de tal manera con tu sangre, que ninguna otra cosa piense ni busque sino á ti: á ti halle, y á ti tenga, y á ti posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesú, que gastado y seco va tu cuerpo

por la grandeza de los tormentos y derramamiento de tanta sangre, padesciendo vehementísima sed, y abrasado con el ardor y deseo de nuestra salud, dijiste: Sed he. Dame, Señor, una sed encendidísima de tu honra y de la salvación de las ánimas, para que conforme á tu sancta voluntad, me emplee todo en su provecho, en cuanto (según la medida de mi estado) me fuere concedido. Dame que ningún amor de las cosas perecederas me prenda, ninguna criatura me enlace, y las cosas que fueren para amar, en ti las ame, y á ti ame sobre todas ellas, y en ti solo sea todo mi descanso.

Gracias te doy, dulce Jesú, que á la hora de tu muerte quisiste que para matar la sed, te pusiesen en la boca una esponja llena de vinagre, para que gustando en paso tan trabajoso este tan amargo refrigerio, satisficieses al Padre por todas nuestras golosinas y deleites, y nos dejases ejemplo maravilloso de pobreza y aspereza. Dame, Señor, que por tu amor desprecie yo cualesquier sabores de comeres y regalos exquisitos, y de lo que me concedes para sustentar este corpezuelo, use medidamente, dándote por ello las gracias. Limpia, Señor, y sana el paladar de mi ánima, para que todo lo que á ti agrada, me sea sabroso, y todo lo que te desagrada, desabrido.

Gracias te doy, dulce Jesú, amador ferventísimo del linaje humano, que tan cumplida y ordenadamente acabaste la obra de nuestra redempción, ofreciendo á ti mismo en sacrificio vivo en el altar de la cruz por los pecados del mundo. Dame, Señor, que tú solo seas el blanco y paradero de todos mis pensamientos, palabras y obras, para que en todas las cosas con derecha y casta intención busque sola tu honra, y fuera de ti ninguna cosa busque ni desee. Dame que en tu servicio nunca afloje ni desmaye, mas renovando cada día el fervor del espíritu, me apresure más y más á alabarte y servirte.

Gracias te doy, dulce Jesú, que de tu voluntad llamaste la muerte abajando tu venerable cabeza, y encomendando tu espíritu en las manos del Padre, le despidiste de tu carne: dónde claramente nos enseñaste cómo eras tú aquel buen pastor que pusiste tu vida por tus ovejas. Concédeme, Señor, que muera yo á todos mis vicios y malos deseos, y á ti solo viva, á ti solo sienta, para que acabado el curso desta vida en caridad verdadera, luego éntre en ti, que eres el verdadero paraíso de nuestras ánimas.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con lanza de un caballero quisiste que tu suavísimo corazón fuese abierto, de donde manase agua y sangre para lavar y dar vida á nuestras ánimas. ¡Oh si llagases mi corazón con la lanza de tu amor de tal manera que ninguna cosa pudiese ya querer sino lo que tú quieres! Éntre, Señor, éntre mi ánima por la llaga de tu costado al secreto de tu caridad y al tesoro de tu divinidad, para que allí adore á ti, mi Dios verdadero, por mí crucificado y muerto, y raídas de mi memoria todas las figuras de las cosas visibles, á ti solo entienda y vea siempre en todas las cosas.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con grande llanto de tus amigos fuiste quitado de la cruz, y ungido con olorosos ungüentos, y envuelto en una sábana limpia, y puesto en ajena sepultura. Sepulta, Señor, contigo, sepulta todos mis sentidos, todas mis fuerzas y aficiones, para que ayuntado contigo con un fuerte vínculo de amor, quede como fuera de mí para todo lo que es á ti contrario, y á ti solo sienta, único redemptor mío, único bien y tesoro mío. Pater noster. Ave María.

SÉPTIMA ORACIÓN Á JESÚ

Gracias te doy, dulce Jesú, que poderosamente descendiste á los infiernos, donde quebrantando el poder del diablo, alegraste con tu presencia á los antiguos padres que estaban allí captivos, y sacándolos de sus tinieblas y prisiones, los llevaste á los deleites del paraíso. Pues descienda agora, yo te suplico, la virtud de tu sangre y de tu pasión sobre las ánimas de mis padres, parientes, amigos y bienhechores, y de todos los fieles difuntos, para que sueltas de las penas del purgatorio, sean recibidas en el seno de la eterna felicidad.

Gracias te doy, dulce Jesú, que saliendo victorioso del sepulcro con nobilísimo triunfo, vencida la muerte, resucitaste de entre los muertos, y volviendo su hermosísima claridad á tu cuerpo precioso, diste inestimable gozo con tu visitación á tus amigos. Dame, Señor, que resucitando yo de la muerte de los vicios y de la vieja conversación, ande de aquí adelante en novedad de vida, y busque las cosas altas y no las bajas, para que

cuando tú, mi vida, aparecieres otra vez en la tierra, yo también aparezca contigo en la gloria.

Gracias te doy, dulce Jesú, que cumplidos cuarenta días después de tu resurrección, delante de tus discípulos subiste glorioso triunfador á los cielos, donde asentado á la diestra del Padre, vives y reinas por todos los siglos. ¡Oh si mi ánima estuviese enferma de tu amor! ¡Oh si de todas las cosas mundanas tuviese hastío, y por las celestiales siempre suspirase, y dellas tuviese un continuo y encendido deseo! ¡Oh si ninguna cosa me aficionase, ninguna me alegrase, sino tú solo, mi Señor y mi Dios!

Gracias te doy, dulce Jesú, que enviaste tu Espíritu sobre tus escogidos, que perseveraban en oración, y los enviaste á enseñar las gentes por toda la redondez del mundo. Limpia, Señor, lo interior de mi corazón, dame verdadera pureza y limpieza de consciencia, para que el mismo Consolador, hallando en ella agradable posada, la hermosee con los abundantes dones de su gracia, y él solo me consuele, me confirme, me rija y me posea todo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que cuando volvieres en el día postrero á juzgar el mundo, darás á cada uno según sus obras galardón ó castigo. Piadosísimo Señor, Dios mío, concédeme que pasada inocentemente (según tu sancta voluntad) la carrera desta miserable vida, salga mi ánima de la cárcel deste cuerpo tan adornada de merescimientos y virtudes, que sea recibida misericordiosamente en las moradas de tu gloria, donde con todos los sanctos te alabe y bendiga en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén. Pater noster. Ave María.

SÍGUENSE OTRAS SIETE ORACIONES

QUE PERTENECEN AL CULTO Y VENERACIÓN DE NUESTRO SEÑOR DIOS, Y TRATAN DE LAS PERFECCIONES Y OBRAS DE SU SANCTÍSIMA DIVINIDAD

PREÁMBULO

para entender el intento y manera destas oraciones.

Cuando te asentares (dice el Sabio) á la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante, para que por ahí entiendas lo que por tu parte debes aparejar Pues conforme á este documento, el que se llega á tratar con Dios en la oración, ponga primero los ojos en el Señor con quien va á tratar, y considere atentamente su grandeza, porque tal corazón y tales afectos conviene que tenga para con él, cual es el que allí se le pone delante. Levante pues húmilmente los ojos á lo alto, y mírele asentado en el trono de su majestad sobre todo lo criado, y considere cómo él es el que tiene en su vestidura y en su muslo broslado el título de su dignidad, que es, Rey de los reyes y Señor de los señores: y también, cómo es él infinitamente perfecto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable, y cómo también es benignísimo padre, y liberalísimo bienhechor, y clementísimo redemptor y salvador. Y después que así le hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder á estos títulos, y hallará que por la parte que es Dios, meresce ser adorado: por la que es infinitamente perfecto y glorioso, alabado: por la que es bonísimo y hermosísimo, amado: por la que es justísimo y terrible, temido: por la que es Señor y Rey de todas las cosas, obedescido: por razón de sus beneficios, merece infinitas bendiciones y gracias: y por ser nuestro criador y redemptor, meresce que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo: y por ser nuestro

ayudador y salvador, conviene que á él pidamos el remedio de todas nuestras necesidades. Estos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional á estos títulos y grandezas de su Criador. De manera que á su divinidad se debe adoración, á sus perfecciones alabanzas, á sus beneficios agradescimiento, á su bondad amor, á su justicia temor, á su misericordia esperanza, al señorío de su majestad obediencia, á la posesión de todas las cosas, que todo se le ofrezca, y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida. Éstas son las virtudes, y éstos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar á este Señor, que así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos y sentimientos. Los cuales, aunque virtualmente se ejerciten y entrevengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se suelen ejercitar en la oración, en la cual se tratan todas estas cosas. Pues para este fin se ordenaron estas siete oraciones que se siguen, para cumplir en alguna manera con estas obligaciones: las cuales se recopilaron de diversos dichos de Sanctos y de Profetas, especialmente de los Psalmos y del bienaventurado S. Augustín.

Y porque el justo al principio es acusador de sí mismo, y la puerta primera para entrar á Dios es la penitencia y la humildad, debe el hombre antes de su oración rezar la Confesión general, ó alguno de los siete Psalmos, lo más devotamente que pudiere: y esto hecho, puede comenzar luego su oración.

ORACIÓN PRIMERA

en la cual la criatura adora húmilmente á su Criador, considerando la grandeza de su majestad, por la cual merece ser adorado como verdadero Dios, diciendo así.

Si aquel Publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo, sino dende lejos hería sus pechos diciendo: Señor Dios mío, apiádate de mí pecador: y si aquella santa pecadora no osó parecer ante la cara del Señor, sino rodeando por las espaldas, se derribó á sus pies, y con lágrimas de sus ojos alcanzó el perdón de sus pecados: y si aquel sancto patriarca Abraham, queriendo hablar, Señor, con vos, decía: Hablaré con mi Señor, aun-

que sea polvo y ceniza: si éstos así estaban derribados y humillados cuando se presentaban ante vuestra Majestad, siendo quien eran, ¿qué hará un tan pobre y miserable pecador como yo? ¿Qué hará la podre y la ceniza? ¿Qué hará el abismo de todos los pecados y miserias? Mas porque no puedo yo, Señor, alcanzar aquel temor y reverencia que se debe á vuestra Majestad, sino poniendo los ojos en ella, dadme licencia para que ose yo levantar mis ojos legañosos á vos sin que el resplandor de vuestra gloria reverbere la flaqueza de mi vista. Bien veo que sois aquel Dios grande que vence nuestra sabiduría. Bien sé que ningún entendimiento criado os puede comprehender: mas con todo esto, aunque nadie os comprehenda, nadie puede hacer mejor cosa que poner los ojos en vos. Pues, oh sumo, omnipotentísimo, misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, presentísimo, hermosísimo, fortísimo, estable y incomprehensible, simplicísimo y perfectísimo, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan, á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden, á quien ni alguna causa dió principio, ni los tiempos augmento, ni los acaescimientos darán fin, porque en los siglos de los siglos permanecéis para siempre, Vos sois el que alcanzáis de cabo á cabo juntamente, y disponéis todas las cosas suavemente. Vos sois el que criastes todas las cosas sin necesidad, y las sustentáis sin cansancio, y las regís sin trabajo, y las movéis sin ser movido. Vos sois todo ojos, todo pies y todo manos. Todo ojos, porque todo lo veis: todo pies, porque todo lo sustentáis: y todo manos, porque todo lo obráis. Vos estáis dentro de todas las cosas, y no estrechado: fuera de todas, y no desechado: debajo de todas, y no abatido: encima de todas, y no altivo. ¡Oh sumo y verdadero Dios, y suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las cosas que verdadera y bienaventuradamente viven! Vos, Señor, sois la misma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso todo lo que es bueno y hermoso. Vos sois el que mandáis que os pidamos, y hacéis que os hallemos, y nos abrís cuando os llamamos. Vos sois de quien apartarse es caer, á quien llegarse es levantar, y en quien estar es permanescer. Vos sois, de quien nadie se aparta sino engañado, á quien nadie busca sino amonestado, y

á quien nadie halla sino purgado. Vos sois aquél á quien conoscer es vivir, á quien servir es reinar, y á quien alabar es salud y alegría de quien os alaba.

Pues, oh Rey mío y Salvador mío, ¿qué podré yo decir, pobre gusanillo, de la grandeza de vuestras alabanzas? Diré lo que vuestros Profetas con vuestro espíritu dijeron. ¿Quién (dice Isaías) midió las aguas con el puño y los cielos con un palmo? ¿Quién tiene de tres dedos colgada la redondez de la tierra, y asentó los montes en su peso, y los collados en su balanza? ¿Quién ayudó el espíritu del Señor, ó quién fué su consejero y le enseñó algo? Todas las gentes son como un hilico de agua y como un granico de peso delante dél. Todas las islas son un poco de polvo en su presencia, y toda la leña del monte Líbano con todos cuantos ganados hay en él, no bastarán para ofrecerle un digno sacrificio. Todas las gentes así son delante dél como si no fuesen, y como nada serán reputadas en su presencia. Porque si en presencia del sol ninguna cosa lucen todas las estrellas del cielo, antes son delante dél como si no fuesen, siendo él y ellas criaturas, ¿qué parecerán todas las cosas en vuestra presencia, siendo vos el criador de todas ellas?

Por tanto, Señor mío, á vos primeramente adoro con la más profunda humildad y reverencia que puedo, y con aquella adoración de latría que á vos solo se debe, y no á alguna criatura, de la manera que os adoran las dominaciones del cielo y todas las criaturas del mundo, muchas de las cuales, aunque no os conozcan, todavía no pueden (cada cual en su manera) dejar de adorar el sceptro de vuestra divinidad, y reconoscer vuestra grandeza, porque vos solo sois Dios de los dioses, Rey de los reyes, Señor de los señores y causa de las causas. Vos sois Alfa y Omega, que es principio y fin de todas las cosas, y principio sin principio, y fin sin fin. Vos sois el que solo sois, porque todas las otras cosas (por altísimas que sean) tienen el ser dependiente y emprestado, mas el vuestro es sumo, perfecto, universal y que de nadie depende. Por lo cual con mucha razón se dice que vos solo sois el que sois, pues que todo lo criado no tiene ser delante de vos. Pues confesando yo, Señor, todas estas maravillas y grandezas, prostrado ante vuestro divino acatamiento, con toda la humildad que me es posible, os adoro como os adoran todos aquellos espíritus bienaventurados, que derribados ante el trono de-

vuestra majestad y poniendo sus coronas ante vuestros pies, os adoran y reverencian, confesando que todo lo que tienen es de vos. Pues así yo, la más vil de todas las criaturas, mil veces os reverencio y adoro, confesando que vos sois mi verdadero Dios y Señor, y que todo lo que soy, vivo, tengo y espero, es todo vuestro, y así pido á todas las criaturas que ellas también juntamente comigo, os alaben y adoren, y así las llamo y convido á esto con aquel Cántico de vuestro Profeta, que dice.

Venid, y alegrémonos delante del Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador: presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con Psalmos le alabemos. Porque nuestro Dios es gran Señor y Rey grande sobre todos los dioses: porque no desechará el Señor su pueblo, ca en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes suyas son. Suyo es también el mar, y él lo hizo, y la tierra fundaron sus manos. Venid, pues, y adoremos este Señor, y prostrémonos y lloremos delante dél, porque él es nuestro Señor Dios, y nosotros somos su pueblo y ovejas de su manada. Y pues vos, mi Dios y Señor, tan digno sois de ser adorado y reverenciado, dadme gracia para que así os adore yo y reverencie perpetuamente, no sólo con las palabras y con la boca, sino también con el corazón, y con las obras, y con la vida. Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén. Pater noster. Ave María.

SEGUNDA ORACIÓN

en la cual el hombre se humilla y estremece, considerando la grandeza de Dios y su justicia.

Así como á solo vos, Señor, se debe adoración como á verdadero Dios, así también á solo vos se debe sumo temor y reverencia, según que vos mismo nos lo testificastes, cuando dijistes: No queráis temer los que matan el cuerpo, y no tienen más que hacer, sino temed Aquél que después de muerto el cuerpo, puede enviar el ánima al infierno. Esto mismo nos enseña la Iglesia cuando dice: En presencia de las gentes no tengáis temor, mas vosotros en vuestro corazón adorad y temed al Señor, porque su ángel anda con vosotros para os librar. Témaos pues,

Señor, mi ánima y mi corazón, pues en vos (que sois todas las cosas) no menos hay razón para ser temido que para ser amado. Porque como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo, y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son también las de vuestra justicia, y (lo que más es para temer) sin comparación son muchos más los vasos de ira que los de misericordia, pues tantos son los condenados, y tan pocos los escogidos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza desta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y sobre todo por la resistencia tan continua á vuestras sanctas inspiraciones. Témaos yo, y trema delante de vos, ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra. Pues ¿quién no os temerá, Rey de las gentes? ¿Quién no temblará de aquellas palabras que vos mismo decís por vuestro Profeta: Pues ¿cómo? ¿A mí no me temeréis, y delante de mi cara no os doleréis, que señalé las arenas por término de la mar, y le puse mandamiento eterno, que no quebrantará? Y embravescerse han y levantarse han sus olas, y no lo traspasarán jamás. Pues si todas las criaturas del cielo y de la tierra desta manera os obedescen y temen, ¿qué haré yo, vilísimo pecador, polvo y ceniza? Si los ángeles tremen cuando os adoran y cantan vuestras alabanzas, ¿por qué no tremerá mi corazón cuando entiende en este mismo oficio? ¡Miserable de mí, cómo se ha endurescido mi ánima para no derramar muchas lágrimas, cuando habla el siervo con su Señor, la criatura con su Criador, el hombre con Dios, el que fué hecho de lodo con Aquél que todo lo hizo de nada!

Témaos también yo, Señor, por la grandeza de vuestros juicios, que dende el principio del mundo hasta hoy habéis obrado. Gran juicio fué la caída de aquel ángel tan principal y tan hermoso. Gran juicio fué la caída de todo el género humano por la culpa de uno. Gran juicio fué el castigo de todo el mundo con las aguas del diluvio. Gran juicio fué la elección de Jacob y la reprobación de Esaú, el desamparo de Judas y la vocación de Sant Pablo, la reprobación del pueblo de los judíos y la elección de los gentiles, con otras maravillas semejantes que sin que lo sepamos, pasan de secreto cada día sobre los hijos de los hombres. Y sobre todo esto es espantable juicio ver tantas naciones sobre la

haz de la tierra yacer en la región y sombra de la muerte y en las tinieblas de la infidelidad, caminando por unas tinieblas á otras tinieblas, y por trabajos temporales á tormentos eternos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza destos juicios, pues aún no sé yo si seré uno destos desamparados. Porque si el justo con dificultad se salvará, el pecador y perverso ¿dónde paresceré? Si tiembla el inccentísimo Job del furor de vuestra ira como del ímpeto de las olas embravecidas, ¿cómo no temblará quien tan lejos está desta inocencia? Si tiembla el profeta Hieremías dentro del vientre de su madre sanctificado, y no halla rincón donde se esconda, por estar lleno del temor de vuestra ira, ¿qué hará quien salió del vientre de su madre con pecado, y después acá ha añadido y multiplicado tantos pecados?

Témaos también yo, Señor, por la muchedumbre innumerable de mis maldades, con las cuales tengo de parecer ante vuestro juicio, cuando delante de vos vendrá aquel fuego abrasador y una grande tempestad, cuando juntaréis el cielo y la tierra para juzgar á vuestro pueblo. Pues allí delante de tantos millares de gentes se descubrirán todas mis maldades, delante de tantos coros de ángeles se publicarán todos mis pecados, no sólo de palabras y obras, sino también de pensamientos. Donde tantos terné por jueces cuantos me precedieron en las buenas obras, y tantos serán contra mí testigos cuantos me dieron buenos ejemplos. Y con esperar tal juicio, no acabo de poner freno á mis vicios, antes todavía me estoy pudriendo en las heces de mis pecados: todavía me envilesce la gula, y me persigue la lujuria, y me envanesce la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la envidia, y me despedaza la murmuración, y me levanta la ambición, y me perturba la ira, y me derrama la liviandad, y me entorpesce la pereza, y me abate la tristeza, y me levanta el favor. Veis aquí, Señor, los compañeros con quien he vivido dende el día de mi nascimiento hasta agora. Éstos son los amigos con quien he conversado, éstos los maestros á quien he obedescido, éstos los señores á quien he servido. Pues no entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no será justificado delante de vos ninguno de los vivientes: porque ¿á quién hallaréis justo, si lo juzgáredes sin piedad? Pues por esto derribado á vuestros pies con espíritu humilde y atribulado, lloraré con vuestro Profeta y diré: Señor, no me arguyáis en vuestro furor,

ni me castiguéis en vuestra saña. Habed misericordia, Señor, de mí, porque soy enfermo: sanadme, Señor, porque todos mis huesos están conturbados, y mi ánima está grandemente turbada: mas vos, Señor, ¿hasta cuándo? Convertíos, Señor, y librad mi ánima, y hacedme salvo por vuestra misericordia. Porque no hay en la muerte quien se acuerde de vos, y en el infierno ¿quién os alabará? Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén. Pater noster. Ave María.

TERCERA ORACIÓN

que trata de las alabanzas divinas, en la cual se cuentan muchas perfecciones de nuestro Señor Dios.

En los ejercicios de temor y penitencia me convenía, Señor, gastar toda la vida, pues tanto tengo que temer y que llorar. Mas con todo esto, la grandeza de vuestra gloria, así como nos obliga á adoraros y reverenciaros, así también á alabaros y glorificaros: porque á vos solo se debe el himno y la alabanza en Sión, por ser (como lo sois) un piélago de todas las perfecciones, un mar de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de riquezas, de grandeza, de suavidad, de majestad, en quien están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todas en sumo grado de perfección. En cuya comparación toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura amargura, y finalmente, todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandesce, mucho menos es delante de vos que una pequeña candelica delante del sol. Vos sois sin deformidad perfecto, sin cuantidad grande, sin cualidad bueno, sin enfermedad fuerte, sin mentira verdadero, sin sitio dondequiera presente, sin lugar dondequiera todo, en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la bondad sumo, en la sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras sancto, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo, y para con los penitentes piadosísimo.

Pues ¿qué diré, Señor, de la grandeza de vuestra sabiduría?

Vos, Señor (dice el Profeta) entendistes todos mis pensamientos dende lejos, y la senda y hilo de mi vida vos la alcanzastes. Vos vistes *ab æterno* todos mis caminos, y no hay palabra mía que vos no sepáis. Vos, Señor, conocistes todas las cosas antiguas y venideras. Vos me criastes, y pusistes vuestra mano sobre mí. Maravillosa es vuestra sabiduría en mis ojos, más alta es de lo que yo puedo alcanzar. ¿Dónde me alejaré de vuestro espíritu, y á dónde huiré de vuestra presencia? Si subiere al cielo, ahí estáis: y si descendiere al infierno, también os hallaré ahí presente: y si tomare alas por la mañana, y fuere á parar al cabo de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y allí me sosterná vuestra diestra. Y dije: ¿Por ventura las tinieblas me esconderán donde no parezca? Mas éstas serán las que os descubrirán los hurtos de mis deleites: porque las tinieblas no son tinieblas delante de vos, y la noche se hará como día en vuestra presencia. Vuestros ojos (dice un sabio) están sobre los caminos de los hombres, y vos tenéis cuenta con todos sus pasos: no hay tinieblas ni sombra de muerte donde se os puedan esconder los que obran maldad.

Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra omnipotencia? Dios (dice el Profeta) que es nuestro rey ante todos los siglos, obró salud en medio de la tierra. Vos abristes camino por la mar, y quebrantastes las cabezas de los dragones en las aguas. Vos quebrastes la cabeza del dragón, y lo distes por manjar á los pueblos de Etiopía. Vos abristes fuentes y arroyos, y vos secastes los ríos de Etán. Vuestro es el día, y vuestra la noche: vos fabricastes el sol y la mañana. Vos hecistes todos los términos de la tierra, y el invierno y el verano obras son de vuestras manos. Y en otro lugar: Señor Dios de las virtudes, ¿quién será semejante á vos? Poderoso sois, Señor, y vuestra verdad está al derredor de vos. Vos tenéis señorío sobre el poder de la mar, y vos amansáis el furor de sus olas. Vos humillastes y derribastes al soberbio, y con la virtud de vuestro brazo desbaratastes á vuestros enemigos. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra: la redondez della, con todas las cosas de que está poblada, vos la fundastes: la mar y el viento del norte, que la levanta, vos los criastes. El monte Tabor y Hermón en vuestro nombre se alegrarán, y solo vuestro brazo es el poderoso. Y no menos altamente sentía el sancto Job de vuestra omnipotencia, cuando decía: En él está la sabiduría y la fortaleza, y él tiene el consejo y la inteli-

gencia. Si él destruyere, no hay quien edifique, y si él cerrare, no hay quien abra. Si detuviere las aguas, todo se secará, y si las dejare correr, todo se anegará. En él está la fortaleza y la sabiduría, y él conosce al engañador y al engañado. Él trae los consejeros á locos y desastrados fines, y á los jueces hace que queden pasmados. Quita la cinta á los reyes gloriosos, y les hace ceñir con una soga sus lomos. Descubre el profundo de las tinieblas, y saca á luz la sombra de la muerte. Multiplica las gentes, y destrúyelas, y después de destruídas, tórnalas á restituir. Si él concediere la paz, ¿quién la quitará? Y si él escondiere su rostro, ¿quién le mirará? Pues ¿qué diré, Señor, de las riquezas de vuestra gloria, y de la vena de vuestra felicidad? Si pecares (dice la Escritura) ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra él? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, ó qué recebirá de tu mano? Al hombre que es como tú, dañará tu maldad, y al hijo del hombre aprovechará tu justicia. Mas vos, Señor, tal sois y tan bienaventurado, y tan dentro de vos está la vena de vuestra gloria, que de nadie tenéis necesidad.

Pues por tal, Señor, os confieso, y por tal os alabo, y glorifico vuestro sancto nombre. Dadme vos lumbre en el corazón, y palabras en la boca, para que mi corazón piense en vuestras grandezas, y mi boca sea llena de vuestras alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, pido yo á todos los ángeles del cielo y á todas las criaturas del mundo, que ellas juntamente comigo os alaben, y suplan en esta parte mis faltas, convidándolas á esto con aquel glorioso Cántico que aquellos tres sanctos mozos en medio de las llamas del fuego de Babilonia os cantaban, diciendo: Bendito seáis vos, Señor Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendito sea el nombre de vuestra gloria, que es sancto, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis en el trono sancto de vuestro reino, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis vos, que estáis asentado sobre los querubines, mirando los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado en los siglos de los siglos. Amén. Pater noster. Ave María.

CUARTA ORACIÓN

en la cual se dan gracias al Señor por los beneficios recibidos.

Gracias y loores os doy, Señor Dios mío, por todos los beneficios y mercedes que me habéis hecho dende el día que fuí concebido, hasta este día de hoy, y por el amor que dende *ab æterno* me tuvistes, cuando dende entonces determinastes de criarme, y redemirme, y hacerme vuestro, y darme todo lo que hasta agora me habéis dado, pues todo cuanto tengo y espero, vuestro es. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias, vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido, vuestras las fuerzas y la salud que me habéis dado, vuestro el cielo y la tierra que me sustenta, vuestro el sol, y la luna, y las estrellas, y los campos, y las aves, y los pesces, y los animales, y todas las otras criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, Señor mío, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar. Pero mucho mayores os las doy porque vos quisistes ser mío, pues todo os ofrecistes y expendistes en mi remedio, pues para mí os vestistes de carne, para mí nascistes en un establo, para mí fuistes reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí circuncidado al octavo día, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado, y perseguido, y maltratado, y azotado, y coronado, y deshonrado, y sentenciado á muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunastes, y orastes, y velastes, y llorastes, y caminastes, y padescistes los mayores tormentos y deshonras que se padescieron jamás. Para mí ordenastes y confecionastes las medicinas de vuestros sacramentos con el licor de vuestra sangre, y señaladamente del mayor de los sacramentos (que es el de vuestro sanctísimo cuerpo) donde estáis vos, mi Dios, para mi reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mis deleites, para prenda de mi esperanza y para testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy cuantas gracias os puedo dar, diciendo de todo corazón con el sancto rey David.

Bendice, oh ánima mía, al Señor, y todas cuantas cosas hay dentro de mí, bendigan su sancto nombre. Bendice, oh ánima

mía, al Señor, y no eches en olvido las mercedes que te ha hecho. Porque él se apiada de todas tus maldades, y sana todas tus enfermedades. El libró tu vida de la muerte, y él te corona con misericordia y con piedad. El cumple todos tus buenos deseos, y renovarse ha tu juventud así como la del águila. El Señor usa de misericordia, y hace justicia á todos los que padescen agravio. Misericordioso y piadoso es el Señor, largo de corazón y muy piadoso. No se ensañará para siempre, ni para siempre amenazará. No lo hizo con nosotros según nuestros pecados, ni nos dió nuestro merescido según nuestras maldades. Cuan grande es la altura que hay del cielo á la tierra, tanto ensalzó su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan lejos apartó nuestros pecados de nosotros. De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de los que le temen, porque él conosce la masa de que somos compuestos. Acordóse que éramos polvo, y que el hombre es como heno, y que sus días se pasan como la flor del campo. Porque despedirse ha su espíritu dél, y luego desfallescerá, y no tornará más á su lugar. Mas la misericordia del Señor persevera dende los siglos hasta los siglos sobre aquéllos que le temen. Y la justicia dél sobre los hijos de los hijos déstos, que guardan su testamento, y se acuerdan de sus mandamientos para haberlos de cumplir. El Señor aparejó en el cielo su silla, y su reino tendrá señorío sobre todas las cosas. Bendecid al Señor todos sus ángeles, que sois poderosos en virtud, y hacéis sus mandamientos, y obedescéis á la voz de sus palabras. Bendecid al Señor todas sus virtudes y sus ministros, que hacéis su voluntad. Bendecid al Señor todas sus obras, y en todos los lugares de su señorío bendice, oh ánima mía, al Señor. Pater noster. Ave María.

QUINTA ORACIÓN

para pedir á nuestro Señor Dios su amor.

Si tanta obligación tenemos, Señor, á nuestros bienhechores por razón de sus beneficios, y si cada beneficio es como un tizón y incentivo de amor, y si según la muchedumbre de la leña. así es grande el fuego que se enciende en ella, ¿qué tan grande,

ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazón, si tanta es la leña de vuestros beneficios, que lo encienden? Si todo este mundo visible y invisible es para mí beneficios vuestros, ¿qué tan grande es razón que sea la llama de amor que se ha de levantar de todos ellos? Especialmente, que no sólo os debo yo amor por esto, sino también porque en vos solo se hallan todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas, y todas en sumo grado de perfección. Porque si por bondad va, ¿quién más bueno que vos? Si por hermosura va, ¿quién más hermoso que vos? Si por suavidad y benignidad va, ¿quién más suave y más benigno que vos? Si por riquezas y sabiduría va, ¿quién más rico y más sabio que vos? Si por amistad va, ¿quién más nos amó que el que tanto por nosotros padesció? Si por beneficios va, ¿cúyo es todo lo que tenemos, sino vuestro? Si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta, sino de vuestra misericordia? Si á los padres naturalmente se debe tan grande amor, ¿quién más padre que aquél que dice: No llaméis á nadie padre sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos? Si los esposos son amados con tan grande amor, ¿quién es el esposo de mi ánima sino vos, y quién hinche el seno de mi corazón y de mis deseos sino vos? Si el último fin dicen los filósofos que es amado con infinito amor, ¿quién es mi principio y mi último fin sino vos? ¿De dónde procedí, y á dónde voy á parar sino á vos? ¿Cúyo es lo que tengo, y de quién espero recibir lo que me falta, sino de vos? Finalmente, si la semejanza es causa de amor, ¿á cúya imagen y semejanza fué criada mi ánima, sino á la vuestra? Pues si este título, y cada uno de todos estotros, por sí solo es tan suficiente motivo de amor, ¿cuál conviene que sea el que de todos estos títulos procede? Ciertamente la ventaja que hace la mar á los ríos que en ella entran, ésta convenía que hiciese este amor á todos los otros amores.

Pues si tantas razones tengo yo, Señor Dios mío, para amaros, ¿por qué no os amaré yo con todo mi corazón, y con todas mis fuerzas, y con todas mis entrañas? ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, toda mi alegría! Oh amable principio mío y suma suficiencia mía, ¿cuándo os amaré con todas mis fuerzas y con toda mi ánima? ¿Cuándo os agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay en mí contrario á vos? ¿Cuándo seré del todo vuestro? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo nin-

guna cosa fuera de vos vivirá en mí? ¿Cuándo me abrasará todo la llama de vuestro amor? ¿Cuándo me arrebataréis, y anegaréis, y transportaréis en vos? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me haréis un espíritu con vos, para que nunca me aparte más de vos? Ah, Señor, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? ¿Qué quitáis de vuestra casa? ¿Qué perdéis de vuestra hacienda? Pues ¿por qué, Señor, siendo vos un piélago de infinita liberalidad y clemencia, detenéis en vuestra ira vuestras misericordias para comigo? ¿Por qué han de vencer mis maldades á vuestra bondad? ¿Por qué han de ser más parte mis culpas para condenarme, que vuestra bondad para salvarme? Si por dolor y penitencia lo habéis, á mí me pesa tanto por haberos ofendido, que quisiera más haber padescido mil muertes, que haber hecho una ofensa contra vos. Si por satisfación lo habéis, catad aquí este cuerpo miserable: ejecutad, Señor, en él todos los furores de vuestra saña, con tanto que no me neguéis vuestro amor. No os pido oro ni plata, ni otra cosa criada, porque todo eso no me harta sin vos, y todo me es pobreza sin vuestro amor. Amor quiero, amor os pido, amor os demando, por vuestro amor sospiro: dadme vuestro amor, y bástame. ¿Por qué, Señor, me dilatáis tanto esta merced? ¿Por qué me veis penar día y noche, y no me socorréis? ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidaréis? ¿Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? ¿Hasta cuándo andará mi ánima fluctuando con tan grandes ansias y deseos? Miradme, Señor mío, y habed misericordia de mí. No os pido la ración copiosa que se da á los hijos: con una sola de las migajuelas de vuestra mesa me contentaré. Aquí pues me presento como un pobre y hambriento cachorrillo ante vuestra rica mesa, aquí estoy mirándoos á la cara, viendo cómo coméis y dais de comer á vuestros hijos con el pasto de vuestra gloria: aquí estoy mudando mil semblantes y figuras en este corazón, para inclinar al vuestro á que haya misericordia de mí. No me hartan, Señor, las cosas desta vida: á vos solo quiero, á vos busco: vuestro rostro, Señor, deseo, y vuestro amor siempre os pediré, y con vuestro Profeta cantaré: Ámeos yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi firmeza y mi refugio, y mi librador, y mi Dios, y mi ayudador: esperaré en él. El es mi amparo, y defensor de mi salud, y mi recibidor. Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos. El cual vive y reina en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén. Pater noster. Ave María.

SEXTA ORACIÓN

en la cual
la criatura se ofrece y resigna en las manos de su Criador, poniendo en él toda su esperanza, y dándole su obediencia.

Todas las razones y causas que me obligan, Señor Dios mío, á amaros, me obligan también á poner toda mi esperanza en vos. Porque ¿en quién tengo yo de esperar, sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padescido, y en quien tantas veces me ha llamado, y esperado, y sufrido, y perdonado, y librado de tantos males? ¿En quién tengo de esperar, sino en Aquél que es infinitamente misericordioso, piadoso, amoroso, benigno, sufridor y perdonador? ¿En quién tengo de esperar, sino en Aquél que es mi padre, y padre todo poderoso, padre para amarme, y poderoso para remediarme, padre para quererme bien, y poderoso para hacerme bien, el cual tiene mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos, que ningún padre carnal de los suyos? ¿En quién finalmente tengo yo de esperar, sino en Aquél que cuasi en todas sus Escripturas continuamente me manda que me llegue á él y espere en él, y me promete mil cuentos de favores y mercedes, si así lo hiciere, dándome en prendas de todo esto su verdad y palabra, y los beneficios hechos, y los tormentos por mí padescidos, y la sangre derramada en confirmación desta verdad? Pues ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó, que se vistió de carne por mí, y sufrió azotes y repelones y bofetadas por mí, y finalmente, de un Dios, que se dejó morir en una cruz por mí, y se encerró en una hostia consagrada para mí? ¿Cómo huirá de mí cuando lo buscare, el que así me buscó cuàndo yo le huía? ¿Cómo me negará el perdón cuando se lo pidiere, el que me lo meresció cuando yo no lo pedía? ¿Cómo me negará el remedio cuando ya no le cuesta nada, el que así me lo procuró cuando tanto le costaba? Pues por todas estas razones confiadamente esperaré yo en él, y con el sancto Profeta en medio de todas mis tribulaciones y necesidades esforzadamente cantaré: El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Si se asentaren con-

tra mí reales de enemigos, no temerá mi corazón: si se levantare batalla contra mí, en él esperaré yo.

Mas porque no está segura la esperanza sin la obediencia, según aquello del Psalmista, que dice: Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor, por tanto, dadme vos, Dios mío, que con la esperanza de vuestra misericordia junte yo la obediencia de vuestros mandamientos, pues no menos os debo yo esta obediencia que todo lo demás, pues vos sois mi rey, y mi señor, y mi emperador, á quien el cielo, y la tierra, y la mar, y todas las otras criaturas obedescen, cuyos mandamientos y leyes hasta agora han guardado y guardarán para siempre. Pues obedézcaos yo, Señor, más que todas ellas, pues os soy más obligado que ellas. Obedézcaos yo, Rey mío y Señor mío, y guarde enteramente todas vuestras sanctísimas leyes. Reinad vos, Señor, en mí, y no reine más en mí el mundo ni el príncipe deste mundo, ni mi carne ni mi propria voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiranos, usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertidores de vuestra justicia, y solo vos, Señor, mandad y ordenad, y vos solo y vuestro sceptro sea reconoscido y obedescido, para que así se haga vuestra voluntad en la tierra, como se hace en el cielo. ¡Oh! ¿Cuándo será este día? ¡Oh! ¿Cuándo me veré libre destos tiranos? ¡Oh! ¿Cuándo no se oirán en mi ánima otras voces sino las vuestras? ¡Oh! ¿Cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradición en mí para el cumplimiento de vuestra sancta voluntad? ¿Cuándo estará tan sosegado este mar, cuándo tan sereno este cielo, cuándo tan calladas y mortificadas mis pasiones, que no haya onda, ni nube, ni clamor, ni otra alguna perturbación que altere esta paz y obediencia, y que impida este vuestro reino en mí? Dadme vos, Señor, esta obediencia, ó (por mejor decir) dadme este señorío sobre mi corazón, para que de tal manera me obedezca él á mí, que del todo lo subjecte yo á vos.

Y así como estoy obligado á obedeceros, así también lo estoy á entregarme y ofrecerme á vos, y resignarme en vuestras manos, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos. Vuestro, porque me criastes y distes este ser que tengo: vuestro, porque me conserváis en él con los beneficios y regalos de vuestra providencia: vuestro, porque me sacastes de cativerio, y me comprastes, no con oro ni plata, sino con vuestra san-

gre: y vuestro, porque tantas otras veces me habéis redimido, cuantas me habéis sacado de pecado. Pues si yo por tantos títulos soy vuestro, y vos por tantos títulos sois mi rey, y mi señor, y mi redemptor, y mi librador, aquí os vuelvo á entregar vuestra hacienda, que soy yo: aquí me ofrezco por vuestro esclavo y cativo: aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que ya de aquí adelante no sea más mío ni de nadie sino vuestro, para que ya no viva para mí sino para vos, ni haga más mi voluntad sino la vuestra, de tal manera que ni coma, ni beba, ni duerma, ni haga otra cosa que no sea según vos y para vos. Aquí me presento á vos, para que dispongáis de mí como de hacienda vuestra á vuestra voluntad. Si queréis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que deshonrado, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos, y me desposeo de mí, para que no sea ya más mío sino vuestro, para que lo que es vuestro por justicia, lo sea también por mi voluntad, y esto para siempre en los siglos de los siglos. Amén. Pater noster. Ave María.

SÉPTIMA ORACIÓN

para pedir
á nuestro Señor todo lo que pertenece á nuestra salvación.

Muchas gracias os doy, Señor Dios todo poderoso y Padre de misericordias, porque vos mismo nos animastes á que os pidiésemos misericordia, diciéndonos por boca de vuestro sancratísimo Hijo: Pedid, y recebiréis: buscad, y hallaréis: llamad, y abriros han. Y asimismo por vuestro Profeta nos animastes á lo mismo, diciendo: Dios justo y salvador no lo hay sino yo. Convertíos á mí todos los fines de la tierra, y seréis salvos. Pues si vos mismo, Señor, nos llamáis y convidáis, y abrís los brazos para que nos lleguemos á vos, ¿por qué no confiaremos que nos recibiréis en ellos? No sois vos, Señor, como los hombres, que se empobrecen cuando dan, y por eso se importunan cuando les piden. No sois vos así, porque como no os empobrecéis en lo uno, no os importunáis en lo otro. Y por eso pediros misericordia no es importunaros sino obedesceros (pues vos mandáis que os pida-

mos) y también honraros y glorificaros, porque con esto protestamos que vos sois Dios y universal señor y dador de todo, á quien todo se ha de pedir, pues vos solo lo podéis todo dar. Y así vos mismo nos pedís este linaje de sacrificio, diciendo: Llámame en el día de la tribulación, y librarte he, y honrarme has. Pues movido yo por este tan piadoso mandamiento, me llego á vos, y os pido tengáis por bien darme todo esto que os debo yo, conviene saber, que así os adore, así os tema y reverencie, así os alabe, así os dé gracias por todos vuestros beneficios, así os ame con todo mi corazón, así tenga toda mi esperanza puesta en vos, así obedezca á vuestros sanctos mandamientos, y así me ofrezca y resigne en vuestras manos, y así os sepa pedir estas y otras mercedes, como conviene para vuestra gloria y para mi salvación. Pídoos también, Señor, me otorguéis perdón de mis pecados y verdadera contrición y confisión de todos ellos, y me deis gracia para que no os ofenda más en ellos ni en otros, y señaladamente os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazón, y recoger los pensamientos de mi imaginación, para que estando yo así todo renovado y reformado, merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme también todas aquellas virtudes con que sea, no sólo purificada, sino también adornada esta morada vuestra, que son, temor de vuestro sancto nombre, firmísima esperanza, profundísima humildad, entera paciencia, clara discreción, pobreza de espíritu, perfecta obediencia, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestro servicio, y sobre todo ardentísima caridad para con mis prójimos y para con vos.

Y porque yo nada desto merezco, acordaos, Señor, de vuestra misericordia, á quien muchas veces basta sola miseria para haberse de ejecutar. Acordaos que no queréis la muerte del pecador (como vos mismo dijistes) sino que se convierta y viva, Acordaos que vuestro unigénito Hijo no vino á este mundo (como él mismo lo dice) á buscar justos, sino pecadores. Acordaos de cuanto en este mundo hizo y padesció dende el día que nasció hasta que expiró en la cruz, pues nada desto padesció por sí sino por mí: lo cual todo os ofrezco en sacrificio por mis necesidades y pecados, y por él, y no por mí, os pido esta misericordia. Porque pues de vos se dice que honráis los padres en los hijos, haciendo mercedes á los unos por amor de los otros (como hizo

David á Mifiboset por amor de su padre Jonatás) honrad á vuestro unigénito Hijo haciéndome bien á mí por él, pues él es mi padre y mi segundo Adán, y yo su hijo, aunque mal hijo. Acordaos, Señor, que me socorro á vos, y que me entro por vuestras puertas, y como á verdadero médico y señor os presento mis necesidades y llagas, y con este espíritu os llamaré con aquella oración que el profeta David compuso diciendo:

Inclina, Señor, tus oídos, y oyéme, porque pobre y necesitado soy yo. Guarda mi ánima, porque á ti estoy ofrescido. Salva, Dios mío, á este tu siervo, que espera en ti. Ten misericordia de mí, Señor, porque á ti clamé todo el día. Alegra el ánima de tu siervo, porque á ti, Señor, la levanté. Porque tú, Señor, eres suave y manso y de mucha misericordia para todos los que te llaman. Recibe, Señor, en tus oídos mi oración, y atiende á la voz de mi suplicación. En el día de mi tribulación clamé á ti, porque me oíste. No hay quien entre los dioses sea semejante á ti, Señor. No hay quien haga las obras que tú haces. Todas las gentes que heciste, vendrán, y adorarán delante de ti, Señor, y sanctificarán tu sancto nombre. Porque grande eres tú, y obrador de maravillas. Tú solo eres Dios. Guíame, Señor, por tu camino, y ande yo en tu verdad: alégrese mi corazón, para que tema tu sancto nombre. Alabarte he, Señor Dios mío, de todo mi corazón, y tu nombre para siempre glorificaré en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén. Pater noster. Ave María.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

para decir luego por la mañana, en la cual propuestos los títulos y obligaciones grandes que el hombre tiene para con Dios, hace húmilmente lo que es de su parte, que es darle gracias por sus beneficios, y ofrecerse á él, y pedirle su gracia.

Dios, Dios mío, á vos velo yo por la mañana, dice el sancto rey David en un Psalmo. Y luego más abajo: Acordéme yo (dice él) Señor, de vos, estando en mi cama: y en la mañana pensaré en vos, porque habéis sido mi ayudador. Pues yo también, Señor Dios mío, con este sancto Rey quiero luego por la mañana velar á vos. Éste sea el primero de mis negocios

y el primero de mis cuidados, pues ésta es la mayor de todas mis obligaciones y el fin para que fuí criado, y para que todas las cosas fueron criadas, que es, para alabar, y glorificar, y engrandecer vuestro sancto nombre. Porque vos, Señor, sois principio y fin de todas las cosas, y principio sin principio, y fin sin fin. Porque así como nadie las pudo criar sino vos, así para nadie pudierón ser criadas sino para vos, esto es, para que todas ellas os sirviesen y alabasen, y todas predicasen vuestra gloria. Vos sois universal dador de todos los bienes, pues ningún bien hay de naturaleza, ni de gracia, ni de cuerpo, ni de ánima, que originalmente no mane de vos, que sois fuente universal de todos los bienes. Vos sois piélago de todas las perfecciones, abismo de todas las grandezas, mar de infinita bondad y misericordia, retablo de incomprehensible hermosura. Vos sois Dios de los dioses, Sancto de los sanctos, Rey de los reyes, Señor de los señores, causa de las causas, ser de los seres, vida de los vivientes, orden del universo, hermosura del mundo y gloria del cielo.

Vos sois mi criador, que de nada me hecistes á vuestra imagen y semejanza: vos mi conservador, que siempre me estáis conservando, para que no me torne á la misma nada: vos mi sanctificador, que me levantáis á otro más alto ser por gracia: y vos mi glorificador, que me criastes para otro ser aún más alto, que es el de la gloria. Vos para esto sois mi despertador, mi ayudador, mi defensor, mi preservador, mi pastor, mi bienhechor, mi rey, mi señor, y mi padre, esposo y centro de mi ánima, y mi último fin, en quien solo está toda mi felicidad y bienaventuranza y la última perfección de toda mi vida. Todo esto me sois, Señor, en cuanto Dios.

Mas en cuanto hombre, vos sois mi redemptor, mi salvador, mi librador, y (como dice vuestro Apóstol) vos sois mi sabiduría, mi justicia, mi sanctificación, mi redempción, mi sacrificio, mi cordero, mi sacerdote, mi abogado, mi intercesor, mi pastor, mi maestro, mi ejemplo, mi esfuerzo, mi consuelo y médico universal de todos mis males, pues vos curastes mi soberbia con vuestra humildad, mi avaricia con vuestra pobreza, mis deleites con vuestros dolores, mi ira con vuestra mansedumbre, mi invidia con vuestra caridad, mi gula con la hiel y vinagre que bebistes por mí, y mi pereza con los trabajos inmensos que pasastes por mí. Por mí ayunastes, y caminastes, y sudastes, y velastes, y orastes, y

llorastes, y fuistes desterrado, perseguido, escupido, deshonrado, azotado, coronado, crucificado y afligido sobre todos los hombres del mundo.

Todas estas cosas, Señor mío, son beneficios vuestros, y títulos por donde me tenéis obligado, y derechos por donde soy todo vuestro, y vínculos con que me tenéis cativo y preso. Pues ¿qué os podré yo, Señor mío, dar por todos estos beneficios? ¿Con qué os podré servir tantas y tan grandes mercedes? Porque es cierto que si yo tuviera todos los corazones de los hombres, y con todos ellos os amara, no pudiera satisfacer por sola una destas obligaciones. Pues ¿cómo podré, Dios mío, con tantas, ó cómo os negaré un solo corazón que tengo, por todas, debiéndoos tantos por cada una? Pues ¿qué haré, Dios mío, qué haré? No puedo más hacer que daros infinitas gracias por la muchedumbre destos beneficios, y pedir á todas las criaturas del cielo y de la tierra que ellas me ayuden á alabaros y daros las gracias que yo por mí solo no os puedo dignamente dar, y así las llamo con aquel Cántico que os cantaron aquellos sanctos tres mancebos en el horno de Babilonia, diciendo así:

Bendecid todas las obras del Señor al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Bendecid, ángeles del Señor al Señor, alabadlo y ensalzaldo en todos los siglos. Cielos, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzaldo en todos los siglos. Aguas que estáis sobre los cielos, bendecid al Señor: alabad, &c. Fuego y estío, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Frío y verano, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todo los siglos. Rocío y heladas, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Desta manera puede acabar todo este Cántico.

Y no sólo os debo todas estas bendiciones y alabanzas, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos. Compra en Guinea un hombre á otro hombre, á veces por un bonete colorado, y aquel hombre así comprado por tan bajo precio queda tan cativo del que lo compró, que no es señor ni de una hora de tiempo, ni de un maravedí que sea suyo. Y cuando quiere, lo hace estar encerrado en una casa, y aun metido de pies en un cepo: y si es menester, allí lo azota, y lo pringa, y hace todo cuanto quiere dél. Pues si yo, Señor Dios mío, por tantos títulos soy vuestro, vuestro porque me criastes, y vuestro porque con

vuestra misma sangre me rescatastes, y vuestro porque todos los puntos y momentos de la vida continuamente me estáis conservando (de tal manera que no abro la boca, ni meneo la lengua, ni puedo bullir pie ni mano sin vos) si por tantos títulos, Señor mío, soy vuestro, ¿cómo me podré yo eximir de vuestro servicio? ¿Cómo os negaré vuestra hacienda? ¿Cómo podré yo ser señor de mí para vivir á mi voluntad, siendo por tantos títulos vuestro? Por tanto, Señor Dios mío, reconociendo húmilmente esta tan grande obligación, dende aquí me entrego y ofrezco por vuestro perpetuo esclavo, y así os ofrezco todas las cosas que en este día y toda la vida pensare, hiciere, dijere y padesciere: el comer, el beber, el dormir, con todo lo demás, que todo ello sea para vuestra gloria y alabanza. Y sobre todo ello ofrezco á mí mismo para no ser ya más mío sino vuestro, ni vivir ya más para mí, ni trabajar para mí, ni buscarme á mí, sino en todo y por todo procurar vuestro servicio y el beneplácito de vuestra divina voluntad, de tal manera que todas cuantas veces lo contrario hiciere, entienda que soy ladrón y usurpador de lo ajeno, pues hurté el servicio y obediencia que á vos, mi Dios, por todos estos títulos tan justamente os debía.

Mas porque yo no puedo cumplir con esta tan grande deuda sin vuestra gracia, pídoos, Señor mío, que me ayudéis á esto, y criéis en mí un corazón nuevo, el cual ninguna hora tenga por suya que no la emplee en vuestro amor, y una voluntad nueva que no quiera otra cosa más que cumplir la vuestra, y un entendimiento y memoria que nunca se olvide de vos. Dadme también. Señor, freno para regir mi lengua, guarda para mis ojos, limpieza para mi corazón, rigor para con mi carne, y mortificación para todos mis apetitos y proprias voluntades. Dadme profundísima humildad de corazón, paciencia, obediencia, mansedumbre, pureza de intención, verdadera discreción, pobreza de espíritu, celo de vuestra honra, amor y sufrimiento para con mis prójimos, y compasión entrañable de sus trabajos. Vos que vivís y reináis, &c.

Aviso acerca desta oración.

Esta oración, cristiano lector, no es necesario que se rece siempre así palabra por palabra como está, sino debe el hombre entender las partes y las fuerzas della, y platicarlas en su corazón con las palabras que su devoción le administrare. Porque desta manera la hallará de cada vez más nueva, y así despertará nuevos afectos y devoción en su corazón con ella. Para lo cual advierta que el fundamento desta oración es la consideración de aquellos títulos y beneficios por los cuales estamos tan obligados á nuestro Señor. Los cuales debe el hombre profundamente considerar, cuando los pasa por la memoria, para que así se mueva el corazón al amor y servicio de un Señor á quien tantas obligaciones tiene. Las cuales si el hombre llegase á penetrar como ellas son, verse hía cercado de tan grandes beneficios y cadenas, que sabría muy bien proseguir luego las otras tres partes que se siguen, que son, hacimiento de gracias, ofrescimiento y petición. Lo cual se puede extender mucho más de lo que aquí está, descendiendo á pedir en particular todas las cosas que hubiéremos menester para nos y para todos nuestros prójimos: y después al cabo nos podemos detener cuanto quisiéremos en la última petición, que es el amor de Dios, la cual es la más devota, más dulce y más provechosa de todas.

Y tanto es este aviso más necesario, cuanto esta oración es para luego como el hombre se levanta, que muchas veces es antes del día. Y platicando este ejercicio mentalmente, no será menester buscar lumbre para rezar, sino á escuras podrá el hombre con mayor recogimiento proceder por los pasos deste ejercicio. Y rezando aquel Cántico de los tres mozos, advierta que á cada medio verso se repite en la Escritura divina aquella palabra, Alabadlo y ensalzaldo en todos los siglos: la cual palabra es de grande virtud y devoción para el corazón que sabe qué cosa es amar á Dios. De manera que cuasi cuantas veces se repite, tantas saetas traspasan el corazón. Y si no quisiere acabar todo el Cántico, basta llegar á la mitad. Y si más aun quisiere de lo que ahí está, vaya por todos los coros de los ángeles, y de los pa-

triarcas y profetas, apóstoles y evangelistas, mártires y confesores, vírgines y viudas, y á todos pida que le ayuden á alabar y á glorificar al común Señor.

Oración para pedir al Señor perdón de los pecados.

Oh Padre todo poderoso, todo piadoso y misericordioso, yo miserable pecador, derribado ante tus pies confieso mis grandes culpas, con las cuales ofendí á ti, mi benignísimo Padre. Confieso también mi gran desagradescimiento á tus infinitos beneficios, que es, á tanto amor y benignidad como comigo usaste, esperándome tanto tiempo á penitencia, y no echándome en los infiernos, como lo merescía mi malicia, sino antes provocándome y convidándome con tu gracia. ¡Oh cuántas veces, Señor mío, llamaste á las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones! ¡Cuántas veces me provocaste con beneficios! ¡Cuántas me halagaste con regalos! ¡Cuántas me heriste con azotes! Pero con todo esto te despedí de mí, y te volví las espaldas, sufriéndome tú todavía con inefable paciencia. ¡Oh cuán justamente me pudieras, Señor, haber echado en el abismo de los infiernos, y por tu sola clemencia detuviste el ímpeto de la ira que yo tenía tan merescida! Maravilla es por cierto, oh Padre dulcísimo, cómo mi corazón no revienta de dolor, cuando tales cosas considero. Indigno soy de llamarme tu criatura, y de que la tierra me sustente y me dé con qué viva. Maravilla es cómo no han tomado de mí venganza todas las criaturas por las injurias y desacatos que he cometido contra ti. Pero ya, Padre misericordioso, ten misericordia de mí, y ábreme las entrañas de tu infinita piedad. Perdóname porque tanto dilaté volverme á ti. Descúbreme ese benignísimo pecho de padre, y dame el mantenimiento que sueles dar á tus hijos. Suplícote, Señor, obres agora en mí eso para que tanto tiempo me esperaste. Claramente, Señor, confieso que soy el más vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene: mas con todo esto confío en tu bondad. Porque dado que mis pecados no tengan cuento, tampoco lo tiene la muchedumbre de tus misericordias. Oh Padre amantísimo, si tú quieres, puedes alimpiarme. Sáname, Señor, y seré sano, pues claramente con-

fieso que pequé contra ti. Acuérdate de la palabra de tanta consolación que pronunciaste por uno de tus profetas, cuando dijiste: Tú fornicaste con muchos enamorados: pero vuélvete á mí, que yo te recibiré. Por lo cual, Padre piadoso, confiado en esta promesa, de todo corazón me vuelvo á ti, como si á mí solo hubieras llamado, y á mí solo convidaras con esta voz tan amorosa. Porque yo soy aquella miserable y desleal criatura, aquel hijo pródigo y desperdiciado que me alejé de ti, padre de las lumbres, de quien todos los bienes descienden, y como oveja modorra me perdí de tu rebaño, destruyendo tan largas mercedes como me habías concedido. Dejéte, fuente de aguas vivas, y fuíme á beber á los pozos salobres de amargas consolaciones, que súbitamente se agotan, pues es cierto que todos los sensuales deleites más presto que el humo desaparecen. Dejéte, pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos, siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparéte, sumo y perfectísimo bien, y fuíme tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos me perdí. Mas agora, Padre mío, suplícote quieras olvidarte de los deservicios que te hice, no por la penitencia que yo he hecho, sino por la que tu unigénito Hijo hizo por mí.

Y tú, oh dulcísimo Hijo, Salvador y Señor mío, ten misericordia de mí. En tu divina clemencia, y en tu benigna gracia, y en las sacratísimas llagas que por mí recibiste, descargo todas mis maldades, todo mi desagradescimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desvergüenzas, mis atrevimientos, con todos los otros males que cometí contra ti. Tú eres toda mi esperanza y todo mi amparo y esfuerzo. Cuanto me turban mis pecados, tanto me alegra y esfuerza tu bondad y los merescimientos de tu pasión. Porque todo cuanto yo por mi culpa hice, por tu muerte fué deshecho, y todo cuanto á mi falta, sobra al valor de tu pasión. Y dado que mis pecados sean grandes y innumerables, pero muy pequeños y pocos son comparados con tu misericordia. Por lo cual confío en tu bondad que no dejarás perecer á quien criaste á tu imagen y semejanza, y por quien te heciste consorte de nuestra misma naturaleza, nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente, espero que no seré de ti condenado, pues con tantos trabajos y por tan caro precio me redemiste. Tú que vives y reinas, &c.

Oración para dar al Señor gracias por los beneficios recibidos.

Gracias te doy, dulce Jesú, porque me criaste á tu imagen y semejanza, por este cuerpo que me diste con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias, para que con ellas te conociese y amase. Dame, Señor, gracia para que de tal manera sirva yo á ti, mi criador y padre celestial, que muertas todas mis pasiones y viciosas aficiones, vuelva á reformar en mí esta imagen que tú criaste, y hacerme semejante á ti por inocencia de vida.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación, porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, y porque para esta misma conservación criaste cuantas cosas hay en este mundo, el cielo, la tierra, la mar, el sol, la luna, las estrellas, los animales, los pesces, las aves, los árboles, y finalmente todas las otras criaturas, de las cuales unas heciste para mantenerme, otras para curarme, otras para recrearme, otras para enseñarme y otras también para castigarme. Suplícote, Señor, me concedas que sepa yo usar como debo de todas estas cosas, y aprovecharme dellas para lo que tú las criaste, esto es, para que por ellas venga en conoscimiento de ti, mi verdadero Dios y Señor, y por ellas se encienda mi corazón en admiración y amor de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, por el beneficio de la redempción, que es, por aquella incomprehensible bondad y misericordia que comigo usaste, y por aquella ardentísima caridad con que me redemiste, descendiendo á la tierra para llevarnos al cielo, haciéndote hombre para hacernos dioses, y padesciendo cruel muerte por darnos vida verdadera. Gracias te doy por la humildad de la encarnación, por la pobreza del nascimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, y por la pobreza y humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padeciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oración del huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios

y vituperios, por la hiel y vinagre, por los clavos, por la muerte y por la cruz, pues todo esto padeciste y ordenaste para mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesú, que dende el nascimiento y principio de mi vida me recibiste en el gremio de tu Iglesia, y me criaste en la fe católica, y me heciste cristiano, y sustentaste y conservaste mi ánima y mi cuerpo hasta el día presente. Plega á tu piedad que tú solo seas manjar sabroso de mi corazón, y de ti solo, fuente de vida, tenga siempre sed mi ánima, hasta que acabado el curso desta peregrinación, goce en tu bienaventuranza de aquel abundantísimo río de deleites que corre de ti, fuente de vida.

Gracias te doy, dulce Jesú, que hasta el tiempo presente, sin sentirlo yo, me has librado de muchos y grandes peligros así del cuerpo como del ánima, meresciendo yo por mis grandes y continuas maldades ser muchas veces de ti desamparado.

Gracias te doy porque estando yo durmiendo en el sucísimo muladar de mis vicios, me sufriste con tanta paciencia, y me esperaste á penitencia, ofendiéndote yo tantas veces, y resistiendo á tus sanctas inspiraciones. Concédeme, Señor, que de aquí adelante te siga con humilde afición, y con toda presteza y obediencia abrace tus sanctas inspiraciones, y despida de mi corazón el amor de todas las cosas visibles, para que todo entero se emplee en ti, sin nunca jamás apartarse de ti.

Gracias te doy, Señor, sobre todos estos beneficios, porque ordenaste para mi remedio tales y tan maravillosos sacramentos, porque me visitas con tantas inspiraciones, y por la bienaventuranza de la gloria que me tienes aparejada, si yo por mi grande culpa no me hiciere indigno della.

Éstos son, Señor mío, los comunes beneficios que yo sé: otros muchos habrá que yo no sé, por los cuales no debo menores gracias que por los pasados, sino tanto mayores cuanto más en esto se conoce la grandeza de tu bondad, pues al tiempo que yo dormía, velabas tú para defenderme de mil peligros y hacerme muchas mercedes. Por lo cual, así como tengo razón para pedirte perdón no sólo de los pecados sabidos, sino también de los no sabidos, así también la tengo para darte cuantas gracias te puedo dar, no sólo por los beneficios que yo sé, sino también por los que no sé, y así te adoro, alabo y bendigo por todos ellos. Dame pues, Señor, que de tal manera use yo de todos estos beneficios, que no

me sean ocasión de soberbia ó negligencia, sino de mayor humildad, agradescimiento y deseos de tu servicio. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN

en la cual ofrece el hombre los trabajos y méritos de Cristo Nuestro Salvador para pedir mercedes por ellos.

QUÉ daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? ¿Con qué le serviré tantos beneficios? ¿Qué le ofreceré por tantas misericordias? ¡Oh cuán mal he respondido á tan largo y tan piadoso bienhechor! Porque siempre fuí desagradescido á tus beneficios, siempre puse impedimento á tus inspiraciones, añadiendo culpas á culpas y pecados á pecados. Confieso, Señor, que no merezco nombre de hijo, mas todavía te reconozco por padre. Porque tú eres verdaderamente mi padre y toda mi confianza, tú eres fuente de misericordia, que no desechas á los sucios que corren á ti, sino antes los lavas y recreas. Pues ves aquí, oh suave socorro mío, cómo yo el más pobre de todas las criaturas vengo á ti, sin traer otra cosa comigo más que la carga de mis pecados. Húmilmente me derribo á los pies de tu piedad, húmilmente pido tu misericordia. Perdóname, esperanza mía certísima, y sálvame por tu infinita clemencia.

Dulce Jesú, en remisión de todos mis pecados te ofrezco aquella espantable caridad por la cual tú, Dios de infinita majestad, no te desdeñaste hacer hombre por nosotros, y vivir en este mundo treinta y tres años con muchos trabajos, tristezas, persecuciones, contradiciones, cansancios y fatigas. Ofrézcote aquella congoja mortal, aquel sudor de sangre, aquella agonía que orando en el huerto al Padre, hincadas las rodillas, tu piadoso corazón afligía. Ofrézcote aquel ardiente deseo que de padecer tenías, cuando tan de voluntad te entregaste á tus enemigos, y te ofreciste por nosotros en sacrificio. Ofrézcote las prisiones, los azotes, los denuestos, las injurias, las blasfemias, las bofetadas, los pescozones, las salivas de las torpes bocas de tus enemigos, con todos los otros linajes de tormentos que en la casa de Anás y Caifás toda aquella noche dolorosa por nuestra causa padecis-

te. Todas estas cosas te ofrezco, rogando á tu piedad sin medida que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Ofrézcote también aquella inefable humildad y paciencia que tuviste cuando te coronaban con espinas, y para mayor escarnio te vistieron una ropa colorada, y burlando te saludaban y escupían y herían con la caña que en la mano tenías. Ofrézcote aquel cansancio doloroso de tu sacratísimo cuerpo, aquellos tan cansados pasos y aquella tan pesada carga de la cruz que en tus delicados y fatigados hombros llevabas. Ofrézcote aquel sudor y sed que en la cruz padeciste, con otras muchas penas que con mansísimo corazón sufriste. Todo esto te ofrezco con las gracias que yo te puedo dar, rogando á tu piedad inmensa que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesú, por todas mis maldades te ofrezco los crudelísimos dolores que sufriste, cuando quitándote la vestidura que estaba pegada á las espaldas, se renovaron las llagas de tus azotes, cuando se enclavaron tus pies y manos en el sancto madero, cuando se descoyuntaban tus miembros, cuando tu preciosa sangre (como arroyo de sus fuentes) corría de tus heridas. Ofrézcote cada gota desa sangre preciosa, ofrézcote aquella benignidad y mansedumbre con que sufriste la contradición y vituperios de aquellos malvados que meneando sus cabezas te escarnecían, excusándolos tú benignamente, y rogando por ellos. Ofrézcote también aquellos incomprehensibles tormentos que sufriste, cuando dejado de todas partes á la fuerza de las angustias, y desamparado de todo consuelo, dolorosamente estabas colgado en la cruz entre dos ladrones. Ofrézcote la gran sed que allí padeciste, y aquella humildad y reverencia con que inclinada la cabeza al Padre, le encomendaste tu espíritu. Ofrézcote aquella piadosa y saludable sangre que de tu costado herido y alanceado salió en tanta abundancia. Todo esto te ofrezco junto con las gracias que yo te puedo dar, suplicándote por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén.

ORACIÓN Á DIOS Y Á TODOS LOS SANCTOS

para pedir todo lo que es necesario así para nos como para nuestros prójimos.

PADRE benignísimo, Padre piadoso y misericordioso, habe misericordia de mí. Yo por todos mis pecados y por los de todo el mundo te ofrezco la vida, la pasión y la muerte de tu unigénito Hijo, Ofrézcote cuanto en este mundo hizo y padeció por nuestra causa. Ofrézcote los merescimientos de su dulcísima madre y de todos los sanctos, para que por todos ellos me perdones, y hayas misericordia de mí, y me des la vida eterna.

Piadoso Jesú, redemptor y señor mío, habe misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias, y por las mercedes sin cuento que á mí indigno has hecho y haces cada día. Ruégote, piadoso Señor, me quieras hacer particionero de tus merescimientos, para que encorporado en ti y hecho una cosa contigo por amor y imitación de tu vida sanctísima, merezca yo gozar de ti como el sarmiento de la vid, pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles.

Espíritu Sancto consolador, ayúdame, Dios y Señor mío. Á ti encomiendo mi ánima y mi cuerpo y todas mis cosas. En tus manos pongo el proceso y fin de toda mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio, haciendo verdadera penitencia de mis pecados antes que parta deste cuerpo mortal. Yo ciego y enfermo mientra en este mundo vivo, fácilmente cayo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro, y fácilmente soy engañado. Por esto me entrego á ti, y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, Señor, á este pobre siervo tuyo de todos los males. Enseña y alumbra mi entendimiento, gobierna mi ánima, rige mi cuerpo, fortalece mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazón. Dame cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dame que con suavidad te ame, y que en todo lugar y tiempo cumpla tu sancta voluntad.

Adoro, reverencio, glorifico á ti, Sancta Trinidad, Dios todo poderoso, Padre, Hijo, Espíritu Sancto. Ante tu divina Ma-

jestad del todo me derribo, y á tu sanctísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, aparta de mí y de todos los fieles todo lo que te desagrada, y concédenos todo aquello que contenta á tus beatísimos ojos, y haz que seamos tales, cuales quieres que seamos. Encomiéndote á mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares, y á todos aquéllos por quien debo rogarte. Encomiéndote á toda tu Iglesia. Haz que todos, Señor, te sirvan, todos te conozcan, todos te amen y se amen entre sí. Á los errados vuelve al camino, apaga las herejías, y convierte á la fe á todos los que aún no tienen conocimiento de tu sancto nombre. Danos paz, y consérvanos en ella, así como tú lo quieres y á nosotros conviene. Recrea y consuela á todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y aflicciones espirituales y corporales. Finalmente, debajo de tu fiel amparo encomiendo todas tus criaturas, para que á los vivos concedas gracia, y á los muertos eterno descanso.

Salúdote, resplandeciente lirio de la hermosa y sosegada primavera, virgen sacratísima María. Salúdote, olorosísima violeta de suavidad divina. Salúdote, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nascer y mamar leche el rey de los cielos Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia. Alcánzame, Señora mía, de la mano de tu hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi ánima. Ayuda, piadosa madre, á mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades y en la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro en aquel grande y postrero trabajo.

Oh bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodía á una voz glorificáis un común Señor, y gozáis siempre de sus deleites, habed misericordia de mí. Y principalmente tú, sancto ángel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, á quien especialmente soy encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado. Oh sanctos y sanctas de Dios, que después de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo, y salidos deste destierro, llegastes al puerto de la Ciudad celestial, sed mis medianeros y abogados, y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merecimientos y oraciones sea yo favorescido agora y en la hora postrera de mi muerte. Amén.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

para pedir todas las virtudes.

Todo poderoso y misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables á vuestra divina voluntad, ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca, y perfectamente las cumpla para gloria y honra de vuestro sancto nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida, y lo que me pedís que haga, dadme luz para que lo entienda, y fuerzas para que lo obre así como conviene para la salud de mi ánima. Séame, Señor, el camino para vos seguro, derecho y perfecto, y tal, que entre las prosperidades y adversidades desta vida no desfallezca, para que en las prosperidades os alabe, y en las adversidades no desmaye, y ni me ensoberbezca en las unas, ni desconfíe en las otras. De ninguna cosa tenga tristeza ni alegría, sino de lo que me llegare á vos, ó me apartare de vos. Á nadie desee más contentar que á vos, ni tema descontentar á otro más que á vos. Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de vos, y muy caras y preciosas todas las vuestras, y vos, Dios mío, sobre todas ellas. Déme, Señor, en rostro todo gozo sin vos, y no desee alguna cosa fuera de vos. Séame deleitoso cualquier trabajo por vos, y enojoso cualquier descanso que tomare sin vos. Dadme que á menudo levante á vos mi corazón, y si alguna vez á esto faltare, recompense esta falta con pesarme della y proponer de emendarla. Hacedme, Señor Dios mío, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaescimiento, maduro sin pesadumbre, prompto para vuestro servicio sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación, y confiado sin presumpción. Dadme que avise yo al prójimo sin fingimiento, que le edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca á los mayores sin contradición, y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración. Dadme, dulcísimo Dios mío, un corazón velador que ningún pensamiento lo aparte de vos, un corazón noble que ningún bajo deseo lo cative, un corazón valeroso que ningún trabajo lo quebrante, un corazón libre que ningún

poder lo fuerze, y un corazón derecho que ninguna mala intención lo pueda doblar. Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, vida que siempre os agrade, y perseverancia que confiadamente os abrace. Dadme que merezca yo ser enclavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria. Amén.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANCTO

Oh Espíritu Sancto consolador, que en el día sancto de Pentecostés descendiste sobre los Apóstoles, y hinchiste aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría: suplícote, Señor, por esta inefable largueza y misericordia hinchas mi ánima de tu gracia, y todas mis entrañas de la dulzura inefable de tu amor. Ven, oh Espíritu Sanctísimo, y envíanos dende el cielo un rayo de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres, ven, dador de las lumbres, y lumbre de los corazones. Ven, consolador muy bueno, dulce esposo de las ánimas y dulce refrigerio dellas. Ven á mí, limpieza de los pecados y medicina de las enfermedades. Ven, fortaleza de flacos y remedio de caídos. Ven, maestro de los humildes y destruidor de los soberbios. Ven, singular gloria de los que viven, y salud única de los que mueren. Ven, Dios mío, y aparéjame para ti con la riqueza de tus dones y misericordias. Embriágame con el don de la sabiduría, alúmbrame con el don del entendimiento, rígeme con el don del consejo, confírmame con el don de la fortaleza, enséñame con el don de la sciencia, hiéreme con el don de la piedad, y traspasa mi corazón con el don del temor.

Oh dulcísimo amador de los limpios de corazón, enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo y preciosísimo fuego de tu amor, para que todas ellas así abrasadas sean arrebatadas y llevadas á ti, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes. Oh dulcísimo amador de las ánimas limpias, pues tú sabes, Señor, que yo de mí ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí, y hazme salir de mí, para que así pueda pasar á ti. Y para esto, Señor, derriba, mortifica, anihila y deshaz

en mí todo lo que quisieres, para que del todo me hagas á tu voluntad, y así toda mi vida sea un sacrificio perfecto que todo se abrase en el fuego de tu amor. ¡Oh quién me diese que á tan grande bien me quisieses admitir! Mira que á ti sospira esta pobre y miserable criatura tuya día y noche. Tuvo sed mi ánima de Dios vivo, ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de todas las gracias? ¿Cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable, hasta la casa de mi Dios? ¿Cuándo me hinchirás de alegría con tu rostro? ¿Cuándo me veré harto con tu gloriosa presencia? ¿Cuándo por ti seré librado de la tentación, y en ti traspasaré el muro desta mortalidad? Oh fuente de resplandores eternos, vuélveme, Señor, á aquel abismo de donde procedí, donde te conozca de la manera que me conosciste, y te ame como me amaste, y te vea para siempre en compañía de todos los escogidos. Amén.

ORACIÓN PARA MIENTRA SE DICE LA MISA

en la cual se ofrece al padre la muerte de su hijo, tomada de muchas palabras de S. Augustín.

Clementísimo y soberano Criador del cielo y de la tierra, yo el más vil de todos los pecadores juntamente con la Iglesia te ofrezco este preciosísimo sacrificio (que es tu unigénito Hijo) por todos los pecados que yo he hecho, y por todos los beneficios que de ti he recibido. Mira, clementísimo Rey, al que padece, y acuérdate benignamente por quién padece. ¿Por ventura no es éste, Señor, el Hijo que entregaste á la muerte por remedio del siervo desagradecido? ¿Por ventura no es éste el autor de la vida, el cual llevado como oveja al matadero, no rehusó padescer un tan crudelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mío, los ojos de tu majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira al dulce Hijo extendido en un madero, y sus manos inocentes corriendo sangre, y ten por bien de perdonar las maldades que cometieron las mías. Considera su pecho desnudo y herido con el cruel hierro de la lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos sacratísimos pies (que nunca estuvieron en el camino de los pecadores) atravesados con duros clavos, y ten por bien de enderezar los míos

en el camino de tus sanctos mandamientos. Ruégote, Rey de los sanctos, por este Sancto de los sanctos, por este Redemptor mío, que sea yo ayuntado con él en espíritu, pues él no tuvo asco de juntarse comigo por carne. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaescida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada y caída con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redemido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están estiradas sus entrañas secas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su Real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus atravesados pies los arroyos de su sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros despedazados del amantísimo Hijo, y acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona la culpa del redemido. Éste es nuestro fiel abogado delante de ti, Padre todo poderoso. Éste es aquel sumo pontífice que no tiene necesidad de ser sanctificado con sangre ajena, pues él resplandece rociado con la suya propria. Éste es el sacrificio sancto, agradable y perfecto, ofrecido y aceptado en olor de suavidad. Éste es el cordero sin mancilla, enmudecido ante los que le trasquilaban, el cual herido con azotes, afeado con salivas y injuriado con oprobrios, no abrió su boca Éste es el que no habiendo hecho pecados, padesció por nuestros pecados, y sanó nuestras heridas con las suyas.

Pues ¿qué heciste tú, oh dulcísimo Señor, por que así fueses juzgado? ¿Qué cometiste, inocentísimo Cordero, por que así fueses tratado? ¿Qué fueron tus culpas, y cuál la causa de tu condenación? Verdaderamente, Señor, yo soy la llaga de tu dolor, yo la ocasión de tu muerte, y yo la causa de tu condenación. ¡Oh maravillosa dispensación de Dios! ¡Peca el malo, y es castigado el bueno! ¡Ofende el reo, y es herido el inocente, y lo que comete el siervo, paga el Señor! ¡Hasta dónde, oh Hijo de Dios, hasta dónde descendió tu humildad! ¡Hasta dónde se extendió tu caridad! ¡Hasta dónde procedió tu amor! ¡Hasta dónde llegó tu compasión! Yo cometí la maldad, y tú sufres el castigo: yo hice los pecados, y tú te subjectas á los tormentos: yo me ensoberbecí, y tú eres humillado: yo fuí el desobediente, y tú hecho obediente hasta la muerte pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey

de gloria, cata aquí tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad.

Mira pues agora, Padre Eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrescido la más preciosa ofrenda que se te podía ofrecer. Hete presentado á tu amantísimo Hijo, y puesto entre ti y mí este fiel abogado. Recibe con serenos ojos al buen Pastor, y mira la oveja descarriada que él te trae sobre sus hombros. Ruégote, piadoso Padre, que por esta oración le merezca yo tener por ayudador, pues de gracia (sin que yo te lo mereciese) me lo diste por redentor.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN, QUE TAMBIÉN SE PUEDE DECIR EN EL MISMO TIEMPO DE LA MISA, Ó EN CUALQUIER OTRO

ADORO, alabo y glorifícote, Señor Jesucristo, bendígote y doite gracias, Hijo de Dios vivo, porque tus dignísimos miembros quisiste que por mi remedio fuesen en tantas maneras afligidos y lastimados. Yo los saludo á todos uno por uno, por tu honra y amor. Salúdoos, pies de mi Señor, por mí cansados, afligidos y con duros clavos traspasados. Salúdoos, venerables rodillas, que tantas veces por mí en la tierra os hincastes y tantas veces cansastes en caminar. Salúdote, pecho florido y por mí con cardenales y heridas afeado. Salúdote, costado sacratísimo, que fuiste por mí con lanza herido y traspasado. Salúdote, corazón amabilísimo, suavísimo y piadosísimo, por mí rompido y alanceado. Salúdoos, espaldas, por mí con azotes rasgadas y ensangrentadas. Salúdoos, dulcísimos y carísimos brazos, por mí en la cruz tendidos y estirados. Salúdoos, delicadas manos, cruelmente por mí con duros clavos heridas y traspasadas. Salúdoos, hermosísimos hombros, por mí con el peso de la cruz molidos y quebrantados. Salúdote, boca y garganta suavísima, por mí con vinagre y hiel amargada. Salúdoos, benignísimos oídos, por mí ofendidos con injurias y afrentas. Salúdoos, bienaventurados ojos, llovidos de lágrimas por mis pecados. Salúdote, venerable cabeza, por mí coronada con espinas, llagada con heridas, y con la caña lastimada. Clementísimo Jesú, saludo todo tu precioso cuerpo, por mí azotado, despedazado, crucificado, muerto y sepul-

tado. Salúdote, sangre preciosa, por mí ofrecida y derramada. Salúdote, nobilísima ánima, por mí entristecida y angustiada. Amabilísimo Señor, ruégote por tus sanctísimos miembros que sanctifiques los míos y laves todas las mancillas que yo les pegué, usando mal de todos ellos. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén.

SÍGUENSE SIETE MUY DEVOTAS ORACIONES
Á LA SACRATÍSIMA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

y en las tres primeras se pone un devoto memorial de su vida sanctísima. Y podrá repartir el hombre estas siete oraciones por los días de la semana, para que cada día se renueve su devoción con nuevas oraciones.

ORACIÓN PRIMERA

DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, suavísima Virgen María, á quien Dios escogió por madre suya antes de todos los siglos. Tú eres aquella bienaventurada hembra de quien el Rey del cielo y de la tierra quiso tomar carne, para redimir el linaje humano. Tú eres aquella piadosa medianera entre Dios y los hombres, por la cual se juntó el cielo con la tierra, y las cosas altas con las bajas. Tú eres guía de nuestra vida, puerta de la divina gracia, y tú puerto deste siglo tempestuoso. Alcánzame, Señora, perdón de mis pecados y gracia para que con todo cuidado honre y ame á tu Hijo mi Salvador, y á ti, Madre de misericordia.

Dios te salve, Virgen suave, á quien los Padres antiguos desearon con entrañables deseos, y representaron con diversas figuras, y prometieron con muchas profecías y revelaciones. Recíbeme, Señora, por tu siervo, prohíjame, Madre de gracia, y concédeme que sea yo del número de los que amas y tienes escritos en tu pecho virginal, á los cuales enseñas, enderezas y defiendes en todas las cosas.

Dios te salve, Virgen suave, á quien Dios hermoseó maravillosamente en el vientre de tu madre, y adornó de todas las perfecciones y gracias. Oh Virgen clarísima, Virgen resplandeciente, Virgen purísima, escogida entre millares, no me deseches, Señora, aunque sea el que tú sabes que soy, sino oye al miserable que te llama, consuela al pobre que te busca, y ayuda al que tiene puesta en ti su esperanza.

Dios te salve, María suave, cuyo nascimiento, esperado en tantos siglos y deseado de tantas gentes, alegró el mundo con nueva luz y nuevo gozo. Oh Virgen inocentísima, hazme de verdad inocente, y deshaz todo lo que en mí desagrada á tus limpísimos ojos. Habe misericordia de mí, pues dende tu niñez por todas las edades creció contigo la misericordia.

Dios te salve, María suave, en quien Dios derramó toda hermosura corporal y toda gracia espiritual, con la cual te hizo amable á todas las gentes. Oh elegantísima y bellísima Virgen, atavía, Señora (yo te suplico) mi ánima con ornamentos espirituales, planta en mi corazón vivas aficiones de pureza y castidad, para que así te agrade yo en todas las cosas, y sea verdadero imitador y siervo tuyo.

Dios te salve, María suave, á quien tus sanctísimos padres trajeron al templo, y presentaron al Señor, y ofrecieron á su servicio: donde heciste vida de ángel, en todo piadosa, en todo mansa, en todo suave, en todo agradable al Señor. Concédeme que sienta yo en mí el olor de tu sanctísima conversación, para que cuanto en mí fuere, á nadie sea pesado, á nadie escandalice, á nadie ofenda, mas á todos consuele, á todos provoque al amor de Dios y desprecio del siglo.

Dios te salve, María suave, alférez y virgen de las vírgines, que consagrándote toda para Dios, heciste voto de virginidad con alegre y determinada voluntad. Tú eres perfecto dechado de perfecta castidad y pureza, cuya sanctísima y castísima conversación penetraba los corazones de los que te miraban, con una lumbre celestial, y criaba en ellos amor de limpieza y castidad. Alcánzame, Señora, verdadera limpieza del ánima y del cuerpo, de tal manera que ninguna fealdad me ensucie, ningún vicio me posea y á ningunos deleites consienta, mas despreciando todos los regalos y codicias de la carne, en solo tu bendito hijo sean todos mis deleites y descansos.

Dios te salve, María suave, á quien en sus sagrados estudios y ejercicios de contemplación consolaba Dios con familiar ministerio de los ángeles y con un maravilloso gozo de la pureza de tu consciencia. Alcánzame por tus merecimientos amor del silencio y del reposo, y ocupación en sanctas oraciones y sagrada lición y en otros espirituales ejercicios con sinceridad y sosiego de mi ánima, y que éstos sean mis deleites todo el tiempo que fuere detenido en la miserable cárcel deste cuerpo.

Dios te salve, María suave, que siendo virgen fuiste desposada con el sancto virgen Josef por divino consejo. No consientas apartarme de ti, mas mírame siempre con benignos ojos. Porque como no puede vivir para siempre aquél á quien tú mirares con ofendidos ojos, así no podrá perecer para siempre aquél á quien mirares con ojos benignos. Recibe, Señora mía, al ánima que te ama, y conserva al que confía en ti. Sey comigo siempre piadosa, para que por ti halle gracia en los ojos del Señor que te escogió.

Dios te salve, María suave, á quien estando en altísima contemplación, el ángel Gabriel saludó húmilmente dentro de tu secreto retraimiento, y ahí te dió parte de los misterios del consejo divino. ¡Oh si toda mi alegría fuese saludarte muy á menudo y presentarte muy devotos servicios! ¡Oh si ninguna cosa en mí hubiese que ofendiese tu vista más pura que de ángeles!

Dios te salve, María suave, que en tus castísimas entrañas concebiste al Hijo de Dios. Oh la más dichosa de las mujeres, dime, ¿qué sentiste en aquella hora en lo secreto de tu corazón, y con cuánta dulzura tu bienaventurada ánima se derritió, cuando aquella vena de aguas vivas y principio de toda dulcedumbre entró en tu sanctísimo tálamo, y se vistió de tu purísima carne? Alabo y glorifico, Virgen gloriosa, y húmilmente reverencio tus sacratísimas entrañas virginales: y tú, Señora, ten por bien guardar y acrescentar siempre en mi ánima el don de la pureza y castidad.

Dios te salve, María suave, que llevando al Rey de la gloria encerrado en tu vientre, subiste á los montes de Judea, y visitaste y serviste á Elisabet tu parienta. Visita, Señora, mi ánima, y haz que en todos los días de mi vida fidelísimamente te sirva y te ame con todo mi corazón. Amén.

SEGUNDA ORACIÓN

DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, María suave, que con tu sanctísimo esposo Josef, doncella delicada y preñada, te partiste para Betleem á pagar el censo común que todos pagaban. Dame gracia para sufrir pacientemente las miserias deste destierro, y para anhelar siempre á la celestial Betleem, donde está el pan de vida Cristo Jesú, nuestra salud.

Dios te salve, María suave, que cansada del camino, cuando llegaste á la ciudad, no hallaste posada: en lugar de la cual escogiste un establo, donde morases y parieses al Rey de la gloria. Gobierna, Señora, todas las aficiones de mi ánima, para que ninguna cosa viciosamente ame, y ninguna me prenda, sino que como peregrino y extranjero en este mundo, sospire con todos mis deseos por las eternas moradas, y en solo Dios ponga mi descanso.

Dios te salve, María suave, que sin dolor ni detrimento de tu purísima virginidad pariste al Salvador del mundo y alegría del cielo. Tú eres virgen y juntamente madre, tú templo del verdadero Salomón, tú arca y sanctuario de Dios, tú la puerta cerrada que vió Ezequiel, tú el huerto cercado y fuente sellada del Esposo celestial. Hinche, Señora, mi corazón y todos mis sentidos de tu gracia, para que renovado con este socorro, viva vida agradable á tu hijo y á ti.

Dios te salve, María suave, que envolviste á Jesú, fructo de tu castísimo vientre, en pobres pañales, y le reclinaste en un pesebre. ¡Oh si tu amor tanto ocupase mi espíritu, y tu pureza de vida tanto hermosease mi ánima, que viniese á ser como un niño recién nascido, para que en cualesquier tribulaciones mereciese ser de ti ayudado y recreado con tus beneficios!

Dios te salve, María suave, que al niño Jesú diste á mamar leche de tus virginales pechos, y teniéndole dulcemente en tus brazos, húmilmente le besaste y adoraste. Dame, Señora, que cuando viniere fatigado de los trabajos y miserias desta vida, me

socorra al seno de tu maternal piedad, y recreado por ti con leche de espiritual consolación, desprecie todas las otras consolaciones deste siglo perecedero.

Dios te salve, María suave, que á los cuarenta días presentaste el niño en el templo, donde el sancto Simeón lo recibió en sus brazos, y cantó aquella tan dulce canción, aunque después mezcló los cantares con lágrimas, declarándote los trabajos y persecuciones que estaban aparejadas á aquel sancto niño, y el cuchillo de dolor que había de traspasar tu corazón. Suplícote, Señora, sea yo imitador desta tan larga cruz y paciencia, tomando todos los trabajos que el Señor me enviare con ella, y reconociendo por este ejemplo la gran merced que me hace con ellos.

Dios te salve, María suave, que avisada por el ángel cómo el rey Herodes andaba como león furioso buscando el niño para matarle, y por tanto, que fueses á Egipto á esconderle de su furor, te partiste á la media noche, y dejando la tierra y la casa y esa pobreza que tenías, te fuiste á Egipto, donde estuviste siete años en tierra de bárbaros y infieles, peregrina, pobre y extranjera. Dame, Señora, que te acompañe yo siempre en estos piadosos caminos, imitando tu paciencia, tu humildad y tu pobreza, y viviendo en este mundo como desterrado y peregrino.

Dios te salve, María suave, que subiendo con el niño Jesús de edad de doce años al templo, le perdiste de vista sin culpa tuya, y le buscaste con grandísimo dolor y diligencia, y le hallaste después en el templo disputando entre los doctores, con grandísima alegría. Concédeme, Señora, que cuando alguna vez perdiere yo la gracia de la devoción por culpa mía, la busque con esa misma diligencia, y así la halle después de buscada, y le ponga mejor cobro después de hallada, para estar con ella más prompto en las cosas del servicio de mi Criador.

TERCERA ORACIÓN

DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, María suave, que diligentemente serviste y curaste en la niñez y tierna edad al Salvador, y después en su juventud y edad de varón (cuando predicaba) devotamente

le seguiste. Dame que despreciadas todas las cosas transitorias, á ti ame, á ti siga, y siempre sospire por tu presencia.

Dios te salve, María suave, que sentiste con gravísimo dolor los crueles dolores y persecuciones de tu amado hijo, y en las entrañas de tu corazón te compadeciste de su terrible y afrentosa muerte. Dame que al mismo Señor alabe yo siempre por todas las cosas que por mí hizo y padesció, y por él también me compadezca de todos cuantos estuvieren puestos en trabajos y afliciones.

Dios te salve, María suave, cuya ánima bienaventurada traspasó el cuchillo de dolor, cuando estuviste bañada de lágrimas al pie de la cruz, mirando con piadosos ojos las heridas y la sangre del hijo que padecía. Dame, Señora, que yo fielmente persevere contigo al pie de la cruz, y con devoto corazón celebre la pasión de tu unigénito Hijo mi redemptor.

Dios te salve, María suave, que estando en este mismo lugar oíste aquella dolorosa palabra de la boca de tu Hijo sanctísimo, que decía: Mujer, cata ahí tu hijo, con la cual en su ausencia te encomendaba al amado discípulo, proveyendo á él de madre y á ti de hijo en su lugar. Asimismo le oíste allí decir que padescía sed, y no te fué concedido dar un poco de agua al hijo que la pedía muriendo, en lugar de la cual viste que le dieron vinagre. Asimismo viste con inestimable dolor expirar al hijo que tanto amabas, y después le viste romper su sacratísimo costado con una lanza: la cual herida no sintió él, porque estaba muerto, mas sintióla tu purísimo y maternal corazón, que aunque para las cosas del mundo estaba como muerto, mas para los dolores de tu amado hijo estaba más que vivo. Por todos estos tan extraños dolores te pido, Virgen sanctísima, quieras herir mi corazón con la compasión y memoria de todos los dolores que mi Redemptor padeció por mí, y hacerme participante del fructo dellos, para que no pierda por mi culpa el remedio que él me ganó por su gracia.

Dios te salve, María suave, á quien Jesús alegró con su triunfal resurrección, y después de su gloriosa ascensión á los cielos llevó consigo, y asentó sobre todos los coros de los ángeles en un trono real como Reina y Señora de todo lo criado. Rogámoste pues húmilmente, Señora y Madre nuestra, quieras tener fiel cuidado de nosotros, y abogar por nos ante el tribunal de tu muy amado hijo, para que cuando viniere á juzgar los vivos y los

muertos, seamos por tu intercesión librados de la muerte perdurable, y colocados á su diestra en compañía de aquéllos que han de reinar en los siglos de los siglos. Amén.

CUARTA ORACIÓN Á NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, excelentísima Señora y después de Dios entre los sanctos sanctísima María, que con virginidad de madre y con maternidad de virgen maravillosamente engendraste á Jesucristo, Salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Sancto, tú recámara gloriosa de la Sanctísima Trinidad. Por tu hijo, Señora, vive la redondez de la tierra. Contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los finados. Inclina, Señora, los oídos de tu piedad á las oraciones deste vil siervo, y con los rayos de tu sanctidad destierra la escuridad de mis vicios, para que así pueda yo agradar á tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima Madre de misericordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdón. ¿Quién no te amará? ¿Quién no te honrará? ¿Quién no se encomendará á ti? Tú eres en las cosas dubdosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio, y en los peligros y tentaciones fiel socorro. Tú eres, después de tu unigénito Hijo, cierta salud y esperanza nuestra. Bienaventurados los que te aman, y los que por sanctidad de vida se hacen tus familiares siervos y devotos. A tu piedad encomiendo, Señora, mi ánima y mi cuerpo: rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, oh dulce amparo y vida mía.

Dios te salve, magnífica sala y resplandeciente palacio del Emperador eterno. Tú eres aquella hembra amable, piadosa, prudente, generosa, elegante y digna de ser honrada sobre todas las criaturas. Tú eres aquella Reina del cielo, que resplandeces como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á los demonios como las haces de los reales bien ordenadas. Dame, Señora, que entre las tempestades desta vida siempre tenga los ojos en ti, para que despreciadas todas las cosas visibles, contemple aquellos hermosos deleites y deleitables hermosuras de las moradas eternas.

Dios te salve, estrella resplandeciente y clarísima lumbrera María, de quien nasció el Sol de justicia, Cristo nuestro Salvador. Tú eres virgen sobre toda hermosura hermosa, tú eres madre sobre toda honestidad graciosa, que con benignos ojos miras á los hijos de la Iglesia doquiera que están por todo el mundo. Tu dulce nombre recrea los cansados, tu sereno resplandor alumbra los ciegos, el suave olor de tus virtudes alegra los justos, el bendito fructo de tu virginal vientre harta los bienaventurados. Tú después del Señor eres la primera que mereces todos los loores de los ángeles y de los hombres. Ruega por mí, Señora, para que ayudado con tus ruegos merezca ver al Dios de los dioses, y á ti, Señora de las señoras, en Sion, que es en la gloria perdurable.

Dios te salve, bienaventurada Madre de soberana clemencia y consolación, por quien descendió al mundo la bendición celestial y la gracia de la felicidad eterna. De ti tomó carne, y de tu virginal vientre salió aquel niño Jesús, único autor de nuestra salud, el más suave, el más hermoso, el más noble de todos los hijos de los hombres. Tu religiosa memoria consuela los tristes, tu casta contemplación alegra los sanctos, tu perfecta inocencia alimpia los pecadores. Alcánzame, Señora, perfecta limpieza de corazón, para que me cuentes en el número de aquéllos que merecen ser amados de ti y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, María, virgen bellísima, virgen más clara que el sol, más luciente que las estrellas, más dulce que la miel, más suave que el bálsamo, más hermosa que las rosas, y más blanca que el azucena. Tú eres fuente del paraíso, tú pozo de aguas vivas, tú trono del verdadero Salomón, tú vaso purísimo, vacío de toda amargura y lleno de toda consolación. El Señor te crió virgen sin mancilla, el Señor te escogió por sierva humilde. el Señor te amó como esposa dignísima. Tú eres gloria del linaje humano y singular hermosura y ornamento de todo el universo. No vuelvas, Señora, los ojos de mí, pecador miserable: mas de sucio me haz limpio, de pecador justo, de perezoso diligente, y de tibio y seco ferviente y devoto.

Dios te salve, esperanza segura de los que de sí desesperan, y eficacísima ayudadora de todos los desamparados, á quien tanta honra hace tu Hijo, que todo cuanto le pides te concede, y todo lo que quieres se cumple. Tú tienes las llaves del tesoro celestial, tú eres más honrada que los querubines, más alta que los

serafines, y tú gloria y honra del linaje humano. Todas las edades y generaciones te bendicen, y todas las criaturas alaban la gloria de tu nombre. Ensalzada eres, oh Señora, sobre los coros de los ángeles, y como á la primavera te acompañan las flores y rosas y las frescuras de los valles. Sáname, oh bienaventurada, y seré sano, sálvame, y seré salvo, y bendecirte he en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén.

QUINTA ORACIÓN Á NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, alegría del cielo y gozo de la tierra, María. Tú eres aquella serenísima madre de la luz, que amorosamente alumbras las ánimas de los que te aman. Tú eres aquella dulcísima madre de piedad, que dichosamente llevas á tus fieles siervos á las alegres moradas del cielo. Tú, hermosa como paloma, subes sobre los ríos de las aguas, cuyos vestidos son de inestimable suavidad. Á ti, Señora, levanto mi rostro, á ti miran los ojos de mi corazón, en ti confía mi ánima: habe misericordia de mí, porque después de tu unigénito Hijo en ti está toda mi salud.

Dios te salve, entera y de todo pecado limpia Madre de Dios, María. Dios te salve, amparo certísimo de todos los que te llaman. Tú eres castillo fortísimo, dentro de cuyos muros están seguros los que á ti se acogen, tú eres fidelísima defensora de todos los que te alaban, tú resplandeciente nube que templas el ardor de nuestros apetitos, tú rocío deleitable que apagas el fuego de nuestras cobdicias, tú llave esmaltada de perlas preciosas, que abres las puertas del paraíso, tú flor entre las espinas, y rosa de los valles, que alegras los ojos de los que te miran. Toda eres mansa, toda deleitable, toda resplandeciente y toda benigna. Socórreme, dulcísima abogada mía, y después de las ondas deste siglo llévame al puerto de la bienaventuranza perdurable.

Dios te salve, alabanza de los profetas, honra de los apóstoles, esfuerzo de los mártires, confesores y vírgines. Tú eres palma hermosísima de justicia, tú lirio purísimo de castidad, tú fresco jardín de celestiales deleites, tú arca del Testamento, donde está el manna escondido, tú tierra bendita que llevaste el fructo del árbol de vida, tú piedra de donde manaron arroyos de aguas vivas. Alimpia, Señora, mi corazón de toda fealdad de

pecado, quita de mí todo lo que desagrada á tus virginales ojos, libra mi ánima de los deseos terrenos, y levántala al amor de los bienes celestiales, para gloria y honra tuya y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, preciosísima margarita y perla singular del linaje humano. Toda eres hermosa, oh sacratísima Virgen, y no hay mácula alguna en ti. Tú eres vaso de escogimiento, y armario riquísimo de todas las gracias. Tú excedes en fe á los patriarcas, en sciencia á los profetas, en celo á los apóstoles, en paciencia á los mártires, en templanza á los confesores, en humildad y inocencia á las vírgines. Tú, adornada de preciosísimas joyas, levantas y suspendes en tu admiración á todos los cortesanos del cielo. Tú eres clarísimo sol que nunca se eclipsa: dende la tierra alumbrabas los cielos, y agora dende los cielos alumbras la tierra y deshaces las tinieblas del mundo. No me desprecies, oh esperanza mía, sino ayuda y socorre en todas sus necesidades á este miserable pecador.

Dios te salve, Virgen sacratísima y entre las mujeres benditas singularmente dotada de singular bendición. Tú valle deleitoso, hermoseado de flores eternas. Tú rosa hermosísima, que da de sí olor de estimable suavidad. Tú estrella de Jacob resplandeciente, que aclaras los cielos y la tierra. Tú vara de Jesé florida, que alegras el mundo: todos los ángeles se maravillan de tu hermosura, y todos se alegran de ver tu cara. Atiende, Señora, mis lágrimas y gemidos, visita y consuela este siervo inútil con tu gracia, y alcánzale perdón de sus pecados.

Dios te salve, singular ornamento del cielo y amparo de la tierra. Dios te salve, madre mil veces dichosa del Rey eterno. Tú, Señora, después de tu unigénito Hijo, tienes el imperio de todas las cosas. Á ti todas las edades y todas las generaciones inclinan la cabeza, á tus pies se derriba toda la redondez de la tierra, porque después de la inefable y suma Trinidad, no tiene el palacio del cielo otra cosa más hermosa que tú. Oyendo tu nombre, tiemblan los demonios, descubriéndose tu resplandor, huyen las tinieblas, y á tu querer se abren de par en par las puertas del cielo. ¡Oh esperanza de los cristianos, después de Cristo tu Hijo! Oh Reina de misericordia, dulzura de vida, á ti sospiro desterrado en este valle de lágrimas, hijo de Eva. Ayúdame, Señora, en mis trabajos, defiéndeme en mis peligros, esfuérzame en mis des-

mayos, y después deste destierro muéstrame al bendito fructo de tu vientre Jesucristo: el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SEXTA ORACIÓN Á NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, limpísima recámara del Espíritu Sancto y sagrado relicario del Verbo Divino. Dios te salve, sanctísima madre María, que pariste al gozo de los ángeles y á la salud de los hombres Cristo Jesú, y en su niñez le envolviste en pañales, le apretaste en tus brazos, le acallaste en tu regazo, le criaste á tus pechos, y le regalaste con besos y abrazos. Ruégote, Señora, por ese misericordioso y virginal corazón y por la diligencia y solícito cuidado con que serviste y proveíste á la niñez de tu unigénito Hijo, que defiendas ante él mi causa, deshagas mis pecados, y me alcances perdón de todos ellos. Favoréceme, pia dosa gobernadora mía, mientras en este peligroso mar navego, y principalmente en el término de mi vida, para que guiándome y alumbrándome tú, prósperamente llegue al puerto de la celestial Hierusalem, donde para siempre te alabe en los siglos de los siglos.

Dios te salve, serenísima y suavísima madre del Salvador del mundo, María. Tú eres aquella tórtola castísima, cuya voz dulcísimamente sonó en los oídos del todo poderoso. Tú eres aquella paloma honestísima, cuyo gemido agradó sumamente al Espíritu Sancto. Oh Virgen graciosa, Virgen de maravillosa hermosura, aclara las tinieblas interiores de mi ánima con el rayo de tu luz, para que quitada la escuridad de mis vicios, pueda yo contemplar la grandeza de tu hermosura.

Dios te salve, Virgen piadosa María. Dios te salve, puerta de Oriente siempre cerrada, por la cual vino á nuestras tierras aquel más hermoso de todos los hijos de los hombres. Vuelve, oh clarísima, vuelve á mí aquellos blandísimos ojos de tu virginal rostro, y destierra las tinieblas de mi ceguedad con la claridad de tu venida. Aparta, Señora, mi ánima de todas las cosas que están debajo del cielo, y suspéndela en la contemplación purísima de tu grandeza, haciéndola gustar aquellos dulcísimos licores de la felicidad eterna.

Dios te salve, amadora de la soledad y diligentísima guardadora de la quietud interior. Dios te salve, Virgen dotada de maravillosa honestidad y de inefable sabiduría. Oh Virgen escogida, Virgen la más hermosa de las hijas de Hierusalem, recoge los pensamientos derramados de tu siervo, y haz reposar en ti mi espíritu derramado y distraído. Tú eres sacratísimo tabernáculo de la divinidad, tú verjel cercado, donde se cogió aquella hermosísima y única flor Jesucristo, salvador de nuestras ánimas.

Dios te salve, violeta de altísima humildad, rosa de caridad y lirio purísimo de castidad. Dios te salve, generosísima Madre del Criador soberano. Oh Virgen suave, llegue hasta mí el olor de tus perfumes aromáticos, siéntate mi espíritu en la noche, gócense contigo mis entrañas en el día. A ti se aficione suavemente mi corazón, á ti ame entrañablemente mi ánima, y alegremente se ocupe en tus alabanzas. Tú eres florido tálamo del Esposo celestial, tú deleitable paraíso de los ángeles, tú recámara de los sacramentos divinos, tú madre, tú hija, tú esposa de Dios altísimo: tú seas siempre mi esperanza y dulce amparo de mi vida. Amén.

SÉPTIMA ORACIÓN Á NUESTRA SEÑORA

Oh Virgen gloriosa y bienaventurada, ¿cómo parecerá, Señora, mi oración delante de ti, pues la gracia que merecí por la pasión de mi Redemptor, perdí por la maldad de mi culpa? Mas aunque yo sea tan grande pecador, viendo que mi demanda es justa, osaré rogarte que me oyas. Oh Reina y Señora mía, suplícote ruegues á tu sagrado hijo que por su infinita bondad y misericordia quiera perdonarme. Y si esto por mi indignidad no mereciere, séame concedido porque no perezca por mi culpa lo que él crió á su imagen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los sanctos, tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en ti: los ángeles en el cielo con tu presencia, las ánimas del purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo pecador tan indigno, para alcanzar tu

gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerecer me aflige, y mi malicia me enmudece? Ruégote, Virgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste cuando viste tu amado hijo caminar con la cruz á cuestas al lugar de la muerte, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones, porque no se pierda por mi maldad lo que él redimió por su sangre. Aquellas piadosas lágrimas que derramaste, siguiéndolo hasta la cruz, pon siempre en mi pensamiento, porque contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las máculas de mis pecados. Porque ¿cuál pecador osará parescer sin ti ante aquel eterno Juez que, aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo? Pues ¿quién será tan justo que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Virgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado, no gano por tu intercesión? Gran cosa te pido según mis yerros, mas muy pequeña según tu virtud. Nada es lo que yo te puedo pedir, según lo que tú me puedes dar. Reina de los ángeles, enmienda mi vida, y ordena todas mis obras de tal manera, que merezca yo (aunque malo) ser de ti oído con piedad. Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, porque desta manera los buenos te alaben, y los malos esperen en ti. Los dolores que pasaste en la pasión de tu amantísimo hijo y redemptor mío Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean manjar de mi corazón. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sostendrá? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú (que eres estrella de la mar y guía de los errados) no me alumbras, ¿qué será de mí? No me dejes tentar del enemigo, y si me tentare, no me dejes caer, y si cayere, ayúdame á levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? ¿Quién te pidió, que no le otorgases? ¿Quién te sirvió, que no le galardonases con mucha magnificencia? Haz, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta el traspasamiento que tenías cuando después de bajado de la cruz tu preciosísimo hijo, lo tomaste en tus brazos, mirando aquella imagen preciosísima, de los ángeles adorada y entonces de los malos escupida, y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del justo por la desobediencia del pecador. Contemplo yo, Reina mía, cuál estabas entonces, los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el

corazón que nadie pudiera sentir en su proprio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras, que pudieras decir á los que te miraban: Oh vosotros que pasáis por el camino, ved y mirad si hay dolor semejante á mi dolor, porque por ellas merezca yo ser oído de ti. Hinca, Señora, en mi ánima aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya, cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo, porque me acuerde que soy tierra, y que al cabo he de volverle lo que della recibí, porque no me engañe la gloria perecedera deste siglo. Pon, Señora, en mi memoria cuántas veces volvías á mirar el monumento donde tanto bien dejabas encerrado, porque alcance yo tal gracia de ti, que quieras volver á mirar mi petición. Sea mi compañía la contemplación de la soledad en que estuviste aquella noche dolorosa, donde no tenías otra cosa viva sino tus dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas, y comiendo el manjar de tus lastimeras contemplaciones, para que llorando las angustias que padeciste en la tierra, merezca ver la gloria que alcanzaste en el cielo, en los siglos de los siglos. Amén.

PREÁMBULO

para las oraciones siguientes, que sirven para antes y después de la sagrada Comunión.

Todos los Sacramentos de la nueva ley quieren disposición y aparejo para recibirse dignamente, pero unos más que otros. Porque una manera de aparejo pide el sacramento del Baptismo, y otra la Extrema-Unción, y otra aún mayor que ésta la Confisión (porque requiere especial atención y declaración de los pecados) otra aún más alta pide el Sacramento del Altar, porque como éste sea el más noble de los sacramentos, así requiere mayor disposición y aparejo para recibirse. Para cuyo entendimiento es de saber que el efecto proprio deste Sacramento es la refección espiritual del ánima, que es un gusto espiritual de Dios y un aliento para bien obrar. Y para gozar más enteramente deste beneficio, conviene que haya de parte del hombre actual devoción y atención á Dios, cuando comulga: porque aunque la gracia se pueda recibir sin esta dispo-

sición, mas esta espiritual refección pide esta manera de devoción y atención. Pues para tener el corazón desta manera, y libertarlo de todos los cuidados y pensamientos del mundo en esta hora, es menester aparejarlo antes, no sólo con el sacramento de la Confisión, que á esto se ordena, sino también con sanctas oraciones, liciones y meditaciones, para que así se halle al tiempo de la Comunión más puro, más devoto y más atento á Dios. Porque si tal se hallare, así como en la leña seca se enciende luego el fuego, así también se encenderá en su corazón la llama de aquel divino fuego que lo purifique y inflame y transforme en Dios. Pues para esto le podrán ayudar algún tanto las oraciones siguientes, que sirven para antes y después de la sagrada Comunión, si las leyere, no apriesa ni de corrida, sino con aquel espacio y atención y con aquellas pausas y estaciones que requiere un tan grande misterio.

ORACIÓN PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

de Sancto Tomás de Aquino.

Aquí me llego, todopoderoso y eterno Dios, al Sacramento de vuestro unigénito hijo mi Señor Jesucristo como enfermo al médico de la vida, como sucio á la fuente de misericordia, como ciego á la lumbre de la claridad eterna, como pobre al Señor de los cielos y de la tierra, y como desnudo al Rey de la gloria. Ruego pues, Señor, á vuestra infinita bondad y misericordia tengáis por bien sanar mi enfermedad, alimpiar mi suciedad, alumbrar mi ceguedad, enriquecer mi pobreza y vestir mi desnudez, para que así pueda yo recibir al pan de los ángeles, al Rey de los reyes, al Señor de los señores, con tanta reverencia y temor, con tanto dolor y verdadero amor, con tal fe y pureza, y con tal propósito y humildad, cual conviene para la salud de mi ánima. Dadme, Señor, que reciba yo no sólo este Sacramento, sino también la virtud y gracia del Sacramento. Oh piadosísimo Padre, otorgadme que este unigénito Hijo vuestro (al cual yo propongo agora recibir encubierto en esta vida) que lo merezca yo ver para siempre y sin velo en la otra. El cual con vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA DEVOTA ORACIÓN

para antes de la sagrada Comunión.

Gracias y alabanzas os doy, Salvador y Señor mío Jesucristo, por todos vuestros beneficios, y señaladamente por el misterio de vuestra sancta encarnación, por vuestro sancto nascimiento, por vuestra circuncisión, por vuestra presentación en el templo, por la huída á Egipto, por el ayuno y tentación, por los trabajos de vuestros caminos, por el discurso de la predicación, por las persecuciones del mundo, por los dolores y tormentos de vuestra acerbísima pasión, y por todo lo que en este mundo hecistes y padecistes por mí, y mucho más por el amor con que lo padecistes, que sin comparación fué mayor. Y sobre todo esto os doy gracias porque tenéis por bien de asentar un tan vil y miserable pecador á vuestra mesa, y hacerlo participante de vos mismo y de los inestimables tesoros de vuestra sagrada pasión. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿con qué os pagaré yo esta nueva misericordia, con que tenéis por bien de inclinar los cielos de vuestra grandeza, y descendir al muladar de nuestra vileza? ¿Quién sois vos, y quién nosotros, para que vos, Señor de la majestad, queráis descender á nuestras casas de barro? El cielo es vuestra silla, y la tierra es el escaño de vuestros pies, y todo lo hinche la gloria de vuestra Majestad: pues ¿cómo queréis, Señor, aposentaros en tan viles pajares? ¿Es posible (dice Salomón) que haya de morar Dios en la tierra con los hombres? Si el cielo y los cielos de los cielos con toda su grandeza no bastan para daros lugar, ¿cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo os he edificado? ¡Oh, cómo es grande maravilla que el que está asentado sobre los querubines, y dende allí mira los abismos, que agora descienda á asentarse en estos abismos, y poner ahí la silla de su majestad!

Poco le pareció á vuestra infinita bondad haber enviado los ángeles para nuestro servicio, sino que vos mismo, Señor de los ángeles, quisiésedes venir á nosotros, y entrar en nuestros cuerpos y ánimas, y tratar allí por vuestras proprias manos los negocios de nuestra salud. Allí visitáis los enfermos, esforzáis los fla-

cos, levantáis los caídos, consoláis los tristes, animáis los desconfiados, enseñáis los ignorantes, encamináis los descarriados, dais de comer á los hambrientos, y encendéis en vuestro amor á los tibios. Finalmente, vos mismo sois el que nos curáis de todos nuestros males, y esto no con otras manos que con las vuestras, ni con otra medicina que con vuestra carne y vuestra sangre. Oh buen Pastor, y ¡cuán fielmente cumplistes aquella palabra que nos distes por el Profeta diciendo: Yo apacentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado: yo buscaré lo perdido, y volveré al aprisco lo desechado, y esforzaré lo flaco, y lo gordo y fuerte yo lo conservaré!

Mas ¿quién será digno destas mercedes y desta unión tan admirable? No hay en el cielo ni en la tierra dignidad ni méritos que de sí para ello basten. Y por esto, Señor, vuestra misericordia es la que para esto nos habilita, y vuestra gracia nos hace dignos de tanto bien. Y pues sin ella nadie es digno, ella sea, Dios mío, la que me favorezca, la que me ayunte con vos, la que me haga participante deste misterio y agradescido á este tan inestimable beneficio. Supla mis defectos vuestra gracia, perdone mis pecados vuestra misericordia, apareje mi ánima vuestro espíritu, enriquezcan mi pobreza vuestros merecimientos y lave todas las mancillas de mi vida vuestra sangre preciosa, para que así pueda dignamente recibir el Sacramento de vuestro preciosísimo cuerpo.

Alégrome, Dios mío, cuando me acuerdo de aquel gran milagro que hizo el cuerpo del profeta Eliseo después de muerto, el cual resucitó á otro muerto que acaso unos ladrones escondieron en su sepultura y lo juntaron con él. Pues si tanto pudo el cuerpo muerto de un profeta, ¿cuánto más podrá el cuerpo vivo del Señor de los profetas? No sois vos por cierto, Señor, menos poderoso que vuestro profeta, ni mi ánima está menos muerta que aquel cuerpo, ni es de menor virtud este tocamiento que aquél. Pues ¿por qué no esperaré yo también de aquí este mismo beneficio? ¿Por qué hará mayores maravillas el cuerpo concebido en pecado, que el que fué concebido del Espíritu Sancto? ¿Por qué ha de ser más honrado el cuerpo del siervo que el del Señor? ¿Por qué no resuscitará vuestro sagrado cuerpo las ánimas que se llegaren á vos, pues aquél resucitó los cuerpos que se llegaron á él? Y pues aquél, sin buscar la vida, recibió lo que no buscaba,

por virtud de aquel sancto cuerpo, plega á vuestra infinita misericordia, Señor mío, que pues yo la busco por medio deste venerable Sacramento, sea yo por él de tal manera resuscitado, que ya no viva más para mí, sino para vos. Oh buen Jesú, por aquella inestimable caridad y amor que os hizo encarnar, padecer y morir por mí, húmilmente os suplico me queráis alimpiar de todos mis pecados, y adornarme con vuestras virtudes y merecimientos, y darme gracia para que reciba este Sacramento con aquella humildad y reverencia, con aquel temor y temblor, con aquel dolor y arrepentimiento de mis pecados, y con aquel propósito de emendarme dellos, y con aquel amor y caridad que conviene para tan alto misterio.

Dadme también aquella pureza de intención, con que reciba yo este Sacramento para gloria de vuestro sancto nombre, para remedio de todas mis flaquezas y necesidades, para defenderme del enemigo con estas armas, para sustentarme en la vida espiritual con este manjar, y para hacerme una cosa con vos mediante este Sacramento de amor, y para ofreceros este misterio por la salud de todos los fieles así vivos como defunctos, para que todos sean ayudados y socorridos con la virtud inestimable deste Sacramento, que para la salud de todos fué instituído. Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTA MEDITACIÓN

para antes de la sagrada Comunión, para despertar en el ánima temor y amor deste Sanctísimo Sacramento.

¿QUIÉN sois vos, Señor mío, y quién soy yo, para que me ose llegar á vos? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recibir en sí á Dios su hacedor? ¿Qué es de sí el hombre sino un vaso de corrupción, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhábil para todo lo bueno y poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, en sus deseos desvariado, y finalmente en todas las cosas pequeño, y en sola su estima grande? Pues ¿cómo una tan vil y sucia cria-

tura se osará llegar á un Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias ante vuestro acatamiento, las columnas del cielo tiemblan delante de vos, los más altos de los serafines encogen sus alas y se tienen por unos viles gusanillos en vuestra presencia: pues ¿cómo os osará recibir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El sancto Baptista, dende las entrañas de su madre sanctificado, no osa tocar vuestra cabeza, ni se halla digno de desatar la correa de vuestro zapato. El Príncipe de los Apóstoles da voces y dice: Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador. Y ¿osaré yo llegarme á vos, tan cargado de pecados? Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo (que no eran más que una sombra deste misterio) no podía comer sino quien estuviese limpio y sanctificado, ¿cómo me atreveré yo á comer del pan de los ángeles, estando tan pobre de sanctidad? Aquel cordero pascual (que no era más que figura deste Sacramento) mandaba Dios que se comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados los zapatos y ceñidas las renes: pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual, sin tener nada deste aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contrición? ¿Dónde está la pureza de las renes, y la limpieza de los pies, que son los buenos deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré recibido en esta mesa, si me falta este aparejo. Desta mesa fué desechado aquél que no se halló con ropa de bodas (que es la caridad) y atado de pies y manos fué mandado echar en las tinieblas exteriores. Pues ¿qué otra cosa espero yo, si desta manera me hallare en este convite? Oh divinos ojos, á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas, ¿qué será de la mía, si ante ellos paresciere sin esta vestidura? Tocar el arca del Testamento, cuando se quería caer, fué cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó, fué luego castigado con arrebatada muerte: pues ¿cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los Betsamitas más que mirar curiosamente esta misma arca, cuando pasaba por sus tierras, y por solo este atrevimiento dice la Escriptura que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo. Pues, oh misericordioso y terrible Dios, ¿cuánto mayor cosa es vuestro Sacramento que aquel arca, y cuánto mayor cosa es recibiros que miraros? Pues ¿cómo no temblaré yo, cuan-

do me llegare á recibir un Dios de tan grande majestad y justicia?

Y si tanta razón tengo para temer, considerando vuestra grandeza, ¿cuánto más debo temer, considerando mis pecados y mi malicia? Tiempo hubo (y plega á vuestra misericordia no lo sea también ahora) cuando la cosa más olvidada y menos amada de mi corazón érades vos, hermosura infinita, y cuando el polvo de las criaturas tenía yo en más que el tesoro de vuestra gracia y la esperanza de vuestra gloria. La ley de mi vida eran mis deseos, la obediencia tenía dada á mis apetitos, y no tenía más cuenta con vos, que si nunca os conosciera. Yo soy aquel nescio que dijo en su corazón: No hay Dios, porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no lo había. Nunca por vuestro amor trabajé, nunca por vuestra justicia temí, nunca por vuestras leyes me aparté de lo malo, nunca por vuestros beneficios os di las gracias que debía, nunca por saber que vos estábades en todo lugar presente dejé de pecar delante de vos. Todo lo que mis ojos desearon, les concedí, y no fuí á la mano á mi corazón para estorbarle alguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fué mi vida sino una contradición y guerra contra vos, y una renovación de todos los martirios que pasastes por mí? ¿Qué hice las otras veces que comulgué, y acabando de comulgar os ofendí, sino escarneceros con los soldados, que por una parte hincadas las rodillas os adoraban, y por otra con la caña os herían? Pues, oh Salvador y Juez mío, ¿cómo os osaré recibir en una tan vil y sucia morada? ¿Cómo depositaré vuestro sagrado cuerpo en la cama de los dragones y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados, sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos, y un muladar de todas las inmundicias? Pues ¿cómo estaréis vos, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y la compañía de Dios con la de Belial? Oh flor del campo y azucena de los valles, ¿cómo queréis vos agora ser hecho manjar de bestias? ¿Cómo se ha de dar ese divino manjar á los perros, y esa tan preciosa margarita á los puercos? Oh amador de las ánimas limpias, que os apacentáis entre los lirios mientras dura el día y se inclinan las sombras, ¿qué pasto os podré yo dar en este corazón, donde no nascen estas flores, sino

zarzas y espinas? Vuestro lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro, y la subida de púrpura. No hay en esta casa ninguno destos colores: pues ¿qué silla os daré yo, cuando entráredes en ella? Vuestro sagrado cuerpo fué envuelto en una sábana limpia, y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie había sido sepultado: pues ¿qué parte hay en mi ánima, que sea limpia y nueva, donde os pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta, por donde salía el hedor y corrupción de mis pecados? ¿Qué mi corazón, sino fuente de malos deseos? ¿Qué mi voluntad, sino casa y cama del enemigo? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios y con este aparejo á recibiros y á daros paz? Oh Redemptor mío, confúndome de verme tal. Avergüénzome de ver cuál voy á los brazos del Esposo del cielo, que de nuevo me quiere recibir.

Segunda parte desta meditación.

Conozco, Señor Dios mío, mi indignidad, y conozco vuestra gran misericordia. Ésta es la que me da atrevimiento para llegarme á vos tal cual estoy. Porque mientras más indigno fuere yo, más glorificado quedáis vos en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desecháis, Señor, los pecadores, antes los llamáis y los atraéis á vos. Vos sois el que dijistes: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Vos dijistes: No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. No vine á buscar á los justos, sino á los pecadores. De vos públicamente se decía que recibíades los pecadores, y comíades con ellos. No habéis mudado, Señor, la condición que teníades entonces, y por eso creo que agora también llamáis dende el cielo á los que entonces llamábades en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo á vos cargado de pecados, para que me descarguéis, y trabajado con mis propias miserias y tentaciones, para que me deis refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane, y como pecador al justo, fuente de justicia, para que me justifique. Dicen que recibís los pecadores y coméis con ellos, y que vuestro manjar es la conversación de los tales. Si tanto os deleita ese convite, veis aquí un pecador con quien podéis comer dese manjar. Bien creo, Señor,

que os deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora, que el convite soberbio del fariseo, pues no menospreciastes sus lágrimas ni la desechastes por pecadora, sino antes la recibistes, y la perdonastes, y la defendistes, y por unas pocas de lágrimas le perdonastes muchos pecados. Aquí se os pone, Señor, agora otra nueva ocasión de mayor gloria, que es un pecador con más pecados y menos lágrimas. No fué aquélla la última de vuestras misericordias, ni la primera. Otras muchas tales teníades hechas, y otras muchas os quedaban por hacer. Éntre agora ésta en la cuenta dellas, y perdonad á quien más os ha ofendido, y menos llora porque os ofendió. No tiene tantas lágrimas, que basten para lavar vuestros pies: mas vos tenéis derramada tanta sangre, que basta para lavar todos los pecados del mundo. No os indignéis, Dios mío, porque estando tal cual me veis, me oso llegar á vos. Acordaos que no os indignastes cuando aquella pobre mujer que padescía flujo de sangre, se llegó á recibir el remedio de su enfermedad, tocando el hilo de vuestra vestidura, antes la consolastes y esforzastes, diciendo: Confía, hija, que tu fe te hizo salva Pues como yo padezca otro flujo de sangre más peligroso y más incurable que éste, ¿qué puedo hacer sino llegarme á vos, para recibir el beneficio de mi salud? No habéis mudado, Señor mío, la condición ni el oficio que teníades en la tierra, aunque os subistes al cielo. Porque si así fuera, otro Evangelio hubiéramos menester, que nos declarara la condición que tenéis allá, si fuera diferente de la de acá. Leo pues en vuestros Evangelios que todos los enfermos y miserables se llegaban á tocaros, porque de vos salía virtud que sanaba á todos. Á vos se llegaban los leprosos, y vos extendíades vuestra bendita mano, y los alimpiábades. Á vos venían los ciegos, á vos los sordos, á vos los paralíticos, á vos los mismos endemoniados, á vos finalmente acudían todos los monstruos del mundo, y á ninguno dellos os negastes. En vos solo está la salud, en vos la vida, en vos el remedio de todos los males. Tan piadoso sois para querer dar salud, cuan poderoso para darla. Pues ¿á dónde iremos los necesitados, sino á vos?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no sólo es manjar de sanos, sino también medicina de enfermos: no sólo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos: no sólo enamora y deleita los justos, sino también sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue según pudiere, y tome de ahí la

parte que le pertenece. Lléguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de su confesión y alabanza en este convite: yo me llegaré como pecador y enfermo á recibir este cáliz de mi salud. Por ninguna vía puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo dél excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán, y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me esforzarán, y si muerto, aquí me resuscitarán. Si ardiere en el amor divino, aquí me abrasarán, y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra los ciegos, no por verme caído, porque el Señor levanta los caídos. No huiré dél (como hizo Adán por verse desnudo) porque él es poderoso para cubrir mi desnudez, no por verme sucio y lleno de pecados, porque él es fuente de misericordia, no por verme con tanta pobreza, porque él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión (mientra más miserable fuere) para que resplandezca más su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego dende su nascimiento sirvieron para que resplandeciese más en él la gloria de Dios, y la bajeza de mi condición servirá para que se vea cuán bueno es Aquél que siendo tan alto, no desdeña cosas tan bajas. Especialmente que no se tiene aquí respecto á mí, sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el Eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo y tratarme como á tal. Pues por esto os suplico, clementísimo Padre de nuestro Salvador, que pues el sancto rey David asentaba á su mesa un hombre tullido y lisiado porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatás (queriendo en esto honrar al hijo, no por sí, sino por los méritos de su padre) así vos, Eterno Padre, tengáis por bien asentar á este pobre y disforme pecador á vuestra sagrada mesa, no por sí, sino por los merescimientos de aquel tan grande amigo vuestro Jesucristo, nuestro segundo Adán y verdadero padre. El cual con vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

de Sancto Tomás de Aquino.

Gracias os doy, Señor Dios, Padre todopoderoso, por todos vuestros beneficios, y señaladamente porque quisistes admitirme á la participación del sacratísimo cuerpo de vuestro unigénito Hijo. Suplícoos, Padre clementísimo, que esta sagrada Comunión no me sea obligación ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón. Séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrecentamiento de caridad, paciencia, verdadera humildad y de todas las virtudes. Sea perfecto sosiego de mi espíritu, y firme defensión de todos mis enemigos visibles y invisibles, y perpetua unión con vos solo, mi verdadero Dios y Señor. Y tened por bien llevarme á aquel convite inefable, donde vos sois luz verdadera, hartura cumplida y gozo perdurable, en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA MEDITACIÓN

para después de haber comulgado.

Oh Dios mío y misericordia mía, ¿qué gracias os podré yo dar porque vos, Rey de los reyes y Señor de los señores, habéis querido hoy visitar mi ánima, y entrar en mi pobre casa, y haceros una cosa comigo mediante la virtud inestimable deste Sacramento? ¿Con qué os pagaré esta honra? ¿Con qué os serviré este beneficio? ¿Qué gracias os podrá dar una criatura tan pobre por una dádiva tan rica? Porque no os contentastes con hacernos aquí participantes de vuestra soberana deidad, sino también nos hacéis de vuestra sancta humanidad y de todos los merescimientos que nos ganastes con ella. Porque aquí nos dais vuestra carne y vuestra sangre, y con ella nos hacéis participantes de todos los tesoros y merescimientos que con esa misma carne y sangre nos ganastes. ¡Oh maravillosa comunicación! ¡Oh preciosa dádiva mal conoscida de los hombres, y digna de ser agradescida con perpetuos loores! ¡Oh clementísimo reparador

de nuestras ánimas, ¿con qué mayores riquezas las pudiérades enriquecer que con éstas? Bien dijistes, Señor, hablando en vuestra oración al Padre: Yo, Padre, me sanctifico por ellos, porque ellos sean sanctos de verdad. ¡Oh nueva manera de sanctificar, tan costosa para el sanctificador y tan fácil para el sanctificado! Porque vuestra es la sanctidad y mío el fructo, vuestro el trabajo y mío el provecho, vuestra la costa y mía la ganancia, vuestra la disciplina y mío el perdón, vuestra es la purga y la sangría y mía la salud y la vida que se alcanza con ella. Por mí satisficieron aquellos vuestros dolores, aquellos clavos, y aquellas bofetadas y espinas, y aquella sangre preciosa que por mí se derramó. Á mí lavaron aquellas lágrimas, á mí sanaron aquellas heridas, y por mí pagaron aquellos azotes. ¡Oh dichosa comunicación! ¡Oh carta de maravillosa hermandad! ¡Oh compañía de inefables tesoros! ¿Qué caudal pusimos nosotros, Señor, de nuestra parte para esto? ¿Qué os dimos por que tal dádiva nos diésedes? Ninguna cosa hubo cierto de por medio más que sola vuestra bondad. ¿Por qué alumbra el sol? ¿Por qué calienta el fuego? ¿Por qué enfría el agua? Claro está que porque es natural propriedad destas criaturas producir estos efectos. Pues á vos, Dios mío, es proprio haber misericordia y perdonar, y (lo que más es) perdonar á los otros y no perdonar á vos. Vuestra misma naturaleza es bondad, y no cualquiera bondad, sino suma bondad. Pues así como á la bondad pertenece comunicarse, así á la suma bondad sumamente comunicarse: y así lo hecistes vos con nosotros, pues en todo os nos distes. Nasciendo os distes por hermano, comiendo por mantenimiento, muriendo os dais en precio, y reinando en galardón.

Finalmente, si quieres, ánima mía, en una palabra comprehender los bienes que consigo te trae este divino Sacramento, considera los que trajo este Señor al mundo, cuando á él vino. Pues así como cuando vino al mundo, dió al mundo vida de gracia (con todo lo demás que se sigue della) así cuando por este medio viene al ánima, le da esta misma vida. ¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios, y por quien nuestra humanidad se mortifica, para que Dios viva en ella! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado, que mantienes el ánima y no el vientre, confirmas el corazón y no cargas el cuerpo, alegras el espíritu y no embotas el entendimiento, con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propria es de-

gollada, para que se cumpla en nosotros la voluntad divina!

Pues ¿qué gracias, qué alabanzas os daré yo, Señor, por este beneficio? Si el agradescimiento ha de responder á la dádiva, ¿qué linaje de agradescimiento bastará para esta dádiva? En el Éxodo leemos que dijistes á Moisén: Toma un vaso de oro, y hínchelo de manna, y pónlo dentro del arca del Testamento, y esté ahí guardado siempre, para que sepan las generaciones advenideras con qué linaje de mantenimiento sustenté yo á vuestros padres cuarenta años en el desierto. Pues si en tanto quisistes que se estimase aquel manjar corruptible, que lo mandastes guardar por memoria en lugar de tanta veneración, ¿en cuánto será razón que se tenga este manjar incorruptible que da vida eterna á quien lo come? Veo claramente que lo que va de manjar á manjar, eso va de beneficio á beneficio, y eso ha de ir de agradescimiento á agradescimiento. Aquel manjar era de la tierra, éste es del cielo: aquél era manjar de cuerpos, éste de ánimas: aquél no daba verdadera vida á los que le comían, éste es vida eterna de quien le come. Mas ¿qué hay que hacer comparación de uno á otro, pues lo que va de criador á criatura, eso va de manjar á manjar? Pues si tal memoria y agradecimiento pedistes por haber mantenido aquel pueblo con aquel manjar mortal y corruptible, ¿que pediréis por habernos mantenido con tanto más excelente manjar cuanto es Dios mejor que su criatura? No hay agradescimiento ni alabanzas que basten para esto. Pues como desafuciado ya de poder pagar esta deuda, no me queda otro remedio sino recibir con el Profeta el cáliz de mi salud, y invocar el nombre del Señor: esto es, no pagar los beneficios, sino pedir nuevos beneficios y mercedes sobre mercedes. Pídoos pues, Señor, recibáis este venerable Sacramento para satisfación de todas mis culpas y pecados y para cumplida emienda de mi vida. Por él reparad todas mis caídas, y suplid todas las faltas de mi pobreza. Por él mortificad en mí todo lo que desagrada á vuestros divinos ojos, y hacedme un hombre según vuestra voluntad. Por él me conceded que en vos esté siempre firme, y á vos perfecta y perseverantemente ame, y con vos esté siempre uñido y incorporado, para gloria y honra de vuestro sancto nombre. También, Señor, habed misericordia de todos los pecadores. Volved á vuestra Iglesia los herejes y scismáticos. Alumbrad á todos los fieles para que os conozcan. Socorred á todos los que están puestos en tribulaciones y

necesidades Ayudad á todos aquéllos por quien yo soy obligado á rogaros. Consolad á todos mis padres, parientes, amigos, y enemigos, y bienhechores Tened misericordia de todos aquéllos por quien derramastes vuestra preciosa sangre. Dad perdón y gracia á los vivos, y á los defunctos descanso y gloria perdurable. Que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA MEDITACIÓN MUY DEVOTA

para ejercitarse en ella el día de la sagrada Comunión, pensando en la grandeza del beneficio recibido, y dando gracias á nuestro Señor por él.

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á daros, Señor, gracias por el beneficio que hoy me habéis hecho, es cierto que no las podría dignamente dar. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿cómo os alabaré yo, porque me habéis querido en este día visitar, y consolar, y honrar con vuestra presencia? Aquella sancta madre de vuestro Precursor llena del Espíritu Sancto, cuando vió entrar por sus puertas á la Virgen que dentro de sus entrañas os traía, espantada de tan grande maravilla, exclamó diciendo: ¿De dónde á mí tanto bien, que la madre de mi Señor venga á mí? Pues ¿qué haré yo, vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy por las puertas una hostia consagrada, en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venía? ¡Con cuánta mayor razón podré exclamar: ¿De dónde á mí tan grande bien, que no la madre de mi Dios, sino el mismo Dios y Señor de todo lo criado haya querido venir á mí: á mí, que tanto tiempo fuí morada de Satanás: á mí, que tantas veces le ofendí: á mí, que tantas veces le cerré las puertas y despedí de mí, por donde merescía nunca más recibir á quien así deseché? Pues ¿de dónde á mí, Señor, que vos, Rey de los reyes y Señor de los señores, cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos ministros son los ángeles, á quien alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra, hayáis querido venir á un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, Señor mío, queréis descender al infierno? ¿Otra vez queréis ser entregado en manos de pecadores? ¿Otra vez queréis nascer en un establo de bestias? Bien paresce, Dios mío, que el mismo corazón que teníades en-

tonces, tenéis agora, pues lo que hecistes una vez por los pecadores, eso hacéis cada día por ellos.

Y si de otra manera alguna me visitárades, todavía fuera ésta grande misericordia: mas ¡que vos, Señor, hayáis querido no sólo visitarme, sino entrar en mí, y morar en mí, y transformarme en vos, y hacerme una cosa con vos por una unión tan admirable, que vino á ser comparada (como vos la comparastes) con aquella altísima unión que vos tenéis con vuestro soberano Padre! ¿Qué cosa más admirable? Maravíllase el rey David de que vos, Señor, quisiésedes acordaros del hombre, y poner en él vuestro corazón. Pues ¿cuánto mayor maravilla es que Dios quiera, no sólo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre, y morar con el hombre, y morir por el hombre, y darse en mantenimiento al hombre, y hacerse una misma cosa con el hombre? Maravíllase el rey Salomón que quisiese Dios morar en aquel templo que él en tantos años había edificado. Pues ¿cuánto mayor maravilla es que ese mismo Señor de los cielos por otra más excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima, que apenas trabajó un día en aparejarle la posada? Maravíllase toda la naturaleza criada de ver á Dios hecho hombre, de verlo bajar del cielo á la tierra, y andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella: y es razón que se maraville, pues ésta fué tan grande maravilla. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas del Espíritu Sancto, estaban más limpias que las estrellas del cielo, y así aparejaron morada digna para Dios. Mas ¡que este mismo Señor quiera morar en las mías, que son más impuras que el cieno, más oscuras que la noche! ¿Cómo no será ésta grande maravilla? ¡Oh! Bendíganos, Señor, los ángeles por tan alta gracia y por tan gran misericordia. Bien paresce que sois sumamente bueno, pues sois sumamente comunicativo de vos mismo, y pues tal y tan admirable medio buscastes para hacernos buenos.

Pues ¿qué será, si con todo esto se junta el beneficio que en nosotros óbra y significa este divino Sacramento? ¡Oh cuán alegres nuevas me da de vos, Señor, este venerable misterio! Traéme firmado de vuestro nombre que sois mi padre, y no solamente padre, sino también esposo dulcísimo de mi ánima. Porque oyo decir que el efecto principal deste Sacramento es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites, y hacerlas una cosa

con vos. Pues si esto es así, y por las obras se ha de juzgar el corazón, ¿de cuál corazón salió tal obra como ésta? Porque regalo no suele ser de señor á siervo, sino de padre á hijo, y á un hijo chiquito y tiernamente amado. Porque á tal padre pertenece no sólo proveer á su hijo de lo necesario para la vida, sino también de cosas que sirvan para su recreación. Pues tal efecto de amor como éste quedaba, Señor, por descubrir al mundo, y éste se guardaba para el tiempo de vuestra venida y para la buena nueva del Evangelio. De suerte que en la otra manera de sacramentos y beneficios me dais á entender que sois mi rey, y mi salvador, y mi pastor, y mi médico: mas en éste (donde por una tan alta manera os quisistes ayuntar con mi ánima, y regalarla con tan maravillosos deleites) claramente dais á entender que sois esposo de mi ánima, que sois mi padre, y padre que tiernamente ama á su hijo. Esto me da á entender el efecto deste Sacramento, y estas nuevas me da de vos. No hay doblez, Señor, en vuestras obras: lo que muestran por defuera, eso mismo tienen de dentro. Pues por este efecto conozco la causa, por esta obra juzgo vuestro corazón, deste tratamiento y regalo que me hacéis, tomo información para conoscer el corazón que para comigo tenéis. Porque si aquel manna, que tenía en sí todo género de sabor y suavidad, declaraba la suavidad y dulzura de vuestro corazón para con vuestros hijos, ¿cuánto con mayor razón se dirá lo mismo deste divinísimo manna, pues tiene tanto mayor suavidad? Oh manjar del cielo, pan de vida, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refección de las ánimas, salud de los espíritus, convite real de Dios, y gusto de la felicidad eterna. Pues ¿qué diré, Dios mío? ¿Qué gracias os daré? ¿Con qué amor os amaré por este tan grande beneficio? Si vos, siendo el que sois, así amáis á mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo á vos, esposo altísimo y nobilísimo de mi ánima? Ámeos pues yo, Señor, codícieos yo, cómaos yo, y bébaos yo. ¡Oh dulcedumbre de amor! ¡Oh amor de inestimable dulcedumbre! Cómaos mi ánima, y del licor suavísimo de vuestra dulcedumbre sean llenas mis entrañas. ¡Oh caridad! Dios mío, miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes, hacedme crescer en vos, para que pueda yo gozar dignamente de vos. Hijos de Adán, linaje de hombres ciego y engañado, ¿qué hacéis? ¿En qué andáis? ¿Qué buscáis? Si amor bus

cáis, éste es el más noble y más dulce que hay. Si deleites buscáis, éstos son los más suaves, más fuertes y más castos que pueden ser. Si riquezas buscáis, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo, y el piélago de todos los bienes. Si honra queréis, aquí está toda la majestad de Dios, que os viene á honrar.

Segunda parte desta meditación.

Admitido pues ya yo á esta compañía, asentado á esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y sobre todo preso con tan fuertes lazos de amor, dende aquí, Señor, renuncio todos los otros amores por este amor. Ya no haya más mundo para mí, ya no más pompa del siglo para mí. Vayan, vayan fuera de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que solo éste es el verdadero y sumo bien. El que come pan de ángeles, no es razón que se cebe de deleites de bestias: el que ha recibido á Dios en su morada, no es razón que admita en ella cosa vana. Si una mujer de baja suerte viniese á casar con un rey, luego despreciaría el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataría como mujer de quien es. Pues si á esta dignidad ha llegado mi ánima por medio deste Sacramento, ¿cómo se bajará ya á la vileza del traje viejo de las costumbres pasadas? ¿Cómo abrirá la puerta de su corazón á pensamientos de mundo, quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima á cosa profana, habiendo ya sido consagrada y sanctificada con la presencia divina? No consintió Salomón que la hija del rey Faraón su mujer morase en su casa por haber estado en ella un poco de tiempo el arca del Testamento, aunque ya no estaba. Pues si este tan sabio Rey no quiso que su propria mujer (y mujer tan principal) pusiese los pies en el lugar donde había estado el arca de Dios, por ser de linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana éntre en el corazón donde estuvo el mismo Dios? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrecido el mismo rey Salomón sacrificio en el portal del templo, dejó aquel lugar sanctificado, para que no pudiese ya servir de cosa profana, ¿cuánto más razón será que lo sea mi ánima, pues dentro della se recibió aquél á quien todos los sacri-

ficios y sacramentos de la ley significaban? Y pues tan honrado me dejáis, Señor, con esta visitación, dadme gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que vos me distes. Nunca jamás distes á nadie honra sin darle gracia para mantenerla: y pues aquí me habéis honrado tanto con vuestra presencia, sanctificadme con vuestra virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo. Así lo hecistes siempre en todos los lugares que entrastes. Entrastes en las entrañas virginales de vuestra sacratísima madre, y así como la levantastes á inestimable gloria, así le distes inestimable gracia para mantenerla. Entrastes (estando aún en esas mismas entrañas encerrado) en casa de Sancta Elisabet, y allí con vuestra presencia sanctificastes y alegrastes su hijo, y henchistes su madre del Espíritu Sancto. Entrastes en el mundo á conversar con los hombres, y así como los ennoblecistes con vuestra venida, así los reparastes y sanctificastes con vuestra gracia. Entrastes después en el infierno, y del mismo infierno hecistes paraíso, beatificando con vuestra presencia á los que honrastes con vuestra visitación. Y no sólo vos, Señor, mas el arca del Testamento (que no era más que sombra deste misterio) entró en casa de Obededón, y luego echastes vuestra bendición sobre ella y sobre todas sus casas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se os hacía. Y pues habéis querido, Señor, también entrar en esta pobre morada, y ser hospedado en ella, comenzad ya á bendecir á la casa de vuestro siervo, y á darme con que yo pueda responder á esta honra, haciéndome digna morada vuestra. Quisistes que yo fuese como aquel sancto sepulcro en que vuestro sagrado cuerpo fué depositado: dadme las condiciones que tenía este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que vos me elegistes. Dadme aquella firmeza de piedra, y aquel sudario de humildad, y aquella mirra de mortificación, con que muera á todos mis apetitos y proprias voluntades, y viva á vos. Quisistes que yo fuese como un arca del Testamento en que vos morásedes: dadme gracia para que así como en aquella arca no había otra cosa más principal que las tablas de la ley, así dentro de mi corazón no haya otro pensamiento ni deseo sino de vuestra sanctísima ley. Quisistes darme á entender en este Sacramento que érades mi padre, pues así me tratábades como á hijo, y hijo tiernamente amado: dadme gracia para que pueda yo responder á este beneficio amándoos, no sólo con amor fuerte, sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en

vuestro amor, y la memoria sola de vuestro dulce nombre baste para enternecer y derritir mi corazón. Dadme también para con vos espíritu y corazón de hijo: que es, espíritu de obediencia, y de reverencia, y de amor, y de confianza, para que en todos mis trabajos acuda luego á vos con tanta seguridad y esperanza como acude el hijo fiel á un padre que mucho ama. Quisistes sobre todo esto descubrir á mi ánima en este Sacramento amor de esposo á esposa, y tratarme como á tal: dadme pues ese mismo corazón para con vos, para que así os ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable y con amor tan fuerte, que ninguna cosa me pueda apartar de vos. Esposo castísimo de las ánimas, extended esos dulces y amorosos brazos, y abrazad mi ánima de tal manera con vos, que ni en vida ni en muerte se aparte jamás de vos. Para esta unión ordenastes este Sacramento, porque sabíades cuánto mejor estaba la criatura en vos que en sí, pues en vos estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca: mas echada en la mar, y ayuntada con su principio, permanesce para siempre Sacadme pues, Señor, de mí, y recibidme en vos, porque en vos vivo, y en mí muero: en vos permanezco, y en mí desfallezco: en vos soy estable, en mí transitorio y corruptible. No os vais, oh buen Jesú, no os vais. Quedaos, Señor, con nosotros, porque viene la tarde, y se cierra ya el día.

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte como es teneros hoy en mi casa, donde tanta oportunidad tengo para negociar con vos á solas mis negocios, no será razón perder esta buena coyuntura. No os soltaré, Señor mío, de los brazos: con vos lucharé toda la noche hasta que me deis vuestra bendición. Mudadme, Señor, el hombre viejo, y dadme otro nuevo, que es, otro nuevo ser y otra nueva manera de vivir. Encojadme el un pie, y dejadme el otro sano, para que desfallezca en mí el amor del mundo, y quede sano y entero vuestro amor: porque desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos mundanos, á vos, Señor, ame, y al prójimo por amor de vos, á vos solo desee, en vos solo piense, con vos solo more, á vos solo viva, en vos estén todos mis cuidados y pensamientos, á vos acuda con todos mis trabajos, y de vos reciba todos los socorros. Que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

FIN

TRATADO VI

DE LA

MATERIA DE LA ORACIÓN MENTAL

EN LA CUAL SE PONEN BREVEMENTE

LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR

CON OTRAS COSAS

COMPUESTO

POR EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

de la Orden de Sancto Domingo

PRÓLOGO

PROCEDIENDO más adelante por nuestro Memorial, ya que hasta aquí habemos tratado de la oración vocal (que es más fácil y más común á todo género de personas) será bien tratar agora de la mental, que es algo más dificultosa, y así pertenece á personas más ejercitadas. Porque por esta orden procede la naturaleza, subiendo siempre de las cosas más fáciles á las más dificultosas: y así es razón que proceda el arte, imitadora de naturaleza, mayormente en esta parte. Porque de la manera que las plantas tiernas y delicadas, cuando comienzan á crescer, han menester algún arrimo ó estaca en que se sostengan y con que suban á lo alto, mas después de ya crescidas y apoderadas de la tierra, no tienen necesidad desta ayuda, porque ellas por sí bastan para eso, así también los novicios, que comienzan á nascer en la vida espiritual, cuando quieren hablar con Dios, deben ayudarse para esto de algunas oraciones vocales, para que con ellas levanten su corazón á él y sepan hablarle: mas después

de ya fundados y arraigados en su amor, y tocados de un poco de devoción, ésa les dará palabras y enseñará cómo deban de hablar y conversar con él. Y porque desta manera de oración tratamos largo en el Libro de la Oración y Meditación, al presente no trataremos aquí más que de la materia della, que es, de las cosas en que podremos fructuosamente ocupar nuestra consideración. Para lo cual se ponen aquí los principales misterios de la vida de Cristo, con algunas otras cosas que sirvan para esto, de las cuales no se trató en aquel lugar.

DEL FRUCTO DE LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

En otra parte declaramos ya cómo ninguna diferencia esencial había entre la oración vocal y mental, pues como la una es acto de aquella nobilísima virtud que llaman religion, así también lo es la otra, y ambas tienen un mismo oficio, que es pedir limosna á nuestro Señor, aunque la una la pide con solo el corazón, y la otra con el corazón y con la boca juntamente. Solamente podrá aquí entrevenir alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con que se puede hacer la una oración y la otra. Porque siendo verdad que la devoción y espíritu con que oramos es como vida de la oración, tanto una oración será más excelente que otra, cuanto se hiciere con mayor espíritu y devoción. Por dónde, si el que reza por unas cuentas ó por un libro, ora con mayor espíritu y devoción que el otro, ésa será mejor oración. Porque orar desta manera es muy gran parte para ser oído, según aquello del Psalmo, que dice: Clamé con todo mi corazón, óyeme, Señor. Y en otro lugar: El deseo de los pobres oyó Dios, esto es, la oración que se hace con espíritu: porque no es otra cosa orar en espíritu, sino pedir con entrañables sospiros y deseos del corazón, como ya dijimos. Tal fué la oración de Ana, madre de Samuel, que viéndose acosada de su competidora, hizo oración á Dios con grande ansia de

su corazón, de donde le vino que con la fuerza y embebecimiento del espíritu hacía tales gestos por defuera, que el sacerdote Helí creyó que estaba beoda: mas no era cierto del vino que él pensaba, sino del vino de la devoción que se había exprimido en el lagar de su ánima con el husillo de la tribulación.

Mas aquí es de notar que también llamamos oración mental á la meditación y consideración de las cosas de Dios, aunque cuando en esto nos ocupamos, no pidamos por entonces nada. Y esta consideración no se puede negar sino que es de grande y inestimable provecho. Porque así como la especulación y estudio de las sciencias humanas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana, así la consideración de las cosas divinas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría divina, que es el mayor de los dones del Espíritu Sancto, al cual se ordenan todos los otros.

Y demás desto, esta consideración es un muy principal medio para alcanzar la verdadera devoción, que hace al hombre ligero y prompto para toda virtud (como luego diremos) que es la cosa que más declara y engrandece la excelencia deste ejercicio.

Trae también consigo esta manera de orar otro gran provecho, que es la digestión y sentimiento de las cosas espirituales. Porque el que reza por sus horas ó por sus cuentas, pasa por las cosas más ligeramente hasta llegar al término de su oración y dar cabo á sus devociones ordinarias: mas el que considera, no tiene cuenta con esto, sino con estarse en una palabra de la Escriptura, ó en un misterio de la vida de Cristo, todo el tiempo que halla que rumiar en ella, que á veces acaesce durar por grande espacio, como se lee de S. Francisco, que toda una noche entera se estuvo repitiendo estas dos palabras: Dios mío, conózcate á ti, y conózcame á mí. Y mucho más aprovecha un misterio desta manera considerado, que muchos otros pasados apresuradamenmente y de corrida. Bien es verdad que también el que reza por un libro podría hacer esto mismo, si todas las veces que llegase á un paso dulce y devoto, hiciese allí una estación, y se pusiese á considerar despacio lo que allí el Espíritu Sancto le diese á sentir. Y así hay algunas personas que se están un gran pedazo de tiempo rezando la oración del Pater noster, ó el Símbolo de la fe (que es el Credo) deteniéndose en la consideración de los misterios que allí se contienen, con grande gusto y aprovechamien-

to. Y esta manera de rezar (demás de ser muy fácil á todo género de personas) es de grande provecho, y es la misma que aquí enseñamos y encarecemos, que es la que tiene aneja á sí la consideración.

DE LA MATERIA DE LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO II

PORQUE por la oración mental entendemos también la consideración de las cosas de Dios (como acabamos de decir) será bien declarar aquí cuál sea la materia desta consideración, que es el argumento proprio deste tratado. Á lo cual brevemente se responde que todas aquellas cosas que pueden mover nuestro corazón á amor ó temor de Dios, aborrescimiento del pecado y menosprecio del mundo, &c. son materia desta consideración, y así todas las Escripturas sanctas, y todas las vidas y ejemplos de los sanctos, y finalmente toda la fábrica deste mundo con todas cuantas criaturas hay en él, porque de todo esto saca el varón devoto materia de consideración. Pero entre todas estas cosas señala Sancto Tomás dos, en la 2. 2, en la c. 82, a. 5, donde dice que la verdadera devoción se despierta en nosotros con la consideración así de las perfecciones de Dios como de sus beneficios, y también con la consideración de nuestros proprios defectos y peccados: porque con lo uno aprovechamos en la caridad, y con lo otro en la humildad, y así lo uno es como echar raíces firmes en lo bajo, y lo otro como crescer y subir á lo alto: y lo uno y lo otro es necesario para el aprovechamiento de la vida espiritual. Y para mayor declaración desto añadiré aquí lo que el cardenal Cayetano dice sobre este artículo de Sancto Tomás por estas palabras, que son mucho para notar.

En este artículo tercero debes notar dos causas intrínsecas que el Sancto Doctor señala de la devoción, las cuales son, por una parte la meditación de las perfecciones de Dios y de sus beneficios, y por otra, la consideración de los proprios defectos. Á la primera parte pertenesce la consideración de la bondad, mise-

ricordia, justicia, caridad y hermosura de Dios, con todos los atributos y perfecciones suyas, y señaladamente la de la caridad y amor para con todos los hombres y particularmente para con cada uno dellos. Item, la consideración de los beneficios divinos y señaladamente de la creación, la redempción, el bautismo, el Sacramento del altar, las inspiraciones divinas, los llamamientos y voces de Dios, ó por sí ó por otras causas segundas, el habernos esperado tanto tiempo á penitencia, el habernos misericordiosamente preservado de tantos peligros así de cuerpo como de ánima, y el haber diputado sus mismos ángeles para nuestra guarda, con todos los otros beneficios suyos.

Á la segunda parte pertenesce la consideración de sí mismo, conviene saber, de los proprios defectos y miserias así de las culpas presentes como de las pasadas, la facilidad y promptitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para pecar, el estrago de la propria hacienda (que es, de las habilidades y bienes de naturaleza que Dios nos dió) por haber habituado las potencias de nuestra ánima á mal obrar, la habitación en esta región tan distante y tan apartada de la conversación y amistad de Dios, la perversidad de nuestro apetito, que más siente los provechos y daños temporales que los espirituales, la desnudez y pobreza de las virtudes, las heridas y llagas espirituales de nuestra ánima, que son ceguedad, malicia, concupiscencia y flaqueza, las cadenas con que estamos atados de pies y manos, que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar, el estar en tinieblas y hedores y amarguras, y no sentirlo, no oir la voz del pastor que nos llama de dentro, y sobre todo esto, haber hecho tantas veces á Dios nuestro capital enemigo pecando mortalmente, y por consiguiente, haberle hecho tan grande injuria como si no lo quisiéramos tener por Dios, y haber puesto en su lugar y hecho dioses al vientre, y al dinero, y á la honra, y al deleite, y otras cosas semejantes, las cuales antepusimos y preciamos más que á Dios.

Pues con estas meditaciones, las cuales habían de ser cuotidianas á los Religiosos y á todas las personas espirituales (dejado aparte el mucho hablar de las oraciones vocales, cuando no son de obligación) se engendra la devoción, y con ella juntamente todas las otras virtudes. Y no merescen nombre de Religiosos ni Religiosas ni de personas espirituales los que á lo menos una vez

al día no se ejercitan en esto. Porque así como no se puede alcanzar el efecto sin la causa, ni el fin sin el medio, ni el puerto sin la navegación que para él se ordena, así tampoco se puede alcanzar la verdadera religión sin frecuentar y repetir los actos de las causas y medios de donde ella procede. Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales ves cuánto alaba y cuán encarescidamente encomienda aquí el ejercicio desta meditación. Porque primeramente dice que con la consideración cuotidiana destas cosas se engendra la devoción, y con ella consecuentemente todas las otras virtudes, cuyo estímulo es la devoción. Lo segundo, que no merescen nombre de Religiosos ni de personas espirituales los que á lo menos una vez al día no se recogen un poco para vacar á este sancto ejercicio. Lo tercero, que así como no se puede conseguir el fin sin los medios, y el puerto sin la navegación, así tampoco la pureza y perfección de la religión, sin los ejercicios de la oración y consideración, que son las causas della.

Y lo que dice que para esto se debe dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, no lo dice para condenar por esto el uso de la oración vocal, porque no es cosa que cabe en entendimiento de hombre de razón, alabando la oración mental, condenar la vocal. Porque si es sancta cosa llamar á Dios con el corazón, ¿cómo puede ser no sancta añadir á la voz del corazón también la de la boca y de la lengua que él crió para su alabanza? Mas dice esto para condenar no el uso, sino el abuso de las oraciones vocales de algunas personas que rezan tan apresuradamente, tan de corrida y tan sin atención y devoción, que ningún fructo ó casi ninguno sacan desta manera de rezar. Y aun algunas veces en lugar de fructo sacarán daño, cuando ya que se ponen á rezar y hablar con Dios, no hacen esto con la reverencia y atención y con las otras circunstancias que debrían, como lo declara este mismo doctor en la Suma de Pecados. Y pluguiese á Dios no fuesen muchos los que en esta culpa caen. Mas quien mira de la manera que muchos clérigos y sacerdotes el día de hoy rezan y cantan las horas y el Oficio divino así en público como en secreto, y el poco fructo y devoción que desto sacan, verá claramente con cuánta razón reprehende este doctor, no el uso, sino el abuso desta manera de orar.

Todas cuantas veces leo esta doctrina, confiésote, cristiano lec-

tor, que me maravillo mucho de ver en cuán pocas palabras comprehendió aquí este doctor todos los ejercicios y cuasi toda la doctrina de cuantos libros espirituales hay: porque quienquiera que atentamente los leyere, verá que aunque en la manera de las palabras parezcan diferentes, pero en la substancia ni dicen más ni pretenden más de lo que este doctor enseñó, ni aun encarecen y autorizan más sus ejercicios, de lo que éste los encaresció Por dó parece claro cómo la Iglesia se rige por un mismo Espíritu, y cómo todos los siervos de Dios tienen un mismo maestro, pues todos vienen á dar en un mismo fin y en un mismo camino. Haz tú lo que este doctor enseña (que es señalar cada día un pedazo de tiempo para pensar en tus pecados y en los beneficios de Dios, entre los cuales el más principal es el de nuestra redempción, donde entran todos los misterios principales de la vida de Cristo) y trabaja como animal limpio por rumiar las palabras y obras de la vida deste Señor, que ni es otra cosa el rosario de nuestra Señora, ni otra la que todos los libros devotos enseñan. Todo es un mismo manjar: mas como son diversos los gustos, unos lo guisan de una manera, y otros de otra. Lea quien pudiere los opúsculos de S. Buenaventura, que fué un doctor tan señalado en letras, en devoción, en religión y en prudencia de gobernar (pues á los trece años de su profesión fué General de su Orden y después Cardenal) y ahí verá cuántas maneras de potajes hace este sancto de la vida y pasión de Cristo, enseñándola á meditar unas veces por las horas del día, otras por los días de la semana, otras reduciéndola á himnos y oraciones vocales, otras haciendo della un árbol de la vida del Crucificado. Y todo esto hacía el sancto varón porque entendía por una parte cuánto nos importaba este sancto ejercicio, y por otra cuán diferentes eran los gustos de los hombres, y por esto guisaba este manjar de tantas maneras.

Para declaración del fructo que de aquí se sigue, no alegaré más de lo que este sancto doctor alegó, que es la experiencia de muchas personas que él escribe en su tiempo grandemente aprovechadas por medio destos ejercicios: y lo mismo podemos alegar agora, pues quienquiera que mirare este negocio con claros ojos, hallará por cierto que todas las personas que tienen sus tiempos diputados para emplearse en estas sanctas meditaciones y consideraciones, regularmente hablando, están más aprovechadas en

el servicio de Dios y en el camino de las virtudes, y más promptas para todas las obras de piedad y misericordia, y para todos los trabajos y asperezas de la penitencia, y para apartarse con más cuidado de todas las ofensas de Dios.

Conclusión de todo lo dicho.

Tenemos pues aquí, según esta doctrina, tres géneros de cosas que podemos llamar materia de la consideración. La primera es de las perfecciones divinas, como son, la bondad, la caridad, la hermosura, la justicia, la misericordia y la providencia de nuestro Señor, con todas las demás. La segunda es de los beneficios divinos, y señaladamente del beneficio de la redempción, donde entran todos los pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador, porque todos ellos son partes deste soberano beneficio. La tercera es del conoscimiento de sí mismo, esto es, de sus proprios defectos y miserias, de donde nasce el desprecio de sí mismo, y la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes. Entre las cuales consideraciones, la primera, que es de las perfecciones divinas (porque señaladamente sirve para el amor de Dios) quedará para el tratado siguiente, que desto habla: mas de las otras dos trataremos aquí. De las cuales como de un público depósito puede tomar el hombre materia para considerar, todas las veces que quisiere recogerse á filosofar en esta celestial filosofía.

Para lo cual unos hay tan ocupados que no pueden recogerse más que una sola vez al día, los cuales pueden tomar cada vez un paso ó dos de la vida de Cristo ó de los beneficios divinos, y desta manera proceder de día en día hasta haber pasado por todos estos misterios ó beneficios, y esto acabado tornar á comenzar de nuevo y proceder por los mismos pasos, ocupando la vida en esta rueda. Éste imaginen que es un espiritual zodiaco que desta manera paso á paso se ha de andar, y replicarse después de andado, pues deste espiritual proceso y movimiento depende todo nuestro bien, así como del proceso del sol por el zodiaco el gobierno deste mundo inferior.

Mas los que tienen la vida más desocupada (como son las personas eclesiásticas y religiosas, cuyo oficio es vacar á Dios y ro-

gar por los pecados del mundo, y otras también que están más libres de negocios) pueden muy bien recogerse dos ó tres veces al día, y conforme á esto deben repartir estos misterios de tal manera que para cada uno destos tiempos tengan sus pasos diputados en que puedan ocuparse, y acabado este discurso, tornar (como dijimos) á comenzar de nuevo.

Y señálase tan copiosa materia para esto, por no obligar al hombre á pensar cada día una misma cosa, porque esto podría causar hastío en los menos perfectos. Mas por el contrario, la novedad de los misterios ayuda mucho á despertar la devoción, como dice Sancto Tomás en un opúsculo. De dónde nasce que muchas veces los novicios suelen tener al principio de su conversión mayores fervores y gustos sensibles de Dios que después de más aprovechados, porque la novedad y grandeza del conoscimiento de las cosas no experimentadas causa en ellos mayor sentimiento y admiración.

DE CINCO PARTES

QUE PUEDEN ENTREVENIR EN ESTE SANCTO EJERCICIO

CAPÍTULO III

AUNQUE la materia principal de la oración que aquí tratamos, sea la consideración de las cosas susodichas, pero puede y debe acompañarse con otras cosas que han de preceder y seguirse después desta consideración. Porque antes debe preceder una devota preparación, con la cual el hombre se apareje para entrar en su ejercicio, y después se pueden seguir tres cosas, que son, hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición: de las cuales trataremos brevemente en este lugar, porque ya en otro se trató dellas más copiosamente.

Pues cuanto á la primera parte, que es la preparación, debe el hombre buscar para esto lugar y tiempo convenible según la condición y estado de su vida: y el tiempo es muy convenible el de la media noche ó el de la madrugada, y el lugar tanto es me-

jor, cuanto es más escuro y solitario, para que así esté el corazón más recogido, no teniendo en qué derramarse la vista.

Puesto el hombre en este lugar, y armando el corazón y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima á considerar estas tres cosas, conviene saber, qué va á pedir, y qué va á hacer, y con quién va á hablar.

Cuanto á lo primero, si mirare qué va á pedir, hallará que va á pedir gracia y gloria, con todo lo demás que para estas dos cosas le pueden ayudar, que son las mayores que se pueden pedir: cuya petición, para que sea eficaz, ha de ir acompañada con todas aquellas condiciones que arriba pusimos, y señaladamente con una grande atención y humildad de corazón, como allí se declaró, porque estas cosas hacen que las tales peticiones no vuelvan vacías.

Pues si pasas adelante y miras lo que vas á hacer, hallarás que vas allí á procurar el espíritu de la devoción por medio de la consideración de las cosas de Dios (que es causa della) y por aquí verás que aun para esto es menester más que para lo pasado, pues (como dijimos) basta para impetrar la atención que llaman virtual, aunque falte la actual, mas no basta para alcanzar devoción (como dice Sancto Tomás) porque este buen afecto procede desta actual atención y consideración de las cosas de Dios. Por dónde verás con cuánta solicitud y cuidado debes entender en este negocio, para que no se te derrame el corazón, porque de otra manera no alcanzarás lo que pretendes.

Mas si miras lo tercero, que es con quién vas á hablar, hallarás que vas á hablar con aquella soberana Majestad que hinche cielos y tierra: por lo cual entenderás, no sólo con cuánta atención, sino también con cuánta humildad y reverencia debes hablar sobre tan importantes negocios con tan grande Majestad.

Y para mejor sentir esto, y entender que cuando estamos en oración, no hablamos al aire, ni que está lejos de nosotros el que nos ha de oir, pongamos ante los ojos la presencia deste Señor, que está en todo lugar, no sólo por potencia y presencia, sino también por verdadera y real esencia. Porque dondequiera que hay algo que tenga ser, allí está él como causa y fuente del ser, dándolo á todas las criaturas: porque la causa y el efecto de necesidad han de estar juntos y tocarse uno á otro. Y por esto en todo lugar es necesario que esté Dios presente: y así lo contem-

plaba el profeta Elías cuando decía: Vive el Señor Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy. Pues así has de entender que lo está él á tu oración, oyendo tus palabras, mirando tu devoción y deleitándose en ella: porque aunque universalmente asista á todas las cosas, mas particularmente asiste á los que oran, como nos lo denuncia la Escriptura divina, diciendo: No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cercanos á sí como nuestro Dios asiste á todas nuestras oraciones. Pues ¿qué más quieres tú, que saber tan cierto (aunque no lo veas con ojos de carne) que te ve y te oye desta manera Aquél que tan piadoso y poderoso es para remediar tu vida?

Pues cuando delante dél así te veas, debes hacerle una profundísima reverencia. Y llamo aquí reverencia un reconoscimiento de la majestad de Aquél á quien vas á hablar. Para lo cual debes levantar un poco los ojos á pensar la grandeza, la majestad, la infinidad, la inmensidad, la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la hermosura, y las otras perfecciones deste soberano Señor, las cuales sobrepujan todo entendimiento criado: porque esta consideración bastará para que te humilles hasta el polvo de la tierra, y encojas tus alas, y te sumas en los abismos en presencia de tan grande Majestad. Y ésta misma te hará estar con temor y temblor delante este Señor, porque cuanto tu corazón estuviere más tomado deste temor, tanto menos se descuidará ni derramará en otros pensamientos peregrinos.

Hecha esta reverencia (porque el justo al principio es acusador de sí mismo) comience luego á acusarse de sus pecados, trayendo sumariamente á la memoria la mala vida pasada, y pidiendo húmilmente perdón della, para que con esto haga propicio al Juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devoción la Confesión general, ó el psalmo *Miserere mei, Deus*, ó otra cosa semejante, para despertar con estas sanctas palabras la tibieza que el corazón suele tener al principio de la oración. Y no sólo pida al Señor perdón de los pecados, sino también ayuda para que aquel poco de tiempo que quiere llegarse á hablar con él, esté allí con aquel temor y reverencia que se debe á tan alta Majestad, y con aquella atención y humildad que se requiere para recibir el Espíritu Sancto y la gracia de la devoción que en aquel ejercicio se reparte á todos los que religiosamente perseveran en él. Esto basta para la pre-

paración, en la cual puede el hombre extender las velas todo cuanto quisiere en el conoscimiento de sí mismo y de sus proprias miserias, como adelante se declara.

También ayudará mucho para esta misma preparación (cuando el ánimo estuviere muy derramado) recogerlo con la lición de algún libro devoto ó con algunas oraciones vocales (como arriba dijimos) porque éstas suelen ayudar mucho á recoger el corazón, cuando se rezan devotamente.

De la meditación. § II

Después desta preparación síguese la meditación ó consideración de alguna cosa de las susodichas en el capítulo precedente, conviene saber, ó de algún paso de la vida de nuestro Salvador, ó de alguno de los otros beneficios suyos, &c. porque esto es como el fundamento y substancia deste ejercicio. Y porque la principal materia desta consideración es la vida de nuestro Salvador, será bien declarar aquí en breve cómo nos hayamos de haber en ella.

Pues para esto será bien que el hombre lea primeramente en este libro, ó en algún otro semejante, el paso ó pasos de la vida de Cristo que quiere meditar, si no tiene ya en la memoria la substancia dellos, por haberlos otras veces leído: y cuando después quisiere rumiar esto y tratarlo en su corazón, debe hacer cuenta que aquel misterio pasa allí delante dél, figurándolo así en su imaginación, pues para semejantes cosas nos fué dada por Dios esta potencia. Y procure asistir allí con un corazón humilde, compasivo, amoroso y devoto, contentándose con mirar sencillamente y sin demasiada especulación aquel sagrado misterio que tiene delante, con las principales circunstancias que hay en él. Las cuales (si tratamos de la vida y pasión de Cristo) son cuatro, conviene saber, quién padece, por quién padesce, por qué causa, y en qué manera. ¿Quién? Dios de infinita majestad, &c. ¿Por quién? Por el hombre, criatura tan ingrata y desconoscida. ¿Por qué causa? Por sola bondad y misericordia. ¿Mas de qué manera? Con grandísima humildad, y caridad, y mansedumbre, y paciencia, y obediencia, &c. Éstas son las principales circunstancias que en estos misterios debemos considerar.

Aquí es mucho de notar que aunque este sancto ejercicio sea juntamente del entendimiento y de la voluntad, porque el entendimiento va considerando las cosas, y la voluntad sintiéndolas y aficionándose á ellas, pero mucha más cuenta se ha de tener con el ejercicio de la voluntad que con el del entendimiento, por ser éste más fructuoso. Porque muchos letrados hay que conoscen muchas y muy altas cosas de Dios, que con todo esto le aman poco: y muchos filósofos dice el Apóstol que hubo en el mundo, los cuales también conocieron á Dios, mas no por eso le glorificaron ni sirvieron. Y por esto no pretendemos aquí tanto alcanzar conoscimiento especulativo de Dios (aunque éste sea bueno) cuanto amor y temor suyo, aborrescimiento del pecado, menosprecio del mundo y de sí mismo, alegría en el Espíritu Sancto, y entrañable devoción, con otros tales afectos que son movimientos y obras de la voluntad, en las cuales consiste todo nuestro bien. Mas porque la voluntad (como arriba dijimos) es potencia ciega que no puede obrar sin que preceda alguna luz ó obra de entendimiento (cualquiera que ella sea) por eso nos servimos aquí del entendimiento, para que alumbre, guíe y despierte la voluntad á estos sanctos afectos y movimientos. De suerte que así como el aguja es necesaria para coser, no porque ella sea la que cose, sino el hilo, mas no puede entrar el hilo sin ella, así también es necesario el uso del entendimiento para el de la voluntad, puesto caso que lo que principalmente se pretende, sea el de la voluntad: aunque bien veo que no es en todo semejante la comparación, sino sólo en que lo uno es medio para lo otro. Por donde así como sería grande yerro gastar el hombre todo su tiempo y trabajo en los medios dejando el fin, así también lo es el de algunos que poniéndose á considerar estos sagrados misterios, más usan del entendimiento que de la voluntad, y más parece que están allí estudiando para predicar, que meditando para orar y para aficionarse á las cosas de Dios.

Pues para evitar este inconveniente, trabaje el hombre por aplicar, lo más que pudiere, el sentimiento de su voluntad á estos misterios, pensando en ellos con un corazón humilde, devoto, amoroso, temeroso y encogido ante la presencia de Dios, con quien está tratando: porque éste es el fin y el principal fructo deste ejercicio. Ca no dieron los ángeles, cuando el Señor nasció, paz á los hombres de buen entendimiento, sino á los de buena

voluntad, en cuya reformación está nuestra sanctificación, pues muchas veces vemos que se halla buen entendimiento sin buena voluntad, mas nunca se halla buena voluntad sin sano entendimiento.

Y este documento no sólo debe el hombre guardar todas las veces que se recogiere á pensar en Dios, sino también todas las que fuera deste recogimiento entre día y noche levantare su corazón á él, aplicando aquí su voluntad con toda la humildad y reverencia y con todo el amor y devoción que le sea posible. Y tenga por cierto (si á esto se habituare) que en muy poco tiempo alcanzará inestimable provecho. Porque después que su corazón se habituare á esto, hallará un tan dulce nido y morada para Dios en su corazón, que no se hallará á vivir sin la paz y calor y consolación que por aquí se le comunicará.

Pues cuando desta manera y con este afecto hubiere pensado en algunos destos misterios, si con todo eso hallare su corazón seco y frío, no por eso desmaye, porque á los que fielmente y con paciencia aguardan por la visitación del Señor, y hacen medianamente lo que es en sí, suele él hacer grandes mercedes, recompensando la tardanza de la venida con alguna gracia señalada.

Ni tampoco se fatigue mucho procurando cuasi forzadamente por sacar la devoción como exprimida á fuerza de brazos, sino conténtese (como dijimos) con una humilde y sencilla vista destos misterios, y con asistir y acompañar al Señor en estos piadosos pasos que por nuestra causa dió. Ni tampoco desmaye si fuere aquí combatido de diversos pensamientos, pues esto no está siempre en manos del hombre, ni es muchas veces culpa de la persona sino de la naturaleza corrupta, con tal que él haga lo que es de su parte, ojeándolos de sí y peleando varonilmente contra ellos. Ni menos debía desistir de su ejercicio, si luego á las primeras azadonadas no saca agua, porque muchas veces se da al cabo al que fielmente persevera, lo que se niega á los principios: y aquí está la llave deste negocio. Por tanto trabaja, hermano mío, y persevera y porfía, acordándote que tales son las mercedes que aquí el Señor suele hacer á tiempos, que muchos años de trabajos serían muy bien empleados por ellas.

Verdad es que una de las principales causas (entre otras) desta sequedad es traer el corazón muy ocupado en negocios exteriores: por dónde con dificultad y tarde se viene á prender y

tomar de las interiores. Por esto conviene mucho traerlo (cuanto sea posible) ocupado en cosas de Dios, porque andando con esto caliente y devoto, fácilmente lo podremos levantar á él, cuando quisiéremos. Para lo cual señaladamente ayudan dos cosas: la primera, lición ordinaria de libros espirituales y devotos, la cual trae el corazón ocupado en aquello de que anda lleno: y la segunda y más principal, trabajar todo lo posible por andar siempre en la presencia de Dios y nunca perderlo de vista, ó á lo menos levantar muchas veces entre día y noche el corazón á él con algunas breves oraciones, tomando ocasión de las mismas cosas que vemos ó que tratamos. Y así debe el hombre tener su manera de oraciones y consideraciones diputadas para cuando se acuesta, y para cuando se levanta, y para cuando ha de comer ó hablar ó negociar, para cuando es tentado, para cuando oye el reloj dar la hora, para cuando ve los campos floridos y el cielo estrellado, ó cuando ve algunos males corporales ó espirituales de prójimos, para que todo le sea motivo de levantar el corazón á Dios, y así pueda conservar siempre dentro de sí con estos tizones el fuego de su amor. Porque así como en la leña seca se enciende presto la llama, así también se enciende la devoción en el corazón que anda siempre caliente con el uso de la continua oración y lición y meditación de las cosas de Dios.

Del hacimiento de gracias. § III

DESPUÉS de la meditación puede seguirse un devoto hacimiento de gracias así por aquel misterio y beneficio que acabamos de considerar, como por los otros beneficios divinos así generales como especiales, así manifiestos como ocultos, de los cuales trataremos adelante. Y aquí podremos hacer un general llamamiento de todas las criaturas del cielo y de la tierra, para que todas ellas nos ayuden á bendecir y dar gracias al Señor por todos estos beneficios, como en el libro precedente tratamos, en la oración que está señalada para rezar luego por la mañana.

Del ofrecimiento. § IV

Después de dadas desta manera las gracias, se puede luego seguir un devoto ofrecimiento de nosotros mismos y de todo cuanto en este mundo hiciéremos y padesciéremos, para que todo ello milite y sirva á la gloria y honra de nuestro Señor. Porque acabada la memoria y reconoscimiento de los beneficios, luego el mismo corazón está preguntando con el Profeta: ¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? Á lo cual parece que en alguna manera responde el hombre ofreciendo á sí mismo y á todas sus cosas, y entregándose todo al Señor como esclavo suyo, herrado con su proprio hierro, para hacer en todo su sancta voluntad, negada la propria.

Mas sobre todo esto puede y debe ofrecer todos los trabajos y méritos de Cristo nuestro Salvador, que es la ofrenda más alta, más eficaz y de mayor merecimiento que se puede ofrecer: la cual es toda nuestra, pues el Señor della es todo nuestro, nuestra carne, y nuestra sangre, y nuestra salud y redempción: el cual nos dejó en su testamento por herederos de todos sus merecimientos y trabajos. Y así los podemos relatar uno por uno, y ofrecerlos al Padre Eterno de nuestra parte para descargo de nuestras culpas, remedio de nuestras miserias y gloria de su sancto nombre.

De la petición. § V

Tras desto se puede luego muy bien seguir la petición de todo lo que es necesario para nuestra salvación, como en el tratado precedente se declaró, en el capítulo II, en la quinta condición, donde se trata de la materia de la oración.

Mas aquí es de notar que procediendo por estas cinco partes, debe el que ora trabajar lo más que pudiere, por tratarlas hablando húmilmente con Dios, ante cuya presencia está. Porque el hablar con Señor de tan grande majestad levanta más los espíritus, y pide más atención, más reverencia y más devoción por razón de la persona con quien habla, que cuando habla con su

propria ánima, ó cuando piensa alguna cosa sancta rumiándola dentro de sí mismo, como cuando uno piensa en la muerte, ó en el juicio, ó en las penas del infierno, ó cosa semejante. Por lo cual entre estas cinco partes susodichas son muy principales las tres postreras, que son, hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición, porque no se pueden ejercitar sin hablar actualmente con Dios, ó dándole gracias, ó pidiéndole mercedes, ó ofreciéndose á él, &c. Lo cual (como dije) levanta más el espíritu, y parece como que lo empina para llegarse á aquel Señor que está en lo alto. Por lo cual debe el hombre procurar que también en la preparación y meditación (donde se sufriere) hable desta manera con Dios.

Éstas son, cristiano lector, las principales partes que puede tener la oración: las cuales nos son encomendadas muchas veces en diversos lugares de la Escriptura divina y en la doctrina de los sanctos, que por excusar prolijidad aquí no alego: y éstas debe el hombre juntar y ejercitar en un mismo tiempo de recogimiento, como aquí se ha declarado, aunque con brevedad, por estar ya todo esto tratado más á la larga en el Libro de la Oración y Meditación.

Mas aquí debo avisar que esta orden se pone, no para hacer ley general ni poner edictos públicos que siempre se hayan de guardar, sino para introducir á los nuevos en este camino, porque después de una vez entrados en él y admitidos á la recámara del esposo y á la casa de sus vinos preciosos, la experiencia y la devoción les enseñará mejor lo que han de hacer. Porque por experiencia se sabe que si á un novicio principiante no hacéis más que alabarle en común la oración ó meditación, sin ponerle en el camino y señalarle en particular la materia y la manera deste ejercicio, que con lo que responderá al fructo de vuestra exhortación, será con ponerse á meditar ya esto, ya lo otro, con un corazón vagabundo, sin firmeza ni estabilidad en alguna cierta y piadosa inquisición. Lo cual, aunque sea consideración, no es de las más fructuosas y provechosas, de que aquí queremos tratar. Para lo cual es de saber (como dice Ricardo) que debajo deste nombre de consideración se comprehenden tres cosas: conviene saber, cogitación, meditación y contemplación, las cuales difieren entre sí desta manera, que la cogitación discurre sin trabajo y sin fructo, ó á lo menos con poco trabajo y poco fructo, la meditación insiste en una cosa con trabajo y con fructo, mas la contemplación per-

manece fija en una misma cosa sin trabajo y con fructo. Por la cual distinción se colige lo poco que aprovecha esta manera de cogitación, que es la que sin tener materia ni intento cierto discurre por diversos pensamientos, dejándose llevar ya de uno, ya de otro, sin firmeza, sin estabilidad y sin atención solícita y diligente, estando ya aquí, ya allí, y tratando este negocio tan tibiamente, que fácilmente es llevada de cualesquier otros pensamientos peregrinos.

Por esto pues es cosa conveniente que haya (á lo menos en los principios) materia determinada y tiempos también señalados para este ejercicio, exentos de las otras ocupaciones del día y diputados para Dios, así como los tiene la Iglesia para las oraciones públicas y Oficios divinos. Aunque ni tampoco esto se pide con tanto rigor, que sea luego pecado hacer lo contrario. Porque fuera de aquellos tiempos y lugares señalados puede el hombre levantar su espíritu á Dios así con aquellas meditaciones como con otras que le muevan á devoción: porque como éste sea el fin que se pretende, cualquier cosa que sirva para esto, no se ha de tener por extraña deste ejercicio. Por dónde uno de los más comunes avisos que en esta parte se dan, es que cuando estando el hombre en una consideración, se le ofrece evidentemente más fructo y más miel en otra, siempre debe preceder ésta á la otra, pues por ella se consigue mejor el fin que se busca, que es la devoción.

Pues conforme á esto, los confesores y padres espirituales que quieren introducir en este sancto ejercicio á los deseosos de aprovechar en él, la manera que para esto podrán tener, será ésta. Primeramente débenles ir poco á poco leyendo ó platicando la historia de todos los pasos principales de la vida de Cristo, y después los puntos sobre que podrán filosofar en esa misma historia, como adelante se platica. Y para que mejor esto se les quede en la memoria, es muy buen aviso (donde esto se puede hacer cómodamente, como es en casas de novicios, &c.) pedirles cada día cuenta de la lición pasada, mandándoles que digan primero la historia del misterio, y después los puntos sobre que podrán filosofar en él: porque desta manera se ha visto por experiencia quedar los hombres en pocos días muy bien enseñados y aprovechados. Y introducidos en el camino por este modo, fácilmente podrán ellos por sí advertir y notar algunos puntos y considera-

ciones sobre los dichos pasos, con que unas veces se muevan á imitación de los ejemplos de Cristo, otras á agradescimiento de sus beneficios, otras á compasión de sus trabajos, otras al amor y devoción de un Señor que tanto los amó, y otras á otros afectos y documentos semejantes.

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comenzaremos á tratar de la materia de la meditación ó oración mental, de que señaladamente se escribe en este tratado. Y como entre todas las materias que para esto sirven, la principal sea la vida de nuestro Salvador, que es la que mayor conoscimiento nos da de la divina bondad, justicia, misericordia, providencia y amor para con los hombres, désta trataremos primero, aunque con la brevedad que á este Memorial pertenece, puesto que la materia es la más rica, más copiosa y más divina de todas cuantas se pueden tratar.

SÍGUESE UN DEVOTO MEMORIAL DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR, DONDE PRIMERO SE TRATA DE LA CONSIDERACIÓN DESTOS SAGRADOS MISTERIOS

CAPÍTULO IV

La materia requiría (antes que tratásemos de la consideración de la vida de nuestro Salvador) que declarásemos el fructo grande que deste sancto ejercicio se suele seguir. Mas porque en esto hay mucho que decir, y la brevedad que en esta escriptura seguimos no nos da lugar á tanto, solamente diré al presente que ella es la que más alumbra y esclarece nuestro entendimiento, y mayor conoscimiento nos da de Dios, que es el principio de toda nuestra felicidad. La razón desto es, porque á Dios en esta vida mortal no conoscemos por sí mismo, sino por sus obras, y tanto más por ellas, cuanto son más excelentes y mayores. Pues como sea cierto que entre todas las obras de Dios la que sin alguna comparación es mayor, sea la humanidad de Cristo nuestro Salvador (que es haberse Dios hecho hombre por amor de los hombres) así ella es la que más nos descubre la gran-

deza de las perfecciones divinas: conviene saber, la sabiduría, la bondad, la caridad, la misericordia, la justicia, la providencia, la benignidad y las otras perfecciones suyas. Y así ella es aquella escalera mística que vió el patriarca Jacob, por la cual los ángeles subían y descendían: porque por aquí suben los varones espirituales al conoscimiento de Dios, y por aquí también descienden al conoscimiento de sí mismos.

Tiene también otra cosa esta consideración, que es universalmente provechosa para todo género de personas así principiantes como perfectas. Porque éste es el árbol de vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas, las altas para los grandes, que por aquí suben á la contemplación de las perfecciones divinas, de que ya dijimos, y las bajas para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo y la fealdad de sus pecados, para moverse á dolor y aborrescimiento dellos.

Éste es uno de los más proprios ejercicios del verdadero cristiano, andar siempre en pos de Cristo, y seguir al Cordero por doquiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó cuando (según la traslación caldea) dijo que los justos y los fieles serían la cinta de las renes de Cristo, y que andarían siempre al derredor dél. Lo cual espiritualmente se hace cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta dél ni le pierde de vista, acompañándole en todos sus caminos y meditando en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima. Porque verdaderamente no es otra cosa Cristo (para quien tiene sentido espiritual) sino (como dice la Esposa) un suavísimo bálsamo derramado, el cual (en cualquier paso que le miréis) está siempre echando de sí olor de sanctidad, de humildad, de caridad, de devoción, de compasión, de mansedumbre y de todas las virtudes. De dónde nasce que así como el que tiene por oficio tratar ó traer siempre en las manos cosas olorosas, anda siempre oliendo á aquello que trata, así el cristiano que desta manera trata con Cristo, viene por tiempo á oler al mismo Cristo, que es parecerse con Cristo en la humildad, en la caridad, en la paciencia, en la obediencia y en las otras virtudes suyas.

Pues para este efecto se escribió este presente tratado, que es de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, poniendo brevemente al principio de cada uno la historia de aquel paso,

y después apuntando con la misma brevedad algunas piadosas consideraciones sobre él, para abrir el camino de la meditación al ánima devota. De las cuales unas sirven para despertar la devoción, otras para la compasión, otras para la imitación de Cristo, y otras para movernos á su amor y al agradescimiento de sus beneficios, y otras para otros propósitos semejantes. Imité en este tratado, entre otros que S. Buenaventura hizo, uno llamado: Meditaciones de la Vida de Cristo, que él escribió á una hermana suya, y otro llamado: Árbol de la Vida del Crucificado, que para este mismo efecto por este sancto doctor fué compuesto. Y púselo así en breve para que se pudiese traer en el seno lo que debe andar siempre en el corazón, y así pudiese decir el hombre con la Esposa en los Cantares: Manojico de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará.

Mas antes que descendamos á tratar en particular destos misterios, quise poner un breve preámbulo del misterio de la encarnación de nuestro Salvador Jesucristo, que ayuda mucho para la consideración y inteligencia de su vida sanctísima.

DEL MISTERIO INEFABLE DE LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, DONDE SE DECLARA COMO ÉSTE FUÉ EL MÁS CONVENIENTE MEDIO QUE PODÍA HABER PARA LA REDEMPCIÓN Y SANCTIFICACIÓN DEL GÉNERO HUMANO

CAPÍTULO V

Acerca del inefable misterio de la encarnación del Hijo de Dios, la primera y principal cosa que conviene presuponer y considerar, es la grandeza de la bondad y sabiduría de Dios, que resplandesce en la conveniencia deste medio que escogió para nuestra salud. Del bienaventurado Sant Augustín se escribe que al principio de su conversión no se hartaba de contemplar con una maravillosa dulcedumbre la alteza deste consejo que la divina Sabiduría había escogido para encaminar la salud del linaje humano. Pues quien quisiere sentir algo

de lo que este sancto sentía, debe trabajar por entender el abismo de la sabiduría que en este divino misterio está encerrada. Para lo cual podrá tomar este misterio dende sus primeros principios, porque mejor esto se entienda.

Pues para esto considera primero que hay Dios: lo cual es una verdad tan evidente, aun en lumbre natural, que no hay nación en el mundo, por bárbara que sea, que no conozca ser así, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios. Y si preguntas qué cosa sea Dios, eso no se puede explicar con palabras, sino confesando que Dios es una bondad suma, una sabiduría inmensa, una hermosura infinita. Él es principio y fin de todas las cosas, criador, gobernador, sustentador, proveedor, señor y padre de todo el universo, y finalmente una cosa tan grande, que ninguna otra se puede pensar mayor ni mejor, ni á quien el mundo esté más obligado.

Lo segundo, piensa consecuentemente que ninguna cosa hay debajo del cielo más justa ni más debida que amar, temer, servir y obedescer á este Señor, y vivir conforme á su sanctísima voluntad. Ésta es la cosa más obligatoria, más necesaria, más honesta, más honrosa, más provechosa y más hermosa de cuantas hay y puede haber, y la que por más millares de títulos es debida, como está claro no sólo en lumbre de fe sino también de razón, según lo confiesan todas las naciones del mundo.

Lo tercero, considera profundamente cuán inhábil quedó el hombre por la caída de nuestros primeros padres para cumplir con esta obligación, cuán ciego, cuán enfermo, cuán sensual, cuán terreno, cuán fácil para los vicios y cuán pesado para las virtudes, cuán apetitoso para las cosas sensuales, cuán desganado para las espirituales, cuán cuidadoso de las cosas desta vida, cuán descuidado para las de la otra, cuán aficionado á su cuerpo, cuán olvidado de su ánima, cuán solícito por lo presente (que es momentáneo) y cuán descuidado de lo futuro (que es eterno) cuánta cuenta tiene con los hombres, y cuán poca ó ninguna con Dios. Y la causa de todos estos males fué haber ofendido y indignado contra sí á Dios y haberse por su propria culpa entregado al demonio.

Lo cuarto, considera cuán conveniente cosa era que socorriese Dios al hombre en esta tan grande necesidad. Porque si es voz de toda la filosofía que el autor de la naturaleza á ninguna cria-

tura falta en las cosas necesarias (pues vemos que ni en la tierra, ni en la mar, ni en el aire hay animal, ni gusano, ni gusarapito, por pequeño que sea, á quien falte la divina providencia en todo lo que ha menester para su conservación) por esto no quiso él por su infinita misericordia faltar á la más excelente de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades. Y demás desto, si el hombre por malicia ajena (que es el pecado del primer hombre) había sido derribado, razón era que la virtud ajena ayudase á quien la maldad ajena tanto desayudó, porque así fuese tan capaz del bien como del mal, pues le podía ayudar lo uno como le pudo dañar lo otro.

Lo quinto, mira también que para que este remedio y socorro fuese más bien encaminado, convenía que viniese por las manos y por el ministerio de uno. Porque así como fué uno el que condenó á todos, así fuese uno el que salvase á todos, y como uno fué el destruidor del género humano, así uno fuese su reparador, para que por el camino que había venido la dolencia, por ése entrase la medicina. Y demás desto vemos que esta orden guarda Dios en todo el universo, que en cada linaje de cosas quiere que haya una nobilísima, que sea como cabeza de todas las otras, la cual influya y comunique su virtud á todas ellas, y sea causa de toda la perfección que hay en ellas Así vemos que el sol (que es un cuerpo lucidísimo) es causa de la luz de todas las estrellas, y el primer cielo, que es el primer cuerpo que se mueve, es causa de todos los otros movimientos del mundo. Pues conforme á esto, convenía que en el linaje de las cosas sanctas hubiese una persona sumamente sancta, que sanctificase á todas y fuese general causa de toda sanctidad que en los hombres se pudiese hallar. Teníamos pues necesidad de un tal sancto que nos sanctificase, de un salvador que nos salvase, de un padre que nos reengendrase, de un rey que nos defendiese, de un sacerdote que por nosotros abogase, y de un sacrificio que por nosotros se ofreciese, de un reconciliador que nos hiciese amigos de Dios, y de un fiel abogado y medianero que por nosotros entreviniese. Pues si de todos estos títulos y de todos estos oficios y beneficios tenía necesidad el hombre (que con tantas inhabilidades y manqueras había quedado) ¿quién pudiera suplir mejor todas estas faltas, y soldar todas estas quiebras, y curar todas estas llagas, y hacer todos estos oficios, y ser medianero entre Dios y los hombres, que aquél que junta-

mente era Dios y hombre tan amigo de los hombres (porque era verdadero hombre) y tan amigo de Dios, pues era verdadero Dios, y así como hombre podía encargarse de las deudas ajenas (pues era del linaje del hombre culpado) y como Dios podía pagar por ellas, pues era Dios todopoderoso? Claro está, pues, que así como no hay en el cielo ni en la tierra otra persona mejor que la persona divina, así nadie podía mejor dar cabo á esta obra (llevando el negocio por vía de justicia) que la que era persona divina Y así convenía por cierto que ello fuese, porque si en las obras de naturaleza dicen los filósofos que Dios hace lo mejor y lo más perfecto, mucho más convenía esto en las obras de gracia, que cuanto son más perfectas, tanto se deben hacer con mayor providencia.

Mas ¿quién podrá con palabras explicar la muchedumbre de bienes y provechos que desta manera de remedio se siguen? Porque supuesta la deuda general del linaje humano y la inhabilidad con que el hombre había quedado así para amar á Dios como para todas las otras virtudes, ¿qué medio podía haber más conveniente para la cura de todos estos males y para el remedio de todas estas necesidades? ¿Quién podía mejor satisfacer por deuda infinita, que señor de virtud y dignidad infinita? ¿Por qué otro medio podíamos mejor venir en conoscimiento de la grandeza de la bondad, justicia, misericordia y providencia de Dios, que viendo lo que hizo por el hombre, y de la manera que castigó el pecado del hombre? ¿Qué mayor incentivo para esperar en Dios, que tener los méritos de Cristo por nuestra parte? Y ¿qué mayor motivo para amarle, que ponérsenos delante tal bondad, tal caridad y tal beneficio como éste? Pues para tener que ofrecer á Dios, ¿qué sacrificio se nos podía dar para descargo de nuestras culpas y remedio de nuestras necesidades, más eficaz y más acepto que la muerte y sacrificio del mismo Hijo de Dios? Pues para mover al hombre á la virtud de la humildad, de la paciencia, de la obediencia, de la pobreza y aspereza de vida, ¿qué medio pudiera haber más poderoso que ver al mismo Dios tan humilde, tan paciente, tan obediente, tan pobre y tan maltratado por nosotros? Pues para criar en nuestros corazones odio contra el pecado, ¿qué motivo se podía dar mayor que ver el odio que Dios mostró contra él, pues tantos y tan grandes extremos hizo por destruirlo? Piense pues el hombre cada cosa déstas en particular y profundamente, y hallará por cierto que para nin-

guno destos fines pudiera haber medio más conveniente, antes le parecerá tan conveniente y tan á propósito de cada uno, como si para solo aquél fuera instituído. Y por aquí conoscerá la sabiduría de Dios que tan bien supo encaminar lo que convenía.

§ I

Mas por ventura dirás: Ya que convenga tanto eso al remedio del hombre, no parece que conviene á la gloria de Dios abajarse tanto que se hiciese hombre y viniese á morir por el hombre. Esta objección en gran parte nasce de mirar los hombres al hombre de la manera que agora está, que es con todas las vilezas y desórdenes que le vinieron por el pecado, presuponiendo que todo esto tomó sobre sí el Hijo de Dios. Desengáñense pues, porque nada deso tomó sobre sí este Señor. Porque él apartó la naturaleza de la culpa (que es, lo que Dios hizo, de lo que el hombre hizo) tomando solamente lo que Dios hizo, dejó lo que el hombre hizo, aunque por nuestra causa tomó los tormentos y la muerte que sin deberla padesció, con todas las comunes penalidades de la naturaleza humana. Preservando pues la naturaleza de todos estos defectos, adornóla y ennoblescióla (sobre todo lo que se puede encarecer) con tanta abundancia de riquezas espirituales, de virtudes, de sabiduría, de poder y de gracias tantas y tan admirables, que no fué deshonra suya sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo. No sería cosa indigna de un grande rey vestir un sayo de picote, si estuviese todo sembrado de franjas de oro y de piedras preciosas, porque la bajeza que tenía por parte de la materia, se cubría con la hechura. Y lo mismo hizo aquí el Hijo de Dios, porque aunque el paño era bajo, él lo supo adornar con tantas riquezas y labores, obradas por mano del Espíritu Sancto, que no fuese deshonra suya vestirse dél. Porque claro está que ya que Dios quería hacerse hombre, en su mano estaba hacerse tal hombre cual convenía que fuese el que había de ser Dios y hombre juntamente: y así lo hizo. Y demás desto, el fin para que venía, requería esta manera de hábito tan humilde. Porque así como no es cosa indigna de la persona Real vestirse de paño bajo cuando va á caza (porque para este propósito más arma que la tela de oro) así también (pues el Hijo de Dios venía

á reformar el mundo, que es, hacer guerra á la vanidad, á la avaricia, á la soberbia, á las riquezas y deleites sensuales) éste era el hábito que más convenía para este propósito.

Con esta grandeza concuerdan todas las demás, así las que precedieron como las que acompañaron y se siguieron después deste misterio. Porque antes desta venida precedieron entre judíos y gentiles infinitas profecías y figuras que la denunciaron y prometieron por todas las edades y siglos dende el principio del mundo. Y cuando hubo de venir á él, vino también de la manera que convenía á tan alta Majestad. Ca fué concebido como convenía á Dios, porque de Espíritu Sancto: nasció como Dios, porque de madre virgen: conversó en este mundo como Dios, obrando infinitos milagros y haciendo á los hombres innumerables beneficios: y murió como Dios, pues todos los elementos del mundo hicieron sentimiento en su muerte: y después de muerto resuscitó de los muertos, y subió á los cielos, y de ahí envió al Espíritu Sancto. De manera que aunque él fué hombre como nosotros en la naturaleza, no lo fué en la dignidad ni en la gloria. Hombre fué de verdad como nos: mas concebido (como dijimos) de Espíritu Sancto, nascido de madre virgen, alabado de ángeles, anunciado de profetas, y deseado de todas las gentes. Hombre fué como nos: mas hombre que sanctificaba los hombres, que sanaba los enfermos, que alumbraba los ciegos, que alimpiaba los leprosos, que hacía andar los cojos y resuscitaba los muertos. Hombre fué como nos: mas hombre á quien obedescía la mar, á quien servían los elementos, á quien testificaban los cielos, de quien temblaban los demonios, y á quien glorificaban las voces de Dios. Hombre fué, y así murió como hombre: mas muerto venció la muerte, y sepultado saqueó al infierno, y saqueado el infierno, subió al cielo, y subido al cielo, envió al Espíritu Sancto, con el cual sanctificó al mundo. Y quien quisiere ver esta sanctificación, ponga los ojos en aquella felicísima edad de la primitiva Iglesia, y verá los desiertos poblados de monjes, y los poblados llenos de mártires, de confesores y de doctores y vírgines. Verá derribados los templos de los ídolos, verá vencidos los tiranos, verá convertido el mundo, verá reinar la justicia, y entenderá que nadie era poderoso para hacer tan grandes maravillas sino Dios.

Lo que después de todo esto se siguió, fué esta renovación del mundo, acompañada con los triunfos admirables que en esta

jornada alcanzó. Porque primeramente triunfó del reino del diablo (que cuasi en todo el mundo era adorado) cuyos altares derribó. Triunfó del mundo, cuyos reyes y emperadores, no peleando sino padesciendo subjetó. Triunfó de sus enemigos, cuya república y templo hasta hoy día destruyó y puso en perpetuo captiverio. Y lo que más es, triunfó del pecado, que tan apoderado estaba de todos los hombres del mundo, pues tanta muchedumbre de sanctos se levantaron de nuevo, que vencieron este tirano, vencedor de todos los reyes del mundo. Y finalmente, triunfó del infierno, pues lo saqueó, y también del cielo, pues nos lo abrió: y triunfará después de la muerte, cuando le hará restituir todos los muertos y volver á la vida sus despojos. Por lo cual todo se ve claro cómo no es deshonra, sino grandísima gloria, hacerse Dios tal hombre cual aquí protestamos y confesamos que se hizo.

Ni hace contra esto haber padescido tan cruel y deshonrada muerte, pues en la muerte no hay deshonra, sino en la causa: porque así como padescer por maleficio es la más amenguada cosa del mundo, así por el contrario, padescer por la virtud, esto es, por la patria, por la fe, por la justicia, por la castidad y por la gloria y obediencia de Dios, es la cosa más gloriosa y más honrosa del mundo: y cuanto mayor fuere por esta causa la ignominia, tanto mayor será la gloria. Con lo cual se junta que esta tan gloriosa muerte parió todas las muertes de los mártires y todas las mortificaciones y virtudes de los confesores y de todos los sanctos que ha habido en el mundo, los cuales con el ejemplo, esfuerzo y beneficio que desta gloriosa muerte recibieron, padescieron constantemente todo lo que convenía padescer por la virtud. Alaba pues, oh hombre, al Señor por este tan grande beneficio, considerando que pudiera él desamparar al hombre después que pecó (sin perder por eso nada de su derecho) ó pudiéralo remediar por otro medio que no le fuera tan caro, y no quiso sino por éste que á él era tan costoso, por ser más conveniente para nuestro remedio. Y pues este Señor de tal manera se hizo nuestro medianero, que con sus merescimientos obligó á Dios, y con sus ejemplos á los hombres, el que quisiere valerse de sus merescimientos, trabaje por imitar sus ejemplos.

De la Anunciación del Ángel á Nuestra Señora.

Pues comenzando á discurrir por los principales pasos y misterios de la vida del Salvador, la primera cosa que se ofrece, es la embajada del ángel á la sacratísima Virgen nuestra Señora. Donde ante todas cosas es razón poner los ojos en la pureza y sanctidad desta Señora, que Dios *ab aeterno* escogió para tomar carne della. Porque así como cuando determinó criar el primer hombre, le aparejó primero la casa en que le había de aposentar (que fué el paraíso terrenal) así cuando quiso enviar al mundo el segundo (que fué Cristo) primero le aparejó lugar para lo hospedar, que fué el cuerpo y ánima de la sacratísima Virgen. Y así como para aquel Adán terreno convenía casa terrenal, así para éste, que venía del cielo, era menester casa celestial, esto es, adornada con virtudes y dones celestiales. Y porque la condición de Dios es hacer las cosas tales cual es el fin para que las hace, así como esta Virgen fué escogida para la mayor dignidad que hay después de Dios, que es ser madre suya, así le fué concedida la mayor sanctidad y perfección que hay después dél. Y porque ella era madre del Sancto de los sanctos, á ella fueron concedidas por muy más alta manera todas las gracias y privilegios que se otorgaron á todas las sanctas y sanctos: y sobre esto le fueron concedidos otros siete privilegios de grandísima dignidad y admiración. Entre los cuales el primero fué salir del vientre de su madre llena de Espíritu Sancto y sin mácula de pecado. El segundo, no sentir en sí ningún género de mala inclinación ni apetito desordenado. El tercero, nunca jamás en sesenta y tantos años de vida haber cometido un solo pecado, no sólo mortal, pero ni venial, que es cosa que sobrepuja toda admiración. El cuarto, haber concebido por virtud del Espíritu Sancto. El quinto, haber parido sin dolor y sin detrimento de su pureza virginal. El sexto, haber sido llevada en cuerpo y ánima al cielo, sin que su cuerpo supiese qué cosa era corrupción. El séptimo, estar asentada al lado del Hijo en los más altos bienes de gloria que á otra pura criatura fueron comunicados. Pues siendo esta Virgen tan privilegiada y aventajada sobre todos los sanctos, y tan llena de gracia, ¿qué cosa fuera ver la

vida que en este mundo viviría? ¿Qué fuera ver su pureza, su humildad, su caridad, su benignidad, su honestidad, su mesura, su misericordia, y todas las otras virtudes que en ella más que rubíes y esmeraldas resplandescían? ¿Qué fuera verla en este mundo conversar con los hombres, y vivir entre ellos, la que por otra parte conversaba con los ángeles, y trataba con ellos? ¿Qué fuera ver sus ejercicios, sus lágrimas, sus vigilias, sus abstinencias, sus oraciones, en que gastaría los días y las noches con Dios? ¿Qué cosa más admirable que en sesenta y tantos años de vida, conversando con los hombres, y viviendo en cuerpo subjecto á la hambre y necesidades de los otros cuerpos, nunca jamás descompasarse un solo punto ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en hablar, ni en otra cosa alguna, trayendo siempre todas las potencias de su ánima, su memoria, su entendimiento, su voluntad y su intención puestas con Dios? ¡Cuán llena de luz, de amor y de deleites celestiales estaba la que desta manera perseveraba uñida con eterno vínculo de amor y suavidad con Dios! Finalmente, tal era su vida. su pureza y la hermosura de su ánima, que quien tuviera ojos para mirarla, mucho más conosciera por aquí la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios, que tal ánima había formado y perfeccionado, que por la fábrica y hermosura de todo este mundo.

Aparejada pues esta casa, que es este paraíso de deleites, para este segundo Adán, después que se cumplió el tiempo que la divina Sabiduría tenía determinado para dar remedio al mundo, envió el ángel S. Gabriel á esta Virgen llena de gracia, la más bella y la más pura y escogida de todas las criaturas del mundo, porque tal convenía que fuese la que había de ser madre del Salvador del mundo. Y después que este celestial embajador la saludó con toda reverencia, y le propuso la embajada que de parte de Dios le traía, y le declaró de la manera que se había de obrar aquel misterio, que no había de ser por obra de varón, sino por Espíritu Sancto, luego la Virgen con humildes palabras y devota obediencia consintió á la embajada celestial: y en ese punto el verdadero Dios omnipotente descendió en sus entrañas virginales, y fué hecho hombre, para que desta manera haciéndose Dios hombre, viniese el hombre á hacerse Dios.

Aquí puedes primeramente considerar la conveniencia deste medio que la Sabiduría divina escogió para nuestra salud (de la

manera que en el preámbulo precedente está platicado) porque ésta es una de las consideraciones que más poderosamente arrebata y suspende el corazón del hombre en admiración desta inefable sabiduría de Dios, que por tan conveniente medio encaminó el negocio de nuestra salud, dándole juntamente con esto gracias, así por el beneficio que nos hizo, como por el medio por que lo hizo, y mucho más por el amor con que lo hizo, que sin comparación fué mayor.

Considera también aquí la inefable caridad de Dios, que al tiempo que nosotros dormíamos y menos cuidado teníamos de nuestra salud, y ni con oraciones ni sacrificios procurábamos nuestro remedio, se acordó él de remediarnos, y pudiendo hacer esto por otras muchas maneras, lo quiso hacer por ésta, que á él era tan costosa, por ser la más conveniente que había para nuestra salud. De la cual caridad dijo el mismo Señor en el Evangelio: De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo, para que mediante la fe y amor que tuviésemos con él, alcanzásemos la vida eterna.

Considera también la maravillosa vergüenza y silencio desta Virgen, que apenas habló una palabra necesaria, después de muchas que el ángel le habló. Y considera también su grande humildad, pues teniendo tanta razón para temer, teniendo delante de sí un ángel en tan resplandesciente figura, no se hace mención deste temor, sino del que recibió en oirse alabar y llamarse llena de gracia y bendita entre las mujeres: porque para el verdadero humilde ninguna cosa hay más nueva ni más temerosa que oir sus alabanzas, porque éstas son los ladrones y robadores del tesoro de la humildad.

Considera también el amor inestimable que esta Virgen tenía á la castidad, pues ella fué la primera que en el mundo hizo este nuevo voto, sin tener ejemplo que imitar. Y qué tan grande haya sido el amor que tuvo á esta virtud, parece claro, pues ofreciéndole tan grande gloria como es ser madre de Dios, todavía trató de volver por la gloria desta virtud, y todavía (como S. Bernardo dice) sintió pesar si por ventura para esto se había de dispensar el voto de su pureza virginal.

Piensa también en la fe desta Señora, de la cual con mucha razón fué alabada de Sancta Elisabet, pues creyó tantas maravillas juntas, y tan increíbles á todo humano entendimiento. Pues

si tanto alaba el Apóstol la fe de Abraham porque creyó que una mujer estéril pariría, ¿cuánto fué mayor la fe desta doncella, que creyó que una virgen pariría, y que Dios encarnaría, y que todo esto sería por Espíritu Sancto, sin obra de varón? De dónde aprenderás, hombre flaco, á creer y fiarte siempre de todas las palabras y promesas de Dios, aunque al seso humano parezcan increíbles.

Considera después de todo este tan dulce diálogo, con cuánta humildad y obediencia se resignó esta Señora en las manos de Dios, diciendo: He aquí la esclava del Señor, &c. Mas sobre todo esto es mucho más para considerar los movimientos, los júbilos y los ardores que en aquel purísimo corazón entonces habría con la supervención del Espíritu Sancto, y con la encarnación del Verbo divino, y con el remedio del mundo, y con la nueva dignidad y gloria que allí se le ofrecía, y con tan grandes obras y maravillas como allí le fueron reveladas y obradas en su persona. Mas ¿qué entendimiento podrá llegar á entender lo que en esto pasó?

La Visitación á Sancta Elisabet.

Como el Angel denunció á la sacratísima Virgen que su parienta Elisabet en su vejez había concebido un hijo, dice el Evangelista que se partió con gran priesa á visitarla. Y entrando en su casa, y saludándola con toda humildad, como oyó Elisabet la salutación de María, saltó de placer el niño en su vientre, y en este punto fué llena del Espíritu Sancto Elisabet su madre, y exclamó con una grande voz diciendo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fructo de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tan grande bien que la madre de mi Señor venga á mí? &c.

Tres personas tienes aquí en que poner los ojos: el niño Sant Juan, su madre, y la Virgen. En el niño considera una tan extraña manera de sentimiento y alegría como ésta que aquí refiere el Evangelista. Porque en aquel punto le fué acelerado el uso de la razón, y le fué dado conoscimiento de quién era el Señor que allí venía, y del misterio inefable de su encarnación. De lo cual fué tan grande el alegría que su ánima recibió, que vino á hacer aquella manera de salto y movimiento con el cuerpo, por la grande alegría que recibiera su espíritu. Por dónde podrás con-

jecturar qué tan grande sería esta luz y alegría, pues no se pudo contener que no redundase en el cuerpo y se declarase con aquel salto y movimiento tan desacostumbrado. También podrás por aquí entender qué tan grande sea el misterio y beneficio de la encarnación del Hijo de Dios, pues con tal manera de sentimiento y reverencia quiso el Espíritu Sancto que fuese por este niño celebrado: y por consiguiente, qué es lo que debe hacer el que es ya hombre perfecto, pues este niño encerrado en las entrañas de su madre tal sentimiento mostró.

Mas en la madre considera qué tan grande sería la admiración y alegría desta sancta mujer con el súbito resplandor de tan grande luz, que es, con el conoscimiento de tan grandes maravillas como allí le fueron reveladas, pues en aquel instante por una manera inefable le fué hecha revelación cuasi de todo el misterio del Evangelio y de la redempción del género humano. Porque allí conosció que aquella doncella que tenía delante, era madre de Dios, y que había concebido del Espíritu Sancto, y que el Hijo de Dios estaba encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido al mundo, y que el género humano había de ser con su venida redemido. Allí supo que era cumplido el deseo universal de todos los Patriarcas, la predicación de los Profetas, la esperanza de todos los siglos presentes, pasados y venideros. Allí conosció el misterio inefable de la Sanctísima Trinidad, porque entendido que el Hijo de Dios era concebido, y concebido por Espíritu Sancto, también había de entender la distinción de las Personas Divinas: conviene saber, el Padre, cuyo Hijo había encarnado, y el Hijo que había encarnado, y el Espíritu Sancto, por cuya virtud se había obrado este tan grande misterio. Pues según esto, ¿qué podría sentir aquel piadoso corazón con el resplandor de tan altos y tan incomprehensibles misterios? Especialmente si consideras la diferencia que hay entre la enseñanza de Dios y la de los hombres, porque ésta comúnmente no hace más que alumbrar el entendimiento, sin mover la voluntad, mas la de Dios es de tanta virtud y eficacia, que cuanto alumbra el entendimiento tanto mueve la voluntad á sentir la grandeza de las cosas que el entendimiento concibe. Pues si tantos y tan grandes eran los resplandores de su entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y afectos de su voluntad, esto es, el alegría, la suavidad y la admiración de tan grandes sacramentos? No hay palabras que basten

para explicar esto como es, porque por aquí veas cuán grandes sean las consolaciones y dones de Dios, aun en esta vida mortal, para con los suyos, pues así los visita y recrea con sentimientos de cosas tan admirables. Todo esto nos descubre en una palabra el Evangelista, cuando dice que la sancta mujer exclamó con una grande voz, porque la grandeza desta voz claramente nos enseña la grandeza del afecto y sentimiento de donde ella procedía.

Entendido pues por esta vía el corazón desta sancta mujer, trabaja por entender el corazón de la Virgen y las palabras de aquella maravillosa canción que allí cantó sobre este misterio. Mira pues lo que podría sentir aquí la Virgen con esta segunda confirmación y testimonio de las grandezas y maravillas que Dios en ella había obrado, y cuáles serían aquí los ardores y arrebatamientos de su ánima, las lágrimas de sus ojos, el alegría de su corazón, y el reconoscimiento de tan grandes beneficios, cuando comenzó á cantar aquel divino cántico de *Magnificat.* ¡Qué tanto alabaría y engrandescería su ánima á Dios, y cuánto se alegraría su espíritu en él, viéndose toda cubierta de resplandores y dones tan admirables! Oh bienaventurada Virgen, ¿qué sentía tu piadoso corazón, cuando decías: Engrandece mi ánima á Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, y hizo en mí grandes cosas el todo poderoso? Qué grandezas y maravillas eran ésas, no es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos y alegrarnos y quedar atónitos con la consideración dellas. ¡Oh dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son visitados y consolados de Dios!

Mira también que como esta Señora conoscía tanto de la misericordia y gracia de Dios y del medio por do se alcanza (que es la humildad) así todo aquel cántico empleó en declarar estas dos cosas: porque quien tan bien había negociado por medio desta virtud, en ninguna cosa convenía más que soltase su lengua, que en las alabanzas della, para que por aquí entienda el que desea alcanzar la divina gracia, que la ha de buscar por esta misma vía.

Y no menos se debe considerar aquí la dignidad y excelencia desta Virgen, pues así como sonó la voz de su salutación (que sería, Dios te salve, ó Dios sea contigo) en los oídos de Sancta Elisabet, luego en ese punto fué Dios con ella por esta tan especial

manera, pues luego fué llena del Espíritu Sancto, con cuya luz conosció tantas y tan grandes cosas. De manera que así como cuando al principio del mundo dijo Dios: Hágase luz, luego fué hecha la luz, así en diciendo la Virgen: Dios te salve, entró la luz y la salud en su ánima junto con la voz, puesto caso que la manera de obrar fuese diferente, porque lo uno fué mandando como criador, y lo otro rogando y suplicando como sanctísima criatura. En lo cual verás cuánto nos va en ser esta Señora nuestra abogada y tener especial devoción con ella, pues tánta virtud tienen sus palabras para dar salud, y no menos agora en el cielo que tuvieron entonces en la tierra.

La revelación de la virginidad de nuestra Señora al sancto Josef.

Vuelta la Virgen á su casa, como el sancto Josef la vió preñada, y no sabía de dónde esto fuese, dice el Evangelista que no queriendo acusarla, se quiso ir y desampararla, hasta que el ángel de Dios le apareció en sueños y le reveló este tan gran misterio.

Acerca de lo cual primeramente considera la grandeza del trabajo que padescería la Virgen en este tiempo, viendo al esposo tan amado con tan grande turbación y aflicción como consigo traía, y con tan grande ocasión para tenerla: para que por aquí veas cómo á tiempos parece que desampara el Señor á los suyos, y los prueba con grandes angustias y tribulaciones para ejercitar su fe, su esperanza, su caridad, su humildad y su paciencia: las cuales virtudes con estas tribulaciones se perfeccionan y crescen, así como el oro se apura con el fuego, y el fuego se enciende con el aire.

Considera también la paciencia y el silencio con que la Virgen padescería este trabajo, pues ni por esto perdió la paz de su consciencia ni la humildad de su ánima, ni descubrió el secreto de aquel gran misterio, pudiendo alegar un testimonio tan abonado de su pureza como era el de Sancta Elisabet, demás de la sanctidad y inocencia de su vida tan ajena de toda sospecha. Nada desto hizo, sino puesta en oración, descubría y encomendaba al

Señor su causa, remitiéndose en esto y en todo á su divina providencia.

Asimismo considera la grandeza de su fe y esperanza, pues en un caso de tanta dificultad (donde parece que ninguna manera de remedio ni salida prometía la naturaleza humana) no sólo no desconfió, sino antes con toda confianza esperó que de donde había procedido el misterio, de ahí vendría el remedio, y quien era autor de lo uno, también lo sería de lo otro, pues las obras deste Señor no son mancas y defectuosas, sino acabadas en toda perfección. Y por lo uno y por lo otro conoscerás la verdad de aquella sentencia que el Profeta dijo: Muchas son las tribulaciones de los justos, mas de todas ellas los librará el Señor.

Considera también la sanctidad deste glorioso Patriarca, que teniendo tanta ocasión para acusar y condenar la inocente, y poniéndole la misma ley el cuchillo en las manos, no quiso ensangrentarlas con la acusación que él tenía por tan merecida, sino antes quiso irse por esos mundos descaminado, que con pleitos y acusaciones seguir su derecho. Porque la verdadera justicia siempre está llena de misericordia, y la verdadera caridad nunca tiene por ganancia propria la que está mezclada con pérdida ajena. Por dónde verás cuán familiar es á los buenos la virtud de la misericordia, y con cuánta razón dijo el Eclesiástico que el justo tenía compasión aun de las bestias, mas las entrañas de los malos eran crueles. No parece haber sido ésta obra de hombre sino de ángel. Porque de demonios es hacer mal á los que no lo merecen, y de hombres á los que lo merecen, mas de ángeles, ni aun á los mismos que lo merescen. Y tal era este bienaventurado y nuevo ángel de la tierra, puesto caso que la Virgen estaba tan salva de toda culpa.

Tras desto considera luego la revelación hecha á este sancto Patriarca, para que por aquí entiendas cómo el Señor azota y regala, mortifica y da vida, derriba hasta los abismos y saca dellos, y cómo finalmente es verdad lo que dice el Apóstol: Sabe muy bien el Señor librar á los justos de la tribulación. Dónde se ofrece luego materia para considerar qué tan grande sería la alegría y admiración que este sancto recibiría cuando hallase inocencia donde tanto deseaba hallarla: y no sólo inocencia para no desampararla, sino tan grande dignidad y gloria para tenerla en tanta reverencia. ¡Qué gracias, qué alabanzas daría á Dios

por haberlo así alumbrado, así desengañado, así despenado, así apartado de sus vanos propósitos y caminos, y escogido para ser guarda y depositario de tan gran tesoro! ¡Cómo se iría luego á la Virgen Sanctísima (que por ventura estaría en aquella hora celebrando las vigilias de sus maitines y pidiendo con sus oraciones aquel remedio) y con qué devoción y lágrimas se derribaría á sus pies, y le pediría perdón de la sospecha pasada, y cómo le daría cuenta de la revelación del ángel! Y ¡cuál sería allí el alegría y las lágrimas de la Sanctísima Virgen, considerando por una parte la fidelidad de Dios para con los suyos en sus trabajos, y por otra viendo al sanctísimo esposo despenado, y vueltas sus lágrimas en alegría, cuya pena tanto sentía, cuanto le amaba! Porque dado caso que cuanto al uso del matrimonio no le conoscía por marido, mas cuanto al amor y reverencia conyugal nunca se halló jamás tal corazón de casada para con marido Y si (como dice el Eclesiástico) es hermosa la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación, ¿qué sentimientos habría allí de la hermosura desta misericordia en tiempo de tan grande tribulación? ¿Qué maitines celebrarían allí entrambos, qué laudes cantarían, y con cuántas lágrimas se celebrarían estos oficios, y se darían gracias por esta misericordia?

Del Nascimiento del Salvador.

En aquel tiempo (dice el Evangelista) mandó el emperador César Augusto que todas las gentes fuesen á sus tierras á escribirse y pagar cierto censo al Imperio Romano. Por cuya causa la sacratísima Virgen caminó de Nazaret á Betleem á cumplir este mandamiento: donde acabado el tiempo de los nueve meses parió su unigénito Hijo, y (como dice el Evangelista) lo envolvió en sus pobres pañales, y acostó en un pesebre, porque no tenía otro lugar en aquel mesón. Ésta es la suma deste soberano misterio.

Salid pues agora, hijas de Sión (dice la Esposa en los Cantares) y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día del alegría de su corazón. Oh ánimas religiosas y amadoras de Cristo, salid agora de todos los cuidados y negocios del mundo, y recogidos

todos vuestros pensamientos y sentidos, poneos á contemplar al verdadero Salomón, pacificador de cielos y tierra, no con la corona que le coronó su Padre cuando lo engendró eternalmente y le comunicó la gloria de su divinidad, sino con la que le coronó su madre cuando le parió temporalmente y le vistió de nuestra humanidad. Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre sino en los brazos de la Madre, no entre los coros de los ángeles sino entre unos viles animales, no asentado á la diestra de la Majestad en las alturas sino reclinado en un pesebre de bestias, no tronando ni relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo. Venid á celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Éste es el día del alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio como verdadero redemptor.

Mas para proceder en este misterio ordenadamente, considera primero los trabajos que la sacratísima Virgen pasaría en este camino que hizo de Nazaret á Betleem. Porque el camino era largo, los caminantes pobres y mal proveídos, la Virgen muy delicada y vecina al parto, el tiempo muy contrario para caminar, por los grandes vientos y fríos que hacía y por el mal aparejo de las posadas, á causa de ser tantos los huéspedes que de todas partes acudirían. Camina pues tú en espíritu en esta sancta romería, y con una pureza y simplicidad de niño y con humilde y devoto corazón sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres á estos sanctos peregrinos, y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios, unas veces orando y otras dulcemente platicando, y así trocando los ejercicios, vencían el trabajo del caminar. Camina pues tú, hermano, con ellos para que siendo compañero del camino y del trabajo, lo seas después del alegría y de la gloria del misterio.

Considera luego la extrema pobreza y humildad que el Rey del cielo escogió en este mundo para su nascimiento: pobre casa, pobre cama, pobre madre, pobre ajuar, y aderezo tan pobre, que la mayor parte de lo que allí sirvió, no sólo fué pobrísimo y bajísimo, sino también (como dice S. Bernardo) prestado, y prestado de bestias. Tal fué la posada que escogió el Criador del mun-

do, y tales los regalos y deleites que tuvo aquel sagrado parto. Oh Señor Dios nuestro (dice Cipriano) ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Verdaderamente vos sois Dios obrador de maravillas. Ya no me maravillo de la figura del mundo, ni de la firmeza de la tierra (estando cercada de un cielo tan movible) no de la sucesión de los días, ni de la mudanza de los tiempos (en los cuales unas cosas se secan, otras reverdecen, unas mueren y otras viven) de nada desto me maravillo, sino maravíllome de ver á Dios en el vientre de una doncella, maravíllome de ver al todo poderoso en la cuna, maravíllome de ver cómo á la Palabra de Dios se pudo pegar carne, y cómo siendo Dios substancia espiritual, recibió vestidura corporal. Maravíllome de tantas expensas, y de tan largo proceso, y de tan grandes espacios como se gastaron en esta obra. En más breve tiempo se pudiera concluir este negocio, y con una palabra de Cristo se pudiera redimir el mundo, pues con una se crió. Mas bien parece cuánto más noble criatura es el hombre racional que este mundo corporal, pues tanto más se hizo para su remedio. En los otros misterios todavía hallo salida, mas en éste la grandeza del espanto roba todos mis sentidos, y con el Profeta me hace clamar: Señor, oí tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé pasmado. Con mucha razón por cierto os espantáis, Profeta, porque ¿qué cosa más para espantar que la que aquí en tan pocas palabras nos refiere el Evangelista diciendo: Parió su unigénito Hijo, y envolvióle en unos pobres pañales, y acostóle en un pesebre, porque no tenía otro lugar en aquel establo. ¡Oh misterio de grande veneración! ¡Oh cosa, no para decirse sino para sentirse, no para explicarse con palabras sino con silencio y admiración! ¿Qué cosa más admirable que ver aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, aquél que está asentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y cuyo estrado real es toda la tierra, que haya querido venir á tan grande extremo de pobreza, que cuando nasciese (ya que quiso nascer en este mundo) le pusiese su madre en un pesebre, por no tener otro lugar en aquel establo? ¿Qué persona tan baja llegó jamás á tal extremo de pobreza, que por falta de otro mejor abrigo viniese á reclinar su hijo en un pesebre? ¿Quién juntó en uno dos extremos tan distantes como son Dios y pesebre? ¿Qué cosa

más baja que pesebre, que es lugar de bestias, y qué cosa más alta que Dios, que está asentado sobre los querubines? Pues¿cómo el hombre no sale de sí, considerando estos dos extremos tan distantes, Dios en un establo, Dios en un pesebre, Dios llorando y temblando de frío y envuelto en pañales? Oh Rey de gloria, oh espejo de inocencia, ¿qué á ti con estos cuidados? ¿Qué á ti con lágrimas? ¿Qué á ti con el frío y desnudez y con el tributo y castigo de nuestros pecados? ¡Oh caridad, oh piedad, oh misericordia incomprehensible de nuestro Dios! ¿Qué haré, Dios mío? ¿Qué gracias te daré? ¿Con qué responderé á tantas misericordias? ¿Con qué humildad responderé á esta humildad, con qué amor á este amor, y con qué agradescimiento á este tan grande beneficio? Véome por todas partes cercado de tantas obligaciones, véome como anegado debajo las olas de tantos beneficios, y no veo de qué manera pueda salir de tan grande cargo. Antes se me figuraba que merescía mil infiernos el que te ofendía: mas agora, después de tan grandes y tan nuevos títulos, ya no hay pena que baste para castigo del que no te ama. Bendito seas para siempre, Dios mío, que con tales cadenas me prendiste, y tales pesas echaste á mi corazón para llevarlo á ti, y con tales beneficios y misterios quisiste encenderme en tu amor, y confirmarme en tu esperanza, y aficionarme al trabajo, á la pobreza, á la humildad, al menosprecio del mundo y al amor de la cruz.

Mas desviemos agora un poco los ojos deste sancto pesebre, y pongámoslos en el tesoro que está en él: dejemos el panar de la cera, y trabajemos por gustar la miel que en él está encerrada. Considera pues la inefable suavidad y misericordia del Salvador, que señaladamente resplandesce en esta edad y ternura de miembros y en esta figura de niño que por defuera parece. Está Dios (dice un sancto) colgado de los pechos de una doncella, está liado con fajas, y sueltas las lías extiende sus dichosos pies y manos por aquella estrecha cama. Sonríese como niño á la madre, halágala con el rostro, y vuelve sus alegres ojos á mirarla. Y verdaderamente, como él sea un piélago de suavidad, más suave me lo hace aquí la ternura de sus miembros. Esta dulcedumbre es incomparable, y esta piedad inefable. ¡Que vea yo al Dios que me crió á mí, hecho niño por amor de mí, y aquél de quien antes se decía: Grande es Dios, y muy loable, agora se diga dél: Chico es Dios, y muy amable!

Mirando así el hijo, pongamos luego los ojos en la madre, que no es la menor parte deste misterio. Considera pues el alegría, la devoción, las lágrimas y la diligencia desta Señora, y mira cuán perfectamente ejercitó aquí ambos oficios de Marta y de María. Mira con cuánta solicitud y diligencia sirve en todo lo que pertenece á este niño, pues ella toma al niño en sus brazos, envuélvelo, desenvuélvelo, apriétalo, abrázalo, adóralo, bésalo y dale la teta. Todo este negocio está lleno de gozo, porque ningún dolor ni injuria hubo en aquel sagrado parto. Ni había allí (dice Cipriano) necesidad de baños ni lavatorios que se suelen aparejar á las paridas, porque ninguna injuria había recibido la Madre del Salvador, la cual parió sin dolor, así como había concebido sin deleite. El fructo ya maduro y con sazón se cayó del árbol que lo traía, y no había necesidad de arrancar con fuerza lo que de su voluntad se nos daba. Ningún tributo se pagó en este parto, ni el deleite precedente (que no hubo) pidió alguna usura de dolor. Y por esto no convenía que la que era inocente, fuese afligida de balde: ni consentía la divina justicia que aquel almario del Espíritu Sancto fuese agraviado con las injurias de las otras mujeres, pues en sola la naturaleza comunicaba con ellas, no en la culpa. Los aderezos de casa que allí faltaban, aunque los hubiera, no hubiera ojos que los miraran, porque la presencia del niño así tenía ocupados los ojos de Josef y de quienquiera que allí estuviese, que en solo él parecía estar la suma de todos los bienes, y no había necesidad de mendigar por partes lo que en sí sola representaba aquella omnipotente niñez. Mas no es de creer que allí faltase el servicio de los ángeles, ni tampoco la presencia del Espíritu Sancto, que en la Virgen sobrevino. Allí estaba, allí poseía su palacio, allí adornaba el templo que para sí había dedicado, y guardaba su sagrario, y honraba aquel tálamo virginal, y alegraba con inestimables consolaciones aquella ánima bendita, y ojeaba della las injurias de todos los peregrinos pensamientos: de manera que la ley de la carne no contradecía á la del espíritu, ni alguna manera de repugnancia turbaba la paz y reposo de su corazón. El niño mamando en los brazos de la madre, gozaba de aquella leche proveída del cielo, y la fuente del sagrado pecho infundía en la boca del niño purísimo licor. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Después de todo esto puedes también levantar los ojos á con-

siderar, por una parte el cantar de los ángeles, y por otra la adoración de los pastores, alabando al común Señor con los unos, y adorándole con los otros. Porque si los ángeles con un tan grande concurso y devoción alaban al Señor y le dan gracias por esta redención que vino del cielo, no siendo ellos los redemidos, ¿qué deben hacer los redemidos? Si aquéllos así dan gracias por la gracia y misericordia ajena, ¿qué debe hacer el que fué redemido y reparado con ella?

La Circuncisión del Señor.

PASADOS ocho días después del nascimiento, dice el Evangelista que fué circuncidado el niño, y le fué puesto nombre Jesús, el cual nombre fué declarado por el ángel antes que en el vientre fuese concebido.

Acerca deste misterio puedes primeramente considerar el dolor que padescería aquella delicatísima y ternísima carne con este nuevo martirio: el cual era tan grande (especialmente al octavo día) que acaescía morir dél. Por dónde verás lo que debes á este Señor, que tan temprano comenzó á padescer tan graves dolores y hacer tan dura penitencia por la torpeza de tus culpas. Y mira cómo el primer día de su nascimiento derramó lágrimas, y el octavo sangre, para que veas cómo no se cansa la caridad de Cristo, y cómo le va costando el hombre de cada vez más.

Considera también el dolor y lágrimas del sancto Josef, que tan tiernamente amaría este niño (que por ventura fué el ministro desta circuncisión) y mucho más el de su sacratísima madre, que mucho más le amaba, y mira la diligencia que pondría en arrullar y acallar el niño, que como verdadero niño, aunque verdadero Dios, lloraba, y con qué reverencia recogería aquellas sanctas reliquias y aquella preciosa sangre, cuyo valor ella tan bien conoscía.

Mira otrosí cuán tarde comenzó el Hijo de Dios á predicar, y cuán temprano á padescer, pues á los treinta años comenzó la predicación, y á los ocho días padeció la circuncisión, y comenzó á hacer oficio de redemptor. Mira cómo aquel esposo de sangre comienza ya á derramar sangre por su esposa la Iglesia, y cómo el segundo Adán, salido del paraíso de las entrañas virginales,

comienza á saber como uno de nosotros de bien y de mal. Y mira también cómo aquel caudaloso mercader y redemptor del linaje humano comienza ya á dar señal de la paga advenidera, derramando agora esta poquita de sangre en prendas de la mucha que adelante derramará. Por aquí verás con qué deseos viene al mundo, pues tan temprano comenzó á dar por el hombre este tesoro. Adora pues, oh ánima mía, adora y reverencia esta preciosa gota de sangre, en la cual está todo el precio de tu salud, la cual sola bastara para nuestro remedio, si la superabundante misericordia de Dios no quisiera tan copiosamente satisfacer por nuestros pecados. Mira también aquí cómo hoy le ponen por nombre Jesús (que quiere decir Salvador) para que si te desmayaba la señal de pecador, te esfuerce este sanctísimo y eficacísimo nombre de Salvador. Alaba pues, oh ánima mía, abraza y besa ese dulcísimo nombre, más dulce que la miel, más suave que el olio, más medicinable que el bálsamo, y más poderoso que todos los poderes del mundo. Éste es el nombre que deseaban los Patriarcas, por quien suspiraban los Profetas, á quien repetían y cantaban los Psalmos y todas las generaciones del mundo. Éste es el nombre que adoran los ángeles, que temen los demonios, y de quien huyen todos los poderes contrarios, y con cuya invocación se salvan los pecadores. Oh nombre dulce, nombre suave, nombre glorioso, ¡quién te trajese siempre escripto con letras de oro en medio del corazón! Oh pues, hombre flaco y desconfiado, si no bastó la blandura del niño recién nascido para hacerte llegar á él, baste la virtud y eficacia deste nombre para que no huyas dél. Llégate confiadamente á él, y dile con el devotísimo Anselmo: Oh Jesús, por honra de tu sancto nombre seas para mí Jesús. Porque, ¿qué quiere decir Jesús sino Salvador? Muestra pues, Señor, en mí la eficacia deste sanctísimo nombre, y dame por él cumplida y verdadera salud.

La Adoración de los Magos.

Entre las maravillas que acaescieron el día que el Salvador nasció, una dellas fué aparecer una nueva estrella en las partes de Oriente, la cual significaba la nueva luz que había venido al mundo para alumbrar á los que vivían en tinieblas y en

la región y sombras de la muerte. Pues conosciendo unos grandes sabios (que en aquella región había) por especial instincto del Espíritu Sancto lo que esta estrella significaba, parten luego á adorar este Señor. Y llegados á Hierusalem, preguntan por el lugar de su nascimiento, diciendo: ¿Dónde está el que es nascido rey de los judíos? Y informados allí del lugar de su nascimiento, y guiándolos la misma estrella que habían visto en Oriente, llegaron al portalico de Betleem, y allí hallaron al niño en los brazos de su madre, y prostrados en tierra, le adoraron y ofrecieron sus dones, que fueron, oro, encienso y mirra. Dónde puedes claramente ver la bondad y caridad inefable deste Señor, el cual apenas había nacido en el mundo, cuando comenzó á comunicar su luz y sus riquezas al mundo, trayendo con su estrella los hombres tras sí de tan lejas tierras: para que por aquí veas que no huirá de los que lo buscan con cuidado, el que con tanta diligencia buscó á los que estaban tan descuidados.

Aquí tienes primeramente que considerar la devoción, la perseverancia, la fe y la ofrenda destos sanctos varones: porque en cada cosa déstas hay mucho que considerar y que imitar. Considera pues primeramente la grandeza de su devoción, la cual los hizo poner á un tan largo camino y á tan gran trabajo y peligro por venir á adorar este Señor y gozar de su presencia: para que tú por aquí condenes tu pereza, viendo por cuán poco trabajo dejas muchas veces de gozar deste mismo beneficio por no acudir á la casa de Dios, donde podrías ver este mismo Señor y gozar de su presencia, y aun recibirlo dentro de tu ánima por medio de la sagrada Comunión.

Mira también su grande constancia y perseverancia, pues desamparándolos la guía celestial, no por eso desmayaron ni volvieron atrás, sino prosiguieron constantemente su camino, usando de toda buena industria, cuando les faltó la guía. Dónde se nos da un grande ejemplo para no desmayar ni aflojar en nuestros buenos ejercicios, cuando nos desampara el rayo de la devoción y la luz y alegría de la suavidad interior, sino trabajar por pasar adelante, perseverando y continuando nuestros ejercicios, haciendo lo que es de nuestra parte, y teniendo por cierto que la luz de la consolación que primero vimos, volverá á visitarnos por mandado del Señor, como hizo á estos sanctos la estrella, según aquello del sancto Job que dice: En sus manos esconde la luz, y

mándale que otra vez torne á nascer, declarando por ella á sus amigos que él es su posesión.

Considera también la grande fe destos sanctos varones, pues entrando en un tan pobre aposento, y no viendo ningún aparato ni insignias de rey, no dudaron ser aquél Señor y Rey de todo lo criado, y así prostrados por tierra con suma reverencia le adoraron. Grande fué la fe del buen ladrón, el cual en medio de las injurias de la cruz confesó el reino del Crucificado: y también fué grande la destos sanctos varones, pues en una tan grande pobreza y humildad adoraron y reconoscieron la Divinidad y la Majestad. ¡Oh maravillosa niñez, á cuyos pañales velan los ángeles, sirven las estrellas, tremen los reyes, y se inclinan en tierra los seguidores de la sabiduría! ¡Oh bienaventurada choza! ¡Oh silla de Dios, segunda del cielo, adonde no resplandescen antorchas encendidas, sino resplandescientes estrellas! ¡Oh palacio celestial, donde no mora rey coronado, sino Dios humanado, que tiene por estrado real un duro pesebre, y por palacios dorados una choza ahumada, pero adornada y esclarecida con resplandor celestial!

Después desto nos queda por mirar la ofrenda con que estos sanctos varones acompañaron su fe, reconosciendo que la fe no ha de ser sola y desnuda, sino acompañada con buenas obras. Y considerando más profundamente el misterio desta ofrenda, hallaremos que en ella nos está significada la suma de toda la justicia cristiana. Porque tres son las principales cosas que comprehen de esta justicia. La primera es hacer el hombre lo que debe para con Dios, y la segunda para consigo, y la tercera para con su prójimo: y con todo esto cumple el que espiritualmente ofrece las tres especies que estos sanctos ofrecieron. Porque por el encienso entendemos la oración, que es obra de la virtud de la religión, á la cual pertenece adorar y honrar á Dios. Por lo cual decía el Profeta: Suba, Señor, mi oración así como el encienso. Porque así como el encienso sube á lo alto con suavidad de olor, así la oración sube de la tierra al cielo con grande suavidad y acepción de Dios. Mas por la mirra, que por una parte es muy amarga, y por otra muy saludable y de muy suave olor, entendemos la mortificación de nuestros apetitos y pasiones, la cual es muy amarga á nuestra carne, mas muy saludable y muy suave á nuestro espíritu. Por el oro entendemos la caridad: porque así como el oro es el más precioso de los metales, así la caridad es la más exce-

lente de las virtudes. Pues según esto, el que quisiere hacer lo que debe para con Dios, ofrézcale encienso, que es, un corazón devoto y levantado siempre de la tierra al cielo por consideración y memoria de su sancto nombre, porque esto es ofrecer encienso. cuyo olor sube siempre á lo alto. Mas el que quisiere hacer lo que debe para consigo, ofrezca mirra de mortificación, castigando su carne, enfrenando su lengua, recogiendo sus sentidos y mortificando todos sus apetitos, porque ésta es mirra de suavísimo olor ante el acatamiento de Dios, aunque sea muy desabrida y amarga á nuestra carne. Pero el que demás desto desea cumplir con sus prójimos, ofrezca oro de caridad, partiendo lo que tiene con los necesitados, y sufriendo y perdonando con caridad á los descomedidos, y tratando benignamente á todos. De suerte que el que quisiere ser perfecto cristiano, ha de trabajar por traer siempre en un corazón tres corazones, uno para con Dios, y otro para consigo, y otro para con su prójimo: conviene saber, un corazón devotísimo y humilísimo para con Dios, y otro muy áspero y muy severo para consigo, y otro liberalísimo y benignísimo para con su prójimo. Bienaventurado el que adora la Trinidad en unidad, y bienaventurado el que tiene estas tres maneras de corazones en un corazón.

Después desto puedes considerar el alegría que la sagrada Virgen recibiría en este paso, viendo la devoción y fe destos sanctos varones, y levantando los ojos á las esperanzas que aquellas tan dichosas primicias prometían, y viendo este nuevo testimonio de la gloria de su hijo sobre los otros que habían precedido, que eran, hijo sin padre, virgen y madre, parto sin dolor, cantar de ángeles, adoración de pastores y agora esta ofrenda de personas tan principales venidas del cabo del mundo. Pues ¿cuáles serían aquí las alegrías de su ánima, las lágrimas de sus ojos, los ardores y júbilos de su corazón, mayormente viendo que ya comenzaba á reinar el conoscimiento de Dios en el mundo, y á fundarse la Iglesia, y cumplirse todas las maravillas que estaban profetizadas? Pues la que tanto deseaba la gloria de Dios y la salud de las ánimas, ¿qué tanto se alegraría con las primicias desta tan grande obra? Si tanto se alegró su espíritu con la promesa destas maravillas, ¿cuánto se alegraría con tan prósperos principios y prendas dellas?

La Purificación de Nuestra Señora.

Cumplidos los cuarenta días que mandaba la ley (para haberse de purificar la mujer que paría) dice el Evangelista que fué la Virgen á Hierusalén á cumplir esta ley y ofrecer el sancto niño en el templo. Donde fué recebido en los brazos del sancto Simeón, que tanto tiempo aguardaba por este día, y donde también fué conoscido y adorado de aquella sancta viuda Ana, que acudió allí á esta sazón.

Aquí puedes primeramente considerar la humildad profundísima desta Virgen, que habiendo quedado de aquel parto virginal más pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de subjectar á las leyes de la purificación y ofrecer sacrificio, que pertenecía á mujeres no limpias. Donde verás cuán diferente camino llevan la madre y el hijo del que llevamos nosotros. Porque nosotros queremos ser pecadores, y no parecerlo: mas Cristo y su madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parecerlo. Porque del hijo se dice que después de los ocho días se subjectó al remedio de la circuncisión, que era señal de pecadores, y de la madre, que después de los cuarenta se subjectó á la ley de la purificación, que era sacrificio de no limpias.

Considera también la humildad y caridad del Hijo de Dios, el cual en este mismo día se ofreció por nosotros en el templo, y se entregó por nuestra ofrenda suavísima ante los ojos del Padre, para que tuviésemos este nuevo título y derecho que alegar en todas nuestras necesidades y peticiones, que es haberle ofrecido de nuestra parte, y ofrecerle cada día un tan rico presente. De dónde puedes considerar cuán de buena gana la sacratísima Virgen ofrecería este primogénito y unigénito suyo al Padre Eterno por la salud del mundo, como aquélla que tan llena de caridad estaba, y tanto deseaba la salud del mundo, y tan bien entendía el valor y precio de aquella ofrenda que por él se ofrecía. Mas mucho más es de considerar la promptitud y alegría de voluntad con que el mismo primogénito Hijo de Dios se ofrecería allí á su Eterno Padre por el remedio de los hombres, como aquél que tanto los amó y tanto deseó su remedio, pues por ellos bajó del cielo á la tierra, por ellos se vistió de carne humana, en busca

dellos anduvo treinta y tres años en este mundo, por ellos se ofreció en una cruz, y la conversión y salud dellos decía que era su comer y su beber, y el deseo de su remedio declaró con aquella grande sed que padeció en esa misma cruz. Pues el que desta manera amaba y deseaba la salud de los hombres, ¡cuán de buena voluntad se ofrecería aquí al Eterno Padre por la salud dellos! Los otros padres, cuando se ven en extremas necesidades, venden sus hijos y á veces los matan para mantenerse con ellos, mas este soberano Padre del siglo advenidero, que nos vino del cielo, á sí mismo entrega y ofrece por la vida dellos. Y mira también cómo la Virgen acompañó esta ofrenda de tanto precio con otra de tan pequeño valor como eran aquellas aves que mandaba ofrecer la ley: para que tú de aquí aprendas á juntar tus pobres servicios con los de Cristo, para que con el valor y precio de los suyos sean recebidos y preciados los tuyos. La yedra por sí no sube á lo alto, mas arrimada á un árbol, sube cuanto el árbol sube. Pues así también en su manera sube la bajeza de nuestras obras, si las ayuntamos á este árbol de vida puesto en medio del paraíso de la Iglesia, que es Cristo nuestro Salvador. Junta pues tus oraciones con las suyas, tus lágrimas con las suyas, tus ayunos y vigilias con las suyas, y ofrécelas al Señor, para que lo que por sí es de poco precio, por él sea de mucho valor. Una gota de agua por sí tomada, no es más que agua: mas lanzada en un gran vaso de vino, toma otro más noble ser y hácese vino: y así nuestras obras, que por parte de ser nuestras son de poco valor, ayuntadas con las de Cristo se hacen de precio inestimable, por razón de la gracia que se nos da por él.

Mira otrosí que la ofrenda que se ofreció, es de aves, y de aves que tienen el gemido por canto: para que por aquí entiendas que la vida de los sanctos en este destierro no es otra que gemir y volar: y de lo uno se sigue lo otro, porque del vuelo de la consideración se sigue el gemido de la compunción. Porque el que continuamente anda considerando la ausencia de Dios, las miserias deste siglo y la peregrinación deste destierro, y los pecados, los peligros y los engaños del mundo, ¿cómo puede dejar de vivir en continuo gemido? ¿Cómo puede dejar de decir con el Profeta: Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientra dicen á mi ánima, dónde está tu Dios?

Después desto considera también la grandeza del alegría que

aquel sancto Simeón recibiría con la vista y presencia deste niño: la cual excede todo encarescimiento. Porque cuando este varón (que tanto celo tenía de la gloria de Dios y de la salud de las ánimas, y tanto deseaba ver antes de su partida aquél en cuya contemplación respiraban los deseos de todos los Padres, y en cuya venida estaba la salud y remedio de todos los siglos) cuando le viese delante de sí, y le recibiese en sus brazos, y conosciese por revelación del Espíritu Sancto que dentro de aquel corpecico estaba encerrada toda la majestad de Dios, y viese juntamente en presencia de tal hijo tal madre, ¿qué sentiría su piadoso corazón con la vista de dos tales lumbreras, y con el conoscimiento de tan grandes maravillas? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¿Qué sería ver allí las lágrimas de sus ojos, y los colores y semblantes de su rostro, y la devoción con que cantaría aquel suavísimo cántico, en que está encerrada la suma del Evangelio? Oh Señor, y ¡cuán dichosos son los que te aman y sirven, y cuán bien empleados sus trabajos, pues aun antes de la paga advenidera de la otra vida tan grandemente son remunerados y consolados en ésta!

Después que así hubieres considerado el corazón deste sancto viejo, trabaja por entender el corazón de la Sanctísima Virgen, y hallarla has por una parte llena de inefable alegría y admiración, oyendo las grandezas y maravillas que deste niño se decían, y por otra llena de grandísima y incomparable tristeza, mezclada con esta alegría, oyendo las tristes nuevas que este sancto varón del mismo niño le profetizaba, diciendo que había de ser como un blanco á donde el mundo y todos los hombres carnales tirarían todas las saetas de su furor, y harían todas las contradiciones que le pudiesen hacer: con las cuales el corazón de la Virgen sería atravesado con un muy agudo cuchillo de dolor. Pues ¿por qué quisiste, Señor, que tan temprano se descubriese á esta inocentísima esposa tuya una tal nueva, que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? ¿Por qué no estuviera este misterio debajo de la llave del silencio hasta el mismo tiempo del trabajo, para que entonces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? ¿Por qué, Señor, no se contenta tu piadoso corazón con que esta Señora sea siempre virgen, sino quieres también que sea siempre mártir? ¿Por qué afliges á quien tanto amas, á quien tanto te ha servido, y á quien nunca te hizo por donde mereciese castigo? Ciertamente, Señor, por eso la afliges, porque la amas,

por no defraudarla del mérito de la paciencia, y de la gloria deste espiritual martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitación de Cristo, y del premio de los trabajos, que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie pues infame los trabajos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorecido de Dios, cuando se viere atribulado, pues la más amada y más favorescida de todas las criaturas fué la más lastimada y afligida de todas.

La Huída á Egipto.

DESPUÉS que los sanctos Magos se volvieron á su tierra por otro camino (según que les fué dicho por el ángel) viendo Herodes burladas sus esperanzas (como no tuviese nueva cierta del niño) determinó matar todos los niños qne había en la tierra de Betleem, por matar entre ellos éste, que tanto deseaba. Entonces aparesciendo el ángel en sueños á Josef, le dijo que tomase al niño y á su madre, y huyese con ellos á tierra de Egipto, porque Herodes andaba en busca del niño para matarlo El cual levantándose de noche, tomó al niño y á su madre, y fuése á Egipto, y estuvo allí siete años hasta la muerte de Herodes: después de la cual fué otra vez por el mismo ángel amonestado que se volviese á la tierra de Israel, porque ya eran muertos los que procuraban la muerte del niño.

Aquí puedes considerar cuál sería el sobresalto que la Virgen recibiría con esta nueva tan triste, después de las alegrías pasadas, viendo que un rey tan poderoso andaba en busca del hijo que ella tanto amaba, para matarle, y cuán ligeramente acudiría á poner cobro en aquel tan precioso tesoro, y qué lágrimas de compasión iría derramando por todo aquel camino sobre el rostro del niño que en sus virginales brazos llevaba, viendo cómo ya comenzaban á cumplirse las profecías dolorosas del sancto Simeón, que eran las persecuciones y trabajos que aquel Señor había de padescer. Mira pues con cuánta presteza se levantaría y se abrazaría con el niño, y cuán poco pararía en dejar la tierra, lòs parientes, los amigos y la casa con todas sus alhajas, por guardar lo que tanto más valía. Y mira también los trabajos que estos piadosos caminantes padescerían en este tan apresurado

y peligroso camino, especialmente yendo tan mal proveídos así por razón de la pobreza como por la priesa de la partida: y mucho más los que padescerían en aquel destierro de siete años en tierra de idólatras y gentiles, donde sería tan poca la caridad y humanidad para con los extraños, cuan sobrada la maldad y inhumanidad aun para con los suyos, mayormente siendo la Virgen tan pobre, que por falta de cordero ofreció el día de su purificación un par de tórtolas ó palominos, que era ofrenda de pobres. Estarían pues allí como gente necesitada, extranjera, arrinconada, mal aposentada, y desfavorecida del mundo, aunque alegre y contenta por tener en salvo su tesoro. Por aquí pues entenderás cómo trata nuestro Señor á sus muy grandes amigos en este mundo, cómo los atribula y prueba y ejercita en esta vida, para regalarlos y coronarlos en la otra.

Y juntamente con esto considera cuán temprano comenzó este Señor á padescer destierros y persecuciones y contradiciones del mundo, para que por aquí entiendan los que fueren miembros suyos, y participaren su mismo espíritu, que no han de esperar menos del mundo, de lo que el Señor dellos esperó.

Pon también los ojos en la crueldad deste malvado rey, que pudo acabar con su corazón derramar tanta sangre de inocentes: por dónde verás cuán furioso y pestilencial es el vicio de la ambición y de la cobdicia, pues tanto pudo con este cruel tirano, que le hizo descabezar tantos niños por matar aquel solo, por quien él imaginaba que se podía menoscabar su imperio. Aprende pues de aquí, hermano, á huir las mundanales honras y despreciar las falsas y engañosas riquezas, porque no te sean ocasión de semejantes despeñaderos.

Y mira también con esto cómo apenas era nascido Cristo, cuando luego se levantó un Herodes para matarle: por dónde entenderás que apenas habrá nascido Cristo en tu corazón, cuando luego se levanten otros muchos Herodes que le quieran quitar la vida. Porque luego el mundo con sus persecuciones, y la carne con sus halagos, y los falsos amigos con sus malos consejos, y el demonio con todos sus artificios han de trabajar por apartate de tus buenos propósitos: lo cual no es otra cosa que matar en ti á Cristo recién nascido. Huye pues entonces con aquella sancta mujer del Apocalipsi al desierto (que es la soledad y apartamiento de los hombres) mayormente de aquéllos que te pueden dañar. Y

mira que más seguro estuvo Cristo en Egipto que en Judea (esto es, en tierra de infieles que de fieles) porque á veces está más seguro el cristiano entre paganos que entre carnales y malos cristianos. Porque menos peligroso es el enemigo público que el traidor secreto, y menos daño hace el lobo en figura de lobo que debajo de piel de oveja. Por dónde dice el Apóstol: Escribíos una carta que no tuviésedes comunicación con los hombres carnales y fornicadores. No entendáis que hablo de los fornicadores deste mundo (porque para eso era menester salir del mundo) sino que si alguno de los que tienen nombre de hermano, es fornicador, ó sucio, ó avariento, déste os apartéis de tal manera, que ni aun á comer os asentéis con él.

Llegado pues el Salvador á Egipto, no te sea grave juntarte con esta sancta compañía en aquel destierro que sufrieron por tu causa, prometiendo serles siempre leal compañero, ca no menos merecerás algunas veces acompañándolos con piadosas meditaciones, que si corporalmente los acompañaras. Lo que en Egipto hicieron no declara la Escriptura; mas tú por ti mismo puedes hacer muchas consideraciones acerca de su niñez, que te muevan á devoción. De la misma manera imagina que vuelves con ellos, jornada por jornada, cuando tornan á su ciudad. Y unas veces ayúdales en lo que fuere necesario para el camino, otras platica con la madre en las cosas de su dulcísimo hijo, otras halaga al graciosísimo niño, y pídele que te tome por suyo, y te dé su bendición. Con la cual plática tu corazón se derretirá, y con la familiaridad del verdadero Sol de justicia, recibirá lumbre y calor de devoción.

Finalmente á cabo de los siete años, muerto Herodes, volvióse el niño y la madre á su tierra, para que veas cómo en muy breve espacio se acaba la prosperidad de los malos y los trabajos de los buenos: sino que la prosperidad de los unos pare tristeza eterna, y el trabajo de los otros alegría perdurable. Así lo dice el Señor por un Profeta: Por un punto y por un breve espacio de tiempo te desamparé, mas con misericordia eterna me acordaré de ti.

De cómo se perdió el niño Jesús de doce años.

Y siendo ya el niño de doce años, subiendo sus padres á Hierusalem, según la costumbre del día de la fiesta, quedóse el niño Jesús en el templo sin que ellos lo entendiesen. Y después que lo echaron menos, y le buscaron tres días con grandísimo dolor, finalmente le hallaron en el templo asentado en medio de los doctores, oyéndolos, y preguntándolos muy sabiamente, y poniéndolos en admiración con la alteza de su prudencia y de sus respuestas. Aquí puedes considerar la grandeza del dolor que padescería la sacratísima Virgen en este paso. Para cuyo entendimiento es de saber que tres afectos hubo en el corazón desta Virgen, tan grandes y tan admirables que exceden todo lo que nuestra capacidad puede entender. El primero fué la grandeza del amor que tenía á su hijo, porque en ella concurrían todas las causas de amor que puede haber, y todas en altísimo grado de perfección. Porque hay amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia. El amor de naturaleza era el mayor que nunca fué ni será jamás, porque era amor de madre á hijo único, que es el mayor amor que halló el rey David, cuando quiso comparar el suyo para con Jonatás, su muy íntimo amigo, diciendo: Así como la madre ama á un solo hijo que tiene, así yo te amaba. Pues este amor era también de madre á un solo hijo, aunque tal manera de madre sin compañía de padre, y tal manera de hijo nunca lo hubo ni habrá jamás. Pues el amor de gracia tampoco lo hubo ni habrá mayor en esta vida, porque á ninguna pura criatura se dió la gracia en tanta abundancia como á esta Virgen: y conforme al tamaño de la gracia se le dió la caridad y el amor para con él. El tercero amor, que llamamos de justicia, que es el que se debe á la cosa amada por razón de sus perfecciones, también tuvo el mayor motivo que podía ser. Porque el amado era no sólo hijo de la Virgen, mas también hijo de Dios, infinitamente perfecto, y así digno de ser amado con amor infinito, si éste fuera posible. Porque si cuanto un hijo es más perfecto, tanto más merece ser amado, ¿cuánto lo merecía ser aquél que era infinitamente perfecto? Pues estos tres ríos tan caudalosos de amor juntos, ¿qué tanta agua llevarían? Estos tres fuegos tan encendidos ayuntados

en uno, amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia, esto es, amor de Dios, amor de hijo, y más tal hijo, ¿qué tan grande llama levantarían? No hay lengua que esto pueda explicar.

El segundo afecto que se sigue déste, es la grandeza del alegría que la Virgen tendría con la compañía y presencia de tal hijo. Porque el alegría nasce de la presencia y fruición de la cosa amada, de tal manera que cuanto es mayor el amor, tanto es mayor esta alegría. Pues la que tan grande amor tenía á tal hijo, ¿qué tan grande sería el alegría que recibiría de traerlo siempre á su lado, de verlo cada día á su mesa, de oir sus palabras, de gozar de su presencia, de ver aquel divino rostro, aquellos ojos, aquella mesura y aquella majestad que en aquel sancto corpecico resplandescía? ¿Qué de veces estaría á la mesa sin comer, viendo comer aquél que mantiene los ángeles? ¿Qué de veces se le pasarían las noches de claro, hincada de rodillas par de la cama del niño, viendo cómo dormía aquél que velaba sobre la guarda del mundo? Si la memoria sola deste Señor bastaba para despertar de noche al profeta Isaías, cuando decía: Mi ánima, Señor, te deseó de noche, y si de algunos sanctos leemos que contemplando en las perfecciones y hermosura deste Señor, se arrebataban y salían de sí, y se levantaban en el aire (como se lee de Sant Antonio, de Sant Francisco y de Sancto Tomás y de otros) esta Señora que tanto mayor caridad y gracia tenía que todos los sanctos, ésta que tan presente tenía al Sancto de los sanctos, ¿qué haría, qué sentiría, y cuál sería el alegría y los movimientos y sentimientos de su corazón? ¿Habrá lengua que esto pueda explicar? Pues de aquí podremos inferir la cualidad del otro tercero afecto que se sigue déstos, que es la grandeza del dolor que la Virgen sentiría, cuando á deshora se viese desposeída de tan gran tesoro, especialmente acordándose de las profecías de aquel sancto Simeón, y de la persecución de Herodes, de la muerte de los Inocentes, del destierro de Egipto, del temor de Arquelao, porque todas estas cosas amenazaban y prometían de sí grandes trabajos. De la madre de Tobías se escribe que tardando un poco su hijo en un camino, lloraba con lágrimas irremediables, diciendo: ¿Por qué te enviamos á peregrinar, báculo de nuestra vejez, lumbre de nuestros ojos, esperanza de nuestra posteridad, y consuelo de nuestra vida? Pues si esto sen-

tía aquella madre, ¿qué sentiría ésta? ¿Qué comparación hay de madre á madre, y de hijo á hijo, y de tesoro á tesoro, y de pérdida á pérdida? Pues lo que va de uno á otro, eso va de dolor á dolor. Pues en todo este tiempo, ¿qué haría la sacratísima Virgen? ¿Cuáles serían sus lágrimas, sus gemidos, sus discursos, sus oraciones? En este tiempo, ¿si comería, si bebería, si daría sueño á sus ojos, hasta hallar al que amaba su ánima? Hijo mío (diría ella) ¿por qué me desamparaste? ¿Dónde estarás? ¿Dónde dormirás? ¿Dónde comerás? ¿Dónde reposarás? Oh mansísimo y suavísimo Cordero, ¿cómo pudiste atravesar con tan agudo cuchillo el corazón de tu madre? Tres días de espacio se dieron al patriarca Abraham después de haberle mandado sacrificar á su hijo, para que en este tiempo padesciese el piadoso padre el dolor que la memoria de la muerte de tan amado hijo le había de causar, y otros tantos se dieron á esta piadosísima madre, para que sufriese el dolor que esta tan triste ausencia le causaba. Oh Señor, ¡que habéis de afligir á los que amáis! ¡Qué cuidado tenéis de darles materia de merescimientos y coronas, ofreciéndoles tantas ocasiones de padescer, de orar, de temer, de esperar, de humillarse y acudir siempre á vos en todos sus trabajos!

Después del dolor de la Virgen considera la diligencia que esta piadosa mujer tendría buscando la joya perdida, y preguntando por ella en todas las plazas y calles de Hierusalén: y señaladamente dice el Evangelista que le buscó entre los conocidos y parientes, y que no le halló, para que tú por aquí entiendas que no se halla Cristo en los afectos y regalos de carne y de sangre, sino en la renunciación y mortificación de todas estas ternuras. ¿Á quién (dice el Profeta) enseñará Dios su sabiduría? ¿Á quién revelará sus misterios? Á los destetados de la leche y á los apartados de los pechos. Por eso se dice á la hija del Rey: Oye, hija, y ve, y inclina tu oreja, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura.

Pues como no hallase al niño entre los parientes, volvióse al templo, de donde habían partido á buscarle: donde le halló entre los doctores de la ley oyéndolos y preguntándolos muy sabiamente, con grande admiración de los que presentes estaban. Y allí le dijo: Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así con nosotros? Mira que vuestro padre y yo con dolor os habemos buscado. Pues tú, que

buscas al niño perdido, quiero decir, el fervor de la devoción pasada y la dulcedumbre de la divina familiaridad ya gustada, no pienses que la podrás todas veces hallar, si no buscas como esta Virgen buscó, que es, con gran dolor y diligencia. El profeta David primero repitió muchos versos dolorosos, y dió grandes gemidos en aquel famoso psalmo de la Penitencia, y después al cabo vino á decir: Vuélveme, Señor, el alegría de tu salud, y confórtame con espíritu principal. Prudentísimamente dijo un religioso doctor: Lo que nada cuesta, nada vale: y así, lo que mucho vale, mucho es lo que nos ha de costar. Aquella gloriosa mujer del Apocalipsi no pare sin grandísimos dolores, para que por aquí entiendas que no conseguirás el fructo glorioso de la perfección sino con el doloroso parto de la aflicción Por lo cual dice S. Buenaventura que regularmente hablando, ninguna notable gracia es comunicada á las ánimas sino por aflicción y oración.

Vase luego el niño con sus padres, y obedece con toda humildad y subjección á dos criaturas el Señor de todo lo criado. Humíllate pues, polvo y ceniza, y aprende por este ejemplo á obedecer, no sólo á los mayores y iguales, sino también á los menores por amor deste Señor. Mas ¿qué quiere decir que por una parte les obedece con tanta humildad, y por otra les responde con tanta libertad? ¿Para qué me buscábades? dice él. ¿No sabíades que en estas cosas que son de mi Padre me convenía á mí estar ocupado? Para que por aquí entiendas cómo la filosofía cristiana sabe juntar en uno muchas virtudes que parecen entre sí contrarias, como son, humildad y magnanimidad, gravedad y suavidad, subjección y libertad, fervor y discreción, justicia y misericordia, con otras semejantes. Y por esto cuando la razón ó la honra de Dios lo pide, debe el verdadero cristiano pasar de vuelo sobre todas las cosas humanas, y poner debajo los pies todas las criaturas, como lo hacía el Apóstol, el cual (según la cualidad de los negocios) una veces se hacía mosquito, otras elefante, unas se ponía debajo los pies de los hombres, otras se subía sobre todo el mundo.

Del Bautismo del Señor.

DENDE estos doce años hasta los treinta no tenemos en el Evangelio cosa escripta de la vida del Salvador, porque todo este tiempo quiso él dedicar á una principal lición que nos convenía saber, que es el silencio, y ésta nos enseñó callando treinta años (el cual siendo niño, estaba lleno de sabiduría) y escogiendo solos tres para predicar, para que veas cuánto tiempo dedicó al recogimiento del silencio y cuán poco al oficio de la predicación. Nosotros (como dice S. Bernardo) estamos llenos de bocas, y por todas querríamos hablar. Si algo pensamos que sabemos, no podemos callar, ni nos tenemos por sabios, si los otros no saben lo que sabemos. De manera que todas nuestras habilidades (por pequeñas que sean) querríamos que fuesen publicadas en las plazas.

Cumplidos pues estos treinta años, vino el Señor dende Galilea á Judea al río Jordán al bautismo de S. Juan: donde puedes considerar cuán pobre, cuán solo y cuán desacompañado vino el Salvador este camino (pues aún no tenía discípulos que le acompañasen) y sobre todo, mira cómo viene en compañía de publicanos, de pecadores y de fariseos, como si fuera uno dellos, esperando que le cupiese la vez para ser con ellos bautizado. Pues ¿quién, considerando esto, no se abaja hasta el polvo de la tierra? ¿Quién osará justificarse, y ensoberbecerse, y anteponerse á los otros? Pues, oh hermosura del cielo, fuente de limpieza y de vida, ¿qué á ti con e lavatorio de las inmundicias? ¿Qué á ti con el remedio de los pecados, pues fuiste concebido sin pecado? No era razón que tan grande humildad pasase sin testimonio de alguna grande gloria, pues la condición del Señor es humillar los soberbios y glorificar los humildes. Y así acaesció en este paso: porque allí se le abrieron los cielos, y bajó el Espíritu Sancto en forma de paloma, y sonó aquella magnífica voz del Padre, que decía: Éste es mi hijo muy amado, en quien yo me agradé, á él oid. Y generalmente acaesció esto en todos los pasos de la vida deste Señor, que dondequiera que él más se humilló, ahí fué más particularmente glorificado. Nasce en un establo, y ahí es alabado con cantares del cielo. Es circuncidado como pecador, y ahí le ponen por nom-

bre Jesús, que quiere decir Salvador de pecadores. Muere en una cruz entre ladrones, y ahí se escurecen los cielos, y tiembla la tierra, y se despedazan las piedras, y resuscitan los muertos, y se alteran todos los elementos. Pues así en este misterio, por una parte es baptizado como pecador entre pecadores, y por otra es publicado por hijo de Dios. Dónde verán todos los que fueren miembros suyos que nunca jamás se humillarán por amor de Dios, que no sean glorificados y honrados por el mismo Dios.

Del Ayuno y Tentación.

Después del sacro misterio del bautismo y del magnífico testimonio del cielo, es llevado Jesús por el Espíritu Sancto al desierto, para que allí sea tentado del enemigo. ¿Qué consecuencia tienen entre sí estos misterios? ¿Cómo dicen en uno los trabajos y soledad del desierto con los pregones del cielo, y las tentaciones del enemigo con los favores del Espíritu Sancto? Primeramente por aquí entenderemos que el regalar Dios á sus siervos no es para asegurarlos, sino para esforzarlos y disponerlos á mayores trabajos. Así cura y da de comer el caminante á su caballo, para esforzarlo en el camino, y así arma y favorece el capitán á su soldado, para ponerle en el mayor peligro. Y por esto, el que así se viere visitado de Dios, no por eso se tenga por más seguro, sino antes por citado y emplazado para el mayor peligro.

Donde también es de considerar cómo antes que el Salvador diese principio á la predicación del Evangelio, se aparejó con ayuno de cuarenta días y con la soledad y ejercicios del desierto, para que tú por aquí entiendas cuán grande sea el negocio de la salud de las ánimas, pues aquel Señor que era sumamente perfecto (sin tener deso alguna necesidad) se dispuso para él con tan grandes aparejos. Y por aquí también entenderán los oficiales deste oficio en qué género de ejercicios se han de ejercitar antes que comiencen este negocio. Porque ninguno debe salir á lo público de la predicación, si primero no se hubiere ejercitado en el secreto de la contemplación, pues (como dice S. Gregorio) ninguno sale seguro fuera, si primero no está ejercitado de dentro. Para lo cual es de saber que tres maneras de vidas virtuosas se-

ñalan los sanctos: una puramente activa, que principalmente entiende en obras de misericordia, y otra puramente contemplativa (más perfecta que ésta) que se ocupa en ejercicios de oración y contemplación, si no es cuando la obediencia ó la necesidad de la caridad pide otra cosa. Otra hay más perfecta que ésta, compuesta de ambas, que tiene lo uno y lo otro, cual fué la vida de los Apóstoles, y cual debía de ser la de todos los predicadores perfectos. Pues la orden que se ha de tener en estas vidas (según S. Buenaventura) es que (regularmente hablando) ninguno debe pasar á la segunda sino después de ejercitado en la primera, ni menos á la tercera, si no se ha ejercitado en la segunda. Porque (como dice S. Gregorio) los verdaderos predicadores han de recoger en la oración lo que derraman en la predicación. De suerte que la principal maestra de los verdaderos predicadores (después de las sciencias para esto necesarias) ha de ser la soledad, donde Dios habla al corazón palabras que salgan de corazón, y revela los secretos de su sabiduría á los verdaderos humildes.

Amemos pues la soledad, la cual el Señor sanctificó con su ejemplo: porque el que no conversa con los hombres, forzado es que converse con Dios. ¡Oh miseria del siglo presente! ¿Dónde están agora aquellos dichosos tiempos? ¿Dónde los desiertos de Egipto, de Tebas, de Escitia y de Palestina, llenos de monesterios y de solitarios? ¿Dónde está aquel desierto de que dijeron los profetas: Hará el Señor que el desierto esté lleno de deleites, y que la soledad sea como un verjel de Dios? ¿Dónde están aquellas flores siempre verdes, aunque plantadas en tierra desierta y sin aguas? Ya los hombres desampararon los desiertos, y se entregaron á la vida carnal llena de cuidados. Por dónde si (por estar ya cubierto de yerba este camino) no tienes aparejo para ir al desierto, á lo menos haz dentro de ti un espiritual desierto, recogiendo tus sentidos y entrando dentro de ti mismo, porque por aquí entrarás á Dios. En el desierto vió Moisén la gloria de Dios, y en este espiritual desierto se da Dios á conoscer y á gustar á sus amigos. Mas entrando en este desierto, conviene que con el mismo Moisén subas al monte, esto es, que dejadas las bajezas de la tierra, levantes el corazón á las cosas del cielo. Para lo cual serán necesarias dos alas, una de oración y otra de ayuno, el cual es necesario para esa misma oración, porque el vientre cargado de mantenimiento no está hábil para subir á lo alto,

Porque si permaneciendo en este desierto careces destas alas, ya puedes entender la parte que te cabrá de aquella sentencia del filósofo que dice: El hombre que vive en soledad, ó es divino ó bestial. Ayunó aquella carne sanctísima que no sabía qué cosa era rebelar contra el espíritu, porque ayune la tuya perversísima que á manera de aquel horno de Babilonia siempre levanta llamas para inflamarlo. Y mira que entre las obras exteriores comenzó el Señor por el ayuno: porque la primera batalla del cristiano es contra el vicio de la gula, la cual el que no venciere, en vano trabaja contra las otras. Mas no solamente ayunó, sino también oró y peleó con nuestro adversario, y todo esto para nuestro provecho: la soledad para nuestro ejemplo, la oración para nuestro remedio, el ayuno para la satisfación de nuestras deudas, y la pelea con el enemigo para dejar vencido y debilitado nuestro adversario. Acompaña pues tú, hermano mío, al Señor en todos estos ejercicios y trabajos tomados por tu causa, pues aquí se están haciendo tus negocios, y pagándose tus delitos. Imita en todo lo que pudieres á este Señor: ora con él, ayuna con él, pelea con él, mora á tiempos en la soledad con él, junta tus trabajos y ejercicios con los suyos, para que por este medio sean ellos agradables á Dios.

De la predicación, doctrina y obras admirables de Cristo.

DESPUÉS del bautismo y de los cuarenta días de ayuno, comenzó el Salvador á conversar con los hombres, y entender en el negocio de la predicación, y dar al mundo conoscimiento de quién era, con las maravillas que hacía. Dónde se nos ofrecen en común cuatro cosas que considerar, que son, la alteza de su doctrina, los ejemplos de sus virtudes, los discursos y trabajos de sus caminos, y los beneficios que al mundo hizo andando en ellos.

Pues cuanto á lo primero es de notar que la alteza de la doctrina de Cristo (de que señaladamente trata el Evangelio) es tan alta y tan perfecta, que no es posible imaginarse otra mejor. Para cuyo entendimiento es de saber que como esta tan grande y tan admirable fábrica del mundo se divida en dos órdenes de criaturas, unas espirituales (como son los ángeles) y otras cor-

porales (como son los cielos y todo lo que está debajo dellos) el hombre está en medio de las unas y de las otras, y así participa la naturaleza de entrambas. Porque con las unas tiene cuerpo como lo tienen todos los animales, y con las otras tiene espíritu como lo tienen los ángeles, y así es de la naturaleza de los unos y de los otros. Por lo cual puede aplicarse á la parte que quisiere, imitando ó la pureza y perfección de los ángeles (pues tiene espíritu para esto como ellos) ó la brutedad y vida de las bestias, porque también tiene cuerpo y sentidos y apetitos como ellas, aunque para lo primero tenga necesidad de ayuda del cielo. De suerte que así como un hombre que aprendió medicina y cirugía, puede usar de cualquiera destas dos sciencias (como quisiere) ó puede ser médico ó cirugiano, pues tiene de uno y de otro, así también el hombre por tener carne y espíritu puede, inclinándose á la carne, hacerse todo carnal y bestial, ó inclinándose todo á las obras y ejercicios del espíritu, hacerse todo espiritual, como generalmente lo fueron todos los sanctos.

Pues entendiendo esto los filósofos, y señaladamente los que siguieron la escuela de Platón, determinaron que toda la perfección del hombre consistía en morir (cuanto fuese posible) á la parte bestial que en sí tiene, renunciando y despreciando todos sus deleites y apetitos y todos los bienes terrenales y materiales en que esta parte se deleita, no tomando dellos más de lo que puntualmente es necesario para la vida, y trabajando por vivir con sola la otra parte espiritual y divina que tiene (donde está el entendimiento y la voluntad) empleando estas dos nobilísimas potencias en aquello que las emplean los ángeles, que es en el conoscimiento, amor y fruición del sumo bien, juntándose desta manera con él, y transformándose en él por amor, que es la cosa más alta, más divina á que una criatura puede llegar. Y así dijo un filósofo platónico (como refiere S. Augustín) que la perfección y bienaventuranza del hombre consistía por una parte en un purísimo y perfectísimo apartamiento de toda materia y de todas las cosas terrenas y sensuales, y por otra en un allegamiento y unión con el sumo padre por conoscimiento y amor y actual contemplación, porque así llaman los filósofos platónicos á Dios. Y desta manera (según dice el mismo Platón en el diálogo llamado Fedón) viene el hombre á juntarse y hacerse espiritualmente una misma cosa. no sólo con aquellas soberanas inteligencias (que

nosotros llamamos ángeles) sino también con aquel supremo entendimiento no criado (que es Dios) aunque esto no es por naturaleza ni por esencia, sino por participación de su sanctidad, felicidad y pureza, como vemos que el hierro echado en el fuego, sin dejar de ser hierro, participa las mismas propriedades y condiciones del fuego.

Mas si contra esto dijeres: ¿Cómo es posible que un hombre en esta vida pueda llegar á tan gran pureza, que se haga semejante á Dios y á sus ángeles, ocupándose en lo mismo que ellos se ocupan? Porque los ángeles no tienen cuerpos para quien hayan de trabajar, ni á quien hayan de servir y proveer, y por esto pueden libremente volar á lo alto, y ocuparse siempre en cosas espirituales, como criaturas puramente espirituales, lo que no pueden los hombres por la carga de sus cuerpos, á cuyo servicio están obligados. A esto brevemente se responde que por esta causa los sanctos trabajaron siempre (aunque fuese á costa del cuerpo) de tomar siempre para él lo menos que fuese posible, y lo que con dificultad bastase para sólo vivir y sustentar la naturaleza con increíble escaseza, para que ya que del todo no podían dejar de servir al cuerpo, el servicio fuese tal, que se reputase cuasi por ninguno, y así no perdiesen por esto el nombre de espirituales, ni de llamarse ángeles de la tierra ó hombres del cielo.

Ésta es pues (como dije) la mayor perfección á que una criatura puede llegar en esta vida, y ésta es la que señaladamente nos enseñó el Hijo de Dios en su doctrina, y ésta es la que generalmente siguieron todos los sanctos, y señaladamente aquéllos que juntamente con el mundo dejaron cuantas cosas había en él, y se fueron á los desiertos, donde satisfaciendo las necesidades del cuerpo con raíces de yerbas y con otras cosas poco mejores, empleaban su espíritu en la contemplación y amor de las cosas celestiales á manera de ángeles. Pues ésta es la perfección de la vida del Evangelio, la cual muy al proprio nos representaron no solamente los Apóstoles, sino otros varones también apostólicos y evangélicos, como fué S. Francisco, que tan perfectamente dió de mano y renunció todas las cosas del mundo, viviendo en suma desnudez y pobreza, y ocupando la vida en el amor y contemplación de las cosas eternas, en lo cual gastaba no solamente los días, sino también la mayor parte de las noches.

Pues el que desea saber cuál sea el blanco y la suma de toda la filosofía del Evangelio, sepa que no es otra que ésta que aquí habemos en pocas palabras resumido, que es (como dijimos) la más alta manera de perfección que se puede imaginar. Porque así como ninguna cosa hay en el mundo mejor que Dios, así ninguna doctrina puede ser mejor que aquélla que despreciadas todas las cosas, nos enseña á juntar con él y hacernos un mismo espíritu con él de la manera que está declarado.

Mas para esta tan gran mudanza son necesarias todas las virtudes, unas para ayudarnos á apartar del mundo, y otras para ayuntarnos con Dios, unas para mortificar el afición de las cosas terrenas, y otras para encender el amor de las cosas eternas, unas para cortar los impedimentos de la subida, y otras para poner los escalones que nos ayudan en ella, de las cuales todas trata el sancto Evangelio. Y como entre ellas haya sus grados y órdenes diferentes, porque unas ayudan más y otras menos, el Evangelio trata principalmente de las más altas y que más para esto nos ayudan, cuales son primeramente aquellas tres altísimas virtudes, fe, esperanza y caridad: y despues déstas, de la humildad, castidad, mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, limosna, oración, pureza de intención, limpieza de corazón, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, mortificación de apetitos, amor de la cruz, y negamiento de sí mismo y de la propria voluntad, con otras virtudes semejantes, las cuales debe procurar sobre todas las otras el que desea ser varón evangélico y verdadero discípulo y imitador de Cristo.

Y para salir mejor con esto, ponga los ojos en los ejemplos de la vida deste Señor: dónde hallará todas estas virtudes más explicadas por sus obras que por sus palabras, porque sabía él muy bien cuánto más compendioso camino para la virtud era el de la vida que el de la doctrina. Y aunque todos los ejemplos de virtudes resplandezcan en su vida sanctísima, pero señaladamente resplandece la profundidad de su humildad, la grandeza de su caridad, la suavidad de su mansedumbre, la dulzura de su conversación, la benignidad de sus palabras, y la paciencia y moderación en todas las cosas.

También hay mucho que considerar en los discursos y trabajos de sus caminos, mirando de la manera que este Señor anduvo por el mundo, procurando la salud de las ánimas, de provincia

en provincia, de ciudad en ciudad, de villa en villa, ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria. Mira pues con cuánta caridad este buen pastor andaba por montes y valles buscando la oveja perdida para traerla sobre sus hombros á la manada, y cuántos trabajos, pobrezas, fríos, calores, cansancios, persecuciones, contradiciones y calumnias de fariseos padesció andando en esta demanda, predicando de día y orando de noche, y tratando siempre los negocios de nuestra salud como verdadero padre, pastor, salvador y remediador nuestro. Mira cuán benignamente trataba con los pecadores, entrando en sus casas y comiendo con ellos, para enamorarlos con su conversación, atraerlos con sus beneficios, edificarlos con su ejemplo, y enseñarlos con su doctrina. Testigo desta misericordia es Mateo el publicano, testigo Zaqueo príncipe de los publicanos, testigo aquella mujer pecadora que á sus pies fué recebida, y testigo la mujer adúltera, que tan benignamente fué perdonada.

Y no menos son de considerar los beneficios que al mundo hizo en estos caminos, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, alimpiando los leprosos, restituyendo los paralíticos, lanzando los demonios, resuscitando los muertos, y (lo que más es) sacando de poder del enemigo los pecadores. Desta manera conversó el Señor con los hombres, y así corrió toda aquella tierra, haciendo beneficios generales á todos. Así convenía por cierto que conversase con los hombres el que se hizo hombre por ellos, y así convenía que viviese en el mundo el que descendió del cielo á la tierra á visitar el mundo. Tal era razón que fuese su doctrina, su vida, sus ejemplos, sus obras y sus beneficios, en los cuales se declarase la grandeza de su poder y la grandeza de su bondad. Porque si Dios había de encarnar y conversar entre los hombres, tales convenía que fuesen las entradas y salidas de su vida, y tal el suceso y fructo della.

De la Samaritana, Cananea, Magdalena y Mujer Adúltera.

Y aunque todas las obras y beneficios deste Señor sean mucho para considerar, señaladamente sirve para esto la benignidad y misericordia que usó con aquellas cuatro mujeres pecadoras, Samaritana, Cananea, Magdalena y mujer adúltera.

Para cuyo entendimiento es de saber que (como se colige del Eclesiástico) el fin para que Dios hizo todas sus obras, así las de naturaleza como de gracia, es para manifestación de su gloria, esto es, para declaración de sus grandes y admirables virtudes y perfecciones. Las cuales aunque sean innumerables y infinitas (así como él es infinito) pero señaladamente se reducen á dos órdenes. Porque unas pertenecen á su misericordia, y otras á su justicia, y así unas son para ser amado, y otras para ser temido. Y aunque estas dos maneras de perfecciones resplandezcan en todas sus obras (en las cuales se halla siempre mezclada misericordia con justicia) pero todavía hay unas en que más resplandece la justicia, y otras en que más la misericordia. Porque la justicia señaladamente resplandeció en el castigo del ángel que se ensoberbeció, y en el del hombre que desobedesció, y en todo el mundo que fué destruído con las aguas del diluvio, y finalmente en todos aquéllos que se han de condenar, los cuales por esto llama el Apóstol vasos de ira. Mas por el contrario, la grandeza de la bondad y misericordia resplandece en todos los escogidos y en los beneficios que Dios les hace para efectuar su elección, los cuales por esta causa se llaman vasos de misericordia.

Mas para mayor declaración destas dos perfecciones, determinó el Señor dos tiempos señalados y dos maneras de obras, que son, dos venidas al mundo, una para declarar la grandeza de su justicia, que será la venida á juicio, y otra para demostrar la de su bondad y misericordia, que fué la venida en carne á obrar nuestra redempción. Por la cual venida hacía oración el rey David, cuando decía: Muéstranos, Señor, tu misericordia, y envíanos tu salud: porque sabía él muy bien cuánto se había de declarar al mundo la grandeza desta misericordia en esta venida y con esta obra. Pues á esto vino el Hijo de Dios al mundo, á dar á los hombres conocimiento de la grandeza de la misericordia suya y de su Padre, que es toda una misma misericordia. Por lo cual decía él á uno de sus discípulos: Filipe, quien ve á mí, ve á mi Padre. Y un poco antes: Si á mí consciésedes, también conosceriades á mi Padre, y agora le conosceréis, y ya le habéis visto. Como si dijera: Agora le conoceréis más perfectamente, cuando el Espíritu Sancto venga, y os dé mayor luz y conoscimiento dél. Y ya le habéis visto, pues habéis visto á mí de la manera que he tratado con los hombres, con tanta mansedumbre y bondad y mi-

sericordia, porque tal es mi Padre como yo: y si él viniera al mundo, y tratara y conversara con los hombres, desta misma manera tratara y conversara, y las mismas palabras hablara, porque todo lo que yo hablo y obro, él lo habla y óbra en mí.

Por tanto quien desea conoscer cuál sea la bondad y misericordia del Padre Eterno, ponga los ojos en su unigénito Hijo, que es perfectísima imagen no sólo de su substancia y hermosura, sino también de su bondad y misericordia: la cual vino á declarar á los hombres acá en la tierra así como la declara á los ángeles en el cielo, para que acá y allá, á hombres y ángeles sea siempre imagen de la gloria de Dios, pues al hijo pertenece ser imagen y traslado de su padre. Ponga pues el hombre los ojos en este Señor, mire su encarnación, su nascimiento, su vida, su muerte, y todos los pasos que en este mundo dió, porque todos están llenos de bondad y misericordia, á la cual se ordenaba esta segunda venida, para que por aquí vea cuán grandes motivos tiene para amarle con todo su corazón, y esperar en él en todas sus tribulaciones: porque tan grande bondad está pidiendo grandísimo amor (pues el objecto de la voluntad es la bondad) y tan grande piedad y misericordia está pidiendo toda nuestra confianza, porque de otra manera en vano alaba la misericordia de Dios quien al tiempo del menester no sabe esperar en ella: y aquél no sabe esperar, que desmaya en la tribulación y no confía en la oración.

Y si quieres más en particular contemplar esta misericordia (dejadas aparte otras obras de su vida sanctísima) pon los ojos en lo que pasó con aquellas cuatro mujeres pecadoras que arriba dijimos, y en cada cual dellas verás como en un espejo la piedad y misericordia deste nobilísimo y benignísimo Señor, para que cuanto más esto conocieres, más crezcas en su amor y confianza.

De la Samaritana.

Pues acerca de la Samaritana se nos ofrece primeramente aquella ardentísima sed que el Salvador tenía de nuestra salud, la cual excede todo lo que se puede encarecer. De Sancta Caterina de Sena se escribe que cuando veía pasar por la calle

algún predicador, salía de su casa, y besaba la tierra que el predicador había hollado, con grande devoción. Y preguntada por qué hacía esto, respondió que le había dado nuestro Señor conoscimiento de la hermosura de las ánimas que estaban en gracia, y que por esto tenía por tan dichosos á los hombres que entendían en este negocio, que no podía dejar de poner la boca donde ellos ponían los pies, y besar la tierra que hollaban. Pues si tal celo tenía esta sancta mujer por aquella poca de luz y gracia que tenía, ¿cuál sería el celo de aquél que era la misma fuente de gracia, de aquél tan grande amador de las ánimas, de aquél que venía á ser padre del siglo advenidero, y de aquél cuyas entrañas comía el celo de la gloria de Dios? Pues este tan grande amor hizo á este Señor descender del cielo á la tierra. Éste le fatigaba, y le desvelaba, y le hacía sudar, y trabajar, y andar siempre buscando ánimas que salvar. Andando pues en estos pasos, llegó una vez á la ciudad de Samaria á hora de medio día, cansado, asoleado, sudado y fatigado con el trabajo del camino. De manera que aquí por nuestra causa se cansó el descanso, sudó el refrigerio, padesció hambre el pan de los ángeles, y tuvo sed la fuente de vida. Asiéntase par de la fuentecilla la fuente de agua viva así como cualquiera otro hombre pobre y flaco y necesitado. Ni pienses que se asentó para beber (porque no se hace mención allí de que bebiese) sino por esperar oportunidad para cazar un ánima que allí había de venir, y armarle un piadoso lazo en aquel bebedero. De manera que aunque estaba cansado del caminar, no lo estaba para bien obrar, y así llegando una mujer pecadora á aquella fuente, pidióle agua como cansado, y ofrecióle gracia como deseoso y sediento de su salud. Mujer (dice él) dame de beber. Considera pues aquí la humildad, afabilidad y benignidad incomparable deste Señor, que tan familiarmente se puso á platicar con esta ánima, enseñándola, alumbrándola, respondiendo á sus preguntas, convidándola con su gracia, y dándole motivos para pedírsela, como ella la pidió, aunque no entendía lo que pedía. Y si esto pasara con alguna persona discreta y de reputación, no fuera tanto de maravillar: mas todo este diálogo pasó con una mujer de cántaro, samaritana, idólatra, mujer de cinco maridos, y que actualmente estaba en pecado, que son las mayores bajezas que hay. Y con todo esto platica el Señor tan benignamente con ella: y no sólo platica, mas descú-

brele tan claramente quién él era, por términos tan expresos, que apenas se hallarán otros más claros en todo el Evangelio. Y no contento con esto, añade otra mayor misericordia, que de samaritana la hace evangelista y apóstola de Samaria: y todo esto hizo viniendo esta mujer al pozo por un cántaro de agua, sin traer otros más altos propósitos y pensamientos, cuando ninguna cosa menos pensaba ni buscaba que lo que halló. ¡Oh juicios y maravillas de Dios! ¡Oh secretos de su bondad y sabiduría! Pues ¿quién no ve aquí la grandeza de la bondad y misericordia deste Señor? ¿Qué hay en toda esta obra, que no sea pura gracia, pura bondad y pura misericordia? Porque donde ningún linaje de mérito hay de parte del hombre (sino tantas repugnancias y deméritos) ¿qué puede haber de parte de Dios sino sola bondad y misericordia?

Y porque nada faltase al cumplimiento desta misericordia, hízola el Señor tan de voluntad, y quedó tan contento de haberla hecho, que cuando los discípulos vinieron y le convidaron á comer, respondió él: Yo tengo ya de comer un manjar que vosotros no sabéis. Y preguntando ellos qué manjar era éste, respondió: Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió, y entender en la obra que me mandó, que es la salvación de los hombres. Pues ¿quién no ve por tales obras y palabras como éstas la inmensidad de la bondad y misericordia deste Señor, el cual tiene por su comer y su beber nuestra salud?

De la Cananea.

Pues no menos se descubre esta misericordia en lo que pasó con la Cananea, porque aunque en lo defuera se hubo diferentemente con ella, pero todo fué obrar una misma salud y misericordia, aunque por diferentes caminos.

Saliendo pues el Salvador de los fines de Judea, y saliendo esta mujer de su tierra, se obró la salud que deseaba: para que entiendas que haciendo el hombre lo que es de su parte, y Dios lo que es de la suya, se alcanza la verdadera salud. Ni basta que el hombre obre, si Dios no ayuda, ni basta que Dios ayude, si el hombre no óbra, porque lo uno y lo otro es necesario, según lo significó el Profeta, cuando dijo: Si el Señor no edificare la ciu-

dad, en vano trabajan los que la edifican. Mas esta gracia y ayuda celestial no se reparte siempre de una manera, sino según que lo ordena la sabiduría y misericordia divina. Porque á unos la da con tanta facilidad que parece que el bien se les entra por las puertas sin que lo busquen ellos, y á otros no, sino buscándolo con mucho trabajo. De manera que unos hay á quien busca Dios, y otros, que buscan á Dios, unos, que son como el que halla el tesoro escondido en el campo sin buscarlo, y otros como el diligente mercader que buscaba la perla preciosa, y la halló. De lo uno y de lo otro tenemos clarísimo ejemplo en estas dos mujeres pecadoras, de las cuales la una con tanta facilidad halló lo que no buscaba, y la otra que con tantos clamores y perseverancia alcanzó lo que deseaba. Y aunque allí resplandezca más la divina misericordia, y aquí la justicia, pero no es menor esta misericordia que aquélla, pues buscar á Dios con fe, humildad y perseverancia también es don de Dios y obra de su misericordia. Pues el que desta segunda manera buscare á Dios, si quisiere saber cómo le ha de buscar, ponga los ojos en esta mujer pecadora, y busque como ella buscó, y hallará como ella halló.

Mas ¿de qué manera buscó? Con grande fe, con grande humildad, con grande paciencia y perseverancia. Y así clamó, siguió, importunó, perseveró, sufrió, confió, humillóse y postróse á los pies de Cristo, y con esto halló lo que deseaba. Busca tú pues á Dios desta manera, y ten por cierto que aunque hayas sido idólatra y cananeo, finalmente le hallarás. Hallarme heis (dice el Señor) si me buscáredes con todo vuestro corazón: y buscarle con todo corazón es buscarle con fe, con humildad, con paciencia, con perseverancia y con continua oración, como esta mujer le buscó.

De la Magdalena.

Ni resplandece menos esta bondad y misericordia del Salvador en la conversión de la Magdalena. Porque ¿cómo se convertiera una mujer tan perdida con tan grande fervor y contrición, si el Señor no la despertara y alumbrara y previniera con su gran misericordia? Por lo cual dice S. Gregorio: ¿De qué nos maravillamos, hermanos? ¿De que María venga, ó de que el

Señor la reciba? ¿Que la reciba, digo, ó que la traiga? Diré mejor que la trae y que la recibe. Porque el que con su misericordia la trajo de dentro, él mismo con su mansedumbre la recibió de fuera.

Estando pues el Señor comiendo en casa de un fariseo, dice el Evangelista que vino esta mujer pecadora, y llegándose por las espaldas á él (porque no osó parecer delante de su rostro) comenzó á regar sus pies con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y besarlos, y ungirlos con ungüento. Pues ¿qué invención, qué modo de satisfación y penitencia se pudiera hallar más propria ni más conveniente para esta manera de vida? ¿A quién no moverá á lágrimas y penitencia este tan nuevo linaje de penitencia? A lo menos movió al bienaventurado S. Gregorio, el cual hablando desta pecadora, dice así: Pensando yo en esta penitencia de María, querría más llorar que decir algo. Porque ¿qué corazón habrá tan de piedra, á quien no muevan á penitencia las lágrimas desta pecadora? Ca pensando ella en lo que hasta allí había hecho, no quiso poner tasa en lo que debía hacer. Y así entró donde estaban los convidados, y vino sin que la llamasen, y entre los manjares ofrece lágrimas: para que por aquí veáis con qué amor arde la que entre las fiestas de los convidados no se empacha de llorar. Porque como conosció las torpezas de su ánima, corrió á la fuente de la misericordia á lavarse en ella, sin avergonzarse de los que presentes estaban. Porque como ella estaba tan confusa de dentro, no tuvo en qué empacharse de todo lo que veía de fuera. Y prostrada á los pies del Señor, comenzó á regarlos con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y besarlos, y ungirlos con ungüento. Hasta aquí había usado esta mujer de preciosos ungüentos para regalo de su carne, mas agora emplea en servicio de Dios loablemente lo que hasta entonces había usado torpemente. Con los ojos había mirado y cobdiciado las cosas terrenas, mas agora los castigaba derramando por ellos muchas lágrimas. Con la boca había hablado palabras soberbias, mas agora sanctificaba esta boca poniéndola en los humildes pies del Redemptor. De los cabellos había usado para la compostura del rostro, mas agora con ellos enjugaba las lágrimas que había derramado sobre los pies de Cristo. De manera que de todos los deleites que para sí tenía, hizo holocaustos y sacrificios, y desta manera convertió al ejercicio de las virtu-

des todo lo que había servido al de los vicios, para que todo lo que había ofendido á Dios en la culpa, le sirviese agora en la penitencia. Pues ¿quién no ve aquí cuán grande haya sido esta penitencia, y cuán grande la gracia y misericordia divina, que fué el principal despertador y causador della? Porque ¿qué cabeza, qué corazón, qué ojos fueran bastantes para derramar de sí un tan copioso río de lágrimas que bastasen para lavar los pies de Cristo? Y ¿qué ingenio bastara para descubrir una tan nueva invención para alimpiarlos, como era servirse para esto de los cabellos, sino de la gran luz y amor que el Señor en su ánima había criado? Y ¿de dónde nasció esta dádiva tan grande para una tan indigna criatura, sino de su grandísima bondad y misericordia? Mas toda esta grande penitencia no bastó para que no condenase á esta mujer el fariseo soberbio. Pero con todo esto absólvela Cristo callando ella, para que veas cuán diferentes sean los juicios de Dios y los de los hombres, y cuán buena defensa es callar el hombre para hacer á Dios su defensor.

De la Mujer Adúltera.

En el caso de la mujer adúltera también tienes que considerar la incomprehensible suavidad y misericordia deste Señor, la cual dió lugar á esta calumnia de sus adversarios. Porque tal era su vida, su doctrina, sus obras y sus palabras, que pareció cosa imposible á sus contrarios poder salir por aquella suavísima boca palabra de condenación. No hallaron los adversarios de Daniel aparejo para calumniarle sino procurando impedirle la oración que él tanto usaba, ni los del Salvador sino poniéndole á peligro la misericordia y mansedumbre de que él tanto se preciaba. Ésta nos declaró él en su Evangelio de muchas maneras. Porque ¿qué mayor misericordia que encomendar esta virtud con tan gran encarecimiento, que dijese aquellas palabras: Lo que hecistes á cualquiera destos pequeñuelos hermanos míos, á mí lo hecistes? Y cuasi las mismas palabras repite por el profeta Isaías diciendo: Éste es mi descanso y mi refrigerio, que refrigeréis y consoléis á los cansados. En el mismo Evangelio leemos que caminando el Señor por tierra de Samaria, no queriendo recibirle los Samaritanos, indignados los discípulos contra aquella gente,

dijeron al Salvador: ¿Quieres que mandemos que venga fuego del cielo, y los queme? A los cuales con su acostumbrada mansedumbre y misericordia respondió el Señor: No sabéis de cúyo espíritu sois hijos. El Hijo de la Virgen no vino á destruir las ánimas, sino á salvarlas. Esta misma misericordia y mansedumbre vió en espíritu el profeta Isaías cuando hablando de las condiciones del Mesías, dijo: No porfiará con nadie, ni será aceptador de personas, ni se oirá su voz fuera. La caña cascada no la quebrará, y el leño que humea, no lo apagará. Lo cual manifiestamente se ve en la sentencia desta mujer adúltera, á quien preguntó el Señor: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Respondió la mujer: Ninguno, Señor. Pues tampoco yo (dijo él) te condemnaré. Vete en paz, y no quieras más pecar. Esto es pues lo que el Profeta significó cuando dijo que ni quebraría la caña cascada, ni apagaría el leño que humea, declarando en esto la grandeza de la misericordia deque el Señor había de usar en su primera venida. Tales pues conviene que sean, hermano mío, tus entrañas, tales tus obras y tus palabras, si quieres ser un hermosísimo traslado deste Señor. Y por esto no se contenta el Apóstol con mandarnos que seamos misericordiosos, sino dice que nos vistamos como hijos de Dios de entrañas de misericordia. Mira pues tú cuál estaría el mundo, si todos los hombres trajesen este vestido.

Todo esto se ha dicho para que por estas obras tan señaladas se conozca algo de aquel tan grande piélago de la bondad y misericordia de nuestro Salvador, la cual en estas obras tan claramente resplandece, pues (como arriba se dijo) no podemos en esta vida conoscer á Dios por sí sino por sus obras, de la manera que se conoscen por sus efectos las causas. Mas aquí conviene avisar que este reconoscimiento no ha de ser para tomar de aquí ocasión (como hacen los malos) para perseverar en su mala vida, haciendo largas mangas de la misericordia de Dios, y usando de su bondad para instrumento de su maldad, que es una grande blasfemia. Pues ¿para qué? Para que (como ya dijimos) este conoscimiento nos sea estímulo para amar tan grande bondad, y esperar en tan grande misericordia, pues la bondad pide lo uno, y la misericordia lo otro. En lo cual vemos faltar muchos, aun de los que han alcanzado otras virtudes, los cuales en levantándoseles una tribulación, parece que nunca leyeron ni oyeron

nada desta bondad y misericordia, pues así desmayan y dejan caer los corazones en ella como si nada supieran della, no mirando que cuasi todos los Psalmos y Escripturas divinas para esto señaladamente nos predican la divina misericordia y la esperanza en ella, para que con estas tan fieles prendas de la palabra de Dios confiemos en el tiempo de la tribulación y no perdamos la esperanza en la oración.

Mas aquí también conviene avisar que nunca de tal manera nos trasportemos en mirar la divina misericordia, que no nos acordemos de la justicia, ni de tal manera miremos la justicia, que no nos acordemos de la misericordia, porque ni la esperanza carezca de temor, ni el temor de la esperanza. Porque éstos son (según dice S. Bernardo) como dos pies de Dios, los cuales conviene que besemos y adoremos juntos, y no el uno sin el otro, porque la esperanza sin temor no venga á parar en presumpción, y el temor sin esperanza en desesperación. Por dónde el Profeta dice que cantará al Señor misericordia y juicio juntamente, porque sabía él muy bien cuán peligroso era cantar lo uno sin lo otro, que es, misericordia sin juicio, ó juicio sin misericordia, porque desta manera ni la esperanza sea atrevida, ni el temor desconfiado.

De la Transfiguración del Señor.

ENTRE los principales pasos de la vida de nuestro Salvador es muy señalado y muy devoto el de su gloriosa transfiguración, cuando tomando en su compañía tres discípulos suyos de los más amados y familiares, subió á un monte, y puesto allí en oración (como dice S. Lucas) se transfiguró delante dellos, de tal manera que su rostro resplandesció como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Considera pues aquí primeramente el artificio maravilloso de que este Señor usó para traernos á sí. Vió él que los hombres se movían más por los gustos de los bienes presentes que por las promesas de los advenideros, conforme á aquella sentencia del Sabio que dice: Más vale ver lo que deseas, que desear lo que no sabes. Pues por esto, después de haberles predicado muchas veces que su galardón sería grande en el reino de los cielos, y que estarían asentados sobre

doce sillas, &c. agora les dió á gustar una pequeña parte deste galardón, para que mostrando al luchador el palio de la victoria, le hiciese cobrar nuevo aliento para el trabajo de la pelea.

Mas no mostró aquí la mejor parte desta promesa, que es la gloria esencial de los bienaventurados (porque ésta sobrepuja todo sentido) sino sola una parte de la accidental, que es la claridad y hermosura de los cuerpos gloriosos, y esto con mucha razón. Porque esta carne es la que nos impide en este camino, ésta es la que nos aparta de la imitación de Cristo, y ésta la que nos estorba el llevar su cruz: y por esto convenía que para despertarla y avivarla le mostrasen la grandeza desta gloria, para que así se esforzase más al trabajo de la carrera. Por lo cual si desmayas oyendo que te mandan crucificar y mortificar tu carne, esfuérzate oyendo lo que dice el Apóstol: Esperando estamos á Jesucristo nuestro Salvador, el cual reformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndolo semejante al cuerpo de su gloriosa claridad.

Considera también cómo celebró el Señor esta tan gloriosa fiesta en un monte solitario y apartado, la cual pudiera él muy bien, si quisiera, celebrar en cualquier valle ó lugar público: para que entiendas que no suelen conseguir los hombres este beneficio de la transfiguración en lo público de los negocios del mundo sino en la soledad del recogimiento, ni en el valle lodoso de los apetitos bestiales sino en el monte de la mortificación, que es en la victoria de las pasiones sensuales. Pues en este monte solitario se ve Cristo transfigurado, en éste se ve la hermosura de Dios, en éste se reciben las arras del Espíritu Sancto, en éste se da á probar una gota de aquel río que alegra la ciudad de Dios, y en éste finalmente se da la cata de aquel vino precioso que embriaga los moradores del cielo. Oh, si una vez llegases á la cumbre deste monte, ¡cuán de verdad dirías con el apóstol Sant Pedro: Bueno es, Señor, que estemos aquí! Como si dijera: Troquemos, Señor, todo lo demás por este monte, troquemos todos los otros bienes y regalos del mundo por los bienes deste desierto. Mas dice el Evangelista que no sabía Pedro lo que decía: para que entiendas cuánta sea la grandeza deste deleite, y cuánta la fuerza deste vino celestial, pues de tal manera roba los corazones de los hombres, que del todo los enajena y hace salir de sí, pues tan alienado estaba S. Pedro, que no sabía lo que se decía,

ni se acordaba de cosa humana, por la grandeza de la suavidad y gusto que allí sentía. Ni quisiera él jamás apartarse de aquel lugar, ni dejar de estar bebiendo siempre aquel suavísimo licor, por lo cual decía: Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si os parece, hagamos aquí tres moradas, una para vos, y otra para Moisén, y otra para Elías. Pues si esto decía S. Pedro, no habiendo gustado más que una sola gota de aquel vino celestial, viviendo aún en este destierro y en cuerpo mortal, ¿qué hiciera si á boca llena bebiera de aquel impetuoso río de deleites que alegra la cibdad de Dios? Si una sola migajuela de aquella mesa celestial así lo hartó y enriqueció, que no deseaba más que la continuación y perseverancia deste bien, ¿qué hiciera si gozara de aquella abundantísima mesa de los que ven á Dios y gozan de Dios, cuyo pasto es el mismo Dios? Pues por esta maravillosa obra entenderás que no es todo cruz y tormento la vida de los justos en este destierro, porque aquel piadoso Señor y Padre que tiene cargo dellos, sabe á sus tiempos consolarlos, visitarlos y darles algunas veces en esta vida á probar las primicias de la otra, para que no cayan con la carga ni desmayen en la carrera.

Mira también cómo estando el Señor en oración, fué desta manera transfigurado: para que entiendas que en el ejercicio de la oración suelen muchas veces transfigurarse espiritualmente las ánimas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida, y finalmente un corazón tan esforzado y tan otro, que no parece que es el mismo que antes era, por haberlo Dios desta manera mudado y transfigurado.

Y mira también lo que se trata en medio destos tan grandes favores, que es de los trabajos que se han de padescer en Hierusalem: para que por aquí entiendas el fin para que hace nuestro Señor estas mercedes y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de concebir el siervo de Dios en este tiempo, los cuales han de ser determinaciones y deseos de padecer y poner la vida por aquél que tan dulce se le ha mostrado, y tan digno es de que todo esto y mucho más se haga por él. De manera que cuando Dios estuviere comunicando al hombre sus dulzores, entonces ha de estar él pensando en los dolores que ha de padecer por él, pues tales dádivas como éstas tal recompensa nos demandan.

PREÁMBULO DE LA SAGRADA PASIÓN

en el cual se trata
de la manera que debemos tener en considerarla.

Acabados de tratar brevemente los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, síguese que tratemos con la misma brevedad de los de su sagrada pasión. Cuya consideración es de tanta virtud y consolación para las ánimas, que sería menester mucho espacio para tratar dignamente este argumento. Por lo cual, dejada esta materia para otro lugar, solamente trataremos aquí en breve cómo nos hayamos de haber en la consideración della, para que más fructuosamente la pensemos. Porque algunas personas hay que cuando en esto se ocupan, no tienen respecto á otra cosa más que á compadescerse de los dolores que el Salvador por nuestra causa padesció. Lo cual aunque sea bueno y sancto, mas no es solo éste el fructo que se coge deste árbol de vida.

Pues para esto es de saber que demás desto hay otras cinco cosas á que podemos tener respecto cuando pensamos en la sagrada pasión, como ya en otra parte se trató más copiosamente. Porque lo primero, aquí podemos inclinar nuestro corazón á dolor y arrepentimiento de nuestros pecados, para lo cual se nos da un grande motivo en la pasión del Salvador, pues es cierto que todo lo que padesció, por los pecados lo padesció, de tal manera que si no hubiera pecados en el mundo, no fuera necesario este tan costoso remedio. De manera que los pecados, así los tuyos como los míos, como los de todo el mundo, fueron los verdugos que le ataron, y le azotaron, y le coronaron con espinas, y le pusieron en cruz. Por dónde verás cuánta razón tienes aquí para sentir la graveza y malicia de tus pecados, pues realmente ellos fueron la causa de tantos dolores, no porque ellos necesitasen á padescer al Hijo de Dios, sino porque dellos tomó ocasión la divina justicia para pedir tan grande satisfación.

Y no sólo para aborrecer el pecado, sino también para el amor de las virtudes tenemos aquí grandes motivos en los ejemplos de las virtudes deste Señor, que señaladamente resplande-

cen en su sagrada pasión: en las cuales también debemos poner los ojos para provocarnos á la imitación dellas, y particularte en la grandeza de su humildad, paciencia, obediencia, mansedumbre y silencio, con todas las demás, porque ésta es una de las más altas y provechosas maneras que hay de meditar la sagrada pasión, que es por vía de imitación.

Otras veces debemos poner los ojos en la grandeza del beneficio que el Señor aquí nos hizo, considerando lo mucho que nos amó, y lo mucho que nos dió, y lo mucho que le costó lo que nos dió, con todas las otras circunstancias deste negocio (según que arriba tocamos) para que así nos inclinemos á darle infinitas gracias y alabanzas por él.

Otras veces conviene levantar por aquí los ojos al conocimiento de Dios, esto es, á considerar la grandeza de su bondad, de su misericordia, de su justicia y de su benignidad, y señaladamente de su ardentísima caridad, la cual en ninguna otra obra resplandece más que en su sagrada pasión. Porque como sea mayor argumento de amor padescer males por el amigo que hacerle bienes, y Dios podía lo uno y no lo otro (por dónde no tenían los hombres entera noticia de su amor) plugo á su divina bondad vestirse de naturaleza en que pudiese padescer males, y tan grandes males, para que estuviese el hombre del todo certificado deste amor, y así se moviese á amar á quien tanto le amó.

Otras veces, finalmente, puede considerar por aquí la alteza del consejo divino y la conveniencia deste medio que la sabiduría de Dios escogió para remedio del género humano, esto es, para satisfacer por nuestras culpas, para inflamar nuestra caridad, para fortalecer nuestra paciencia, para confirmar nuestra esperanza, para curar nuestra soberbia, nuestra avaricia y nuestros regalos, y para inclinar nuestras ánimas á la virtud de la humildad, al menosprecio del mundo, al aborrecimiento del pecado y al amor de la cruz, y á otras virtudes semejantes.

De suerte que tenemos aquí seis maneras de meditar la sagrada pasión. La primera por vía de compasión, la segunda de compunción, la tercera de imitación, la cuarta de agradescimiento, la quinta de amor, y la sexta de admiración de la sabiduría y consejo divino. Porque para todas estas seis cosas hallaremos motivos en cualquier paso de la pasión, y así en todas ellas debemos poner los ojos, ya en unas, ya en otras, según que el Espíritu Sanc-

to nos abriere camino. Verdad es que algunas destas cosas pertenecen más á un linaje de personas que á otras, porque á los principiantes está muy bien la primera y segunda manera de consideración, que es por vía de compasión y de arrepentimiento de los pecados: pero á los más aprovechados, las otras que sirven para despertar y encender más el amor de Dios, aunque lo uno y lo otro sea también común á todos.

Mas aquí es mucho de notar que el fundamento de todas estas consideraciones es entender y penetrar cuanto nos sea posible la grandeza de los dolores de Cristo. Porque primeramente, cuanto mayores entendiéremos que fueron estos dolores, tanto se nos ofrecerá mayor motivo de compasión, pues es cierto que la mayor pasión merece mayor compasión. Asimismo, cuanto mayores fueron los dolores que este Señor padesció por destruir el pecado, tanto mayor motivo se nos da para aborrescer cosa que él con tanta costa suya destruyó. La grandeza también de sus virtudes más altamente resplandesce en la grandeza de sus dolores, pues está claro que mayor es la paciencia que más sufre, y mayor la humildad que á mayores extremos se abaja, y mayor la mansedumbre que á mayores injurias calla, y mayor la obediencia que se pone á mayor carga, y así podemos discurrir por todas las demás. Y no menos es éste motivo de mayor amor: porque si estamos obligados á amar á Cristo por lo que por nuestro amor padesció, cuanto mayor fuere esta pasión, tanto será mayor esta obligación. Ni menos se conosce también por aquí la grandeza deste beneficio, pues cuanto más caro costó al Salvador nuestro remedio, tanto por esta causa le somos en mayor cargo. Esto mismo sirve también para el conoscimiento (que dijimos) de Dios, esto es, para conoscer la grandeza de su caridad, de su bondad, de su misericordia y de su justicia, que son las cosas cuyo conoscimiento más importa para inducir los corazones de los hombres al amor y temor de Dios y guarda de sus mandamientos. Porque cuanto más conosciéremos la acerbidad y grandeza de sus dolores, tanto más claro veremos cuánta fué la caridad que tanto padesció, y la bondad que á tanto se extendió, y la misericordia que tales miserias sobre sí tomó, y la justicia que tan rigurosamente castiga la culpa, aun en su misma persona.

Por dó parece claro cómo el fundamento de todas estas consideraciones es entender la grandeza destos dolores. Y después de

hecho pie en esto, tendremos motivos para hacer todas estas salidas susodichas, unas veces á unas y otras á otras. Y según que nuestra ánima fuere hallando pasto en estas consideraciones, así se puede detener en ellas más ó menos, conforme al fructo que en esto hallare. Porque no siempre es necesario correr por todas estas estaciones: mas propónese todo esto, porque todo ello es debido y sancto, y porque los que no hallaren gusto en una cosa, lo hallen en otra. Pues por esto me pareció sería bien antes de entrar en los misterios de la sagrada pasión, tratar aquí brevemente de la grandeza de los dolores que el Salvador padesció, para este propósito susodicho, y de las causas dellos, de las cuales se trató más copiosamente en el Libro de la Oración y Meditación: mas aquí tocarlas hemos más en breve.

De la grandeza de los dolores de Cristo.

PREGUNTA Sancto Tomás en la tercera parte si los dolores que padesció Cristo en su sacratísima pasión fueron los mayores que se han padescido en el mundo. A lo cual responde él diciendo que quitados aparte los dolores de la otra vida, que son los del infierno y del purgatorio, éstos fueron los mayores que en el mundo se padescieron ni padescerán jamás.

Esta conclusión prueba él por muchas razones.

La primera, por la grandeza de la caridad de Cristo, que era la mayor que podía ser, la cual le hacía desear la gloria de Dios y el remedio del hombre con sumo deseo. Y porque mientra mayores dolores padescía por los pecados, más enteramente satisfacía á la honra de Dios ofendido, y más copiosamente redimía al hombre culpado, por esto quiso él que sus dolores fuesen gravísimos, por que así fuese perfectísima esta redempción.

La segunda causa era la pureza de sus dolores, los cuales ninguna mixtura tenían de alivio ni consolación. Porque jamás en esta vida padesció nadie dolores tan puros, que no se aguasen con alguna manera de consolación, con la cual se hiciesen á veces tolerables y á veces también alegres, como acaesció á los mártires. Mas en Cristo no fué así, porque por la razón susodicha cerró él todas las puertas por donde le pudiese entrar algún rayo de luz ó de consolación, y así cruzados los brazos, se entregó al

ímpeto de los tormentos, para que sin contradición ni mitigación alguna le atormentasen todo cuanto le pudiesen atormentar.

La tercera causa fué la delicadeza de su cuerpo, el cual no fué formado por virtud de hombres, sino del Espíritu Sancto: por lo cual fué el más perfecto y más bien complexionado de todos los cuerpos, y así era el más delicado y más sensible dellos, por lo cual sentía mucho más que otro alguno sus dolores.

Juntamente con esto le afligía grandemente la memoria y compasión de su bendita madre, cuyo corazón sabía él que había de ser atravesado con el más agudo cuchillo de dolor que nunca mártir alguno padesció. Porque así como ningún mártir amó tanto su propria vida cuanto ella la de su Hijo, así nunca mártir sintió tanto su propria muerte cuanto ella la del Hijo.

También naturalmente le afligía la representación y memoria de su propria muerte: porque así como es natural el amor de la vida, así lo es el horror de la muerte, y tanto más, cuanto más merece ser amada la vida. Por dónde dice Aristóteles que el sabio ama mucho su vida, porque como sabio entiende que tal vida merece ser muy amada. Pues según esto, ¿cuánto amaría el Salvador aquella vida, de la cual sabía que una hora valía más que todas las vidas criadas? Pues estas cuatro causas de dolor afligían aquella ánima sanctísima sobre todo lo que se puede encarecer. En lo cual parece haber sido mucho mayores los dolores de su ánima que los de su cuerpo, y mucho mayor la pasión invisible que padescía de dentro, que la visible que padescía de fuera.

Demás desto, el mismo linaje de muerte, que fué de cruz, es penosísimo (como adelante se verá) con lo cual se junta que en esta muerte concurrieron tantas maneras de injurias y tormentos, que ninguna cosa hubo en toda aquella sagrada humanidad (sacada la porción superior de su ánima) en la cual no padesciese su proprio tormento. Porque él primeramente padesció en su ánima sanctísima los dolores que habemos dicho, y padesció en su cuerpo los que nos quedan por decir. Padesció también en la fama con los falsos testimonios y títulos ignominiosos con que fué condenado. Padesció en la honra con tantas invenciones y maneras de escarnios, injurias y vituperios como le fueron hechos. Padesció en la hacienda, que eran solas aquellas pobres vestiduras que tenía, de las cuales también fué despojado, y puesto en

la cruz desnudo. Padesció en sus amigos, pues todos huyeron, y le desampararon, y le dejaron solo en poder de sus enemigos. Padesció también en todos los miembros y sentidos de su sacratísimo cuerpo, en cada uno su proprio tormento. La cabeza fué coronada con espinas, los ojos escurecidos con lágrimas, los oídos atormentados con injurias, las mejillas heridas con bofetadas, el rostro afeado con salivas, la lengua jaropada con hiel y vinagre, la sagrada barba repelada, sus manos traspasadas con clavos, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los pies atravesados con duros clavos, y todo el cuerpo finalmente descoyuntado, ensangrentado y estirado en la cruz. Porque así como todos los miembros de su cuerpo místico estaban heridos y llagados, así todos los del verdadero y natural estuviesen heridos y atormentados, y asimismo, pues nuestra malicia había sido tal que con todas nuestras cosas y con todos nuestros miembros y sentidos habíamos ofendido á Dios, la satisfación de Cristo fuese tal que en todas sus cosas padesciese tormentos, pues nos con todas las nuestras habíamos cometido pecados.

Cresció también esta pena con la continuación y muchedumbre de trabajos que el Salvador padesció dende la hora de su prisión hasta que expiró en la cruz. Porque en este tiempo todos á porfía trabajaban por atormentarle, cada cual de su manera. Uno lo prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnece, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la caña, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz acuestas, y todos finalmente se ocupan en darle cada cual su manera de tormento. Vuélvenle y revuélvenle, llévanle y tráenle de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontífice á pontífice, como si fuera un público ladrón y malhechor. Oh Rey de gloria, ¿qué te debemos, Señor, por tantas invenciones y maneras de trabajos como padeciste por nos? Pues estas y otras semejantes causas claramente prueban que los dolores que el Salvador padesció, sobrepujan todos cuantos dolores hasta hoy se han padescido en esta vida y padescerán jamás.

Pues ¿qué fructo sacamos desta consideración? Verdaderamente grande y inestimable. Porque todo cuanto enseña la filosofía cristiana, nos enseña en breve la cruz de Cristo, y todo cuanto obran la ley y el evangelio (dándonos conoscimiento del

bien y amor dél) todo esto en su manera enseña y óbra la filosofía de la cruz. Porque primeramente por aquí mejor que por todos los medios del mundo se conosce la gravedad y malicia del pecado, viendo lo que el Hijo de Dios padesció por él, y lo que hizo por destruirlo. Por aquí se conosce la graveza de las penas del infierno, pues en tal infierno de penas y dolores quiso entrar este Señor por sacarnos dellas. Por aquí se conosce cuán grandes sean los bienes así de gracia como de gloria, pues tal mérito fué menester para alcanzarlos (después de perdidos) por vía de justicia. Por aquí se ve la dignidad del hombre y el valor de su ánima, considerando en lo que Dios la estimó, pues tal precio quiso dar por ella. Por aquí también más que por otro medio venimos en conoscimiento de Dios, no cual le tuvieron los filósofos (que tan poco les aprovechó, pues poco más conoscieron que la omnipotencia y sabiduría suya, la cual resplandece en las cosas criadas) mas tal cual conviene para hacer á los hombres sanctos y religiosos, que es de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la providencia y de la justicia de Dios: porque este conoscimiento causa en nuestras ánimas amor y temor de Dios, y confianza en su misericordia, y obediencia á sus mandamientos, en las cuales virtudes consiste la suma de la verdadera religión. Pues cuánto resplandezcan estas perfecciones divinas en este misterio, parece claro por esta razón. Porque á la bondad pertenece comunicar y darse á sí mismo, al amor hacer bienes al amado, y á la misericordia tomar sobre sí todas las miserias y males del miserable, y á la justicia castigar severamente los delictos del culpado. Pues siendo esto así, ¿qué mayor bondad que la que llegó á comunicar á sí mismo y hacerse una misma cosa con el hombre? ¿Qué mayor caridad que la que repartió cuantos bienes tenía, con el hombre? ¿Qué mayor misericordia que la que tomó sobre sí todas las miserias y deudas del hombre? ¿Qué mayor misericordia que recebir Dios en sus espaldas los azotes que nuestros hurtos merecían, padecer nuestra cruz, beber nuestro cáliz y querer ser atormentado por nuestros deleites, deshonrado por nuestras soberbias, despojado en la cruz por nuestras cobdicias, y finalmente entregado al poder de las tinieblas por librar los hombres dellas? ¿Puede ser mayor misericordia que ésta? Pues no es menor la justicia que aquí resplandece. Porque ¿qué mayor justicia que haber querido tomar Dios tan ex-

traña manera de venganza de los pecados del mundo en la persona de su amantísimo y inocentísimo Hijo? Porque justísimo es el juez que á su mismo hijo no perdona, por haber tomado sobre sí la culpa ajena. Pues siendo esto así, ¿quién no temerá tal justicia, y quién no esperará en tal misericordia, y quién no amará tal bondad? Verdaderamente no era posible darse al hombre mayores motivos de amor, de temor, de obediencia y de confianza, de los que aquí le fueron dados, y el corazón que con esto no se vence, no sé cosa que lo pueda vencer.

Demás desto, ¿qué tan grandes son los ejemplos y motivos que aquí se nos dan para todas las otras virtudes, y señaladamente para la virtud de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu, y para todas las demás? Porque (como dice Sancto Tomás) los ejemplos de las virtudes tanto son más eficaces, cuanto son de personas más altas. Porque ¿quién tendrá corazón para ir á caballo, cuando ve su rey ir á pie, ó para quedarse en la cama, cuando lo ve entrar en la batalla? Pues si tanto pueden ejemplos de reyes, que al fin son hombres mortales como nosotros, ¿cuánto más deben poder los ejemplos de aquella Real Majestad, que tanto más hizo por nosotros? Especialmente que los ejemplos de Cristo tienen otra dignidad y fuerza admirable, que en ningunos otros se puede hallar. Porque sus ejemplos de tal manera son ejemplos, que también son beneficios, y remedios, y medicinas, y estímulos de amor, de devoción y de toda virtud.

Demos pues infinitas gracias al Señor por este tan grande beneficio: esto es, por lo mucho que él nos dió, y por lo mucho que le costó, y mucho más por lo mucho que nos amó, porque mucho más amó que padesció, y mucho más padesciera, si nos fuera necesario. Por todos estos títulos le debemos eterno agradescimiento. Y pues de nuestra parte no tenemos cosa digna que le dar, á lo menos trabajemos por que toda nuestra vida sea suya, pues la suya fué toda nuestra. Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, contaremos en suma los principales pasos de la pasión, comenzando por la entrada del Señor en Hierusalem con ramos, porque ésta fué principio y camino para ella.

De la entrada en Hierusalem con los ramos.

Pues como se llegase ya el tiempo en que el Salvador tenía determinado de ofrecerse en sacrificio por la salud del mundo, así como él por su propria voluntad se quiso sacrificar, así por ella misma se vino al lugar del sacrificio, que era la cibdad de Hierusalem, para que en la cibdad y en el día que el cordero místico era sacrificado, en éste lo fuese también el verdadero, y donde habían sido tantas veces muertos los profetas, allí también lo fuese el Señor de los profetas, y donde poco antes había sido tan honrado y celebrado, allí fuese condenado y crucificado, para que así fuese su pasión tanto más ignominiosa, cuanto el lugar era más público, y el día más solemne. Y por esto, habiendo escogido el aldea de Betleem para su nascimiento, escogió la cibdad de Hierusalem para este sacrificio, porque la gloria de su nascimiento se escondiese en el rinconcillo de Betleem, y la ignominia de su pasión se publicase más en la cibdad de Hierusalem.

Entrando pues en esta cibdad, fué recebido con grande solemnidad y fiesta, con ramos de olivas y palmas y con tender muchos sus vestiduras por tierra y clamar todos á una voz: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Sálvanos en las alturas.

Aquí primeramente se nos ofrece luego que considerar la grandeza de la caridad de nuestro Salvador, y el alegría y promptitud de voluntad con que iba á ofrecerse á la muerte por nosotros, pues en este día quiso ser recebido con tan grande fiesta en señal del alegría y fiesta que en su corazón había, por ver que se llegaba ya la hora de nuestra redempción. Porque si de Sancta Águeda se dice que siendo presa por cristiana, iba á la cárcel con tan grande alegría como si fuera llevada á un convite, por la honra de Dios, ¿con qué promptitud y devoción iría el que tanto mayor caridad y gracia tenía, cuando fuese á obrar la obra de nuestra redención por la obediencia y honra del mismo Dios? Dónde claramente aprenderás con qué manera de promptitud y voluntad debes entender en las obras de su servicio, pues con tanta alegría entendió él en las de tu remedio, acordándote que

por una parte dice el Apóstol que huelga mucho Dios con el alegre servidor, y que por otra dice el Profeta: Maldito sea el hombre que hace las obras de Dios pesada y negligentemente.

Considera también las palabras de la profecía con que esta entrada se representa, que son éstas: Alégrate mucho, hija de Sión, y haz fiesta, hija de Hierusalem, y mira cómo viene para ti tu rey pobre y manso, asentado sobre un asna y un pollino hijo suyo. Todas estas palabras son palabras de grande consolación. Porque dicir, tu rey y para ti, es decir que ese Señor es todo tuyo, y que todos sus pasos y trabajos son para ti. Para ti viene, para ti nasce, para tí trabaja, para ti ayuna, para ti ora, para ti vive, para ti muere, y para ti finalmente resuscita y sube al cielo. Y no te escandalice el nombre de rey, porque este rey no es como los otros reyes del mundo, que reinan más para su provecho que para el de sus vasallos, empobreciendo á ellos para enriquescer á sí, y poniendo á peligro las vidas dellos por guardar la suya. Mas este nuevo rey no ha de ser desta manera, porque él te ha de enriquescer á costa suya, y defenderte con la sangre suya, y darte vida perdiendo él la suya. Porque para eso dice él por S. Juan que le fué dado poderío sobre toda carne, para que á todos los que fueren suyos, dé él la vida eterna. Éste es aquel principado de que dice el Profeta que está puesto sobre los hombros del que lo tiene, y no sobre los de su pueblo, para que el trabajo de la carga sea suyo, y el provecho y fructo sea nuestro.

Y dice más, que viene manso y asentado sobre una pobre cabalgadura. De manera que aquel Dios de venganzas, aquél que está asentado sobre los querubines, y vuela sobre las plumas de los vientos, y trae millares de carros de ángeles á par de sí, ése viene agora tan manso y humilde como aquí se nos representa, para que ya no huyas dél (como lo hizo Adán en el paraíso, y como el pueblo de los judíos, cuando le daba la ley) antes te llegues á él, viéndole hecho cordero de león, porque el que hasta aquí no venció tu corazón con la fuerza del poder ni con la grandeza de la majestad, quiere agora vencerlo con la grandeza de su humildad y con la fuerza de su amor. Ésta es la nueva manera de pelear que escogió el Señor (como dijo la sancta Profetisa) y con esto quebrantó las puertas de sus enemigos, y venció sus corazones. Y esto es lo que por figura se nos representa en

este tan solemne recibimiento que aquí se hizo: dónde (como dice el Evangelista) toda aquella ciudad se revolvió, y todos salieron á recibirle con ramos de palmas y olivas en las manos, y otros echando sus vestiduras por tierra, cantando sus alabanzas y pidiéndole salud eterna. Pues ¿qué es esto sino representarnos aquí el Espíritu Sancto cómo habiendo este Señor batallado antes con el mundo, con rigores, con diluvios, con castigos y amenazas espantosas, sin acabar de rendirlo, después que escogió esta nueva manera de pelear, y procedió, no con castigos sino con beneficios, no con rigor sino con amor, no con ira sino con mansedumbre, no con majestad sino con humildad, y finalmente no matando á sus enemigos sino muriendo por ellos, entonces se apoderó de sus corazones, y trajo todas las cosas á sí, como dice él en su Evangelio: Si yo fuere levantado en un madero (poniendo la vida por el mundo) todas las cosas trairé á mí, no con fuerzas de acero sino con cadenas de amor, no con azotes y castigos, sino con buenas obras y beneficios. Entonces pues comenzaron luego los hombres, unos á cortar ramos de olivas, despojándose de sus haciendas y gastándolas en obras de piedad y misericordia (que por la oliva es entendida) y otros pasaron más adelante, que tendieron sus ropas por tierra para adornar el camino por do iba el Salvador, que son los que con la mortificación de sus apetitos y proprias voluntades, y con el castigo y maltratamiento de su carne, y con la muerte de sus proprios cuerpos, sirvieron á la gloria deste Señor, como lo hicieron innumerables mártires, que dejaron arrastrar y despedazar las túnicas de sus cuerpos por la confesión y gloria dél. En lo cual se nos encomiendan tres maneras de virtudes con que habemos de salir á recebir á este Señor, cuando viene espiritualmente á nuestras ánimas. La primera es la oración, figurada en aquéllos que le alababan con sus voces, y le pedían salud. La segunda es la limosna y misericordia, que es figurada en los otros que cortaban ramos de olivas, porque ya dijimos que por la oliva se entiende la misericordia. La tercera es la mortificación de la carne y el menosprecio de sí mismo, que es figurada por aquéllos que arrastraban sus ropas por tierra para que fuesen pisadas y acoceadas por honra de Cristo. De las cuales virtudes la primera (que es la oración) se debe á Dios, la segunda (que es la misericordia) al prójimo, mas la tercera (que es la mortificación) debe el hombre á sí mismo. Éstas son tres cru-

ces espirituales que ha de traer el cristiano siempre sobre sí, y cuando se levantare por la mañana, así como acabare de dar gracias á Dios y encomendarle todo el curso de aquel día, luego se ha de cargar destas tres cruces, que son estas tres grandes obligaciones, y andar todo el día con una perpetua atención para cumplir con ellas, trayendo un corazón devotísimo para con Dios, y otro piadosísimo para con su prójimo, y otro muy severo para consigo, castigando su carne, enfrenando su lengua y mortificando todos sus apetitos. Sobre todo esto tienes también aquí un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos extremos. ¿Quieres pues ver en qué se debe estimar esa gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco días lo tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dió contra él voces diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. De manera que el que hoy le predicaba por hijo de David (que es por el más sancto de los sanctos) mañana le tiene por el peor de los hombres y por más indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa más liviana, más antojadiza, más ciega, más desleal y más inconstante en sus paresceres que el juicio y testimonio deste mundo? Hoy dice, y mañana desdice: hoy alaba, y mañana blasfema: hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana con mayor liviandad os sume en los abismos: hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois peor que Barrabás. Tal es el juicio desta bestia de muchas cabezas y deste engañoso monstruo, que ninguna fe ni lealtad ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide, sino con su proprio interese. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano, y no es malo sino el que le trata como él meresce, aunque haga milagros, porque no tiene otro peso para medir la virtud, sino solo interese. Pues ¿qué diré de sus mentiras y engaños? ¿A quién jamás guardó fielmente su palabra? ¿A quién dió lo que prometió? ¿Con quién tuvo amistad perpetua? ¿A quién conservó mucho tiempo lo que le dió? ¿A quién jamás vendió vino que no se lo diese aguado con mil zozobras? Solo esto tiene de constante y de fiel, que á ninguno fué fiel. Éste es aquel falso Ju-

das que besando á sus amigos, los entrega á la muerte. Éste aquel traidor de Joab que abrazando al que saludaba como amigo, secretamente le metió la espada por el cuerpo. Pregona vino, y vende vinagre: promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar, peligroso para tener, y dificultoso de dejar. ¡Oh mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto, en los principios dulce, en los dejos amargo, en la cara blando, en las manos cruel, en las dádivas escaso, en los dolores pródigo, al parescer algo, de dentro vacío, por de fuera florido, y debajo de la flor espinoso!

Del Lavatorio de los pies.

El dejo con que el Salvador del mundo acabó la vida y se despidió de sus discípulos antes que entrase en la conquista de su pasión, fué lavarles él mismo los pies con sus proprias manos, y ordenarles el Sanctísimo Sacramento del altar, y predicarles un sermón lleno de toda la suavidad, doctrina y consolación que podía ser. Porque tal gracia y tal despedida como ésta pertenecía á la suavidad y caridad grande deste Señor. Pues el primero destos misterios escribe el evangelista S. Juan, diciendo que antes del día de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora en que había de pasar deste mundo al Padre, habiendo él amado á los suyos que tenía en el mundo, en el fin señaladamente los amó. Y hecha la cena, como el demonio hubiese ya puesto en el corazón de Judas que le vendiese, sabiendo él que todas las cosas había puesto el Padre en sus manos y que había venido de Dios y volvía á Dios, levantóse de la cena, y quitó sus vestiduras, y tomando un lienzo, ciñóse con él, y echó agua en un baño, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos, y limpiarlos con el lienzo que estaba ceñido. Hasta aquí son palabras del Evangelista.

Pues como haya muchas cosas señaladas que considerar en este hecho tan notable, la primera que luego se nos ofrece, es este ejemplo de humildad inestimable del Hijo de Dios, cuyas grandezas comenzó el Evangelista á contar al principio deste Evangelio, para que más claro se viese la grandeza desta humildad, comparada con tan grande majestad. Como si dijera: Este

Señor que sabía todas las cosas, éste que era Hijo de Dios, y que dél había venido y á él se volvía, éste, en cuyas manos el Padre había puesto todas las cosas, el cielo, la tierra, el infierno, la vida, la muerte, los ángeles, los hombres y los demonios, y finalmente todas las cosas, éste tan grande en la majestad fué tan grande en la humildad, que ni la grandeza de su poder le hizo despreciar este oficio, ni la presencia de la muerte olvidarse deste regalo, ni la alteza de su majestad dejar de abatirse á este tan humilde servicio, que es uno de los más bajos que suelen hacer los siervos. Y así como tal se desnudó y ciñó, y echó agua en una bacía, y él con sus proprias manos, con aquellas manos que criaron los cielos, con aquéllas en que el Padre había puesto todas las cosas, comenzó á lavar los pies de unos pobres pescadores, y (lo que más es) los pies del peor de todos los hombres, que eran los de aquel traidor que le tenía vendido. ¡Oh inmensa bondad! ¡Oh suprema caridad! ¡Oh humildad inefable del Hijo de Dios! ¿Quién no quedará atónito, cuando vea al Criador del mundo, la gloria de los ángeles, el Rey de los cielos y el Señor de todo lo criado prostrado á los pies de los pescadores, y más de Judas? No se contentó con bajar del cielo y hacerse hombre, sino descendió más bajo (como dice el Apóstol) á deshacerse y humillarse de tal manera, que estando en forma de Dios, tomase no sólo forma de hombre, sino también de siervo, haciendo el oficio proprio de los siervos. Maravillábase el fariseo que convidó á Cristo, de ver que se dejase tocar los pies de una mujer pecadora, pareciéndole ser esto cosa indigna de la dignidad de un profeta. Pues si por tan indigna cosa tienes, oh fariseo, que un profeta deje tocar sus pies de una mujer pecadora, ¿qué hicieras si creyeras que ese Señor era Dios, y que con todo eso dejaba tocar sus pies de esa pecadora? Y si esto te pusiera grande admiración, dime ruégote, ¿qué hicieras, si creyendo que este Señor era Dios (como lo era) vieras que no sólo dejaba tocar sus pies de pecadores, sino que él mismo, prostrado en tierra, lavaba los pies de los pecadores? ¿Cuánto mayor cosa es Dios que un profeta, y cuánto mayor lavar él los pies ajenos que dejarse tocar los suyos proprios? Pues ¿cuánto más atónito y pasmado quedaras, si esto vieras y lo creyeras? Creo cierto que los mismos ángeles quedaron espantados y maravillados desta tan extraña humildad.

Quitóse (dice el Evangelista) las vestiduras, &c. ¡Oh ingratitud

y miseria del linaje humano! Dios quita todos los impedimentos para servir al hombre: pues ¿por qué no los quitará el hombre para servir á Dios? Si el cielo así se inclina á la tierra, ¿por qué no se inclinará la tierra al cielo? Si el abismo de la misericordia así se inclina al de la miseria, ¿por qué no se inclinará el de la miseria al de la misma misericordia? Él mismo fué el que se ciñió, y el que echó agua en el baño, y el que lavó los pies de los discípulos, para que por aquí entiendan los amadores de la virtud, y los que tienen cargo de ánimas, que no han de cometer á otros los oficios de piedad, sino ellos por sí mismos han de poner las manos en todo. Porque si el hombre desea el galardón en sí y no en otro, por sí mismo ha de hacer las obras de virtud, y no por otro.

Mira también cuán á propósito vino este auto, cuando el Señor lo hizo. Porque comenzaron entonces los discípulos á disputar cuál de ellos era el mayor (la cual disputa habían ya otra vez tenido entre sí, y no se curó con la amonestación que el Señor entonces les hizo de palabra) y por esto acudió agora á curarla con otra medicina más eficaz, que es con la obra, haciendo entre ellos y para ellos esta obra de tanta humildad, demás de las que tenía hechas, y de las que le quedaban por hacer. Porque sabía muy bien este Señor la necesidad que los hombres tienen desta virtud, y la repugnancia grande que por su parte hay para ella, y por esto acudió á curarla con esta tan fuerte medicina.

Mas no sólo nos dejó aquí ejemplo de humildad, sino también de caridad, porque lavar los pies no sólo es servicio, sino también regalo, el cual hizo el Salvador á los pies de sus amigos, víspera del día que habían de ser enclavados y lavados con sangre los suyos: para que veas cuán dura es la caridad para sí, y cuán blanda para los otros. Pues este ejemplo de caridad y humildad deja el Señor en su testamento por manda á todos los suyos, encomendándoles en aquella hora postrimera que se tratasen ellos entre sí como él los había tratado, y se hiciesen aquellos regalos y beneficios que él entonces les había hecho. Pues ¿qué otra ley, qué otro mandamiento se pudiera esperar de aquel pecho tan lleno de caridad y misericordia, más proprio que éste? ¿Qué otro mandamiento dejara un padre á la hora de su muerte á hijos que mucho amase, sino que se amasen ellos entre sí, y hiciesen para consigo lo que él hacía para con ellos? Éste fué el

mandamiento que el sancto Josef dió á sus hermanos, cuando los envió á su padre, diciendo: No tengáis pasiones en el camino, caminad en paz, y no os hagáis mal unos á otros. Mandamiento fué éste de verdadero hermano, que de verdad amaba á sus hermanos y deseaba su bien. Pues para mostrar el Señor este mismo amor para con los hombres, pone aquí este mandamiento (que por excelencia se llama el Mandato) en el cual nos mandó la cosa que más convenía para nuestra paz, para nuestro bien y para nuestro regalo. Tanto, que si este mandamiento se guardase en el mundo, sin dubda vivirían en él los hombres como en un paraíso. Donde advertirás también cuáles sean los mandamientos que nos manda Dios nuestro Señor. Porque tales son, y tan provechosos para los hombres, que si bien se considera, más debemos nos á él por las cosas que nos manda, que él á nos por la guarda de lo que manda, pues aun quitado aparte el galardón del cielo, ninguna cosa se nos podía mandar en este mundo que fuese más para nuestro provecho.

De la institución del Sanctísimo Sacramento.

Entre todas las muestras de caridad que nuestro Salvador nos dió en este mundo, con mucha razón se cuenta por muy señalada la institución del Sanctísimo Sacramento. Por lo cual dice S. Juan que habiendo el Señor amado á los suyos que tenía en el mundo (esto es, á sus escogidos) en el fin de la vida señaladamente los amó, porque en este tiempo les hizo mayores beneficios, y les descubrió mayores muestras de su amor. Pues para entendimiento destas palabras (que son fundamento así deste misterio como de todos los demás que se siguen) conviene presuponer que ninguna lengua criada es bastante para declarar la grandeza del amor que Cristo tenía á su Eterno Padre, y consecuentemente á los hombres, que él le encomendó. Porque como las mercedes y beneficios que este Señor en cuanto hombre había recebido deste soberano Padre, fuesen infinitas, y la gracia otrosí de su ánima (de donde procede la caridad) fuese también infinita, de aquí es que el amor que á todo esto respondía, era tan grande que no hay entendimiento humano ni angélico que lo pueda comprehender. Pues como sea proprio del amor desear padescer tra-

bajos por el amado, de aquí nasce que tampoco se puede comprehender la grandeza del deseo que Cristo tenía de beber el cáliz de la muerte y padescer trabajos por la gloria de Dios y por la salud de los hombres, que él tanto deseaba por su amor. Pues este divino amor, que hasta este día estuvo como detenido y represado para que no hiciese todo lo que él deseaba y podía hacer, este día le abrieron las puertas y le dieron licencia para que ordenase, y hiciese, y padeciese todo cuanto quisiese por la gloria de Dios y por la salud de los hombres. Habida pues esta licencia, la primera cosa que hizo fué abrir la puerta á todos los dolores y tormentos de su pasión, para que todos juntos embistiesen primero en su ánima sanctísima con la aprehensión y representación dellos, y después en todo su sacratísimo cuerpo, los cuales fueron tales que la imaginación y representación dellos bastó para hacerle sudar gotas de viva sangre. Este mismo le entregó luego en manos de pecadores, y le ató á una coluna, y le coronó con espinas, y le hizo llevar una cruz á cuestas, y en ella misma le crucificó. Éste le hizo entregar sus manos para que las atasen, y sus mejillas para que las abofeteasen, y sus barbas para que las pelasen, y sus espaldas para que las azotasen, y sus pies y manos para que los enclavasen, y su costado precioso para que lo alanceasen, y finalmente todos sus miembros y sentidos para que por nuestra causa los atormentasen. Y de aquí se ha de tomar la medida de los trabajos de Cristo, no de la furia de sus enemigos, porque ésta no igualaba con su amor, ni de la muchedumbre de nuestros pecados, pues para éstos bastaba una sola gota de su sangre, sino de la grandeza deste amor. Mas ante todas estas cosas, este mismo amor le hizo ordenar un sacramento admirable, el cual por doquiera que le miréis, está echando de sí llamas y rayos de amor. Por dónde el que desea saber qué tan grande sea este amor, ponga los ojos en este divino Sacramento, y considere los efectos y propósitos para que fué instituído, porque éstos le darán nuevas ciertas de la grandeza de la caridad que ardía en el pecho de donde este Sacramento procedió. Porque todos los indicios y señales que hay de verdadero y perfecto amor, en este divino Sacramento se hallan.

Porque primeramente, la principal señal y obra del verdadero amor es desear unirse y hacerse una cosa con lo que ama. De donde viene á ser que el que ama, todos los sentidos tiene en la

cosa que ama, el entendimiento, la memoria, la voluntad, la imaginación, con todo lo demás. De suerte que el amor es una alienación y destierro de sí mismo, que nasce de estar el hombre todo trasladado y trasportado en el amado. Pues este tan principal efecto de amor nos mostró Cristo en este Sacramento: porque uno de los fines para que lo instituyó, fué para encorporarnos y hacernos una cosa consigo, y por esto lo instituyó en especie de manjar, porque así como del manjar y del que lo come se hace una misma cosa, así también de Cristo y del que dignamente le recibe, como él mismo lo significó diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él. Lo cual se hace por la participación de un mismo espíritu, que mora en ambos, que es como estar en ambos un mismo corazón y un ánima, de dónde se sigue una misma manera de vida, y después una misma gloria, aunque en grados diferentes. Pues ¿qué cosa más para preciar y estimar que ésta?

La segunda señal y obra de verdadero amor es hacer bien á la persona amada, y darle parte de cuanto tiene, después que le ha dado su corazón y á sí mismo. Porque el verdadero amor nunca está ocioso, ca siempre óbra y siempre trabaja por hacer bien á quien ama. Pues ¿qué mayores bienes, qué mayores dádivas que las que nos da Cristo en este Sacramento? Porque en él se nos da la misma carne y sangre de Cristo, con todo lo que con el sacrificio desa misma carne y sangre se ganó. De manera que aquí se nos da el panal juntamente con la miel, que es Cristo con todos sus merecimientos y trabajos, de que aquí nos hace participantes por virtud deste Sacramento, según la disposición y aparejo del que lo recibe. De dónde así como en tocando nuestra ánima en la carne que desciende de Adán, cuando Dios la infunde y la cría, luego es hecha participante de todos los males y miserias de Adán, así por el contrario, en tocando por medio deste Sanctísimo Sacramento dignamente en la carne de Cristo, se hace participante de todos los bienes y tesoros de Cristo. Por lo cual se llama este sacramento Comunión, porque por él nos comunica Dios no solamente su preciosa carne y sangre, mas también su parte de todos los trabajos y méritos que con el sacrificio desa carne y sangre se alcanzaron.

La tercera señal y obra de amor es desear vivir en la memoria del amado y querer que siempre se acuerde dél, y para eso se

dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despierten esta memoria. Pues para esto ordenó también el Señor este Sacramento, para que en su absencia fuese memorial de su sacratísima pasión y de su persona. Y así acabándolo de instituir, dijo: Cada vez que celebráredes este misterio, celebradlo en memoria de mí: esto es, para acordaros de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padescí. Pues quien esta memoria con tales prendas y memoriales nos pedía, ¿con qué amor es de creer que nos amaba?

Mas no se contenta el verdadero amor con sola la memoria, sino sobre todo pide retorno de amor, porque toda otra paga tiene por pequeña en comparación désta, y á veces llega este deseo á tanto, que viene á buscar maneras de bocados y artificios para causar este amor, cuando entiende que no lo hay. Pues hasta aquí llegó aquel soberano amor de Dios, que deseando ser amado de nosotros, ordenó este misterioso bocado con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es herido y tocado deste amor Pues ¿qué cosa más admirable que ésta?

La quinta señal y obra de amor (cuando es tierno) es desear dar placer y contentamiento al que ama, y buscarle cosas acomodadas para esto, como hacen los padres á los hijos chiquitos, que les procuran y traen algunas cositas que sirvan para su gusto y recreación. Pues esto mismo hizo aquí este soberano amador de los hombres, ordenando este Sacramento, cuyo efecto proprio es dar una espiritual refección y consolación á las ánimas puras y limpias, las cuales reciben con él tan grande gusto y suavidad, que (como dice Sancto Tomás) no hay lengua que lo pueda explicar.

Y mira, ruégote, en qué tiempo se puso el Señor á aparejarnos este bocado de tanta suavidad, que fué la noche de su pasión, cuando á él se le estaban aparejando los mayores trabajos y dolores del mundo. De manera que cuando á él se aparejaban los dolores, nos aparejaba él estos sabores: cuando á él se aparejaba la hiel, nos aparejaba él esta miel; cuando para él se ordenaban estos tormentos, nos ordenaba él estos regalos, sin que la presencia de la muerte y de tantos trabajos como le estaban aguardando, fuese parte para ocupar su corazón de tal manera que lo retrajese de hacernos este tan grande beneficio. Verdaderamente con

mucha razón se dice que es fuerte el amor como la muerte, pues las muchas aguas y los grandes ríos de pasiones y dolores no bastaron, no sólo para apagar, mas ni aun para escurecer la llama deste divino amor.

La última señal y obra de amor es desear la presencia del amado, por no poder sufrir el tormento de su ausencia. Esto verá claro quien leyere los extremos que hacía la madre de Tobías por la ausencia de su hijo, y lo que hizo el patriarca Jacob por la vista de Josef, pues á cabo de ciento y treinta años de edad partió con toda su casa y familia para Egipto, por ver, antes que muriese, con sus ojos lo que tanto amaba su corazón. Porque la condición del verdadero amor es querer tener presente lo que ama, y gozar siempre de su compañía. Pues por esta causa este divino amador instituyó este admirable Sacramento, en que realmente está él mismo en substancia, para que estando este Sacramento en el mundo, se quedase él también con nosotros en el mundo, aunque se partiese para el cielo. Lo cual es manifiesto argumento de su amor, y de lo que él deseaba nuestra compañía, porque la grandeza deste amor no sufría esta absencia tan larga.

Y hacer él esto con nosotros fué la mayor honra, el mayor provecho, el mayor consuelo y mayor remedio que nos pudiera quedar en este mundo, para que en él tuviésemos en quién poner los ojos, á quién llamar en nuestros trabajos, á quién acudir en nuestras necesidades, á quién hablar cara á cara, cuando nos fuese menester, cuya presencia despertase más nuestra devoción, acrescentase más nuestra reverencia, esforzase más nuestra confianza, y encendiese más nuestro amor. Engrandescía Moisén al pueblo de Israel diciendo que no había en el mundo nación tan grande que tuviese sus dioses tan cerca de sí cuanto lo estaba nuestro Dios á todas nuestras oraciones. Si esto decía él aun antes de la institución deste divino Sacramento, ¿qué dijera agora, cuando en él y por él tenemos á Dios presente, que nos ve y le vemos, y con quien rostro á rostro platicamos? Verdaderamente mucho hizo el Señor en ordenar este Sacramento, para que le recibiésemos dentro de nosotros, pero mucho hizo también en querer que le tuviésemos perpetuamente en nuestra compañía en los lugares sagrados. Dichosos los cristianos que todos los días pueden visitar estos lugares, y asistir á la presencia deste Señor, y hablar cara á cara con él. Pero mucho más los sacerdotes y religiosos

que moran en los mismos templos, y día y noche pueden gozar desta misma presencia, y tratar familiarmente con Dios.

¿Ves pues cómo todas las señales y obras de perfecto amor concurren en este divino Sacramento, y todas en sumo grado de perfección? Por dónde no queda lugar para dudar de la grandeza deste amor, pues con tantos y tan evidentes argumentos se nos declara. En lo cual conocerás que no es Dios menos grande en amar que en todas las otras obras suyas. Porque así como es grande en galardonar y en consolar y en castigar, así también lo es en amar, y mucho más. Pues ¿qué mayor tesoro, qué mayor consolación puede ser que ésta? Porque cierto es que (hablando en todo rigor) el mayor bien que nuestro Señor puede hacer á una criatura, es amarla. Porque el amor dicen los teólogos que es el primer don y la primera dádiva que se da, de la cual nascen todas las otras dádivas como arroyos de su fuente ó como efectos de su causa. Pues siendo esto así, ¿qué mayor riqueza ni consolación pueden tener los siervos de Dios, que saber que desta manera son amados de Dios? Porque dado caso que desto no se puede tener evidencia (si Dios no lo revelase) pero todavía se pueden tener grandes conjecturas (cuales las tienen los que perseveran mucho tiempo sin pecado mortal) y esto basta para recebir con esta manera de noticia grandísima consolación, y no sólo consolación, sino también grandísimos estímulos y motivos así para amar á Dios como para esperar en él. Porque si con ninguna cosa se enciende más un fuego que con otro fuego, ¿con qué se podrá más encender en nuestros corazones su amor, que con tal fuego de amor? Y si ninguna cosa esfuerza más la confianza que saber que os ama el que puede remediaros, ¿cómo no tendremos grandísima confianza en quien nos tiene tan grande amor? ¿Qué negará el que á sí mismo se dió, y el que tanto nos amó, pues la primera de las dádivas es el amor?

Mas hay aún otra cosa aquí que declara mucho la grandeza deste amor. Porque ya que esta dádiva era tan grande, si la diera él á quien la mereciera, ó á quien la agradeciera, ó á quien supiera aprovecharse dignamente della, no fuera tanto: mas darla á muchos que tan mal la conoscen y tan poco la agradecen, y tan mal se saben della aprovechar, esto es de caridad y misericordia singular. Quisiste, Señor, declarar la grandeza de tu caridad al mundo, y supístelo muy bien hacer, porque para

esto buscaste una tan ingrata y tan indigna criatura como yo, para que tanto más resplandeciese la grandeza de tu gracia, cuanto más indigna era esta persona. Los pintores, cuando pintan una imagen blanca, suelen ponerla en un campo negro, para que salga mejor lo blanco par de lo prieto. Pues así tú, Señor, usaste desta tan maravillosa gracia con una tan indigna criatura como es el hombre, para que la indignidad desta criatura descubriese más la grandeza de tu gracia. Pues, oh Rey de gloria, ¿qué tiene este hombre por que tanto le amas y tanto quieres ser amado dél? ¡Oh cosa de grande admiración! Si todo tu ser y gloria dependiera del hombre (así como toda la del hombre pende de ti) ¿qué más hicieras de lo que heciste, para ser amado dél? Cosa es por cierto maravillosa que estando toda mi salud, toda mi gloria y bienaventuranza en ti, huya yo de ti, y teniendo tú tan poca necesidad de mí, hagas tanto por amor de mí.

Ni es menos argumento desta caridad la especie en que este Señor quiso quedar acá con nosotros, porque si en su propria forma quedara, quedara para ser venerado, mas quedando en forma de pan, queda para ser comido y venerado, para que con lo uno se ejercitase la fe, y con lo otro la caridad. Y llámase pan de vida, porque es la misma vida en figura de pan; y por esto esotro pan poco á poco va dando vida á quien lo come, después de muchas digestiones, mas el que dignamente come este pan, en un momento recibe vida, porque come la misma vida. De manera que si tienes horror deste manjar porque es vivo, allégate á él porque es pan, y si lo tienes en poco porque es pan, estímalo mucho porque es vivo.

La Oración del Huerto.

Acabados los misterios de la cena y el sermón de sobremesa, dicen los Evangelistas que se fué el Salvador al huerto de Getsemaní á hacer oración antes de entrar en la conquista de su pasión. Dónde puedes primeramente considerar cómo acabada esta misteriosa cena, y con ella los sacrificios del testamento viejo, y ordenados los del nuevo, abrió el Salvador la puerta á todos los dolores y martirios de su pasión, para que todos ellos juntos estuviesen primero en su ánima que atormentasen su cuerpo.

Y así dicen los Evangelistas que tomó consigo tres discípulos suyos, de los más amados, y comenzando á temer y angustiarse, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte: esto es, llena de tristeza mortal, bastante á causar la muerte, si él no reservara la vida para más largos trabajos. Y apartándose un poco dellos, fuese á hacer oración: y la tercera vez que oró, padeció su bendita ánima la mayor tristeza y agonía que jamás en el mundo se padeció. Testigos desto fueron aquellas preciosas gotas de sangre que de todo su cuerpo corrían: porque una tan extraña manera de sudor, nunca visto en el mundo, declara haber sido éste el mayor de todos los dolores y agonías del mundo. Porque ¿quién jamás oyó ni leyó sudor de sangre, que bastase á correr hilo á hilo hasta la tierra? Y pues este sudor exterior era indicio de la agonía interior en que estaba su ánima, así como dende que el mundo es mundo, nunca se vió tal sudor, así nunca se vió tal dolor. Las causas desto fueron muchas. Porque una fué la perfectísima aprehensión de todos los dolores y martirios que le estaban aparejados, los cuales le fueron allí tan distinctamente representados, que con esto fué interiormente (si decir se puede) azotado, escupido, abofeteado, coronado, reprobado y crucificado, y así con esto padeció en la parte afectiva de su ánima gravísimos dolores conforme á la representación de todas estas imágines.

Hubo también otra causa más principal, que fué la grandeza del dolor que padeció con la representación y memoria de todos nuestros pecados. Porque como él por su inmensa caridad se quiso ofrecer á satisfacer por ellos, era razón que antes desta satisfación padeciese este tan gran dolor. Y para esto puso ante sus ojos todas las maldades y abominaciones del mundo, así las hechas como las que estaban por hacer, así las de los que se han de salvar como las de los que se han de condenar, y de todas ellas recebió tan gran dolor, cuan grande era su caridad y el celo que tenía de la honra de su Padre. Por dónde, así como no se puede estimar este celo y amor, así tampoco este dolor. Porque si David por esta causa dice que se deshacía y marchitaba, cuando veía las ofensas de los hombres contra Dios, ¿qué haría aquél que tanto mayor caridad tenía que David, y tanto mayores males veía que David, pues tenía ante sí todos los pecados de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Éstos eran

aquellos toros y canes rabiosos que despedazaban su ánima sanctísima, mucho más crueles que los que atormentaban su cuerpo, de quien él decía en el Psalmo: Cercádome han muchos novillos, y toros bravos están al derredor de mí. Ésta pues era una muy principal causa deste dolor.

Otra era el pecado y perdición de aquel pueblo, que había de ser tan espantosamente castigado por aquel tan gran pecado: lo cual sin dubda sentía el Señor mucho más que su misma muerte. Y éste era el cáliz que el bendito Señor rehusaba (según la exposición de S. Hierónimo) cuando suplicaba al Padre que si fuese posible ordenase otro medio por donde el mundo fuese redimido, sin que aquel antiguo pueblo suyo cometiese tan gran maldad, y se perdiese. Pues así éstas como otras consideraciones semejantes afligieron tanto su bendita ánima en aquella oración, que le hicieron sudar este tan extraño sudor. Pues, oh buen Jesú, oh benigno Señor, ¿qué aflicción es ésta tan grande, qué carga tan pesada? ¿Qué dolencia es ésa que así os hace sudar gotas de sangre? La dolencia, Señor, es nuestra, mas vos tomáis el sudor della. La dolencia es toda nuestra, mas vos recibís las medicinas. Vos padecistes la dieta que nuestra gula merecía, cuando por nosotros ayunastes. Vos recebistes la sangría que nuestros males merecían, cuando vuestra preciosa sangre derramastes. Vos también tomastes la purga que á nuestros regalos se debía, cuando la hiel y vinagre bebistes, y vos agora tomáis el sudor, cuando puesto en esa mortal agonía, sudáis gotas de viva sangre. Pues ¿qué os daremos, Señor, por esta manera de remedio tan costoso para el remediador, y tan sin costa para el remediado?

Mira pues, oh hombre, cuánto es lo que debes á este Señor: mira cuál está por ti en este paso, cercado de tantas angustias, batallando y agonizando con la presencia de la muerte, yendo y viniendo de los discípulos al Padre y del Padre á los discípulos, y hallando en ambas partes todas las puertas de consolación cerradas, porque el Padre no oía la oración que por parte de la inocentísima carne de Cristo se le hacía, los discípulos en este tiempo dormían, Judas y los príncipes de los sacerdotes armados de furor y de envidia velaban: y sobre todos estos desamparos era mayor aún el de sí mismo, porque ni de la parte superior de su ánima, ni de la divinidad recibía alguna consolación.

De manera que á este amantísimo Hijo dió el Padre á beber el caliz de la pasión puro, sin mezcla de alguna consolación, por dónde vino á decir él aquellas palabras del Psalmo: Por mí, Señor, pasaron tus iras, y tus espantos me conturbaron. Y dice muy bien pasaron, y no, permanecieron, porque no merecía él la ira como pecador, sino como fiador y salvador de pecadores. Pues, oh Cordero inocentísimo, ¿quién puso sobre vuestros hombros esa tan pesada carga, que sólo imaginarla os hace sudar gotas de sangre? ¿Quién os ha herido, Señor? ¿Qué sangre es ésa que está goteando de vuestro rostro? No veo agora verdugos que os atormenten, no parecen aquí señales de azotes, ni de clavos, ni de espinas, ni de cruz: entiendo, Señor, que vuestra caridad quiere ser la primera en sacaros sangre sin hierro y sin cuchillo, para que se entienda que ella es la que abre camino á todos los otros perseguidores.

En este paso doloroso tienes, hermano, no sólo materia de compasión, sino también ejemplo de oración, porque aquí primeramente nos enseña el Salvador á acudir á Dios en todas nuestras necesidades como á Padre de misericordias, el cual muchas veces nos envía estos trabajos por darnos motivo de acudir á él en ellos, y experimentar su providencia paternal en nuestro remedio. Enséñanos también aquí á perseverar en la oración y no desistir luego de nuestra demanda, cuando no somos luego despachados á nuestra voluntad, sino que perseveremos en ella, como lo hizo este Señor, que tres veces repitió una misma oración: porque muchas veces lo que al principio se niega, al fin se viene á conceder. También aquí nos enseña á orar por una parte con grande confianza, y por otra con grande obediencia y resignación en la voluntad de Dios. La confianza nos muestra cuando dice: Padre mío, que es la palabra de mayor ternura y confianza que puede ser, la cual ha de tener el que ora. Y la resignación nos descubre, cuando dice: No se haga lo que yo quiero, sino lo que vos queréis.

La prisión del Salvador.

Después desto considera cómo acabada esta oración, vino luego todo aquel escuadrón de gente armada, y con ellos también muchos de los príncipes de los sacerdotes y fariseos, para prender al Cordero. Porque no se atrevieron á fiar este negocio de los ministros y soldados mercenarios (porque no les acaesciese lo que otra vez, cuando la predicación del Señor los convertió y hizo volver vacíos) sino ellos mismos vinieron en persona, como gente tan confiada de su malicia que ni por sermones ni cosas que viesen, esperaban desistir de su maldad. De manera que los que eran mayores en la dignidad, fueron los mayores en la maldad, cuando vinieron á estragarse. De dónde aprenderás que así como del mejor vino se hace mejor vinagre (cuando se viene á corromper) así aquéllos que por razón de su estado están más altos y más llegados á Dios (como son todas las personas eclesiásticas y dedicadas á Dios) cuando se dañan, vienen á ser peores que todos los otros hombres, como vemos que el mayor ángel se hizo mayor demonio, cuando pecó.

Venía Judas por adalid y capitán deste ejército, caído ya (como otro Lucifer) del más alto estado de la Iglesia en el más profundo abismo de maldad, que era, ser el primer conjurado en la muerte de Cristo. Mira pues á qué extremo de males llegó este miserable, por no resistir á los principios de sus cobdicias. ¡Ay de ti, si no resistes á las tuyas! Porque ¿qué se podrá esperar de ti, que no tienes tantos aparejos para la virtud como tenía éste, pues no aprendes en tal escuela, no ves tales milagros, no conversas con tal maestro ni con tales discípulos? Pues ¿qué puedes esperar de ti, si por todas partes no te velas? Habíales este traidor dado señal diciendo: A quienquiera que yo besare, ése es, tenedlo fuertemente. El Maestro dulcísimo y fuente de caridad y amor, ¿con qué otro cebo le habían de armar lazos, con qué otra señal le habían de prender, sino con señal de amor? Aceptó el Señor este cruel beso, por quebrantar siquiera con la dulzura desta mansedumbre la dureza de aquel rebelde corazón: mas al ánimo obstinado y pervertido por demás son los remedios. Mas tú, ánima mía, considera que si este dulcísimo

Cordero no desechó el engañoso beso del que tan cruelmente le vendía, ¿cómo desechará el beso interior del que entrañablemente le ama?

Mas porque conociese la presumpción humana que ninguna cosa podía contra la Omnipotencia divina, antes que le prendiesen, con una sola palabra derribó dos veces aquellas huestes infernales en tierra, aunque ellos como ciegos y obstinados en su malicia, ni aun con esta tan evidente maravilla se convertieron: para que veas á dónde llega un hombre desamparado de Dios, y cuán incurable es aquél á quien él no cura, pues esta tan eficaz medicina no sanó á quien él había desamparado. Maldito sea su furor tan pertinaz, pues ni con la vista de tan gran milagro se rindió, ni con la dulzura de tan grande beneficio se amansó.

Mas no sólo mostró aquí el Señor su poder, sino también su misericordia, restituyendo la oreja que S. Pedro había cortado, y tornándola á su lugar. Dónde son también para considerar las palabras que el Salvador dijo á Pedro en este auto. Vuelve (dice) la espada á su lugar. El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que beba? Éste es el escudo general con que se ha de defender el cristiano en todas las tribulaciones y trabajos que se le ofrecieren. Venga por donde viniere, sean hombres, sean demonios los que nos persiguen, todo ello viene por parte de Dios, todo es cáliz que nos da á beber el Padre Eterno. Así lo confesó el sancto Job, cuando viéndose tan afligido y maltratado del demonio, dijo: Dios lo dió, y Dios lo quitó: como al Señor plugo, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito. Así lo confesó también el rey David, cuando le maldecía Semeí, diciendo que Dios le había mandado que le maldijese. Y pues todos éstos son cálices del Padre, no hay por qué temer la purga ordenada por mano de físico tan sabio y que tiene nombre y obras de padre, ni tampoco hay por qué recelar el amargura del vaso, después que aquellos dulcísimos labrios del Hijo de Dios (en quien toda la gracia fué derramada) quedaron impresos en él.

Acabada esta cura, huyen luego los discípulos, y desamparan al Señor. Acompañáronle en la cena, y dejáronle solo en la pasión. Todos somos en esta parte imitadores de los discípulos, pues todos huímos de los trabajos y dejamos de seguir á Cristo cuando camina á la cruz, deseándole seguir cuando camina á su reino. Y si por ventura alguna vez le seguimos, seguímosle dende

lejos, como los discípulos le seguían, que es, poniéndonos á muy pequeñas cosas por él. Mas ¡ay de mí, que ellos huían de vos, Señor, por el peligro que veían, mas yo sin peligro huyo, y no sólo sin peligro, mas antes viendo el peligro que se me sigue de apartarme de vos, pues apartarme de vos es apartarme de la luz de la vida, de la paz y de todos los bienes! ¡Cuánto es pues mayor mi culpa que la suya!

Desamparando pues al Salvador los discípulos, arremete luego toda aquella manada de lobos hambrientos al Cordero sin mancilla, que solo había quedado en sus manos. Mas ¿quién podrá oir sin dolor de la manera que aquellos crueles sayones extendieron sus sacrílegas manos, y ataron las de aquel mansísimo Señor, que ni contradecía ni se defendía? Y ¿qué sería ver de la manera que así maniatado le llevarían con grande priesa y grita y con grande concurso y tropel de gentes por las calles públicas á casa de los pontífices? ¿Cuál sería entonces el dolor de los discípulos, cuando viesen su dulcísimo Maestro apartado de su compañía, y llevado desta manera, vendido por uno dellos, pues el mismo traidor que lo vendió, sintió tanto el mal que había hecho, que de pura pena desesperó y se ahorcó? Pues ¿quién por más duro que fuese, no se moviera á compasión, poniendo los ojos en un Señor de tanta sanctidad y que tantos bienes había hecho en toda aquella tierra, lanzando los demonios, y curando todos los enfermos, y predicando tan maravillosa doctrina, cuando le viese llevar con tanto ímpeto por las calles públicas, con una soga á la garganta, atadas las manos y con tanta ignominia? Oh crueles corazones, ¿cómo no os mueve á piedad tanta mansedumbre? ¿Cómo podéis hacer mal á quien os ha hecho tanto bien? ¿Cómo no miráis siquiera esa tan grande inocencia y mansedumbre, pues provocado con tantas injurias, ni os amenaza, ni se queja, ni se indigna contra tantas descortesías?

De la presentación del Salvador ante los pontífices Anás y Caifás, y de los trabajos que pasó la noche de su pasión.

PRESO pues el Salvador desta manera, llévanlo con grandes voces y estruendo á casa de Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice aquel año. Considera pues primeramente aquella tan grande afrenta que el Salvador recibió en

casa deste malvado suegro del Pontífice. Porque preguntándole por sus discípulos y por su doctrina, y respondiendo él cómo públicamente había enseñado á los hombres, y que dellos podía saber esto, uno de los criados deste perverso dió una bofetada al Señor, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Mira pues aquí cómo el mal Pontífice y los que presentes estaban se reirían de ver al Señor tan duramente herido, y por el contrario, cómo los que eran de su parte, se entristecerían, no pudiendo sufrir tan grande injuria en persona de tan grande dignidad. Mira otrosí con cuánta caridad y mansedumbre corrigió al que le había herido, diciendo: Si mal hablé, muéstrame en qué: y si bien, ¿por qué me hieres? Como si claramente dijera: Mal me has injuriado sin habértelo merecido.

Considera luego cómo de ahí fué llevado á casa de Caifás, y las injurias que allí recibió, cuando respondió á la pregunta del Pontífice que le preguntaba quién era. Porque allí no uno solo sino muchos de los que presentes estaban, arremetieron al Cordero como lobos rabiosos, y todos á una le herían sin ninguna piedad. Unos le daban bofetadas y pescozones, otros escupían en su rostro, otros arrancaban sus venerables cabellos, y otros decían contra él muchos denuestos y escarnios. De manera que aquel rostro adorado de los ángeles, el cual con su hermosura alegra la Corte soberana, es aquí por estas infernales bocas afeado con salivas, injuriado con bofetadas, afrentado con pescozones, deshonrado con vituperios, y cubierto con un velo por escarnio. Finalmente, el Señor de todo lo criado es aquí tratado como un sacrílego y blasfemo, estando él por otra parte con un rostro sereno y manso padesciendo todas estas injurias.

Mas aunque todo esto sea mucho para sentir, no es menos lo que S. Lucas cuenta diciendo que esta misma noche los soldados que le guardaban estaban haciendo escarnio dél, hiriéndole y cubriendo el rostro, y diciendo: Profetízanos agora, Cristo, quién es el que te hirió. Y otras muchas cosas, blasfemando decían contra él, las cuales el Evangelista no escribe, mas de la paciencia y caridad del Señor y de la crueldad y furor de aquellos crueles corazones que el demonio atizaba, podemos inferir cuál sería la noche que el Señor allí pasaría en medio de tan crueles sayones.

La presentación ante Pilato y Herodes, y los azotes á la columna.

Y pasada esta noche dolorosa con tantas ignominias en casa de los Pontífices, otro día por la mañana llevaron al Señor atado á casa de Pilato, que en aquella provincia por parte de los Romanos presidía, pidiéndole con gran instancia que le condenase á muerte. Y estando ellos con grandes clamores acusándole y alegando contra él mil falsedades y mentiras, él entre toda esta confusión de voces y clamores estaba como un cordero mansísimo ante el que lo tresquila, sin excusarse, sin defenderse y sin responder palabra: tanto que el mismo juez estaba grandemente maravillado de ver tanta gravedad y silencio en medio de tanta confusión y gritería. Mas aunque el Presidente sabía que toda aquella gente se había movido con celo de invidia, pero vencido con pusilanimidad y temor humano, mandó azotar al inocentísimo Cordero, paresciéndole que con esto se amansaría el furor de sus enemigos. Dado pues este cruel mandamiento, llegan los ministros de la maldad, y desnudando al Señor de sus vestiduras, átanlo fuertemente á una coluna, y comienzan á azotar y despedazar aquella purísima carne, y añadir azotes á azotes, y llagas á llagas, y heridas á heridas. Corren los arroyos de sangre por aquellas sacratísimas espaldas hasta regarse la tierra con ella, y teñirse de sangre por todas partes. Pues ¿qué cosa más dolorosa ni más injuriosa que ésta? Porque castigo de azotes no es de hombres honrados y nobles, sino de esclavos, ó ladrones, ó públicos malhechores. Por dónde los Romanos tenían hecha ley que ningún ciudadano de Roma, por delicto que hiciese, pudiese ser azotado, por ser éste castigo vilísimo y de personas muy bajas. Por lo cual encarece mucho en una oración Tulio la tiranía de un juez que había mandado azotar un ciudadano de Roma: el cual viéndose así injuriado, en medio de los azotes decía: Ciudadano soy de Roma. Pues si tan indigna cosa es azotar un ciudadano de Roma, di tú, ánima mía, ¿qué será ver al Señor de todo lo criado amarrado á una columna y azotado con tan crueles azotes como un público malhechor? ¿Qué harían los ángeles, que tan claramente conoscían la majestad deste Señor, cuando así le

viesen azotado y maltratado? ¿Qué es esto, Rey soberano? ¿Qué castigo es éste? ¿Qué penitencia es ésta? ¿Qué hurto habéis, Señor, cometido, por donde así sois azotado? Claro está, Señor, que la causa destos azotes son mis hurtos y maleficios, no los vuestros. Porque así como por vuestra inmensa caridad tomastes mi humanidad, así también tomastes con ella todas las deudas y obligaciones á que estaba subjecta, y por ella padescéis estos tormentos. Los cuales claramente dicen quién sois vos, y quién soy yo: quién yo, pues cometí tales pecados que merecieron tal castigo, y quién vos, pues fué tanta vuestra caridad que tomastes sobre vos tales delictos. Cuánto haya sido el número destos azotes, no lo dicen los Evangelistas, mas dícelo la muchedumbre de nuestras culpas y la crueldad destas infernales furias, que tanto gusto tomaban en la sangre y dolores del Salvador. Oh pues hombre perdido, que eres causa de todas estas heridas, mira cuán grandes motivos tienes aquí para amar, temer y esperar en este Señor, y compadecerte dél. Para amar, viendo lo mucho que padesció por ti: para temer, viendo el rigor con que en sí mismo castigó tus pecados: para esperar, considerando cuán copiosa redempción y satisfación se ofrece aquí por ellos: y para compadescerte dél, considerando la grandeza deste tormento y la mucha sangre que el Señor aquí derramó.

La Coronación de espinas y el Ecce Homo.

ACABADO este tormento de los azotes, comiénzase otro no menos injurioso que el pasado, que fué la coronación de espinas. Porque acabado este martirio, dice el Evangelista que vinieron los soldados del Presidente á hacer fiesta de los dolores y injurias del Salvador, y tejiendo una corona de juncos marinos, hincáronsela por la cabeza, para que así padesciese por una parte sumo dolor, y por otra suma deshonra. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza, otras llegaban (como dice S. Bernardo) hasta los huesos, rompiendo y agujereando por todas partes el sagrado celebro. Y no contentos con este tan doloroso vituperio, vístenle de una ropa colorada, que era entonces vestidura de reyes, y pónenle por sceptro real una caña en la mano, y hincándose de rodillas, dábanle bofetadas, y escupían

en su divino rostro, y tomándole la caña de las manos, heríanle con ella en la cabeza, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. No parece que era posible caber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos, porque cosas eran éstas que si en un mortal enemigo se hicieran, bastaran para enternecer cualquier corazón: mas como el demonio era el que las inventaba, y Dios el que las padescía, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningún tormento, según era grande su odio, ni ésta tan grande piedad se contentaba con menores trabajos, según era grande su amor.

No sé determinar cuál fué mayor, ó la injuria que el Salvador aquí recibió, ó el tormento que padesció. Porque cada día vemos poner corozas en las cabezas de algunos malhechores, para deshonrarlos con esta ignominia, mas éstas, aunque traen deshonra, no sacan sangre ni causan dolor: mas corona de espinas hincada por el celebro, que por una parte causase tan grande ignominia, y por otra tan gran dolor, ¿quién jamás la vió ni la leyó? De manera que la crueldad y fiereza destos corazones no se contentó con los tormentos usados y conocidos en todas las edades del mundo, sino que vino á descubrir nuevas artes y maneras de tormentos nunca vistos, los cuales de tal manera deshonrasen la persona, que también la afligiesen y atormentasen. Pues ¿qué diré de las otras salsas con que acedaron esta purga tan amarga, como fué vestirle de una ropa colorada como á rey, y ponerle una caña por sceptro real en la mano, y hincarse de rodillas por escarnio, y herirle con la caña en la cabeza, y dar bofetadas en su divino rostro? ¿Cuándo jamás dende que el mundo es mundo, se vió tal farsa, tal invención y tal manera de fiesta tan cruel y tan sangrienta? Nada desto leemos ni en las batallas de los mártires, ni en los castigos de los malhechores, donde aunque había muchas maneras de crueldades, no había estas invenciones de salsas y de potajes tan amargos. Mas todo esto se guardaba para este Señor, el cual como satisfacía por los pecados de los hombres, con la grandeza de sus dolores pagaba nuestros deleites, y con la deshonra de sus ignominias satisfacía por nuestras soberbias. En lo cual también se nos declara la grandeza de su bondad y caridad, la cual no se contentó con morir cualquier manera de muerte, sino escogió la muerte más acerba, más ignominiosa y más injuriosa que podía haber, y

quiso que en ella entreviniesen todas estas maneras de ignominias, para que con esto fuese su caridad más conoscida y nuestra redempción más copiosa. Y que ésta haya sido obra de su inmensa bondad y caridad, parece claro por esta razón. Porque cierto es que sin comparación era mayor la bondad y caridad de Cristo que la malicia y odio del demonio. Pues si esta malicia y odio bastaron para inventar estos modos de injurias, mucho más había de bastar la bondad y caridad de Cristo, no sólo para sufrirlas, sino también para desearlas.

Pues como el Presidente tuviese claramente conoscida la inocencia del Salvador, y viese que no su culpa sino la invidia de sus enemigos le condenaba, procuraba por todas vías librarle de sus manos. Para lo cual le pareció bastante medio sacarlo así como estaba á vista del pueblo furioso, porque él estaba tal, que bastaba la figura que tenía (según él creyó) para amansar la furia de sus corazones. Pues tú, oh ánima mía, procura hallarte en este espectáculo tan doloroso, y como si ahí estuvieras presente, mira con atención la figura con que salía á vista del pueblo este Señor, que es resplandor de la gloria del Padre y espejo de su hermosura. Mira cuán avergonzado estaría allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio, con sus manos atadas, con su corona de espinas, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes, y todo encogido, afeado y ensangrentado. Mira cuál estaría aquel divino rostro, hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rascuñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrida. Y como el sancto Cordero tenía las manos atadas, no podía con ellas limpiar los hilos de sangre que por los ojos corrían, y así estaban aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y cuasi ciegas y hechas un pedazo de carne. Finalmente, tal estaba su figura, que ya no parecía quién era, y aun apenas parecía hombre, sino un retablo de dolores pintado por mano de aquellos crueles pintores y de aquel mal Presidente, á fin de que abogase por él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura.

De la comparación de Cristo con Barrabás.

A esta injuria se añadió otra, y por ventura la mayor de cuantas el Señor recibió en su pasión. Porque siendo costumbre de aquella tierra dar la vida á algún condenado por honra de la Pascua, deseando el Presidente librar al Señor de la muerte, propúsoles juntamente con él uno de los peores hombres que en aquel tiempo había, que era Barrabás, el cual había revuelto la ciudad, y muerto un hombre en esta revuelta (cuya muerte todos con mucha razón debían desear) pareciéndole que por no dar la vida á este tan famoso malhechor, la darían al Salvador. Porque siendo el competidor tan indigno de la vida, creía el juez que no serían tan desatinados ni tan ciegos que juzgasen por más digno de la vida aquel revolvedor de la tierra, que á un hombre tan manso. Desta manera pues pensó el juez que pudiera librar al inocente. Donde ya primeramente ves hasta dónde llegó la humildad deste Señor, pues vino á competir con Barrabás, y á que se pusiese en disputa cuál de los dos era mejor y más digno de la vida. Pero pasa el negocio aún más adelante, porque puestos ambos en juicio, salió el Señor condenado, y libre y suelto Barrabás. Pues ¿á quién no pondrá en espanto esta tan grande abyección y humildad del Hijo de Dios? Más parece que se abajó aquí que en la cruz. Porque en la cruz fué condenado por malhechor y crucificado con malhechores, como uno dellos: mas aquí, hecha comparación con este malhechor, por común sentencia y aclamación del pueblo es sentenciado por peor que él. Oh Rey de gloria, ¡hasta dónde, Señor, bajó tu humildad! ¡Hasta dónde llegó tu paciencia! ¡Hasta dónde tu caridad! Pues dime, hombre, ¿qué tan grande te parece la soberbia que con tan extraña humildad hubo de ser curada, y que aun con todo esto tú no la curas? Y dime también, ¿qué caso debes hacer de los juicios y pareceres del mundo, pues tal parecer tuvo en esta causa, y tanto desatinó en ella, y no sólo en ella sino también en la condenación de los Profetas, de los Apóstoles y de todos los Mártires, los cuales tan injustamente condenó? Porque si á un criado tuyo tomas en una sola mentira, apenas le crees cosa que te diga, por parecerte que también mentirá en lo uno como en lo otro.

Pues según esto, ¿qué crédito será razón que demos al mundo, á quien en tantas mentiras habemos tomado cuantos sanctos tiene condenados, y más en esta tan horrible y desvergonzada mentira como fué tener al Hijo de Dios por peor que Barrabás? Sin dubda esto solo bastaba para que cerrásemos los ojos y tapásemos los oídos á todos los hechos y dichos desta bestia de muchas cabezas, tan furiosa, tan ciega y tan desatinada en todos sus juicios y pareceres.

De cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas.

Mas como todo esto nada aprovechase, dióse finalmente sentencia que el inocente muriese. Y para que por todas partes creciese su tormento, ordenaron sus enemigos que él mismo llevase sobre sí el madero de la cruz, en que había de padecer. Toman pues aquellos crueles carniceros el sancto madero (que según se escribe, era de quince pies) y cargáronlo sobre los hombros del Salvador, el cual (según los trabajos de aquel día y de la noche pasada, y la mucha sangre que había perdido) apenas podía tenerse en pie y sustentar la carga de su proprio cuerpo: y sobre ésta le añaden tan grande sobrecarga como era la de la cruz. Ésta fué otra invención y manera de crueldad nunca vista ni platicada en el mundo. Porque general costumbre es, cuando uno ha de padescer, esconderle los instrumentos de su pasión. Y por esto cubren los ojos al que ha de ser degollado, por que no vea la espada que le ha de herir: mas aquí usóse de tan extraña crueldad con este inocentísimo Cordero, que no le esconden la cruz de los ojos, sino hácensela llevar sobre sus hombros, para que con la vista de la cruz padesciese su ánima, y con el peso della penase su cuerpo, y así padesciese dos cruces primero que en una fuese crucificado. No leemos que se hiciese esto con los dos ladrones que con él habían de padescer: porque aunque habían de morir en cruz, no los obligaron á llevar sobre sí la cruz como al Salvador, queriendo en esto dar á entender que su culpa era mayor, pues el castigo era más atroz. Pues ¿qué cosa más injuriosa y más para sentir? ¡Quién me diera, oh buen Jesú, que os pudiera yo servir en ese tan trabajoso camino! Toda la noche habéis velado, y los crueles sayones á porfía se han entregado

en vos, dándoos bofetadas, y diciéndoos injurias: y después de tan largo martirio, después de enflaquecido ya y desangrado el cuerpo con tantos azotes, cargan la cruz sobre vuestros delicadísimos hombros, y así os llevan á justiciar. Oh delicado cuerpo, ¿qué carga es ésa que lleváis sobre vos? ¿A dó camináis, Señor, con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues ¿cómo? ¿Vos mismo habíades de llevar á cuestas los instrumentos de vuestra pasión? Mira pues aquí, oh ánima mía, al Señor en este camino, y mira esta tan pesada carga que lleva sobre sí, y entiende que parte de aquella carga eres tú, que vas en ella con todo el peso de tus pecados, de los cuales cada uno pesa más que todo el mundo, y da gracias á ese buen pastor que así lleva la oveja descarriada sobre sus hombros, para volverla á la manada.

Suelen en este paso tan doloroso contemplar las personas espirituales y devotas cómo el Señor en este tan trabajoso camino arrodillaría con la carga tan pesada que llevaba sobre sí. Porque aunque esto no digan los Evangelistas, es cosa muy verisímil que así sería, pues el Señor en aquel tiempo estaba tan debilitado, así por estar molido y desangrado con los azotes que había recebido, y la cabeza tan enflaquescida con el tormento de la corona de espinas, como por la mala noche que había pasado en poder de aquellos crueles sayones, y por el mesmo peso de la cruz que sobre sí llevaba, y por la priesa del caminar, mayormente pues él no se quería ayudar de la virtud y fuerza de su divinidad, para dejar de padescer todo lo que la crueldad y fiereza de sus enemigos quisiese. Pues ¿qué cosa más para sentir que ver al Salvador del mundo caer en tierra con aquella carga tan pesada, que sobre sus delicadísimos hombros llevaba? Pues ¿qué corazón habrá tan de piedra, que considerando al Señor así arrodillado, así prostrado y quebrantado, no se quebrante con dolor, mayormente considerando que en aquella misma carga le cargaba más el peso de nuestros pecados que el de su misma cruz?

En este mismo paso aún tenemos otro espectáculo no menos doloroso que considerar, que es el encuentro y la vista de la Madre sanctísima en este mismo camino: porque desto hay especial estación, que se muestra hoy día en Hierusalem. Pues ¿qué lengua podrá explicar hasta dónde llegó el dolor del bendito Señor,

cuando viese á su benditísima Madre, y entendiese también cuán agudamente traspasaba sus maternales entrañas este cuchillo de dolor, pues realmente él la amaba como verdadero hijo á verdadera madre, y tal madre, con incomparable amor. Y ¿qué sentiría otrosí el piadoso corazón de la Virgen, cuando viese al inocentísimo Cordero en medio de aquellos lobos carniceros, con aquella corona en la cabeza y con aquella carga tan pesada, y con aquel rostro tan demudado y fatigado, el cual representaba bien la carga de los trabajos que padescía, y sobre todo esto, viéndole llevar sentenciado y pregonado al tormento de la cruz? ¡Oh cómo se le representarían allí las profecías antiguas del sancto Simeón, y cuán cumplidos vería allí todos los dolores que aquel sancto viejo le profetizó! Pues ¿dónde están agora, Virgen bendita, aquellas tan magníficas promesas del ángel, que os dijo: Éste será grande, y será llamado Hijo del muy Alto, y darle ha el Señor Dios el reino de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre? ¿Dónde está pues agora este reino, dónde esta corona, y dónde esta silla real en la casa de David? Aquí aprenderán los que han de esperar en el Señor, con cuánta paciencia y longanimidad deben aguardar por el cumplimiento de sus promesas, acordándose de aquello que Isaías dice: El que creyere, no se apresure, porque así en este ejemplo como en otros verá el hombre cómo el Señor muchas veces dilata el cumplimiento de sus promesas, por donde muchos vienen á desconfiar por causa desta tardanza. Así vemos que dilató él por muchos días el reino de David, que le había prometido, dejándole primero pasar por muchos trabajos, y así también dilató la publicación y magnificencia del reino de Cristo, verdadero rey y señor en la casa de David, que es la Iglesia cristiana, figurada en el mismo reino de David. Por lo cual nos avisa el Profeta diciendo: El aparecerá en la fin, y no faltará su palabra: y si te paresciere que se tarda, todavía la espera, porque finalmente vendrá, y no tardará. Esta misma paciencia nos enseña á tener el Apóstol en la Epístola á los Hebreos, porque sin este fundamento de paciencia luego desmayará la confianza.

Acompaña pues, oh anima mía, con la Virgen al Señor en este tan doloroso camino: oye los pregones públicos que sobre él se van dando, ayúdale á llevar esa cruz por compasión de lo que padesce, junta tus lágrimas con las desas piadosas mujeres que

le van llorando, y entiende por ahí qué se hará en el madero seco, pues eso se hace en el verde. Y juntamente con esto acompaña con toda humildad á la sacratísima Virgen y al amado discípulo hasta el lugar de la cruz, y penetra, si puedes, hasta dónde llegaría su dolor en este paso. Porque si el Señor iba tal por este camino, que quebraba los corazones de las mujeres que no le conoscían, ni le eran nada, ¿cuál estaría el corazón de la Madre, que le amaba con tan grande y tan incomparable amor? Por dónde verás cómo trata Dios á sus grandes amigos en esta vida, y cómo los que determinaren de serlo, han de pasar por estas leyes de amistad por do pasaron todos los que de verdad le amaron.

De cómo fué crucificado el Salvador.

LLEGADO el Salvador al monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas á las llagas que los azotes habían dejado. Y al tiempo de quitárselas, es de creer que se las desnudarían aquellos crueles ministros con tanta inhumanidad, que volverían á renovarse las heridas pasadas, y á manar sangre por ellas. Pues ¿qué haría el bendito Señor, cuando así se viese desollado y desnudo? Parece que levantaría entonces los ojos al Padre, y le daría gracias por haber llegado á tal punto que se viese así tan pobre, tan deshonrado y desnudo por su amor. Estando él pues así, mándanle extender en la cruz (que estaba tendida en el suelo) y obedesce él como cordero á este mandamiento, y acuéstase en aquella cama que el mundo le tenía aparejada, y entrega liberalmente sus pies y manos á los verdugos para el tormento. Pues cuando el Salvador se viese así tendido sobre la cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaría su piadoso corazón? ¿Qué pensaría, qué diría en este tiempo? Volverse hía á su Eterno Padre, y decirle hía así: Oh Padre Eterno, gracias doy á vuestra infinita bondad por las obras que en todo el discurso de la vida pasada habéis obrado por mí. Agora, fenecido ya con vuestra obediencia el curso de mis días, vuelvo á vos, no por otro camino que el de la cruz. Vos mandastes que yo padesciese esta muerte por la salud de los hombres: yo vengo á

cumplir esta obediencia y á ofrecer aquí mi vida en sacrificio por vuestro amor.

Tendido pues el Salvador en esta cama, llegó uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comenzó á dar golpes con el martillo y á hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas, y recibieron estos golpes en medio del corazón, y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como éste sin morir. Verdaderamente aquí fué su corazón traspasado con esta mano, y aquí fueron con este clavo sus virginales entrañas rasgadas. Con la fuerza del dolor de la herida todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo el peso del cuerpo. Y estando así cargado el buen Jesú hacia esta parte, tomó el cruel sayón la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que los huesos del sagrado pecho se desabrocharon y quedaron tan señalados y distinctos que (como el Profeta dice) uno á uno los pudieran contar. Y desta misma crueldad es de creer que usaron cuando le enclavaron los pies: y desta manera quedó el sagrado cuerpo afijado en la cruz.

Éste fué el mayor de los tormentos corporales que el Salvador sufrió en su pasión. Porque este linaje de muerte de cruz era uno de los más acerbos y penosos que en aquel tiempo se acostumbraban. Porque las heridas son en pies y en manos, que son los lugares del cuerpo en que hay más junturas de huesos y de nervios, los cuales son órganos y instrumentos del sentir, y así las heridas en esta parte son más sentibles y más penosas. Y también esta manera de muerte no es acelerada como otras, sino prolija y larga, en la cual los matadores, no sólo pretenden matar, sino también atormentar al que muere. Y en todo este espacio tan largo el cuerpo, que está en el aire colgado de los clavos, naturalmente carga para bajo, y así está siempre rasgando las llagas, y rompiendo los nervios, y ensanchando las heridas, y acrecentando continuamente el dolor.

Y con ser tal este tormento, que un animal bruto que lo padesciera, pudiera mover á compasión, sus enemigos eran tales, que en este mismo tiempo estaban meneando la cabeza, y haciendo fiesta, y diciendo donaires, y haciendo escarnio del Salva-

dor. Pues ¿qué era esto, sino estar echando sal en las llagas recientes y frescas, y crucificar con las lenguas á quien con los clavos habían ya crucificado?

Mas aún no se acaban aquí los trabajos del Salvador, sino pasan más adelante, porque ni el fervor de su caridad ni el furor de sus enemigos se contentaba con esto. Y así añadieron ellos otra nueva y nunca vista crueldad á todas las otras. Porque estando el Señor ya todo desangrado, secas las entrañas y agotadas todas las fuentes de las venas, como naturalmente padesciese grandísima sed, y díjese aquella dolorosa palabra, *Sitio*, que es, Sed he, aquellos malvados enemigos usaron con él de tanta crueldad, que en este tiempo le dieron á beber una espongia de vinagre. Pues ¿qué mayor crueldad que acudir con tal bebida á quien tal estaba en esta sazón, y negar un jarro de agua á quien la pedía muriendo? En lo cual parece cómo no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase sin su proprio tormento, y por esto quiso que la lengua también padesciese su pena, pues todos los otros miembros habían padescido la suya. Pues si á este linaje de pobreza y aspereza llegó el Señor de todo lo criado por nuestro remedio, ¿cómo el cristiano redemido por este medio, y enseñado por este ejemplo, y obligado con este tan grande beneficio, pondrá toda su felicidad en deleites y regalos de carne, y no holgará de padescer algo por imitación y honra de Cristo?

Aquí es razón de considerar que aunque fué tan acerba y dolorosa la pasión deste Señor (como aquí habemos visto) no menos fué injuriosa que dolorosa, porque con lo uno padesciese la vida, y con lo otro padesciese la honra. Porque el linaje de muerte que padesció, fué ignominiosísimo, que era muerte de cruz (que en aquel tiempo era castigo de ladrones) el lugar también lo era, porque era público y donde justiciaban los públicos malhechores, y la compañía también lo era, pues fué de ladrones y malos hombres: y demás desto el día era solemne, porque era víspera de la fiesta, á donde había acudido mucha gente de todas partes. Y para mayor confusión y deshonra suya fué puesto en la cruz desnudo, que es cosa vergonzosa y afrentosa para nobles corazones. De lo cual todo parece claro cómo en la sacratísima pasión del Señor hubo suma deshonra, suma pobreza y sumo dolor. Lo cual convenía así, porque su sagrada pasión había de ser cuchillo y muerte del amor proprio, que es la primera raíz de todos los ma-

les, de la cual nascen tres ramas pestilenciales, que son, amor de honra, amor de hacienda y amor de deleites, las cuales son yesca y incentivo de todos los males. Pues contra el amor de la honra milita esta suma ignominia, y contra el amor de la hacienda esta suma pobreza, y contra el amor del regalo este sumo dolor. Y desta manera el amor proprio, que es el árbol de muerte, se cura con el bendito fructo deste árbol de vida, el cual es general medicina de todos los males, cuyas hojas (como dice Sant Juan) son para salud de las gentes.

Mas desviando agora un poco los ojos del Hijo, pongámoslos en su sanctísima Madre, que á todos estos trabajos y dolores se halló presente. Pues ¿qué sentiría vuestro piadoso corazón, Virgen bienaventurada, la cual asistiendo á todos estos martirios, y bebiendo tanta parte deste cáliz, vistes con vuestros proprios ojos aquel cuerpo sanctísimo que vos tan castamente concebistes, y tan dulcemente criastes, y que tantas veces reclinastes en vuestro seno y trajistes en vuestros brazos, ser despedazado con espinas, deshonrado con bofetadas, rasgado con clavos, levantado en un madero, y despedazado con su proprio peso, y al cabo jaropado con hiel y vinagre? Y no menos vistes con los ojos espirituales aquella ánima sanctísima llena de la hiel de todas las amarguras del mundo, ya entristecida, ya turbada, ya congojada, ya temiendo, ya agonizando, parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, parte por las ofensas y pecados de los hombres, parte por la compasión de nuestras miserias, y parte por la compasión que de vos su madre dulcísima tenía, viéndoos asistir presente á todos estos trabajos. Verdaderamente aquí fué su bendita ánima espiritualmente crucificada con su hijo, aquí fué traspasada con agudísimo cuchillo de dolor, y aquí jaropada con la hiel y vinagre que él bebió. Aquí vió muy por entero cumplidas las profecías que aquel sancto Simeón le había profetizado así de las persecuciones que había de padescer el hijo, como de los dolores que habían de traspasar el corazón de la madre. Aquí vió la inmensidad de la bondad de Dios, la grandeza de su justicia, la malicia del pecado, el precio del mundo, y la estima en que él tiene los trabajos llevados en paciencia, pues tan á manos llenas los reparte con sus tan grandes amigos.

Después desto puedes considerar aquellas siete palabras que el Salvador habló en la cruz, pues las palabras que los hombres

hablan al tiempo que parten desta vida, suelen ser muy notadas y encomendadas á la memoria, mayormente cuando son de padres ó amigos, ó de personas señaladas. Y pues el más sabio de los sabios, y más amigo de los amigos, y más padre que todos los padres, habló siete palabras al fin de la vida, justo es que nosotros, que somos sus espirituales hijos, las tengamos siempre en la memoria, y que en ellas estudiemos toda la vida. Mira pues con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre, con cuánta misericordia recibió al ladrón que le confesaba, con qué entrañas encomendó la piadosa madre al amado discípulo, con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres, con qué dolorosa voz derramó su oración y pronunció su tribulación ante el acatamiento divino, cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo finalmente le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos.

Por dó parece que en cada una destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. Porque en la primera se nos encomendó la caridad para con los enemigos, en la segunda la misericordia para con los pecadores, en la tercera la piedad para con los padres, en la cuarta el deseo de la salud de los hombres, en la quinta la oración en las tribulaciones, en la sexta la virtud de la obediencia y perseverancia, y en la séptima la perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

Con esta postrera palabra acabó el Salvador juntamente con la vida la obra de nuestra redempción y la obediencia que le era encomendada, y así como verdadero hijo de obediencia, inclinada la cabeza y desviándola del honroso título de la cruz, encomendó su espíritu en las manos del Padre. Entonces el velo del templo súbitamente se rasgó, y la tierra tembló, y la piedras se hicieron pedazos, y las sepulturas de los muertos se abrieron. Entonces el más hermoso de los hombres, escurecidos los ojos y cubierto el rostro de amarillez de muerte, quedó el más afeado de todos, hecho holocausto de suavísimo olor por ellos, para revocar la ira del Padre, que tenían merecida. Mira pues, oh Sancto Padre, dende tu sanctuario en la faz de tu Cristo: mira esta sacratísima hostia, la cual te ofrece este sumo Pontífice por nuestros pecados: y mira tú también, hombre redemido, cuál y

cuán grande es éste que está pendiente en el madero: cuya muerte resuscita los muertos, cuyo tránsito lloran los cielos, cuyos dolores sienten las piedras y todos los elementos del mundo. Pues, ¡oh corazón humano, más duro que todas ellas, si teniendo tal espectáculo delante, ni te espanta el temor, ni te mueve la compasión, ni te ablanda la piedad!

La lanzada del Señor y la sepultura.

Y como si no bastaran todos estos tormentos para el cuerpo vivo, quisieron también los malvados ejecutar su furor en él muerto: y así después de expirado el Señor, uno de los soldados le dió una lanzada por los pechos, de donde salió agua y sangre para baptismo y lavatorio del mundo. Levántate pues, oh esposa de Cristo, y haz aquí tu nido como paloma en los agujeros de la piedra, y como pájaro edifica aquí tu casa, y como tórtola casta esconde aquí tus hijuelos.

Mandaba Dios en la ley que se señalasen ciertas ciudades en la tierra de promisión para que fuesen lugares de refugio, adonde se acogiesen los malhechores: mas en la ley de gracia los lugares de refugio donde se acogen los pecadores, son estas preciosísimas llagas de Cristo, donde se guarecen de todos los peligros y persecuciones del mundo. Mas para esto señaladamente sirve la de su precioso costado, figurada en aquella ventana que mandó hacer Dios á Noé á un lado del arca, para que por ella entrasen todos los animales á escaparse de las aguas del diluvio. Pues todos los afligidos y atribulados con las aguas turbias y amargas deste siglo tempestuoso, todos los deseosos de verdadera paz y tranquilidad, acogeos á este puerto, entrad en esta arca de seguridad y reposo, y entrad por la puerta, que está abierta, deste precioso costado. Ésta sea vuestra guarida, vuestra morada, vuestro paraíso y vuestro templo, donde para siempre reposéis.

Tras desto resta considerar con cuánta devoción y compasión desclavarían aquellos sanctos varones el sacratísimo cuerpo de la cruz, y con qué lágrimas y sentimiento lo recibiría en sus brazos la afligidísima Madre, y cuáles serían allí las lágrimas del amado discípulo, de la sancta Magdalena y de las otras piadosas

mujeres: cómo lo envolverían en aquella sábana limpia, y cubrirían su rostro con un sudario, y finalmente lo llevarían en sus andas, y lo depositarían en aquel huerto donde estaba el sancto sepulcro. En el huerto se comenzó la pasión de Cristo, y en el huerto se acabó, y por este medio nos libró el Señor de la culpa cometida en el huerto del paraíso, y por ella finalmente nos lleva al huerto del cielo. Pues, oh buen Jesú, concédeme, Señor (aunque indigno) ya que entonces no merecí hallarme con el cuerpo presente á estas tan dolorosas obsequias, me halle en ellas meditándolas y tratándolas con fe y amor en mi corazón, y experimentando algo de aquel afecto y compasión que tu inocentísima madre y la bienaventurada Magdalena sintieron en este día.

Ésta es, hermano mío, la suma de la sagrada pasión: éstas son las heridas y llagas que por nosotros recibió el Hijo de Dios. Ésta sea pues nuestra gloria, nuestra guarida, nuestras canciones y lamentaciones todo el tiempo de nuestra vida, como lo eran de aquel religiosísimo y devotísimo S. Buenaventura, que hablando sobre esta materia, dice así: ¡Oh pasión amable! ¡Oh muerte deleitable! Si yo fuera el madero de aquella sancta cruz, y en mí fueran enclavados los pies y manos del buen Jesú, dijera á aquellos sanctos varones que le descendieron de la cruz: No me apartéis de mi Señor, sino sepultadme con él, para que nunca jamás sea yo apartado dél. Mas lo que no puedo hacer con el cuerpo, quiérolo hacer con el corazón. ¡Oh, qué buena cosa es estar con Jesucristo crucificado! Quiero hacer en él tres moradas, una en los pies, otra en las manos, y otra perpetua en su precioso costado. Aquí quiero sosegar, y descansar, y dormir, y orar. Aquí hablaré á su corazón, y concederme ha todo cuanto le pidiere ¡Oh muy amables llagas de nuestro piadoso Redemptor! Entrando una vez por ellas los ojos abiertos, la sangre que dellas salía, cegóme la vista, y después que ya otra cosa no pude ver sino sangre, atentando con las manos, entré dentro hasta las entrañas de su caridad, en las cuales así me hallé envuelto, que ya más no pude de ahí salir. En ellas moro, y de sus manjares me sustento, y bebo de su dulce licor, el cual es tan suave, que ni yo lo sé, ni puedo explicar. Mas he gran temor de salir desta tan deleitable morada, y perder la consolación en que vivo: pero tengo firme esperanza que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas me volveré á entrar, porque mi morada sea para

siempre en él. ¡Oh bienaventurada lanza, y bienaventurados clavos, que nos abristes el camino de la vida! Si yo fuera el hierro de aquella lanza, nunca quisiera de aquel divino pecho salir, sino antes dijera: éste es mi descanso en los siglos de los siglos, aquí moraré, porque esta morada escogí. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura.

Cata aquí pues, oh ánima mía, al Salvador en la cruz, donde duerme, donde reposa y donde apascienta sus cabritos al medio día. Aquí tienes el pasto de tu vida, aquí la medicina de tus llagas, aquí el remedio de tus ignorancias, aquí la satisfación de tus culpas, y aquí el espejo en que veas todas tus faltas. Éste es el espejo que mandó Dios poner en el templo, donde los sacerdotes se mirasen cuando hobiesen de entrar á ministrar en él, porque aquí el ánima devota mirándose en esta cruz, y contemplando las virtudes y perfecciones del que en ella está crucificado, ve más claro que en un espejo limpio todas las faltas de su vida. Oh espejo claro y hermoso de todas las virtudes, y ¡cuán á la clara descubres dende esa cruz todos mis vicios y pecados! Esa cruz dolorosa condena mis desordenados apetitos y deleites, esa desnudez tan extremada todas mis superfluidades y demasías, esa corona de espinas todas mis galas y atavíos esa hiel y vinagre tan amarga mi demasiado y curioso comer y beber. Esos brazos tan extendidos para abrazar á amigos y enemigos condenan mis odios y mis pasiones: esa oración que hecistes por tus enemigos, reprehende las iras que yo tengo contra los míos: ese corazón abierto para todos y para los mismos que lo alancearon, condena la dureza del mío, tan cerrado para las necesidades de mis hermanos: esos ojos desmayados y llorosos por mis pecados castigan la vanidad y disolución de los míos, y esos oídos que con tanta paciencia oyeron tantas injurias, descubren la grandeza de mi impaciencia, que con una sola paja se turba. De manera que tú todo de pies á cabeza me eres un espejo de perfección y un dechado singular de toda virtud. Aquí señaladamente resplandescen aquellas cuatro nobilísimas virtudes, caridad, paciencia, obediencia y humildad. Con estas cuatro piedras preciosas quisiste, Señor, adornar los cuatro brazos de la cruz. De las cuales (como dice Sant Bernardo) la caridad está en lo alto, la humildad fundamento de todas las virtudes) en lo bajo, la obediencia á la mano derecha, y la paciencia á la siniestra. Con

esas cuatro esmeraldas enriqueciste esa gloriosa bandera, mostrándote en ella tan paciente en las heridas, tan humilde en las injurias, tan amoroso para con los hombres, y tan obediente para con Dios.

Aquí pues tienes, ánima mía, dónde aprender, y con qué te reprender, y también con qué te consolar, porque todos estos oficios hacen las virtudes y llagas de Cristo. Enseñan á los diligentes, corrigen á los negligentes, curan á los enfermos, y esfuerzan á los flacos y desconfiados. Satisfaga pues, oh Eterno Padre, ante tu divino acatamiento su obediencia por mi desobediencia, su humildad por mi soberbia, su paciencia por mi impaciencia, su largueza por mi avaricia, y sus trabajos y asperezas por mis deleites y regalos. Su preciosa y no debida muerte te ofrezco por la muerte que yo te debo, y sus penas por las penas que yo merezco, y su cumplida satisfación por todas las deudas de mis pecados, pues todo lo que por mi parte falta, él lo suple por la suya. Y pues tú, Señor, no castigas una cosa dos veces perfectamente, ya que en él castigaste mis culpas, no las quieras otra vez eternalmente castigar en mí, sino dame gracia para que llorando y castigándolas yo con mis trabajos en esta vida, merezca reinar para siempre con él en su gloria.

La Resurrección del Señor.

ACABADA ya la batalla de la pasión, cuando aquel dragón infernal pensó que había alcanzado victoria del Cordero, comenzó á resplandescer en su ánima la potencia de su divinidad: con la cual nuestro león fortísimo descendió á los infiernos, y vencido y preso aquel fuerte armado, lo despojó de la rica presa que allí tenía cativa, para que pues el tirano había acometido á la cabeza sin tener derecho á ella, perdiese por vía de justicia el que pensaba tener en los miembros. Entonces el verdadero Sansón muriendo mató sus enemigos. Entonces el Cordero sin mancilla con la sangre de su testamento sacó sus prisioneros del lago donde no había agua. Entonces el verdadero David con la espada de Goliás cortó la cabeza a Goliás, cuando el Salvador con la muerte venció al autor de la muerte, el cual por medio della llevaba todos los hombres cativos á su reino. Habida pues

esta tan gloriosa victoria, al tercero día el autor de la vida, vencida la muerte, resuscitó de los muertos, y así salió el verdadero Josef de la cárcel del infierno por voluntad y mandamiento del Rey soberano, tresquilados ya los cabellos de la mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de hermosura & inmortalidad.

Aquí tienes luego que considerar el alegría de todos los aparescimientos que hubo en este día tan glorioso, que son, el alegría de los Padres del Limbo, á quien el Salvador primeramente visitó y sacó de captivos, el alegría de la sacratísima Virgen nuestra Señora, el alegría de aquellas sanctas mujeres que le iban á ungir al sepulcro, y el alegría también de los discípulos, que tan desconsolados estaban sin su Maestro, y tanta consolación recibieron en le ver resuscitado.

Pues según esto, considera primeramente qué tan grande sería el alegría de aquellos sanctos Padres del Limbo en este día con la visitación y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darían por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegación pasada por el alegría que reciben el día que entran en su tierra. Pues si esto hace la navegación y destierro de un año ó de dos años, ¿qué haría el destierro de tres ó cuatro mil años el día que recibiesen tan gran salud, y viniesen á tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Pues el alegría que la sacratísima Virgen recibió este día con la vista del hijo resuscitado, ¿quién la explicará? Porque es cierto que así como ella fué la que más sintió los dolores de su pasión, así ella fué á quien más parte cupo del alegría de su resurrección. Pues ¿qué sentiría esta bendita Señora cuando viese ante sí su hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos sanctos Padres que resuscitaron? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos, y las lágrimas de sus piadosos ojos, y los deseos de irse tras él, si le fuera concedido?

Pues ¿qué diré del alegría de aquellas sanctas Marías, y especialmente de aquélla que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando se derribase ante los pies del Señor, y le viese en tan gloriosa figura? Y mira bien que después de la madre á aquélla primero apareció, que más amó, más perseveró, más lloró y más solícitamente le buscó, para que así tengas por cierto que hallarás á Dios, si con estas mismas lágrimas y diligencias le buscares.

Después desto considera también por una parte la flaqueza de los discípulos, que tan presto desfallecieron y perdieron la fe con el escándalo de la pasión, y entiende por aquí cuán grande sea nuestra miseria, y cuán pocas cosas bastan para hacernos perder el esfuerzo y la confianza, por mayores prendas y firmezas que tengamos. Y considera por otra la bondad y providencia paternal del Señor, que no desampara á los suyos por mucho tiempo, sino luego los consuela y socorre con el regalo de su visitación. Conoce muy bien nuestra flaqueza, sabe la masa de que somos compuestos, y por esto no permite que seamos tentados más de lo que podemos. Cinco veces les apareció el mismo día que resuscitó, y los tres días del sepulcro abrevió en cuarenta horas, contando dende que expiró en la cruz (que aún no hacen dos días naturales) y en lugar destas cuarenta horas de tristeza les dió cuarenta días de alegría, para que veas cuán piadoso es este Señor para con los suyos, y cuánto más largo en darles consolaciones que trabajos.

Considera también de la manera que aparesció á los dos discípulos que iban á Emaús, en hábito de peregrino, y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y en cabo, cuán amorosamente se les descubrió, dejándolos con toda la miel y suavidad en los labrios. Sean pues tales tus pláticas, cuales eran las de éstos, y trata con dolor y sentimiento lo que trataban éstos (que eran los dolores y trabajos de la pasión de Cristo) y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, así como á éstos no faltó.

La Subida á los cielos.

Acabados estos cuarenta días, sacó el Señor á sus discípulos fuera de la ciudad al monte Olivete, y despidiéndose allí dulcemente dellos y de su benditísima madre, levantadas las manos en alto, viéndolo ellos, subió al cielo en una nube resplandesciente, llevando consigo sus prisioneros á su reino, y haciéndolos cibdadanos del cielo y moradores de la casa de Dios.

Mas ¿qué lengua podrá aquí explicar con cuánta gloria, con qué alegría y con qué voces y alabanzas sería recibido aquel noble triunfador en la Ciudad soberana? ¿Cuál sería la fiesta y

el recibimiento que le harían? ¿Qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos á una caminar á aquella noble ciudad, poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima Humanidad, y asentarse á la diestra del Padre? Todo esto es mucho de considerar, para que se vea cuán bien empleados son los trabajos padescidos por Dios, y cómo el que se humilló y padesció más que todas las criaturas, es aquí engrandescido y levantado sobre todas ellas.

Pues en este misterio tan glorioso puedes primeramente considerar cómo dilató el Señor esta subida por espacio de cuarenta días, lo uno para confirmar los discípulos en la fe y esperanza de la resurrección, y lo otro para irlos poco á poco acostumbrando á vivir sin él, y sufrir la ausencia de su dulcísima compañía. La cual si súbitamente les quitara, no pudieran dejar de recibir grandísima desconsolación y tormento. Y por esto, así como la madre va quitando poco á poco la leche al niño que cría, y no se la quita luego del todo la primera vez (porque la naturaleza no sufre estas súbitas mudanzas) así tampoco era razón que súbitamente se quitase del todo á los discípulos la leche suavísima de la conversación y compañía de Cristo, sino que poco á poco los fuese entreteniendo hasta la venida del Espíritu Sancto, el cual los había del todo de destetar y hacer andar por su pie, y comer pan con corteza. En lo cual maravillosamente resplandesce la providencia deste Señor, y la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos: cómo regala los flacos y ejercita los fuertes, da leche á los pequeñuelos y desteta los grandes, consuela los unos y prueba los otros, y así trata á cada uno según su necesidad. Por dónde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

Acabados pues estos cuarenta días, en presencia de los discípulos y viéndolo ellos, subió al cielo, porque ellos habían de ser testigos destos misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor y de sus consolaciones y deleites, pregúntalo á los que lo han probado, que éstos te darán dello suficiente testimonio.

Quiso también que le viesen subir al cielo, porque le siguiesen

con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, y les hiciese soledad su ausencia: porque éste era el más conveniente aparejo que había para recibir su gracia. Pidió Eliseo á Elías su espíritu, y respondióle el buen maestro: Si vieres cuando me parto de ti, será lo que pediste. Pues según esto, aquéllos serán herederos del espíritu de Cristo, á quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia y quedaren en este destierro suspirando siempre por su presencia. Porque el Espíritu Sancto ama á los amadores de Cristo, y de tal manera los ama, que el más conveniente aparejo que pide para comunicarles su gracia, es este amor. Así lo hizo con aquella sancta pecadora, de quien se dijo: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho.

Pues ¿cuál sería la soledad, el sentimiento, las voces y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado discípulo, y de la sancta Magdalena, y de todos los Apóstoles, cuando viesen írseles y desaparecer de sus ojos aquél que tan robados tenía sus corazones? No se puede esto explicar con palabras. Mas con todo esto se dice que volvieron á Hierusalem con grande gozo, por lo mucho que le amaban: porque el mismo amor que les hacía sentir tanto su partida, por otra parte les hacía gozarse mucho más de su gloria, porque el verdadero amor no busca á sí, sino al que ama.

Mas no pienses que porque este Señor se ausentó de los hombres y está reinando en el cielo, se olvida de los hijos que dejó en este mundo: porque así como aquí nos ayudó con sus trabajos, así allí nos ayuda con su intercesión, haciendo en la tierra oficio de redemptor, y en el cielo de abogado. Porque tal convenía que fuese nuestro Pontífice, sancto, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y más alto que los cielos: el cual asentado á la diestra de la Majestad, está allí presentando las señales de sus llagas al Padre por nosotros, gobernando dende aquella silla el cuerpo místico de su Iglesia, y repartiendo diversos dones á los hombres, para encorporarlos consigo y hacerlos semejantes á sí. Por dónde así como él (que es nuestra cabeza) fué en este mundo afligido y martirizado con diversos trabajos, así también quiere él que lo sea su cuerpo, porque no haya deformidad ni desproporción entre la cabeza y los miembros. Porque gran fealdad y disonancia sería, si estando la cabeza atormentada, los miembros fuesen regalados, y si estando ella tan humillada, ellos quisiesen ser

adorados, y no teniendo ella sobre qué reclinarse, ellos quisiesen ser señores de todo. Pues por esta causa ordenó la divina Sabiduría que todos cuantos sanctos ha habido en la Iglesia dende el principio del mundo, fuesen con diversas maneras de trabajos probados y ejercitados, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgines y los monjes, los cuales todos fueron en diversos tiempos examinados y purgados con muchos y muy grandes trabajos. Y por esta misma fragua han de pasar todos los otros miembros vivos de Cristo hasta el día del juicio (ordenándolo él así dende lo alto) para que después vengan á cantar con el Profeta, diciendo: Pasamos por fuego y por agua, y trajístenos, Señor, á refrigerio. Desta manera asentado nuestro Pontífice en aquella silla, gobierna todo este cuerpo místico de su Iglesia. Gracias pues te dé, oh Eterno Padre, toda lengua por esta grande dádiva, en la cual nos diste tu unigénito Hijo, para que fuese por una parte nuestro gobernador, y por otra nuestro abogado: porque tales y tantas eran nuestras culpas, y tales y tantas nuestras miserias, que otro que él no era bastante para remediarlas.

La venida á juicio.

DESPUÉS desta subida al cielo, testificaron los ángeles en aquella hora que de la misma manera volvería otra vez este Señor á juzgar el mundo, que había subido al cielo, queriéndonos advertir en esto que de tal manera pensásemos en la misericordia de la primera venida, que nos acordásemos del rigor y justicia de la segunda, para que esta memoria fuese freno y correctivo de nuestra vida. Pues cuán terrible haya de ser este juicio, no se puede explicar con palabras. Porque muchos otros particulares juicios ha mostrado Dios en el mundo (como cuando anegó todo el género humano con las aguas del diluvio, cuando abrasó á Sodoma y las ciudades comarcanas, cuando hirió á Egipto con mucha diversidad de plagas, cuando abrió la tierra en el desierto para tragar á los pecadores) mas todos éstos á respecto del que se hará en el último día, son como sombras comparadas con la verdad.

Pues para entender algo de la terribleza deste día, considera

primeramente las espantosas señales que le precederán, las cuales habrá en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la mar, y en la tierra. Y así dice el Evangelio que andarán los hombres atónitos y ahilados de muerte con el temor de los males que han de sobrevenir al mundo.

Mira el sonido de aquella terrible trompeta que se oirá por todas las regiones del mundo, y aquella espantosa voz del arcángel, que dirá: Levantaos, muertos, y venid á juicio. Mira el espanto que será resuscitar todos los muertos, unos de la mar y otros de la tierra, con aquellos mismos cuerpos que en este mundo vivieron, para recibir en ellos según el mal ó bien que hicieron. Y mira qué maravilla tan grande será que estando los cuerpos de los muertos unos hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de peces y otros de los mismos hombres, de allí sabrá Dios entresacar á cabo de tantos años lo que es proprio de cada uno, sin que se confunda uno con otro. Pues ¿qué tan grande espanto será ver arder el mundo, caer los edificios, tremer la tierra, alterarse los elementos, escurecerse el sol y la luna y las estrellas, morir todas las criaturas, abrirse los sepulcros, oir la voz de la trompeta, temblar las gentes, descubrirse las consciencias, ver los espantables demonios y el horno del infernal fuego encendido? Mas sobre todo esto será cosa temerosa ver en el aire levantado el estandarte real de la cruz, con todas las otras insignias de la pasión, y ver al Señor hacer cargo á sus enemigos de tantos dolores como por ellos pasó.

Considera también la venida del Juez y el espanto que los malos recibirán cuando le vean venir con tanta gloria, pues dirán entonces á los montes que cayan sobre ellos, y á los collados que los cubran, por no parescer delante dél. Mira el repartimiento que allí se hará de todos los hombres, poniendo los humildes y mansos á la mano derecha, y los soberbios y desobedientes á la izquierda, y el espanto que los grandes deste mundo recibirán cuando vean allí los humildes y pobrecitos que ellos despreciaron, tan levantados y sublimados.

Considera el rigor de la cuenta que allí se pedirá, pues nos consta por texto expreso del Evangelio que hasta de una palabra ociosa se ha de pedir cuenta en aquel juicio. Y si quieres entender cuán rigurosa haya de ser esta cuenta, pon primeramente los ojos en la terribilidad del juez Cristo, cuyo aspecto no mostrará otra

cosa que venganza, como en su primera venida no mostró otra que mansedumbre. Del cual, porque es supremo juez, no podrás apelar, y porque es poderosísimo, no podrás huir, y porque es Dios de las sciencias, ninguna cosa le podrás encubrir, y porque en gran manera le desagrada el pecado, ninguna culpa dejará de castigar. Entonces te convendrá dar razón de tantas cosas, que la menor dellas bastará para ponerte en gran trabajo. ¿Quién podrá satisfacer á tantas deudas, cuantas allí se demandarán? Allí te preguntarán cómo has gastado el tiempo, cómo has tratado tu cuerpo, cómo has regido los sentidos, cómo has guardado el corazón, cómo has respondido á las inspiraciones divinas, cómo has reconoscido y usado de tantos beneficios. En la cual acusación serán tantos los testigos, cuantas las criaturas de que mal usaste, las cuales en aquella hora así se turbarán, que si fuese posible, los inmortales morirían en aquel tiempo de temor. Pues según esto, ¡cuán terrible cosa será verse el malo allí por todas partes cercado de tantas angustias, porque á ningún lugar volverá los ojos, que no halle causas de temor! En lo alto estará el juez airado, en lo bajo el infierno abierto, á la diestra los pecados que le estarán acusando, á la siniestra los demonios aparejados para llevarle al tormento: fuera dél estará el mundo ardiendo, y dentro dél la consciencia remordiendo. Pues cercado el malo de tantas angustias, ¿á dónde irá? Esconderse es imposible, y parescer, intolerable: porque si el justo apenas se salvará, el pecador y malo ¿dónde parescerá?

Últimamente considera el trueno de aquella irrevocable sentencia, que dirá: Id, malditos, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me distes de comer: sed, y no me distes de beber, &c. Dónde verás el valor de las obras de misericordia y el alegría y contentamiento que allí recibirá el que aquí fué piadoso para con sus prójimos, pues allí lo será Dios para con él: y por el contrario, el tormento que recibirá el que por no querer dar lo que dejó en este siglo, se vea allí para siempre despedido del cielo.

De las penas del infierno.

DESPUÉS desta sentencia irán los justos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. Pues para entender la condición desta pena, debes imaginar el lugar del infierno por algunas semejanzas que los sanctos para esto nos dejaron. Imagina pues que el infierno es una escuridad horrible y un lago que está debajo de la tierra, abominable, y un pozo profundísimo, lleno de llamas de fuego. Imagina también que es una ciudad espantosa y escura, cuyos moradores están día y noche despedazándose con alaridos y desesperaciones por la grandeza y rabia de los dolores que padescen.

Piensa luego en la acerbidad de las penas que allí se pasan, y en la muchedumbre y duración dellas. Y cuanto á la acerbidad, mira cuán intolerable tormento será el de aquel fuego abrasador, el cual estará siempre quemando y atormentando sin acabar de consumir ni atormentar. Y lo mismo has de entender del frío intolerable y del hedor que hay en aquel detestable lugar. La acerbidad destas penas se declara por el crujir de dientes, y por el gemido y llanto, y por las blasfemias y rabias que allí dice la Escriptura que hay.

Piensa también en la muchedumbre destas penas. Porque allí hay fuego que no se puede apagar, y frío que no se puede sufrir, hedor horrible y tinieblas palpables, cuales eran las de Egipto, y mucho más. Allí padescerán y penarán todos los sentidos, cada uno con su proprio tormento: los ojos con la vista horrible de los demonios, los oídos con los gemidos y clamores lamentables de aquella miserable compañía y de aquellos crueles atormentadores (que ni se cansan de atormentar, ni saben qué es piedad) los cuales entonces escarnecerán y darán grita á los malos diciéndoles: ¿Dónde está agora la gloria y el fausto de vuestros estados? ¿Dónde las manadas de criados y lisonjeros que traíades al derredor de vosotros? Así también padescerá el gusto, y el tacto, con todo lo demás: y no menos padescerán todos los otros miembros que fueron armas y instrumentos del pecado, cada uno conforme á la cualidad de su delicto.

Después de las penas exteriores del cuerpo, piensa en las

interiores del ánima, especialmente en aquel gusano que no muere, que es el remordimiento perpetuo de la consciencia por razón de la mala vida pasada. Mas ¿quién será suficiente para pensar qué tan grande será el despecho y rabia que allí padescerán los malos, cuando consideren con cuán pequeños y cortos trabajos pudieran excusar tan largos y tan intolerables tormentos? Y no menos los atormentará la memoria de las prosperidades y deleites pasados, por dónde vendrán á decir aquellas palabras de la Sabiduría: ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia y el fausto de nuestras riquezas? Pasaron todas estas cosas como sombra que vuela, ó como el correo que va por la posta.

Gravísimas son todas estas penas, pero no es menos molesta la compañía de los condenados y la triste y escurísima noche de tinieblas que allí los cubre, y sobre todo el dolor de haber perdido á Dios, sin esperanza de jamás cobrarle. La cual pena sobrepuja tanto las otras penas sensibles, cuanto la hermosura divina es mayor que toda la fealdad del infierno.

Sobre todo esto considera la duración destas penas, las cuales, demás de ser tan grandes, tan universales y tan continuas, pues en ellas no se da un solo punto ni de entretenimiènto, ni de declinación, ni de alivio, por otra parte nunca tendrán fin, ni después de mil años, ni de mil cuentos de millares de años, ni después de tantos años cuantos se pueden contar con todos los números, porque allí ni habrá termino, ni fin, ni redempción, ni apelación, ni año de jubileo, ni lugar de penitencia, ni remisión de culpa, sino perpetuo dolor y desesperación en todos los siglos. De suerte que si los malaventurados esperasen que cuando se acabase de agotar toda el agua del mar Océano, sacando dél á cabo de mil años, ó de cien mil años, una sola gota de agua, tendrían fin sus tormentos, esto tendrían por grandísima consolación, porque esto en cabo (aunque muy tarde) finalmente se acabaría. Mas aun este tan pobre y miserable consuelo y esperanza no les queda. Pues dime, hombre loco y desatinado, si tener la mano sola sobre unas brasas de fuego por espacio de un Credo te paresce intolerable tormento, y no habría cosa en el mundo que no hicieses por excusar esta pena, ¿cómo no haces algo por no estar acostado en esta cama de fuego, que durará eternalmente en los siglos de los siglos?

De la gloria del paraíso.

Así como los malos serán condenados á las penas del infierno, así por el contrario los buenos serán coronados y llevados á la gloria del paraíso. Pues para poder mejor contemplar la grandeza desta gloria, debes también imaginar el lugar della, según las semejanzas con que los sanctos lo describen, conformándose en esto con nuestra capacidad. Imagina pues una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de piedras preciosas, y cada una de sus puertas de una piedra preciosa. Imagina un campo llano, espaciosísimo y hermosísimo, lleno de todas las flores y frescuras que se pueden pensar, donde hay perpetuo verano y florestas siempre verdes con olor de inestimable suavidad. Imaginado pues así el lugar, mira primeramente qué gloria será ver aquella Beatísima Trinidad, que es un perfectísimo retablo en el cual resplandesce toda la hermosura, toda la nobleza, toda la bondad y toda la suavidad que se puede hallar: en cuya visión tendrás todo lo que quisieres, y sabrás todo lo que deseares, según la medida que te cupiere de gloria. Porque éste es el libro que llaman de la vida, cuya origen es eterna, cuya esencia es incorruptible, cuyo conoscimiento es vida, cuya doctrina es fácil, cuya sciencia es suave, cuya profundidad no se puede medir, cuya escritura no se puede borrar, y cuyas palabras no se pueden explicar. Piensa luego en la segunda gloria que se sigue tras ésta, que es la visión clara de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que para nuestra salud fué crucificada en un madero, y para nuestra gloria reside en el cielo, pues en esto hacemos ventaja á los ángeles, en que el común Señor de los unos y de los otros verdaderamente es hombre y no ángel, aunque él sea todo en todas las cosas. Mira después el gozo que el ánima recibirá de la compañía de todos los otros sanctos, que son innumerables: de cuyos gozos gozarás tú también con ellos, porque la grandeza de la caridad que allí reina, hace todos los bienes comunes, y así lo que no tuvieres tú en ti, tendrás en ellos.

Considera también aquellas cuatro singulares dotes que allí recibirán los cuerpos de los sanctos en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas á quien sirvieron, que son, inmortali-

dad, impasibilidad, ligereza y hermosura tan grande, que no se puede explicar. Y no son menores las dotes de las ánimas, que son, plenitud de sabiduría en el entendimiento, con destierro de toda ignorancia, y plenitud de alegría en la voluntad con destierro de toda tristeza, con otros bienes inestimables que allí recibirán

Aquí pues podrá el varón devoto espaciarse cuanto quisiere, y aquí podrá alargar la vista y extender los ojos considerando la grandeza deste tan soberano bien que nos está guardado. Sube pues, hermano, con el espíritu á esta noble región, y mira atentamente qué será ver la hermosura de aquella cibdad celestial, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellas plazas de oro purísimo y aquellas arboledas y fuentes de agua viva que alegran la cibdad de Dios. ¡Qué será ver aquellos nueve coros de ángeles repartidos en sus hierarquías, tan hermosos, tan gloriosos y tan bien ordenados! ¡Qué será ver aquella tan gloriosa compañía de vírgines, de confesores, de mártires, de apóstoles, de patriarcas, de profetas y de tantos otros millares de sanctos! ¡Qué será ver la sacratísima Virgen, señora y abogada nuestra, sobre todos los coros de los ángeles ensalzada! ¡Qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, señor nuestro y hermano nuestro, asentada á la diestra del Padre, abogando por nosotros y haciendo nuestros negocios! ¡Qué será sobre todo esto ver Aquél, á quien ver es verlo todo, gozarlo todo, y poseerlo todo, y saberlo todo de una vez! ¡Qué será ver aquella luz inmensa, aquella hermosura infinita, aquel piélago de riquezas, aquel abismo de deleites, y aquella fuente de todos los bienes! ¡Qué será oir aquella música, asentarse á aquella mesa, pasear por aquellas plazas, y conversar con aquellos tan ricos y tan nobles cibdadanos! Pues ¿qué debes al Señor que para tan grande bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta agora, y te ayuda siempre con su gracia para alcanzar esta corona? ¡Oh bienaventurado reino, donde con Cristo reinan todos los sanctos, cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad, el cual ni se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la variedad, ni se estrecha con el lugar, ni se varía con el movimiento, ni se altera con el tiempo, que altera todas las cosas, sino que eternalmente durará en los siglos de los siglos! Amén.

PREÁMBULO
para tratar del conoscimiento de sí mismo.

Al principio deste sexto tratado dijimos que según doctrina de Sancto Tomás, dos géneros de consideraciones servían para despertar la devoción. Las unas eran de las perfecciones y beneficios divinos, y las otras de las culpas y miserias humanas. De las cuales, las unas pertenecen al conoscimiento de Dios, y las otras al conoscimiento de sí mismo, y así las unas sirven para encender la caridad, y las otras para criar la humildad: con las unas echa el hombre raíces en la virtud, y con las otras cresce y se hace más perfecto en ella. Hasta aquí pues habemos tratado del mayor de todos los beneficios divinos, que es el de la redempción, donde entra toda la vida de nuestro Salvador, que es una excelentísima y suavísima materia de consideración: mas de los otros beneficios y de las perfecciones divinas escribiremos luego en el tratado siguiente, que es del amor de Dios, para el cual señaladamente sirve esta consideración. Resta agora para conclusión deste tratado decir algo del conoscimiento de sí mismo, del cual (como dijimos) procede la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes y la que hace lugar en nuestra ánima para Dios, el cual mora en los corazones de los humildes, y destierra della todos los humos de presumpción y de soberbia, que son los principales impedimentos de la devoción.

Pues para alcanzar esta virtud debe el hombre considerar dos cosas muy principales que para esto sirven. Una es la muchedumbre de las miserias y males que el hombre tiene por su parte, y otra es cómo ningún bien tiene que sea suyo, que no le haya venido por parte de Dios. Con lo uno verá cuán pobre es y cuán desnudo, y con lo otro, cuán herido está, y cuán llagado. En lo uno verá claro cómo no tiene por qué gloriarse, pues como dice el Apóstol: ¿Qué tienes que no hayas recebido? Y en lo otro verá cuánta razón tiene para humillarse y despreciarse, pues tantas miserias reconoce dentro de sí.

PRIMERA PARTE DESTE EJERCICIO

Pues cuanto á la primera parte deste ejercicio, que es de las miserias y males proprios, hay mucho que decir en esto, por ser como lo es el hombre muy rico en esta materia de miserias y males. Porque como él está compuesto de cuerpo y de ánima, así también padesce males de cuerpo y males de ánima. Y entre los del ánima (que son los mayores) unos hay comunes á todos los hombres, que son males de la misma naturaleza, y otros hay particulares, que son proprios de cada persona: entre los cuales unos hay que pertenecen á la vida pasada (en que otro tiempo caímos) y otros á la presente, en que cada día caemos: y de todos éstos trataremos aquí por su orden, aunque brevemente, abriendo camino para el que quisiere filosofar en esta filosofía tan provechosa y tan cristiana.

De los males del cuerpo. § I

Comenzando pues por los males del cuerpo, puedes brevemente considerar en él estas tres cosas: conviene saber, lo que fuiste antes que nacieses, y lo que eres después de nascido, y lo que serás después de muerto. Antes que nascieses fuiste una materia sucia y abominable, y indigna de ser nombrada: por dónde podrás entender qué tal será la obra que de tales materiales es compuesta, pues ningún efecto puede sobrepujar la condición de su causa. Después de nascido (si bien te sabes mirar dentro y fuera) hallarás que eres un muladar cubierto de nieve, y una sepultura por defuera blanqueada y dentro llena de corrupción, y un saco de mil miserias y enfermedades, y finalmente una criatura la más flaca del mundo, subjecta á más peligros, desastres, accidentes y enfermedades y miserias, que arenas hay en la mar. Aquí podrás, si quisieres, tender los ojos de la consideración por las miserias de la vida humana, la cual es breve, incierta, frágil, variable, engañosa y miserable, y más quebradiza que un vaso de vidrio: de las cuales condiciones tratamos más copiosamente en otro lugar. Para cuya confirmación

no dejaré de referir aquí que al tiempo que esto se escribía, vino nueva á esta cibdad, que á una villa llamada Azurara llegó un arca de paños de cierta tierra donde había peste, y solo esto bastó para inficionar el aire de tal manera, que á esta sazón eran ya muertas ochenta personas, y quedaban treinta heridas, y temíase que por allí se podía inficionar todo el reino, si no hubiese grande guarda y recaudo en todos los lugares. Dime pues agora, ¿qué vidrio, qué barro, qué tela de arañas puede ser más frágil y más quebradiza que nuestra vida, pues á tales peligros está subjecta, y tan pequeñas causas bastan para acabarla? ¿Dónde están los que tan grandes castillos de viento fundan sobre tan flaco cimiento, y que tanto extienden sus esperanzas, siendo tan frágiles y dubdosas nuestras vidas?

Pues (tornando al propósito) si consideras lo que serás después de muerto, vete á una sepultura, y pon los ojos en un cuerpo de dos ó tres días sepultado, y mira el color, el olor, el desamparo, el horror, la fealdad y la figura miserable ó abominable que allí tiene, y ahí verás lo que es el cuerpo después de muerto, y verás cuán poca diferencia hay dél á un rocín muerto que está tendido en un muladar hirviendo de gusanos, con un hedor y figura tan horrible, que el caminante se tapa los ojos y las narices, y se da priesa por huir de cosa tan pestilencial. En esto paran las mitras y los imperios, y en esto se convierte toda la gloria y hermosura del mundo. Y los cuerpos que poco antes, cuando vivían, eran tratados con tanto regalo, proveídos con tanto cuidado, servidos con tanta reverencia, curados con tanta diligencia, vestidos con tanta curiosidad, perfumados con tantos olores, para cuyo regalo servía la mar y la tierra con todas las delicias de Oriente y Occidente, vienen á ser la cosa más fea, más horrible, y más deshonrada del mundo, y más indigna de parecer ante los ojos de los hombres. Y no habiendo en el mundo animal más hermoso ni más poderoso que un hombre vivo, no hay cosa más fea ni más flaca que él mismo después de muerto.

De los males del ánima,
y primero de los que son comunes á todos los hombres. § II

Cuanto á las miserias y males interiores del ánima, puedes considerar estos tres: conviene saber, los males comunes de la naturaleza humana, que pertenecen á todos, y después los tuyos proprios, así los de la vida pasada, antes que Dios te llamase, como los de la presente, si por ventura has sido por él llamado. Y cuanto á los primeros, debes saber que no hay lengua humana que baste á declarar la pobreza, la desnudez y el estrago en que la naturaleza humana quedó por el pecado, y cuán inhábil está para todo lo bueno, si no fuere ayudada con especial favor de la divina gracia. Mas entre todos sus males y miserias puedes considerar estas cuatro, que son como raíces y fuentes de todas las otras. Entre las cuales la primera es ser concebido en pecado, que es aquella miseria que en su descargo alegaba David, cuando decía: Mira, Señor, que fuí concebido en maldades, y que en pecados me concebió mi madre. Y llama él aquí maldades y pecados al pecado original, porque (como dice un doctor) aunque él sea un solo pecado en acto, es todos los pecados en potencia, porque desta mala raíz como de un venero de muerte nascen todos ellos. Y de aquí procede ser tan dificultosa la carrera de la virtud, como lo significó el sancto Job, cuando dijo: ¿Quién podrá hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino tú solo, Señor? Porque así como el paño tinto en lana es muy malo de desteñir, así la mala inclinación del pecado, que tiene su principio y fundamento en el hombre (esto es, en la materia del hombre) antes aún que sea hombre, ¿quién la vencerá, si no fuere muy particularmente ayudado de Dios? Y si los resabios que se mamaron en la leche dicen que son tan malos de vencer, ¿qué harán los que son más antiguos que la leche, los que salieron del vientre de la madre, y cuya raíz y principio es más antiguo que el hombre, pues al tiempo de la fundición se fraguaron con la misma fábrica y masa del hombre?

De aquí nasce otra miseria muy grande, que es la corrupción y estrago de todas las fuerzas y potencias del hombre: porque así como la levadura se extiende por toda la masa, y la avinagra y

aceda toda, si la dejan mucho labrar en ella, y así como la ponzoña bebida cunde por todos los miembros del cuerpo, y los hincha y emponzoña á todos, así la levadura y ponzoña de aquel pecado se extendió por todas las fuerzas de nuestra ánima, y en todas ellas labró y comunicó su malicia. Y así el entendimiento (que es la primera y más principal destas potencias) quedó escurescido para entender las cosas de Dios, el libre albedrío enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginación inquieta, los sentidos curiosos, la carne sucia y mal inclinada.

Mas entre estas fuerzas, mira cuán inquieta y desasosegada quedó la imaginación, y cuán desobediente á la razón, pues apenas podemos rezar un Credo con el pensamiento fijo en Dios, sin que luego, cuasi sin sentirlo, nos hurte el cuerpo, y se salga de casa, y corra por todos esos mundos sin parar. De suerte que apenas hay hoja de árbol que así se mueva á todos vientos, como ella se mueve con cualquier accidente.

Pues ¿qué diré del estrago de nuestro apetito? ¿Qué muladar hay tan sucio, qué laguna tan cenagosa, que tales hedores y vapores esté siempre echando de sí? Por lo cual con mucha razón dijo el Eclesiástico: ¿Qué cosa más mala que los pensamientos que la carne y sangre producen de sí? Porque ¿quién podrá explicar la muchedumbre de torpezas y las invenciones de pasatiempos y deleites que á cada hora se levantan en él? La imaginación parece que le tañe, y él baila al son que ella le hace, porque cuantos objectos y figuras le representa esa imaginación, á tantas se extiende el deseo de su afición, si no acudimos luego á enfrenarla con la razón. Pues si sales acá fuera á los sentidos exteriores, y miras los peligros á que está nuestra ánima subjecta por sola la vista, entenderás luego con cuánta razón dijo el Eclesiástico: ¿Qué cosa hay en el mundo peor que los ojos del hombre? Porque ¿qué males hay que no hayan tenido principio dellos?

La causa de todo esto fué perderse la justicia original y la gracia por el pecado. Porque así como la carne se conserva con la sal sin corrupción, mas faltando ésta, luego se daña y cría gusanos, así la naturaleza humana se conserva con este don celestial, mas perdido él por el pecado, todas las potencias del hombre quedaron estragadas y maltratadas. De dónde nasce estar ellas tan promptas para todo lo malo y tan pesadas para lo bueno,

si por la gracia divina no fueren reformadas y reparadas.

Desta misma raíz nasce la tiranía del amor proprio, hijo primogénito del pecado original: porque el uno vuelve las espaldas á Dios, y el otro vuelve los ojos del amor á sí mismo, amándose más que á todas las cosas, y más aún que al mismo Dios. Éste dice Sancto Tomás que entra en todos los pecados del mundo, y que es el atizador y manantial de todos ellos, porque ninguno peca sino por algún bien que desordenadamente ama, el cual antepone á Dios y á la obediencia de sus sanctos mandamientos. Desta mala raíz nascen otros mil males, que son causa de nuestra perdición. Porque de aquí nasce ser el hombre tan diligente para sus cosas proprias, y tan negligente para las divinas, sentir tanto un punto de su honra, y dársele tan poco por la honra de Dios, estar tan ferviente para las cosas de su provecho, y tan tibio para las del servicio divino, pasar tantos trabajos por lo que á él cumple, y ser tan pesado para dar un paso por Dios, hacer tanto por la salud del cuerpo, y dársele tan poco por la del ánima, ser tan sensible por las pérdidas temporales, y tan insensible para las espirituales, ser tan amigo de todo género de deleites, y tan enemigo de todas las virtudes, tener tanta cuenta con los ojos de los hombres, y tan poca con los ojos de Dios, procurar tanto por las cosas desta vida, y dársele tan poco por las de la otra, sentir tanto una pérdida corporal, y no hacer caso de un pecado mortal: y finalmente, de aquí nasce estar el hombre tan prompto para todos los males, y tan pesado para todos los bienes, pues para lo uno le llevarán con hilo de lana (que es con cualquier antojo que se le ofrezca) y para lo otro, ni bastan todas las voces de la Iglesia, ni todas las promesas y amenazas divinas, ni todos los beneficios y misterios de Cristo, ni todos los tormentos que por esta causa padesció, pues todo esto se enderezó á este fin. Y si quieres que con un ejemplo te muestre como con el dedo la ligereza que tenemos para el mal y la pesadumbre para el bien, mira cuánto tiempo y trabajo es menester para encender tu corazón en un poco de devoción ó fervor de espíritu, y cuán presto se apaga después de encendido, pues á vuelta de cabeza á veces con una palabra se pierde y desaparece. Y por el contrario, si se ofrece á la imaginación un mal pensamiento, aunque sea de corrida, en ese punto no sólo el apetito, mas aun hasta el mismo cuerpo se enciende y tan fuertemente se apega, que á fuerza de

brazos lo habéis de despedir de vos. De suerte que el mal pensamiento más parece fuego que pensamiento, pues en tan breve espacio prende, y labra, y levanta llama en el corazón. En lo cual se ve cuán dispuesta quedó de sí la naturaleza para lo malo, y cuán indispuesta para lo bueno, pues para lo uno está como yesca muy seca, y para lo otro como leña verde y corriendo agua, y así allí una sola centella basta para encender fuego en un punto, mas aquí aun con mucho fuego apenas se enciende en grande espacio.

Desta tan grande desorden y estrago de la criatura racional procede otra gran miseria, que es venir el hombre á bastardear y torcer de la generosidad de su naturaleza, y hacerse bestial, que es aquella miseria que el Profeta lamentaba cuando decía: El hombre criado en honra, no entendió, y vino á compararse con las bestias y hacerse semejante á ellas. Porque (dejadas otras muchas semejanzas que hay de parte á parte) vemos que así como las bestias ninguna otra cosa aman, ni procuran, ni desean, sino solos los bienes corporales, por no ser capaces de otros más altos, así la mayor parte de los hombres se han hecho por su culpa lo que las bestias son por naturaleza, pues ninguna otra cosa piensan, ni desean, ni platican, ni tratan, ni procuran, ni sueñan, sino solos estos bienes terrenos, sin acordarse ni que son hombres, ni que tienen razón, ni fe, ni ley, ni esperanza de otra vida, sino como unas puras bestias, que todo su mal y bien miden con el provecho del cuerpo. Y desta manera viven no sólo todas las naciones de infieles y herejes (que son innumerables) sino también la mayor parte de los cristianos, si no es cuál ó cuál que vive en temor de Dios.

Y dado caso que todos éstos tengan razón y usen della (lo que no hacen las bestias) mas dime, ruégote, ¿de qué les sirve esa razón sino de ser esclava y despensera y cocinera de su carne, y descubridora y inventora no sólo de todas las vanidades y deleites del mundo, sino de todas las maldades y crueldades dél? Por dónde viene el hombre miserable á ser bestia no sólo más culpablemente, sino más perjudicialmente, pues las bestias son una vez bestias, mas él es dobladamente bestia, pues es bestia con el apetito, y él también se hace bestia con la razón, obligándola á servir á solo este apetito, y apartándola de Dios. Cosa es ésta de que un filósofo gentil se avergonzaba, diciendo: Mayor soy, y para

mayores cosas nascí que para ser esclavo de mi carne. Pues ¿qué cosa más miserable ni más para sentir, que ver un hombre baptizado (y que tiene prendas para pasar de vuelo sobre los ángeles) venir por su propria voluntad á hacerse semejante á las bestias? ¿De qué escalón más alto pudiera caer el hombre en más bajo lugar?

Tal pues has de entender, hermano mío, que quedó el hombre por el pecado, hecho semejante á las bestias (aunque criado en tanta honra) despojado de todos los bienes de gracia y herido en todos los bienes de naturaleza, echado del paraíso y desterrado en este mundo, enemigo de Dios, hijo de ira y despedido de todos los bienes de la gloria, y tal sale á este mundo del vientre de su madre, porque ésta es la herencia que le cabe por parte de Adán. Finalmente, si quieres entender la disposición y figura que tiene en este estado, mira cuál quedó aquel sancto Job después que por dispensación de Dios fué entregado á los azotes del demonio, robada su hacienda, quemados sus ganados, caídas sus casas, muertos sus hijos, cubierto de llagas de pies á cabeza, sin tener más que un muladar en que se asentase, y un casco de teja con que rayese la podre de sus llagas: porque tal paró el demonio nuestra ánima por el pecado, cual paró el cuerpo deste sancto, sobre que le fué dado señorío. Y así quedó el hombre despojado de todos los bienes de gracia, y llagado en todos los bienes de naturaleza, echado del paraíso en el muladar deste mundo, sin tener más aparejo para limpiar la podre destas espirituales llagas (que son todas sus malas inclinaciones) que un casco de teja, que es un pedazo de libre albedrío, que aunque tiene libertad y señorío para no consentir en los pecados, no la tiene para no ser tentado y combatido con todo género de malos pensamientos. Pues como tal se debe el hombre presentar delante de Dios, ó (si quisiere) como aquel pobre Lázaro del Evangelio, cubierto de llagas de pies á cabeza, deseando hartarse siquiera de las migajuelas que caen de la mesa rica de su misericordia divina para remedio de su miseria.

De los males proprios de la persona, así de la vida presente como de la pasada. § III

Después que así hubieres considerado los males comunes de la naturaleza humana, pon luego los ojos en los particulares de tu propria persona, así en los de la vida pasada como en los de la presente, para que por aquí veas cuánto hayas acrescentado por tu parte tu propria miseria, pues lo que nasció estragado por la culpa original, estragaste tú con la actual y con la costumbre de pecar. Porque ninguna cosa hay más contraria á la criatura racional, que vivir contra razón: por dónde así como ninguna cosa destruye más un contrario que otro contrario, así ninguna cosa más destruye la naturaleza humana que la costumbre de la mala vida.

Vuelve pues un poco los ojos á la vida pasada (cuando más alejado anduviste de Dios) y hallarás que por ventura en todo aquel tiempo viviste con tanta rotura de consciencia, como un hombre sin Dios, como una bestia desenfrenada y suelta en todos sus apetitos, como un hijo deste siglo, como un esclavo del pecado y del demonio, y como un gentil que ninguna ley ni conoscimiento tiene de Dios. Porque dado caso que tenías fe, pero ninguna cosa menos hacías teniéndola que si no la tuvieras, pues así blasfemabas, y perjurabas, y maldecías, y robabas, y cobdiciabas todo lo que veías, como si no tuvieras Dios, ni pensaras que había más que nascer y morir, pues vemos que (por la mayor parte) todos aquéllos en quien no ha amanecido la luz de la gracia, viven así, sin tener otra ley sino la de sus miembros y apetitos, ni otra cuenta sino con los ojos de los hombres, ni otro Dios sino su vientre y su vanidad, ni otros bienes y males sino los que tocan á su cuerpo.

Considerados desta manera los males de la vida pasada, debes poner los ojos en los de la presente, que es, en los defectos y males de cada día, los cuales has de tener tan contados y tan decorados, que así como un doliente señala al médico todas las partes del cuerpo que tiene maltratadas, así también las has tú de señalar á Dios, para que él te sane y te cure. Mira pues si eres airado, regalado, vanaglorioso, curioso, inconstante en los buenos propósitos, hablador, envidioso, goloso, malicioso, dobla

do, apetitoso, presumptuoso, ambicioso, hecho á tu voluntad, flojo, parlero, inhumano, mal acondicionado, desabrido, inconsiderado, amigo de ti mismo, vivo y yerto en todos tus afectos y propria voluntad. Porque el conoscimiento desto es la llave y fuente de la verdadera humildad y del proprio aprovechamiento: porque sin este conoscimiento, ni nadie puede ser verdaderamente humilde, ni saber lo que ha de pedir á Dios, ni cómo ha de curar sus males.

Recapitulación de todo lo dicho. § IV

Estos son los males que tiene el hombre miserable de su cosecha, así los comunes de naturaleza como los particulares de la persona: los cuales sumariamente cuenta el cardenal Cayetano (según que al principio deste tratado alegamos) cuyas palabras (por ser tan compendiosas y necesarias) referiré aquí, pues éste es su proprio lugar. Dice él así.

Á la segunda parte deste ejercicio pertenesce la consideración de sí mismo, conviene saber, de los proprios defectos y miserias así de las culpas presentes como de las pasadas, la facilidad y promptitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para pecar, el estrago de la propria hacienda (que es de las habilidades y bienes de naturaleza que Dios nos dió) por haber habituado las potencias de nuestra ánima á mal obrar, la habitación en esta región tan distante y tan apartada de la conversación y amistad de Dios, la perversidad de nuestro apetito, que más siente los provechos y daños temporales que los espirituales, la desnudez y pobreza de las virtudes, las heridas y llagas espirituales de nuestra ánima, que son ceguedad, malicia, concupiscencia y flaqueza: las cadenas con que estamos atados de pies y manos, que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar: el estar en tinieblas y hedores y amarguras, y no sentirlo: no oir la voz del pastor que de dentro nos llama, y sobre todo esto, haber hecho tantas veces á Dios nuestro capital enemigo pecando mortalmente, y por consiguiente haberle hecho tan grande injuria como si no le quisiéramos tener por Dios, y haber puesto en su lugar y hecho dioses al vientre, y al dinero, y á la honra, y al deleite, y otras cosas seme

jantes, las cuales antepusimos y preciamos más que á Dios. Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales se contiene un triste catálogo y inventario de las miserias que aquí habemos contado, á las cuales añade él otras dos muy principales. La una es el estrago de la propria hacienda, que es, de las habilidades y buenas inclinaciones de naturaleza (que todavía quedaron en nuestra ánima aun después del diluvio espiritual del pecado) las cuales habemos estragado con el uso del mal vivir, por ser tan grande la fuerza de la mala costumbre, la cual muchas veces prevalece contra la misma naturaleza, y así desampara el hombre aquello con que nasció, y sigue lo que aprendió, y aquello en que está habituado. Por dónde no hay debajo del cielo cosa más dificultosa de vencer que un mal natural confirmado con mala costumbre.

La segunda miseria que á ésta añade, es la habitación en esta región tan apartada de la conversación de Dios, donde la caridad está como desterrada y peregrina y fuera de su elemento, donde tiene tantas cosas que la entibien y contradigan, y tan pocas que la ayuden, donde es tanta la muchedumbre de los malos y tan pequeño el número de los buenos, y donde son tantos los lazos, los escándalos, los maleficios y malos ejemplos y malos tratamientos de los malos, y tanta la fuerza que tienen para llevarnos tras sí, que no es posible sin muy especial favor de Dios caminar nadie seguro entre tanta infinidad de peligros. Porque si á cada uno de los hombres pertenece decir aquello del sancto Job, hermano fuí de dragones, y compañero de escorpiones, ¿quién se tendrá por seguro entre tales hermanos y compañeros? ¿Quién tocará la pez que no se ensucie? ¿Quién esconderá fuego en su seno que no se abrase? Y ¿quién andará sobre lodo, que no se le pegue algo dél, mayormente siendo el hombre de su naturaleza tan grande imitador y amigo de hacer lo que ve que hacen todos?

Pues á estas dos podemos añadir la tercera, que es la potencia del infierno y la batería y furia de nuestros adversarios, tan poderosos en su naturaleza, tan perversos en su malicia, tan antiguos en su odio, tan ejercitados en pelear, y tan acostumbrados á vencer, los cuales día y noche están velando y puestos en celada contra nos. ¡Oh miserable criatura, que de tantas dificultades y contradiciones estás cercada! Si estando (como dice S. Bernardo) en el paraíso y con las armas de la inocencia, no estuviste segura,

¿qué será de ti en este mar tan tempestuoso y en tierra de tantos enemigos?

Pues ¿qué se sigue desta consideración? Sin dubda muchos avisos de muy grande importancia. Porque por aquí primeramente verá el hombre con cuánto temor y temblor debe vivir en esta vida, pues anda tan jugado á los dados, quiero decir, pues siendo tan flaco y tan mal inclinado y habituado, vive en un mundo tan peligroso, y en cuerpo tan sucio, y entre tantos millares de enemigos. Porque ¿qué cosa más para temer que ésta? Por aquí también verá con cuánta atención y diligencia debe velar sobre la guarda de sí mismo, pues está claro que los sumos peligros (cual es éste en que vivimos) piden sumo recaudo y providencia. Por aquí también verá cuánto le conviene insistir y perseverar en oraciones continuas, llamando á Dios en todo tiempo y en toda batalla, pues es cierto que no podrá salir vencedora una criatura tan flaca sin especial favor y ayuda suya. Lo uno y lo otro nos encomienda el Apóstol en la epístola á los de Éfeso por esta misma razón, diciendo así: Vestíos, hermanos, de todas las armas de Dios, porque no peleamos con enemigos de carne y de sangre, sino contra los principados y potestades y contra los señores deste mundo y gobernadores de las tinieblas deste siglo. Por tanto guarneceos y vestíos de todas las armas de Dios para resistir con ellas en el día malo (que es en el tiempo de la tentación) perseverando en oraciones y suplicaciones, orando con espíritu y velando en este ejercicio con toda instancia. Pues si por razón de solo este peligro concluye el Apóstol que debemos vivir con tanto recaudo, y continuar tanto la oración, y armarnos con tantas maneras de armas como él en este lugar escribe, ¿qué será si con este peligro juntamos todos los otros peligros y todas las otras causas que tenemos para temer?

De aquí también nasce (como dijimos) la verdadera humildad de corazón, y la desconfianza y desprecio de sí mismo, y la esperanza en la divina misericordia, porque ¿cómo podrá esperar en sí una tan flaca, tan pobre y tan miserable criatura, puesta entre tantos lazos y cercada de tantos peligros? Porque cuanto el peligro es mayor, tanto más claro ve que debe desconfiar de sí, y poner todo su esfuerzo y confianza en Dios. Todas estas virtudes y otras muchas nascen deste conoscimiento de sí mismo, porque veas cuán provechosa sea esta celestial filosofía.

SEGUNDA PARTE DESTE EJERCICIO

De cómo todos los bienes que tenemos, son de Dios.

Después que así hayas considerado todas estas miserias y males que tenemos de nuestra parte, resta considerar cómo todos los bienes que tenemos, son de Dios, para que más claro veas lo que eres por tu parte, y lo que por la suya, con lo cual para contigo seas humilde, y para con él agradescido. Y como todos los bienes se reduzgan á tres órdenes, porque ó son de naturaleza, ó de gracia, ó de fortuna (como el mundo los llama) discurre por todos ellos, y verás claramente cómo todos son de Dios, y nada tuyo, sino el pecado y la misma nada.

Y comenzando por los bienes de naturaleza, el primero es el ser, que es el fundamento de todos los otros bienes, pues todos ellos pertenecen al ser y lo presuponen. Considera pues cómo esta ánima racional que tienes (la cual te da el ser) es beneficio y obra de las manos de Dios, la cual él crió de nada. ¿Qué cosa es nada? La más baja cosa que se puede imaginar, menos que una piedra, menos que una paja, menos que un átomo de los que parescen entre los rayos del sol, finalmente nada. Imagina pues esta nada como unas tinieblas escurísimas y un abismo profundísimo que está debajo de todas las cosas en el más ínfimo lugar del mundo, y ahí te debes tú poner, pues esto eres de tu parte, y eso eras antes que Dios te criase, y eso fuiste *ab æterno* hasta de pocos días á esta parte. Y haciendo esto, cumplirás con aquel mandamiento del Evangelio, que nos manda asentar en el más bajo lugar, cuando fuéremos llamados al convite. Asentado pues en este lugar par de la nada, imagina que ésa eres tú, y ése el lugar natural que á ti se debe, y por consiguiente, que ése es el centro donde tu ánima ha de reposar con el conoscimiento desa verdad, porque ninguna cosa es más propria tuya, ni que más te convenga, que esa nada, porque así como ninguna cosa conviene más á Dios que el ser, así ninguna conviene más de sí á la criatura que el no ser. Ésa es pues la cosa del mundo más vecina y más parienta tuya y más semejante á ti, y donde como en un espejo claramente puedas ver lo que eres. Por dónde así como el sancto

Job, asentado en aquel su muladar y cercado de llagas y gusanos, decía: A la podre dije: Tú eres mi padre, y á los gusanos dije: Vosotros sois mi madre, y vosotros mis hermanos, así tú, visto cómo realmente (cuanto es de tu parte) eres nada, abrázate con esa nada, y dile: Tú eres mi madre, y tú eres mi hermana, pues ninguna hermana hay más semejante á otra hermana que una nada á otra nada. Asiéntate pues muy despacio en este lugar, porque (si del todo no estuvieres ciego) dende ahí verás y entenderás todo cuanto te conviene saber. Dende ahí verás cómo todo lo que hay en ti después desa nada, que es cuerpo, alma, vida, salud, fuerzas, razón, discreción, con todas las otras habilidades y facultades naturales, con todo lo demás, es ajeno, porque todo es puramente misericordia y dádiva de Dios. Dende ahí verás cuánto debes amar, alabar, servir, obedescer y agradar á quien todo esto te dió de pura gracia, pues la nada nada merescía. Dende ahí verás cuán lejos debes estar de toda presumpción. ambición, soberbia, vanagloria y estima de ti mismo. Porque así como el que ve un caballo muy enjaezado y cubierto de oro y seda, entiende que nada de aquello es de su propria cosecha, sino que todo es ajeno y postizo, y así no tiene por qué gloriarse dello, así entenderás que todo lo que tienes más que nada, es ajeno y postizo, y comunicado de Dios, y así no tienes de qué te gloriar. Dende ahí verás el engaño y el olvido de los hombres, y la vanidad de sus pensamientos, pues tan olvidados andan de su origen y principio (que es, de quien todo se lo dió) y tan engañados en el conoscimiento de sí mismos. Con esta consideración te medirás con tu propria medida, humillarás tus pensamientos, abajarás las alas de la soberbia, subjectarte has á Dios, y hallarás aquí un centro, un lugar de refugio y un puerto seguro adonde acogerte todas las veces que las olas de la vanidad combatieren tu corazón, y conoscerás por experiencia que no hay en el mundo otros dos más convenientes lugares para el corazón del hombre, que Dios y nada, porque en solos estos dos permanesce seguro, en todos los demás padesce tormenta, porque en el uno está en caridad (porque está en Dios) y en el otro está en humildad y en verdad, porque está en el conoscimiento verdadero de sí mismo. Cata aquí pues, hermano, cúyo es el ser que tienes.

Pues todos los otros bienes de naturaleza, ¿quién puede negar que sean del autor y señor de la misma naturaleza? Y si quieres

extender aún más los ojos, hallarás que todas cuantas cosas hay en este mundo de los cielos abajo, con los mismos cielos y con todo lo que se comprehende debajo dellos, son partes deste beneficio, pues todo esto sirve (cada cosa en su manera) para nuestra conservación.

Pues los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna pues en el mundo no hay fortuna) sino solo Dios, como claramente lo testifica el Eclesiástico por estas palabras: Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las da. Porque aunque estas cosas parece que vienen por medio de otras causas segundas, mas es cierto que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo sino por mandamiento y orden de aquel sumo Emperador que la gobierna. Y así dice S. Basilio que la suma de toda la filosofía cristiana es atribuir las causas de todas las cosas así grandes como pequeñas á Dios, pues nos consta por palabras del Evangelio que un pájaro no cae en el lazo sin su dispensación y voluntad.

Pues los bienes que llaman de gracia, el mismo nombre dice cúyos son, y por qué se dan, que es por pura gracia y misericordia de Dios. Porque (como arriba declaramos) el hombre quedó por el pecado tan pobre, tan desnudo y tan inhábil para todo lo bueno, que no puede por sí solo ni dar un paso bueno, ni poner las manos en una buena obra, ni abrir la boca para invocar el nombre de Jesús de manera que él se agrade, si para esto no le despierta y le ayuda y da la mano el mismo Dios. De suerte que todos cuantos buenos deseos ó pensamientos ó propósitos en toda la vida ha tenido y tiene, todos han sido dádivas y misericordias suyas.

Y si quisieres discurrir por todos los bienes de gracia (los cuales militan y sirven para efectuar nuestra salvación) todos verás clarísimamente que son gracias y misericordias de Dios. Entre las cuales, la primera es la gracia de la predestinación, que es la primera de todas las gracias y el fundamento de todas ellas. Pues ésta claramente nos consta que es pura gracia y misericordia de Dios, pues no presupone merecimientos, antes es ante todo merecimiento, por solo el beneplácito de la voluntad de Dios. La segunda es la gracia de la vocación y justificación, con que Dios saca á un hombre de pecado, y le pone en estado de gracia, y de enemigo le hace amigo: porque ésta bien se ve que es también

pura gracia y merced de Dios, y que tampoco cae debajo de merescimiento, pues estando un hombre en mal estado, y siendo enemigo de Dios, no puede hacer cosa que sea de condigno merecedora de tan grande bien. La tercera es la gracia que llaman concomitante, que nos acompaña en la buena vida, y hace que nuestras obras sean agradables á Dios y merecedoras de vida eterna: la cual aunque nasce con nuestros merescimientos, todavía no deja de ser gracia, pues el merecer procede de la gracia. La cuarta es la gracia ó don de la perseverancia, que es perseverar hasta el cabo en la buena vida, sin faltar en la carrera: pues ésta también es gracia y misericordia de Dios, y de tal manera es gracia, que no cae debajo de merescimiento, porque nadie puede hacer obra por la cual de justicia merezca un tan grande bien. Y sin esta gracia poco vale todo lo pasado, pues (como dice S. Hierónimo) no se alaban entre cristianos los principios, sino los fines. S. Pablo comenzó mal, y acabó bien: Judas por el contrario tuvo los principios prósperos, mas el fin fué reprobado. La quinta es la gloria, que es gracia consumada, y ésta también es gracia, pues (como dice el Apóstol) por la gracia de Dios se da la vida eterna. De las otras maneras de gracias que llaman gratis dadas (si algunas tienes) el mismo nombre se lo dice que son dadas por sola gracia, y por consiguiente, que todas se deben al dador. Ves luego cómo todo cuanto hay en ti y fuera de ti es de Dios.

¿Qué se sigue de esto? Que de aquí adelante mires á Dios como á fuente y origen de ti mismo, y de todo cuanto hay en ti y fuera de ti, y de todo lo que eres y puedes ser, y por consiguiente, que ya no sacrifiques á tus redes, ni á tu industria, ni á tu brazo de carne, sino á solo él, pues de solo él procede lo que fuiste, lo que eres y lo que esperas de ser. Pues según esto, ¿con qué ojos será razón que mires á tal Señor? Quiérote poner algunas comparaciones para esto, porque mejor sepas cómo le has de mirar: y hágote saber que desta manera de aspecto se derivan todas las influencias del verdadero Sol de justicia en nuestras ánimas.

Mírale pues de la manera que miran todos los efectos á sus causas, de las cuales procede todo su ser (á las cuales tienen siempre una grande subjección y reverencia) pues él es causa universal de todas las causas, y así conviene que sea mirado. Mí-

rale como mira el hijo á su padre (que es principio de su ser) pues él es padre, y más que padre, y él es el origen y principio de nuestro ser. Mírale como la esposa al esposo (de quien dependen todos sus bienes así presentes como futuros) pues él es el verdadero esposo que solo da á nuestras ánimas cumplido contentamiento. Mírale como el cuerpo al ánima (de quien recibe toda la vida, honra y hermosura que tiene) pues él es como ánima de nuestra ánima y vida de nuestra vida. Mírale como naturalmente mira la tierra al cielo (de quien recibe toda la fertilidad y hermosura que tiene) pues él es el espiritual cielo que nos alumbra y gobierna, de quien procede toda nuestra vida y hermosura. Mírale como los rayos del sol al mismo sol, de do proceden y por quien se conservan, pues él es el que nos dió todo este ser que tenemos, y el que siempre nos está conservando en él. Finalmente, mírale con aquellos ojos con que mira la sacratísima humani dad de Cristo al Verbo Divino, con quien está uñida, y de quien recibe todas las perfecciones que tiene, hasta el mismo ser con que subsiste: la cual vista es la más humilde, la más casta, la más amorosa y más leal de cuantas el entendimiento humano puede comprehender. Y así trabaja tú por imitar en algo esta manera de vista según el espíritu y favor que el Señor te diere.

Pues según esta cuenta, si todo tu ser y todos tus bienes presentes, pasados y venideros proceden deste Señor, ¿á quién has de mirar, á quién temer, á quién agradar, á quién obedescer, á quién reverenciar, á quién alabar, en quién esperar, á quién guardar fe y lealtad, sino á él ó por él? Vayan fuera de ti todos los otros respectos humanos, vayan todos los otros cumplimientos terrenos, pues ni tú tienes que ver con ellos, ni ellos tienen que ver contigo, sino solo el Criador y Señor de todo. Vuélvete pues de todo corazón á este Señor, y dile así.

Señor, si vos sois mi principio y mi fin, ¿á quién tengo de amar sino á vos? Si vos mi rey y mi señor, ¿á quién tengo de obedescer sino á vos? Si en vuestras manos está todo mi bien y mi mal, ¿á quién tengo de temer y reverenciar sino á vos? Si de sola vuestra misericordiosa mano recibí todo lo que tengo, y de ella espero recibir todo lo que me falta, ¿en quién ha de estar toda mi esperanza sino en vos? Si vos solo sois mi padre, mi madre, mi criador y mi gobernador, ¿á quién tengo de recorrer en todas mis necesidades sino á vos? Si de vos tengo recebidos y recibo

cada día tantos bienes, ¿á quién tengo de alabar y dar gracias sino á solo vos? Y si los criados sirven á sus reyes y señores con tanta fidelidad y diligencia, y en negocios de tantos trabajos y peligros, por lo que de ellos han recibido, y por lo que esperan recibir, yo que tanto más he recibido de vos, y tanto más espero recibir, ¿por qué no os serviré, Dios mío, con mayor fidelidad, con mayor diligencia, con mayor cuidado y en mayores trabajos, pues vos, Señor, merescéis más, y yo os debo más, y sin comparación es mucho más lo que espero yo de vos?

Hacimiento de gracias.

Todo lo susodicho hasta aquí pertenece al conoscimiento de sí mismo, después del cual se pueden muy bien seguir aquellas tres partes que arriba pusimos, las cuales deben entrevenir en cualquier ejercicio de oración, que son, hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición. Las cuales, demás de ser tan provechochosas y esenciales en este negocio, están por otra parte tan trabadas y encadenadas entre sí, que cada una dellas con una maravillosa consecuencia demanda la otra. Porque para el principio del ejercicio ninguna entrada hay más conveniente que la acusación y conoscimiento de sí mismo, entrando por la puerta de la humildad, como ya dijimos.

Después deste conoscimiento, ninguna cosa hay que mejor se siga, que el hacimiento de gracias por los beneficios de Dios. Porque después que el hombre ha considerado cómo él de suyo es nada, y esto ha venido cuasi á palpar con las manos, luego se le abren los ojos y ve claramente cómo todo lo que tiene sobre nada, es ajeno, dado graciosamente por la mano de Dios. Y cuanto más claro esto ve, tanto más de corazón da gracias al Señor por ello. De manera que así como las atalayas se suben á una torre alta para que dende allí puedan descubrir mejor la tierra por todas partes, así por el contrario, el que quiere ver lo que debe á Dios, se ha de poner en el más bajo lugar del mundo, que es en la nada (de que fué formado) porque dende esta atalaya verá clarísimamente cómo todo lo que tiene es de Dios, que es todo lo que es más que nada.

Después deste agradescimiento por lo recibido, convenientísimamente se sigue el ofrescimiento, que es dar algo de nuestra parte á quien tanto nos ha dado. Y porque ninguna cosa podemos mejor dar que los merescimientos y trabajos de Cristo, justísima cosa es que por tales merescimientos pidamos grandes mercedes, y así después del ofrescimiento convenientísimamente se sigue la peticion, que es la última parte deste ejercicio: á la cual se añade muy bien la petición del amor de Dios, en la cual puede el hombre gastar más ó menos tiempo, según que fuere más movido por el Espíritu Sancto.

Tiene también otra muy grande comodidad este ejercicio, que así como es muy breve para los muy ocupados, así puede ser muy largo para los devotos: porque en cada parte déstas hay mucho que pensar así en el conoscimiento de sí mismo como en el hacimiento de gracias y en la consideración de los beneficios divinos (que son tantos y tan grandes) y así también en el ofrescimiento, porque se puede en él discurrir por todos los pasos y misterios de la vida de Cristo, ofresciéndolos todos y cada uno por sí al Eterno Padre: y así también en la petición hay mucho que pedir y que alegar en nuestro favor, y después en la petición del amor de Dios hay tanto que hacer, que algunos gastan cuasi todo el tiempo del recogimiento y aun de toda la vida en ella con muy grande aprovechamiento, aspirando con entrañables deseos y peticiones á este divino amor.

Tiene también otra maravillosa comodidad este ejercicio, que es ir el corazón más atento y más levantado á Dios (porque va siempre hablando con él) que cuando procede por la meditación, por la cual va más suelto y libre y más aparejado para derramarse y prenderse en cosas varias, de que se traba la consideración.

Al cabo de todo esto me pareció avisar que los que son más señores del tiempo, y desean aprovechar más en el camino de Dios, pueden tomar cada día dos espacios para su recogimiento, uno para pensar en la vida de Cristo, y otro para examinar su consciencia y entender en el conoscimiento de sí mismos, por la orden que aquí se ha dado, ó por cualquiera otra que mejor les pareciere. Mas si por razón de sus ocupaciones y obligaciones de estado no pudieren recogerse más que una sola vez al día, comiencen por este conoscimiento de sí mismos (pues el justo al

principio es acusador de sí mismo) y después procedan á la consideración de la vida de Cristo, porque ésta es más universal y más copiosa materia de consideración.

VERSOS DE M. MARULO

en que se tocan
cuasi todas las materias del Vita Christi deste presente tratado,
preguntando el cristiano
y respondiéndole Cristo brevemente dende la cruz.

PREGUNTA EL CRISTIANO

Piadoso y clementísimo Señor, ¿por qué te vestiste de carne humana, y quisiste bajar del cielo á la tierra?

Para que el hombre terreno (á quien su culpa había derribado) pudiese con mi favor y ayuda subir dende la tierra al cielo.

¿Quién á ti (que eras inocente y estabas libre de pecado) forzó á padescer muerte y dolores por los pecados?

El amor grande que tuve al hombre, para que lavado él con mi sangre, se hiciese hábil para morar en el cielo.

¿Por qué tienes los brazos tendidos en ese madero, y los pies juntos y traspasados con un clavo?

Porque de una parte y de otra llamo las gentes del mundo, y las vengo á juntar en unión de una misma fe.

¿Por qué, estando en esa cruz, tienes inclinada la cabeza, y los ojos húmilmente bajos y puestos en tierra?

Porque con esta figura enseño á los hombres á no levantarse con soberbia, sino abajar húmilmente la cerviz y ponerla debajo de mi yugo.

¿Por qué estás en esa cruz desnudo, y por qué está ese rostro y ese divino cuerpo tan consumido y tan flaco?

Porque con esto quise enseñarte á despreciar las riquezas y bienes del mundo, y á padecer hambre y pobreza comigo.

¿Por qué tienes cubiertos los lomos con un velo de lienzo? ¿Qué es lo que me significa esa cobertura Real?

De aquí quiero que aprendas que me agradan los cuerpos limpios y castos, y que aborrezco toda torpeza y fealdad.

¿Qué quieren decir estas bofetadas, salivas, azotes, corona de espinas, y los otros tormentos de la cruz?

Que tenga paciencia en las injurias y no quiera dar mal por mal el que desea sobre las estrellas del cielo vivir en perpetua paz.

La vida es breve, el trabajo pequeño, el galardón grande y que durará para siempre.

Mas si alguno hay que no sienta la grandeza del premio, á lo menos muévalo el miedo y el terrible tormento y horrible compañía de aquella cárcel infernal,

Y aquellos fuegos que nunca se apagan, y aquellas tinieblas que nunca resplandescen, y aquel gusano que siempre muerde, y aquella miseria que nunca cesa.

Porque tales cosas están guardadas para los que agora tiene cativos la vana honra y el fugitivo deleite, engañándolos con diversos halagos,

Ofresciendo riquezas á los avarientos, descanso á los perezosos, torpes pasatiempos á los carnales, vino precioso á los amigos del vientre, pompa y fausto á los soberbios, y despojos á los esforzados.

Con estos cebos engañado el pueblo miserable, olvidado de su propria salud, camina derecho y corre á su perdición.

Y ni oye mis amonestaciones, ni hace caso de mis ejemplos, y finalmente no tiene cuenta con mi juicio.

Pues cuando venga este horrible juicio, este día será día de ira, día de tinieblas y de torbellinos.

Cuando los cielos se estremescerán y sacudirán de sí las estrellas, que caerán del cielo en la tierra.

Entonces espantará al mundo la luna con su cara sangrienta, y el sol se escurecerá y esconderá los rayos de su luz.

Todas las cosas temblarán, y el mundo se acabará, y hasta los coros de los ángeles se estremescerán.

Una llama de fuego abrasador volará por el mundo, y la mar y la tierra quedarán hechas una foguera.

Entonces vendré yo con gran poder y majestad, asentado en una nube resplandesciente.

Al derredor de mí vendrán millares de sanctos gloriosos y millares de espíritus bienaventurados.

Luego una trompeta dará un terrible sonido de lo alto, el cual rasgue las tierras, y llegue al profundo de los infiernos.

Y luego sin tardanza resuscitarán todos aquéllos que perdida la lumbre de la vida, nuestra gran madre la tierra recibió en su grande gremio.

Y estará toda esta compañía resuscitada delante de mi justo tribunal, esperando con temeroso corazón la terrible sentencia de mi juicio.

Ninguna cosa secreta ni escondida pasará sin examen, aunque sea lo que el hombre pensó dentro de su corazón.

Y según los méritos se dará á cada uno su galardón, á unos vida perpetua, y á otros muerte que nunca morirá.

Oh pues hombres miserables, que estáis enredados con tantos engaños, mientras tenéis poder agora, sacad vuestros pies desos lazos.

Abrid los ojos y velad, porque el día escuro deste tiempo no os tome desapercebidos y cargados de sueño.

Mirad con cuánta ligereza huyen y se pasan los tiempos, y cómo las horas apresuradas no saben sentir tardanza.

Dichoso aquél que emplea bien los días de la vida, y piensa que el fin dél será hoy, ó será mañana.

HABLA DEL CRUCIFIJO

QUE ESTÁ Á LA ENTRADA DE LAS IGLESIAS

compuesta en verso por Lactancio Firmiano.

QUIENQUIERA que por aquí pasas, y subes por estas gradas del templo, espera un poco, y pon los ojos en mí, que siendo inocente, por tus culpas tan cruel muerte padescí. Yo soy aquél que habiendo lástima de la caída miserable del género humano, vine á este mundo á ser medianero de paz y perdón copioso de la culpa común. Aquí se dió una clarísima luz á la tierra, aquí está la imagen de la verdadera salud, aquí soy tu descanso, camino derecho, redempción verdadera, bandera de Dios y estandarte Real, digno de perpetua recordación.

Por tu causa y por amor de tu vida entré en el vientre de una virgen, por ti fuí hecho hombre, y por ti padescí terrible muerte,

sin hallar descanso en todos los fines de la tierra, sino en todo lugar amenazas y en todo lugar trabajos. El establo y las majadas ásperas de Judea fueron la hospedería de mi nascimiento y las compañeras de mi pobre madre. Aquí entre las bestias brutas tuve una cama de paja en un angosto y humilde pesebre. Los primeros años de mi edad viví en tierra de Egipto, desterrado del reino de Herodes, y vuelto de ahí, gasté los otros en Judea, donde siempre padescí hambre, siempre trabajos y extrema pobreza. Y con esto siempre trabajé por encaminar á los hombres con saludables consejos al estudio de la virtud, acompañando y confirmando mi doctrina con obras maravillosas. Por las cuales cosas la malvada Hierusalem, movida con crueles odios y rabiosa invidia, y ciega con furor, extendió sus manos contra mí, y me procuró en una terrible cruz muerte cruel. La cual si yo quisiere explicar por sus partes, y tú quisieres comigo acompañarme y sentir todos mis dolores, pon primero ante los ojos los ayuntamientos y consejos de mis enemigos, y las celadas que me armaron, y el precio vil de mi inocente sangre, y los besos fingidos de mi discípulo, y el acometimiento y los clamores de aquella cruel compañía. Piensa también aquellos crueles azotes, y aquellas criminosas lenguas tan aparejadas para mentir, aquellos testigos falsos, y aquel perverso juicio del ciego presidente, y aquella grande y pesada cruz cargada sobre mis enflaquecidos hombros y espaldas cansadas, y aquellos pasos dolorosos con que caminé á la misma cruz. Y después de puesto en ella, mírame levantado en alto y desviado de los ojos de la dulce madre, y rodéame dende los pies hasta la cabeza por todas partes. Mira los cabellos cuajados con sangre y la cerviz ensangrentada debajo dellos, la cabeza agujereada con crueles espinas, corriendo hilos de sangre viva sobre el divino rostro. Mira también los ojos cerrados y escurescidos, y las mejillas afligidas, y la lengua seca y atoxicada con hiel, y el rostro amarillo con la presencia de la muerte. Mira los brazos extendidos, y las manos atravesadas con clavos, y la herida grande en el costado, y el río de sangre que mana della, los pies enclavados, y todos los miembros sangrientos Hinca pues las rodillas, y adora este venerable madero de la cruz, y besando la tierra sangrienta con boca humilde, derrama sobre ella muchas lágrimas, y nunca me pierdas de vista, ni me apartes de tu corazón, siguiendo siempre los pasos

de mi vida. Y considerando estos tormentos y esta muerte cruel, con todos los otros innumerables trabajos y dolores míos, aprende de aquí á padescer adversidades, y tener perpetuo cuidado de tu salud.

HIMNO DE FLAMINIO EN ALABANZA DE CRISTO

A Jesú las vírgines castas, á Jesú la sancta juventud, á Jesú los varones, los viejos y las mujeres ancianas alabemos, en cuya fe vivimos, el cual nos favoresce y ama con amor de padre. Eterno Hijo del sumo Dios, criador de las estrellas, de la tierra y de la mar, ninguna cosa encierra en sí la inmensidad del cielo y la redondez grande de la tierra, que no sea hecha por tu diestra. Tú asentado en el seno del Padre, sustentas y gobiernas todas las cosas. Tú por tu inmensa caridad apiadado de nuestra miseria, te vestiste de cuerpo mortal, y enclavado en una áspera cruz, con tu muerte nos libraste de los fuegos eternos. Tú vencida la muerte volviendo á tu palacio real colocaste contigo á los tuyos en esa parte del cielo dorada. A ti canta días y noches la compañía de los moradores del cielo. De ti da testimonio aquel eterno Espíritu, diciendo que eres único autor de nuestra salud. Tú eres reposo, lumbre y deleite de las ánimas. Tú eres pastor y cordero que quitas los pecados del mundo. Tú eres eterno Pontífice, poderoso para aplacar la ira del Padre soberano. Pues ¿quién no te alabará, Señor? ¿Quién no te amará con todo su corazón? Pues, oh benigno Jesú, enciende, Señor, mi ánima en este amor, muéstrame ese rostro hermoso, y haz bienaventurados mis ojos con los tuyos, y no quieras negar, oh sancto amador, al que te ama, beso de paz. Tú eres esposo de mi ánima, á ti busca ella, á ti con lágrimas llama. Tú, Sancto, habiéndola librado de la muerte con tu muerte, y herídola con tu amor, no la has de aborrescer. Pues ¿por qué la miserable no siente la dulzura de tu presencia? Óyeme, Dios mío y Salvador mío, y dame corazón que te ame, pues ninguna cosa hay más dulce que arder siempre nuestro corazón en tu amor.

TRATADO VII

DEL AMOR DE DIOS

EN EL CUAL CONSISTE

LA PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA

QUÉ COSA SEA CARIDAD
Y DE LOS FRUCTOS Y EXCELENCIAS DELLA

CAPÍTULO I

Porque nuestro principal intento en este libro ha sido formar un perfecto cristiano con todas las virtudes y partes que ha de tener, ya que hasta aquí habemos tratado de todas las otras virtudes que para esto se requieren, resta que tratemos agora de la más principal, que es la caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana, con cuya perfección se alcanza la perfección desta vida. Para lo cual diremos primero de la excelencia desta virtud, y luego de la perfección della, y después de los medios por do esta perfección se alcanza.

Pues cuanto á lo primero es de saber que (como dice Próspero en el libro de la Vida Contemplativa) caridad es una voluntad recta, apartada de todas las cosas perecederas y unida con Dios, abrasada con el fuego del Espíritu Sancto (de quien ella procede y á quien se ordena) libre de toda inmundicia, ajena de corrupción, señora de toda mudanza, levantada sobre todas las cosas que carnalmente se aman, la más poderosa de todas las afecciones, amiga de la divina contemplación, vencedora de todas las cosas, sumario de todas las buenas obras, fin de los mandamientos celestiales, muerte de los vicios, vida de las virtudes,

virtud de los que pelean, corona de los que vencen, armadura de las ánimas sanctas, causa de todos los merescimientos, sin la cual nadie agradó á Dios, y con la cual nadie le desagradó, fructuosa en los que comienzan, alegre en los que aprovechan, gloriosa en los que perseveran, victoriosa en los mártires, y trabajadora continua en todos los fieles. Hasta aquí son palabras de Próspero, por las cuales en alguna manera se declara brevemente qué cosa sea caridad, y cuán grandes sean los fructos y excelencias della.

Mas la mayor de todas sus excelencias es ser ella la mayor de las virtudes y el fin y sumario de todas ellas. De lo cual tenemos argumento en la dignidad de aquellos supremos espíritus que llaman serafines, en los cuales señaladamente resplandesce la caridad más que en todos los otros coros de ángeles, y por esta causa tienen el supremo lugar entre todos ellos, porque los exceden en esta virtud, que es la más alta de las virtudes. Y á esta orden dice San Gregorio que pertenecen en su manera todos los que en este mundo arden en amor de Dios, por estas palabras: Hay algunos que encendidos sus corazones con la contemplación de las cosas celestiales, arden en el deseo de solo su Criador, ninguna otra cosa deste mundo desean, y con solo el amor de la eternidad se sustentan, desprecian todas las cosas terrenas, traspasan con el espíritu las cosas temporales, aman y arden, y en ese mismo amor descansan: amando arden, y hablando encienden á los otros, y á los que con sus palabras tocan, luego también los hacen arder. Pues ¿cómo llamaré á éstos sino serafines, cuyo corazón convertido ya en fuego, resplandece y abrasa? Hasta aquí son palabras de San Gregorio.

Tiene también otra grande excelencia la caridad, que es (como dice S. Augustín) llamarse el mismo Dios caridad: de dónde nasce participar ella una grande semejanza con el mismo Dios. Por dónde así como Dios es todas las cosas, así también la caridad en su manera es todas las cosas, pues para todas aprovecha y á todas da vida y perfección. Porque la caridad primeramente hace los hombres sanctos, pues (como dice S. Bernardo) según la medida de la caridad es la de la sanctidad, porque tanto será uno más sancto cuanto fuere más amigo de Dios. La caridad otrosí hace sabios, según aquello del Psalmista que dice: El mandamiento del Señor es resplandeciente, y así alumbra los ojos del

ánima. Por lo cual dijo S. Augustín: Quien quisiere conoscer á Dios, ámelo, y conoscerlo ha. La caridad también es la que principalmente hace perlados dignos deste nombre. Por dónde queriendo el Señor hacer á S. Pedro príncipe de su Iglesia, en ninguna otra cosa le examinó sino en esta virtud, preguntándole tres veces si le amaba más que los otros. La caridad también hace mártires, porque todos los que lo fueron, con la fuerza desta virtud lo fueron, pues (como dice S. Augustín) no hay cosa más poderosa en el mundo que el amor. La caridad también hace vírgines, pues (como dice S. Juan Clímaco) casto es aquél que con un amor vence otro amor, y con el fuego del espíritu vence el fuego sensual de la carne. La caridad también hace al hombre vencedor en todas las tentaciones, y así dice Pedro de Ravena: Ama, hombre, á Dios, y ámale de todo corazón, porque así puedas sin trabajo vencer todas las tentaciones del enemigo. Y mira bien que es muy delicada batalla y muy tierna manera de pelear triunfar de todos los vicios con la dulzura del amor. Finalmente, la caridad es la perfección y cumplimiento de la ley y de los profetas, como lo significó el Apóstol cuando dijo: El cumplimiento de la ley es amor, porque en esta palabra se encierra todo.

Paréscese otrosí el amor de Dios con el mismo Dios en las propriedades y noblezas que tiene, muy conformes á las de Dios: porque (como dice un doctor) el amor es noble y generoso, es sabio y hermoso, es obrador de grandes cosas, es dulce, fuerte, fructuoso, sencillo, casto, inexpugnable y vencedor de todas las cosas. El amor es todo alegre, todo gracioso, todo deleitable y todo admirable. El amor penetra y rompe, levanta y humilla, y vence todas las dificultades. El amor es alto y profundo, llaga y sana, da muerte y vida, no se puede encubrir ni pagar sino con amor, y todo lo da por amor, porque no busca ni quiere otra cosa sino amor. El corazón del que perfectamente ama, siempre piensa en amor, y la lengua siempre habla de amor. Él recoge la memoria, esclaresce el entendimiento, inflama la voluntad, roba los sentidos, sanctifica el ánima, y transforma todo el hombre en Dios.

Pues siendo esto así, razón es que todo nuestro estudio y diligencia se emplee en alcanzar esta virtud, pues ella trae en su compañía todas estas tan altas y tan excelentes virtudes. Así

leemos haberlo enseñado nuestro Señor á una sancta ánima, á la cual entre otros notables documentos de virtudes dijo así: Cuando rezares la oración del Pater noster, toma esta palabra: Hágase tu voluntad, y trabaja todo lo posible por conformar siempre tu voluntad con la divina en todas las cosas (así prósperas como adversas) que él ordenare acerca de ti. Y cuando rezares el Ave María, toma el nombre de Jesús, el cual esté siempre fijo en tu corazón, para que él te sea escudo, guía y dulzura en la carrera desta vida y en todas las necesidades della. Y del resto de toda la Escriptura divina toma esta palabra amor, con el cual andarás siempre derecha, pura, ligera, solícita, diligente: porque él es poderoso para obrar todas las cosas sin fatiga, sin miedo y sin cansancio, de tal manera que hasta el martirio se hace suave por él. No se puede decir una sola centella de la virtud y fuerza del verdadero amor y de las obras que hace. Él te ayudará á consumir todas tus malas inclinaciones y todos los apetitos y sentimientos desordenados de las cosas desta vida.

Mas entre todas estas alabanzas nos convida mucho al amor y deseo desta virtud saber que en ella consiste no solamente la perfección de la vida cristiana, mas también muy gran parte de la felicidad y bienaventuranza que el corazón humano puede alcanzar en esta vida. Porque (como dice Boecio) toda la vida de los mortales, que en tantas maneras de ejercicios y trabajos se ocupa, ninguna otra cosa pretende por todos estos medios sino solo un fin, que es su felicidad y bienaventuranza. Esta bienaventuranza procede de haber llegado el hombre á alcanzar un bien, en quien están todos los bienes: por dónde como aquí la voluntad lo halla todo, ni tiene por qué buscar más de lo que halló, ni puede padescer hambre de otra cosa, pues aquí tiene cuanto desea. Este bien no puede ser otro que Dios, y así, ni fuera dél se puede hallar cumplido reposo, ni lo puede dejar de haber en él. Y aunque esto principalmente se guarda para la otra vida, cuando se poseerá Dios perfectamente por gloria, pero también en su manera se alcanza en ésta, cuando se posee menos perfectamente por gracia. Así muestra S. Bernardo que lo gozaba y poseía, cuando en un tratado que escribió del Amor de Dios, dice así: Estando yo en la casa de la soledad como animal solitario que hace su habitación en la tierra yerma y apartada, comenzando de sentir el viento de mi amor, abro mi boca y atraigo el espíritu, y algunas

veces, Señor, estando yo como cerrados los ojos, sospirando por ti, pones en la boca de mi corazón una cosa que no me conviene á mí saber lo que es. Siento el sabor, y siento la dulzura, la cual de tal manera me conforta, que si cumplidamente se me diese, no me quedaba más que desear. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo, con las cuales (aunque por diversas semejanzas) concuerdan las de la Esposa en los Cantares, que dice: Yo duermo, y vela mi corazón. Porque ¿qué quiere decir esto, sino que así como el que duerme tiene por todo aquel tiempo suspensos y en silencio todos sus sentidos (ca ni oye, ni ve, ni habla, ni desea nada) así algunas veces se comunica Dios al ánima con una tan grandísima suavidad y amor, y derrama sobre ella como un río de paz, con el cual queda tan harta, tan satisfecha y tan contenta, que por entonces duerme á todos los deseos y cuidados desta vida, porque no tiene más cuenta con ellos que el que está durmiendo?

Y no se contenta con llamar éste, sueño, sino en otra parte del mismo libro lo llama muerte, diciendo: Fuerte es el amor como la muerte. Las cuales palabras declara un sancto diciendo que es tan grande la fuerza del amor de Dios (cuando está en su perfección) que arrebata con la grandeza de su deleite todas las potencias de nuestra ánima, y las hace por entonces estar como muertas á todos los gustos y apetitos del mundo. Esto es proprio de aquella caridad que llaman los sanctos violenta, porque el alegría y suavidad que trae consigo esta manera de caridad es tan grande, que todas las fuerzas de nuestra ánima poderosamente (aunque dulcemente) arrebata y lleva en pos de sí, y las aparta del amor y gusto de las cosas terrenas, y las traslada en Dios. Y esta misma se llama por otro nombre caridad herida, porque de tal manera hiere y traspasa el corazón, que así como el que está herido no puede dejar de estar pensando en lo que le duele, así el que está herido con este amor, no puede dejar de pensar ni desapegar el pensamiento de lo que ama, sino con grande dificultad. Porque si cuando el dolor es agudo, no podéis dejar de pensar en él, ¿cómo no hará otro tanto el deleite, cuando es grande, pues no es menor la fuerza de un contrario que la del otro contrario? Conforme á esto leemos de uno de aquellos Padres del yermo que yendo otro á pedirle cierta cosa de su celda, como él entrase á buscarla, luego la perdió de la memoria:

y como esto le acaesciese por tres ó cuatro veces, finalmente vino á decir al otro que entrase él y la buscase, porque de verdad él no podía por aquel tan breve espacio retener en la memoria lo que le pedía: tan grande era la suspensión y embebecimiento que su ánima tenía en Dios. Y no es esto de maravillar, porque sin dubda las cosas espirituales son de tanta dignidad y nobleza, que el ánima que ayudada con la lumbre del Espíritu Sancto las entiende y gusta, apenas puede arrostrar á otra cosa desta vida, por excelente que sea. Y así se escribe del abad Silvano, cuando salía de la oración, que le parescían tan bajas y apocadas todas las cosas de la tierra, que cerraba los ojos por no verlas, y hablando consigo mismo decía: Cerraos, ojos míos, cerraos y no miréis cosas del mundo, porque no hay en él cosa digna de mirar.

¡Qué ejemplos éstos, y qué argumentos para entender hasta dónde llega la potencia deste amor, y la hartura y suavidad deste afecto celestial! Y si quieres otro ejemplo, oye lo que el bienaventurado S. Hierónimo cuenta de los ejercicios y deleites con que Dios ejercitaba y apascentaba su ánima, estando en aquel desierto quemado (como él dice) con los rayos del sol. Si había algún risco muy alto, ó algún valle muy hondo, ése era mi lugar de oración. Y como el Señor me es testigo, después de muchas lágrimas y de tener los ojos fijos en el cielo, algunas veces me parecía que estaba entre los coros de los ángeles, y con alegría y gozo cantaba: En pos de ti, Señor, corremos al olor de tus ungüentos. Esto escribe á la virgen Eustoquio. Mas escribiendo á otras vírgines dedicadas á Dios, dice así: Creed, hijas, á un viejo experimentado. Si una vez gustastes cuán dulce es el Señor, dél podréis haber oído esta palabra: Venid, y mostraros he todos los bienes. Y entonces os mostrará tales cosas, cuales nadie puede conoscer, sino el que las ha probado. Sé lo que digo, muy amadas hermanas, y confesándoos mi ignorancia, digo que yo hombrecillo tan despreciado y tan vil en la casa del Señor, viviendo en este cuerpo me hallé muchas veces entre los coros de los ángeles, sustentándome por algunos días con la dulzura deste pasto sin otro manjar terreno. Después de los cuales restituído al cuerpo y sabidas muchas cosas advenideras, lloraba por lo que había dejado. Mas cuán grande fuese la felicidad de que en este tiempo gozaba, y cuán inefable la suavidad que allí sentía, testigo es la Sanctísima Trinidad, la cual veía yo no sé con qué manera de vista, tes-

tigos los bienaventurados espíritus que presentes estaban, y testigo mi propria consciencia, la cual gozaba de tales y tan grandes bienes, cuales no podrá explicar la flaqueza de mi lengua. Y luego añade más: No puede levantarse á la dulzura desta contemplación el corazón lleno de negocios terrenos, sino conviene que muera al mundo, y que viva y se allegue á solo Dios por sanctas meditaciones y deseos. Porque (como dice el Salvador) el grano de trigo que cae en tierra, si no muere, él solo permanesce, mas si muere da mucho fructo. Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo. Pues ¿qué diré del bienaventurado Sancto Tomás de Aquino, el cual muchas veces de tal manera estaba absorto en Dios, que el cuerpo seguía al espíritu y se levantaba á lo alto, y otras veces quedaba sin ningún sentido? Por dónde acaesció que estando una vez desta manera con una candela encendida en la mano, acabóse la candela, y quemóse la mano sin que nada sintiese, de lo cual quedaron por testigos las llagas de la quemazón en la misma mano. Y otra vez habiendo de recibir un cauterio de fuego, se puso en oración, y de tal manera se arrebató y quedó suspenso en Dios, que ninguna cosa sintió.

Y si esto nos pone admiración, no menos la debe poner lo que Aristóteles escribe: el cual hablando de la alteza de la contemplación del varón sabio y perfecto, dice que la vida del sabio alguna vez llega á ser tal, cual es siempre la vida del primer principio, que es Dios, dando por aquí á entender que llega á participar algunas veces una semejanza de aquella paz, tranquilidad y felicidad en que siempre vive Dios. Pues si esto dijo un hombre que no sabía qué cosa era gracia ni amor sobrenatural de Dios infundido por el Espíritu Sancto, ¿qué será razón que digan los que tienen y conoscen los efectos y obras admirables del Espíritu Sancto? Porque si los hábitos morales y la sabiduría y diligencia humana basta para levantar un hombre á tal estado, que por entonces se diga que está como Dios, tan quieto, tan contento y tan cerrada la puerta de todos sus deseos, ¿á dónde os parece que lo subirán las gracias y dones del Espíritu Sancto y la perfección del Evangelio? Pues siendo esto así, ¿parécete que será razón comprar esta perla preciosa, y dar todo cuanto se nos pidiere por ella? Porque si tanto hacen y padescen los hombres por los bienes imperfectos desta vida (que más atizan que matan la sed) ¿qué será razón hacer por un bien que así apaga la cobdicia y

llama de todos los otros bienes? Es rico el que tiene el oro en el arca (dice S. Augustín) ¿y no lo será el que tiene á Dios en su consciencia?

§ II

Ésta es pues una de las principales razones (entre otras muchas) que nos habían de forzar á nunca tomar descanso, hasta alcanzar este tan precioso tesoro. Á lo cual nos convida un religioso doctor con muy dulces & eficaces razones, diciendo así Como sea verdad que solo Dios (que es infinito y sumo bien) pueda quietar los deseos del ánima racional, con mucha razón debe anhelar todo hombre á la perfección de la vida espiritual, porque por medio della venga ayuntarse íntimamente con este sumo bien, y así se haga participante dél. Porque si aquí llegase, sin dubda recibiría á Dios dentro de sí con superabundante gracia, el cual con su alegre y divina presencia desterraría de su ánima toda pobreza y miseria, y la enriquecería con verdaderas riquezas, y la hinchiría de un gozo inefable. Por dónde ya el hombre no andaría derramado buscando en las criaturas los falsos y contrahechos deleites, porque luego le sería desabrido todo lo que Dios no es. Vemos que el espíritu racional es tan capaz y tan noble, que ningún bien caduco lo puede hartar, porque claro está que lo que es menos, no puede hinchir el seno de lo que es más Y cierto es que el cielo, y la tierra, y la mar, y todas las cosas visibles son mucho menores que el hombre, por lo cual ninguna destas cosas, ni todas juntas, pueden hinchir el seno de su voluntad. Solo Dios es infinitamente mayor que él, por lo cual con solo él está lleno y contento, y no con otra cosa menor. Ni aun los ángeles bastan para esto, porque aunque sean mayores en la naturaleza, no lo son en la capacidad Por lo cual mientra el hombre no poseyere este único y sumo bien, y lo abrazare con brazos de amor, siempre andará derramado sin quietud, congojoso sin descanso, y hambriento sin verdadera hartura. Y aunque esté lleno de todas las riquezas y deleites del mundo, no alcanzará el descanso que desea, sino mediante el tocamiento deste divino amor. Mas después que hubiere hallado este sumo bien, fácilmente dará de mano á todas las criaturas, y con el Psalmista dirá: Bueno es á mí llegarme á Dios, y con el sancto Job: En mi

nido moriré, y como palma multiplicaré los días. Este tal no busca ya fuera de sí consolaciones terrenas, porque dentro de sí tiene aquél que es piélago de inestimables consolaciones y de todas las cosas que el corazón humano puede desear. Y de tal manera es tocado con el gusto y conoscimiento experimental de Dios, y con tanta claridad penetra la verdad de los misterios de la fe, que si todos los hombres del mundo le dijesen, engáñaste, miserable, engáñaste, porque no son verdaderas las cosas de la fe que profesas, él confiadamente respondería: Vosotros sois los miserables y los que os engañáis, porque lo que yo creo, es suma verdad. Esto respondería con grandísima firmeza, no sólo por la lumbre y hábito de la fe, que á esto le inclina, sino también por la experiencia y gusto que tiene de Dios, el cual es tan grande y tan admirable, que cuando entra en una ánima con abundancia de sus dones, él trae consigo las señales y muestras de quién es. Y los que desta manera andan uñidos con Dios, no pueden dejar de ser muy familiares amigos suyos, y así alcanzan muchas veces con sus oraciones mayores bienes para la Iglesia en una hora, que muchos otros, que tales no son, en muchos años.

Éstos otrosí gozan de una maravillosa tranquilidad y libertad de ánimo. La cual los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo, y sobre todos los temores de la muerte, del infierno y del purgatorio, y sobre todas las calamidades que se les pueden ofrecer en este mundo, porque confiados y abrazados con Dios, todas las cosas tienen debajo los pies. Y ni la compañía de los hombres, ni las ocupaciones exteriores los apartan de la presencia interior de Dios, porque ya están habituados y enseñados á conservar la unidad y simplicidad del espíritu en la muchedumbre de los negocios, como quien ha recebido estabilidad esencial y conversión perpetua del corazón á Dios. Y de aquí nasce que de todas cuantas cosas ven y oyen, toman motivos para levantar el corazón á él de tal manera que todas las cosas (si decir se puede) se les vuelven en Dios, pues en todas ellas ninguna otra buscan con la intención y con el amor, sino á él. Los cuales, como están dentro de sí tan ocupados y tan uñidos con Dios, andan como fuera de sí, viendo las cosas como ciegos, y oyendo como sordos, y hablando como mudos, porque trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas como si estuviesen fuera dellas. Desta manera viven una vida angélica y

sobrenatural, por la cual se pueden llamar ángeles de la tierra, pues conversando con solo el cuerpo en la tierra, todo lo demás está en el cielo. Tal fué el espíritu, la vida y la conversación de todos los sanctos, á cuya imitación habían de encaminar los fieles todos sus intentos y deseos.

§ III

Mas aquí es de notar que no cualquier grado de caridad basta para dar al hombre esta paz y hartura interior de que hablamos, sino sola la perfecta caridad. Para lo cual es de saber que esta virtud así como va cresciendo, así va obrando en el ánima mayores y más excelentes efectos. Porque primeramente ella (cuando Dios lo ordena) trae consigo un conoscimiento experimental de la bondad, suavidad y nobleza de Dios: del cual conoscimiento nasce una grande inflamación de la voluntad, y desta inflamación un maravilloso deleite, y deste deleite un encendidísimo deseo de Dios, y del deseo una nueva hartura, y de la hartura una embriaguez, y désta una seguridad y cumplido reposo en Dios, en el cual nuestra ánima descansa y tiene su sábado espiritual con él.

En lo cual parece que estos ocho grados van de tal manera encadenados, que uno abre camino para el otro, y el que precede, abre camino y dispone para el que se sigue. Porque el primer grado (que es aquel conoscimiento experimental de Dios) es una muy principal puerta por donde entran los dones y beneficios de Dios en el ánima, y la enriquecen grandemente. Porque deste conoscimiento que está en el entendimiento (aunque derivado del gusto de la voluntad) procede una grande inflamación y fuego en esa misma voluntad, con el cual arde en el amor de aquella inmensa bondad y benignidad que allí se le descubrió. Y deste fuego nasce un suavísimo deleite, que es aquel manna escondido, que nadie conosce sino el que lo ha probado, el cual es propriedad natural que anda en compañía del amor y procede dél, así como la lumbre naturalmente procede del sol. Éste es uno de los principales instrumentos que toma Dios para sacar los hombres del mundo y destetarlos de todos los deleites sensuales. Porque es tan grande la ventaja que hace este deleite á todos los otros de-

leites, que fácilmente renuncia el hombre á todos los otros por él.

Y porque las cosas espirituales son tan excelentes y tan divinas, que mientras más se gustan, más se desean, luego deste gusto nasce un encendidísimo deseo de gozar y poseer este tesoro, porque ya el ánima en ninguna otra cosa halla verdadero gusto ni descanso sino en él. Y porque sabe que este bien se alcanza con el trabajo de las virtudes y aspereza de vida y con la imitación de aquel Señor que dice: Yo soy camino, verdad y vida, nadie viene al Padre sino por mí, de aquí nasce otro encendidísimo deseo, no sólo de meditar, sino también de imitar la vida deste Señor, y andar por todos los pasos que él anduvo. Y los pasos son humildad, paciencia, obediencia, pobreza, aspereza, mansedumbre, misericordia, y otros tales.

A este deseo sucede la hartura (tal cual en esta vida se puede poseer) porque no da Dios deseos á los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para cosas mayores. Y así como él es el que mata y da vida, así tambien él es el que da á los suyos el deseo y la hartura, con la cual se engendra en el ánima un tan grande hastío de las cosas del mundo, que las viene á tener como debajo los pies, con lo cual queda ella pacífica, satisfecha y contenta con solo este dulcísimo bocado, en quien halla todos los gustos y deleites juntos, y conosce por experiencia que en ninguna otra cosa puede la criatura racional hallar cumplido reposo, sino en solo él.

A este tan alto grado sucede la embriaguez, que sobrepuja á la hartura, á que nos convida el Esposo en el libro de los Cantares: con la cual el ánima se olvida de todas las cosas perecederas y á veces de sí misma, por estar sumida y anegada en el abismo de la infinita bondad y suavidad de Dios.

Desta celestial embriaguez se sigue el séptimo grado, que es seguridad, aunque no perfecta cual es la de la gloria, sino cual se sufre en esta vida, que es mayor de lo que nadie puede imaginar: con la cual canta el hombre alegremente con el Profeta (según traslada S. Hierónimo) diciendo: Tú, Señor, me heciste morar seguro en la confianza. Porque después de probada por tales medios la inmensidad de la bondad y providencia paternal de Dios, viene á participar una maravillosa seguridad y confianza en esta providencia, la cual le hace animosamente decir aquellas palabras del Profeta: El Señor es nuestro refugio y nuestra for-

taleza, por tanto no temeremos, aunque se turbe la tierra y se trastornen los montes y vengan á caer en el corazón de la mar.

Pues desta tan grande seguridad y confianza nasce la tranquilidad del ánima, que es un cumplido reposo, una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor, y es finalmente aquella paz que el Apóstol dice que sobrepuja todo sentido, porque no hay seso humano que baste á comprehender lo que es, sino aquél que la ha probado. Y la felicidad destos dos postreros grados prometió el Señor á sus escogidos por Isaías, cuando dijo: Asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido y abastado de todos los bienes. Éste es, hermano mío, el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos gozar en este destierro, y éste es el tesoro escondido á los ojos del mundo en la heredad del Evangelio, por el cual el sabio mercader vende todo cuanto tiene por alcanzarlo.

§ IV

Pues ¿cuál es el hombre que oídas estas nuevas, y sabiendo que tan aparejada está la divina gracia para él como para todos los sanctos, no trabaja por entrar por esta puerta á gozar de tan grandes bienes en esta vida? Oh perdidos y ciegos hijos de Adam, ¿para qué andáis buscando con tanto trabajo y en tantos lugares lo que con menos trabajo se halla todo junto en solo Dios? Verdaderamente los caminos de Sión están llorando, porque no hay quien venga á esta solemnidad, á esta fiesta y á este sábado espiritual, en que el ánima fiel huelga y reposa en Dios. Porque si es verdad (como arriba alegamos de Boecio) que todos los cuidados y trabajos de los hombres tiran á un solo blanco, que es alcanzar descanso y hartura de su voluntad, la cual es imposible hallarse fuera de Dios (que es nuestro último fin) ¡qué locura es buscarla fuera de su proprio lugar! Caminan los hombres á las Indias, y revuelven la mar y la tierra buscando cosas en que piensan hallar descanso, y no miran cuán grande yerro es buscar con tanto trabajo fuera de sí lo que dentro de sí habían de buscar. ¿No dice el Salvador que el reino de Dios está dentro de nos? Y ¿qué otra cosa es este reino sino (como dice el Apóstol)

justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Sancto? Donde la justicia es como la raíz deste bien, mas la paz y alegría como los fructos que se siguen desta raíz, en los cuales consiste nuestra quietud y felicidad. Y esto nos significan aquellos dos nombres de Melquisedec, el cual se llamaba rey de justicia y rey de paz: las cuales dos cosas andan siempre tan hermanadas, que nunca jamás se hallan, ni la paz sin la justicia, ni la justicia sin la paz. Por lo cual en vano trabaja por hallar paz y alegría verdadera quien la busca sin justicia y sin buena consciencia.

Algunos hay que oyendo esto, comienzan luego á disponerse para buscar á Dios, mas no con aquella humildad y simplicidad ni con aquella determinación que el negocio requiere. Los cuales como no tienen raíces hondas de propósito firme y amor de Dios, luego á los primeros soles se secan, porque vencidos de un poco de dificultad que hallan á los principios, luego se vuelven del camino. Otros hay que muchas veces caen y se levantan, y unas veces desmayan y desconfían, y otras se esfuerzan y cobran ánimo. Los cuales todavía, aunque cayendo y levantando, finalmente ayudados con la divina gracia aprovechan en este ejercicio y llegan al cabo. Otros hay que dicen: Bástanos vivir como los otros viven. ¿Qué necesidad hay agora de hacer singularidades y extremos, pues sin esto nos podemos salvar? Desta manera andan batallando los hombres á los principios, porque pelean entre sí la voluntad carnal y espiritual, el amor mundano y el divino. Y porque el amor mundano á los principios está fuerte, resiste al amor divino, porque no querría perder su nido ni el derecho que dende su niñez en el hombre poseyó. Y no se puede negar sino que es muy trabajoso este divorcio, y como desafío de dos partes tan poderosas: mas la gracia de Dios y la firme voluntad y perseverancia todo lo vence, porque poco á poco continuando los espirituales ejercicios, viene á esforzarse la parte superior del ánima contra la inferior de tal manera que la parte superior recibe mayores gustos y sentimientos de Dios, y la inferior menores gustos y contentamientos del mundo, y así cae la naturaleza corrupta debajo del poder y virtud de la divina gracia. Porque el ejercicio continuado de las devotas liciones, oraciones y meditaciones sanctifica y purifica nuestro corazón, el cual así purificado comienza á gustar cuán suave es el Señor: y gustada la espiritual suavidad, luego toda carne pierde su sabor, y luego

el hombre corre ligeramente por el camino de Dios al olor de sus ungüentos. Desta manera pues continuando el hombre sus ejercicios, crescen siempre los buenos deseos, y siempre halla nuevos pastos con que se sustente, porque en ninguna parte hay mayor materia de admiración ni mayor causa de deleite. Pero esta gracia más se alcanza con íntima compunción que con profunda especulación, más con sospiros que con argumentos, más con lágrimas que con palabras, y finalmente, más con oración que con lición, aunque todavía es de mucho fructo la devota lición.

DE CÓMO LA PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA CONSISTE EN LA PERFECCIÓN DE LA CARIDAD, Y CUÁL SEA LA PERFECCIÓN DESA CARIDAD

CAPÍTULO II

SENTENCIA es común de todos los sanctos que la perfección de la vida cristiana consiste en la perfección de la caridad: por lo cual el Apóstol en un lugar la llama vínculo de perfección, y en otro, fin de toda la ley. La razón desto es, porque (como dice Sancto Tomás) entonces una cosa está en toda su perfección, cuando ha llegado á su término y al último fin para que fué criada, porque sobre esto no tiene más á dónde subir, pues llegó á lo postrero que podía llegar. Y cónstanos también que el último fin y como centro de la criatura racional es Dios, en quien solo se halla todo lo que el entendimiento humano puede entender, y todo lo que la voluntad puede amar, como en un bien universal que todo lo comprehende De dónde se infiere que en aquella virtud señaladamente estará toda la perfección desta criatura, que tiene por oficio ayuntar el hombre con este sumo bien, y hacerle una cosa con él, lo cual es proprio de la caridad, que ayunta al hombre con Dios por amor, y le hace una misma cosa con él, como lo testifica el evangelista S. Juan, diciendo: Dios es caridad, y quien está en caridad, está en Dios, y Dios en él. Por dó paresce que pues la caridad entre todas las virtudes es la que junta nuestra ánima con Dios, y la que la pone en su centro, y hace conseguir su último fin, que en ella consiste la perfección de la vida cristiana, y así según que ella estuviere más

ó menos perfecta, así será más ó menos perfecta esta vida. De manera que el que fuere perfecto en la caridad, será perfecto en esta vida.

Mas preguntarás: ¿En qué consiste la perfección de esa caridad? A esto responde el mismo Sancto Doctor diciendo que tres grados ó maneras de perfecciones hay en esta virtud El primero pertenesce á solo Dios, el segundo á los que claramente ven á Dios, y el tercero á los que en esta vida por gracia caminan á Dios. Pues la primera y suma perfección de la caridad (que pertenesce á solo Dios) es amarle tanto cuanto él meresce ser amado. Lo cual nadie puede hacer sino solo él, porque así como él solo perfectamente se comprehende, así él solo perfectamente se ama. La segunda perfección es de los que claramente ven á Dios en su hermosura, los cuales le aman con lo último de todas sus fuerzas, y esto siempre y actualmente, sin jamás cesar ni poder cesar. Porque así como el que tiene los ojos abiertos no puede dejar de ver el objecto que tiene delante, así la voluntad, teniendo delante de sí el sumo bien por objecto, no puede dejar de estar amándolo siempre y actualmente con todas sus fuerzas y con lo último de su poder, porque la excelencia deste bien de tal manera la arrebata y lleva en pos de sí, que no puede dejar de estar siempre amándolo con esta fuerza. La tercera perfección es de los que en esta vida aman á Dios, la cual aunque no puede llegar á este grado de los bienaventurados, mas esfuérzase cuanto puede por llegar á él, para lo cual trabaja por despedir de sí no sólo todos los pecados, sino también todos los impedimentos que la apartan de estar actualmente amando á Dios, ó que pueden entibiar su afección para con él. Y como todos éstos nazcan de la concupiscencia del amor proprio, por eso toda su contienda y guerra es contra él: y conforme á la victoria desta pasión se determina esta manera de perfección. Y así dice S. Augustín que la ponzoña del amor de Dios es el amor proprio, y la perfección del amor de Dios es la mortificación deste amor, porque éste es el efecto que se sigue desta causa, aunque esta mortificación no puede ser del todo perfecta en esta vida, porque (como dice el mismo Sancto) la concupiscencia puede en esta vida menoscabarse, mas no acabarse. De aquí pues concluye el Sancto Doctor que la perfecta caridad desta vida es aquélla que poderosamente resiste y despide de sí todo lo que entibia y aparta el ánima deste

actual amor de Dios, que son todos los pecados y todos los otros impedimentos que por parte del amor proprio la hacen divertir de la continuación y ejercicio deste amor. De manera que cuanto la afección de la caridad estuviere más inflamada y más uñida con Dios por actual amor, tanto resistirá más fuertemente á todos los otros peregrinos amores que la apartan deste amor, y tanto será ella más perfecta, como más semejante á la de aquellos soberanos moradores del cielo que siempre y actualmente con todas sus fuerzas arden en el amor de Dios.

Éste es pues el dechado que se nos pone para amar á Dios, y á esto tira aquel precepto que nos manda amarle con todo nuestro corazón, y con toda nuestra ánima, y con todas nuestras fuerzas, no porque este mandamiento se pueda perfectamente cumplir en esta vida, sino para que por aquí supiésemos á qué blanco habíamos de enderezar todos los pasos y intentos della. Y conforme á esto dice el mismo Sancto Doctor que la perfección posible á la caridad en esta vida es que el hombre emplee todo su estudio y diligencia en amar á Dios, renunciando todos los otros cuidados y negocios terrenos, si no es en cuanto la obligación del estado ó la necesidad natural puntualmente lo pidiere. Ésta es una tan grande verdad, que hasta los mismos filósofos, sin tener lumbre de fe, alcanzaron por sola razón. Porque uno dellos dice así: El principio y fin de la perfecta y bienaventurada vida es un continuo mirar á Dios, y un abrazo interior, y una entrañable afección de nuestra voluntad para con él. Por lo cual estando el ánima con firmes raíces afijada en él, conservarse ha y conseguirá aquella perfección para que Dios la crió. Pero cuando de aquí se apartare, vendrá á secarse y marchitarse, así como el ramo cuando lo cortan del árbol, que luego pierde todo su verdor y hermosura. Todo esto supo decir un filósofo gentil, para que veas cuánta sea la fuerza desta verdad.

Pues según esto, cuando el hombre en esta vida mortal llegare á un tal grado de amor que despreciadas todas las cosas perecederas, en ninguna tome gusto ni contentamiento desordenado, sino que todo su gusto, todo su amor, todos sus cuidados y deseos y pensamientos sean en Dios, y esto con tan grande continuación que siempre ó cuasi siempre traiga su corazón puesto en él, por no hallar descanso fuera dél, y hallarlo en solo él, cuando desta manera muriendo á todas las cosas, viviere á solo

Dios, y con la grandeza de su amor triunfare de todos los otros amores, entonces habrá entrado en la bodega de los vinos preciosos del verdadero Salomón, donde embriagado con el vino deste amor, se olvidará de todas las cosas y de sí mismo por él.

Bien veo que pocos pueden llegar á este grado, y que las necesidades de la vida y las obligaciones de justicia, y la misma caridad nos pide muchas veces (si decirse puede) que dejemos á Dios por Dios: pero todavía se dice esto así para que veamos el término á donde habemos de caminar, en cuanto nos fuere posible, porque aunque nadie puede llegar á él, pero más cerca llegarán los que extendieren sus ánimos y propósitos á cosas mayores, que los que pusieren raya á sus deseos en más bajo lugar. Conforme á lo cual dice un sabio: En todas las cosas buenas habemos de desear lo sumo, porque á lo menos alcancemos siquiera lo mediano. Y con este afecto y deseo decía S. Bernardo: Muera, Señor, mi ánima no sólo muerte de justos, sino también de ángeles: conviene saber, que esté tan muerta á todas las cosas del mundo, y tan fuera dellas, como lo están no solamente los justos, sino también los ángeles, si esto fuese posible. Porque el deseo muy abrasado y encendido no tiene cuenta con las proprias fuerzas, no reconosce términos, no se mide con la razón, no desea solamente lo posible, porque no mira lo que puede, sino lo que quiere.

Este amor llaman los teólogos místicos unitivo, porque su naturaleza es uñir de tal manera al que ama con la cosa amada, que no halla reposo fuera della, por lo cual siempre tiene el corazón puesto en ella. Tal era el amor que por figura atribuyó el sancto Profeta á Benjamín, cuando dijo: Benjamín muy amado del Señor, morará seguramente, todo el día se estará en su tabernáculo, y entre sus brazos dulcemente reposará. Porque proprio es del amor grande hacer esta liga, y tanto más apretada, cuanto él es más fuerte, como dice S. Dionisio. Tal muestra el profeta David que era su amor en muchos de sus Psalmos, porque unas veces dice que su ánima andaba siempre ligada con Dios, otras dice que traía siempre al Señor delante de sí, otras que tenía sus ojos siempre puestos en él. Tal era también el del profeta Isaías cuando decía: Señor, vuestro nombre y vuestra memoria es todo el deseo de mi ánima. Mi ánima os deseó en la noche, y con todo mi espíritu y entrañas á la mañana velaré á vos.

Tal era el del bienaventurado S. Bernardo, de quien se escribe que al principio de su conversión andaba tan absorto en Dios, y tan perdido por esto el uso de los sentidos, que ni sabía lo que comía, ni lo que vestía, ni dónde estaba, ni por dónde caminaba, por andar tan uñido y tan elevado su espíritu en Dios. Porque ésta es propriedad natural del amor, cuando es perfecto, uñir el corazón del que ama con la cosa amada, y el engrudo desta liga es la dulzura y suavidad inestimable que dese mismo amor (como propriedad suya natural) procede, la cual de tal manera prende el corazón con la fuerza de su deleite, que le es muy penoso dejar este bocado, porque todo lo demás halla desabrido. Y así se escribe del bienaventurado S. Augustín que le eran desabridos todos los negocios del siglo, por la gran dulzura que hallaba en Dios y en la hermosura de su casa, que él amaba. Y no es esto mucho de maravillar, porque quien con lumbre del Espíritu Sancto llegare á entender qué tan grande sea la bondad y hermosura de Dios y la benignidad y blandura de que usa con sus fieles amigos, nada desto tendrá por increíble, porque mucho más se ha de esperar de tal bondad, de tal caridad y tal nobleza. Ni debe querer nadie medir por su frialdad y flaqueza la perfección de los sanctos ni la virtud de la caridad, sino por quien es Dios y por la misma caridad. Porque si los padres que tienen hijos, dicen que no puede nadie saber qué cosa sea amor de hijos, sino el que los tiene (siendo esto cosa tan natural y tan común) ¿cómo podrá saber qué cosa es amor sobrenatural de Dios sino el que arde en este amor?

Entendido pues este principio, fácil cosa será ver cuán convenientemente dice un doctor que el principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible por que su ánima esté siempre uñida con Dios por oración, contemplación y actual amor, que es lo que hasta aquí habemos declarado. Mas porque para llegar á esto son necesarios medios y escalones, dellos trataremos brevemente en lo que resta deste tratado. El cual se dividirá en dos partes principales: en la primera trataremos de las cosas que nos ayudan á alcanzar el amor de Dios, y de las que nos lo impiden, y en la segunda pondremos algunas oraciones y consideraciones así de los beneficios de Dios como de sus perfecciones, para con ellas despertar y atizar nuestros corazones en el amor deste Señor.

PRIMERA PARTE DESTE TRATADO

DE LAS COSAS QUE AYUDAN Y DE LAS QUE IMPIDEN EL AMOR DE DIOS

DEL PRINCIPAL MEDIO POR DO SE ALCANZA EL AMOR DE DIOS, QUE ES UN ARDENTÍSIMO DESEO DÉL

CAPÍTULO III

Declarado ya cómo el fin de la vida cristiana consiste en el amor de Dios, conviene que declaremos luego por qué medios se alcanza este amor, aunque mejor será decir, de qué manera lo suele comunicar Dios á las ánimas, para que por aquí sepa el hombre cómo se haya de ir acomodando y aparejando á recebir este beneficio de Dios, haciendo lo que es de su parte, y obrando juntamente con él.

Para lo cual primeramente conviene presuponer que ninguna diligencia humana por sí sola és bastante para alcanzar esta virtud, porque ella es obra y dádiva graciosa de Dios, y principalísima entre todas sus dádivas. Y así dice el Apóstol: La caridad de Dios se ha infundido en nuestros corazones por mano del Espíritu Sancto que nos fué dado. De suerte que el Espíritu Sancto (el cual entre las Personas divinas esencialmente es amor) ese mismo es el que desciende en el ánima del justo, y el que influye y cría en ella este hábito celestial, el cual lo inclina y mueve á amar á Dios. Por dónde así como el mismo Espíritu mediante el hábito de la fe inclina nuestro entendimiento á creer todo lo que dice Dios, así este hábito de la caridad inclina nuestra voluntad (que estaba resfriada en su amor) á que le ame sobre todo lo que se puede amar. Buscaron los hombres invenciones y artificios con ciertas maneras de hechizos para criar amor donde no lo había, y esto para destruir las ánimas y enlazarlas en los vicios. Y pues aquella divina bondad y providencia no es menos inge-

niosa y cuidadosa en buscar invenciones para el bien que los malos para el mal, no es maravilla criar él este hábito sobrenatural en los corazones de los hombres para encenderlos en el amor de las cosas sobrenaturales y invisibles, para que estaban resfriados.

Es pues agora de saber que la más común y ordinaria manera que nuestro Señor tiene para acrescentar y perfeccionar esta virtud en sus escogidos, es darles primero un nuevo gusto y conoscimiento experimental de la dignidad, suavidad y hermosura desta virtud, para encender en el ánima un grandísimo deseo della y de trabajar todo lo posible por ella. De manera que se ha en esta parte como un mercader que quiere vender un vino muy precioso, el cual primero da á probar al que lo ha de comprar, para que aficionado á la bondad de la mercadería, se apareje á dar todo cuanto le pidieren por ella. Esto en figura nos representa el casamiento del patriarca Jacob con Raquel, el cual primero vió la hermosura desta doncella, y desta vista se siguió en él una muy entrañable afición de casar con ella, y ésta le hizo decir á su padre: Servirte he siete años por tu hija Raquel, y parecerle poco todo esto por la grandeza del amor. Pues ¿qué es esto sino aquello mismo que leemos en el libro de los Cantares: Si diere el hombre todo cuanto tiene por la caridad, como nada lo despreciará? Oye pues agora, hermano. Este vino y esta Raquel, todo es una misma cosa. Porque este vino es la caridad, y esta Raquel es figura de la divina contemplación, que se ordena á la misma caridad. Éste es el vino que el Señor hizo de agua en las bodas, el vino á que nos convida la Esposa cuando dice: Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados, el vino finalmente que decía David: El cáliz que me embriaga, ¡cuán esclarecido es! La cual palabra no se halla en los ejemplares hebreos, adonde solamente dice el Psalmista: El cáliz que me embriaga, y quedóse allí como suspenso, sin querer pasar adelante, porque no halló palabra que bastase para hinchir la medida de lo que sentía su corazón, y por esto quiso encubrir como con una sombra lo que con colores no podía declarar.

Pues la primera cosa que hace el Señor con los suyos, cuando los quiere hacer crescer en esta virtud, es darles á probar un poco de la inestimable suavidad deste vino, que es darles un conoscimiento no humano sino divino, no natural sino sobrena-

tural, no especulativo sino experimental, con el cual da á sentir al hombre la inefable suavidad y hermosura desta virtud, y juntamente le enseña cómo ella es reina de todas las virtudes y muerte de todos los vicios, cómo ella es la que levanta al hombre sobre los cielos, y le junta con Dios, y hace participante de la suavidad celestial, para que prevenido con bendiciones de dulcedumbre, y cebado con este pasto, y visto el precio desta mercadería, trabaje todo lo posible por alcanzarla. De manera que esto da nuestro Señor como dantemano y sin trabajo, pero todo lo demás quiere que se compre con él. Y así leemos que primero recibió Jacob á Raquel por esposa, mas después se siguieron los siete años de servicio por ella. Y así también el mercader da primero á probar el vino de gracia, pero todo lo demás da por su justo precio.

§ I

Pues desta manera de conoscimiento susodicho se sigue en el ánima un encendidísimo deseo desta virtud: el cual deseo es también un muy especial don de Dios, así como también lo es el conoscimiento de donde nasce. Mas qué tan grande sea este deseo en algunas personas, apenas hay comparaciones con que se pueda explicar. Grande es el deseo que el avariento tiene de su dinero, y el ambicioso de su honra, pues por esto el uno y el otro beben los vientos y trastornan el mundo: mas todo esto es poco en comparación deste deseo, el cual así como procede de más noble principio y pretende más alto fin, así es sin comparación mayor. Este deseo tenía el Sabio cuando hablando desta virtud decía: Ésta amé y busqué dende el principio, y procuré tomarla por esposa, por andar grandemente enamorado de su hermosura. En las cuales palabras da á entender que así como un hombre que anda perdido por amor de una doncella (como se escribe que andaba Amón por Tamar, hija de David) ni come, ni bebe, ni duerme, ni reposa, ocupado en este pensamiento (porque la llaga de la afición entrañable no le deja sosegar) y no hay trabajo ni peligro á que no se ponga por esta causa, ni está hábil para entender en otro algún negocio, porque todos los sentidos trae ocupados en éste, así también el que desta manera arde con un entra-

ñable deseo de aquella esposa celestial, que es la divina sabiduría y la caridad, ninguna otra cosa piensa, ninguna más precia, ninguna más desea, y ninguna otra pide con mayor instancia, ni hay trabajo ni dificultad á que no se ponga por ella.

Pues el ánima que desta manera anda como cierva herida con la saeta deste amor, la que arde y hierve con este deseo, porque ha recebido ya las primicias y arras del Espíritu Sancto, y gustado ya con el paladar purgado y limpio una gota de aquella inefable suavidad y bondad de Dios, esta tal por ninguna vía puede reposar hasta llegar á la fuente de aquella agua de vida que ya probó. Y así como el perro del cazador anda flojo y perezoso cuando no ha dado en el rastro de la caza, mas después que la ha sentido, hierve con una gran ligereza, buscando en unas y otras partes lo que olió, y no descansa hasta hallarlo, así también lo hace el ánima después que una vez de verdad sintió el olor de aquella infinita suavidad, corriendo al olor deste tan precioso ungüento. Desta manera nos manda el Señor que busquemos, y nos promete que alcanzaremos en aquellas palabras que dice: Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y abriros han. Las cuales palabras declara así Eusebio Emiseno: Pedid orando, buscad trabajando, y llamad deseando. Porque muy grande conviene que sea en nosotros el deseo y ardor de las cosas celestiales, para que con la grandeza de los premios concuerde la grandeza de los deseos. No quiere el Señor que se hagan viles sus dones con la facilidad de alcanzarlos. Un tan precioso tesoro, y tan digno de ser deseado, pide un cobdicioso amador y un avariento negociador. De suerte que aquel magnífico prometedor de tan grandes cosas no huelga con el tibio, desprecia el fastidioso, no admite el forzado, y desecha el indevoto, porque tiene por grande injuria del dador ser el hombre flojo y poco agradescido á sus dones. Deseemos pues, hermanos, todo cuanto pudiéremos, pues no podemos cuanto debemos. Y más abajo, en la misma homilía nos torna á encomendar este mismo ardor y deseo, diciendo: El deseo encendido de alcanzar, y la costumbre de aprovechar nos levantará siempre á cosas mayores, y viendo Dios nuestra devoción encenderá más nuestro corazón: y cuanto cresciere más nuestro deseo, tanto crescerá más su socorro, y cuanto fuere mayor nuestra diligencia, tanto será mayor su gracia, según aquello que está escrito: Al que tiene, darle han, y

abundará. Y en otro lugar: Puse yo (dice Dios) ayuda en el poderoso, esto es, ayudé al que se ayudaba. De manera que según esto, la gracia nasce de la gracia, y el aprovechamiento del aprovechamiento, y la ganancia de la ganancia, para que cuanto alguno más adquiriere, más se esfuerce y deleite en adquirir, y el fructo de la diligencia acresciente el deseo de la ganancia. Pues el que desta manera buscare, tenga por cierto que hallará. Mas el que caresciere de la flor deste deseo, también carescerá deste tan dulce fructo, como lo comprehendió brevemente S. Bernardo en una epístola por estas palabras: Así como la fe dispone para el perfecto conoscimiento, así el deseo para el perfecto amor. Y así como el Profeta dijo: Si no creyéredes, no entenderéis, así también convenientemente se puede decir, si no deseáredes, no amaréis perfectamente.

Pues este deseo tan encendido es la primera simiente deste árbol de vida, como claramente lo testificó el Sabio, cuando dijo: El principio de donde nasce la divina sabiduría, es un encendidísimo deseo della. Porque este deseo mueve al hombre á todos los medios y trabajos que para alcanzarla se requieren. Porque (como dice muy bien un sabio) no hay trabajo ni dificultad alguna para el que de verdad desea. Tal era el deseo que tenía el profeta David, cuando con juramento y voto decía que ni entraría en el tabernáculo de su casa, ni reposaría en el estrado de su cama, ni daría sueño á sus ojos ni descanso á los días de su vida, hasta hallar lugar para el Señor, y morada para el Dios de Jacob. Pues este noble deseo es la flor hermosísima de donde nasce este fructo celestial, y ésta es la víspera y la vigilia desta fiesta, como claramente lo significó el Sabio, cuando dijo: Si buscares la sabiduría con aquella misma ansia que los hombres buscan el dinero, y cavan para hallar los tesoros, ten por cierto que la hallarás. Todo esto comprehendió S. Buenaventura en pocas palabras, diciendo: Este don celestial no tiene sino quien lo recibe, y no lo recibe sino quien lo desea, y no lo desea sino aquél á quien el fuego del Espíritu Sancto primero inflama, el cual Cristo vino á poner en la tierra.

DE OTROS MEDIOS MÁS PARTICULARES QUE SIRVEN PARA ALCANZAR EL AMOR DE DIOS

CAPÍTULO IV

Pues este deseo (como dijimos) es la raíz de donde nascen todas las ramas de virtudes que para alcanzar este bien tan deseado se requieren. Porque la impaciencia del deseo no deja reposar el corazón, sino antes continuamente lo está espoleando á que por todos los medios posibles procure lo qne desea.

De las oraciones y aspiraciones continuas al amor de Dios. § I

Pues primeramente, porque sabe el hombre que este bien deseado está en poder de Dios, y que él es el que en sus manos esconde la luz, y le manda que torne á nascer (como se escribe en el libro de Job) y sabe también que uno de los principales medios que hay para alcanzar mercedes deste Señor, es la ferviente oración, según aquello del Psalmo, que dice: Cerca está el Señor de los que le llaman, si le llaman de verdad (esto es, con entrañables y verdaderos deseos) entendiendo esto, dase tanta priesa á importunar á Dios, que día y noche, en los tiempos de la oración y fuera dellos, y aun en medio de los mismos negocios que trata, nunca cesa de gemir como paloma, y solicitar las entrañas de su piadoso padre, pidiéndole esta merced. Y anda en esto tan embebecido, que ni comiendo, ni bebiendo, ni andando reposa ni cesa de hinchir el cielo y la tierra de clamores, llamando á todas las puertas donde piensa hallar socorro, y especialmente implorando el favor de la sacratísima Virgen y de todos los sanctos para que le ayuden en este requerimiento. No descansa, no reposa, no piensa que vive, mientras se ve pobre deste

tesoro. Y con esta ansia se presenta ante el acatamiento divino con aquel leproso del Evangelio diciendo.

Señor, si vos quisiésedes, bien podríades alimpiar mi ánima de todos sus pecados en la fragua de vuestro amor. Si vos quisiésedes, bien podríades súbitamente enriquecer al pobre. Si vos quisiésedes, bien me podríades hacer el más alegre y más dichoso del mundo con una sola centella de vuestro amor. Señor, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? ¿Qué ponéis de vuestra casa? ¿Qué perdéis de vuestra hacienda? Pues ¿por qué, Señor, siendo vos un piélago de infinita liberalidad y riquezas, detenéis en vuestra ira vuestras misericordias para comigo? ¿Por qué han de poder más mis maldades que vuestra bondad? ¿Por qué han de ser más parte mis culpas para condenarme, que vuestra misericordia para salvarme? Si por dolor y satisfación lo habéis, á mí me pesa tanto de haberos ofendido, que quisiera más haber padescido mil muertes, que haber pecado contra vos. Si por satisfación lo habéis, catad aquí este cuerpo: ejecutad en él, Señor, todos los castigos de vuestra ira, con tanto que no me neguéis vuestro amor. Ámeos pues yo, Señor Dios mío, fortaleza mía, firmeza mía, refugio mío, librador mío, ayudador mío y esperanza mía. A vos solo quiero, á vos solo deseo, y á vos, Señor mío, llamo, pues vos solo sois mi principio y mi último fin. No me hartan, Señor, las cosas desta vida, no tienen gusto, ni ser, ni firmeza: todo es pobreza, cuanto veo fuera de vos, todo aguas turbias y salobres que no quitan sino acrescientan la sed. A vos sólo quiero, á vos solo busco, vuestro rostro, Señor, deseo, vuestro rostro buscaré, no apartéis vuestra cara de mí.

Con estos y otros semejantes clamores (que el mismo deseo enseña al ánima después de prevenida con este amor) anda siempre solicitando los oídos de Dios, y con aquella piadosa Cananea y con aquel amigo importuno del Evangelio nunca cesa de llamar, y importunar, y pedir esta merced. Y es muy conveniente medio para esto tomar el hombre en sí el corazón y espíritu de los pobres que andan mendigando (como lo tomaba aquel sancto rey David, que unas veces se llama huérfano, otras enfermo, otras pobre, mendigo y desamparado) y con este corazón tan humilde clamar á Dios y pedirle esta limosna.

Y no sólo ha de imitar á éstos en la diligencia y continuación del pedir, sino en todas las otras diligencias de que para esto

usan. Mira pues de la manera que éstos andan, llagados, perniquebrados y enfermos, sufriendo hambres, fríos y calores, con todas las injurias del día y de la noche buscando de comer, y con cuánta paciencia están esperando todo el día una pequeña limosna, la cual muchas veces no alcanzan. Pues si todo esto se hace y padesce por un pedazo de pan, ¿qué será razón hacer por aquel pan de los ángeles, que mantiene las ánimas? Mira otrosí cómo éstos procuran saber los lugares más oportunos para pedir, como son las iglesias, y las personas más limosneras, y allí acuden á buscar socorro. Pues así este espiritual mendigo busca el lugar del silencio y de la soledad, que es más conveniente para orar y pedir limosna á Dios, y de ahí se convierte á los sanctos, que son como casas de ricos piadosos, para pedirles también ayuda. Mira también cómo éste encubre el bien que tiene (si algo tiene) y descubre las llagas y los miembros más podridos, para mover á misericordia á los que le pueden ayudar, y así estotro no descubre en la oración las riquezas que tiene (como hacía el soberbio fariseo) sino las llagas y miserias de los pecados, como el humilde publicano, para provocar la misericordia divina con la representación de su miseria. Finalmente, así como este pobre mendigo en ninguna otra cosa gasta todo el día, dende la mañana hasta la noche, sino en andar pidiendo de puerta en puerta (aprovechándose de todas cuantas ocasiones para esto le puedan ayudar) así este espiritual mendigo trabaja, cuanto le es posible, porque toda su vida sea una perpetua oración, y de todas las cosas toma ocasión para encenderse más en este deseo, y perseverar más en esta demanda, y levantar su corazón á Dios. Cuando ve la hermosura deste mundo y de todas las criaturas que hay en él, por ellas entiende (como dice el Sabio) cuánto más hermoso será el Criador que las crió, y cuánto mayor admiración y amor causará la vista dél: y esto le mueve á pedirle con mayor instancia este amor. Si ve alguna cosa fea, entiende por aquí que no hay otra fealdad mayor que la del ánima que carece deste amor, y así pide al Señor que no permita en ella esta tan grande fealdad. Finalmente, todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra entiende que son beneficios de Dios, y muestras de su bondad y perfección, y así le parece que todas ellas le están dando voces y pidiéndole el amor de tal Señor.

Para este negocio es bien tener el hombre aparejadas algunas

breves y devotas oraciones que traiga siempre en la boca de su ánima, con que pida á nuestro Señor este amor y se encienda más en él. Porque las palabras de Dios son como atizadores deste fuego celestial, de las cuales se pondrán algunas en el fin deste tratado, aunque para esto suelen ser más convenientes aquéllas que el mismo deseo y hambre desta gracia enseña á decir, mayormente cuando es grande. Porque (como dice muy bien S. Bernardo) la lengua del ánima es la devoción, y por eso cuando ella está devota, muy bien sabe alegar de su derecho y presentar sus necesidades á Dios. Mas para cuando no lo está, suele ser éste muy conveniente medio, como dice S. Augustín, el cual para este efecto dice que escribió el Manual, donde están muchas destas oraciones.

Éste es pues el primer ejercicio que procede deste sancto deseo, el cual es muy encomendado por todos los que desta materia tratan, por ser uno de los principales medios que sirven para alcanzar la perfección desta virtud. Porque dado caso que haya otros muchos medios por donde ella crezca y se haga más perfecta, pero señaladamente cresce con sus proprios actos (que es con el ejercicio de amar á Dios) y tanto más, cuanto ellos son más fervorosos y vehementes. Porque así como más se hinca un clavo con una martillada grande que con muchas pequeñas, así cresce mucho más la caridad con un acto generoso y vehemente que con muchos tibios y remisos. Los cuales aunque siendo multiplicados podrían acrescentar la caridad, mas por otra parte viene con el uso dellos el hombre á hacerse poco á poco tibio y remiso, con lo cual se va disponiendo á perder esa misma caridad, que es mucho para temer y considerar. Mas porque estos deseos y oraciones encendidas de que hablamos, ó son actos de caridad, ó muy propincuos á ella, de aquí nasce ser tanta parte para aprovechar en ella, y ser tan encomendados por todos los maestros desta mística teología.

Del recogimiento de los sentidos y muchedumbre de los negocios. § II

Sabe también este devoto orador que para que la oración sea atenta y devota, es menester apartarse de la muchedumbre de los negocios no necesarios, y recoger también los sentidos, especialmente los ojos y los oídos, porque lo uno y lo otro ahoga el espíritu con la muchedumbre de los cuidados y con la diversidad de las cosas que por estos sentidos entran en nuestras ánimas. Por lo cual trabaja todo lo posible por encerrarse dentro de sí mismo, apartándose todo lo que buenamente puede de los negocios no necesarios, y recogiendo los sentidos y potencias de su ánima, para que desta manera uñido consigo mismo, esté todo entero sin dividirse, para levantar puramente su corazón á Dios y emplearse todo en él. A lo cual nos convida S. Anselmo diciendo así: Ea pues, hombre miserable, huye un poco de tus ocupaciones, y escóndete de tus pensamientos inquietos, despide de ti los cuidados cargosos, y pon á un cabo los trabajosos distraimientos, y recoge tu corazón para vacar á Dios y reposar en él. Huye las ocupaciones de las obras exteriores, escóndete del desasosiego de tu imaginación, despide los cuidados de la razón, pon aparte los derramamientos de la voluntad, y apareja tu espíritu para vacar á Dios. Mas mira que de tal manera hagas esto, que no hagan burla los enemigos de tus sábados, que es, del reposo de tu contemplación. Por tanto mira que de tal manera te has de dar á Dios, que no sólo le veas con el entendimiento, sino que también le gustes con la voluntad, porque desta manera fácilmente despreciarás todas las otras cosas por él. Porque (como dice Ricardo) no puede ninguno tener hastío de los bienes exteriores, si no ha gustado los interiores, ni tampoco gustará los interiores, sino apartándose poco á poco de los exteriores. Por tanto el varón devoto recoja su corazón de las cosas exteriores á las interiores, y de las interiores á las superiores, para que todo su trato y conversación sea con Dios, que es proprio de los que aspiran á la perfección.

De los ayunos, disciplinas y otras asperezas. § III

Sabe también que las oraciones acompañadas con ayunos, disciplinas y afliciones corporales son muy poderosas para alcanzar mucho ante Dios, como fueron las del profeta Daniel por esta causa, según que el mismo ángel se lo reveló. Porque (como dijo muy bien una persona religiosa) nada es lo que nada cuesta. Y por tanto, lo que mucho es, mucho nos ha de costar. Ni á la dignidad de los dones de Dios, ni á la seguridad del hombre conviene que se dé por poco precio lo que se ha de conservar con mucho recaudo. Por esto dice Eusebio Emiseno: No sabe conservar el beneficio el que no sabe desearlo, y peligro corre la gracia, cuando no se busca con diligencia. La razón y orden que Dios puso en las cosas, es que haya proporción entre la causa y el efecto, entre los medios y el fin, y entre la forma y las disposiciones que le han de preceder. Y pues el fin y forma que pretendemos es tan excelente (porque por medio del amor de Dios alcanzamos al mismo Dios) ¿qué trabajo, qué diligencia habrá que sea grande, comparada con este fin? Responda pues la diligencia á la gracia, y concuerde el trabajo con el galardón. No quiere el Señor que se tengan en poco sus dones, y por eso, aunque algunas veces los dió á quien no los buscaba, y despertó á quien dormía (como lo hizo con S. Pablo y con algunos otros) pero generalmente hablando, no los da sino á quien los busca de verdad, y no los busca desta manera sino quien los busca con aflición de cuerpo y de alma. Y pues la gracia que se pide, no es para el ánima sola, sino para todo el hombre, justo es que todo el hombre juntamente la procure, el ánima con deseos, y el cuerpo con afliciones, para que así sean participantes en el trabajo los que lo han de ser en el fructo.

Entendiendo pues esto el deseoso del amor de Dios, comienza luego á ofrecerse alegremente á todo género de trabajos, de ayunos, de cilicios, de disciplinas, de vigilias, y de otras semejantes asperezas. Y de tal manera se deleita en esto, que anda en los trabajos sin trabajo, y en las fatigas sin fatiga, porque no mira á los trabajos sino al fructo, ni á las fatigas sino á la causa

dellas, que es el amor de Dios, por lo cual no menos le parescen pequeños sus trabajos, que á Jacob los suyos por el amor de Raquel.

De las obras de misericordia. § IV

Entiende también que la llave de todo este negocio está en agradar á Dios y hacer su sancta voluntad. Porque (como dice el Profeta) los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Porque condición es del Señor amar á quien le ama, oir á quien le oye, y hacer la voluntad de quien hace la suya. Considera pues que una de las obras que más agradan á este Señor, y que él más encarescidamente nos encomienda, es socorrer á los necesitados, servir á los enfermos, visitar á los afligidos, y ayudar á los que poco pueden, diciendo que él mismo es el que recibe este beneficio, y que á él se hace lo que se hace por él. Pues cuando esto considera, alégrase grandemente con la ocasión que por aquí se le da, de poder haber á las manos á su Señor en sus criaturas, y tiene por grandísima merced y providencia suya haber pobres en la tierra, pues en ellos está el Señor dellos, y por ellos se le abre camino para poder servir y acoger en su casa á quien es poderoso para hacerle tanto bien. Y con este presupuesto no sirve al pobre como á pobre, ni le mira como á tal, sino mírale como á aquél que representa, y con la misma alegría y devoción le sirve. Porque con los ojos de la fe que tiene, no mira la persona del pobre sino la palabra de aquél que dijo: Lo que hecistes á uno destos pequeñuelos hermanos míos, á mí lo hecistes. Por dónde, así como los que andan en algún grande requerimiento con los reyes de la tierra, tienen por muy buena dicha que algún privado suyo, pasando de camino, venga á posar á su casa (pareciéndoles que con esta ayuda granjearán mejor su negocio) así también lo hacen éstos, cuando vienen á aportar á sus casas los pobres de Cristo, por cuyo medio esperan ser favorecidos en sus negocios delante dél.

Y aunque sean los que esto hacen personas pobres, nunca para hacer bien se hallan pobres, porque el deseo de dar los hace ricos, y así de aquí ó de allí siempre buscan algo que den. Porque así como dicen que al tahur nunca le falta qué jugar (porque

la gana que desto tiene, le hace sacar el dinero debajo la tierra) así al deseoso de hacer bien, por pobre que sea, nunca le falta con qué lo haga. Y cuando falta la hacienda, á lo menos no falta la persona: por dónde si no tiene qué dar, puede servir y trabajar, que á las veces importa más.

Del amor de la pobreza y de las persecuciones y menosprecios por Dios. § V

Oye también decir que la semejanza es causa de amor, y que una de las cosas que más agradan á Dios, y que más hace al hombre semejante á él, es padescer trabajos, persecuciones, injurias y pobrezas por su amor. Por lo cual, considerando él que toda la vida de Cristo fué un piélago de trabajos, de dolores, de pobrezas y persecuciones, viene á veces á tener tan gran deseo de todas estas cosas, que no desean tanto los hombres del mundo las riquezas y el descanso, cuanto éste desea el trabajo por amor de Dios. Conforme á lo cual leemos del bienaventurado Padre S. Francisco que mucho más deseaba él la pobreza que ningún avariento las riquezas, y del bienaventurado Sancto Domingo, que así deseaba el martirio como el ciervo desea las fuentes de las aguas. Y como si fuera poco un martirio para su deseo, deseaba para cada uno de sus miembros un martirio, para que así fuese más perfecto imitador de Cristo. Bien veo que esta perfección no es de todos, pero propónese á todos, para que con los ejemplos de cosas tan grandes nos animemos siquiera á cosas menores, mayormente considerando que cuanto más voluntariamente tomáremos los trabajos, tanto nos serán más fáciles de llevar. Dicen del cocodrilo, animal fiero, que huye si le acometéis, y acomete si le huís. Pues tales son los trabajos y fatigas desta vida, que huyen y dejan de ser trabajos al que por amor de Dios los acomete y los busca, mas persiguen y fatigan al que los huye, porque la fatiga no está en la carga del trabajo, sino en la repugnancia de la voluntad.

Pues con este mismo espíritu viene el siervo de Dios á despreciar lo que el mundo estima, y pisar lo que adora, que son honras, regalos y riquezas, y comienza á desear ser vituperado y despreciado por Cristo, y hasta que en algo desto se vea, no re-

posa ni tiene por fino su amor hasta que lo vea probado en la fragua de la tribulación. Huelga con la pobreza, aborrece la demasía, despide de sí toda superfluidad cuanto puede, y pésale por lo que no puede. Y en cualquier estado que viva, halla manera para seguir la pobreza, desechando siempre lo superfluo, y tomando puntualmente lo que á su estado es necesario. Dicen de los perros de Egipto que cuando beben del río Nilo, beben á tragos muy apriesa, corriendo por la ribera dél, por temor de las serpientes y animales ponzoñosos que están debajo del agua. Pues desta manera usan los siervos de Dios de las cosas necesarias para la vida, tomándolas muy escasamente y muy de priesa, sin beber á boca llena, porque no se prendan sus corazones de la cobdicia y amor desordenado dellas.

De la paz del corazón y confianza en Dios. § VI

VE también que por el mismo caso que se determina de dar libelo de repudio al mundo y morir á él, y que ni quiere adorar dioses ajenos, ni esperar socorro dellos (porque no quiere coger donde no siembra, ni recebir donde no da) considerando esto, y viendo por otra parte que la vida humana está subjecta á muchas necesidades y miserias, y que tiene necesidad de muchos cuentos y apoyos para sostenerse, para esto determina de poner todos sus presidios y esperanzas en aquél por cuyo amor lo deja todo, creyendo que él es tan bueno, tan fiel y tan cuidadoso de los suyos (según que todas las Escripturas testifican) que él solo le basta para todo lo que ha menester. Y haciendo esto, no piensa que está desarmado ni que queda en el aire, antes se tiene por tanto más seguro, cuanto ve que por este medio ha cobrado mayor valedor. Y no recibe pequeño esfuerzo para esto leyendo los Psalmos y las otras Escrituras sagradas, en las cuales ve que apenas hay capítulo en que no esté Dios prometiendo favores y mercedes y providencias á todos aquéllos que en él esperan, no echándose por eso á dormir, ni dejando de trabajar y hacer lo que es de su parte, porque lo contrario sería tentar á Dios. Y con este arrimo se halla rico en la pobreza, contento en las necesidades, seguro entre los peligros, y pacífico en las contradiciones, diciendo con el Apóstol: Muy bien sé de quién me he fiado, el

cual es poderoso para guardar el depósito que en sus manos tengo puesto. Y cuando se le ofrescen trabajos y dificultades, levanta sus ojos á los montes, de donde le ha de venir el socorro, porque sabe que no duerme ni se descuida el que es guarda de Israel, y por eso duerme él seguro, porque sabe que tiene sobre sí un tan solícito velador.

Desta manera con la virtud de la esperanza consigue la paz del corazón, que es la más propria disposición que hay para la divina unión y contemplación: porque confiando en Dios en todas las cosas que se ofrecen, y creyendo que él le sacará el pie del lodo, no tiene por qué turbarse, ni congojarse, ni derramarse por toda la tierra de Egipto buscando pajas, y divertirse de las cosas que pertenecen á su amor. La cual paz no saben qué cosa es los malos, porque como no tienen esta manera de confianza viva en Dios, todas las cosas los desasosiegan y alteran y roban el corazón, porque como lo tienen puesto en ellas, todas las tormentas que padescen ellas, padesce su corazón.

DE LOS PRINCIPALES IMPEDIMENTOS DEL AMOR DE DIOS, Y PRIMERO DEL AMOR PROPRIO

CAPÍTULO V

ESTAS cosas que hasta aquí habemos dicho, nos ayudan para llegar á la perfección del amor de Dios. Mas no basta procurar las cosas que para esto nos ayudan, si no trabajamos por despedir también las que esto nos impiden. Entre las cuales la primera y más principal (de quien todas las otras proceden) es el amor proprio, esto es, el amor sensual y desordenado que tenemos á nuestro cuerpo. Cuya mortificación y victoria es tan necesaria para alcanzar el divino amor, que en el grado que venciéremos este amor, en ése alcanzaremos el otro, como al principio deste tratado se declaró. Donde dijimos que á la perfección de la caridad en esta vida pertenecía la perfecta mortificación y victoria de la concupiscencia (que es este

mismo amor) porque ésta es (como dice S. Augustín) el veneno de la caridad Y por esto, quien quisiere aprovechar en el amor de Dios, ha de tener siempre guerra con el amor proprio.

Las causas desto son muchas, y es menester entenderlas para que más claro veamos lo que en esto nos va. Para lo cual es de saber que (como dice muy bien un filósofo) el que de verdad ama, no puede perfectamente amar más que una sola cosa, porque la capacidad del corazón humano es tan pequeña, que empleándose del todo en una cosa, apenas le queda caudal para otra. Por dónde así como una misma tierra no puede llevar muchas simientes juntas, así tampoco ni un corazón muchos amores, especialmente cuando son contrarios. Pues ¿qué cosa más contraria que amor proprio y amor de Dios? Porque el amor proprio todo lo quiere para sí, y todas las cosas ordena á sí, y á sí hace último fin de todo. Mas por el contrario, el amor de Dios todo lo ordena para Dios, y á sí mismo niega y crucifica por él. Pues así como estos fines son contrarios, así todas las otras afecciones y obras que de aquí proceden, lo son: y por esto imposible es caber ambos en un corazón. Porque ¿cómo se compadecerán en uno amor de Dios y amor de mundo, amor de tierra y amor de cielo, amor de carne y amor de espíritu, amor proprio y amor divino? ¿Cómo se juntarán en uno la verdad con la vanidad, las cosas temporales con las eternas, las altas con las bajas, las dulces con las amargas, las quietas con las inquietas, y las espirituales con las carnales? Por lo cual dice muy bien S. Juan Clímaco que así como es imposible con un mismo ojo mirar al cielo y á la tierra, así lo es con un mismo corazón amar las cosas celestiales y las terrenales.

Entendieron muy bien esto algunos grandes filósofos. Y para significarlo, imaginaron que este mundo estaba repartido en dos partes, en la una de las cuales estaban las cosas eternas, y en la otra las temporales, y que en medio de las unas y de las otras estaba el hombre como en el horizonte de entrambas, que es, en medio del tiempo y de la eternidad. Porque por la parte que tiene cuerpo corruptible, pertenece á las cosas temporales, y por la que tiene ánima incorruptible, pertenesce á las eternas. Y presuponiendo esta consideración, decían que así como el que está sobre este horizonte (que es, sobre este medio mundo) no puede ver las cosas que están en el otro medio, contrario á éste, ni los

que están en el otro pueden ver las déste, así el hombre que está dentro deste horizonte del tiempo, no puede ver las cosas de la eternidad, y el que está todo ocupado en las cosas de la eternidad, no tiene ojos para ver las cosas del tiempo. De dónde nasce andar los hombres espirituales tan ocupados en Dios y tan olvidados del mundo, y por el contrario los sensuales tan metidos en el mundo y tan olvidados de Dios: porque los unos están en el medio mundo del tiempo, y los otros en el otro medio de la eternidad.

Pues como nuestra ánima esté puesta entre estos dos extremos tan diferentes, como son eternidad y tiempo, criaturas y Criador, dice S. Augustín que convertiéndose al Criador, queda clarificada y deificada en él: mas convertiéndose á las criaturas, queda escurecida, descolorida y menoscabada con ellas. Imaginaba este sancto doctor que así como una cosa que está entre almizcle y cieno, si se junta con el almicle, huele á almizcle, y si con el cieno, huele á cieno, así el ánima que está puesta entre Dios y las criaturas, viene á hacerse tal, cual es la parte con que se junta. Lo cual también confirma el Apóstol cuando dice: El que se llega á la mala mujer, un mismo cuerpo se hace con ella, mas el que se llega á Dios, un espíritu se hace con él.

Mas no sólo impide este amor proprio al divino por esta vía (que es, por tener los fines y los medios tan contrarios) sino también por otras muchas vías. Porque demás de ser este amor causa general de todos los pecados y impedimento de todas las virtudes (que son dos males tan grandes y tan contrarios al amor de Dios) impide también porque ocupa todo el tiempo en buscar todo lo que sirve al provecho y gusto del cuerpo. Porque así como el pesce y el pájaro y el animal bruto en ninguna otra cosa entienden toda la vida sino en buscar su vida, porque no tienen capacidad para otra cosa mayor, así los amadores de sí mismos, como no tienen cuenta con la otra vida sino con ésta, ni precian otra cosa sino lo que á ella pertenece, así en ninguna otra se ocupan sino en ésta, por lo cual siempre les falta tiempo para los ejercicios que pide el amor de Dios, que son, leer, orar, meditar, confesar, comulgar, y servir á todas las cosas que pide la caridad.

Y no menos impide con los desasosiegos y cuidados que traen consigo estas mismas ocupaciones. Porque nunca se granjean los negocios, ni aun los descansos, sin cuidados, con que el ánima se

despedaza y congoja, y así pierde la paz, la libertad y la pureza del corazón, que es el lecho florido y blando en que reposa el verdadero Salomón. Desta manera impiden las malas plantas á las buenas, ahogándolas para que no crezcan, como lo representó Cristo en aquella parábola del sembrador, donde dice que la buena simiente que cayó entre las espinas, así como salió á luz, las espinas que nascieron, la ahogaron. Y éstas dice él que son los cuidados y congojas temporales, las cuales trae consigo este mal amor.

Impide también con su regalo, porque los grandes amadores de sí mismos son muy regalados y amigos de pasatiempos y deleites, porque aunque no alaban por palabras la sentencia de Epicuro (que ponía la felicidad en deleites) alábanla con las obras, pues toda la vida gastan en ellos. Y por esto siempre andan buscando algún refresco de placeres y recreaciones, ya en músicas, ya en cazas, ya en fiestas, ya en risas y conversaciones y pláticas alegres, y en otras ferias semejantes: aborrescen la soledad, huyen el recogimiento, son amigos de su vientre, y enemigos de la cruz, esles muy pesado el silencio y la lición, y mucho más la oración. Los que tal corazón tienen, ¿qué habilidad les queda para los ejercicios del amor de Dios? Porque no es ésta empresa de corazones regalados y mujeriles, sino de grandes varones y de ánimos esforzados. Aquella mujer fuerte, tan alabada de Salomón, extendió su mano á cosas fuertes, y ciñió sus lomos con fortaleza, y fortaleció también sus brazos para haber de trabajar. Mas éstos por el contrario rehusan vestir las armas, y embrazar el escudo, y hacer rostro á los trabajos. Finalmente, no hay dos cosas más contrarias que el amor del regalo y el amor del trabajo. Y pues el amor de Dios se alcanza con trabajos, ¿cómo lo alcanzará aquél cuya vida es toda regalo?

Pues el siervo de Dios, que entiende muy bien la verdad desta filosofía, luego pone haldas en cinta, y comienza á tomar las armas contra sí mismo, y á militar debajo de aquella real bandera y de aquel noble alférez, que dice: Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Y si quieres saber cuál sea esta cruz, dígote que no es otra que aquélla que dijo el Apóstol: Los que son de Cristo, crucificaron su propria carne con todos sus vicios y cobdicias. Ni es otra cosa negar á sí mismo sino contradecir á todas sus afecciones y malas

inclinaciones y proprias voluntades, cuando son contrarias á la de Dios, porque esto es negar á sí y no tener ley consigo, por tenerla con el mismo Dios.

De la mortificación de la propria voluntad. § II

El segundo y muy principal impedimento de la caridad es la propria voluntad sensual, la cual dice S. Bernardo que es fuente de todos los pecados, que son los mayores contrarios que tiene la caridad. Y demás desto no se puede perfectamente cumplir la voluntad divina, si no se renuncia la humana, que le suele ser contraria. Pues como esto entiende el amador de Dios, determina de hacerse un espiritual Nazareo (que quiere decir hombre dedicado á Dios) y esto no por tiempo limitado de cierto número de días, sino por toda la vida, para que de ahí adelante no viva más para sí sino para Dios, ni tenga más cuenta consigo sino con Dios, que es aquella muerte espiritual que tantas veces encomienda el Apóstol diciendo que estemos muertos al mundo y vivamos á solo Dios. Cuya figura eran aquellos sacrificios de la ley que se llamaban holocaustos, en los cuales todo el animal entero ardía y se sacrificaba á Dios. Tales son pues todos aquéllos que de tal manera consagraron á Dios sus cuerpos y ánimas y proprias voluntades, que ninguna cosa reservaron para sí, porque todo lo sacrificaron al Criador. De suerte que así como un cáliz ó unos corporales después de consagrados no pueden servir en usos profanos, así él también desea en su manera estar tan dedicado á Dios, que no se divierta á otros negocios extraños que le aparten dél. Y por esto se determina de no ser ya más suyo ni de nadie, sino de Dios, ni pretender ni buscar más á sí, sino á él, ni tener ya más cuenta ni con su voluntad, ni con sus apetitos, ni con su contentamiento, ni con el decir del mundo, sino con solo el beneplácito y contentamiento de Dios, estimando por un linaje de hurto espiritual ocuparse en algo que no sea para él, pues ya todo se desposeyó de sí y se consagró á él.

Y si á alguno pareciere que pedimos aquí mucho, y que es muy alta esta filosofía, acuérdese que llegamos ya al cabo de la jornada, y que tratamos aquí de la vida perfecta, la cual puede muy bien llegar á este grado. Y por tanto nadie se debe quejar de que le enseñemos el camino, pues no le obligamos á andarlo.

Del evitar todo género de pecados. § III

La causa por que condenamos tanto el amor proprio y la propria voluntad, es por ser éstas las principales raíces y fuentes de todos los pecados: por dónde mucho mayor ojeriza habemos de tener con los mismos pecados, que con las causas dellos, las cuales no serían vituperables sino por razón destos malos efectos que producen. Pues según esto, el que anda en busca del amor de Dios, acuérdese que está escrito; Los que amáis á Dios, aborreced el pecado, pues no hay cosa más contraria á este amor que él. Porque si es mortal, del todo apaga la caridad, y si venial, apaga el fervor de la caridad y dispone para apagar la misma caridad. El uno es como muerte, el otro como dolencia que dispone para la muerte. El uno es como llegar al árbol á ponerle fuego, el otro como quitarle el riego, con lo cual queda triste y marchito y no tan hábil para fructificar.

Y allende desto considere el hombre que el que busca el amor de Dios, pretende hacer su ánima casa y silla de Dios: y sabemos que á la casa de Dios conviene sanctidad, y que el juicio y la justicia son el aparejo de la silla de Dios, como dice el Profeta. Pues ¿qué es sanctidad sino limpieza de consciencia, y qué juijuicio y justicia, sino examinar el hombre diligentemente su vida, y velar sobre la guarda de su ánima, para no hacer cosa que sea contra las leyes de justicia? Éste es pues el principal aparejo de la silla y casa de Dios, porque (como dice S. Augustín) tan limpio Señor en muy limpia casa ha de ser aposentado. Sea pues todo nuestro cuidado trabajar por conservar en todo esta pureza. Así leemos de una sancta ánima que traía tanta cuenta con esto, que muchas veces repetía esta palabra, pureza, pureza. Porque sabía muy bien que estaba escrito: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ésos verán á Dios. Debe pues andar el hombre con un perpetuo y diligentísimo cuidado, mirando siempre dónde pone los pies de su ánima, para que no se le ensucien. Y digo perpetuo, porque muchos hay que dan una arremetida por un poco de espacio, y luego aflojan, los cuales á tiempos miran por sí, mas no continúan este cuidado. Porque como en esto hay especial dificultad, es menester para ello especial estudio y recaudo.

Para lo cual aunque generalmente deba el hombre velarse y atalayarse por todas partes, y andar con un sancto temor y solicitud en todos sus pasos (como quien anda entre enemigos) mas particularmente debe mirar por su corazón y por su lengua, esto es, por sus pensamientos y palabras, porque éstos son los dos principales puertos donde se embarcan todos los pecados: los cuales quien diligentemente guardare, conservará su ánima en mucha pureza. Porque del uno dice Salomón: Con toda guarda vela sobre tu corazón, porque dél procede la vida. Mas de lo otro dice él mismo en otro lugar: El que guarda su boca y su lengua, de angustias guarda su ánima.

Recapitulación de todo lo dicho. § IV

De lo dicho parece claro que las dos principales cosas que sirven para alcanzar esta divina unión que se hace por amor, son la oración y la mortificación, porque la mortificación despide del hombre todo lo que es contrario á Dios, y la oración junta al hombre con Dios, y así le hace semejante á él. Porque así como el principal medio que hay para hacer del hierro fuego, es juntarlo con el fuego, así uno de los principales medios que sirven para transformar el hombre en Dios por participación de su mismo espíritu, es traer siempre el corazón unido con él. Y por esta causa en el libro de los Cantares señaladamente se hace mención destas dos virtudes, porque éstas son las que más principalmente levantan el hombre á esta dignidad. De la cual maravillados hasta los mismos ángeles, preguntan diciendo: ¿Quién es ésta que sube del desierto como una vara de humo que sale de mirra y encienso y de todos los otros polvos olorosos? Dónde haciendo en común mención de todos los polvos olorosos, significa toda la universidad de las virtudes que para esta subida se requieren: mas haciendo especial memoria de la mirra y del encienso, que son mortificación y oración, da entender que estas dos virtudes señaladamente ayudan á esta transformación, porque la una mortifica todo lo que hay en el hombre contrario á Dios, y la otra, ayuntándolo con él, le hace un espíritu con él. En las cuales virtudes se debe el hombre ejercitar juntamente,

pidiendo siempre al Señor su gracia, y trabajando en esta conquista, porque ni basta pedir, si no trabajamos, ni podremos durar en el trabajo, si no pedimos.

Recapitulando pues en suma todo lo pasado, digo que podremos en alguna manera comparar todo el discurso desta subida á un árbol perfecto, cuya raíz es aquel primer gusto y conoscimiento experimental de la dulzura y hermosura inestimable así del amor de Dios como del mismo Dios, porque esta luz es el principio de todo. El tronco que sube desta raíz, es aquel ardentísimo y encendidísimo deseo y cuidado de alcanzar este bien tan estimado. Las ramas son todas las otras virtudes y diligencias sobredichas que deste deseo proceden. Mas el fructo es la perfección de la caridad y la divina unión, que es el fin de toda esta jornada. Que esto proceda por esta orden, claramente se muestra en el libro de la Sabiduría, presuponiendo primero que la sabiduría de que en este libro se trata, es cuasi la misma caridad de que aquí tratamos: sino que la caridad dice principalmente acto de voluntad y presupone el del entendimiento, pero esta sabiduría dice acto de entendimiento, mas está acompañado con el amor y gusto de la voluntad. Mira pues cómo este Sabio comienza en el capítulo VI y VII á alabar la sabiduría y decir maravillas della, para incitarnos con esta luz y información al deseo de cosa tan excelente. Y así dice luego que con esto se encendió en su corazón un grandísimo deseo della, tanto que viene á decir estas palabras: Á esta sabiduría amé yo, y busqué dende mi juventud, y procuré tomarla por esposa, y quedé enamorado de su hermosura. Y en otro lugar: Améla (dice él) más que á la salud y que á toda hermosura, y determiné tomarla por luz y por guía de mi vida. ¿Ves pues cuánto encaresce aquí la grandeza del deseo con que deseaba este tesoro? Pues deste deseo nació la diligencia que luego puso en buscarlo, usando de todos los medios que para esto se requerían. Y así añade luego y dice: Pensando estas cosas en mi corazón, rodeaba por todas partes, buscando manera para poseer este tan grande bien. Mira cómo dice, rodeaba, para que entiendas la solicitud y diligencia de su inquisición, y la diversidad de los medios por donde lo buscaba, dando á entender que así como los que tienen puesto cerco sobre una gran fuerza, la rodean y cercan por todas partes para ver por dónde mejor la entrarán, así el ánima deseosa deste bien anda siempre con dili-

gentísima solicitud y cuidado considerando por qué medios lo alcanzará.

Y porque entre todos estos medios uno de los más principales es la oración (porque como ésta sea dádiva de Dios, por este medio señaladamente se ha de negociar) acógese luego á este sancto ejercicio, y así comienza luego á decir: Señor Dios de mis padres, dame aquella sabiduría que asiste á tu silla, pues es cierto que si alguno fuere perfecto entre los hijos de los hombres, y careciere de tu sabiduría, en nada será tenido. Y lo uno y lo otro (esto es, el deseo y la oración) ayuntó en uno más claramente, cuando dijo: Deseé, y fuéme dado sentido: hice oración, y vino en mí el espíritu de la sabiduría, &c. ¿Ves pues cómo del conoscimiento nasció el deseo, y del deseo la oración y todos los otros medios por do se alcanza este bien? Éstas pues son las partes principales deste árbol de vida, y éstos los pasos contados por do se sube á la perfección de la caridad.

DE ALGUNOS AVISOS NECESARIOS PARA LOS QUE BUSCAN EL AMOR DE DIOS, Y PRIMERO DEL HUMILDE CONOSCIMIENTO DE SÍ MISMO

CAPÍTULO VI

Demás de lo dicho será necesario proveer de algunos avisos importantes para los que van por este camino. Entre los cuales el primero sea que el prudente mercader del Evangelio, que anda en busca desta perla preciosísima con determinación de dar cuanto le pidieren por ella, esté persuadido que no basta para ello todo su caudal y industria y todo cuanto pueda poner de su casa, si no es muy especialmente ayudado por la gracia y misericordia divina. Porque (como dice el Profeta) si el Señor no edificare la cibdad, en vano trabaja el que la edifica, y si él no la guardare, en vano vela el que la guarda. Pues si esto tiene verdad, aun en los bienes que llaman de fortuna, ¿qué será en los bienes de gracia, que tanto más penden de la voluntad divina? Entienda pues el hombre que solo

este Señor es el distribuidor destos bienes y el repartidor desta hacienda, él esconde la luz en sus manos, y la manda tornar á nascer cuando á él le place, y por tanto, en él ha de poner toda su esperanza, pues esta dádiva es toda suya. Entienda luego que así como toda la claridad que tiene la luna, de tal manera procede del sol, que con su vista la clarifica, y en dejándola de mirar, la deja de esclarecer, así también toda la claridad y hermosura espiritual de nuestra ánima procede de Dios de tal modo que en el punto que él la dejare de mirar, dejará ella de ser. Si no díganlo David y Salomón, padre y hijo, sanctísimos varones, los cuales en el punto que este Sol de justicia desvió un poco sus ojos dellos, el uno tomó la mujer ajena, y el otro adoró los dioses ajenos.

Conozca pues el hombre lo que tantas veces nos repiten las Escripturas divinas, que así como la masa del barro está en las manos del ollero, así nosotros en las manos de Dios. Por tanto, conviene que nos humillemos debajo desta mano poderosa, para que él nos levante en el día de la visitación. Derribémonos húmilmente á sus pies, conozcamos nuestra pobreza, entendamos que somos concebidos en pecado, que somos de nuestra parte pesados para todo lo bueno, que somos hijos de padres desnudos, y que este Señor es el que fácimente puede, si quiere, enriquecer y vestir al pobre. Este humilde conoscimiento de nosotros mismos es el principio y fundamento de la humildad, y ésta lo es de todas las virtudes, y señaladamente de la caridad. Todas las aguas de los montes generalmente corren á los valles, y todas las gracias divinas á los corazones humildes, porque (como dice el Apóstol) Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Por tanto, desconfiado el hombre de sí mismo, convierta todo su espíritu y todos sus pensamientos y esperanzas á Dios: en él estribe, en él confíe, á él llame, sobre él descanse, á él importune, en él se gloríe, y sobre esta piedra firme asiente la fábrica de su edificio. ¿Quién hay (dice el Profeta) entre vosotros que tema á Dios, y oya la voz de su siervo? ¿Quién anduvo en tinieblas, y no tiene lumbre para andar? Quienquiera que éste sea (si desea remedio) espere en el nombre del Señor, y estribe sobre su Dios. Pues sobre esta firme columna debe el hombre estribar, y no sobre el báculo quebradizo de Faraón, que son el poder y fuerzas de la carne.

Del temor de Dios. § I

Esta humildad y confianza debemos acompañar con un sancto y religioso temor, el cual nazca deste mismo principio, que es, de considerar el hombre cuán desnudo y miserable, cuán pobre, cuán deleznable y cuán resbaladizo es de sí mismo, y cuán colgado debe estar de Dios, si quiere no caer. Por eso dijo el Apóstol: Con temor y temblor obrad vuestra salud, acordándoos que así el comenzar como el acabar pende de la voluntad de Dios. Como si más claramente dijera: Andad siempre temblando y mirando no ofendáis los ojos de aquel Señor, de quien estáis tan colgados, pues la suma de todos vuestros bienes pende dél. Mirad cuál estaría un hombre si viese que otro le tenía colgado de una cuerda en una torre altísima (de donde si cayese, iría á dar consigo en algún despeñadero) este tal ¡cuán temoroso estaría, cuán cortés y obediente al que así le tuviese colgado, y cuán lejos de hacer ni decir cosa con que le diese motivo de enojo! Pues desta manera ha de mirar el hombre á Dios, que le tiene como colgado de un hilo, que es, de su paternal providencia. Y con este mismo recelo ha de andar siempre temblando por no ofender los ojos de aquél que tanto mal y bien le puede hacer, si los apartare dél.

Y no sólo debe este temor acompañarle en todas las obras que hiciere, y en toda la vida, mas también en los mismos ejercicios de devoción que trata, en los cuales cuanto más devoto se hallare, y más favorecido y regalado del Señor, tanto ha de estar allí más humilde, más encogido, más vergonzoso y más temeroso, considerando la grandeza de la Majestad ante quien está y con quien trata, imitando la devoción del bienaventurado S. Augustín, el cual había aprendido (como él mismo dice) á alegrarse delante de Dios con temblor.

De la pureza de intención en sus ejercicios. § II

Sobre todo esto conviene mucho que el hombre mire la intención que tiene en estos sanctos ejercicios. Porque como algunas veces visite nuestro Señor á los suyos con grandes consolaciones, y les haga sentir la abundancia de su maravillosa suavidad, de aquí nasce que el amor proprio (que naturalmante es amicísimo de todo género de deleite) cebado con el gusto deste pan celestial, viene á hacer por él todo cuanto sabe que para ello se requiere, no pretendiendo en esto más que su gusto y propria consolación, como lo haría en otra cualquier mercaduría que tan bien le supiese. Lo cual bien mirado, no es buscar á Dios, sino buscar á sí so color de Dios, y trabajar para su descanso, y ayunar para su gusto, y hacer más por los dones que por el dador, y finalmente, usar mal de los beneficios divinos, pues de los medios hacemos fin, y de lo que nos dió para servirle, tomamos ocasión para dejarle. ¿Qué sentiríades de un hombre á quien diésedes de comer y dineros para ir un camino, y él, después de almorzado y tomado el dinero, se fuese á pasear y os dejase en blanco? Pues esto mismo hacen en su manera los que recibiendo del Señor estos favores para que les sirvan de despertadores para la virtud y de incentivos para su amor, se alzan á mayores con ellos, tomándolos para descansar puramente en ellos, y no para ir por ellos á él. Lo cual muchas veces se hace tan de callada, que el mismo que padece este engaño, no lo entiende, porque viendo la buena obra que hace por de fuera, parécele que tal debe ser la intención de dentro. Y no es así, porque la naturaleza del amor proprio es muy subtil y por doquiera se cuela sin que lo sintamos.

Desto pues debe tener grandes celos el verdadero amador de Dios, rectificando su intención y procurando buscar puramente á Dios por el mismo Dios, con la mayor sinceridad y pureza que le sea posible. Y tenga por cierto que la más cierta señal que tenemos para hallarle, es buscarle desta manera. Lo cual confirma S. Bernardo por estas palabras: Si no queremos buscar de balde al Señor, busquémosle de verdad, busquémosle con perseveran-

cia, y no busquemos por él otra cosa, ni con él otra, ni dejemos á él por otra Y desta manera más fácil cosa será caerse el cielo y la tierra, que no hallar el que así busca, no recibir el que así pide, y no abrirse al que así llama.

Y si quisieres saber más en particular los intentos y fin que en estos ejercicios has de tener, el fin es guardar los mandamientos de Dios, cumplir su voluntad, negar la propria, desterrar de casa el amor proprio, introducir el amor divino, mortificar los apetitos sensuales, aprovechar en el ejercicio de las virtudes, procurar de trabajar más que todos, y ser en su pensamiento el menor de todos, y finalmente (pues la sospecha toda deste mal nace del amor proprio) hacer en todo guerra á este amor, y usar para esto de todos los favores y consolaciones de Dios: y desta manera lícito y sancto es desear y procurar estas consolaciones, mas de otra manera corre el peligro que habemos declarado.

Pero sobre todo esto, el que quisiere usar debidamente destas consolaciones, ha de estar tan aparejado para carecer dellas como para gozarlas, resignándose húmilmente en las manos del Señor, y tomando dellas con hacimiento de gracias todo lo que él quisiere dar, pues él nos ama más que nosotros nos amamos, y sabe mejor lo que nos cumple, que nosotros lo sabemos, y tiene más gana de dar que nosotros de recibir. Éste es uno de los más sustanciales puntos desta doctrina.

De la discreción en estos ejercicios. § III

También conviene tener discreción y templanza así en el rigor de las asperezas corporales como en el uso de los ejercicios espirituales. Porque algunos hay, á quien comunica el Señor sus dones con mucha largueza, los cuales después de gustada esta suavidad celestial, de tal manera se entregan á ella y á todos los otros ejercicios y medios por do se alcanza, que muchas veces se olvidan de comer su pan: quiero decir, de acudir á la flaqueza natural y tomar el mantenimiento y sueño, con lo demás que para esto se requiere. Con lo cual vienen poco á poco á estragar la salud y quedar tales que ni prestan para esto mismo ni para otra cosa de trabajo. Pues los tales deben tener en esto tierto y discreción, para que de tal manera usen de las mercedes de

Dios, que no se pongan á tentar á Dios, queriendo que él miraculosamente conserve lo que ellos por otros medios lícitos pueden conservar. Los que van por la mar muchas veces corren peligro no sólo con el mal tiempo, sino también con el bueno, cuando es demasiado: y así á muchos puede ser ocasión de caída su misma prosperidad, si no saben usar della con temor y discreción. Muy loable es el fervor del espíritu y la diligencia, madre de todas las cosas buenas: pero la demasía en cualquier materia es peligrosa. Coma pues el hombre este pan por tasa, y beba desta fuente celestial por medida, considerando que también puede haber su manera de gula y demasía en los manjares espirituales como en los corporales. Esto se dice por aquéllos á quien esta gracia se comunica á manos llenas, no para aquéllos á quien se da gota á gota y como destilada.

Y no sólo para esto, mas para otras muchas cosas es necesaria esta discreción, y particularmente para encubrir el hombre (cuanto buenamente pudiere) sus ejercicios y propósitos virtuosos, antes (como dice S. Bernardo) con mayor cuidado trabaje por encubrir las virtudes que los vicios, ó por el peligro de la vanagloria (que es muy general, muy dañoso y muy oculto) ó por excusar juicios y contradiciones del mundo, que siempre fué enemigo de la verdad, y agora paresce que ha llegado á tal estado, que ó no querría que hubiese virtud, ó que de tal manera la hobiese, que no se pudiese ver, porque con la vista sola della se ofende.

De la perseverancia y continuación en los buenos ejercicios.
§ IV

El postrer aviso sea acerca de la perseverancia que en estos sanctos ejercicios se requiere, si queremos llegar al fin deseado. Porque aquí pretendemos dos cosas las más arduas y sobrenaturales que hay en el mundo: la una es, desterrar de nuestra ánima el amor proprio con todo su ejército, y la otra, introducir el amor divino, que es destruir todo el reino del pecado original con que el hombre nasce, y introducir el reino de Dios, que viene de fuera. Lo cual es dar batería á la misma naturaleza corrupta, que es la cosa más inexpugnable que hay en el mundo. Porque

la fuerza de las inclinaciones naturales es tan grande, que aunque las despidáis de vos á fuerza de brazos, luego se tornan á vos. Tienen sus raíces en nuestros mismos humores, y por eso aunque les cortéis todas las ramas, fácilmente tornan á brotar. Son como el perro hambriento y goloso, que aunque le echéis á palos de casa, por una puerta sale, y por otra se vuelve á entrar. Vemos que una piedra dura, la cual después de gastada con el calor del fuego la frialdad natural, se hizo cal, mudada ya en otra naturaleza diferente, y perdido juntamente con la especie su proprio nombre, con todo esto, amasándose con un poco de arena, luego torna á su antigua dureza y á su primer natural, porque veas cuán poderosa es la naturaleza en todas las cosas. Pues no es menos poderosa la naturaleza del amor proprio, antes ésta es la primera y la mayor de todas nuestras naturales inclinaciones, y por esto grande gracia y grande diligencia es menester para vencerla. Mas con todo esto ninguna cosa hay en el mundo tan ardua, á que no dé cabo la perseverancia porfiada, ayudada con la gracia divina. ¡Qué edificios tan grandes se acaban poco á poco, añadiendo una piedra á otra piedra! ¡Qué caminos tan largos finalmente se acaban de andar, midiéndolos á pies! Y el cantero que quiere cavar una gran pila de agua en una piedra mármol, aunque no saque de cada golpe con el escoda más que una cabeza de alfiler, después de pocos días perseverando sale con su obra al cabo. Pues si tanto puede la perseverancia sin la gracia, ¿cuánto más podrá ayudada con ella?

Por tanto, persevere el hombre en esta jornada tan gloriosa, y continúe siempre sus buenos propósitos y ejercicios, ora con devoción, ora sin ella, porque en cabo de pocos días verá el fructo de sus trabajos, y cobrará más aliento para perseverar en ellos. Y sepa que así como es más fácil cosa peinar los cabellos cada día, cuando el peine entra y sale por ellos sin dificultad, que de tarde en tarde, cuando más se repelan que se peinan, así es más fácil continuar los buenos ejercicios que interpolarlos, porque después que el corazón humano se habitúa á andar devoto y ocupado en Dios, la costumbre viene poco á poco á hacerse cuasi naturaleza, y á tomar deleite en lo que antes tenía dificultad. Y si los negocios, enfermedades de cuerpo, ó sequedades de espíritu le molestaren y sacaren deste curso, torne luego acabada la ocasión á proseguir su camino, y no desmaye por contradicio-

nes que le vengan, acordándose que lo ha con aquel Señor que es un abismo de piedad, y que conosce muy bien nuestra flaqueza, y que no se puede negar á quien le busca, aunque muchas veces se pierda de vista.

De las principales señales de nuestro aprovechamiento. § V

Esto baste por agora para luz y aviso de los que caminan á la perfección de la caridad, aunque la materia es tan copiosa, que pedía mucho más, si el título y brevedad del Memorial diera licencia para ello. Y si alguno de los que andan por este camino, desea entender si ha aprovechado, las principales señales que aquí le podremos dar (entre otras muchas) son cuatro. La primera es si toma tanto gusto y sabor en las cosas de Dios (mayormente en la comunicación con él) que no sólo en el tiempo y ejercicio de la oración, sino en todo tiempo y ejercicio, por la mayor parte trae el corazón puesto en él con una humilde y amorosa atención, de tal manera que no se halla ni anda con gusto cuando está fuera deste recogimiento. Porque esto es proprio deste amor, que se llama unitivo, como arriba se declaró. Tal era el amor de aquella virgen, de quien canta la Iglesia que días y noches no cesaba de los coloquios divinos y del ejercicio de la oración.

La segunda señal es un fervor y deseo vivo de afligir y maltratar su cuerpo con ayunos, cilicios, vigilias, disciplinas y otras asperezas corporales por amor de Dios. Porque éste es argumento que prevalece ya el amor divino contra el amor proprio: de dónde nace este deseo de afligir y maltratar su cuerpo, del cual ordinariamente carecen los grandes amadores de sí mismos, porque no pueden acabar consigo de maltratar á quien mucho aman. Mas por el contrario vemos que todos los sanctos generalmente fueron extremados en estos rigores y asperezas y en el maltratamiento de sus cuerpos, á lo menos los que tuvieron edad y fuerzas para esto, como los que estaban tan lejos del amor proprio, que habían pasado ya al odio sancto de sí mismos.

La tercera señal es un gran fervor y caridad para con los prójimos, y grande estudio y diligencia en ayudarlos y socorrerlos en sus trabajos con entrañas de amor y con sana y sencilla

voluntad, y con palabras y obras extraordinarias, de las que comúnmente suele haber entre los otros hombres, de tal modo que el que esto viere, pueda decir con los magos de Faraón: El dedo de Dios está aquí: porque tal manera de ánimo y tratamiento no se halla entre los hombres, ni es proprio de carne y de sangre, sino del espíritu de Dios, cuyo olor se comienza ya á sentir aquí. Y que ésta sea señal de la perfección de la caridad, está claro, porque no puede crescer el amor de Dios sin que también crezca el del prójimo, pues ambos son actos de un mismo hábito, como dos ramas que proceden de una misma raíz: por dónde, si por haber crescido la raíz, cresce la una, necesariamente ha de crecer la otra: y si desta manera ha crecido, no puede dejar de manifestarse el crescimiento por el fructo.

La cuarta señal es un entrañable deseo de padescer trabajos, pobrezas, persecuciones, vituperios y desprecios por amor de Dios, y aun de derramar sangre por él. Porque como en la caridad haya muchos grados, unos mayores y otros menores, aquél parece más alto, que llega á poner vida, honra y hacienda alegremente por amor de Dios: porque como estas tres cosas sean los principales objetos á donde tira el amor proprio, cuando el hombre viene no sólo á sufrir la pérdida destas cosas con paciencia, sino á desearlas con grande ansia, señal es que ya el amor proprio está rendido y que reina poderosamente el amor de Dios, pues así pasa y rompe sin contradición por los ídolos del proprio amor.

Estas cuatro son las principales señales de la perfección y fineza de la caridad. Las cuales experimentan muchos en sí al principio de su noviciado ó conversión, mayormente aquéllos que misericordiosamente son prevenidos del Señor con abundancia de lágrimas y bendiciones de dulcedumbre, la cual les acarrea estos y otros muchos bienes: mas con todo esto, muy pocos son los que saben poner cobro en este tesoro, perseverando fielmente hasta la fin en lo comenzado. Porque después destos tan prósperos principios vienen muchas veces á aflojar en sus buenos ejercicios, ó por su propria negligencia, ó por alguna secreta soberbia, ó por entremeterse en demasiadas ocupaciones, con que ahogan el espíritu, y otras veces por enfermedades largas, después de las cuales no vuelven con el fervor acostumbrado á lo que solían: y otras veces por darse demasiada y indiscretamente

á la ambición del saber, dejando por otra parte los ejercicios de devoción, por lo cual no es maravilla secárseles el corazón, pues se olvidaron de comer su pan. Por tanto, el que allí llegare, traya siempre en su ánima aquellas palabras de S. Juan, que dicen: Ten lo que tienes, porque no se dé á otro tu corona. Los que esto hicieren, irán cada día aprovechando de virtud en virtud, hasta llegar á la perfección, donde gozarán de aquellos tesoros que ni ojo vió, ni oído oyó, ni en corazón humano pueden caber. Mas los que así no lo hacen, demás de perder lo recebido, vienen á parar en una perpetua sequedad de espíritu, y lloran cuando se acuerdan de lo que perdieron: y cuando quieren volver á ello, no aciertan con la puerta, porque éste es el pago que por justo juicio de Dios merecen los que no supieron poner cobro en sus mercedes: y muchos hay que después de todos estos favores vienen á parar en mayores males, que es una triste señal de reprobación, según aquello del Eclesiástico que dice: Al que se pasa de la justicia á la maldad, Dios lo tiene aparejado para el cuchillo.

SEGUNDA PARTE DESTE TRATADO

en la cual se ponen algunas oraciones y consideraciones que sirven para encender en nuestros corazones el amor de Dios

---

PREÁMBULO DESTA SEGUNDA PARTE

Después de aparejada la casa, y purificada la consciencia con las virtudes y aparejos susodichos, conviene levantar nuestro corazón á Dios con algunas sanctas oraciones y consideraciones, las cuales nos provoquen y enciendan en su amor. Porque como él sea fuego abrasador, es cierto que mientra más nos acercamos á él, más consumirá el orín de nuestros vicios y más nos encenderá en su amor. Porque si este fuego material tan liberalmente comunica su calor á quienquiera que se llega á él, por ser el más noble y más activo de los elementos,

¿cuánto mas hará esto aquel Señor que así como es infinitamente más noble, así es más comunicativo de sí mismo y de sus dones?

Para esto señalan los sanctos dos vías: la una llaman escolástica, que es, considerar todas aquellas cosas que pueden encender nuestro corazón en su amor, como son señaladamente sus beneficios y perfecciones, porque cada cosa déstas nos convida á que amemos un Señor tan digno de ser amado, y de quien tantos bienes habemos recibido: y la otra llaman mística, que es, pedir al mismo Señor con ardentísimas oraciones y deseos inflamados este don celestial (como arriba dijimos) pues verdaderamente éste es don suyo, y aun el mayor de sus dones, el cual él solo puede dar, y dalo de muy buena voluntad á quien lo pide con la instancia y perseverancia que él meresce ser pedido. Porque es cierto que nunca faltará quien dé, si no faltare quien pida como es razón. Pues por estas dos vías debe el hombre insistir en esta demanda, y más por la segunda que por la primera, porque es más breve y más eficaz.

Y porque no es de todos ni saber considerar estas cosas, ni pedir como conviene este don, por esto se ponen aquí algunas consideraciones así de los beneficios de Dios como de sus perfecciones divinas, con algunas inflamadas y devotas oraciones en que se pueden ejercitar (á lo menos á los principios) los que desean aprovechar en esta virtud. Porque después deste ejercicio, el tiempo, y la experiencia, y el Espíritu Sancto (que es el verdadero maestro desta filosofía) les enseñará mejor lo que deben hacer. Porque aunque estas oraciones y consideraciones escritas sean para muchos tiempos y propósitos necesarias, pero muchas veces se hace esto con mayor fervor y devoción, cuando sale de solo el corazón, con las palabras que la misma devoción administra. Y como éste sea el fundamento de todo, debe el hombre usar principalmente de aquellos medios que más para esto le puedan servir. Y suele ser muy buena orden comenzar el ejercicio por estas oraciones y consideraciones escritas, y después que sintiere un poco movido su corazón, proseguir lo demás con solo él, ó como mejor se hallare, con tal que las oraciones sean como unas centellas vivas que salgan de aquel tan inflamado deseo que arriba declaramos.

SÍGUESE UNA DEVOTA CONSIDERACIÓN

DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

UNA de las cosas que más suele mover los corazones á amor, es la consideración de los beneficios recibidos. Porque como el hombre naturalmente ama á sí mismo, así también ama á quienquiera que le hace bien. Y es tan natural esta ley de amor, que hasta los brutos animales, y aun los tigres, leones y serpientes, reconoscen y aman á sus bienhechores, y les hacen todo el bien que pueden. Pues si esto hacen las bestias, ¿qué deben hacer los hombres, que tienen uso de razón para saber estimar lo que reciben? Y si este agradecimiento y amor se debe á los comunes beneficios, ¿qué se deberá á los beneficios divinos, que son tantos y tan grandes, pues no hay en nosotros ni fuera de nosotros cosa buena, ni en ser de naturaleza, ni en ser de gracia, que no sea suya?

Y aunque estos beneficios sean innumerables, mas para ayuda de la memoria podrémoslos reducir aquí á diez órdenes de beneficios, los cuales componen aquel psalterio de diez cuerdas en el cual cantaba el rey David las alabanzas divinas, con las cuales le daba gracias por los beneficios recibidos. Entre los cuales el primero es de la creación, el segundo de la conservación, el tercero de la redempción., el cuarto del baptismo, el quinto del llamamiento, el sexto de las inspiraciones divinas, el séptimo de las preservaciones de males, el octavo de los sacramentos, el nono de los beneficios particulares, el décimo de la bienaventuranza de la gloria que nos está prometida. En cada uno destos beneficios había mucho que encarecer y que decir: mas yo no haré por agora más que correr sumariamente por cada uno dellos, para que se entienda la importancia del beneficio y el agradescimiento y amor que se debe por él.

§ I

Pues entre estos beneficios, el primero y el fundamento de todos es habernos Dios criado y hecho á su imagen y semejanza. De manera que hoy ha tantos años que eras nada, y fuiste *ab æterno* nada (que es menos que una hormiga, menos que una piedra, finalmente nada) y así pudieras ser eternalmente nada (y tan honrado se quedara el mundo que fueras tú en él como que dejaras de ser) y siendo esto así, plugo á aquella divina Bondad ante todo merecimiento tuyo, por sola misericordia y nobleza suya, sacarte de aquel abismo y de aquellas profundísimas tinieblas en que *ab æterno* morabas, y darte ser, y hacerte algo: y no cualquier algo, esto es, no piedra, ni ave, ni serpiente, sino hombre, que es una de las más nobles criaturas del mundo. En el cual beneficio nos dió este cuerpo con todos sus miembros y sentidos (de los cuales cuánto valga cada uno, la falta dél lo muestra, cuando la hay) y esta ánima racional con todas sus potencias hecha á su imagen y semejanza, conviene saber, inmortal, incorruptible, intelectual y capaz del mismo Dios y de su misma bienaventuranza. Por dónde verás que si tanto debes á los padres porque fueron instrumentos de Dios para formar tu cuerpo, ¿cuánto más deberás al que con ellos formó tu cuerpo, y sin ellos crió tu ánima, sin la cual el cuerpo no fuera más que una bestia muda, ó un pedazo de carne podrida?

§ II

El segundo beneficio es de la conservación. Porque no sólo te sacó de no ser á ser, mediante el beneficio de la creación, sino también te conserva en este ser que te dió, de tal manera que si un solo punto desviase sus ojos de ti, luego desfallecerías y te volverías en aquella misma nada de que fuiste criado. De suerte que así como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire, y él mismo que los produce, los conserva en el ser que les dió, así también lo hace este mismo Señor con nosotros, sacándonos de no ser á ser, y después conservándonos en este

mismo ser: de manera que lo que una vez nos dió, siempre nos lo está dando y conservando, que es como si de nuevo siempre nos estuviese criando.

Para esto crió todas cuantas cosas hay en el mundo, pues todas vemos que sirven á la conservación del hombre, cada cual en su manera. Porque unas son para mantenerle, otras para vestirle, otras para curarle, otras para recrearle, otras para enseñarle, y otras también para castigarle, porque de todo es razón que haya en la casa del buen padre. Y es cosa muy para considerar ver la largueza y abundancia con que este Señor nos proveyó de todo esto. ¡Qué de manjares crió para sustentarnos, qué de cosas para vestirnos, qué de yerbas para curarnos, y sobre todo esto, qué de diferencias de cosas para recrearnos! Porque unas sirven para recrear los ojos (que son todas las flores y diferencias de colores) otras para los oídos (que son todas las músicas y cantos de aves) otras para las narices (que son todos los olores de especies aromáticas) otras para el gusto, que son cuasi infinitas maneras de fructas, de pesces, de aves y de animales. Porque todas estas cosas son más para el hombre que para sí mismas, pues más goza el hombre del servicio y usofructo dellas, que ellas mismas. Mira pues cuán largamente y cuán regaladamente se hubo el Señor contigo en esta parte, y cuántas maneras de beneficios te hizo en este beneficio. Porque en él se comprehenden todas las criaturas del mundo, que fueron criadas para tu servicio, pues él para el suyo no tenía déstas necesidad. Y no sólo las de la tierra sino también las del cielo (como son el sol, la luna, las estrellas y los planetas) y aun las que están sobre los cielos, como son los ángeles que ven su cara, los cuales aunque fueron criados para su gloria, diputó él para nuestra guarda.

§ III

El tercero beneficio es de la redempción, el cual excede todo lo que la lengua mortal puede encarecer y decir. Porque si consideras en él estas cinco cosas, conviene saber, lo que el Señor por este beneficio nos dió, el medio por donde lo dió, el amor con que lo dió, la persona que lo dió, y la persona que lo recibió, cada cosa déstas te pondrá nuevo espanto y admiración, y en-

tenderás que ni la dádiva pudo ser mayor, ni el medio más excelente, ni el amor más subido, ni la persona que lo dió, más digna, ni la que lo recibió (quitando aparte los demonios) más indigna.

En cada cosa déstas hay mucho que considerar, y particularmente en la grandeza del amor con que el Señor obró todo esto (que bastara para padescer mil veces más de lo que padesció, si nos fuera necesario) y asimismo en el medio que escogió para hacer esta obra, que fué tomar sobre sí nuestros males para hacernos gracia de sus bienes. Aquí entran todos los pasos y misterios de su muerte y de su vida sanctísima, los cuales todos son parte deste beneficio, y cada uno dellos por sí grandísimo beneficio. Aquí entra la humildad de la encarnación, la pobreza del nascimiento, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, el ayuno del desierto, los caminos, las vigilias, los trabajos y persecuciones de la vida, los dolores y afrentas de la muerte (que fueron tantas, cuantas nunca jamás se vieron) por las cuales todas y por cada una en particular debemos dar infinitas gracias á este Señor, que por tan ásperos caminos nos buscó, y por tan caro precio nos compró, para darnos más claro testimonio de lo mucho que nos amaba, y incitarnos por este medio á que así le amásemos como él nos amó.

§ IV

El cuarto beneficio es del baptismo, por el cual aquel Señor de infinita piedad y misericordia, sin preceder algún merescimiento de nuestra parte, por sola bondad y misericordia suya, tuvo por bien lavarnos con aquella agua que salió de su precioso costado, y desterrar con ella la fealdad de nuestras ánimas, y librarnos de la tiranía de nuestros enemigos (que son pecado, infierno, demonio y muerte) y hacernos templo vivo y morada suya, y darnos allí espíritu de adopción (que es, ser recibidos por hijos de Dios) y proveernos de todos los atavíos que para esta dignidad se requerían, que son la gracia y las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto, con las cuales parezcamos hermosos en los ojos de Dios, y cobremos nuevas fuerzas con que triunfar del demonio, para que así podamos conseguir el fin para que

fuimos criados, que es el reino de los cielos. Pues ¿con qué pagarás al Señor este beneficio?

¿Qué le darás, porque entre tanta muchedumbre de naciones bárbaras de infieles, de turcos, de moros, de gentiles (que adoran piedras, y palos, y serpientes) quiso el Señor que fueses cristiano, y que te cupiese la suerte en el gremio de la Iglesia, y en la heredad y casa del Señor, y en el arca del verdadero Noé, para que no perescieses con todo el otro restante del mundo en el diluvio de la infidelidad, donde tantos millones de ánimas cada día perescen? Mira cuántas ánimas crió Dios el día que crió la tuya, de las cuales unas cayeron en Turquía, otras en Guinea, otras en Berbería, &c. y así pudiera caer la tuya, y no quiso este Señor que cayese sino en el paraíso y gremio de su Iglesia, que es la casa de los hijos de Dios y de sus predestinados. Pues ¿qué le darás por este beneficio?

§ V

El quinto beneficio es del llamamiento. Y entiendo aquí por llamamiento si algún tiempo viviste rotamente sin ningún temor de Dios, y agora vives de otra manera, trabajando con todas tus fuerzas por evitar todo pecado mortal: á esto pongo nombre de llamamiento, porque es grandísima conjectura para creer que eres llamado á la gracia, pues esta mudanza no paresce de carne ni sangre, sino de la diestra del muy Alto.

Pues si habiendo vivido algún tiempo en aquel estado miserable, te sacó Dios de allí con su piadosa y poderosa mano, y te puso en éste, ¿qué gracias será razón le des por este beneficio? Porque no entra aquí un solo beneficio, sino otros muchos que andan en compañía déste. Porque un beneficio fué esperarte tanto tiempo á penitencia, sin cortarte el hilo de la mala vida, el cual por ventura se cortó á otros que quizá por esta causa estarán agora penando en los infiernos. Otro fué sufrir tantos pecados, tantos atrevimientos, tantas torpezas, tantas desobediencias y tantas desvergüenzas como en aquel estado te sufrió con tan larga paciencia. Otro fué en lugar de castigos enviarte tantos avisos y maestros y despertadores, y tantas buenas inspiraciones para despertarte y sacarte de aquel peligro. Otro fué llamarte

con tan poderoso llamamiento que bastase para romper las cadenas con que estabas preso, que eran, el deleite del vicio, y el poder del demonio, y la fuerza de la mala costumbre, que es la soga de los tres ramales con que el demonio tiene presos á los suyos, la cual dificultosísimamente se rompe. Otro fué recibirte finalmente como al hijo pródigo en su casa, y perdonarte tantos pecados (si por ventura estás ya perdonado) y hacerte llano el camino del cielo, y darte otro corazón, con el cual te fuese dulce lo que antes era amargo, y te amargase lo que antes era dulce, para que así pudieses perseverar en el bien.

Y sobre todo esto es mucho más de notar haber hecho el Señor esto por pura gracia y misericordia, que es ante todo merecimiento tuyo, porque en aquel estado no se puede hacer cosa que tenga de condigno mérito ni precio delante dél. Pues ¿cuántos millares de ánimas piensas que estarán agora por ventura penando en el infierno, por no haber usado el Señor con ellas de tan grande beneficio, esto es, ó porque no las esperó tanto tiempo, ó porque no las sufrió con tanta paciencia, ó porque no las llamó con tan poderoso llamamiento, ó porque no las confirmó con tan abundante gracia? Pues ¿qué heciste tú más que ellas? ¿Qué más mereciste que ellas. para que fueses tanto más dichoso que ellas? Si eres tú uno de los dos que estaban moliendo en una misma atahona, ó durmiendo en una cama (esto es, en el mismo deleite, ó en la misma culpa) ¿por qué habías de ser tú más el que tomaron para la gloria, que el que dejaron para la pena, estando ambos en una misma culpa? ¿Por qué habías de ser tú escogido para vaso precioso de la mesa de Dios, y el otro dejado para vaso sucio, de que se sirviese el demonio?

Corre por todas las edades pasadas, y acuérdate de los niños y de los mozos que tuviste ó por vecinos, ó por amigos, ó por compañeros de tus vicios, los cuales permanecieron ó acabaron por ventura en aquel mismo estado de donde Dios á ti sacó, y mira cuán gran misericordia fué que permanesciendo ellos en aquel mismo estado, sacase Dios á ti de tal peligro, habiendo navegado con ellos en el mismo navío. Vuélvete pues á Dios, y dile: Señor, ¿que vistes en mí? ¿Qué necesidad teníades vos de mí? ¿Qué servicio os hice yo? ¿De dónde á mí tanto bien, que dejando aquéllos en sus tinieblas, enviásedes á mí este rayo de luz? ¿Qué gracias os daré por este beneficio? ¿Con qué palabras os alabaré

por esta misericordia? Alábeos, Señor, mi lengua y mi corazón, y todos mis huesos digan: Señor, ¿quién es como vos? ¿Quién pudiera hacer esta mudanza sino vos? ¿Quién pudiera librarme de las gargantas de aquel dragón infernal, sino vos? ¿Quién me pudiera hacer amargo lo dulce y dulce lo amargo, sino vos? Alabad (dice el Profeta) al Señor, porque es bueno y porque su misericordia permanesce en todos los siglos. ¿Quién quieres, Profeta, que le alabe? ¿Quién tendrá lengua para saber pronunciar sus alabanzas? Alábenlo (dice él) los que han sido redemidos del Señor, los que él libró de la mano del enemigo, porque ésos señaladamente tendrán lengua para alabarle, los cuales tienen experiencia dese tan grande beneficio.

§ VI

El sexto beneficio es de las inspiraciones y buenos propósitos que el Señor nos envía, con que nos despierta siempre y nos llama á todo bien. Porque así como el corazón está siempre enviando espíritus y calor á todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Sancto (que según Sancto Tomás es como corazón de la Iglesia) siempre está inspirando buenas inspiraciones y propósitos en el ánima donde mora. Pues según esto, todas cuantas buenas obras has hecho, cuantos buenos deseos y propósitos has tenido, cuantas lágrimas has derramado, cuantas consolaciones del Espíritu Sancto has recibido, cuantos pasos buenos has dado, cuantas lumbres y sentimientos de Dios has tenido, cuantos buenos pensamientos has pensado, en cuantos negocios has acertado, todos son beneficios de Dios. Porque así como todas cuantas gotas de agua caen en la tierra, vienen de la mar (que es fuente de todas las aguas) así cuantas maneras de bienes suceden á los hombres, todos nascen del piélago de todos los bienes, que es Dios. Porque sentencia es de muchos teólogos que para hacer una obra meritoria (demás de la gracia habitual del Espíritu Sancto) es menester especial ayuda y tocamiento de Dios que interiormente nos toque y despierte á bien obrar.

De dónde, así como cuando un hombre enfermo de modorra está muy cargado de sueño, le ponemos otro al lado que de rato en rato le está avisando que no se duerma, así habemos de ima-

ginar que está el Espíritu Sancto á nuestro lado ejercitando con nosotros este mismo oficio, y esto por tantas vías y maneras y tan á la continua, que paresce que desocupado de todas las otras cosas, no tiene otro oficio en qué entender, sino éste. Por dónde cada vez que el hombre sintiese que interiormente le mueven acá dentro á que despierte y se acuerde de Dios, ó que ponga las manos en alguna buena obra, luego había de reconoscer la visitación y beneficio de la presencia divina, y hacerle una profunda reverencia en su ánima, y darle gracias por esta gracia, y acudir luego á poner por obra lo que se le manda.

§ VII

El séptimo beneficio es de las preservaciones de males, el cual comprehende todos los males del mundo de que el Señor por su misericordia nos ha librado. Entre los cuales hay males de naturaleza, y males de fortuna, y males de culpa, que son todas las maneras de pecados que hay en el mundo.

Pues has de tener por cierto que ningún mal hay que tenga un hombre, que no le pueda tener otro hombre, pues es hombre como él, y hijo de Adam como él, y concebido en pecado como él, y finalmente compañero de la misma naturaleza y de la misma culpa, y así subjecto á la misma miseria.

Pues según esta cuenta hallarás por cierto que todos cuantos males hay en el mundo, son beneficios tuyos, pues en todos ellos pudieras haber caído, si Dios por su misericordia no te hubiera preservado. Ves uno ciego, otro cojo, otro manco, otro loco, otro con los dolores de la gota, otro de la piedra, otro preso tantos años ha, otro captivo, otro condenado á las galeras, otro al cuchillo, con otros millones de males que ves á cada paso y á cada hora por ese mundo. Cada vez que esto vieses, habías de hincar las rodillas del corazón á Dios, y levantar las manos al cielo diciendo: Señor, esto os debo yo á vos. Sea para siempre bendito vuestro sancto nombre, que yo pudiera ser como éste y como aquél, y si así me viera, quizá perdiera la paciencia, y deseara acabar la vida, y diera todos los tesoros del mundo por no verme así, y besara los pies á quien desto me librara, y ofresciérame le por esclavo toda la vida. Pues beso, Señor mío, vuestros pies y vuestras

manos millares de veces, y ofrézcome por vuestro perpetuo esclavo, y dóios infinitas gracias porque por sola vuestra misericordia enderezastes mi vida de tal manera que careciese yo de todos estos males.

§ VIII

El octavo beneficio es de los sacramentos, y señaladamente de la Confesión y Comunión, de que gozamos más á menudo. Pues ¿cuánto debes al Señor por haberte dejado una fuente abierta en su precioso costado para que en ella te bañases y lavases todas cuantas veces sintieses tu ánima amancillada con algún pecado? ¿Qué es el sacramento de la Confesión, sino una fuente limpísima para lavar nuestras máculas, y una medicina perfectísima para sanar nuestras enfermedades, y un medio eficacísimo para reconciliarnos con Dios á costa de la sangre de Cristo? Dime: si estuvieses sentenciado á una muerte afrentosa, ó á cien azotes por las calles públicas, y un amigo tuyo por pura nobleza y misericordia se pusiese á pasar aquella vergüenza y recibir aquellos azotes por ti, y tú le vieses desta manera ir azotando por las calles con una soga á la garganta, ¿con qué ojos le mirarías? ¿Con qué corazón le agradescerías aquel tan grande beneficio? Pues esto mismo has de pensar que es el sacramento de la Confesión. Porque tú estabas sentenciado á azotes y á muerte perpetua por tus pecados, y el Hijo de Dios movido de pura lástima y compasión, se atravesó de por medio, y se puso á esperar los azotes y sentencia que tú merecías, y en virtud desta satisfación manda Dios al sacerdote que te dé por libre, porque ya se entregó de la deuda que le debías, en las espaldas de su Hijo. Pues ¿con qué corazón, con qué amor, con qué ojos será razón que mires á quien tal hizo por ti? Y ¿qué será razón que tú hagas por él?

Pues del sacramento de la Comunión ¿qué diré? Éste es el sacramento de sacramentos, el misterio de misterios, el beneficio de beneficios, y el memorial de todas las maravillas de Dios. Éste es sacramento de gracia, sacramento de amor, sacramento de unidad, sacramento de devoción y de remisión, y de todos los bienes. Aquí es el hombre visitado de Dios, aquí es honrado con

la presencia divina, aquí es hecho templo vivo de la Sanctísima Trinidad. Aquí se da la gracia en mayor abundancia, aquí se gusta la divina suavidad en su misma fuente, aquí se enciende el fuego del amor de Dios, aquí se abraza el ánima con su verdadero y legítimo esposo, de donde resultan en ella maravillosos deleites. Éste es el viático con que se ha de andar el camino del cielo, y éste es el pan de trabajadores, con que se esfuerzan los que trabajan y cavan en la viña del Señor. Aquí se renuevan los buenos propósitos, aquí reverdescen los buenos deseos, aquí se acrescienta la devoción, aquí se abren las fuentes de las lágrimas, aquí se refresca la juventud del ánima, y aquí finalmente se mantiene y come de Cristo, que es su proprio pasto y el mayor bien que en esta vida se puede recibir. Porque no es otra cosa comer á Cristo, sino hacernos participantes de su espíritu, de su sangre, de su gracia, de sus merescimientos, de sus virtudes y de sus trabajos. Porque así como el que come, hace suyo lo que come, así el que come á Cristo, aplica á sí el espíritu y la gracia de Cristo, para que transformado ya en él, sea en su manera mirado del Padre Eterno con aquellos ojos que es mirado él, no ya como extraño y peregrino, sino como hijo suyo. Pues ¿con qué pagaremos al Señor tan grande beneficio?

§ IX

Todos estos beneficios de que hasta aquí habemos tratado, por la mayor parte son comunes á todos los fieles. Quedan después déstos los particulares y ocultos que cada uno por su parte habrá recebido, de los cuales así como nadie puede hacer suma, así el que los ha recebido no puede tener dellos ignorancia. Discurre pues por todas aquellas tres maneras de bienes que se hallan en los hombres, que son, bienes de naturaleza, de fortuna y de gracia, y mira en lo que te ha aventajado el Señor sobre otros muchos hombres, y reconosce que de todo eso le eres deudor. Mira (cuanto á los bienes de naturaleza) las habilidades naturales que te ha dado, el ingenio, la condición, la discreción natural, los padres, la patria, el linaje, las fuerzas, la salud, la vida, y otras cosas semejantes. Cuanto á los bienes de fortuna, mira la hacienda que te dió, la honra, el lugar, el oficio, y otras cosas

semejantes, que no nascen con nosotros, sino que después nos vinieron por la providencia de Dios, aunque el mundo los llame bienes de fortuna. Cuanto á los bienes de gracia, mira si por ventura has recibido algunos particulares dones del Señor, como son, lágrimas, devoción, castidad, caridad, menosprecio de hacienda, de oficios y dignidades, y contentamiento con lo que Dios te dió. Mira si ha mucho tiempo que te preservó de pecado mortal, que es una grande y singular prenda de la divina gracia. Mira los peligros y tentaciones que por su misericordia y providencia has vencido, y otras cosas semejantes.

Mira también con los bienes de gracia los aparejos que el Señor te ha dado para bien vivir; los maestros, los confesores, los predicadores, los compañeros, la doctrina, el oficio y el estado en que te puso: si eres sacerdote, si bien casado, ó por ventura libre de las cargas del matrimonio, y con esto vives contento y seguro, que es mayor bien que el primero. Y sobre todo mira si eres religioso, mayormente en provincia ó monasterio donde florece la observancia regular: porque si hay cosa en el mundo que tenga imagen y semejanza del cielo, es la congregación observante de la vida religiosa.

Otros beneficios hay más ocultos que éstos, los cuales aun el mismo que los tiene, no conosce. Porque muchas veces infunde el Señor algunos dones y virtudes en el ánima tan secretamente, que el mismo que los recibe no lo sabe, como lo significó el sancto Job, cuando dijo: Si viniere á mí, no le veré, y si se fuere, también esto ignorará mi ánima. Y así también leemos de Moisén que abajando del monte la cara llena de resplandor, no veía él la luz que traía consigo, hasta que por los otros fué avisado. Y hacer el Señor esto así, es doblada misericordia, porque esto es asegurarnos del peligro de la soberbia, para que así esté en nosotros más segura la gracia: que es como quien da el tesoro, y da también la llave para guardarlo.

Y así como hay dones ocultos, así también hay preservaciones de males ocultos, que el mismo hombre preservado no los entiende. ¿Qué sabes tú, si estando alguna vez para pasar por una calle (donde por ventura se te ofresciera alguna ocasión, como á David) te estorbó Dios ese camino, ó te puso en corazón que fueses por otra parte, para excusarse ese peligro? ¿Cuántas veces habrá hecho el Señor con nosotros aquello que hizo con Sant

Pedro, cuando le dijo: Pedro, Satanás andaba muy solícito para acribaros y aventaros como á trigo, mas yo hice oración por ti porque no desfalleciese tu fe? ¿Cuántas veces pues habrá el Señor prevenido con su providencia paternal nuestros peligros, y atajado los pasos al demonio, y enflaquecido las fuerzas de nuestro adversario, para que no prevalesciese contra nosotros? Pues por estos beneficios ocultos no menos le debemos gracias que por los manifiestos, sino muchas más. Porque (como dice muy bien un doctor) así como por los pecados ocultos le debemos pedir perdón, así por los beneficios ocultos le debemos agradecimiento.

§ X

El décimo beneficio es de la glorificación que adelante se nos promete por corona, y agora se posee por la esperanza. Aquí puede el hombre espaciarse cuanto quisiere en la consideración deste soberano galardón, aquí puede alargar la vista, y extender los ojos, y considerar la grandeza deste bien que nos está guardado. Sube pues, hermano, con el espíritu á esta noble región, y mira atentamente qué será ver la hermosura de aquella Ciudad soberana, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellas plazas de oro purísimo, y aquellas arboledas y fuentes de aguas de vida. ¿Qué será ver aquellos nueve coros de ángeles repartidos en sus hierarquías, tan hermosos, tan gloriosos, tan bien ordenados y tan resplandescientes? ¿Qué será ver aquellas órdenes y sillas de vírgines, de confesores, de mártires, de apóstoles, de patriarcas y de profetas? ¿Qué será ver la sacratísima Virgen, señora y abogada nuestra, sobre todos los coros de los ángeles ensalzada? ¿Qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, señor nuestro y hermano nuestro, asentado á la diestra del Padre, abogando por nosotros y haciendo nuestros negocios? ¿Qué será sobre todo esto ver aquél, á quien ver es verlo todo, gozarlo todo, y poseerlo todo, y saberlo todo de una vez? ¿Qué será ver aquella luz inmensa, aquella hermosura infinita, aquel piélago de riquezas, aquel abismo de deleites, y aquella fuente de todos los bienes? ¿Qué será oir aquella música, asentarse á aquella mesa, pasear por aquellas plazas y conversar con aquellos ciudadanos, tan nobles, tan sanctos, tan hermosos y tan discretos?

Pues ¿qué debes al Señor que para tan grande bien te crió, y te redemió, y te ha esperado hasta agora, y te ayuda siempre á alcanzar esta corona?

§ XI

Pues por todos estos beneficios debes dar infinitas gracias á este Señor. Y para que con mayor atención puedas hacer esto, es muy buen consejo proceder en este hacimiento de gracias hablando con el mismo Señor, y enderezando las palabras á él. Porque (como arriba tocamos) más atento está el corazón, y más levantado el espíritu, y más religioso, cuando considera estas cosas hablándolas con Dios, que cuando las piensa consigo mismo, porque el hablar con aquella soberana Majestad es una cosa que levanta y empina el espíritu del hombre, y así no está tan descuidado, ni tan flojo, ni tan fácil para ser llevado de cualquier imaginación, porque el temor y reverencia de aquél con quien está hablando, tiene más atento y fijo su corazón.

Después de dadas las gracias por esta manera, podrá el hombre convocar todas las criaturas del cielo y de la tierra para que todas le ayuden á bendecir y alabar á este Señor que tan magníficamente lo ha hecho con él, para lo cual podrá servir el Cántico siguiente, si lo dijere con un ardentísimo y dulcísimo deseo de la gloria de Dios.

CÁNTICO

BENDECID todas las obras del Señor al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Angeles y arcángeles, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Virtudes y dominaciones, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Principados y potestades, bendecid al Señor, alabadlo &c. Bienaventurados tronos en que se asienta y juzga el Señor, bendecid al Señor, alabadlo &c. Patriarcas y profetas, bendecid al Señor, alabadlo &c. Apóstoles y

evangelistas, fundadores de la Iglesia cristiana, bendecid al Señor, alabadlo &c. Ejército gloriosísimo de los mártires, bendecid al Señor, alabadlo &c. Sanctos pontífices y confesores, bendecid al Señor, alabadlo &c. Todos los sanctos monjes y ermitaños, moradores de los desiertos y lugares solitarios, bendecid al Señor, alabadlo &c. Vírgines gloriosas y continentes, bendecid al Señor, alabadlo &c. Cielos, bendecid al Señor, alabadlo &c. Estrellas que resplandecéis en el cielo, bendecid al Señor, alabadlo &c. Sol y luna que alumbráis al mundo, bendecid al Señor, alabadlo &c. Días y noches, bendecid al Señor, alabadlo &c. Invierno y verano, vestido de sus flores y arboledas, bendecid al Señor, alabadlo &c. Aguas y nieves, bendecid al Señor, alabadlo &c. Rocíos y heladas, bendecid al Señor, alabadlo &c. Truenos y relámpagos, bendecid al Señor, alabadlo &c. Aves del aire, bendecid al Señor, alabadlo &c. Todos los pesces de la mar, bendecid al Señor, alabadlo &c. Montes y valles, bendecid al Señor, alabadlo &c. Bosques y florestas, bendecid al Señor, alabadlo &c. Ríos y fuentes de la tierra, bendecid al Señor, alabadlo &c. Animales y ganados, bendecid al Señor, alabadlo &c. Espíritus y ánimas de los justos, bendecid al Señor, alabadlo &c. Todas las obras del Señor, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Bendición, claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUENSE UNAS SIETE ORACIONES MUY DEVOTAS

para pedir y procurar el amor de Dios.

DESPUÉS desta consideración de los beneficios de Dios síguense otras consideraciones así de las perfecciones divinas como del amor que nuestro Señor tiene á los hombres, porque una de las cosas que más provoca á amar, es ser amado. Y porque este amor que nuestro Señor nos tiene, señaladamente resplandece en la oración del Pater noster, donde se declara cómo Dios es nuestro padre, y nosotros sus hijos adoptivos, por esto, después de las tres primeras oraciones, que tratan

de las perfecciones divinas, se ponen otras tres sobre la oración del Pater noster, con otra que se pone al cabo, en la cual con ardientes deseos pide el hombre á Dios su amor, para que con este número de siete pueda el hombre cumplir, si quisiere, con los siete días de la semana, teniendo para cada día su oración, por no enfadarse rezando una misma oración cada día. Y al cabo de cada una destas oraciones puede añadir este Cántico precedente, convocando todas las criaturas para que todas le ayuden á alabar al común Señor. Esto es cosa que ayuda mucho á encender nuestro amor para con él. Porque como amar sea querer bien, ó á lo menos un efecto principalísimo del amor, no tenemos cosa más que querer á este Señor, de que él sea de todas sus criaturas alabado y glorificado. Porque como él está lleno de todos los bienes, esto solo (si decirse puede) le falta, aunque esto en él no hace falta (pues no lo ha menester) sino en nosotros, que somos dello deudores.

Para hacer esto más fácil y más devotamente, hay sus psalmos en el Psalterio de David. Porque como hay siete psalmos notables de la penitencia, así hay otros siete muy principales de las alabanzas divinas, que son:

Benedic anima mea Domino, & omnia, quæ intra, &c.

Benedic anima mea Domino.

Domine Deus meus, &c.

Exaltabo te Deus meus rex, & *benedicam*, &c.

Lauda anima mea Dominum, &c.

Laudate Dominum quoniam bonus est psalmus, &c.

Laudate Dominum de cœlis, laudate, &c.

Destos psalmos, los dos primeros están en los maitines del sábado, y los demás al cabo del Psalterio. Podrá pues el devoto amador de Dios despertar su corazón con estas palabras divinas cada vez que quisiere, ó rezar un psalmo déstos al fin de cada una destas siete oraciones: ó si esto no sabe hacer, puede (como dije) acabar cada oración con el Cántico arriba puesto, ó con el *Te Deum laudamus*, según que mejor se hallare.

PRIMERA ORACIÓN

De las perfecciones divinas.

Ámeos yo, Señor (dice el Profeta) fortaleza mía: el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador, Dios mío, ayudador mío, esperaré en él. Si nuestra voluntad estuviera, Señor, en aquella pureza que vos la criastes y enriquecistes con los dones de vuestra gracia, no tuviera necesidad de tantas consideraciones y motivos para inclinarse á vuestro amor. Porque el manjar precioso ante el paladar sano, él por sí mismo se convidara á comer. Mas después que por el pecado se estragó, son menester muchas salsas de consideraciones para hacer comer el pan de los ángeles á quien tiene puesto su gusto en deleites y manjares de bestias. Y pues la condición de nuestra voluntad es amar todas las cosas excelentes y perfectas, querría yo agora, Señor mío, levantar un poco estos ojos de murciélago á considerar la luz de vuestras perfecciones y de vuestro admirable ser, para encender con esto la tibieza de mi corazón en vuestro amor. Corre pues, oh ánima mía, corre como abeja solícita por todas las flores de las perfecciones deste hermosísimo jardín cerrado, y asiéntate en cada una dellas, y coge de ahí el rocío de la suavidad eterna, con que te sustentes y hinchas todos tus senos de la dulzura deste licor celestial.

Ámeos pues yo, Señor, con todo mi corazón, con toda mi ánima y con todas mis fuerzas así como vos lo mandáis, pues vos sois infinitamente perfecto, y así merecéis ser infinitamente amado. En vos solo se hallan las perfecciones y hermosuras de todas las criaturas, y todo cuanto está esparcido por este mundo tan hermoso que vos criastes, todo ello con infinita ventaja está en vos. Porque si vos distes á las criaturas todas las perfecciones que tienen, y nadie puede dar lo que no tiene, necesariamente ha de estar en vos lo que distes á todo lo que criastes fuera de vos. Si hubiese un solo emperador en el mundo, debajo de cuya jurisdición estuviesen innumerables oficiales y gobernadores puestos por su mano, claro está que todas las jurisdiciones y principados déstos estaban por más alta manera en aquel sumo y único principado de quien todos los otros procedieron. Y pues

vos, Señor, sois el sumo emperador y monarca deste mundo, y el criador de todas las perfecciones que hay en él, necesario es que todo esto se halle en vos, pues todo lo criastes vos. Vemos otrosí que el maestro que tiene por oficio enseñar al discípulo y hacerle sabio, necesariamente ha de ser él sabio, si tal ha de hacer á su discípulo. Pues si vos, Dios mío, encamináis todas las cosas á su última perfección, necesariamente ha de estar aventajado en vos lo que á todas vuestras criaturas comunicáis. Y ésta es la causa por que la Escriptura divina os pone tantos nombres, para significar por esta vía la muchedumbre de vuestras infinitas perfecciones. Porque unas veces os llama sol, otras luz, otras mar, y otras águila real, otras león, otras cordero, y otras pan del cielo, otras agua de vida, otras estrella de la mañana, otras flor del campo y azucena de los valles, y otras cosas semejantes: porque como vos, Señor, seáis un mar de todas las perfecciones, y las criaturas sean tan pobres en vuestra comparación, usa de muchas y diversas comparaciones para que por muchas se declare lo que no podía por una. Por lo cual dijeron muy bien algunos filósofos que con ninguna cosa podíades ser mejor comparado que con el mismo mundo que vos criastes, con tal condición que quitásemos todo lo material y imperfecto que en él hobiese, y todo lo perfecto pusiésemos en vos. Porque así como cuando decimos que una estatua es imagen de un hombre, no queremos decir que la piedra de que es hecha, sea imagen suya, sino sola la figura, así también, cuando decimos que este mundo es imagen vuestra, habemos de apartar dél todo lo material y imperfecto, y todo lo perfecto aplicar á vos. Pues desta manera con razón decimos que el mundo entre todas sus cosas se paresce más con vos, porque así como en este mundo visible están todas las cosas, así también por una más excelente manera lo están en vos. Y así vos sois un mundo de perfecciones y hermosuras, un mundo de sabiduría, de omnipotencia, un mundo de bondad, de suavidad, de justicia, de misericordia y de todas las riquezas. Y así como todas las cosas que hay en el mundo, están presentes al mundo de tal modo que ninguna puede estar tan escondida que no esté presente á él, así nadie hay que no lo esté á vuestros ojos divinos, porque ninguna cosa puede huir del seno de vuestra grandeza y de vuestra infinita sabiduría. Por lo cual dijo el Profeta: ¿A dónde, Señor, me desviaré de vuestro espíritu, ó dónde

huiré de vuestra cará? Si subiere al cielo, ahí estáis presente, y si descendiere al infierno, ahí también os hallaré. Y si tomare unas alas por la mañana, y fuere á parar á los últimos términos de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y allí me tendrá vuestra diestra. Porque si el mundo abraza y tiene en sí todas las cosas, mucho más las abraza vuestra omnipotencia, y por esto nadie podrá hallar camino para huir de vuestro divino poder: y el que no os tuviere aplacado, sepa cierto que os hallará airado, como dice el Psalmo: Ni basta huir á Oriente, ni á Occidente, ni á los montes más desiertos, porque Dios es juez de todo, y todo lo ve.

Por lo cual, así como al hombre llamamos mundo pequeño en comparación deste grande, porque en él se halla abreviado este mayor, así á vos, Señor, llamamos mundo grandísimo, porque de vos salió este pequeño como efecto de su causa y como hechura de su hacedor. Y por esto, todo lo que hay en él, hay en vos, sino que en él está imperfectamente, como en criatura, mas en vos perfectísimamente, como en su omnipotente criador. En él están las cosas corporal y temporalmente, como cosas corruptibles, mas en vos están espiritual y eternal y divinamente, porque en Dios todas las cosas son Dios. Pues deste mundo grande salió este pequeño, hermoso de hermoso, rico de rico, y perfecto de perfecto, aunque visible de invisible, y de eterno temporal. Porque aunque fué hecho de nada cuanto á la materia, mas no fué hecho de nada cuanto á la forma ejemplar, pues fué trazado por las formas y figuras y por el modelo que estaba dentro de vos. Porque así como en la simiente del árbol por una maravillosa y secreta manera está todo el árbol, así en vos (que sois principio y hacedor del mundo) está todo el mundo que de vos salió, sino que allí el árbol está en su simiente como en causa material, y por eso está confusa y imperfectamente, como la letra en la tinta, y la casa en los materiales de que se hace: mas en vos está el mundo como en causa eficiente y formal, y por eso está en vos muy más distinta y perfectamente que en sí mismo.

Y si es lícito comparar las cosas altas con las bajas, así como en la oficina de un famoso impresor, demás del maestro mayor que rige la estampa, hay muchas formas y diferencias de letras, unas grandes y otras pequeñas, unas quebradas y otras iluminadas y de otras muchas maneras, así, Dios mío, contemplo yo

vuestro divino entendimiento como una grande y real oficina, de donde salió toda la estampa deste mundo, en el cual no solamente está la virtud eficiente y obradora de todas las cosas, mas también infinitas diferencias de formas y de hermosísimas figuras, conforme á las cuales salieron las especies y formas de todas las cosas criadas que vemos y que no vemos, aunque estas formas en vos no son muchas, sino una sola, que es vuestra simplicísima esencia, la cual de diversas maneras por diversas criaturas es participada. De suerte que no hay criatura fuera de vos, que no tenga su forma y modelo dentro de vos, conforme á cuya traza fué sacada. Éstas son aquellas ideas que los filósofos ponían en vuestro divino entendimiento, que son como formas de letras que están en la oficina del impresor, de las cuales salió á luz este mundo hermosísimo, y pudieran salir con la misma facilidad otros mil mundos, porque para todos había dechados y perfecciones en vos.

Pues si vos, Dios mío, distes su ser y sus perfecciones á todas las cosas, síguese que todas ellas por muy más alta manera están en vos. En vos están las perfecciones de todos los ángeles, la grandeza de los cielos, el resplandor del sol, de la luna y de las estrellas, la virtud de los planetas, la hermosura de los campos, la gracia de las flores, la frescura de los valles, la claridad de las fuentes, la dulzura de los sabores, la suavidad de los olores, la sabiduría de los sabios, la fortaleza de los fuertes, y la sanctidad de todos los sanctos. Y así de todas estas cosas gozará quien gozare de vos, y todas estas cosas verá en vos más perfectamente que si las viese en sí mismas: por dónde éste se llama conoscimiento de la tarde, y el que es en vos, de la mañana. Pues si tan amable es la perfección de todas las cosas, ¿cuánto más lo seréis vos, Dios mío, en quien están todas las perfecciones infinitamente aventajadas? Ámeos pues yo, Señor, si no tanto cuanto vos merescéis, á lo menos tanto cuanto en esta vida me sea posible. Ámeos con todo mi corazón, con toda mi ánima y con lo último de todas mis fuerzas. ¡Oh dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso, todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que to-

dos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas! Y ¿qué digo, cuando esto digo? ¡Dios mío, vida mía, única esperanza mía, muy grande misericordia mía, y dulcedumbre bienaventurada mía! ¡Oh todo amable! ¡Oh todo dulce! ¡Oh todo deleitable! Dadme, Señor mío, gracia que en vos solo me alegre, en vos solo descanse, á vos siempre ame, á vos sirva, en vos piense velando de día, y en vos sueñe durmiendo de noche, para que así todo yo sea siempre vuestro, y vos seáis siempre mío en los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA ORACIÓN

de las mismas perfecciones divinas.

Ámeos yo, Señor Dios mío y Criador mío, por razón de vuestro noblilísimo y perfectísimo ser, el cual es en vos tan esencial y tan proprio, que no es posible caber en entendimiento de quien sabe qué cosa es Dios, que vos no seáis. Porque si vos no fuésedes, ninguna cosa sería, pues todo lo que tiene ser, pende de vos. Mas vuestro ser no pende de nadie, sino de vos mismo, porque no es ser participado sino proprio, y por eso no es limitado ni medido, sino universal y infinito, pues él solo comprehende todo ser.

Ámeos también yo, Señor mío, pues vos sois regla y dechado de todas las cosas, y (como un filósofo dijo) la medida de todas las substancias, porque cada una dellas, cuanto más se llega á vos y más participa de vos, tanto es más noble y más perfecta en su ser. Entre las cuales están como en el más bajo lugar las cosas que no tienen más que ser, como son los elementos, y un poco más adelante las que tienen vida, como son las plantas, y tras déstas las que tienen sentido, como son los animales, y luego las que tienen entendimiento y sabiduría, como son los hombres, y sobre todos éstos, los que están en caridad y gracia, porque están más cerca de vos, y participan más de vuestra bondad, pues (como dijo vuestro Evangelista) Dios es caridad, y el que está en caridad, está en Dios, y Dios en él.

Ámeos también yo, Señor, pues vos sois causa universalísima de todas las cosas, la cual por natural razón alcanzaron los filóso-

fos, viendo que no era posible proceder en infinito en las causas esencialmente ordenadas, sino que todas ellas finalmente habían de tener su paradero y venir á rematarse en una primera causa, de quien procediesen todas, y por quien fuesen movidas, que es como la primera rueda de un reloj, que mueve todas las otras, ó la primera cabeza de una república, de quien se derivan las otras: la cual en esta gran república del mundo sois vos.

Ámeos también yo, Señor, pues vos sois vida, y felicísima vida, y autor de todo lo que tiene vida. Porque si es mejor tener vida que carecer della, y vos sois el mejor de todas las cosas, síguese necesariamente que habéis de tener vida. Y si es mejor la vida racional que la irracional, síguese que vuestra vida es racional y intelectual sobre todo entendimiento. Y si es mejor vida feliz que infeliz, síguese que vuestra vida es feliz. Y porque vos sois el mayor y mejor de todas las cosas, síguese que vuestra vida ha de ser felicísima sobre todas las vidas. Ámeos pues yo, Señor Dios mío, fuente de felicidad y de vida, de quien recibieron vida todas las cosas que viven, en quien vivimos, y nos movemos y somos, y de quien y por quien viven todas las cosas que dichosamente viven.

Ámeos también yo, Señor, pues vos sois poderosísimo mantenedor y sustentador de todas las criaturas: las cuales como no pudieron salir de no ser á ser sin vos, así tampoco se podrían conservar en ese mismo ser sin vos. Vos sois el que estáis asentado sobre los tronos de los cielos, y dende ahí llega vuestra vista hasta los abismos. Vos tenéis (como dice el Profeta) con tres dedos colgada la redondez de la tierra, es á saber, con la grandeza de vuestra omnipotencia, de vuestra sabiduría y de vuestra bondad, con los cuales cargastes sobre ella los montes y los collados por su justo peso y medida. Vos pusistes sus puertas y cerraduras á la mar, y le señalastes sus leyes, y dijistes: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y aquí quebrantarás el furor de tus olas. De vos canta con mucha razón aquel gran filósofo cristiano en sus versos, diciendo: ¡Oh sumo Dios, criador de las tierras y del cielo, que con perpetuas leyes gobernáis al mundo, que mandastes á los tiempos dende el principio correr por su orden, y estando siempre en un mismo ser variáis y movéis todas las cosas! Vos sois el principio y el sustentador dellas, vos la guía y la senda y el término de todas ellas. Vos sois puerto y descanso quieto de

los buenos, y ver vuestra cara es el fin de todos nuestros deseos.

Ámeos también yo, Señor, porque vos sois fuente de sabiduría, de quien proceden todos los tesoros de la sabiduría y de la sciencia. Porque así como este sol visible es principio y causa de toda la luz del mundo, y por él vemos todo lo que vemos, así vos sois una luz invisible y sol de nuestros entendimientos, de quien se derivó la luz de todos ellos, por cuya claridad y beneficio entienden todo lo que entienden. Vos sois la razón y orden de las cosas, y el que según la regla de vuestra rectísima voluntad las pusistes en aquellos grados y lugares que quisistes. Vos hecistes unas criaturas corporales, y otras espirituales, y otras medias y participantes de entrambas. Unas hecistes corruptibles y otras incorruptibles, unas simples y otras compuestas, unas para regir, otras para ser regidas, unas para causar, otras para ser causadas, unas altísimas y nobilísimas, otras bajas y pequeñas, y otras medias entre las unas y las otras, así como convenía para la perfección deste universo. Vos también señalastes sus lugares á todas las cosas según la condición de sus naturalezas, y así unas pusistes en lo alto, otras en lo bajo, y otras en el medio, para que así no hobiese lugar en el mundo que no estuviese poblado de las obras de vuestras manos, y cada cosa tuviese el puesto que más convenía para su naturaleza. Desta manera ordenastes cuasi infinitas cosas muy diversas á un mismo fin, y de todas ellas hecistes una música tan concertada, un mundo tan hermoso, y una república tan perfecta, que no hay cosa con que se pueda comparar. Pues si tan grande bien es la sabiduría, y tan digna de ser preciada, y la vuestra, Señor, es tan grande, cuanto la universidad de todas vuestras obras testifican, ¿por qué no os preciaré yo? ¿Por qué no os amaré con todas mis fuerzas y con todo mi corazón? ¿Por qué no me serán todas vuestras obras testigos de vuestra gloria, espejos de vuestra hermosura, predicadoras de vuestra sabiduría, y despertadoras de vuestro amor, pues todas ellas á una voz dicen que os amemos?

Ámeos también yo, Señor, porque vos sois bondad esencial y infinita, porque no sois por cualidad bueno sino por esencia, de tal manera que vuestra misma naturaleza es la misma bondad. Lo cual se parece bien por vuestras obras, porque tanto una cosa es más buena, cuanto es más comunicativa de sí misma, como lo es el sol entre las criaturas corporales, que tan liberalmente comu-

nica su luz y su calor á todo el mundo. Pues ¿quién, Señor, hay en los cielos y en la tierra tan liberal y tan comunicativo como vos? ¿Qué criatura hay tan pequeña, que no participe algo de vos, que no esté llena de vuestras riquezas, pues ninguna tiene otro patrimonio ni otro ser más del que vos le distes? De manera que vos sois el tesoro de todo el mundo, vos el sumo bien, y universalísimo bien. De aquí nasce que como todas las cosas naturalmente desean su perfección y su proprio bien, así todas desean llegarse á vos y ser participantes de vos, que sois su perfección y su bien: por dónde hasta la misma materia primera (que es la más baja cosa que vos criastes, y más sin ser) ésa, como tan pobre de ser, desea el ser, con el cual participe algo de vos, y tenga alguna manera de semejanza con vos. Pues si esta criatura tan baja, que ni tiene ojos para veros, ni voluntad para amaros, ni aun ser entero, por el cual sea algo, estando tan vacía y pobre de todo, no lo está de vuestro amor y natural deseo, ¿qué será razón que haga, Dios mío, quien tiene ojos de razón para conoceros, y corazón hecho para amaros, y á quien solo tenéis hechas todas las mercedes que hecistes á todas las criaturas del mundo, por lo cual se llama menor mundo? Quien tanto ha recibido, y tanto debe, y tanto ve, y tanto con vuestra ayuda puede amaros, ¿cómo se deja vencer de la materia primera en la recuesta de vuestro amor? Ámeos pues yo, Señor mío, por esta infinita bondad que hay en vos, que es la más fuerte causa de amor, y de la cual nos viene todo el bien. Porque así como es propria condición del sol alumbrar, y del fuego calentar, y de la nieve enfriar, así, y mucho más, es proprio á vuestra suma bondad hacer á todos bien y perdonar. Pues ¿quién será tan enemigo de sí mismo que no ame tal bondad, de la cual le viene tanto bien? Ciertamente, Señor, todos corremos á vos (dice S. Bernardo) por la mansedumbre grande que se nos predica de vos, porque no despreciáis al pobre, no huís del pecador, no desechastes al ladrón que os confesaba, ni á la mujer pecadora que lloraba, ni á la Cananea que os llamaba, ni á la que fué tomada en adulterio, ni al Evangelista que estaba en el cambio, ni al publicano que oraba, ni al discípulo que os negaba, ni al perseguidor de vuestros discípulos, ni á los mismos que os crucificaban. Pues por esto, Señor, corremos en pos de vos al olor destos tan preciosos ungüentos, porque ninguna cosa hay en el mundo más suave, ni más amable, ni más

dulce de aplacar que vos. Pues siendo vos, Dios mío, un tan grande piélago, y no solamente piélago sino un mundo de tantas perfecciones y virtudes, ¿cómo no os amaré yo con todo mi corazón y con todas mis fuerzas? Y si cada una de vuestras perfecciones, por ser infinita, merece ser amada con amor infinito, ¿con qué amor amaré al que en sí encierra perfecciones infinitas? ¿Con qué lengua os alabaré, con qué palabras predicaré vuestras grandezas, y con qué entrañas amaré vuestra bondad? La deuda está, Señor, conoscida, y también la pobreza del deudor. Vos, Señor, suplid esta falta, y pues tanto merescéis ser amado, y tan encarecidamente me mandáis que os ame, dadme un corazón nuevo, con el cual os ame yo de la manera que vos mandáis, á quien solo se debe infinito amor, perpetua alabanza, eterna gloria, sumo poder, reino perpetuo y imperio sin fin en los siglos de los siglos. Amén.

TERCERA ORACIÓN

de las mismas perfecciones divinas.

Si entre todas las cosas que provocan á amor, una de las principales es la hermosura, ¿por qué no os amaré yo, Señor, pues vos sois fuente de todas las hermosuras? Vos sois hermosura del universo, pues todas las cosas criastes cada cual en su manera hermosas, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, en cuya cara desean mirar los ángeles, con cuya vista tienen su última felicidad y gloria todos los espíritus soberanos. De vos recibieron su hermosura las aves, las flores, las fuentes, los campos, los ríos, los mares, los bosques, los árboles, la tierra, los montes, los valles y todas las cosas. Vos hermoseastes el cielo con estrellas, el aire con aves, el agua con pesces, los prados con flores, y la tierra con infinita diversidad de plantas y de animales. En todos los lugares del mundo sois hermoso, porque en todos ellos se hallan rastros y señales de vuestra hermosura. En el cielo sois hermosura de gloria, en el infierno de pena, en los buenos de gracia, y en los malos sois hermosura de justicia.

Ámeos también yo, Señor mío, pues vos sois perfección de todas las cosas. Vos sois alabanza de los ángeles, galardón de los sanctos, esperanza de los patriarcas, lumbre de los profetas, ale-

gría de los apóstoles, corona de los mártires, gloria de los confesores, pureza de las vírgines, y salud de todos los escogidos. A vos alaban todos los espíritus bienaventurados, de vos tiemblan las columnas del cielo, y á vos acatan y reverencian todas las criaturas del mundo. Vos hinchís todas las cosas sin extenderos, y pasáis por todas ellas sin moveros, y estáis dentro de todas ellas sin estrecharos. Vos las criastes sin necesidad, y las gobernáis sin trabajo, y las mudáis sin mudaros. Vos solo juzgáis sin error, y castigáis sin pasión, y hacéis mercedes sin perder nada de vuestros tesoros. Porque si la mar dando tantas aguas á la tierra no se menoscaba, siendo finita, ¿cómo se menoscabarán vuestro tesoros, dándolos vos, pues son infinitos? Vos solo sois á vos y á todas las cosas suficientísimo. Y por eso quien á vos solo tiene, todo lo tiene, y quien á vos no tiene, aunque todo lo demás tenga, es pobre, miserable y mendigo.

Todas estas perfecciones y alabanzas con otras infinitas caben, Dios mío, en vos, las cuales ni el entendimiento puede comprehender, ni la lengua mortal explicar: por dónde la mayor alabanza que de vos puede predicar nuestra bajeza, es decir que del todo sois incomprehensible, y que (como dijo un filósofo) con silencio habéis de ser venerado, dando esta soberana gloria á vuestra substancia, que sola ella es infinita en la esencia, en la omnipotencia, en la sabiduría, en la bondad, en la hermosura y en todo lo demás: y como es infinita en todo, así no puede ser comprehendida con nuestro entendimiento, y mucho menos explicada con nuestra lengua mortal. Por dónde así como si se hallase algún mar sin suelo, después que hubiésemos descendido por él cien mil cuentos de leguas, quedarían otras infinitas por bajar, así, después que el entendimiento criado hubiere ahondado mucho en la profundidad de vuestras excelencias, aún le quedará infinito campo por descubrir. Porque vos sois aquel gran Dios de quien está escrito: Más alto es que el cielo, más profundo que los abismos, más largo que la tierra, y más ancho que la mar. Éste es el Dios grande en su fortaleza, y no hay entre los sabios y hacedores de leyes quien se compare con él. ¿Quién podrá escudriñar sus caminos, ó quién se atreverá á decirle que hizo algo mal? Mira que ni aun las obras dél puedes perfectamente comprehender, de las cuales han escripto grandes varones. Todos los hombres le ven, mas cada uno mira de lejos. Éste es el Dios

grande que vence nuestra sabiduría, y el número de sus años es inestimable. De las cuales palabras manifiestamente se colige cómo por todas partes sois, Señor, inefable y incomprehensible. Más alto sois que todo lo que se puede imaginar y figurar, y aun más alto que todo lo que se puede entender y contemplar, y aun sobre todo esto más alto que todo lo que se puede amar, y gozar, y desear, porque á todo esto sobrepuja la inmensidad de vuestra grandeza. De manera que (como dice S. Dionisio) á todas las criaturas sois incomprehensible, porque ni el sentido os alcanza, ni la imaginación, ni la opinión, ni la razón, ni la sabiduría, ni otra alguna virtud criada. Y pues vuestra inmensidad sobrepuja todos nuestros entendimientos, ésta será, Señor, la mejor de nuestras confesiones, y la mayor de vuestras alabanzas, confesaros por incomprehensible. Así lo confesaron hasta los mismos filósofos, y así lo testifica uno dellos por estas palabras: Si mirares (dice él) las palabras de Platón, hallarás que Dios es una tan alta y tan noble substancia, que no hay palabra ni pensamiento que la pueda comprehender. Y si algo dijeres dél, de sus cosas podrás decir, mas á él nunca lo dirás. Podrás decir que es causa de todas las cosas: mas quién sea él, y de qué manera sea, no hay entendimiento que lo alcance. Porque nuestros entendimientos luego nos inclinan á nuestras mismas cosas, y todo lo que entendemos, entendemos á nuestro modo y pensando que es á la manera que nosotros somos: y lo que no es como nosotros, no lo conoscemos, ni podemos atinar cómo será. Sea pues ésta la primera verdad y confesión del primer principio, conoscer que es incomprehensible. Y por tanto, cuando le hayas adorado, llamándole incomprehensible y inefable, la segunda honra que le ofrecerás será confesar que él es deseo común de todas las cosas, y la tercera, que es principio y causa de todas ellas.

Pues si esto supo decir un filósofo sin lumbre de fe, ¿qué será razón que diga, Señor, de vos quien por el testimonio de vuestras palabras tiene conoscimiento de vos? Si vos sois el deseo de todas las cosas (porque todas hallan en vos cuanto han menester, como en bien universal de todas) ¿cómo entre todas ellas seré yo solo el que no os desearé? Oh bien universal del mundo y último fin para quien mi ánima fué criada, ¿consentiréis vos, Señor, tal monstruosidad en la tierra, que yo solo sea el que en ella no os ame y os desee? Oh Dios mío y todas las cosas,

¿por qué no os amaré yo con todos los amores? Vos sois Dios mío verdadero, padre mío sancto, señor mío piadoso, rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía sancta, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redempción mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si vos, Dios mío, me sois todas estas cosas, ¿por qué no os amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? ¡Oh alegría y descanso mío! ¡Oh gozo y deleite mío! Ensanchad mi corazón en vuestro amor, por que sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de vuestro amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios. Hacedme, Señor, nadar en ese río, ponedme en medio desa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca más parezca y donde sea todo consumido y transformado en ese fuego de amor. Ésta sea, Señor, mi demanda, éste mi estudio perpetuo, en esto gaste los días, en esto piense las noches, ni vea cosa de los ojos que no sea despertador y estímulo de vuestro amor. Con este cuidado viva, y ésta sea la postrera palabra con que acabe la vida, pues son bienaventurados los que en vos mueren, y en vos muere quien á vos viviendo ama.

ORACIÓN PRIMERA

SOBRE LA ORACIÓN DEL PATER NOSTER

Dijo, Señor, uno de los sabios deste mundo que la elocuencia que no ponía en admiración á los oyentes, no merecía nombre de elocuencia, dando en esto á entender que á la facultad y ingenio de un hombre mortal pertenecía hacer sus oraciones y razonamientos con tan extraño primor y artificio, que bastasen á poner admiración á todos cuantos las oyesen. Pues si á esta manera de perfección llega el ingenio de los hombres, ¿cuál será, Señor Dios mío, la perfección de vuestras obras? Porque cierto es que lo que va de causas á causas, eso va de efectos á efectos y de obras á obras. Pues si tanta ventaja hace vuestro

poder, vuestra bondad y vuestra sabiduría á todo el poder y saber de los hombres, ¿cuánto serán, Señor, mayores y más admirables todas vuestras obras, que las de los hombres? Por aquí pues, Dios mío, entiendo que vuestra natural condición es hacer tales vuestras obras, que ni haya lengua que las pueda explicar, ni entendimiento que las pueda comprehender, ni alabanzas que basten para las engrandecer. Porque tales conviene que sean vuestras obras, que se parezcan con vos: y así como vos sois infinitamente sabio, poderoso y bueno, y por consiguiente incomprehensible, así es razón que en su manera lo sean vuestras obras (mayormente las de vuestra bondad y misericordia, de que vos más os preciáis) de tal modo que todos los entendimientos que atentamente las miraren, queden como atónitos y fuera de sí. Porque si esto mismo acaesció á la reina Sabá, cuando miraba las obras de Salomón (que al cabo era hombre mortal como nosotros) ¿cuánto más para pasmar serán las obras desa infinita sabiduría y bondad, que reina en todos los siglos? En esta cuenta entra principalmente el misterio de la sacratísima encarnación de vuestro unigénito Hijo, y asimismo el de su sacratísima pasión, y la institución del Sanctísimo Sacramento (que nos dejó en este mundo) y en esta misma entra querer vos, Dios y Señor de inmensa majestad y grandeza, adoptarnos por hijos, y ofreceros á ser nuestro padre. Porque desta manera nos manda vuestro unigénito Hijo que os llamemos, y este nombre os pone en toda la escritura de su Evangelio. En una parte dice: Sabe vuestro Padre las cosas de que tenéis necesidad. En otra dice: Mirad las aves del aire, que no siembran ni cogen, &c. y vuestro Padre les da de comer. En otra dice: No es la voluntad de vuestro Padre que perezca uno destos pequeñuelos. En otra manda decir á sus discípulos: Mirad que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Por la cual causa dice el Apóstol que no se afrenta él de llamarnos hermanos, diciendo: Predicaré, Señor, vuestro nombre á mis hermanos.

Esta tan grande dignidad nos alcanzó y mereció el mismo Hijo vuestro por el misterio de su encarnación y pasión, como el mismo Apóstol lo significó, diciendo: Envió Dios á su Hijo al mundo, nascido de mujer y hecho obediente á la ley, para redemir á los que vivían debajo de la ley, para que así recibiésemos la adopción de hijos de Dios. Y porque ya sois hijos, infundió

Dios el espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual con un entrañable afecto os incita á llamarle de todo corazón padre, padre. De suerte que no sólo nos dió nombre de hijos, sino también espíritu y corazón de hijos, infundiendo en nuestras ánimas el mismo espíritu que por excelencia moró en la suya, para que morando también en las nuestras, nos hiciese participantes deste tan glorioso título y dignidad. Lo mismo confirma S. Juan diciendo: A todos los que recibieron á Cristo, dió el mismo Cristo poder para que fuesen hijos de Dios, los cuales recibida esta dignidad, no viven ya conforme á los apetitos y deseos de carne y de sangre, sino con la pureza y sanctidad que pertenesce á hijos de Dios. Y porque no pensemos que la dignidad de padre era de solo nombre y no de obras y amor, añadió vuestro mismo Hijo diciendo: No llaméis á nadie padre sobre la tierra, porque uno solo es vuestro padre, que está en los cielos, dando á entender que en comparación del amor y providencia paternal vuestra para con los hombres, todos los otros amores y providencias de padres no venían á cuenta, pues está claro que ningún padre nos diputó para tan grande bien como vos, ni hizo tanto por esta causa como vos, pues nos diputastes para vuestra gloria, y entregastes á la muerte á vuestro Hijo para dárnosla. Por esto con mucha razón dijo David: Mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor me recibió. Y el profeta Isaías: Vos (dice él) Señor, sois nuestro padre, y Abrahán no nos conosció, y Israel no supo de nosotros. Y vos mismo, Señor, por el mismo profeta decís: ¿Qué madre hay que se olvide de su hijo, y que no tenga compasión de lo que salió de sus entrañas? Mas si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te traigo escrito, y tus muros están siempre delante de mí.

Padre nuestro.

PUES conforme á esta tan grande y inefable misericordia, nos da licencia y nos manda, Señor, vuestro unigénito Hijo que os hagamos oración diciendo: Padre nuestro que estáis en los cielos. ¡Oh palabra real! ¡Oh palabra dulce! ¡Oh palabra de inestimable consolación y devoción! ¿Quién osara, Señor, habla-

ros desta manera, si vuestro unigénito Hijo no nos diera esta licencia? ¿Quién sois vos, Señor, y quién soy yo, para que os ose yo llamar padre? Vois sois el que sois, yo soy el que no soy, mas antes todo este tan grande mundo que vos criastes, delante de vos no es. Pues ¿qué mayor maravilla, qué mayor misericordia que vos, Dios de infinita majestad, Rey de los reyes, Señor de los señores, Sancto de los sanctos, Dios de los dioses, gloria de los ángeles y alegría de los bienaventurados, queráis ser mi padre, y me adoptéis por hijo, siendo yo un vilísimo lodo, un pobre gusano y una perversísima criatura? ¡Oh maravillosa piedad! ¡Oh longura, oh largueza, oh alteza y profundidad de la caridad y bondad de Dios! Padre nuestro. ¡Oh palabra de consolación! ¡Oh palabra de amor! ¡Oh palabra de confianza! ¿Qué os daremos, Señor, por esta gracia? ¿Con qué palabras engrandeceremos esta misericordia? ¿Qué entendimiento no quedará atónito, considerando esta tan admirable largueza? Padre nuestro. ¿Qué miel hay tan dulce, qué leche tan suave, qué bálsamo tan deleitable como esta palabra? ¡Oh alegría inestimable, oh dulzura inefable, tener osadía para llamaros padre! ¿Qué más pudiérades vos, Señor, hacer, y qué más pudiera yo desear que tener á vos por padre? ¡Oh cómo sentía esto aquel amado Evangelista, cuando dijo: Mirad cuál fué el amor que Dios nos tuvo, pues nos dió que fuésemos llamados hijos de Dios, y que lo fuésemos! Esto es, no se contentó con darnos el título de hijos, sino también el ser de hijos, para que así tuviésemos por cierto ser él nuestro padre, pues ni hay padre sin hijo, ni hijo sin padre. De suerte que el Padre nos tomó por hijos, y el Hijo por hermanos, y el Espíritu Sancto por templos vivos y sagrarios suyos. Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor dignidad que ésta? Dijo un filósofo que la cosa más dulce del mundo era la ganancia, pues todos los trabajos de los hombres se hacen dulces con ella. Pues si la mayor ganancia de las ganancias es tener á Dios por padre, no solo de nombre sino también de obra, ¿qué cosa puede ser en el mundo más dulce ni más suave que ésta? Esta palabra hiere los corazones, resuelve las entrañas, regala el espíritu, conforta el corazón, alegra el ánima, y hace correr las fuentes de las lágrimas.

Padre nuestro. ¡Oh palabra compendiosa, oh palabra abreviada que hizo Dios sobre la tierra! Decía el Apóstol que no sabía más que á Cristo, y éste crucificado: y tenía mucha razón, porque

en solo este misterio se encierra todo cuanto se puede saber. Yo, Señor, después desta sciencia no quiero saber más que esta palabra, Padre nuestro. En ésta quiero leer, en ésta estudiar, en ésta día y noche meditar, porque ésta me basta. Dicen que el hombre es mundo menor, porque en él está abreviado todo cuanto hay en éste mayor. Así también se puede llamar esta palabra sabiduría abreviada, porque en ella está encerrado todo lo que enseña la Escritura divina. Porque toda ella se resume en dos partes principales: la una es prometer, y la otra pedir, porque la una se emplea en pedir al hombre lo que debe á Dios, y la otra en prometer al hombre obediente favores y mercedes de Dios: y así la una nos enseña lo que debemos hacer, y la otra lo que debemos esperar. Pues ¿qué promesas hay que no se comprehendan debajo deste nombre de padre? Y ¿qué obligaciones hay que no se encierren en esta palabra, hijo? Porque ¿qué bienes, qué mercedes, qué providencias no esperaré yo de quien verdaderamente se llama padre? Porque muy bien se sigue: Si es mi padre, amarme ha, proveerme ha, enderezarme ha, ayudarme ha, defenderme ha, aconsejarme ha, curarme ha, enseñarme ha, honrarme ha, heredarme ha, y cuando fuere menester así, como padre castigarme ha, porque ¿qué hijo hay á quien no castigue su padre? Vivir pues debajo de la tutela y providencia de tal padre es dulce estado, servidumbre libre, guarda perfecta, temor alegre, castigo blando, pobreza rica y posesión segura, porque del padre es tomar sobre sí los cuidados y partir el fructo con los hijos.

Iten más, si este padre es Dios todo poderoso y Señor de todo lo criado, ¿qué me puede faltar teniendo tal padre, pues en todos los bienes del padre tienen su parte los hijos? ¿Qué tribulación, qué tempestad habrá que sea parte para turbarme, teniendo tal padre? Si me persiguieren mis enemigos, él me defenderá: si me quitaren los bienes temporales, él me proveerá: si tuviere dudas y perplejidades, él me enseñará: si anduviere en medio de las tinieblas y sombra de muerte, él me acompañará: si me levantaren falsos testimonios, él responderá por mí: si se juntaren batallas contrà mí, no las temeré, porque vos, Señor, estáis comigo. Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor honra, qué mayor misericordia que ésta? La primera dignidad que hay en el mundo, es ser Hijo de Dios por naturaleza, y la segunda es ser hijo por gracia. Y porque no era posible que fuese más que un solo Hijo por

naturaleza, pusístesnos, Señor, en el segundo lugar, que es ser hijos por gracia, sobre la cual dignidad no se puede imaginar otra mayor. Por dó parece que todas vuestras promesas juntas se comprehenden en esta palabra. Mas antes ésta sola dice más que todas ellas, pues mucho más es haceros vos, Señor, nuestro padre, que todo lo que fuera desto nos pudiérades dar, pues siendo vos padre y nosotros hijos, somos herederos de vuestros bienes y particioneros en vuestra hacienda con vuestro único Hijo.

Y no menos me enseña esta palabra lo que debo hacer que lo que debo esperar, porque como vos sois mi padre, así yo también soy vuestro hijo, no sólo de palabra sino de obra: de dónde se sigue que yo estoy obligado á hacer obras de hijo, como vos las hacéis de padre. Y siendo esto así, síguese que estoy obligado á amaros como á padre, serviros como á padre, honraros como á padre, obedesceros como á padre, poner toda mi esperanza en vos como en verdadero padre, recorrer en todas mis necesidades á vos como á piadoso padre, celar y procurar vuestra honra como honra de mi padre, serviros con purísima intención, por puro amor, como sirve el hijo al padre, ponerme todo en vuestras manos como en manos de padre, sufrir alegremente todos vuestros castigos como castigos de padre, y finalmente arrojar todos mis cuidados y pensamientos en vos como en verdadero padre. Todo esto, Señor, me pide por justicia el nombre de hijo, y todo esto os debo yo á vos como á verdadero padre. Y pues en esto se comprehende la suma de todo lo que vos en vuestras Escrituras me enseñáis, síguese que en esta palabra tengo yo abreviada toda esa doctrina, y así en ella tengo que estudiar toda la vida.

Y aun esto se verá más claramente juntando la segunda palabra con la primera, y diciendo: Padre nuestro. Porque no quiso vuestro unigénito Hijo que dijésemos mío, ni en toda esta oración se halla mío ni tuyo, sino nuestro, porque á todos quiso él extender y comunicar la gloria desta dignidad, para que todos fuesen por gracia lo que solo él era por naturaleza. Pues diciendo, Padre nuestro, claramente confesamos que todos somos hermanos, como hijos de un mismo padre, y así á ellos debemos amar como á hermanos, y á vos como á nuestro común padre. Dónde parece que en estas dos palabras se nos encomienda el amor de Dios y del prójimo, en los cuales dos mandamientos está la ley y

los profetas. Pues ¿qué doctrina pudo ser más alta ni más compendiosa que ésta, la cual en solas dos palabras tan claramente enseña todo lo que nos conviene saber?

Y demás desto, no sólo me enseñan aquí lo que debo esperar y lo que debo hacer, mas también me abren el camino de la penitencia y las puertas de la esperanza, cuando me las cerrare la culpa. Porque no por eso desmayaré ni desconfiaré, sino antes imitando el ejemplo de aquel hijo desperdiciado, volveré á vos mi padre, con las palabras y confusión que aquél volvió, diciendo: Padre, pecado he contra el cielo y contra vos. Aquel hijo, recebida la parte de hacienda que le cabía, en apartándose de vos, luego la desperdició, porque en esto pára la hacienda poseída sin la providencia de tal padre. De manera que la hacienda sin vos desnudó al hijo, sacólo del gremio de su padre, echóle de su casa, desterrólo de su patria, despojólo de su fama, desnudólo de la castidad, y hízolo guardador de puercos, para que su miseria le enseñase cuán mal había hecho en apartarse de tal padre, y por el mal que padescía, conociese el bien que había perdido. Pues volviendo este miserable en sí, comenzó á decir: ¡Cuántos mozos de soldada viven hartos en casa de mi padre, y yo aquí perezco de hambre! Volvió sobre sí para volver á su padre, porque de sí se apartó cuando se apartó de su padre. Y sin dubda muy mucho se apartó y alejó de sí, pues perdida la dignidad de hijo y aun la de hombre, vino á hacerse semejante á las bestias, y tener todo su trato y mantenimiento común con ellas. Volviendo pues el miserable en sí, que de sí andaba tan alejado, determina de volver á vos su padre. Mas ¿con qué cara, con qué prendas, con qué esperanza? No con otra más que con saber que es mi padre, porque aunque yo perdí la dignidad de hijo, él no ha perdido la piedad y condición de padre. Para con los padres no entrevienen los extraños, porque en el pecho del padre está el afecto paternal que ruega por el hijo. Pues el padre como vió el hijo, cubrió su pecado, y disimuló la persona de juez por hacer oficio de padre, y la indignación mudó en perdón, deseando que su hijo volviese y no pereciese. Y llegándose á él, echóle los brazos encima, y dióle beso de paz. Desta manera juzga el padre, y así castiga, pues al hijo delincuente da besos en lugar de azotes. Pues teniendo tal padre, ¿quién desesperará, quién desmayará, quién se excusará de venir á él? Si ya no nos desmaya este reci-

bimiento, y nos espantan los besos, y nos turban los abrazos, y pensamos que el padre recibe á su hijo para castigo y no para perdón, cuando le trae con sus manos, y lo junta con sus pechos, y lo aprieta entre sus brazos, y sobre esto dice que muy apriesa traigan la primera vestidura, y le vistan. No dijo: ¿De dónde vienes? ¿Adónde estuviste? ¿Dónde está lo que llevaste? ¿Por qué trocaste tan grande honra por tan grande ignominia? No ve los delictos la fuerza del amor, no sabe el padre qué cosa es tardía misericordia: luego le manda poner un anillo en el dedo, porque no contento con restituirle á su inocencia, quiérele también ennoblecer con esta señal de honra. Manda que le den calzado, para que torne á andar por la carrera de la justicia que había desamparado, y para que se vea la pobreza á que había venido cuando se fué de su padre, pues aun no traía zapatos en los pies. Manda otrosí matar un becerro gordo, porque no contento con cualquiera otro, quiere honrar la fiesta deste recibimiento y declarar en esto la grosura y abundancia de su caridad para con él. Pues movido yo agora, Señor, con este ejemplo, y atraído con tan grande muestra de caridad, después de todos mis descarriamientos y destierros, con toda la humildad y vergüenza que me es posible, vengo, Señor, á vos, diciendo con este hijo desperdiciado: Padre, pecado he contra el cielo y contra vos. Ya no merezco llamarme hijo vuestro: hacedme como uno de los mozos jornaleros de vuestra casa. Estas palabras, Señor, diré, y si las dijere con el corazón que aquél las dijo, cierto estoy que aun antes que las acabe de pronunciar, me saldréis al camino, y me echaréis los brazos encima, y me daréis besos de paz, porque esto se espera de las entrañas de padre, procurar de traer á sí el hijo perdido. Muy bien dice un doctor que así como cuando un ave ve á su hijuelo caído del nido donde estaba seguro, trabaja por volverlo á él, y si ve alguna víbora ó serpiente acercarse á él para comérselo, vuela ella con toda solicitud y providencia al derredor dél, piando y dando voces por librarlo, así aquel Padre Eterno procura la salud de sus hijos, y cura sus enfermedades, y persigue á la bestia fiera (que es el demonio) y vuelve su pollo al nido, y olvídase de la injuria pasada, y procura traerle á penitencia. Y sobre todo esto nunca cesa, como padre y verdadero padre, de amonestarnos, aconsejarnos, encaminarnos y darnos salud. Porque así como cuando uno quiere ver de día, no busca la luz, porque ella misma se

ofrece al que mira, así al que quiere levantar sus ojos al cielo y mirar al Padre, nunca le falta esta soberana y resplandesciente luz que á todos se comunica.

SEGUNDA MEDITACIÓN

EN LA CUAL SE PROSIGUE LA DECLARACIÓN DEL PATER NOSTER

Que estás en los cielos.

Después de la primera palabra, que es, Padre nuestro, se sigue la segunda, no menos dulce, ni menos rica, ni menos compendiosa que la pasada. Porque si vos, Señor, que sois mi Dios, y mi padre, y mi heredad, estáis en el cielo, ¿qué tengo que ver en la tierra, teniendo todo mi tesoro en el cielo? Y si vos, mi padre, estáis en el cielo, síguese que soy yo extranjero y peregrino en este mundo, y que no tengo aquí cibdad permanesciente, sino que busco la venidera. Y pues el peregrino que camina á su patria, el cuerpo solo tiene en el camino, mas el corazón y pensamiento en la patria, donde tiene su casa, siendo yo, Señor, peregrino mientra estoy apartado de vos, ¿dónde ha de estar mi corazón y mi deseo sino en vos?

Esta misma palabra fortalece también mi confianza, y asegura mi partido: porque si vos, padre mío, estáis en los cielos, ya yo tengo derecho á los cielos, ya tengo un pie dentro desa morada, estando vos en ella y siendo el mismo Señor della. ¿Dónde han de estar los hijos sino donde está su padre? ¿Dónde los miembros, sino donde está la cabeza? ¿Dónde las águilas, sino donde estuviere el cuerpo? No excluirá el padre de su casa al que hizo participante del título de hijo y de su herencia.

Esta misma palabra engrandece y levanta mi ánima sobre todas las cosas del mundo. Porque ¿qué mayor ufanía, qué mayor gloria que morando en la tierra, tener el padre en el cielo, y ser por él rey del cielo? Oh los que deseáis honra y gloria, ¿en qué andáis buscando glorias de humo que se lleva el viento, y dejáis una tan grande gloria como es ser hijos del Rey del cielo? Si esto no creéis, ¿cómo sois cristianos? Y si de verdad lo creéis, ¿cómo andáis con tan grandes ansias buscando las vanas honras, que huyen de vos, y dejando esta verdadera, que se os ofrece de gra-

cia? Alegraos en el Señor, y gozaos los justos, y gloriaos todos los de limpio corazón, pues tenéis tal prenda en el cielo, pues tenéis á Dios por padre. Quiero pues, Señor, tomar alas de águila y dejadas las bajezas de la tierra, volar á vos á lo alto, porque ¿cómo podré yo estimar nada en la tierra, viéndome heredero del cielo? ¿Cómo podré yo arrostrar ó á los deleites bestiales del mundo, ó á las riquezas perecederas de la tierra, estando ya hecho en vos, mi padre, poseedor de los cielos? Mayor deshonra sería esto para mí, que andar un hijo de algún grande rey alimpiando muladares ó almohazando caballos. Y si un príncipe, aunque no haya heredado, por el derecho que tiene al reino de su padre, es tan estimado en todo su reino, teniendo yo este mismo derecho por palabra de Dios vivo, no al reino perecedero y mal seguro de la tierra, sino al del cielo, ¿cómo dende luego no me tendré por rico y dichoso con tal derecho y esperanza?

Sanctificado sea vuestro nombre.

Oh cuán convenientemente se sigue esta petición con todas las demás! Porque si yo, Señor, estoy ya recibido por hijo vuestro, ¿qué cosa me está mejor que procurar la gloria de vuestro sancto nombre, la victoria de vuestro reino, y el cumplimiento de vuestra sancta voluntad? Pues ¿qué es pediros yo estas cosas sino recibida esta nueva dignidad de hijo, tomar luego la posesión della y ejecutar las cosas que derechamente pertenecen á los hijos? Porque así como acabando un hombre de ser electo por rey ó por perlado, luego toma la posesión desta dignidad, y comienza á entender en las cosas que son de su oficio, así yo, Señor, recibida por vuestra gracia esta nueva dignidad, comienzo luego á tomar la posesión y ejecución della, diciendo y pidiendo lo que es proprio del hijo de tal padre, que es, desear y procurar la sanctificación de su nombre y la gloria de su reino, esto es, que él sea en todo el mundo conoscido, adorado y glorificado, pues esto mismo es hacer el hombre su proprio negocio, siendo cierto que la gloria del padre es también del hijo, así como la del buen hijo es de su padre, según dijo el Sabio.

Y si es tan proprio y natural del buen hijo amar á su padre, y el amor transforma al que ama en la cosa amada (de tal manera

que olvidado de sí mismo, todo su estudio es desear y procurar lo que el amado para sí desea, como si fuese otro él) ¿qué tengo yo, Señor, de desear para vos, después de transformado por amor en vos, sino lo que vos mismo deseáis? Y pues ninguna cosa más deseáis que la gloria de vuestro sancto nombre, porque ninguna hay más digna de ser deseada, ¿qué tengo yo de hacer, sino desear y procurar esa misma gloria? Bien veo, Señor, que no tenéis vos necesidad desto, porque aunque la lengua mortal calle, todas las criaturas (como el Psalmista dice) dan voces y predican vuestra gloria y las obras de vuestras manos, y nos convidan á hacer lo mismo. Porque si miramos los espíritus angélicos, todos os celebran perpetuamente fiestas de gloria y perpetuo loor. Y si miramos la composición espantable de los cielos, y con ojos claros consideramos sus maravillas, la concordia de tan diferentes elementos, las crescientes y menguantes de la mar tan ordinarias, los mineros perpetuos de las fuentes, los continuos cursos de los ríos, tantas diferencias de árboles, tantas diversidades de yerbas, tantas especies de animales y de otras innumerables cosas, y cada una con su propria virtud natural, como vos Señor le quisistes dar: todas estas cosas, que cada día vemos, ¿qué otra cosa dicen y predican sino la gloria y magnificencia de vuestro nombre? A vos, Señor, pregonan por verdadero y solo Dios, solo eterno, solo inmortal, solo omnipotente, solo sabio, solo bueno, solo misericordioso, solo justo, solo verdadero, solo admirable, y solo merecedor de ser infinitamente amado. Mas entre todas estas criaturas el hombre más que todas ellas está obligado á sanctificar y celebrar vuestro sancto nombre. Porque como él haya recibido de vos en sí solo las habilidades y perfecciones de todas ellas (por lo cual se llama mundo menor) si cada una es obligada á sanctificaros por la parte que le cupo, ¿qué obligación tendrá el que todo lo recibió, y para quien todo cuanto hay en este mundo visible se crió? Por tanto deseo yo, Señor, con todo mi corazón que vuestro nombre sea sanctificado en todo el mundo de tal manera que todas las naciones y lenguas, todas las edades y cualidades de personas en todo lugar se conformen para alabar y glorificar vuestro sancto nombre. No os pido, Señor, riquezas de la tierra, no honras del mundo, no deleites de carne: solamente os pido que vuestro nombre sea sanctificado y glorificado en el mundo. Ésta sea la primera y la mayor de mis peticiones, éste el primero de mis cuidados y

el mayor de todos mis deseos, pues el amor que á vos se debe, ha de ser el mayor de todos los amores. Y si para después desta vida os pidiere vuestra gloria, no la pida yo para solo mi provecho sino para vuestra misma gloria, y por esto tenga por bienaventurados á los moradores de vuestro reino, porque en los siglos de los siglos os alabarán.

Venga vuestro reino.

Señor, otros muchos reyes ó (por mejor decir) tiranos se han apoderado de nosotros: el demonio con su potencia, el mundo con sus pompas, la carne con sus deleites y halagos, y nuestra propria voluntad con sus apetitos. Todos estos crueles señores nos han tiranizado y eximido de vuestra jurisdición y reino, incitándonos siempre á hacer su voluntad, y vivir conforme á sus leyes, desamparadas las vuestras. Pues, oh Rey del cielo, volved, Señor, por vuestra honra y no permitáis más esta tiranía en vuestro reino. Vayan fuera estos tiranos: levantaos, Señor, y sean disipados vuestros enemigos, y huyan los que os aborrecen, de vuestra presencia. Reinad vos, Señor, en nosotros, vos solo nos regid y gobernad, y solo vuestro sceptro y reino sea de nosotros reconocido. Vuestra voluntad sea nuestra ley, vuestra palabra nuestra luz, vuestros mandamientos nuestra alegría, ser vuestros nuestra riqueza, y padescer por vos nuestra gloria. Regidnos, Señor, con vuestra providencia, defendednos con vuestra diestra, guiadnos con vuestro espíritu, enseñadnos con vuestra palabra, gobernadnos con vuestras leyes, enriquecednos con vuestros dones, y castigadnos (cuando fuere menester) con vuestra mano misericordiosa. No tenga que ver más con nosotros el mundo, no la carne, no la propria voluntad, no el demonio. Vaya fuera el príncipe deste mundo, y vos solo reinad en mí, vos solo me regid, vos solo morad dentro de mi ánima, y todo mi corazón ocupe vuestro reino: vos solo seáis lumbre de mi entendimiento y vos solo refección de mi voluntad: á vos solo busque, á vos solo quiera, y á vos solo desee. ¿Para qué ando yo discurriendo, y distrayéndome por diversas cosas, pues para mí basta solo vuestro reino? Dadme pues, Señor, que de aquí en adelante ninguna otra cosa piense, ninguna otra desee ni procure, sino solo

él: él sea mi ocupación, y en él sea toda mi conversación. Vos solo sois bueno, vos solo hermoso, vos solo amable y amador de nuestras ánimas: por tanto vos solo, Señor, me regid, poseed y enderezad. En vos solo se regale mi pecho, en vos repose mi corazón: corra yo á vos, último fin mío, centro y reino mío, donde las ánimas puras descansan.

Venga también, Señor, á nos vuestro reino celestial, que es el fin de todas nuestras esperanzas y el común puerto de nuestros deseos, donde veamos á vos nuestro rey y padre en vuestra hermosura, y gocemos eternalmente de vuestra presencia. Porque ¿qué más natural ni más proprio deseo de los hijos, que ver á su padre en su reino? ¡Oh! ¿Cuándo llegará esta hora? ¿Cuándo vendrá este día? ¿Cuándo veré esta luz? ¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios? ¿Cuándo veré aquellos palacios de oro, aquellos jardines de flores eternas, aquellas fuentes de vida, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellos millares de ángeles, aquellos coros de vírgines, que siguen el Cordero por doquiera que va, aquellos cantores y cantoras que con perpetuos himnos celebran y alaban aquel soberano rey y común padre de todos? Oh Hierusalem, madre nuestra, ¿cuándo te veré? ¿Cuándo será el día que llamaré á tus puertas de oro, y veré tus muros labrados de jaspe, y oiré la música y las voces de alabanza que allí resuenan? ¡Oh cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Cobdicia y desfallece mi ánima deseando las moradas del Señor. Así como el ciervo acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á vos, mi Dios. Éste es deseo natural de hijos y propriedad de aquella agua que da saltos hacia la vida eterna, levantando el corazón del hombre de la tierra al cielo. Ésta hacía al bienaventurado mártir Ignacio (cuando iba á padescer) decir estas palabras: *Amor meus crucifixus est, & non est in me. Aqua autem quaedam in me manet dicens mihi: Vade ad Patrem.* Quiere decir: Mi amor fué crucificado, y no está comigo: mas una agua quedó dentro de mí, que me está diciendo: Ve á tu Padre. Éste es pues el común padre que deseamos, y por quien sospiramos en este destierro, dando voces y diciendo: Venga, Señor, á nos vuestro reino.

Hágase vuestra voluntad como en el cielo así en la tierra.

Esta voluntad dice Cipriano que es la que vuestro unigénito Hijo hizo y nos enseñó. Esta voluntad es humildad en la conversación, estabilidad en la fe, vergüenza en las palabras, justicia en las obras, en las necesidades ajenas misericordia, y en las costumbres disciplina: no hacer á nadie injuria, y sufrirla después de hecha, tener paz con los hermanos, querer á Dios de todo corazón, amarlo como á padre, temerlo como á Dios, no anteponer nada al amor de Cristo, pues él ninguna cosa antepuso al nuestro. Hasta aquí son palabras de Cipriano. Pues esto, Señor, quiero, esto con todas mis entrañas deseo, que en mí y por mí se haga vuestra voluntad, y que yo todo sea vuestro y todo me emplee en vuestro servicio. Ya no me lleve más tras sí mi apetito, ni tenga ya más respecto á mis intereses, no á la afición sensual de los parientes y amigos, no á las voces del mundo, no á los afectos de carne y de sangre, no piense cuál cosa sea amarga ó dulce, honrosa ó deshonrada, fácil ó dificultosa, mas solamente pretenda hacer en todo vuestra sancta voluntad. Esto solo me sea alegre, esto suave. Ésta sea toda el alegría y gozo de mi corazón, estar en todo tiempo y lugar haciendo vuestra voluntad. ¡Oh si yo solo pudiese cumplir con todos los servicios que se os deben! Ciertamente, Señor, si yo fuese por vuestra honra despedazado, esto debría querer más que gozar de todos los deleites que pudiese haber, salvo si estos deleites no redundasen más en vuestra gloria, porque ya entonces no desearía los deleites por los deleites, sino por solo vuestro servicio, porque ya yo no tengo que ver con mi voluntad, sino con la vuestra. ¿Qué cosa puede ser á mí mayor, más dulce y más amable que resolverme todo en vuestra honra? ¡Oh qué alegría sería para mí, poder tragar alguna cosa que fuese áspera y dificultosa, por vuestra honra! Éste es el gozo de los ángeles, el deseo de los sanctos, el alegría de los justos, servir á vos perfectamente, y conformarse en todo con vuestra sancta voluntad, y traer siempre los ojos puestos en vuestra honra. Y no dudo, Señor, que más se alegran los ángeles y las ánimas sanctas de la magnificencia de vuestra honra, que de la grandeza de su gloria. Y por tanto, así como vuestra

voluntad perfectamente se cumple en el cielo, así se cumpla en la tierra, de tal manera que todos con grandísimo fervor de corazón la sigamos, por honras y por deshonras, por infamias y por buena fama, por adversidades y prosperidades, renunciando todas las otras voluntades y respectos que no sean según vos y por vos, pues vos solo sois nuestro Dios, vos solo por excelencia nuestro padre, vos solo Rey de los reyes y Señor de los señores, y así á vos se debe suma obediencia, perfecta reverencia, eterna gloria y alabanza en los siglos de los siglos. Amén.

TERCERA MEDITACIÓN

SOBRE LA ORACIÓN DEL PATER NOSTER

Nuestro pan de cada día dádnoslo hoy.

Cuán á propósito vienen, Señor, todas estas peticiones! ¿Qué cosas más propriamente deben desear los hijos, que la honra de sus padres, la prosperidad de su reino y el cumplimiento de su voluntad? Pues no es menos proprio de los hijos (mayormente cuando son chiquitos) pedir á sus padres pan. Esta palabra repiten muchas veces, cuando padescen hambre, con una dolorosa voz, con la cual solicitan las entrañas de sus padres y les hacen partir el pan. Pues yo, padre mío, como uno de vuestros hijuelos, grande en los años mas pequeño en los merescimientos, acosado de mi hambre y necesidad, con el derecho natural que tienen los hijos, pido á vos, padre mío, pan, que es mantenimiento para esta vida que vos me dais. Y porque en mí hay dos substancias, una corporal y otra espiritual, para la una y para la otra os pido pan: para la corporal pido pan de la tierra, mas para la espiritual pido el pan del cielo, que es el pan de los ángeles, los cuales como criaturas espirituales no viven de otro mantenimiento que de vos, que sois pasto de las substancias espirituales. Así que, padre mío, yo que un tiempo estuve asentado en la tierra de Egipto par de las ollas podridas de los deleites mundanos, despreciado ya este manjar de bestias, sospiro por el pan de los ángeles, que del cielo descendió. Éste busco, éste quiero, éste húmilmente os demando. ¡Oh gracia inestimable! ¡Oh misericordia nunca oída! ¡El Dios de los dioses, el Señor de los señores, el

galardón de los sanctos, el gozo de los ángeles, el Verbo del Padre, la sabiduría eterna, la luz del mundo, el sol del cielo es hecho mantenimiento mío! Pues ¿qué cosa debo yo más desear ni más preciar? Sea pues lejos, Señor, de mí deleitarme en cosa del mundo, después de haber hallado un tan precioso y deleitable pasto. El cual, aunque no pueda yo recibir siempre sacramentalmente, á lo menos siempre lo debría recibir espiritualmente, morando mi espíritu por amor y continua recordación con él. Verdaderamente gran maravilla es cómo el corazón humano no se deshace y resuelve todo con la dulzura deste manjar. Y pues vos, oh buen Jesú, os habéis hecho mi mantenimiento y mi refección, á vos solo quiero comer, y de vos solo con un insaciable deseo quiero tener hambre. Porque si vuestro olor solo basta para mantener á todo el mundo, ¿cuánto más vuestra refección? Si con la palabra de vuestra boca vivimos todos, y somos alimentados, ¿cuánto más vivirán las ánimas con la refección sacramental de vuestro cuerpo? Pues ¿cómo, Señor, no se resuelven en vuestra presencia todos nuestros corazones? ¿Cómo no se alegra tanto mi ánima en vos, que se olvide de sí y de todas las cosas por amor de vos? Si las cosas de la tierra, y aun las imágines y figuras solas dellas, ocupan algunas veces tanto mi corazón, que me hacen olvidar de vos, ¿cómo vuestra intelectual y real presencia no me arrebata de tal manera que me haga olvidar de todo el mundo por vos?

Pues, oh padre celestial, dadnos hoy este pan, para que agora y en todo tiempo lo poseamos. Acordaos, Señor, que vuestro Hijo llama este pan cuotidiano, y nos manda que lo pidamos hoy. Decidnos pues, oh buen Jesú, ¿por qué tanto os apresuráis á estar con nosotros, que nos mandáis pedir para hoy, y no esperáis para mañana? ¿Qué habéis visto en nosotros, por donde estáis tan embriagado de nuestro amor, que no queréis esperar por mañana? Si así os constriñe el amor que nos tenéis, que no queréis alargar el plazo de vuestra venida, sino que luego queréis estar con nosotros, no ganando vos en esto nada, ¿cuánto más nosotros, que somos vilísimos gusanos, y que tanto ganamos con vos, debríamos apresurarnos á estar con vos, sumo bien nuestro, espejo sin mancilla y alegría de los ángeles? Y pues vos, oh buen Jesú, según lo que aquí mostráis, no queréis dilatar este negocio, ni nosotros tampoco lo queremos dilatar: y pues vos nos mandáis que os pi-

damos no para otro día, sino para hoy, para hoy, Señor, pedimos esta gracia, y hoy esperamos alcanzarla. Porque de otra manera no tendría verdad ni consecuencia vuestra doctrina, si nosotros pidiésemos para hoy, y no pudiésemos alcanzar para hoy. Por tanto, pues nosotros os deseamos de presente, y os queremos luego poseer, y este mismo deseo tenéis vos, venid luego, Señor, á nuestro corazón, que está sospirando por vos. Vos, Señor, estáis embriagado de nuestro amor, y nuestro corazón lo está del vuestro. Y pues el peso del amor á vos lleva á nosotros, y á nosotros lleva á vos, haced, Señor, que quitados todos los impedimentos, mi ánima os abrace con tan grande amor, que entre vuestros abrazos desfallezca con el gusto de vuestra inefable suavidad. Y pues vos, Señor, cada día queréis que os pidamos, porque siempre queréis estar con nosotros, nosotros también queremos estar con vos y nunca apartarnos de vos, manjar suavísimo y esposo dulcísimo de las ánimas limpias.

Y perdonadnos nuestras deudas
así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

Oh buen Jesú, aunque vos, Señor, benignísima y instantísimamente os ofrecéis en este pan de cada día á nosotros, mas todavía temo yo llegarme á vos. Temo, Señor, el convite de la reina Ester, porque no me acaezca lo que acaesció á Amán, que siendo por ella convidado á su mesa, fué luego después della ahorcado por sus delictos. Y aunque no sea, Señor, ésta vuestra intención, pero yo temo mi disposición, por la muchedumbre de mis pecados, que se han multiplicado sobre las arenas de la mar. Porque ¿quién contará la muchedumbre de mis vanos pensamientos, y de mis malas obras, y de mis desordenadas palabras, pues apenas los justos saben del todo refrenar su lengua? Pues los pecados de omisiones y negligencias, ¿quién los contará? ¿Qué haré pues, Señor, en este conflicto, donde por una parte vos me convidáis á vuestra mesa, y los ángeles me llaman á ella, y la hambre me constriñe á desearla, y por otra la muchedumbre de mis pecados me retira y desmaya? Ya sé lo que haré. Pues vos me dais licencia para que os llame padre, irme he á vos con arrepentimiento y corazón de hijo, y pediros he perdón de mis peca-

dos, los cuales justamente llamo deudas. Porque deudor es de otro quien le hurta lo que es suyo, y pues nosotros con todas nuestras cosas somos vuestros, las cuales habíamos de emplear en vuestro servicio (lo cual no habemos cumplido así, antes con todas ellas os habemos ofendido) claro está que os somos deudores del servicio y honra que os negamos. Perdonadnos pues, Señor, estas deudas, pues vos mandáis que os pidamos este perdón. ¡Oh maravillosa clemencia de nuestro Dios! Habiéndole nosotros despreciado y trocado por tan bajas cosas, con todo esto, él mismo nos manda que le pidamos perdón, y siendo el ofendido, nos convida con la paz. No usó él desta misericordia con los ángeles que pecaron, por lo cual están siempre y estarán en su maldad. Y pues vos, Señor, recibistes ya tan grande satisfación de nuestras deudas con la sangre de vuestro Hijo, y nos mandáis pedir este perdón, perdonadnos todas nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores. ¡Oh dichosa ofensa, oh bienaventurada deuda, la cual después de perdonada merece ser alegada en el juicio de Dios para nuestro perdón!

Por lo cual no nos debíamos entristecer cuando los hombres nos ofenden, persiguen y hacen todo mal, antes nos debíamos alegrar y desear las tales cosas, porque perdonando estas ofensas, más fácilmente podemos alcanzar perdón. Y no hay que dudar sino que esta alegación que aquí nos enseña nuestro mismo juez y abogado, debe ser de gran precio delante dél. Por lo cual de buena gana sufría el rey David los denuestos y injurias de Semeí que le maldecía, porque entendía cuánto esto le valía para reconciliarse con Dios.

Y no nos traydáis en tentación, mas libradnos del mal. Amén.

QUÉ me aprovecha, Señor, salir de las deudas viejas, si torno á entrar en otras nuevas? ¿Qué monta lavarme por haber tocado un muerto, si acabándome de lavar lo torno á tocar? Por tanto, Señor, si vos permitiéredes que nosotros seamos tentados para nuestra humildad, y para nuestro ejercicio, y para nuestra paciencia, y para nuestra corona, y finalmente para que viéndonos afligidos, recorramos á vos como á nuestro padre, no permitáis que seamos vencidos en la tentación. Nuestra flaqueza es

tan grande, que no podemos dejar de caer sin vuestra gracia, y después de recebida la gracia, no podemos perseverar en ella sin vuestra especial ayuda, pues á muchos se da la gracia, y no la perseverancia. Las contradiciones y enemigos que tenemos, vos los veis. La carne es enemigo familiar, continuo y blando: el mundo es engañoso, mentiroso y traidor: el demonio es cruel, fuerte, astuto y muy ejercitado en pelear. Pues estando, Señor, entre tantos escuadrones de enemigos, entre tantos fautores de nuestra carne, y entre tantos ahogadores y perseguidores del espíritu, ¿qué será de mí, Señor, si vos os apartáis de mí? ¿Qué será de una oveja entre tantos lobos, y de una criatura tan flaca entre tantas espadas de enemigos? Pues ¿qué debo yo, Señor, aquí hacer, sino clamar á vos mi padre, como hace el hijo de la golondrina, y gemir como paloma? ¿Qué tengo de hacer sino levantar mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro? A vos, pues, levanto mis ojos, que moráis en los cielos, á vos levanto mi ánima, Dios mío, en vos espero no sea yo confundido. Señor Dios, entended en mi ayuda. Señor, no tardéis en me ayudar. ¿Hasta cuándo, Señor, me habéis de olvidar? ¿Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? ¿Hasta cuándo triunfarán mis enemigos de mí? ¿Cuántos son los días de vida que quedan á vuestro siervo? Pues ¿cuándo habéis de hacer justicia de los que me persiguen? ¿Cuándo me veré del todo libre dellos para volar á vos? ¿Cuándo nadie será parte para desviarme de vos? ¿Cuándo moriré á todas las cosas y á mí mismo, para huir á vos? ¿Cuándo echaré todas las cosas en olvido, por tener fijos todos mis sentidos y pensamientos en vos? ¿Cuándo todas las cosas me serán viles y desabridas, sino solo vos? ¿Cuándo seré todo vuestro por mi voluntad, pues así lo soy por justicia? Oh Padre de misericordias y Dios de toda consolación, usad comigo desta misericordia, que muera yo á todos mis apetitos, y muera también á mí y todos mis enemigos, y viva yo á solo vos. Oh Padre, oh Rey, oh Señor, oh sumo bien mío, oh centro de mi ánima, more yo en vos, descanse en vos, y no tenga otra gloria ni otro tesoro sino á solo vos.

Todas estas mercedes os pedimos, Señor, por vuestro unigénito Hijo, que es nuestro abogado, nuestro sacerdote, nuestro sacrificio y nuestro medianero delante de vos. Porque no osamos (como dijo vuestro Profeta) presentar nuestras peticiones confia-

dos en nuestra justicia, sino en la grandeza de vuestras misericordias y en los méritos de vuestro Hijo, pues todo lo que él en este mundo hizo y padesció, por nuestra causa lo padesció. Pues por él, Señor, os pedimos que seamos misericordiosamente librados y remediados. Por él criastes todas las cosas, y por él mismo después de perdidas las reparastes. Por él criastes el hombre á vuestra imagen y semejanza, y por él restituístes esa misma imagen y semejanza. Él es el fundamento de nuestra justicia, la causa de nuestros merescimientos, el intercesor de nuestras oraciones, el abogado de nuestra causa, y el estribo de nuestras esperanzas. Por él pues os pedimos, Señor, todas estas mercedes, pues lo que no se debe á nuestra justicia, es debido á su gracia. Si no tenéis qué mirar en nosotros, en él tenéis mucho que mirar. Si de nuestra parte faltan merescimientos, sobran de la suya. Por él pues os pedimos, por él os suplicamos, sus méritos alegamos, á él honrad en nosotros, porque lo que á nosotros dais, á él lo dais, pues todo lo que se da á los miembros, se da á la cabeza, cuyos son los miembros. Si no tenemos por nuestra parte que ofreceros, para no parecer vacíos en vuestra presencia, á él os ofrecemos con todos los trabajos y servicios que él os hizo dende el pesebre hasta la cruz, pues en todos ellos somos participantes. Pues con estos títulos y prendas venimos, Señor, á pediros misericordia por justicia: justicia, si miráis á vuestro hijo, y misericordia, si miráis á nos.

Y sobre todo esto mirad, Padre Eterno, que venimos enviados por vuestro mismo Hijo, el cual nos mandó pedir en su nombre, y nos dió palabras conocidas, que son éstas que aquí habemos pronunciado. Reconocedlas, Señor, porque palabras son de vuestro mismo Hijo, que por ellas trata de nuestro remedio. Acordaos que cuando aquella buena mujer de Tecué pidió al rey David perdón para Absalón, hijo del mismo David, así como el buen rey entendió que aquella petición venía ordenada por Joab, capitán general de su ejército, luego se rindió y otorgó lo que se le pedía, por lo cual el mismo Joab le dió las gracias, confesando que aquella merced se hacía á él, y no á la mujer que la pidiera. Y pues yo, Señor, soy aquí enviado por vuestro unigénito Hijo, y él es el que me puso estas palabras en la boca para que os las dijese, él es el que por mí os pide, y á él dais lo que á mí me dais, y él es el que os dará eternas gracias y alabanzas por ello.

Acordaos también, Señor, que no condenastes, antes alabastes al mal dispensador de vuestra hacienda, por haber granjeado amigos que le valiesen y acogiesen en sus casas, cuando le viesen en necesidad. Pues yo el más pobre de las criaturas y que más mal he gastado vuestra hacienda, trabajo por allegarme á vuestro Hijo y valerme dél, para que pues soy tan pobre de merecimientos, sea socorrido y ayudado con los suyos. Y pues tanto nos importa no parecer ante vuestra cara sin traer con nosotros á nuestro espiritual hermano Benjamín (que es vuestro unigénito Hijo) aquí le traemos y presentamos delante de vos, para que por él seamos benignamente recibidos y mirados. Y vos, unigénito Hijo de Dios, que también sois hijo del hombre, extended, Señor, sobre nosotros vuestro palio, pues sois nuestro deudo, para cubrir nuestra desnudez y pobreza, y no despidáis de vuestra gracia á los que hecistes hermanos y consortes de vuestra misma naturaleza.

Ultima oración para pedir el amor de nuestro Señor.

Si tanta obligación tenemos, Señor,...

Busca esta oración atrás, en el tratado quinto, folio 318.

VARIANTES DE LAS EDICIONES

DEL

MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA

EXPLICACIÓN DE LOS SIGNOS EMPLEADOS

A = edición de Lisboa, 1565.
B = edición de Alcalá, 1566.
C = edición de Salamanca, 1575.
D = edición de Salamanca, 1579.
E = edición de Salamanca, 1586.

Página 4, D E omiten la dedicatoria.

Pág. 5, entre las líneas 1 y 2, C D E añaden: Prólogo.—*Línea 22, E:* necesidad tiene. *C D omiten:* tiene.

Pág. 6, línea 10, B omite: un

Pág. 11, línea 8, B omite: él.—*Línea 24, C D E:* en ese.

Pág. 12, líneas 1, 13, 25, B omite: se, á, le.—*Línea 32, B:* dejado.

Pág. 16, l. 15, B: injustos. *C D E:* malos.—*Líneas 27 y 28, C D E:* hasta los publicanos y soldados (que suele ser gente más...

Pág. 17, l. 1, C D E: § I.—*Línea 20, B omite:* su.

Pág. 18, l. 5, B: incomparable.—*Línea 13, B:* ascensios.—*Línea 15, C D E:* terribleza.—*Línea 21, C D E:* ¿Qué mayor monstruosidad que...?

Pág. 19, l. 2, C D E: sino parece que de todas partes les...

Pág. 20, l. 7, B: la mayor de las penas que...—*Línea 10, C D E:* fueran.—*Línea 21, B:* y lo bueno de la muerte...—*Línea 24, B:* de lo malo que tenían...

Pág. 22, l. 1, C D E: que aun (según la sentencia de Sancto Tomás) la pena...

Pág. 25, l. últ., B: arrobaron su ánima... y la llevaron...
Pág. 26, l. 17, B: brazos. *C D E:* abrazos.
Pág. 27, l. 24, B: sufrir. *C D E:* sentir.—*Línea 29, B:* proponemos. *C D E:* propónemos.
Pág. 28, l. 3, B: via. *C D E:* vida.
Pág. 29, l. 12, C D E: Dios les es todo en todas...
Pág. 30, l. 36, B omite: se.
Pág. 32, l. 11, C D E: mas no quiero yo vivir...
Pág. 35, l. 18 y 19, C D E omiten: y suficiencia.—*Línea 22, C D E:* á cuya pureza no puede...—*Línea últ., C D E:* á los otros (si no están del todo ciegos) remuerde...
Pág. 36, l. 6, B: aborrecidas y execrables. *C D E sustituyen:* no lo son —*Línea 21, B:* se puede. *C D E sustituyen:* osarás.—*Línea 34, C D E:* del siglo.
Pág. 40, l. 24 y 30, B omite: y... todo.
Pág. 41, l. 11, B omite el segundo es.
Pág. 45, l. 7, B: muchos. *C D E:* algunos.
Pág. 46, l. 6, B: mentira. *C D E:* sin fructo.
Pág. 47, l. 10, C D E: por el dolor.—*Línea 11, C D E omiten:* el.—*Línea 37, C D E:* que aquí llegue.
Pág. 48, l. última, B: retiene. *C D E:* tiene.
Pág. 49, l. 16, C D E: al agraviado, cuando realmente el daño por algunas destas vías se siguió, y restituyendo...—*Líneas 16, 19, 23 y 26, B omite respectivamente:* y, la, se, el *segundo.*
Pág. 51, l. 16, B: ni. *C D E:* de.
Pág. 52, l. 18 y 19, C D E omiten: sin duda alcanzaremos lo que ella alcanzó.
Pág. 54, l. 21, B C: gusanillos. *D E:* gusanos.
Pág. 56, l. 22, B omite: (aunque no se pierda la fe ni la esperanza).—*Línea 25, B:* de esa. *C D E:* desta.—*Línea 26, C D E omiten:* como dice el Apóstol.
Pág. 58, l. 11, B: los ángeles. *C D E sustituyen:* la Iglesia.
Pág. 64, l. 30, B: que Dios tiene.
Pág. 65, l. 14, B omite: que.
Pág. 69, l. 16, B: obligación. *C D E:* obligado.
Pág. 70, l. 4, C D E omiten: mío.
Pág. 73, l. penúltima, B: loco. *C D E:* seco.
Pág. 75, l. 17, B: había. *C D E sustituyen:* se dió.—*Línea 26, B:* perfectamente uñido. *C D E sustituyen:* uñido por caridad.

Pág. 77, l. 25, B: consuela. *C D E:* consolándola.

Pág. 80, l. 5, C D E: faltando ella (si el confesor no supiese esta falta) la...—*Línea 28, B:* De confesar. *C D E:* Del confesar.

Pág. 88, l. 5, C D E: contar aquí sumariamente.—*Línea 14, C D E omiten:* pecado.

Pág. 89, l. 20, B: su. *C D E sustituyen:* la.

Pág. 90, l. 25, B omite: ordinariamente. — *Línea 32, B:* acuse.—*Línea 34, B:* que hace, hace...

Pág. 91, l. última y pág. 92, l. 1, 2 y 3, B: en cosa... así se haga. *C D E sustituyen:* con gran prudencia.

Pág. 92, l. 26, C D E omiten: más.

Pág. 93, l. 21, C D E omiten: le.—*Línea 22, B omite:* ó.—*Línea 25, C D E:* celoso.

Pág. 95, l. 20, B: vaso. *C D E:* uso.—*Línea 30, B:* las cosas que pertenecen á la decencia de su estado. Si... *C D E sustituyen:* alguna cosa de las que pertenecen á la decencia de su estado, mayormente cuando el acreedor padesce grave daño. Si...

Pág. 96, l. 12, C D E omiten: no.

Pág. 101, l. 9, C D E omiten: á.

Pág. 102, l. 28, y pág. 103, l. 10, B: conviene saber... *C D E:* scilicet.

Pág. 106, l. 32, B: otras muchas. *C D E:* otros muchos.

Pág. 107, l. 31, C D E añaden: puesto caso que esto no deja de ser pecado. Pues...—*Línea 33, B:* claramente ve. *C D E sustituyen:* perfectamente conosce.

Pág. 109, l. 8, B: maldad. *C D E:* humildad.

Pág. 117, l. 19, B: el pecado. *C D E:* al pecado.

Pág. 124, l. 12, C D E omiten: otras por.

Pág. 129, l. 25, B: imágenes. *C D E:* imaginaciones.—*Línea 36, C D E:* quitasen.

Pág. 131, l. 31, B C: á la otra? *D:* y de la otra? *E:* ó de la otra?—*Línea 36, B:* junta. *C D E:* junte.

Pág. 133, l. 7, C D E: purísimas y virginales entrañas.—*Líneas 9 y 10, B:* una sombra de deleite. *C D E sustituye:* alguna ilusión del demonio.—*Línea 12, C D E añaden:* ó cuando no menos devoto se halla el hombre con esto que sin esto. Y no sólo...

Pág. 134, l. 26, C D E omiten: servil.—*Líneas 30 y 33, C D E omiten:* Por dónde... bodas?

Pág. 135, l. 6, B: costumbre de comulgar. — *Línea 19, C D E:* y no recebir.

Pág. 151, l. 4, B: las pueda. *C D E:* la puede.—*Línea 37, B:* cuando lo recibió. *C D E:* y lo recibió.

Pág. 152, l. 24, B: fuere acostar.

Pág. 154, l. 3, B: queréis. *C D E:* queráis.

Pág. 155, l. 19, B: quinto. *C D E sustituye:* fin deste tercero.

Pág. 157, l. 23, B: si el hombre. *D E:* al hombre que.

Pág. 158, l. 7, B: médico. *C D E:* remedio. — *Líneas 13 y 16, C D E omiten:* Porque... males del ánima.—*Líneas 31 y 32, C D E:* y como quien... anda.

Pág. 159, l. 8, B: qué. *C D E:* cuán.—*Línea 25, B:* para que pues. *C D E:* porque pues.

Pág. 160, l. 26, C D E: está el ánima de Cristo y el Verbo eterno.—*Línea 32, D:* y se le da.

Pág. 162, l. 5 y 6, B omite: y no comen manjar de fuertes!—*Línea 12, C D E:* translación.— *Línea 22, B:* todas furias.—*Línea 24, B omite:* agora.

Pág. 166, l. 21, C D C omiten: ó.

Pág. 168, l. 6, D E: porque no se aparejó.—*Línea 18, C D E omiten:* mas para mayor provecho dellos.

Pág. 170, l. 8, C D E: regalo *(sin* el).

Pág. 171, l. 7, C D E: Ca las personas.

Pág. 172, l. 16, B: veces desistir.

Pág. 173, líneas 4 y 22, C D E omiten el segundo lo... y.

Pág. 175, l. 8, C D E omiten el primer así. — *Línea 28, C D E:* concurran.

Pág. 177, C D E omiten toda la línea 9.—Líneas 28 y 30, B: las oraciones... *C D E sustituyen:* agora pondremos algunas devotas oraciones y meditaciones en que se pueda ocupar el buen cristiano antes y después de la sagrada Comunión.—*Y siguen las cuatro oraciones que están de la pág. 360 á la 374.*

Pág. 180, l. 8, B omite: otros.

Pág. 182, l. 2, debe decir: á su enemigo.

Pág. 183, l. 20, B: se perdió. *C D E sustituyen:* vino á dar tan gran caída.

Pág. 185, l. 29, B: su pecho. *C D E:* sus pechos.

Pág. 186, l. 4, B omite la última conjunción ó.

Pág. 187, l. 11, B: del todo punto.

Pág. 191, l. 34, C D E: sumo y único y.

Pág. 192, l. 11, B: procura.—*Línea 15, C D E:* mirando á esta prima faz.—*Línea 22, B omite:* del mundo.

Pág. 193, l. 8, B: esta parte.—*Línea 25, C D E:* no se le pegue el corazón á ellos.

Pág. 194, l. 7, B: á de esperar la devoción.

Pág. 195, l. 18, B: desmandarse.

Pág. 197, l. 4, B: que ningún. *C D E:* pues ningún.—*Línea 10, C D E omiten:* las.—*Línea 33, C D E:* estos.

Pág. 199, l. 3, B omite: ordinariamente.—*Líneas 5 y 6, C D E omiten:* y esto de tal manera que solos los Sacramentos la dan, y sola la oración la pide, y la limosna.—*Línea 14, C D E omiten:* la.—*Línea última C D E omiten:* más.

Pág. 200, l. penúltima, B: dije. *C D E:* dice.

Pág. 201, líneas 21 y 22, C D E: imaginaciones.—*Línea penúltima, C D E:* así como de nuevo conoscen.

Pág. 203, l. 10, B: por tiempo.—*Línea 22, C D E:* y parte.—*Línea 26, B:* ellas.

Pág. 204, C D E omiten: y.

Pág. 205, l. 5, B: toda la afición de demasiada.

Pág. 206, l. 7, C D E omiten: hay.

Pág. 208, l. 35, D E: especies.—*Línea última, B omite:* es.

Pág. 209, l. 30, B: engañado.

Pág. 212, l. 22, D E: y que con ellas.

Pág. 214, l. 29, B omite: recibidos.

Pág. 215, líneas 27 y 28, C D E sustituyen: y mi ánima y mis obras feas y abominables...—*Línea última, C D E:* ante los ojos de Dios.

Pág. 216, l. última y pág. 217, línea primera, B: destruye.

Pág. 219, l. 2, C D E: tras esta.—*Línea 6, B:* la boca.—*Línea 6, B:* no deshonestas.

Pág. 220, l. 22, B: lícito. *C D E:* dado.

Pág. 221, l. 9, C D E: como á excelente.—*Línea 11, B:* hombres. *C D E:* prelados.

Pág. 222, l. 17, B: sienta. *C D E:* sentirá.—*Línea 18, B:* ninguno. *C D E:* ningunos.

Pág. 223, l. 1, B: dellos. *C D E:* desto.—*Línea 3, B omite:* y.

Pág. 224, l. 12, B: aguardáis. *C:* guardáis. *D E:* guardéis.—*Línea 28, B:* bajo.

Pág. 226, l. 13, B omite: Sant Pedro.—*Línea 30, B omite:* los.

Pág. 227, l. 2, B omite: y mercedes de Dios para adelante.

Pág. 229, línea última, B: solo.

Pág. 231, l. 12, C D E: severamente.

Pág. 233, l. 6, C D E: en el lugar.

Pág. 235, líneas 12 y 14, C D E omiten: pues nos consta... mesmo Dios.

Pág. 236, l. 27, B: pasaderas. *C D E:* perecederas.—*Línea 37, C D E:* menosprecio del.

Pág. 237, l. 23, C D E omiten: el.

Pág. 238, l. 19, C D E: tranquilidad del.

Pág. 239, l. 9, C D omiten: ni. *E:* ni así.—*Línea 12, C D E omiten:* negar á sí, ni.—*Línea 13, C D E omiten:* mortificar la naturaleza, y así no puede.

Pág. 245, l. 14 y 15, D E sustituyen: verdad, con todo eso no comería, no porque no entendía...—*Línea 16, A:* tiene. *D E:* padesce.—*Línea 35, D E:* entereza en que.

Pág. 246, l. 23, D E: obraron.

Pág. 252, l. 22, D E: Nascido Isaac, dijo Sara...—*Línea 27, D E:* y nascido Isaac...

Pág. 253, l. 2, A omite: de los deleites...—*Línea 20, D E:* devoción.

Pág. 256, l. 12, A omite: virtudes.—*Líneas 20-22, D E omiten:* como es ayunar... particulares.—*Línea 24, D E:* una como red.

Pág. 257, l. 9, D E: sino ordinario.—*Línea 20, D E:* ser la oración.—*Línea 31, D E:* se vea.

Pág. 258, l. 3-6, D E omiten: en lo cual... guardar lo otro.—*Líneas 19 y 20, A:* ¿qué será... del enemigo? *D E sustituyen:* ya la oración caresceria de uno de sus principales fructos.

Pág. 260, l. penúltima D E: S. Antonio.

Pág. 261, l. 5, D E: en el altar.—*Línea 17, D E:* adoraban.—*Línea 20, después de* orar, *A añade:* por los pecados ajenos, *palabras que no hacen sentido y están suprimidas en D E. Véase el tomo X, pág. 211, de esta edición, donde estas palabras están puestas en su propio lugar.*

Pág. 263, l. 5, D: moscas delante.—*Línea 8, D E:* S. Antonio.—*Líneas 17 y 18, D E sustituyen:* halló en este ejercicio de la oración.

*

Pág. 264, l. 12, D E: hacen.—*Líneas 21 y 22, D:* hacemos que con la caridad. *E:* hacemos como con la caridad.

Pág. 265, l. 33; A: será. *D E:* sería.

Pág. 268, l. 7, D E: ó secretamente.—*Línea 27, D E:* penetra.

Pág. 269, l. 10, A omite: lleno.—*Líneas 25 y 26, D E omiten:* y aun sobre esto... á bien obrar.—*Líneas 30 y 31, D E:* Por donde (como una casa... caída) así ella ha...

Pág. 270, l. 25 y 26, A D: que millares de ángeles.

Pág. 271, l. 15, A: tiene. *D E:* toma.

Pág. 273, l. 34, A omite: en comparación de su suegro. *Pero está en D E.*

Pág. 274, l. 8, D E: altar de sacrificios en...

Pág. 275, l. 15, D E: instrumentos.—*Línea 17, D E omiten:* con que estemos ciertos.

Pág. 276, l. 8, A: puse. *D E:* vi.—*Línea 15, D E:* el mismo Señor por...—*Línea 20, A:* altamente. *D E:* claramente.—*Líneas 22 y 23, A:* Sanctificado á Dios.—*Línea 35, A:* orando. *D E:* obrando.

Pág. 277, l. 26, A: limitación. *D E:* moderación.

Pág. 279, l. 5, A: tres. *D E:* dos.—*Línea 25, A:* desmayar y perder todo lo ganado, si algo habían ganado.—*Línea 36, D E:* puede.

Pág. 280, líneas 32, 36 y 37, D E omiten: te, le, le.

Pág. 281, l. 4, D E añaden: Hasta aquí son palabras de San Hierónimo sobre el primero capítulo del profeta Abacuc. Pues...

Pág. 282, l. 32, D E omiten: teniéndolo todo en nada.—*Línea última, D E añaden:* estado de tan.

Pág. 283, l. penúltima, A: el principal oficio y la principal ocupación. *D E como en el texto.*—*Línea última, A:* quería. *D E:* había escogido.

Pág. 284, l. 23, A: deste. *D E:* de agora.—*Líneas 31-35, A omite:* y cuando el sol... y trabajos.—*Línea 35, D E añaden:* nos.

Pág. 286, l. 35-38, D E añaden: Y porque... celestial.—*Línea última, D E omiten:* exteriores.

Pág. 287, l. 29 y 30, D E omiten: y que con tantas mujeres estaba casado.

Pág. 293, l. 3, D E: húmilmente.

Pág. 296, l. 5, D E: siempre en.

Pág. 298, l. 23, D E: quejas.—*Línea 29, D E:* hombre bajo.

Pág. 300, l. 33, D E omiten: y ningún tormento.

Pág. 301, l. 29, A: desastres. *D E:* males.

Pág. 302, l. 14, A: con ella. *D E:* con ese precioso licor.

Pág. 303, l. 27, D E omiten: miserablemente.

Pág. 305, l. 9, D E omiten: cosas.

Pág. 311, l. 11, D E: Señor... Dios.—*Línea 33, D E:* cuando en el oficio de los ángeles canta.

Pág. 312, l. 13, A: trema. *D E:* tiemble.

Pág. 315, l. 3, A: ab aeterno. *D E:* abiertos.

Pág. 320, l. 17, A: eso. *D E:* esto.

Pág. 324, l. 23 y 25, D E omiten: temor de vuestro santo nombre, firmísima esperanza... perfecta obediencia.

Pág. 325, l. 8, A: oídos. *D E:* ojos.—*Línea 26, D E:* muy devota.

Pág. 330, l. 3, D E añaden: repitiendo con cada uno dellos aquellas mismas palabras: Alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.—*Línea 7, D E omiten:* mi.

Pág. 331, l. 19 y 20, A: no por la penitencia que yo he hecho sino por la. *D E sustituyen:* por los trabajos y servicios.—*Líneas 29-31, D E omiten:* Porque... pasión.—*Líneas 33 y 34, A:* confío en tu bondad que. *D E sustituyen:* confieso que por tu bondad.

Pág. 333, l. 36, D E omiten: te.—*Línea 37, A D E omiten:* dar.

Pág. 336, l. 4, D E: misericordiosísimo.

Pág. 339, l. 31, D E: todas estas abrasadas.

Pág. 342, l. 19-20, D E: rodillas, tantas veces por mí en la tierra hincadas y tantas veces cansadas en caminar.—*Línea 28, A:* de cruz. *D E:* de la cruz.—*Línea última, A:* despedazado. *D E sustituyen:* llagado.

Pág. 344, l. 6, A: consuela. *D E:* socorre.—*Líneas 10-11, D E:* haz que yo sea inocente.

Pág. 345, l. 31 y 37, D E: sanctísimas... devotísimamente.

Pág. 346, l. 21, D E: huerto cerrado. —*Línea 29, D E:* cualquier tribulación.

Pág. 348, l. 18, D E: ahí á tu, *y omiten:* su.

Pág. 350, l. 20, A: alimpia. *D E:* esfuerza.—*Línea 38, D E omiten:* se.

Pág. 351, l. 6, D E omiten: sálvame, y seré salvo.

Pág. 352, l. 25 y 26, D E omiten: con tu gracia.

Pág. 353, l. 7, D E omiten: María.

Pág. 354, l. 28, A omite: por mi culpa.

Pág. 355, l. 3, D E: viste á tu.

Pág. 357, l. 16, A: Oraciones.

Pág. 360-374.—Estas cuatro oraciones C D E las colocan al final del tratado III.

Pág 361, l. 4, C D E: las alas.

Pág. 364, l. 5, C D E omiten: agora. —*Línea 10, C D E:* quedan.—*Línea 11, A omite:* más.

Pág. 366, l. 1, A: Oraciones.

Pág. 368, l. 4, A C D: Deuteronomio. *E:* Éxodo.—*Línea 22, C D E:* haber mantenídonos.

Pág. 371, l. 2, A: ésta? *C D E:* ésa?

Pág. 372, l. 2, A omiten el segundo más.—*Línea 4, D E omiten:* el.

Pág. 376, l. 25, D E: será más fructuosa y más eficaz oración.

Pág. 377, l. 24, A: devociones. *D E:* oraciones.

Pág. 379, l. 11, D E omiten: suyos.

Pág. 380, l. 14, D E omiten: y.

Pág. 385, l. 21, D E: gran.—*Línea penúlt. D E:* en el ejercicio.

Pág. 387, l. 7, A: que. *D E:* y.

Pág. 388, l. 9, D E: reverencia con.—*Línea 31, A:* azadas. *D:* azadadas. *E:* azadonadas.

Pág. 389, l. 18, A: en él. *D E:* dentro de sí.

Pág. 395, l. 15, hasta el final de la pág. 401, D E lo omiten.

Pág. 402, antes de la línea 1.ª, D E añaden: Comienzan los principales misterios de la sacratísima vida y dolorosa muerte y gloriosa resurrección de nuestro Salvador.—*Línea 17, A:* de Dios. *D E sustituyen:* De la humanidad del Hijo de Dios.—*Líneas 23-25, D E:* primero y mayor fué ser madre de Dios. El segundo...

Pág. 404, l. 1, D E omiten el paréntesis entero.

Pág. 405, l. 10, D E: sierva.—*Línea 12, D E:* regalos.—*Línea 28, D E:* poner los ojos, después del Hijo de Dios, que estas maravillas obró, conviene á saber, el niño...

Pág. 407, l. 4, A omiten: de cosas tan.—*Línea 14, A:* ardores. *D E:* sentimientos.

Pág. 408, l. 28, A omite: parece que.—*Línea 33, D E:* más con el aire.

Pág. 409, l 5, A: naturaleza. *D E:* prudencia.—*Línea 35, D E:* sería el.

Pág. 410, l. 29, D E omiten: sus.

Pág. 412, l. 33, D E omiten toda.—*Línea 38, D E:* á su.

Pág: 413, l. 25, D E: panar de cera.

Pág. 414, l. 15, A: daba. *D E:* ofrecía.

Pág. 415, l. 24 y 25, D E omiten todo el paréntesis.—Línea 25. A omite: el.

Pág. 417, l. 14, A: lejas tierra. *D E:* lejos tierras.—*Línea 23, D E:* á tu pereza.

Pág. 419, l. 3, A: continuación. *D E:* consideración.—*Línea 12, D E:* necesitados, sufriendo.—*Línea 29*, venidos de.

Pág. 420, l. 26, á pág. 421, l. 10, A omite: De dónde puedes...Y mira... *que D E añaden.*

Pág. 421, l. 35, D E: y engaños.

Pág. 422, l. 9. D E omiten: encerrada.

Pág. 423, l. 14, D E: ellos á éste.

Pág. 424, l. 2, D E: su pobreza.—*Línea 9, D E:* Estaban.—*Línea 32, D E:* levantarán.

Pág. 425, l, 28, D E omiten: los.

Pág. 427, l. 24, D E: otros muchos).

Pág. 428, l. 6, D E. omiten: En este tiempo.—*Línea 17, A D E:* hacéis. *Es errata, por* habéis.—*Línea 23, A:* mujer. *D E:* señora.—*Línea 24, D E:* en todas partes: y señaladamente...—*Línea 32, A omite:* y de la casa de tu padre.

Pág. 429, l. 22, A: ¿No sabíades &c., *suprimiendo el resto de la interrogación, la cual está en D E.*

Pág. 430, l. 5, A: ésta. *D E:* éste.—*Línea 15, A omite:* el Señor.

Pág. 431, l. 29, A omite: tan.

Pág. 432, l. 12, A: recogen. *D E:* han de recoger.

Pág. 434, l. 4, D E: todas las criaturas.—*Línea 6, D E:* las unas y de las otras. —*Línea 25, D E:* que en sí tiene. —*Línea 30, D E:* y más divina...

Pág. 438, l. 3, A: es. *D E:* fué.

Pág. 439, l. 30, D E: en este amor.

Pág. 440, l. 16, D E: á una ciudad.

* *

Pág. 441, l. 18, D E: ya que comer.

Pág. 445, l. 9, A: el leño. *D E:* la mecha del lino.—*Línea 15, A:* el leño. *D E:* la torcida de lino.

Pág. 450, l. 25, A: remedio. *D E:* medio.

Pág. 454, l. 13, D E: estaban especialmente.—*Línea 17, D E:* todas las cosas —*Línea 18, D E:* nosotros.

Pág. 458, l. 2, D E: se dice. Maldito...

Pág. 460, l. 17, A omite: le.

Pág. 461, l. 30, D E: con que estaba ceñido.

Pág. 464, l. 20, A: dió. *D E:* descubrió.

Pág. 466, l. 23, D E: Cristo y el fructo que con el.—*Línea 26, D E omiten:* todos.—*Líneas 27 y 28, D E añaden:* según la disposición y aparejo del que lo recibe.

Pág. 468, l. 23, D E omiten: nuestros trabajos á quien acudir en...

Pág. 469, l. 10, D E omiten: y mucho más.—*Línea 29, D E omiten:* grandísima.—*Línea 32, D E:* aquí otra cosa.

Pág. 471, l. 2, D E: y comenzó... y díjolas.—*Línea 11, D E:* ésta una de las mayores tristezas y agonías.—*Línea 18, D E:* los cuales fueron.—*Línea 22, D E:* grandísimos dolores.—*Línea 31, D E omiten:* ellas.

Pág. 473, l. 3, D E om. el.—*Línea penúltima. D E:* dijo.

Pág. 474,. l 13, D E: hace más fuerte vinagre.—*Línea 17, D E:* peores de todos.

Pág. 475, l. 6, D E omiten: dos veces.—*Línea 11, D E:* sanó aquél á.—*Línea 20, D E añaden:* y trabajos.—*Línea 21-22, D E omiten:* Venga... de Dios.—*Línea 25, D E:* El Señor lo dió y el Señor...

Pág. 476, l. 15, D E: y casa. — *Línea 24, D omite:* predicando. *E sustituye:* enseñado.

Pág. 477, l. 10, A: corrigió. *D E:* habló.

Pág. 479, l. 32, D E: agujerando.

Pág. 480, l. 18, A D E: y fuerza.—*Línea 32, D E:* y potajes.

Pág. 483, l. 19, D E: sobre esto.

Pág. 484, l. 15, á pág. 485, l. 36, D E añaden: Suelen... al Señor en este doloroso...

Pág. 486, l. 10, A: serle.—*Línea 17, D E omiten:* tanta.

Pág. 487, l. 6, D E omiten: á.—*Línea 22, D E:* Este tormento de cruz fué.

Pág. 489, l. 3, A: los malos. *D E sustituyen:* ellos.

Pág. 490, l. 12, A: qué. *D E:* cuán.—*Línea 34, A:* afeado. *D E:* maltratado.

Pág. 492, l. 9, D: exequias.—*Línea 31, D E:* salió.

Pág. 493, l. 13, D omite: cuando hubiesen. *E sustituye:* antes.

Pág. 495, l. 19 y 26, D E omiten: todo... así

Pág. 496, l. 13, D E añaden: contando dende que expiró en la cruz.

Pág. 497, l. 2, D E omiten: noble.

Pág. 498, l. 14, D E omiten: las voces.

Pág. 500, l. 10, D E: con que.—*Línea 21, A:* horno. *D E:* humo.

Pág. 501, l. 5, A: culpa. *D E:* cosa.—*Línea 10, D E:* recogido.

Pág. 503, l. 8, D E omiten: pasados.—*Líneas 29 y 30, A D E omiten:* tendrían fin sus tormentos.

Pág 504, l. 35, D E: aquellos singulares —*Línea última, D E:* subtileza.

Pág. 505, l. 1, A: hermosura. *D E:* claridad.—*Líneas 8-28, D E suprimen:* Sube .. cibdadanos!

Pág 507, l. 5, D E omiten: lo.

Pág. 509, l. 12, D E: favor del Espíritu Sancto.—*Líneas 24 y 25, A no tiene el paréntesis, añadido en D E.*

Pág. 510, l. 20, D E: eche de sí?

Pág. 513, l. 28, D E: consentir por algún tiempo...

Pág. 515-517, D E suprimen todo el §. IV.

Pág. 520, l. 25, D E añaden: con su gracia. De. .—*Línea 34, D E:* Pues ésta ya se entiende que.—*Línea 35, D C omiten:* ante.

Pág. 521, l. 3, D E omiten: de condigno,—*Línea 7, D E:* procede de.

Pág. 522, l. 2 y 10, D E omiten: el.—*Línea 19, A:* amorosa. *D E:* hermosa.—*Línea 26, D E:* Vayan pues fuera.—*Línea 37, A:* madre. *D E:* Señor.

Pág. 523, l. 28, D E: da de corazón.

Pág. 524, l. 7-10, D C omiten: á la cual... Espíritu Sancto.—*Líneas 20-30 D E sustituyen:* que pedir, pues de tantas cosas tenemos necesidad. Al cabo...

Pág. 528, l. 29, A D: agotada. *E:* agujerada.

Pág. 529, l. 5, D E omiten: de Flaminio. —*Línea 12, D E:*

hecho.—*Línea penúltima D C omiten:* y.—*Línea última D E omiten:* nuestro corazón.

Pág. 532, l. 2, D E añaden: Dios de manera que le agrade.

Pág. 533, l. penúltima D E: á sentir. — *Línea última D E:* de amor, abrí... atraje.

Pág. 534, l. 7, D E: del Esposo. — *Línea 31*, pensando en el dolor de la herida, así...

Pág. 535, l. 17 D E: bendito S. — *Línea 19, D E:* Si había (dice él). — *Líneas 34 y última, D E omiten:* sin otro manjar terreno.—La cual veía yo no sé con qué manera de vista.

Pág 536, l. penúlt. D E añaden: sed de nuestra ánima.

Pág. 539, l. 1, D E: por lo cual.

Pág. 540, l. 7, D E: de la vida.—*Línea penúltima D E omiten:* le.

Pág. 541, l. 8, D E: lo ha probado.

Pág. 542, l. 13, D E: propósitos firmes.

Pág. 544, l. 4, D E: de ésta.—*Línea 11, D E : omiten :* solo.

Pág. 545, l. 5, D E: resiste.—*Línea 29, D E:* le cortan.

Pág. 547, l. 29, D E: la ánima.

Pág. 549, l. 25, D E: es la figura.

Pág. 551, l. 13, D E: grande.—*Línea 21, A omite:* orando, buscad trabajando, y llamad deseando.—*Línea 30, A:* flojo *D E:* flaco.

Pág. 552, l. 27, D E: y vigilia.

Pág. 553, l. 5, D E: virtud...—*Línea ultima:* ni... ni...

Pág. 554, l. 19, A: refugio. *D E:* refrigerio.

Pág. 555, l. 1. D E: andan éstos.— *Línea 10, A:* buscar. *D E:* pedir.

Pág. 556, l. 20, D E: con ejercicio.

Pág. 557, l. 5, D E omiten: y.—*Línea 11, D E:* ánimo.— *Línea 29,* gustar.

Pág. 559, l. 7, D E: Deste Señor.—*Línea 9,* y oir.

Pág. 560, l. 1, D E: de debajo.—*Línea 2:* el deseoso.—*Línea 3:* cuando le falta.—*Línea 27:* crocodilo.—*Línea 33:* con ese.

Pág, 561, l. 26, A: desarmado. *D E:* desproveído.

Pág. 563, l. 30, D E: el mundo.

Pág. 564, l. 12, A: deificada. *D E:* edificada.—*Línea 15, D E:* huele al.

Pág. 566, l. 10, D E: entienda.—*Línea 24, omiten:* él.—*Línea última:* que enseñemos.

Pág. 567, l. 26, D E: para conservar.—*Línea 35:* este.

Pág. 568, l. 9, D E: Mas del otro.

Pág. 569, l. 34, A: cercaba. *D E:* rodeaba.

Pág. 572, l. 22, A: obras. *D E:* cosas.

Pág. 573, l. 14-16, D E sustituyen: pues de lo que nos dió para servirle, tomamos ocasión para nuestro proprio gusto. Lo cual, aunque no sea siempre pecado, siempre es imperfección. ¿Qué...—*Línea 19:* en alguna manera.—*Línea 22:* descansar en su manera en ellos, y no para ir puramente...

Pág. 574, l. 4, D E: abrirse las puertas... *Línea 5:* quieres.—*Línea penúltima*, tener este tiento...

Pág. 575, l. 22, A: verdad. *D E:* virtud.—*Línea 32, D E omiten:* todo.

Pág. 576, l. 14, D E omiten: todas.—*Línea 18, omiten:* ayudada.—*Línea 20, A:* midiendo á los pies.—*Línea 29, D E:* con ellos.

Pág. 577, l. 4, D E: le pierda.—*Línea 5, A:* § V. *D E:* Cap. II.

Pág. 578, l. 3, D E: puede muy probablemente...—*Línea 13, D E:* manifestarse en alguna manera el...—*Línea 21,* destas cosas.—*Línea 28, omiten:* mayormente. —*Línea 37,* entretenerse.. —*Línea última añaden:* darse ansí...

Pág. 579, l. 2, A: dejando. *D E:* que dejan.

Pág. 580, l. 14, D E: nunca de su parte faltará, si...

Pág. 581, l. 6, D E: hizo.—*Línea 8, omiten:* á

Pág. 582, l. 3, D E: omiten: criado y.

Pág. 583, l. 25, A: déstas. *D E:* dellas.

Pág. 584, l. 12, D E: entran.

Pág. 585, l. 7, D E: la arca.—*Línea 22,* pues esa.—*Línea 29, A:* en el hilo.

Pág. 586, l. 27, D E: por vaso.—*Línea 28:* sirve.

Pág. 587, l. 19, D E omiten: siempre.—*Línea 29, D E:* todas...—*Líneas 30-33, D E las omiten.*

Pág. 588, l. 16, A: pecados. *D E:* males.—*Línea 26, D E omiten:* los. -*Línea 29, D E:* por este.

Pág. 589, l. 7, D E. omiten: más.—*Línea 26, D E:* libre de la pena eterna.

Pág. 590, l. 1 y 2, A: de la Sanctísima Trinidad. *D E: sustituye:* del cuerpo de Cristo.—*Línea 13, D E omiten:* se.—*Línea 15, omiten:* de sus virtudes...—*Línea 27, A:* no puede tener dellos ignorancia. *D E sustituyen:* tendrá dellos mayor noticia.

Pág. 591, l. 2, D E: los llama.—*Línea 8:* y señalada prenda.

Pág. 592, D E omiten: arboledas y.

Pág. 595, D E omiten: ó.

Pág. 598, l. 3, D E: las alas de la mañana.—*Línea 33, A:* eficiente. *D E:* suficiente.

Pág. 599, l. 15 y 36, D E omiten: más *y* divinísimo.

Pág. 601, l. 34 y 35, D E: de tierra y cielos.—*Línea penúltima*, y sustentador della.

Pág. 602, l. 11, D E omiten la última y.—Línea 16, D E: medianas.

Pág. 603, l. 27, A: perdonar. *D E:* comunicarse.—*Línea 35, D E:* oraba en el templo.

Pág. 604, l. 31, A: pena. *D E:* justicia.—*Línea 32, D E:* malos paciencia.

Pág. 605, l. 11, D E: no siendo infinita.

Pág. 606, l. 35, A: como en bien. *D E sustituyen:* pues vos sois el fin.

Pág. 607, l. 11, D E: Ensanchad, Señor.—*Línea 22, A:* acabe la vida. *D E:* muera.

Pág. 608, l. 30, A: Mirad. *D E:* Mirá.

Pág. 609, l. 11, D E: de la sangre.

Pág. 611, l. 7, D E: que en ella.

Pág. 612, l. 24, D E omiten: os.

Pág. 613, l. 25, D E omiten: todo.—*Línea 26, D E:* determinó.—*Línea 28, D E:* esperanza vuelves á él?—*Líneas 30-32, D E omiten:* Para... hijo.—*Línea 36 á pág. 614, l. 4, D E omiten:* Desta manera... esto dice, *continuando:* y mandó luego que muy apriesa.

Pág. 614, l. 6, D E: ¿Dónde estuviste?—*Línea 9:* mandó.—*Línea 25:* espero yo.—*Línea 38 omiten:* padre y.

Pág. 615, l. 12, A: soy yo. *D E:* sois.—*Línea 25, D E:* excluye.

Pág. 616, l. 2, D E: los limpios de corazón.—*Línea 28, A:* haciendo. *D E:* diciendo.—*Línea 34, D E omiten:* es.

Pág. 617, l. 10, D E omiten: y las obras de vuestras manos. —*Línea 36, D E:* ni honras.

Pág. 618, l. 4, A: tenga. *D E:* tengo.

Pág. 620, l. 26, D E omiten: yo.

Pág. 621, l. 22, D E omiten: natural.—*Línea 27, D E:* de ángeles.

Pág. 622, l. 4, D E: cosas.—*Línea 10, D E omiten:* y resuelve.—*Línea 22, D E:* vuestra verdadera y...—*Líneas 31 y 32:* queráis.—*Línea 35, D E omiten:* que.

Pág. 623, l. 3, D E omiten: verdad ni.—*Línea 17, D E:* perdónanos.—*Línea 37, D E:* retiran y desmayan.

Pág. 624, l. 28, D E: trayas... líbranos de... *A E:* del.

Pág. 626, l. 10, D E: estribo principal.—*Líneas 15 y 16, D E omiten:* sus méritos alegamos.

Pág. 627, A: Ultima. *D E:* Séptima.

TABLA DESTE PRIMER VOLUMEN

TRATADO PRIMERO

TRATADO II

TRATADO III

TRATADO IV

TABLA DE LA SEGUNDA PARTE DESTE MEMORIAL

TRATADO V

De la oración vocal.

TRATADO VI

De la materia de la oración mental.

Págs.

TRATADO VII

Del amor de Dios,

en el cual consiste la perfección de la vida cristiana.

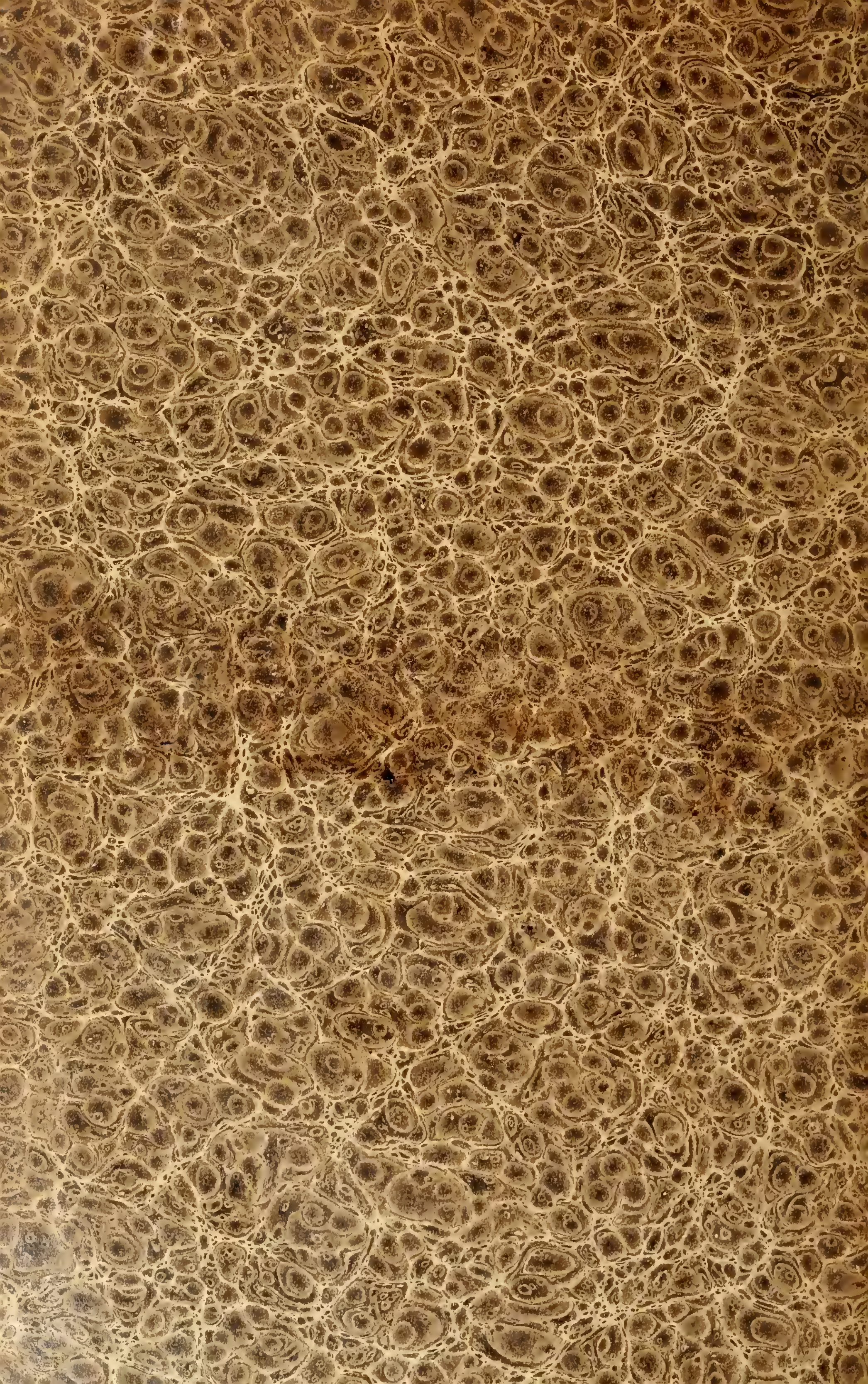
Págs.

MADRID

EN CASA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

SEIS DE JULIO

1907




BX
2349
L84
1906
v.3
c.1
ROBA

